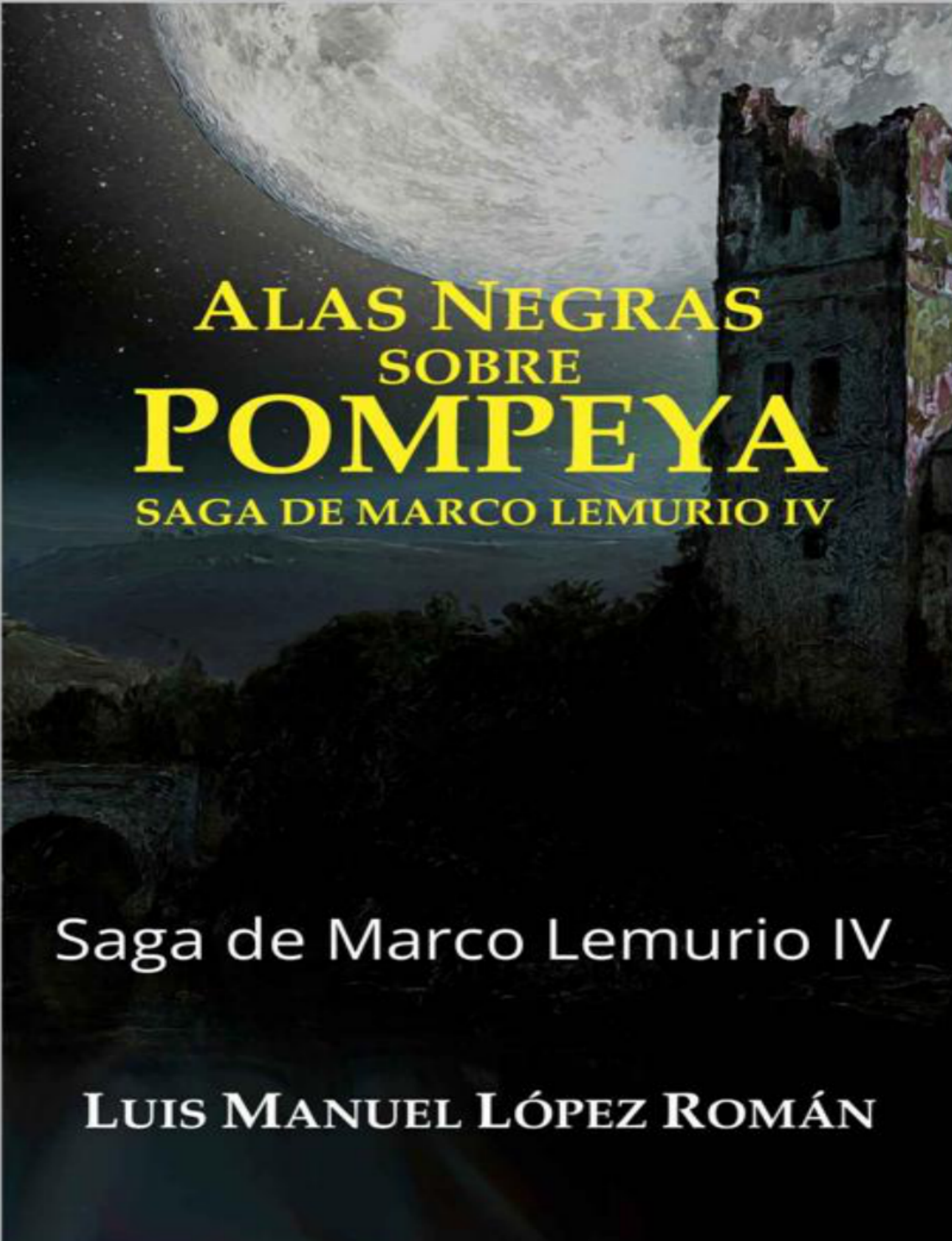

Alas Negras
sobre
Pompeya
Saga de Marco Lemurio IV
Saga de Marco Lemurio IV
Luis Manuel López Román

# ALAS NEGRAS SOBRE POMPEYA

## SAGA DE MARCO LEMURIO IV

LUIS MANUEL LÓPEZ ROMÁN

*Para mis hermanos, Edu y Miguel, que han tenido que aguantarme dirante años y a los que no demuestro como querría y debería el amor que siento por ellos. Ojalá supiera poner en actos lo importantes que sois para mí. Como no sé hacerlo, lo pongo en palabras.*

# CAPÍTULO 1
## saqueadores

Cuando la piña estalló en la hoguera, causando una nube de chispas rojas, Corbulón no pudo evitar dar un respingo, y a punto estuvo de caerse hacia atrás. Al ver el susto que se había llevado su compañero ante el crepitar de una inocente piña seca, sus dos compañeros se echaron a reír a carcajadas. Corbulón se recompuso como pudo y les dedicó a sus camaradas un gesto obsceno con el dedo. Él no era un hombre que se asustara con facilidad. No después de todo lo que había visto en su vida. Pero, por algún motivo, aquel lugar, aquel claro en el bosque en la falda oriental del monte Vesubio, conseguía que sus nervios estuvieran a flor de piel. Corbulón no sabía si era la posibilidad de ser sorprendidos tras haber cometido un gran robo, si era el frío y la humedad del otoño o si se debía a la desconfianza que sus compañeros le despertaban. Pero desde que había llegado a aquella región de la Campania se sentía a punto de perder el control en todo momento. Como si el aire que estaba respirando le crispara especialmente y le obligara a estar en guardia de forma permanente.

Observó cómo sus compañeros se reían de él mientras se pasaban un pellejo de vino barato y se obligó a esbozar una sonrisa. En el crimen, como en el ejército, saber encajar las burlas y las chanzas que los compañeros hacían a costa de uno formaba parte de las reglas básicas del juego. Uno no podía liarse a golpes cada vez que se le hacía una broma, o corría el riesgo de quedarse fuera del grupo, de romper la necesaria sensación de camaradería. Mientras no se mentase el honor de la madre, todo estaba en orden. Corbulón se tragó la rabia y se acercó un poco más a la hoguera.

–Que os jodan– murmuró–. Deja de reír y pásame el maldito vino.

El aludido, un hombre delgado con una nariz prominente y puntiaguda que precisamente por este rasgo había recibido desde niño el nombre de Apex, le lanzó el pellejo por encima de las llamas.

–Llevas todo el día tenso como una vestal en un prostíbulo– dijo–. ¿Se puede saber qué cojones te pasa? Nadie va a arrastrarse entre las sombras para clavarte la *mentula* en tu culo feo.

–Habla por ti– dijo el tercer hombre del grupo, un tipo grueso y alto con una espesa barba negra–. Llevo tanto tiempo sin estar con una mujer que hasta vuestros culos empiezan a parecerme apetecibles.

–Aguanta una noche más, Manduco– respondió Apex, palmeando a su compañero en el brazo–. Mañana estaremos en Pompeya y podremos gastarnos el botín.

Manduco, que había recibido este nombre desde su infancia por el glotón personaje de las atelanas y las comedias, se rascó la entrepierna sin disimulo.

–Voy a pasarme una semana entera comiendo y follando sin parar. Y después que los dioses me deparen lo que consideren. Estoy cansado de esta vida de miserias.

–Brindo por ello–. Apex alzó otro pellejo de vino y se echó un largo trago directamente en el gaznate. Manduco no tardó en arrebatarle la bota de piel para dar buena cuenta de su contenido.

Corbulón los miró a los dos y ahogó un suspiro. La vida le había hecho tener que asociarse a aquellos dos personajes para poder sobrevivir, pero contaba cada día que le faltaba para separarse de ellos y seguir su propio camino. Algo que, si todo iba como estaba previsto, ocurriría muy pronto.

A pesar de sus diferencias de carácter, Corbulón y sus compañeros habían tenido vidas muy semejantes. Los tres se habían presentado como voluntarios en el ejército siendo muy jóvenes. Formaban parte de las primeras generaciones de reclutas que se habían integrado en las legiones después de que las reformas de Mario permitieran que cualquier ciudadano romano, con independencia de su patrimonio, pudiera servir bajo las águilas. Los tres habían pasado varias décadas combatiendo por Roma en diferentes guerras, tanto dentro como fuera de Italia, y los tres habían tenido la buena fortuna de acabar en los ejércitos de Sila que salieron victoriosos de las guerras civiles. Como recompensa, Lucio Cornelio Sila, una vez establecido en Roma como dictador, los había recompensado a cada uno de ellos con un lote de tierras en la región de Etruria para que se reintegraran a la sociedad como campesinos propietarios. Dado que Corbulón, a diferencia de sus compañeros, había logrado alcanzar el rango de centurión, le había correspondido una parcela más grande que las que habían recibido los legionarios rasos.

Sin embargo, el mayor número de *iugera* no supuso diferencia alguna para él. El destino de Apex, Manduco y Corbulón no estaba encaminado hacia las labores de la agricultura. Ninguno de ellos había cogido una azada en su vida. No habían reparado un arado, ni sabían lo que era un trillo o un aventador. Ninguno conocía los tiempos ni los ritmos de los cultivos, ni los cuidados necesarios del ganado, ni tenían las habilidades para dirigir a una cuadrilla de esclavos que trabajara en su lugar. Eran soldados, hombres de armas, no agricultores. En consecuencia, al poco tiempo de recibir sus lotes de tierra, los tres hombres se encontraron arruinados, con un erial seco que solo producía polvo y piedras como única cosecha, y la sensación de que la República les había engañado durante toda su vida. Finalmente, los tres habían vendido sus terrenos por un precio ridículo a grandes

terratenientes, que los usaron para aumentar todavía más sus pedios, y habían empezado a buscar otra forma de ganarse la vida.

De este modo, Apex, Manduco y Corbulón, como tantos otros veteranos de las guerras civiles, se habían visto a las puertas de la vejez, sin un mal sestercio en la bolsa y sin conocimiento ninguno que les permitiera ganarse un sustento más allá de volver a empuñar las lanzas y las espadas. Dado que las legiones ya no les permitían reengancharse por su edad, solo les quedó una solución: el crimen. Para escapar del hambre, los tres veteranos se habían convertido en salteadores de caminos. Habían formado parte de bandas más numerosas y también de grupos más pequeños, permaneciendo poco tiempo en ellos debido a que las disputas y peleas por el botín solían acabar con su disolución a los pocos meses de haber empezado a trabajar juntos. Pese a que aquella era una vida que por lo general les permitía comer y dormir calientes, tras algunos malos encuentros que habían estado a punto de acabar con ellos muertos o gravemente mutilados, decidieron que había llegado el momento de cambiar de actividad.

Fue en aquel punto de sus vidas cuando habían llegado a la Campania, a los alrededores del Vesubio. Y fue entonces cuando a sus oídos llegaron los primeros rumores de lo que estaba ocurriendo en Caldeia.

Todos en la Campania habían escuchado hablar de la pequeña ciudad de Caldeia, aunque eran muy pocos los que en los últimos tiempos habían puesto un pie en sus calles. Situada en la falda oriental del Vesubio, esta pequeña urbe tenía una historia muy semejante a la del resto de comunidades de la región. Un sustrato cultural ligado a los oscos de la zona sobre el que se había asentado una fértil capa de influencia etrusca, primero, y griega, después, hasta que la violenta llegada de Roma había acabado por hacer que Caldeia se integrara en la órbita de la República. Como el resto de ciudades de la Campania, Caldeia había sido enemiga de Roma en un primer momento, y fiel aliada más tarde; sospechosa pero nunca confirmada traidora en tiempos de Aníbal, aliada de nuevo y neutral finalmente en tiempos de las guerras itálicas. Cuando el Senado de Roma había acabado finalmente por conceder la ciudadanía romana a todos los itálicos, incluidos los habitantes de la Campania, Caldeia había acabado por convertirse en una ciudad romana más que poco a poco se había ido latinizando hasta dejar atrás su pasado osco y helénico. A diferencia de la cercana Pompeya, que había presentado una firme resistencia a las tropas de Sila, Caldeia, de menor tamaño y aspiraciones más modestas, no se había atrevido a levantarse abiertamente contra Roma, motivo por el cual el Senado había sido especialmente generoso con sus habitantes. La concesión de la ciudadanía romana había

supuesto el inicio de un periodo de prosperidad como no se había conocido en siglos.

Pero algo había ocurrido que lo había cambiado todo. Por algún motivo, a comienzos de aquel mismo año, los habitantes de Caldeia habían empezado a marcharse de la ciudad. Algunos habían desaparecido de la noche a la mañana, sin dejar rastro y sin llevarse apenas nada de sus enseres personales. Se decía que habían partido de viaje a otras tierras, aunque nadie se explicaba el porqué. Otros habían empezado a caer enfermos, aquejados de una súbita debilidad, de fiebres que los consumían hasta llevarlos a la muerte. Lentamente, la idea de que la pequeña ciudad de Caldeia había sido maldita por los dioses fue extendiéndose por toda la Campania. Los pocos que quedaban hicieron también sus petates y se marcharon, hasta que la población quedó completamente desierta. En menos de una estación, una ciudad que prometía seguir creciendo en población y recursos se había convertido en un laberinto de calles vacías y casas abandonadas.

Cuando los tres veteranos escucharon aquella historia, no se detuvieron a pensar en los rumores de la maldición, ni en las historias que hablaban de que uno de los habituales movimientos de tierra que sacudían la tierra de aquella región había abierto una grieta del Tártaro por la que se había escapado algún tipo de criatura sedienta de sangre que había acabado con la población de Caldeia. Corbulón, Apex y Manduco eran hombres pragmáticos que no creían en más verdad que la que podían pinchar con sus espadas. No, ellos no caían en aquellos cuentos. Pensaron solo en que una ciudad vacía y a la que nadie iba por miedo era una ciudad en la que sin duda había casas que saquear. Y, con esta idea en mente, se habían puesto en marcha hacia Caldeia.

Una vez allí, todo había resultado fácil. Incluso demasiado fácil. Corbulón no había comentado nada con sus compañeros, pero él, más avispado que los otros dos, se había dado cuenta de que algo no marchaba bien en aquella ciudad abandonada. Algunas de las casas estaban totalmente vacías, y era evidente que sus habitantes habían hecho el equipaje a conciencia para llevarse todo lo que habían podido. En otras, sin embargo, encontraron todo dispuesto, como si la familia que allí habitaba pudiera regresar en cualquier momento, aunque era evidente que aquello no ocurriría. En algunas incluso había mesas con alimentos ya podridos pero que parecían haber sido servidos para ser disfrutados sin que nadie llegara a tocarlos. Sobre los escritorios había papiros desenrollados y lucernas ya sin aceite, como si alguien hubiera estado leyendo aquellos documentos instantes antes de desaparecer. ¿Quién abandonaba su casa dejando incluso los platos en la mesa? ¿Qué lector no se molestaba en al menos volver a enrollar sus papiros y devolverlos a las estanterías? Lo que más extrañó a

Corbulón fue precisamente lo que llenó de alegría a sus compinches. En las habitaciones de algunas casas encontraron baúles con todo tipo de joyas, brazaletes, collares y piedras preciosas. Objetos muy valiosos, algunos de pequeño tamaño, que podían ser transportados con mucha facilidad y que nadie en su sano juicio habría dejado atrás al marcharse de un lugar, por mucha prisa que tuviera. Una cosa era renunciar a llevar consigo una mesa de mármol y otra muy diferente abandonar unos pendientes de oro que habrían cabido en la mano de un niño.

Mientras saqueaban las casas y se llenaban las bolsas con todo lo que podían, Corbulón se había hecho muchas preguntas acerca de la suerte corrida por los habitantes de Caldeia. Pero, por supuesto, no había dicho nada. Se había limitado a sumarse a la felicidad de sus compinches y a soñar con el momento en que podrían vender todos aquellos objetos para salir de la miseria durante una buena temporada.

Habían pasado el día recorriendo las casas de aspecto más opulento de la abandonada Caldeia, al principio con discreción y cuidado, temerosos de que alguien pudiera sorprenderlos en cualquier momento. Finalmente, al comprobar que a medida que pasaban las horas los únicos seres vivos con los que se cruzaban eran los pájaros y alguna que otra rata, habían comenzado a actuar de forma más descuidada, hablando en voz alta y dando patadas en las puertas directamente, convencidos de que no había nadie en los alrededores que pudiera poner freno a sus correrías. Con el ocaso habían iniciado el camino de regreso a Pompeya, la ciudad en la que pensaban alojarse al día siguiente, y lo habían hecho más porque sus bolsas ya estaban llenas y no eran capaces de transportar más riquezas que porque realmente no hubiera más cosas para llevarse.

–Volveremos dentro de un tiempo, cuando hayamos vendido todo esto– había dicho Apex, satisfecho con el botín cobrado.

La noche los había sorprendido a poca distancia de Caldeia. Agotados como estaban después de todo un día de explorar casas y cargar con bolsas de joyas, monedas y otros objetos de valor, decidieron acampar al raso a pesar de la baja temperatura y de que el cielo amenazaba lluvia.

–¿En qué piensas?– preguntó Apex a Corbulón, extrañado de que su compañero continuara sumido en el silencio incluso después de que se hubieran reído de él por haberse asustado del crepitar de una piña en la hoguera.

–En mis cosas– dijo él con tono hosco.

–Oh vamos. ¿Secretos a estas alturas? Comparte con nosotros tus penas. Te vimos cagarte encima cuando aquel soldado del Ponto estuvo a punto de ensartarte con su lanza, en los tiempos de las

guerras contra Mitrídates. ¿Qué puede haber peor que eso?

Manduco empezó a reír a carcajadas que se asemejaban al rebuzno de un burro.

–Sí, me acuerdo de aquel día. Todos nos manchamos un poco la túnica en aquella batalla.

Corbulón, lejos de ofenderse por aquel recuerdo, sonrió levemente. Aquellos recuerdos y anécdotas de sus días en las legiones le resultaban especialmente dulces, incluso los más vergonzosos.

–No lo sé… Este sitio… Me pone nervioso. Esa ciudad tan vacía. ¿No os parece extraño? Ha sido demasiado fácil. Es como si lo hubieran dejado todo preparado para que alguien viniera a saquear.

–Escúchame, amigo. Tengo una respuesta para ti– dijo Apex, que se levantó y volvió a sentarse al otro lado de la hoguera, junto a Corbulón–. En nuestra vida no hemos hecho más que comer mierda, cargar como mulas, cavar zanjas y obedecer órdenes de oficiales a los que no les importaba nada nuestra vida o nuestra muerte. Cuando por fin los dioses deciden ponernos un regalo delante de nuestras narices no pienso cuestionar por qué lo hacen. Voy a limitarme a disfrutar de ello mientras dure, porque en cualquier momento esa zorra que es la Fortuna volverá a darnos la espalda. Y entonces comeremos mierda otra vez, pasaremos frío y nos mojaremos con la lluvia. Pero mientras tanto… no perdamos el tiempo dando vueltas a lo que no depende de nosotros. ¿No crees?

Corbulón se encogió de hombros.

–Supongo que sí…

Manduco se levantó, emitió un sonoro eructo y estiró los músculos de los brazos y la espalda.

–Os dejo con vuestras charlas de filósofos. Voy a echar una meada– dijo–. Aguantad sin chuparos la *mentula* hasta que yo vuelva.

–Haremos lo que podamos– respondió Apex.

Antes de alejarse del círculo de luz de la hoguera, Manduco comprobó que todos los sacos del botín estaban en su sitio, convenientemente apilados a los pies de un árbol de copa frondosa. Aunque llevaba muchos años con sus dos compañeros y habían compartido todo tipo de experiencias, tanto en el ejército como siendo delincuentes, no podía evitar el temor de que uno de ellos, o incluso los dos, se escaparan con todo el botín y le dejaran sin su parte.

Manduco dio unos pasos para alejarse de la hoguera y en el camino se tiró un sonoro pedo que no trató de disimular.

–Parece que va a llover otra vez. Ya se oyen truenos– comentó en voz alta. Apex le respondió con un comentario ofensivo que Manduco no llegó a escuchar. El ladrón se subió la túnica y comenzó a orinar contra el tronco de un árbol.

Hasta él llegaba, apagada e ininteligible, el eco de la conversación

de sus compañeros. Mucho mejor se escuchaba el silbido del viento entre las ramas del bosque junto al cual habían acampado. Era un viento frío que auguraba que los días otoñales estaban a punto de terminar para dar paso al invierno.

Manduco comenzó a tararear una canción. A pesar del cansancio que sentía y del frío y la humedad que se le habían metido hasta los huesos, las perspectivas de lo que le esperaba al día siguiente cuando llegaran a Pompeya le ponían de buen humor. El botín había sido mucho mejor de lo que habían podido soñar. El mejor que se habían cobrado en años de rapiñas y de asaltar viajeros en los caminos de Italia. Se imaginó a sí mismo en una cama cómoda y mullida, cubierto por unas pieles suaves y calientes y acompañado de dos mujeres dispuestas a satisfacer todos sus deseos a cambio de la buena cantidad de monedas que él previamente habría pagado al dueño del prostíbulo. Y así durante días y días… hasta que su bolsa se vaciara. Al fin y al cabo, siempre podían regresar a aquella extraña ciudad abandonada y llenar de nuevo sus sacos. A nadie parecía importarle una mierda lo que ocurriera en aquella urbe olvidada de los dioses, y ellos estaban dispuestos a aprovecharse.

Cuando Manduco terminó de orinar y se disponía a regresar a la hoguera, escuchó lo que parecía ser una risa a escasa distancia de él. Una risa que provenía de la espesura, entre los árboles. Manduco guardó silencio y escuchó con atención. La risa volvió a llegar hasta sus oídos. Alegre y cantarina, un sonido que parecía irradiar inocencia. La risa de una mujer.

–Parece que los dioses han querido adelantar el cumplimiento de mis sueños– murmuró. Se rascó la barba y miró hacia la hoguera donde sus compañeros seguían charlando. Pensó en regresar para decirles que una mujer les estaba espiando entre los árboles, pero de inmediato desechó la idea. Él mismo se ocuparía de aquella chiquilla entrometida. En la cabeza de Manduco no cabía la posibilidad de que aquella risa procediera de una mujer madura o una anciana. Su calenturienta mente ya había empezado a divagar y a imaginar a una joven campesina curiosa que se había acercado a donde aquellos tres hombres habían acampado para espiar sus conversaciones. Él se encargaría de castigarla por su osadía. Manduco sabía muy bien qué hacer con ella cuando la sorprendiera.

Sin pensarlo dos veces y confiando en la daga de hierro que colgaba de su cinturón y en la luz de la luna que brillaba en el cielo, Manduco se internó en la espesura. Apartó las ramas de unos arbustos y caminó a grandes zancadas entre la hojarasca y las mañas hierbas. De cuando en cuando se detenía para escuchar con atención, y aquella risa de mujer volvía a llegar hasta él, cada vez más cerca. La muchacha no se encontraba muy lejos, y Manduco estaba seguro de poder atraparla si

ella intentaba huir. Continuó caminando a mayor velocidad, y, al pasar junto a una rama baja de un viejo alcornoque, se hizo con ella un pequeño corte en el rostro bajo el ojo. La herida empezó a sangrar de forma leve.

–Puta Diana– blasfemó. Se llevó la mano a la herida y observó que los dedos se manchaban con una pequeña gota de sangre. Nada grave, pensó, y siguió caminando.

Tras apartar otra rama, llegó hasta un claro iluminado por la luna.

En el centro, tal y como él había imaginado, había una mujer. Una mujer que a juzgar por la forma de su silueta, era joven. Sin embargo, incluso su imaginación se había quedado corta. Manduco se internó en el claro y caminó hacia la muchacha. Al acercarse pudo comprobar que era incluso más hermosa de lo que se había figurado. Tenía un pelo largo y negro que caía a los lados de un rostro tan pálido como bello. Sus ropas, además, no eran en absoluto las de una campesina, sino que parecían más propias de una mujer extranjera de buena familia Vestía una túnica de un tejido ligero, casi vaporoso, y sobre ella una capa de pieles de diferentes colores. Cegado por la belleza de la aparición, Manduco no se paró a pensar en lo absurdo de la situación. ¿Qué hacía una mujer como aquella sola en medio del bosque, en plena noche? El ladrón solo podía imaginarse a sí mismo gozando de aquel cuerpo femenino despojado de todos sus ropajes.

–No te asustes– dijo–. No voy a hacerte nada.

Manduco comenzó a acercarse con más lentitud, como una fiera que acechara a su presa en el último momento de la caza, con una mano extendida frente a él. Trataba de aparentar ser inofensivo. Y lo cierto es que la mujer, lejos de asustarse, parecía divertida ante la aparición del orondo ladrón.

La chica se echó a reír, y en aquella ocasión Manduco pudo escuchar su risa con total claridad. Una risa limpia y clara, propia de alguien que está disfrutando de la situación y que desde luego no siente ningún miedo.

–Eso es… ríe– dijo Manduco.

Cuando llegó frente a ella comprobó que era una mujer muy alta. No tanto como él, que excedía la media de la mayoría de los hombres, pero sí alta para ser una mujer. Manduco extendió la mano para agarrarla de la cintura, pero ella se zafó con elegancia y habilidad, sin dejar de reír. El ladrón dio dos pasos hacia la joven para tratar de agarrarla, y ella siguió escapando con movimientos ágiles y tan naturales que casi parecían parte de una danza.

–Vamos, ven aquí. No juegues conmigo.

Finalmente, fue ella la que se plantó frente al hombre y le puso el dedo índice en la boca, con un gesto para que guardara silencio. Él obedeció. La joven quería jugar, pero a juicio de Manduco era

evidente que su intención era pasar rápidamente de los juegos a algo más serio.

La chica llevó el dedo de los labios del ladrón a su herida bajo el ojo. Pasó la yema por la superficie y se lo manchó de sangre antes de retirarlo y llevárselo a su propia boca para chuparlo con deleite. Manduco creyó ver un estremecimiento de placer en el cuerpo de la chica en el momento en el que saboreó la sangre de la herida por primera vez.

–Eres muy hermosa– dijo el ladrón, y aquellas palabras eran para él, un hombre sin lecturas y que apenas sabía escribir, el cumplido más hermoso que era capaz de elaborar. La chica le respondió con una amplia sonrisa que dejó al descubierto unos dientes blancos y perfectamente alineados.

–Lo soy– respondió ella, en un tono tan neutro que Manduco no supo si era una pregunta o una afirmación. Al ladrón le dio igual. Agarró las nalgas de la chica con sus enormes manazas y la atrajo hacia él, de modo que la joven pudiera notar su más que evidente erección. Ella se echó a reír de nuevo y rodeó el cuello del hombre con los brazos. Manduco estaba ya empezando a jadear ante el contacto de la joven cuando ella comenzó a besarle con pasión. El enorme ladrón solo había conocido una forma semejante de besar en las más experimentadas profesionales del sexo a las que en ocasiones había podido pagar. Desde luego no era la forma en la que solían besar las campesinas curiosas que se aventuraban en los bosques tras la caía del sol. Manduco dejó que ella le introdujera la lengua en su boca mientras él se deleitaba en la firmeza de sus nalgas. Se disponía a subirle el vestido cuando ella le mordió con fuerza en el labio, haciéndole sangrar. Manduco ahogó un grito y trató de apartarse, pero la joven no le soltó el cuello, obligándolo a permanecer con sus rostros casi pegados. Para ser tan esbelta, tenía una gran fuerza en los labios.

–Eres muy juguetona…– comentó él, y se llevó el dorso de la mano al labio para quitarse la sangre. Ella, sin embargo, le apartó la mano de golpe y volvió a acercar su boca a la del ladrón. Manduco se dejó hacer hasta que se dio cuenta de que lo que la chica buscaba no eran sus besos, sino la sangre que manaba de la herida en el labio. La chica comenzó a succionar con todas sus fuerzas, haciendo un ruido semejante a un ronroneo de placer.

Manduco comenzó a forcejear con ella hasta que consiguió que se apartara. La chica dio un paso atrás, sin dejar de reír. Manduco por fin consiguió limpiarse la sangre de la herida con la mano, solo para descubrir que esta manaba con profusión a medida que el labio se iba hinchando.

–Jodida zorra– dijo él. Seguía estando muy excitado y su erección no había disminuido ni un poco. Pero en aquel momento estaba

también muy enfadado. Aquella chica iba a aprender una lección. Manduco dio dos zancadas hacia ella, pero la joven volvió a demostrar su agilidad moviéndose hacia un lado con una rapidez pasmosa. El ladrón observó bajo la luz de la luna que la boca de la chica estaba manchada con sangre hasta la barbilla. Con su sangre–. Vas a ver lo que es bueno…

En ese momento descubrió que algo se movía a su alrededor. La joven y él no estaban solos en aquel claro del bosque. Manduco giró para encararse con el recién llegado, y descubrió que otras tres mujeres habían aparecido entre la espesura. Iban vestidas de forma muy semejante a la primera, con largos vestidos blancos y capas de pieles de diferentes animales. Las tres eran esbeltas y sus rostros jóvenes y hermosos.

Las tres comenzaron a caminar hacia él, con sonrisas crueles en los labios.

–¿Qué significa esto?– preguntó. Se llevó la mano a la daga y la empuñó con torpeza. Por algún motivo, se sentía embotado, como si la cabeza no fuera capaz de pensar con claridad y los músculos de todo el cuerpo se negaran a responderle–. No os acerquéis más, hijas de Plutón.

Trazó varios arcos con el filo de su daga, pero solo logró como respuesta las carcajadas de las cuatro mujeres. Manduco sintió que a medida que él se movía con más lentitud y torpeza, ellas lo hacían más rápido, como si flotaran sobre el suelo cubierto de bruma. En lugar de acercarse al hombre, comenzaron a girar a su alrededor, obligándole también a él a dar vueltas para no perderlas de vista. Sus carcajadas cada vez resonaban más fuerte en el silencio de la noche.

Finalmente, mareado y con el pecho de la túnica manchado de sangre, Manduco tropezó y cayó al suelo. Se golpeó la cabeza contra una roca, pero no perdió la consciencia. Vio y sintió todo lo que ocurrió a continuación.

Las cuatro mujeres cayeron sobre el ladrón y lo inmovilizaron con sus brazos y piernas. Manduco gritó y trató de liberarse, sin conseguirlo. Lo último que vio el desdichado fueron los rostros de las cuatro mujeres mutando en cuatro máscaras terribles, imposibles, que no tardaron en hundir sus colmillos en su cuello y en sus muñecas para deleitarse con el sabor de su sangre

# CAPÍTULO 2
## LA ESTRIGE

El niño, de apenas cinco meses de edad, dormía plácidamente en su cuna de madera. Tapado con sus mantas de pieles, en una habitación caldeada, ajeno a todos los males del mundo, protegido de los peligros de la noche, el pequeño dormía el sueño de los inocentes.

A los pies de la cuna, sentada en una silla de amplio respaldo con varios cojines, una figura encapuchada y envuelta en varias capas de ropa luchaba también contra el sueño. Tenía una obligación: velar el sueño de aquel pequeño, el primogénito de la casa, asegurarse de que ningún mal le acechaba. Sin embargo, el rumor del viento en el exterior, la agradable temperatura de la habitación y el cansancio de una larga y dura jornada habían acabado por doblegar su resistencia. Empujada por el sueño, la figura encorvada daba cabezadas y luchaba para no dormirse. En una de ellas, sin embargo, apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla y no volvió a moverse. Su respiración se tornó regular y monótona. Se había quedado dormida.

En el exterior, el viento silbaba al colarse por cualquier recoveco que encontraba. Una fina lluvia caía de forma insistente empapando los suelos, los tejados, las plantas y las ropas de cualquiera que se atrevía a aventurarse por las desiertas calles de Pompeya.

La habitación en la que dormía el pequeño daba a un modesto peristilo usado por los esclavos, muy diferente del gran patio central que era usado por los miembros de la familia. Solo una pequeña ventana comunicaba el peristilo y la estancia del niño. Una ventana que estaba en aquellos momentos completamente cerrada para evitar que el calor se escapara y entrara el frío de la noche y la humedad del otoño. La habitación estaba iluminada solo por dos lucernas, colgadas cada una a un lado de la puerta principal. Sus llamas oscilaban a un lado y a otro, cada vez más débiles a medida que el aceite del que se alimentaban se iba agotando. Finalmente, las dos luces se apagaron y la habitación quedó completamente a oscuras, sin que el bebé ni la figura que dormitaba sentada a los pies de la cuna se dieran cuenta de ello.

Tras unos instantes de oscuridad, la ventana comenzó a moverse, como si el viento del exterior hubiera aumentado su fuerza y amenazara con abrirla de par en par. Las hojas de madera de la ventana resistieron unos pocos embates y finalmente cedieron, abriéndose por completo. El viento, cargado de finas gotas de lluvia, comenzó a entrar en la habitación, haciendo que el niño se moviera

inquieto bajo las mantas, molesto ante el cambio súbito de temperatura. La figura dormida en la silla, sin embargo, no se inmutó.

El pequeño comenzó a gimotear. Sus gemidos comenzaban a convertirse en llanto cuando una figura oscura apareció en el marco de la ventana. Con habilidad y sigilo, se introdujo por el hueco y cayó con agilidad en el suelo de la habitación. Lentamente, se irguió de nuevo. Era una figura alta y delgada, cubierta por completo por una túnica negra con una capucha que le caía sobre el rostro y unas mangas largas que llegaban hasta más allá de las manos. Lo holgado de la vestimenta hacía imposible adivinar si se trataba de un hombre o una mujer.

La figura sentada sobre la silla a los pies de la cuna reaccionó por fin. Como si a pesar de estar dormida hubiera sentido la presencia de aquella criatura, se arrebujó aun más en su manto y comenzó a gemir. El niño, a su vez, empezó a lloriquear. La oscura criatura emitió un gorjeo semejante a una risa y dio un paso hacia la cuna, extendiendo el brazo derecho. Finalmente, la sombra se inclinó sobre el lecho en el que dormía el niño.

–Me deleitaré con su sangre…– dijo con voz susurrante y ronca–. Y después… tal vez con la tuya.

La criatura se inclinó aun más sobre el cuerpo del niño, que, al abrir los ojos, ya despierto, y ver aquella aparición sobre él, rompió a llorar a gritos.

Fue entonces cuando la figura de la silla se puso en pie y de una zancada se situó junto a la cuna. La forma encorvada se alzó hasta alcanzar la altura del oscuro visitante. Con un rápido movimiento extendió el brazo y agarró a la criatura, obligándola a apartarse del niño.

–¿Qué…?– comenzó a decir la aparición.

–¿Quieres sangre?– dijo, y se retiró la capucha. En lugar del rostro de la vieja nodriza que solía velar el sueño del niño, apareció la cara de un hombre maduro de alrededor de treinta años, con una barba descuidada y el pelo castaño y espeso–. Esta es la única sangre que vas a ver hoy.

El hombre estampó el puño contra el rostro de la aparición, haciendo que esta cayera hacia atrás y gritara de dolor al tiempo que se llevaba las manos a la cara.

–¡Mi nariz!– dijo con una voz totalmente humana–. ¡Me has roto la nariz, hijo de mil putas! Te voy a…

Cuando la extraña figura, aún encapuchada, se volvió hacia el hombre, se encontró con que este había desenfundado una daga con la hoja afilada y que le miraba con una sonrisa en los labios.

–La nariz no será lo único que tendrás roto cuando salga el sol– dijo–. Vamos, ven a por mí. ¿Qué teme una estrige de un simple puñal

de hierro? Porque eso eres, ¿no? Una estrige.

–Yo…– la criatura dudó unos instantes. Hizo un amago de lanzarse contra el hombre, pero finalmente optó por tratar de escapar trepando por la misma ventana por la que había entrado.

–Qué decepción… Yo pensaba que las estriges podíais volar con alas de pájaro. O convertiros en humo y escapar por los recovecos del tejado… Es evidente que estaba mal informado. Aunque pensándolo bien…

El hombre agarró a la criatura de la túnica justo en el momento en el que estaba a punto de encaramarse a la ventana y de un tirón la arrojó al suelo. El niño seguía llorando en la cuna con toda la fuerza de sus pulmones.

–Pensándolo bien tal vez no eres una estrige.

Se agachó y retiró la capucha del intruso. En lugar de un rostro de pesadilla preparado para succionar la sangre de cualquier mortal que se pusiera a su alcance, se encontró con los rasgos de un hombre joven con la nariz hinchada por el puñetazo y los labios y la barbilla llenos de sangre. El hombre trató de escabullirse, pero su captor lo retuvo con la fuerza de sus brazos y lo obligó a permanecer quieto apuntándole con la daga al cuello.

–Tal vez solo seas un pobre desgraciado haciéndose pasar por un monstruo para atemorizar a una familia– dijo.

–¿Quién eres?– preguntó el intruso con voz nasal debido al golpe.

En ese momento la puerta de la habitación se abrió y un grupo de personas se precipitó en en el interior. Un hombre vestido con ropas coloridas de calidad. Una mujer con prendas muy semejantes. Junto a ellos, dos chicos muy jóvenes, armados con sendas varas de madera y cubiertos con las ropas baratas propias de los esclavos, y una anciana de cabellos blancos, vestida también de forma muy humilde. Con excepción de la anciana, todos ellos se mantuvieron en el umbral de puerta, contemplando la escena de los dos hombres en el suelo. La anciana ahogó un grito y pasó junto a la pareja sin apenas mirarlos para dirigirse directamente a la cuna, tomar al niño en sus brazos y comenzar a mecerlo con suavidad mientras le susurraba palabras tranquilizadoras.

–Llévate al pequeño. Comprueba que esté bien– dijo el hombre recién llegado. La anciana obedeció y salió de la habitación. En sus brazos, el niño había comenzando ya a calmarse y su llanto había pasado a ser una leve protesta adormilada. La mujer vio a la nodriza pasar junto a ella y contuvo las ganas de coger ella misma al niño. Después, volvió la mirada hacia el hombre tirado en el suelo de la habitación.

–¿Es…?– preguntó la mujer.

El hombre que sostenía la daga sonrió con sarcasmo y agarró a su

víctima del pecho de la túnica para obligarlo a que se pusiera en pie a la vez que él mismo se levantaba.

–¿Una estrige?– preguntó–. Júzgalo tú misma, domina.

Con habilidad agarró a su presa del brazo y se lo retorció tras la espalda al tiempo que hacía que se diera la vuelta para que quedara de cara a los recién llegados. Al verle, uno de los dos esclavos se llevó la mano a la boca, un gesto que no pasó desapercibido a su amo.

–¿Lo conoces?– preguntó– Habla si no quieres acabar tú mismo en una cruz.

El esclavo, apenas un niño que acababa de entrar en la adolescencia, obedeció sin rechistar.

–Es uno de los siervos de Sexto Peduceo. Uno de los que trabajan en las cuadras.

–¿Peduceo?– preguntó el hombre–. ¿Nuestro vecino?

El joven esclavo asintió.

–Averiguaré esta misma noche qué es lo que está ocurriendo aquí. Llevadlo a la bodega y entregádselo a Mustela. Él sabrá cómo sacarle la verdad.

Los dos jóvenes se lanzaron sobre el desdichado personaje de la túnica negra y tras mostrarle las dos varas que llevaban en las manos lo cogieron entre ambos y lo sacaron a rastras de la habitación. El prisionero, al pasar junto al hombre que daba las órdenes, intentó arrojarse a sus pies, sin que los dos siervos se lo permitieran.

–Piedad, *domine*, yo solo cumplía órdenes… Tened compasión, lo contaré todo… No es necesario que…

Uno de los dos esclavos le propinó un golpe con la vara en la espalda, obligándole a callar.

–No te dirijas a mi amo, sucia escoria– dijo–. Y ahora, andando.

Los siervos se llevaron al personaje de la túnica negra por un pasillo en penumbra.

–No era una estrige, entonces– dijo la mujer.

–No, domina. Aunque eso era lo que pretendía que creyerais.

–¿Y la sangre que encontramos…? ¿Las marcas en el cuello de las esclavas?

–Parte de una elaborada puesta en escena. No hay estriges en esta casa. Y hasta donde yo sé, no hay una sola estrige en toda Pompeya.

–Hablaremos de esto más tarde. Cuando ese malnacido haya confesado todo– intervino el hombre. Se volvió hacia la mujer–. Tú ve a ver cómo está nuestro hijo. Que lo traigan de nuevo aquí en cuanto se haya dormido. Retírate a descansar después.

–Septimio, yo… No creo que nadie pueda conciliar el sueño esta noche. Tal vez si él se quedara por aquí hasta el amanecer– dijo señalando al hombre de la daga.

–Como quieras– respondió el esposo–. ¿Nos harás ese servicio,

Marco Lemurio? ¿Permanecerás con nosotros hasta que salga el sol?

Marco volvió a sonreír y agachó la cabeza, con la daga aún en la mano.

–Será un placer, *domine*.

Marco se acomodó en el diván que le habían preparado para que pasara la noche, en una pequeña habitación cerca de la alcoba de la señora de la casa. Se dejó caer sobre los cojines y suspiró mientras se llevaba a los labios la copa llena de vino que un esclavo le había llevado antes de retirarse de forma discreta a hacer guardia en la puerta del dormitorio. Marco sonrió. Septimio, el amo de la casa, había permitido que se quedara en la *domus* unas horas más, hasta el amanecer, en atención a los temores de su esposa y de una buena parte de los esclavos. Pero una cosa era permitir que aquel extraño personaje pasara la noche en su casa y otra dejarlo sin vigilancia estando tan cerca el dormitorio de su mujer. Como si tuviera intención de introducirme en su alcoba, pensó Marco, y dio un largo sorbo de vino. Bastantes preocupaciones tenía ya como para buscarse un enemigo en Pompeya por una noche de placer con una mujer casada.

Al menos el asunto que le había llevado a aquella casa había terminado bien. Con ese, eran ya cuatro los casos sospechosos de la presencia de una estrige que había investigado desde su llegada a Pompeya, hacía ya dos meses. Dos largos meses en los que había constatado dos hechos. El primero, que la plaga de rumores acerca de la presencia de estriges en Pompeya de la que le había hablado Varrón era muy real. El segundo, que todos ellos eran simplemente eso: rumores. Un borracho que rondaba las murallas por la noche mientras cantaba canciones de amor en una lengua oriental. Un grupo de niños que habían considerado que resultaría divertido asustar a una vieja viuda haciéndose pasar por una de aquellas misteriosas criaturas. Un loco que estaba realmente convencido de ser una estrige y que se colaba por las noches en los establos para beber la sangre de vacas, caballos y ovejas. Y por último el esclavo al que Marco había desenmascarado aquella misma noche disfrazado de entidad nocturna y amenazando con beberse la sangre del hijo primogénito de la familia tal y como había hecho con varias esclavas de la casa en noches anteriores.

Cuatro casos de seres humanos mortales, corrientes y vulgares. Ni rastro de las auténticas estriges a las que Varrón le había encargado encontrar e investigar. Marco volvió a beber. El jodido Varrón… En aquellos momentos el que se había convertido en su patrón y protector estaría sin duda en alguna ciudad griega u oriental, recopilando papiros para su colección y totalmente ajeno al hecho de que sus esclavos en Roma se habían olvidado por completo de enviar a

Marco el dinero que necesitaba para sobrevivir en Pompeya sin tener que preocuparse por ganarse la vida.

Cuando habían llegado a la ciudad, meses antes, Marco, Quinto y Céfiro se habían encontrado con que el cliente de Varrón en aquella ciudad, un tal Quirinio, solo había recibido orden de buscarles alojamiento, pro ninguna instrucción acerca de procurarles manutención en sentido alguno. Marco había escrito de inmediato a Trasíbulo, el esclavo de confianza de Varrón en Roma y responsable de su correspondencia. Sin embargo, ninguna de las cartas que había enviado habían recibido respuesta. Por supuesto, en ausencia de órdenes directas de su patrón, el cliente de Varrón se había negado a facilitarles ni dinero ni alimentos. De este modo, Marco se había encontrado en una ciudad extraña en la que no conocía a nadie, con una bolsa de dinero que menguaba rápidamente y teniendo que atender además a dos esclavos, Quinto y Céfiro, que comían como una legión de soldados recién reclutados. En aquellas circunstancias, no le había quedado más remedio que recurrir a lo único que sabía hacer, al único medio que conocía para ganarse la vida: la vieja y familiar estrategia de mezclar sus conocimientos de la magia con sus habilidades como charlatán y estafador. De aquel modo, Marco había vuelto a ofrecer sus servicios a todos aquellos que precisaban de alguna ayuda sobrenatural para solucionar sus problemas.

Cuando, en vista de aquella situación, él había sugerido a los dos esclavos la posibilidad de regresar a Roma, se encontró con que, por motivos que aún no llegaba a entender, tanto Céfiro como Quinto se negaron en redondo a abandonar Pompeya y regresar a la Urbe. Quinto parecía muy interesado en permanecer en la Campania, a pesar de que Marco no había logrado averiguar qué asuntos eran los que ataban al enorme esclavo a aquella región de Italia. Céfiro, por el contrario, no tenía especial interés en quedarse en Pompeya, siempre y cuando no regresaran a Roma en al menos un tiempo. Los motivos del pequeño esclavo le resultaban a Marco igualmente misteriosos, aunque sospechaba que tenían relación con todo lo que había ocurrido con el *collegium* de los carniceros al final de verano. Ante aquella resistencia, Lemurio optó por ceder y tratar de ganarse la vida en Pompeya como lo había hecho desde su adolescencia en Roma. Al fin y al cabo, él mismo tampoco tenía un especial interés en regresar a la gran ciudad. El rechazo de Alda seguía muy reciente en su corazón, y otros asuntos, como el misterioso hechicero enano que había estado a punto de matarlo le aconsejaban que un tiempo en el sur podría ser beneficioso también para él.

Por otro lado, él mismo tenía un importante asunto pendiente que atender en Pompeya. Un asunto que le había perseguido durante toda su vida adulta, y cuyo desenlace tenía en aquellos momentos al

alcance de la mano. Crisógono, el hombre que había ordenado la muerte de su madre casi dos décadas antes. Era en Pompeya donde el antiguo esclavo de Sila, convertido en un liberto enriquecido hasta igualar al mismo dictador, se escondía de sus muchos enemigos. Gracias a Cicerón y a las pistas que este le había dado, Marco había averiguado el paradero exacto del odiado liberto, y solo aguardaba el momento preciso para desatar su venganza contra él.

De ese modo, los tres se habían instalado en Pompeya, y Marco había comenzado a hacer sus investigaciones sobre la presencia de estriges en la ciudad, por si en algún momento Varrón se acordaba de él y decidía reclamarle resultados en la misión que le había encomendado. Unas investigaciones que, si bien se habían mostrado infructuosas en lo que al conocimiento de aquellas criaturas sobrenaturales se refería, al menos le habían reportado a Marco algunas monedas con las que pagar el alquiler de un modesto apartamento y llenar la despensa.

Tras la decepción que había resultado ser también la falsa estrige a la que había desenmascarado aquella noche, Marco comenzaba a pensar que no había en Pompeya más criaturas sobrenaturales que las que poblaban las pesadillas de sus habitantes. No era la primera vez que veía algo semejante. Incluso su madre Neóbula le había hablado de aquel fenómeno que se producía cuando un grupo de personas compartían el mismo miedo, hablaban de él, hacían que sus vidas comenzaran a girar en torno a ese temor, se obsesionaban con él, y de algún modo acababan actuando como si lo que temían fuera real. Detrás podía haber una simple casualidad o, más frecuentemente, el interés de algún individuo por tener a sus semejantes asustados. Pero aquellos asuntos solían saldarse siempre de la misma manera, con un inocente pagando con su libertad o incluso con su vida para que los miedos de sus vecinos se calmaran.

Marco bebió otro trago de vino. Si aquella fiebre de las estriges seguía extendiéndose por Pompeya no tardaría en suceder que algún pobre desdichado fuera acusado de ser una de aquellas criaturas y que una multitud enfurecida lo linchara en el mismo foro. En muchas ocasiones Marco se había preguntado si su propia madre no habría sido víctima de una situación semejante. Durante la guerra entre los partidarios de Mario y los de Sila, en Roma se habían desatado todo tipo de miedos acerca de posibles envenenadores e incluso hechiceros que pudieran intentar masacrar a la población de la Urbe aprovechando la confusión. Por supuesto, Sila se había aprovechado de aquellas paranoias sin base real alguna para cimentar sus proscripciones y condenar a sus enemigos y opositores. Marco suspiró. Si todo salía como estaba planeado, no tardaría en averiguarlo.

Pensó en Crisógono, el hombre que había ordenado la muerte de

Neóbula. Marco había averiguado dónde estaba la villa de aquel personaje a los pocos días de llegar a Pompeya. A pesar de que el liberto de Sila trataba de llevar una vida discreta, todo el mundo en la ciudad sabía dónde estaba su residencia. Sin embargo, todos en Pompeya fingían no saber nada del asunto. El miedo a Crisógono seguía siendo muy real a pesar de que tras la muerte de Sila el poder y la influencia del que había sido su favorito no eran ya ni lo sombra de lo que habían sido. El hombre de confianza de Cicerón le había dado las indicaciones que necesitaba, pero inmediatamente después le había hecho a Marco dos advertencias. La primera era que él mismo no se involucraría en absoluto en aquel asunto y que, de hecho, negaría haber tenido aquella conversación con Marco Lemurio si alguien le preguntaba. La segunda advertencia fue que no se molestara en intentar encontrar a Crisógono en su casa de Pompeya, ya que el liberto había partido aquel verano a un viaje de destino desconocido y aún no había regresado.

Al escuchar aquello, Marco había sentido como si un puño de hierro le golpeara el estómago. Crisógono, huido solo unos meses antes de que él mismo llegara a Pompeya. El hombre que se había convertido en la encarnación de todo lo que él había aprendido a odiar, escapando de sus manos cuando ya casi lo tenía a su alcance. El hombre de confianza de Cicerón había visto el efecto que sus palabras tenían en Marco y se había apresurado a intervenir.

–Pero no te preocupes. Crisógono volverá. Mis contactos me mantienen informado. No sé dónde ha ido, ni lo que tardará en regresar. Pero todos coinciden en que será antes de que acabe el año. Yo estaré atento, como lo he estado durante años, porque así lo quiere mi señor Marco Tulio Cicerón. El el momento en el que ese liberto hijo de Plutón regrese a su casa todos los sirvientes comenzarán a hacer preparativos que no pasarán desapercibidos.

–¿Me avisarás entonces?– había preguntado Marco.

–Te lo haré saber. Pero hasta entonces no menciones el tema con nadie. Y sobre todo no me busques. Esta conversación no ha tenido lugar. Tú y yo no nos conocemos. Crisógono puede ser solo un viejo con un pie en el Tártaro, pero sigue teniendo amigos entre los que gobiernan esta ciudad. No arriesgaré mi vida por ti, Lemurio. Ni aunque me lo pida el mismísimo Cicerón.

–No tendrás que hacerlo. Tienes mi promesa. Ya sabes dónde encontrarme.

Marco había mantenido su palabra y, después de aquella conversación, no había tratado de ponerse en contacto con el hombre de confianza de Cicerón en Pompeya. Sin embargo, aun a sabiendas de que Crisógono no estaba allí, no había podido resistir la tentación de buscar su villa a las afueras de la ciudad, solo por el placer de ver con

sus propios ojos el cubil al que la bestia que había causado la muerte de su madre llamaba su hogar. La *domus* en cuestión estaba a unas millas al sur de Pompeya, ubicada en un lugar privilegiado, sobre un acantilado que dominaba la costa y desde el que se podía ver toda la bahía. Un retiro de ensueño para el que había sido uno de los hombres más poderosos de Roma. Marco había pasado horas observando la villa desde tan cerca como la prudencia le permitió, analizando sus entradas, los puntos en los que el muro que separaba la finca del exterior era más bajo y accesible.

No había decidido aún qué hacer cuando Crisógono regresara. Sabía que quería mirar a aquel hombre a los ojos mientras le obligaba a confesar el motivo de la muerte de su madre, solo para inmediatamente después quitarle la vida sin piedad alguna. Sabía que quería matar a Crisógono con sus propias manos. Sabía lo que quería hacer… pero no sabía cómo hacerlo exactamente.

Hasta aquel momento, lo único que había hecho había sido abordar con discreción a algunos de los esclavos que trabajaban en la villa del liberto. Había aprovechado su conocimiento del mundo de las tabernas y su encanto personal para entablar relaciones discretas con algunos de ellos en los escasos momentos en los que el *villicus*, el esclavo responsable de la administración de la villa, les permitía salir a tomar unos tragos o ellos mismos se permitían un tiempo de asueto en la ciudad. Marco había sido muy prudente, a sabiendas de que si alguno de aquellos siervos daba la voz de alarma de que un hombre estaba haciendo preguntas podía redoblarse la vigilancia en la casa y poner en alerta a quien quiera que se encargara de la seguridad del maldito Crisógono. Por ese motivo, Marco había sido especialmente generoso invitando a vino y particularmente parco en palabras sobre quién era él y cuáles eran sus intenciones. Gracias a aquellas cuidadas incursiones en las tabernas, había logrado que algunos de los esclavos de Crisógono se habituaran a él y aceptaran sentarse en su mesa a tomar una jarra de vino cuando coincidían en las tabernas. Marco incluso había llegado a aprenderse los días y las horas en las que unos y otros esclavos tenían tiempo para dejarse caer por allí, de modo que, siempre fingiendo que eran encuentros casuales, sabía cuándo y cómo dar con ellos.

Así, una vez se había ganado la confianza de algunos de los esclavos de Crisógono, Marco había ido esbozando un plan…

–Tú– dijo una voz tras él, sacándolo de sus ensoñaciones. Marco se giro sobre los cojines del diván y descubrió a uno de los dos jóvenes esclavos que se habían llevado al hombre disfrazado de estrige, mirándolo desde el umbral de la puerta.

–Tengo un nombre– respondió Marco, molesto. En Pompeya, igual que en Roma, algunos esclavos propiedad de hombres ricos

consideraban que estaban por encima de los ciudadanos libres más pobres o con oficios considerados infamantes, y se permitían tratarlos con desprecio cada vez que tenían la ocasión.

–Un nombre de mal agüero que no pronunciaré antes de la salida del sol– dijo el esclavo, y se escupió sobre la mano en un gesto para alejar el mal de ojo–. A los *lemures* hay que dejarlos tranquilos. No son fuerzas con las que jugar. Y menos ponérselos en el nombre.

–Era el nombre de mi padre. Y ahora es el mío. Y si no te gusta puedes…

–Mi señora quiere verte– interrumpió el esclavo–. Te aguarda en su habitación.

–¿Y crees que es apropiado que un extraño visite a tu señora en medio de la noche? No quiero tener problemas con tu amo.

–Mi amo confía en mí, y yo estaré presente en todo momento. No te quitaré ojo.

–Y harás bien– dijo Marco poniéndose en pie–. Llévame con tu señora.

El esclavo dejó que Marco fuera por delante y le indicara por dónde ir. La casa no era muy grande. A pesar de pertenecer a una de las familias más importantes y antiguas de Pompeya, aquella *domus* era una cabaña en comparación con las de los miembros de la aristocracia de Roma. Incluso la *domus* de Varrón, que por lo general era un hombre austero y poco dado a los lujos materiales, era más grande que aquella.

Marco atravesó varios pasillos y al cruzar un patio pudo escuchar los gritos de una persona que a todas luces estaba siendo torturada para arrancarle una confesión.

–¿Aún no ha confesado quién le dio la orden de hacer lo que hizo?– preguntó Marco.

–Eso no es asunto tuyo.

Marco resopló y siguió caminando. Todavía no había cobrado sus honorarios por el trabajo que había realizado aquella noche, y enfrentarse con uno de los esclavos de confianza de dueño de aquella casa podría complicarlo todo. Decidió que más adelante, cuando las monedas que su amo le debía estuvieran a buen recaudo en su bolsa, le daría un susto a aquel siervo engreído. Tal vez una dosis de esos polvos que hacían que uno no pudiera alejarse más de dos o tres pasos de la letrina sin llenarse la túnica de mierda.

–Hemos llegado– dijo, y se adelantó a Marco para anunciar su presencia–. *Domina*, el hombre al que querías ver está aquí.

Marco no esperó a que el esclavo le indicara que podía pasar. Dio dos pasos al frente y entró en la estancia. La dueña de la casa, una mujer joven, mucho más joven que su esposo, acunaba en sus brazos al pequeño al que la falsa estrige había amenazado con hacer daño. El

niño dormía plácidamente. Marco recordó que Septimio, el *pater familias*, había dado la orden de que el bebé fuera puesto de nuevo bajo los cuidados de la nodriza en el momento en que se hubiera calmado. La mujer había desobedecido a su esposo y había optado por quedarse al niño con ella. Algo lógico, si se tenía en cuenta el miedo que mostraba su rostro.

–Marco… Lemurio. ¿Es así el nombre?– dijo ella.

–Así es, *domina*.

–Un nombre curioso. Por favor, pasa. Hablaremos en voz baja, para no despertarlo– dijo mirando al niño dormido en sus brazos–. Ya ha tenido bastantes emociones por una noche.

Marco asintió y dio dos pasos más, quedando en el centro de la estancia. La mujer no le indicó que tomara asiento, y él no lo hizo. El esclavo, a su vez, se quedó junto a la puerta, en un lugar bien visible, tal y como había dicho que haría.

–Los últimos días han sido terribles para mí. De niña sufría terrores nocturnos. Hasta que me casé con Septimio mi padre tuvo que consentir que una esclava durmiera conmigo y mantuviera una lucerna encendida toda la noche. Creo que es culpa de las historias que mis hermanos me contaban… pero no estoy segura. Me encantaban esas historias de terror, durante el día al menos… pero al caer la noche era incapaz de dejar de pensar en ellas. Tal vez sea mi naturaleza, propensa al miedo. Y a creer en la existencia de criaturas extrañas.

–Como las estriges– dijo Marco.

Ella asintió.

–Como las estriges, sí. Últimamente todo el mundo en Pompeya habla de esos seres. Esta casa no es la única que ha recibido visitas extrañas de esos chupadores de sangre. Ha habido otros casos.

–Y todos han resultado ser falsos. Niños jugando. Bromistas.

–¿No existen entonces las estriges, Marco Lemurio? ¿Son acaso criaturas fantásticas nacidas de la mente de los poetas, como los centauros o las harpías?

Marco agachó la cabeza. Una vez más se encontraba ante la tesitura de tener que mentir a un cliente para evitar que supiera demasiado de sus propios conocimientos y habilidades.

–En toda mi vida jamás he encontrado pruebas de la existencia de una estrige, *domina*.

–Eso no responde a mi pregunta. Nos hablaron de ti, Lemurio. De tu trabajo en Roma, de tu reputación. Si hay alguien en Pompeya que sabe de estos temas, ese eres tú. ¿Crees que existen las estriges? ¿Crees que hay motivos para temer que puedan aparecer cualquier noche?

–Siempre hay que temer la noche. Con estriges o sin ellas, son muchas las criaturas peligrosas que se mueven a la luz de la luna. La

mayoría con rostro humano y con objetivos bien mundanos como robar la bolsa a los incautos.

–Hablas con ambigüedad… Supongo que no quieres compartir tus conocimientos. ¿Tal vez porque temes asustarme más aun?

–¿Queréis que comparta lo que sé de las estriges?– preguntó Marco–. Si es así, decídmelo y lo haré con gusto. Pero os advierto que estas historias pueden poblar para siempre vuestras pesadillas.

–Prefiero la verdad. Así la próxima vez sabré si estoy ante una estrige o ante otro impostor. Y no tendremos más necesidad de tus servicios.

–Está bien– Marco tomó aire, dispuesto a compartir con aquella mujer curiosa lo que él sabía acerca de las estriges, unas criaturas con las que él jamás se había topado, pero de las que había leído todo lo que había podido encontrar en los papiros de Neóbula–. Nadie sabe con exactitud cuál es el aspecto de las estriges. Los que se han visto cara a cara con estas criaturas y han sobrevivido para contarlo hablan tanto de formas humanas de rostro y cuerpo hermosos como de seres de piel coriácea con alas negras y fuertes garras. Es probable que esto se deba a que las estriges pueden cambiar de aspecto a voluntad. También se dice que pueden asumir la forma de aves, de murciélagos de gran tamaño, e incluso de lobos. Y que en su forma humana también poseen alas, grandes y negras. Sin embargo, pese a esta variedad de versiones, todos los relatos coinciden en una cosa: su pasión irrefrenable por la sangre humana. Caen sobre sus víctimas y succionan su sangre hasta dejarlas secas. Resulta casi imposible resistirse al ataque de una estrige. Parece ser que tienen una fuerza sobrehumana y que una vez caen sobre su presa esta difícilmente puede zafarse de sus garras.

–¿No hay forma de luchar contra ellas?– preguntó la mujer, cuyo rostro alternaba una expresión de miedo con una gran curiosidad por seguir escuchando.

–Hay quien dice que determinados elementos pueden ayudar a herir a una estrige. La plata, por ejemplo. O la sal. Pero no existe nada que resulte infalible contra ellas. Salvo la luz del sol, por supuesto. Las estriges solo pueden salir de noche. Un simple rayo de sol es capaz de convertir a una estrige en un montón de cenizas.

–¿Y qué habrías hecho si la criatura que se deslizó esta noche por la ventana hubiera sido una auténtica estrige?

–Tengo mis recursos, *domina*– respondió Marco, sin añadir ningún detalle más.

Ella asintió, no muy convencida. Acarició el cabello de su hijo, que se removió en sus brazos, feliz, satisfecho y seguro.

–¿De dónde proceden esos seres? ¿Cómo se reproducen?

–Sobre eso no hay más que leyendas, conjeturas que nadie ha

podido probar. Se cree que vienen de oriente, de más allá de las tierras de los partos. Y en cuanto a cómo se reproducen…

–Sí. ¿Es cierto que…?

–Algunas víctimas de las estriges se limitan a morir sin más una vez este demonio termina de beberse su sangre. Otras, sin embargo, se convierten ellas mismas en estriges al cabo del tiempo. Y antes de que me lo preguntéis, *domina*, os diré que desconozco por qué unas mueren y otras no. Es un misterio que ninguna de las fuentes que he podido consultar aclara.

–¿Y cómo…?

–Esto es todo lo que sé de las estriges. No hay más información que pueda compartir, salvo que queráis que entretenga vuestras horas con cuentos que no tienen verosimilitud alguna y que han salido de la imaginación de los poetas.

La mujer se puso en pie para dejar con cuidado a su hijo sobre el lecho. Se volvió después y dio dos pasos hacia él.

–¿Crees que hay estriges aquí en Pompeya?– preguntó.

–Sé que no hay estriges en esta casa. No esta noche, al menos.

Ella iba a decir algo, pero en ese momento un esclavo hizo acto de presencia y susurró algo al oído del que vigilaba la puerta. Este asintió y entró en la habitación.

–*Domina*, el amo quiere ver a vuestro… invitado.

–Por supuesto– dijo ella–. Gracias, Marco Lemurio. Reconozco que tus palabras han sido… inquietantes.

–Lamento no haber proporcionado paz a vuestro espíritu, *domina*.

–Tenías razón. Has contribuido a alimentar mis pesadillas. Pero reconozco que ha sido una historia interesante. Ahora ve con mi esposo. Él sabrá pagar tus servicios con generosidad.

Marco hizo una leve reverencia y salió de la sala. Siguió al joven esclavo por el pasillo de vuelta al patio.

–Así que este es el modo en que te ganas la vida. Metiendo miedo a las mujeres con tus historias de fantasmas. Ojalá alguien te pusiera en en el lugar que mereces…

Marco se cansó de las palabras del siervo y perdió el control. El vino que había bebido, las largas horas sin dormir, la incertidumbre de si Varrón llegaría a enviarle dinero en algún momento y los nervios por la inminencia de su encuentro con el odiado Crisógono estallaron en aquel preciso momento. Agarró al esclavo por la espalda de la túnica y le atrajo hacia él al tiempo que con la otra mano le cerraba la boca. El siervo trató de zafarse, pero era más bajo que Marco y mucho más enclenque, de modo que sus intentos fueron en vano.

–Escúchame, carne de cruz, porque solo te lo diré una vez. Vuelve a hablarme de esa manera y el miedo a las estriges será el menor de tus problemas. Te cortaré la garganta y te sacaré la lengua por la herida

hasta que puedas lamerte tus propios pezones. He tenido mucha paciencia contigo esta noche. En el barrio de Roma en el que vivo matamos a los esclavos insolentes por mucho menos de lo que tú me has dicho hoy. Créeme, es mejor no jugar con un tipo de la Subura cabreado… Ahora voy a soltarte, y como te pongas a gritar estarás lamiendo las pelotas de Cerbero antes de que te des cuenta. ¿He sido claro? Nada de gritos y nada de tonterías.

El esclavo volvió a intentar escaparse de la presa de Marco, y este tiró de su túnica como respuesta, haciendo que la tela se clavara en su cuello. El siervo dejó entonces de forcejear y asintió lentamente.

–Así me gusta. Y ahora llévame con tu amo.

Marco soltó al esclavo y este se alejó varios pasos. Se volvió hacia él, respirando con dificultad, y le apuntó con un dedo. Abrió la boca para decir algo, pero Marco se adelantó.

–¿Estás seguro de que quieres decirlo? ¿De verdad te merece la pena?

El esclavo cerró la boca en un rictus de furia. Cerró los puños y finalmente no dijo nada. Con el rostro rojo por la ira retomó el camino por el pasillo, seguido de Marco, en cuyo rostro lucía una sonrisa triunfal. Atravesaron el patio caminando a buen ritmo y llegaron finalmente a lo que parecía ser un almacén, lleno de cajas, ánforas y sacos. El cuerpo de un hombre desnudo, ensangrentado y lleno de heridas y cortes, colgaba de una viga por las manos atadas a una cuerda. El hombre estaba muerto o inconsciente, Marco no fue capaz de adivinarlo. Junto a él, un esclavo fornido y de aspecto rudo estaba limpiando un enorme cuchillo con un trapo sucio. A una distancia prudente estaba Septimio, el amo de la casa, que se volvió hacia Marco en el momento que el esclavo y él entraron en la sala. Al ver a su siervo de confianza con el rostro demudado por la rabia, el amo enarcó las cejas.

–¿Ocurre algo?– preguntó.

El esclavo no respondió al instante. Miró de reojo a Marco Lemurio y acabó por forzar una sonrisa.

–Nada, amo. Me he golpeado el pie contra una mesa.

–Puedes retirarte entonces. Acuéstate y duerme unas horas. No necesitaré tus servicios por el momento.

El esclavo asintió.

–Que descanses– dijo Marco en tono amigable. El esclavo le fulminó con la mirada, pero no se atrevió a responder. Marco se dirigió entonces a Septimio–. Veo que no queda mucho de nuestra estrige…

–No está muerto si es eso lo que te preocupa– respondió Septimio.

–El destino de ese pobre desgraciado no es asunto mío. Me contratasteis para que comprobara si alguna entidad sobrenatural acechaba vuestro hogar y se ha demostrado que no era así. No hay

mucho más que yo pueda hacer.

Septimio hizo una señal al esclavo fornido y este salió del almacén, dejando solos a su amo con Lemurio y el cuerpo del intruso.

–En realidad sí lo hay. Antes de perder el conocimiento este pobre desgraciado confesó lo que ya sospechábamos. Su amo, mi vecino Sexto Peduceo, le ordenó que se hiciera pasar por una de esas estriges de las que todo el mundo habla para aterrorizarnos. El muy imbécil estaba tan convencido de que el esclavo conseguiría su objetivo que le contó todo su plan. Pretendía asustarnos y obligarnos así a que pusiéramos esta casa en venta a un precio muy por debajo de su valor.

–¿Para comprarla él mismo?– preguntó Marco, a pesar de que no sentía interés alguno en las motivaciones que habían llevado a aquel esclavo a hacerse pasar por una entidad bebedora de sangre.

–Y así ampliar su propia casa sobre el solar de la mía. Sí. Me sorprende que llegara a pensar que un plan tan burdo podría haber llegado a funcionar. Es una muestra de la impunidad con la que estos colonos creen estar investidos.

–Os sorprendería hasta dónde es capaz de llegar un hombre movido por el miedo. O toda una familia.

–Por supuesto voy a denunciar a ese malnacido ante los duunviros. No voy a permitir que se salga con la suya.

Marco comenzaba a aburrirse de aquella conversación. Tenía sueño y quería cobrar aquel trabajo para regresar a su casa y poder dormir unas cuantas horas. Por supuesto, controló las ganas de mandar callar a Septimio. Una cosa era amenazar a un esclavo enclenque y otra faltar al respeto a un hombre respetable y adinerado.

–Os deseo suerte, *domine*. En cuanto a mis servicios…

Septimio alzó una mano para interrumpir a Marco.

–Tus servicios aún no han terminado. Según me han informado, no llevas mucho tiempo en Pompeya, y tal vez no estés muy familiarizado con la situación política de la ciudad.

–Lo cierto es que no.

Marco pensó que si no estaba al día de la actualidad política de Roma, mucho menos lo iba a estar de una ciudad insignificante y perdida en la Campania donde algunos de los ricos de la Urbe iban a pasar sus vacaciones de verano. Una vez más, se guardó sus pensamientos y se limitó a sonreír levemente.

–Durante la última guerra que sostuvimos contra Roma, Pompeya no salió muy bien parada. Elegimos unirnos a las comunidades rebeldes… y perdimos. El propio Sila asedió la ciudad y la conquistó. Digamos que el muy… que Sila no guardó muy buen recuerdo de nosotros después de aquello, y cuando se proclamó dictador en Roma se cobró esa vieja deuda.

Marco comprendió que Septimio se estaba conteniendo para hablar

mal de Lucio Cornelio Sila en presencia de un ciudadano romano, algo sin duda aprendido a la fuerza durante los largos años que había durado la dictadura.

–Podéis decir con franqueza lo que penséis de Sila, *domine*, y añadir cuantos insultos consideréis oportunos. Yo mismo perdí a mi madre durante las proscripciones que siguieron a su victoria. No siento ninguna simpatía por Sila ni por ninguno de los suyos.

Septimio pareció relajarse y miró a Marco de arriba a abajo, como si comenzara a sentir simpatía por él.

–No sabes qué tranquilidad me da escuchar eso. Uno nunca sabe cuándo está ante uno de sus seguidores… Pues bien, ese hijo de mil putas de Sila se cobró su venganza contra Pompeya. Nos arrebató una buena cantidad de nuestras tierras para instalar aquí a sus veteranos. Algunos de ellos, oficiales; otros, simples legionarios. Esos colonos no solo se quedaron con nuestras mejores parcelas, sino que también se hicieron con el control de la política en la ciudad. Familias antiguas, como la mía, que hunden sus raíces en la aristocracia que antaño gobernara la Campania, fueron apartadas de las magistraturas, y desde entonces cada año los dos duunviros que son elegidos pertenecen a las familias de los colonos de Sila. Controlan las instituciones y por supuesto controlan la justicia y los tribunales. Sexto Peduceo, mi vecino, forma parte de esas familias de colonos que se establecieron aquí con Sila. Dicen que su padre ponía el culo a cualquiera que le ofreciera un par de ases en alguna ciudad del norte, pero Peduceo, a pesar de sus orígenes de mierda, hizo carrera en las legiones, llegó a ser primer centurión, y ese cabrón de Sila le recompensó bien. Se instaló aquí y aumentó su fortuna con el comercio y la especulación. Él tiene mucha influencia, y yo menos de la que me gustaría. No será fácil que un tribunal le condene por lo que ha ocurrido aquí esta noche… pero por los dioses de mi casa que yo no puedo dejar que esto quede así. Tengo que intentarlo. Y ahí es donde entras tú.

–¿Yo?– preguntó Marco, aunque temía la respuesta–. ¿Qué puedo hacer yo en este asunto?

–¡Declarar en el juicio, por supuesto! Si no me equivoco eres un ciudadano romano, y sé que tienes lazos con alguien poderoso en Roma. Aquí en Pompeya todo se acaba sabiendo. Por eso no me atreví a criticar a Sila delante de ti. Si declaras ante el tribunal y cuentas lo que has visto esta noche…

–*Domine*, soy ciudadano romano, sí. Pero allí de donde vengo eso no significa apenas nada. Hay ciudadanos romanos que pasan tanta hambre en Roma como cualquier extranjero. Mi presencia ante un tribunal no marcará diferencia alguna.

Septimio dio un paso más hacia el frente, quedando cara a cara con Marco.

–Marcará más diferencia que si no llevo testigo alguno. Te pagaré el doble por tus servicios de esta noche, Marco Lemurio. Y te ganarás la amistad de una vieja familia de Pompeya. Piénsalo antes de darme una respuesta.

Antes de que Marco pudiera decir nada, Septimio puso en sus manos una bolsa llena de monedas.

–Esto es por el servicio que me has prestado esta noche. En unos días enviaré a un esclavo para que me des tu respuesta. Ahora puedes retirarte. Yo mismo necesito descansar. Ha sido una noche muy larga.

–*Domine*, aun así…

–Buenas noches, Lemurio. Puedes salir por la puerta de las cuadras. Tendrás noticias mías.

Septimio salió de la sala y Marco se quedó completamente a solas con el cuerpo del esclavo torturado e inconsciente. Tras resoplar con fastidio, se acercó a él y le observó con detenimiento. Tenía muchos cortes en diferentes partes del cuerpo, así como marcas de latigazos que habían lacerado su piel en la espalda, brazos y piernas. El esclavo estaba vivo, pero respiraba con mucha dificultad. Marco pensó que si no recibía atención médica en las próximas horas, era muy probable que muriera a causa de las heridas.

–Lo siento–murmuró Marco–. Tú solo cumplías órdenes. Igual que yo, supongo.

# CAPÍTULO 3
## EMPANADA DE CARNE

Marco salió de la *domus* de Septimio por la puerta de las cuadras, tal y como se le había indicado, y se dispuso a regresar al que se había convertido en su hogar desde que llegara a Pompeya. Acostumbrado a las largas distancias de la ciudad de Roma, donde un paseo desde la Subura, el noreste de Urbe, hasta las laderas del Aventino, en el sur, podía suponer una hora de caminata, moverse por Pompeya se le antojaba extremadamente sencillo. Uno podía llegar con facilidad de cualquier lugar de la muralla a otro sin apenas fatigarse. Las distancias en Roma además estaban marcadas por la difícil orografía de la ciudad, levantada sobre las siete colinas y los valles que las separaban. Pompeya, sin embargo, era una ciudad llana, sin apenas cuestas, y en consecuencia pasear por ella resultaba muy placentero siempre que uno evitara las calles principales en las horas más concurridas.

Cuando Marco pisó la calle, una calleja estrecha y solitaria en la parte trasera de la *domus* de Septimio, el sol comenzaba a despuntar sobre el horizonte. Después de largos días en los que las nubes habían cubierto el cielo desde el alba al ocaso, parecía que por fin la ciudad iba a vivir una tregua en forma de tímidos rayos de sol otoñales. Marco, sin embargo, tenía la firme intención de gastar aquella jornada durmiendo las horas de sueño que había perdido durante la noche… Salió de la calleja y caminó hasta una de las vías más grandes, en la que los comerciantes comenzaban a montar sus tenderetes y a exhibir la mercancía de sus tiendas en mostradores de madera que invadían buena parte de las aceras. En algunos soportales, los maestros colocaban los taburetes para la inminente llegada de sus alumnos, grupos de escolares formados por los hijos de aquellas familias que no podían permitirse pagar a un tutor personal que atendiera a los niños en casa. Los últimos carros descargaban sus mercancías ante las increpaciones de los transeúntes, que les recriminaban que no hubieran realizado aquella actividad en un momento más temprano de la mañana para evitar colapsar las calles. Marco escuchó algunas de aquellas quejas airadas y esbozó una sonrisa. Para los habitantes de Pompeya, un carromato bloqueando una calle era algo intolerable por el caos y los inconvenientes que generaba. Él, acostumbrado a los atascos, los insultos, los gritos y las peleas de la Subura, vivía las jornadas cotidianas de Pompeya como un remanso de paz y tranquilidad.

Ay, la Subura, pensó con nostalgia. Como le ocurría en cada ocasión

que Marco salía de Roma, su habitual hartazgo respecto al barrio en el que había vivido se tornaba en profunda y punzante añoranza. En comparación con la Subura, Pompeya se le antojaba pequeña, aburrida, poco poblada, predecible. Sin poder evitarlo, Marco comparaba todo lo pompeyano con sus equivalentes romanos, y los primeros salían perdiendo en la comparación de forma indefectible. El vino pompeyano, alabado por muchos, se le antojaba flojo y falto de cuerpo. El clima, húmedo y molesto. La gente, ordinaria y mezquina. Los taberneros, avaros y groseros. Las mujeres, altivas sin motivo para serlo. Hasta los esclavos de Pompeya le parecían a Marco insolentes y poco respetuosos, como su experiencia con el siervo de Septmio le había permitido constatar aquella noche.

En consecuencia, Marco contaba los días que le faltaban para regresar a su adorada Roma, a su sucia y ruidosa Subura, a su apartamento pequeño y frío en invierno y caluroso en verano. En cuanto concluyera su plan de venganza contra Crisógono, pondría rumbo al norte sin dilatarlo ni un solo día. Pero aquello no ocurriría de forma inminente… así que más le valía resignarse y adaptarse a la vida en el sur durante al menos un tiempo.

Aunque había salido de la *domus* de Septimio con la firme intención de regresar a su casa y meterse en la cama, el estómago le recordó que con excepción del escaso refrigerio que le habían ofrecido a comienzos de la noche llevaba muchas horas sin comer nada consistente. Tras dudar unos instantes, y animado por el tintineo de las monedas que acababa de ganar, Marco finalmente decidió comer algo antes de acostarse. En Pompeya abundaban los pequeños establecimientos que servían comidas directamente a la calle, en cortos mostradores, sin ofrecer a los clientes un lugar donde consumirla en el interior. A diferencia de las tabernas, aquellas pequeñas tiendas o termopolios no tenían mesas para que los clientes se acomodaran, o en el mejor de los casos tenían una o dos que nunca resultaban especialmente cómodas. Posiblemente movidos por el buen tiempo que hacía durante la mayor parte del año y la escasez de lluvias que, con excepción de aquel extraño otoño, solía ser habitual en aquellas latitudes, los pompeyanos eran muy aficionados a comprar aquellas raciones para llevar y, o bien comían los alimentos en sus propias casas, o bien lo hacían en las propias calles, acomodados en cualquier soportal.

Con la intención de comer algo rápido que calmara su hambre antes de regresar a casa, Marco se acercó al primer establecimiento de comidas que encontró. Como la mayoría, era un local pequeño y con poca variedad de productos, aunque aquel en concreto compensaba la humildad de su tamaño y su oferta culinaria con una decoración muy cuidada. Todo el mostrador estaba adornado con pinturas que mostraban imágenes de dioses entregados a la comida y la bebida. En

una de ellas, un Mercurio de pies alados se llevaba a los labios una copa de vino. Junto a él, un orondo y ya ebrio Baco degustaba un enorme racimo de uvas gordas y verdes ante la mirada de Neptuno, reclinado en un lecho junto a una bandeja de pescados y ostras. También las paredes del establecimiento estaban cubiertas por pinturas, estas ya no de tema mitológico sino con todo tipo de animales y plantas, creando una verosímil sensación de estar ante un paisaje abierto y no ante un local de apenas unos pies de ancho por otros tantos de largo. Marco se preguntó cuánto se habría gastado el dueño de aquel establecimiento en aquellas pinturas tan realistas y bien elaboradas, una decoración que por norma habitual solo estaba al alcance de los más ricos.

Estaba Marco contemplando con interés el rostro de una Juno que acariciaba un hermoso pavo real con la cola desplegada cuando un hombre orondo y de rostro sonriente apareció de una estancia trasera. Se limpiaba las manos con un paño que utilizó después para secarse el sudor que perlaba su frente.

–Buenos días, amigo. ¿Qué se le ofrece?– dijo con un marcado acento osco.

–Buenos días– respondió Marco. El impacto de las maravillosas pinturas había distraído su atención hasta el punto de no darse cuenta de que los huecos en el mostrador, destinados a depositar los recipientes de la comida para que los clientes pudieran apreciar su aspecto, estaban en su mayoría vacíos–. Venía buscando algo de comer. Pero me temo que llego demasiado pronto.

–En absoluto, en absoluto–dijo el hombre ensanchando su sonrisa–. Nuestros guisos están en los pucheros y acabo de sacar las primeras empanadas del horno. En esta casa atendemos a los clientes desde que sale el sol hasta que cae la noche. Aún no hemos sacado el género, pero estoy seguro de que puedo ofrecerte algo que satisfaga tu refinado gusto romano.

–¿Cómo sabes que soy de Roma?– preguntó.

–Oh, es sencillo. La forma de hablar te delata. Ese acento es inconfundible, y aquí en Pompeya nos hemos acostumbrado a escucharlo y reconocerlo desde hace tiempo.

Aunque el hombre no dejó de sonreír en ningún momento, Marco captó el sarcasmo en sus palabras. Una vez más se encontraba con el rencor de los habitantes de aquella ciudad ante una Roma que les había recordado por las armas quién mandaba en Italia y cuál era el destino que aguardaba a todos los que intentaran desafiar ese mando. Marco prefirió pasar aquello por alto. Sentía tanta simpatía por los colonos que Sila había instalado en aquellas tierras a la fuerza como por los habitantes originales del lugar. Ninguna.

–Tendré que aprender a hablar osco para pasar desapercibido–

comentó Marco.

–Serías el primer romano que lo hace, desde luego. Ya ni nuestros hijos demuestran interés alguno en la lengua de sus abuelos. En un par de generaciones solo se escuchará hablar latín en Pompeya. Y griego, por supuesto. ¿Hablas griego, romano?

–Digamos que me defiendo bien en esa lengua. En cuanto a lo de la comida…

–Sí, sí, la comida. Qué cabeza la mía. Me paso las horas encerrado aquí con mi hermano y su hija, y en cuanto aparece alguien me dejo llevar por las ganas de charlar. Él no habla mucho desde que… en fin, es un hombre callado. Pero es el mejor cocinero de toda la región del Vesubio, eso sin duda… aunque poco hablador, así que yo me dejo llevar en cuanto alguien pone un pie aquí dentro. ¿Qué te apetece tomar?

–Algo que pueda comer mientras camino. Vengo con bastante prisa.

–Un hombre atareado. Bien, bien. Tengo justo lo que necesitas–. El hombre se volvió hacia el interior y gritó–. ¡Mucio! ¡Saca aquí fuera la bandeja de panes!

Marco arrugó el ceño. ¿Panes? Había pensado en comer algo más apetitoso y elaborado que una simple hogaza de pan.

Del interior del local salió un hombre de indudable parecido con el personaje que había atendido a Marco. Tenían el rostro muy semejante, pero mientras el primero era orondo y de aspecto alegre, el tipo que salió de la cocina era delgado y su expresión era la viva imagen de la tristeza y la derrota. En sus manos, protegidas del calor con dos paños, llevaba una bandeja repleta de pequeñas hogazas de pan que sobrepasaron con creces las expectativas de Marco. Tal y como pudo comprobar por su aspecto, no eran simples panes, sino que cada uno de ellos estaba relleno de algún producto diferente que le daba una coloración especial y que se desbordaba en algunas partes del bollo. Algunos incluso tenían queso fundido por encima, dándoles un aspecto incluso más apetitoso.

–Que aproveche– dijo el recién llegado en un tono frío que acompañaba a la perfección a su rostro triste y decaído.

–Gracias– murmuró Marco, cuyo estómago había empezado a rugir al llegar a sus fosas nasales el olor de aquellas deliciosas empanadas.

–¿Qué me dices? Tienen buen aspecto, ¿verdad? No probarás nada mejor en toda Pompeya, te lo aseguro.

Marco señaló uno de los bollos y el hombre le indicó que lo cogiera él mismo. Aunque le quemó ligeramente los dedos, Lemurio no pudo contenerse y dio un mordisco prudente a la hogaza. De inmediato tuvo que reconocer que el orgullo del hostelero era más que legítimo. Aquella empanada, rellena de un picadillo adobado de carne de cerdo más que jugosa, era una de las mejores que Marco había probado en

toda su vida.

–Por tu cara deduzco que te ha gustado– dijo el hombre satisfecho. Indicó a Marco el precio y este pensó que habría pagado mucho más por volver a comer algo así. Lemurio pagó lo convenido–. Espero que te volvamos a ver por aquí, romano.

–Si toda tu comida sabe así, puedes contar con ello– dijo Marco antes de dar otro mordisco, este ya sin prudencia alguna, a la hogaza–. Ya nos veremos.

–Aquí te esperamos. Y si algún día quieres charlar, estoy dispuesto a darte las primeras lecciones de osco.

Marco se despidió y volvió a salir a la calle. En el momento en el que puso un pie en el pavimento de la acera descubrió una cosa desagradable que enturbió en parte su felicidad ante el hallazgo de la deliciosa empanada. El tímido sol del amanecer había desaparecido, oculto de nuevo tras una capa de nubes grises que amenazaban con descargar una nueva tormenta sobre Pompeya en cualquier momento.

–Jodida lluvia… Apolo haz tu trabajo, aunque sea un solo día– murmuró con fastidio, sin recordar que no hacía mucho tiempo se había pasado los días refunfuñando por el inclemente sol del verano que caía sobre Roma y rogando a los dioses para que enviaran una refrescante tempestad.

Y como si los dioses le hubieran escuchado y hubieran querido castigar su blasfemia, Marco sintió las primeras gotas cayendo sobre su cabeza. Con tres rápidos mordiscos engulló lo que le quedaba de empanada, maldijo de nuevo a las divinidades por obligarle a comer a toda prisa el manjar que habría deseado disfrutar lentamente, y se puso la capucha sobre el rostro. Marco echó a andar por la calle al tiempo que a su alrededor todos los pompeyanos comenzaban a apresurarse para ponerse a buen resguardo de la tormenta que iba a caer sobre la ciudad.

Apenas se había alejado unas cuantas calles del termopolio cuando Marco descubrió algo inquietante.

Alguien le estaba siguiendo.

Acostumbrado como estaba desde adolescente a tener todo tipo de enemigos, a que le prepararan emboscadas y a sufrir malos encuentros en las calles de la Subura, Marco no dudó ni un instante que la presencia que seguía sus pasos, se detenía cuando él lo hacía y se ocultaba cuando él se daba la vuelta quería algo de él. No era un paseante que por casualidad siguiera su mismo camino. Mucho menos en un momento como aquel en el que la fina llovizna comenzaba a convertirse en todo un aguacero. Marco reaccionó como lo habría hecho en las propias calles de su barrio: fingiendo normalidad, aparentando que no había notado nada. Aquella era la mejor manera

de que su perseguidor se confiara y Marco pudiera, o bien librarse de él, o bien sorprenderlo tras una esquina y enfrentarse a él cara a cara. Claro que, en aquellas circunstancias había un problema con el que debía contar. Cuando la persecución tenía lugar en las calles de la Subura él tenía la ventaja de conocer a la perfección su trazado, la existencia de callejones sin salida, de callejas que giraban y le hacían a uno retroceder. En la Subura se movía como una rata feliz en su cloaca. Sin embargo, las calles de Pompeya eran desconocidas para él, mientras que con toda probabilidad su perseguidor sí estaría familiarizado con ellas. Tendría que ser especialmente precavido si no quería que aquella persecución terminara mal para él.

Marco aflojó el paso para que su perseguidor acortara a distancia con él. Fingió tropezar y detenerse para recoger algo que se le hubiera caído al suelo, y aprovechó aquella maniobra para echar un vistazo sobre su hombro. La persona que le seguía llevaba también el rostro y la cabeza tapados por una capucha, como casi todos los transeúntes que pasaban junto a ellos. Antes de que el perseguidor se diera cuenta de que estaba siendo observado, Marco pudo ver que era corto de estatura y muy delgado, aunque sus ropas holgadas le impidieron precisar más esta impresión. En cuanto notó que Marco miraba hacia donde estaba, se ocultó con habilidad tras la columna de un soportal.

No es un rival fornido, pensó Marco. Salvo que tuviera habilidades ocultas, como la de empuñar un cuchillo con destreza, no sería rival para él en una pelea cuerpo a cuerpo. Sus entrenamientos con Crises en el Campo de Marte el verano anterior habían tenido un efecto: Marco se había convertido en un combatiente más habilidoso. Tenía que reconocerle al anciano que antes de revelarse como un maldito asesino fanático al menos le había dejado un interesante legado en forma de movimientos más rápidos y golpes más certeros. Aunque estaba lejos de igualar en el combate a hombres como Quinto, curtido tanto en las legiones como en la arena de los anfiteatros, al menos Marco había logrado sentirse más seguro con una daga en las manos de lo que había estado antes de conocer al hermano de su madre. Si aquel misterioso perseguidor resultaba tener intenciones violentas, aquellas habilidades le vendrían muy bien.

Marco comprobó que la daga que siempre llevaba oculta bajo la ropa estaba en su sitio y volvió a echar a andar. Y como siempre que él mismo se preparaba para un peligro inminente, la piedra que colgaba de su cuello, un mineral de color negro con forma de lágrima, comenzó a calentarse, como si la fuerza que habitaba dentro de ella clamara por ser liberada. Marco la acarició con cuidado y notó el calor abrasador en los dedos.

Giró en una esquina en la que una fuente manaba agua abundante de un caño de plomo. Marco apresuró el paso y se agachó tras un

pequeño altar que había junto a la fuente, uno de los muchos lugares sagrados que los *collegia* de la ciudad usaban para escenificar sus ritos y sacrificios. El altar en cuestión era una simple piedra gris tallada con cuatro caras, y en cada una de ellas un escultor había grabado un enorme falo erecto. Marco comprobó que uno de aquellos penes había quedado justo a la altura de su rostro y sonrió. A Céfiro le habría hecho mucha gracias aquella escena y no habría podido contener algún comentario jocoso. Con el pene de piedra junto a la cara, se colocó la capucha de forma que le cubriera bien toda la cabeza para evitar que la lluvia le entrara en los ojos y esperó.

Unos instantes después, la figura de la persona que le perseguía pasó junto al altar a toda velocidad. Al perder de vista a Marco había apretado el paso para evitar que este desapareciera entre las callejas de Pompeya.

Marco se puso en pie junto al altar y se quitó la capucha de la cabeza.

–¿Buscas a alguien?– dijo en voz alta mientras se llevaba la mano a la daga.

El perseguidor se detuvo en seco y se dio la vuelta. Y en ese momento Marco se dio cuenta de que quien le perseguía no era un hombre, sino una mujer. Una mujer muy joven, además. Apenas una niña. Por un momento, al ver su aspecto inofensivo, alejó la mano de la daga, pero volvió a ponerla en el mismo sitio al recordar algunas cosas que había visto a hacer a los niños de la Subura con los transeúntes poco precavidos.

Marco intentó poner una pose amenazadora, imponente, para disuadir a aquella niña de intentar nada raro contra él. La observó de arriba a abajo. Era varios palmos más baja que él mismo, y, por lo poco que podía verse bajo la capucha que protegía su cabeza de la lluvia, tenía una nariz pequeña y respingona y el rostro lleno de pecas. Marco pensó que al ver que había sido descubierta, la joven echaría a correr. Si su plan consistía en intentar robarle la bolsa de monedas, era evidente que no lo conseguiría en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Sin embargo, en lugar de continuar corriendo por la calle y alejarse de Marco, lo que la niña hizo fue caminar hacia él.

–¿Eres ese que llaman Marco Lemurio?

Marco puso cara de sorpresa. Aquella niña le conocía. Y eso no solía ser una buena noticia.

–¿Quién lo pregunta?– dijo él, desconcertado, pero fingiendo seguridad. Cada vez le costaba más mantener aquella pose a medida que la lluvia iba calando sus ropas y la capucha se le pegaba al cráneo.

–Me llamo Mucia. Y quiero contratar tus servicios.

Marco enarcó las cejas todavía más. Una chica que no podía tener

más de trece años queriendo contratarle. Su fama se había extendido por Pompeya más de lo que a él mismo le convenía.

–No me interesa– dijo–. Así que deja de seguirme.

Mucia dio dos pasos más y trató de agarrar las manos de Marco con las suyas. Él intentó zafarse, temiendo algún engaño o algún puñal furtivo que apareciera entre los pliegues de la ropa de la chica, pero ella consiguió coger su mano izquierda con las suyas.

–Te lo suplico. Escúchame al menos.

Marco miró el rostro de la chica. Tenía los ojos llenos de agua, y no supo decir si era por la lluvia o porque estaba realmente llorando.

–De acuerdo– dijo él, sorprendiéndose a sí mismo con la respuesta–. Pero no hablemos aquí. Resguardémonos al menos de la lluvia.

Marco y Mucia caminaron hasta un pórtico que cubría toda una calle, haciendo de aquel lugar un espacio perfecto para guarecerse de la tormenta. Junto a ellos, un perro de color negro vigilaba la entrada de un portal. Levantó el labio superior en un gesto perezoso que pretendía ser una amenaza, pero no se movió de su sitio y al ver que los recién llegados no intentaban entrar en la casa volvió a dormirse.

–Te escucho. Pero como ya te he dicho…

–He escuchado que eres un cazador de estriges. Todo el mundo en la ciudad habla de eso.

–Debes de confundirme con otro…– dijo Marco, cada vez más alarmado. Si su fama en Pompeya había crecido tanto, había llegado entonces el momento de marcharse o de al menos ocultarse durante un tiempo. Lo último que necesitaba si pretendía que sus planes de venganza contra Crisógono salieran bien era convertirse en una celebridad en todas las laderas del Vesubio.

–No, eres tú, no tengo ninguna duda. Te he visto salir esta mañana de la casa de Septimio. Y sé que había una estrige rondando para comerse a su bebé, las esclavas me lo dijeron.

Marco hizo un gesto de desprecio con la mano.

–No era una estrige. Era solo…

–Entonces sí eres tú el cazador de estriges. Tienes que escucharme.

En ese momento pasó a su lado una mujer que, antes de meterse en el portal custodiado por el perro negro, les dedicó una mirada reprobatoria a ambos.

–Está bien– dijo Marco– Di lo que tengas que decir. Pero no te prometo nada.

–Necesito que investigues el paradero de mi madre. Desapareció a finales de verano.

–Mucha gente desaparece. No me dedico a esos asuntos.

–¿Desaparece todo un pueblo? ¿Una ciudad entera?

Marco enarcó las cejas. Aquel sí sonaba como un asunto que podía interesarle. En otras circunstancias tal vez.

–Mi madre no fue la única que desapareció. Toda mi ciudad, casi todos sus habitantes, se desvanecieron en muy poco tiempo Y creo que fue una…

–Una estrige, claro. Una estrige llegó a la ciudad y se bebió la sangre de miles de personas, entre ellas tu madre. ¿Es así?

–Sí…y no. Creo que algunas de esas personas murieron. Pero otras se convirtieron en más de esos seres. Yo misma los vi, la noche antes de que mi padre y yo escapáramos de allí. Y mi madre estaba con ellos. Tienes que ir a mi ciudad, tienes que ir a Caldeia. Tal vez si matas a la primera estrige, mi madre pueda volver a su forma humana. Y mi padre volvería a ser el que era. Y yo… nosotros…

Marco le puso a la joven las manos sobre los hombros. Ella se retiró entonces la capucha y dejó de nuevo a la vista su rostro pecoso y su cabello rubio ceniciento.

–Escúchame. No hay estriges en Pompeya. Y yo no tengo tiempo para perderlo investigando esos temas.

–No te estoy hablando de Pompeya. No sé si aquí hay estriges o no. Aunque creo que podrían acabar por llegar. Estoy hablando de Caldeia, mi ciudad, a varias horas al norte, al otro lado de la montaña.

–Mejor aun. Si tengo poco tiempo para perderlo en Pompeya, imagina para hacer un viaje hasta tu aldea…

–No es una aldea. Caldeia es una ciudad. Bueno, lo era. Antes de que esa estrige matara o transformara a todo el mundo.

–Aldea, ciudad, lo mismo me da. No tengo tiempo para hacer lo que me pides, lo siento. Ahora vuelve a casa y resguárdate de la lluvia.

–Puedo pagarte– dijo ella.

–No, no creo que puedas.

–Tengo algo de dinero– insistió la chica–. Y más cosas.

En un primer momento, Marco no supo a qué se refería. Hasta que vio cómo cambiaba la expresión del rostro de la joven a un torpe remedo de mirada seductora sin experiencia alguna y sintió cómo su mano comenzaba a intentar apartar los pliegues de su túnica. Marco dio un paso atrás con elegancia y apartó la mano de la chica.

–Guárdate esas cosas para quien de verdad las merezca. Eres demasiado joven para mí.

La chica borró toda expresión seductora del rostro, pero trató de insistir buscando el cuerpo de Marco con sus manos.

–Ya no soy ninguna niña. Te lo mostraré.

–No, no me mostrarás nada…

–¡Mucia!

Una voz grave y furiosa resonó tras la espalda de Marco, imponiéndose al estruendo de la lluvia sobre las calles y los tejados. En ese momento la chica dio un paso atrás y se apartó de Marco, mientras este se daba la vuelta.

–¡Aléjate de ese hombre ahora mismo!

En un primer momento Marco no reconoció al recién llegado, pero cuando este se refugió también bajo el pórtico, comprobó que se trataba del hermano del hombre que le había vendido la empanada unos momentos antes. El cocinero del pequeño termopolio avanzaba hacia él, y llevaba un afilado cuchillo acabado en punta en su mano derecha.

–Padre– murmuró la chica.

Marco se llevó la mano a la daga, preparándose para cualquier reacción violenta por parte del cocinero. Este, sin embargo, pasó de largo junto a él y fue directo a por la joven, a la que cogió del brazo. Sin mediar palabra, la arrastró fuera de pórtico, bajo la lluvia. Solo entonces se volvió hacia Marco con el cuchillo apuntando en su dirección.

–Si te vuelvo a ver rondando a mi hija pondré tus tripas en un pastel de carne y se lo daré de comer a ese perro sarnoso de ahí.

El animal, al sentirse interpelado de algún modo, ladró dos veces.

–No tengo interés ninguno en tu hija– dijo Marco–. Eres tú quien debería vigilarla. O acabará en unas manos menos honradas que las mías.

–Padre, ese hombre puede ayudarnos. Es un cazador de estriges– dijo ella.

–¿Otra vez con esas locuras? ¿Es que quieres que nos lleven a los dos ante un tribunal? Bastante tengo ya con esos rumores como para que tú contribuyas a ellos con tus delirios. No quiero que vuelvas a hablar de ese tema. Y menos con desconocidos.

–Pero padre… Este Marco Lemurio puede ayudarnos a recuperar a mamá.

Al escuchar mencionar a su esposa, el cocinero no pudo evitar poner un gesto de dolor que arrasó su rostro.

–Tu madre está muerta, ¿entiendes? ¡Muerta! Nadie puede devolvérnosla. Asúmelo de una vez, Mucia. Tu madre no va a volver con nosotros. Y ahora vamos a casa. Tengo que pensar un castigo para ti.

Antes de desaparecer calle abajo arrastrando a la joven con él, el cocinero volvió a mirar a Marco con los ojos llenos de furia, en un intento de recalcar su amenaza. Marco, sin embargo, no encontró solo rabia en los ojos de aquel hombre. La suya era una mirada llena de dolor, de pena por una pérdida inmensa. Observó cómo padre e hija desaparecían bajo la lluvia de Pompeya y se dio la vuelta para reemprender su propio camino. A punto estuvo de tropezar con el perro, que al sentir que Marco saltaba sobre él, levantó una oreja y ladró de nuevo con pereza.

–Me temo que te quedas sin probar mis tripas. Otra vez será– dijo

Marco.

El perro resopló y siguió durmiendo.

# CAPÍTULO 4
## EL TEATRO

A pesar de que apenas hacía una hora que había salido el sol, Céfiro ya estaba aburrido. Mortalmente aburrido. Tanto que el pesar de no saber a qué dedicar su tiempo casi lo sentía como si fuera un dolor físico traspasando su cuerpo. El niño no estaba acostumbrado a aquella sensación. Desde que tenía uso de razón, siempre había tenido a su alcance una infinidad de actividades, a cada cual más interesante, a las que dedicar su tiempo. Desde juegos y tareas a negocios más serios, pasando por todo tipo de aventuras, correrías y rapiñas con sus amigos de la Subura. Desde el alba al anochecer, tenía la ciudad de Roma a sus pies, dispuesta a brindarle tanta diversión y tantas oportunidades como su cabeza fuera capaz de imaginar. No había callejón de la Subura que Céfiro no conociera, ni *insula*, habitada o abandonada, en la que no supiera colarse, ni persona interesante con la que no pudiera entablar una conversación. En invierno o en verano, en días de trabajo o en días de fiesta, Céfiro nunca se sentía ocioso. De hecho, su sentimiento más habitual era que a los días les faltaban horas, que siempre se metía en la cama con ganas de haber hecho más cosas.

Aquello había terminado desde que su amo y él habían llegado a Pompeya. La idea de una ciudad desconocida había supuesto en un primer momento todo un reto para sus ansias de conocimiento y de hacer negocios, legales o fraudulentos. Pero aquella sensación no había tardado en desvanecerse. En primer lugar, Pompeya le parecía una aldea en comparación con Roma. Uno podía recorrer la ciudad de extremo a extremo en el mismo tiempo que él dedicaba solo a salir de la Subura para llegar a alguno de los otros barrios de la Urbe. Desde que Céfiro había constatado eso, las murallas de Pompeya se le antojaban una prisión en la que miles de seres humanos vivían encerrados sin ser conscientes de ello. ¿Qué sorpresas podía deparar un poblacho en el que todo el mundo se conocía? A él, que había hecho del anonimato, del escurrirse entre las masas sin que nadie pudiera reconocer su rostro, todo un arte, aquella sensación de que todo el mundo se conocía le parecía un auténtico horror.

En segundo lugar, y para gran sorpresa de sí mismo, Céfiro se sentía terriblemente solo en aquella ciudad. Por supuesto, tenía a Marco, con el que había retomado una relación más cercana después de haberse distanciado en los meses de verano. Pero Marco era su amo, al fin y al cabo, una figura paterna y fraternal a la que no podía confiar

determinadas cosas sin arriesgarse a un castigo o incluso un pescozón. También estaba Quinto, el enorme esclavo de Varrón que había viajado al sur con ellos para ejercer como su protector en caso de conflicto, pero tampoco con él Céfiro había llegado a entablar una confianza estrecha. A la diferencia de edad se le sumaba que por algún motivo el veterano gladiador y legionario pasaba casi todas las horas del día fuera de la casa que los tres compartían, entregado a actividades misteriosas de las que no quería hablar con nadie. Céfiro había intentado arrastrar a Quinto a algunos de sus paseos de exploración, con la esperanza de que el esclavo compartiera con él los conocimientos sobre Pompeya que hubiera recopilado cuando había vivido en aquella ciudad. El luchador, sin embargo, había declinado la oferta con una sonrisa y una palmada en la espalda de Céfiro que había dejado al niño sin aliento.

Con Quinto desaparecido y Marco entregado a sus investigaciones, Céfiro había comprendido cuánto había llegado a depender de su grupo de amigos de la Subura. Aquellos niños, libres o esclavos como él mismo, habían llegado a formar una pequeña familia sobre la que él gobernaba con mano de hierro, y que a cambio de su liderazgo le ofrecía complicidad y compañía siempre que él la necesitaba. Céfiro había tenido que viajar a cientos de millas de la ciudad de Roma para ser consciente de que aquellos niños que en una ocasión le habían traicionado eran una parte esencial de su vida, y que sin ellos ya no era capaz de moverse por las calles con la seguridad y el aplomo que le caracterizaban.

Desde su llegada a Pompeya había intentado sin éxito entablar relación con algunos niños con los que se había cruzado en las calles. Los esclavos no querían saber nada de él, temerosos de que sus amos les vieran rondando por ahí con un desconocido y les aplicaran una buena dosis de palos. Los niños libres se dividían entre los de origen pompeyano, que al descubrir que Céfiro era romano no querían saber nada de él, y los que procedían de otras zonas de Italia, incluida la propia Roma. Estos últimos pertenecían a familias bien situadas económicamente, o al menos eso pretendían aparentar, de modo que la idea de entablar relación con un esclavo les parecía totalmente indigna. El resultado había sido que Céfiro se había visto despreciado por unos y por otros, con su consiguiente enfado y frustración.

Por supuesto, ante esta situación, Céfiro había estado tentado de tratar de convencer a Marco de que adelantaran su regreso a Roma. Al fin y al cabo, tampoco su amo había encontrado allí lo que buscaba, ya que no había tenido noticias de su patrón Varrón y había tenido que empezar a ganarse la vida para poder comer y pagar un modesto alquiler. Sin embargo, Céfiro sabía que no podía regresar a casa. No al menos en un tiempo prudencial. Si lo hacía, era muy probable que

acabara muerto de la forma más horrible en cuanto pusiera un pie en la ciudad.

Solo un mes antes, Céfiro había sido el causante de la muerte de casi todos los miembros del *collegium* de carniceros del Arco de los Huesos, una de las asociaciones más poderosas de toda la Subura. Por medio de una treta, había conseguido encerrar a todos los carniceros en su sede y había prendido fuego al edificio para que todos ellos murieran abrasados en su interior. Céfiro no sabía si alguno habría conseguido sobrevivir a aquel terrible incendio, pues Marco y él habían escapado de Roma la misma mañana en la que había tenido lugar el incidente. Pero, hubiera habido supervivientes o no, era más que probable que todos señalaran a Céfiro como el gran culpable y que en aquellos momentos la mitad de la Subura anduviera buscándolo para llevar su cabeza al Arco de los Huesos.

No, no podía volver a Roma hasta que los ánimos no se hubieran calmado y el recuerdo de aquel incendio se hubiera mitigado, al menos en parte. Si no quería terminar sus días sirviendo de alimento a los cerdos de los carniceros del Arco de los Huesos, debía quedarse con Marco una buena temporada en Pompeya, aburrido o no.

Céfiro se asomó por el ventanuco del pequeño apartamento en el que vivían y comprobó que, a pesar de que el día había amanecido con una promesa de sol y cielos despejados, las nubes habían vuelto a cubrir el cielo y la lluvia había empezado a caer. Como casi cada día desde que habían llegado a Pompeya. ¿No se suponía que el sur era soleado y cálido? El niño puso un gesto de fastidio. Estaba harto de estar encerrado, de no poder salir de casa sin calarse hasta los huesos o mancharse de barro hasta las rodillas. Así era imposible explorar Pompeya en condiciones.

A sus pies, Ulises se movió inquieto y gimió. Céfiro se hizo a un lado para que el perro también pudiera asomarse a la ventana, alzándose sobre sus dos patas traseras. El animal movía los restos de su cola casi amputada, ilusionado ante la idea de poder salir a la calle junto a su pequeño amigo. Ladró como si quisiera hacer ver al niño que las calles estaban ahí fuera, esperándolos.

–De acuerdo, de acuerdo– dijo Céfiro–. Un poco de lluvia no va a matarnos.

El perro respondió con un nuevo ladrido. Aquel animal pequeño y de color pardo, con numerosas cicatrices en el cuerpo fruto de sus malos encuentros en el pasado, era el único amigo que le quedaba a Céfiro. Más valía que al menos cuidara aquella relación.

Céfiro abrió la puerta del apartamento y el perro salió corriendo escaleras abajo, sin esperarle.

–Maldito traidor– murmuró el niño–. Ya vendrás con hambre.

Estaba a punto de salir también él cuando vio a Marco doblando el

recodo de la escalera. Su amo venía con cara de sueño y cansancio, sin duda después de una noche de andar deambulando de taberna en taberna.

–¿Ya te marchas?– preguntó Marco–. Está lloviendo otra vez.

–Qué novedad– respondió Céfiro con fastidio.

–¿Y Quinto?

–Se marchó antes del alba, como cada mañana.

–Algún día tendrá que contarnos a qué dedica sus días desde que llegamos a esta ciudad– murmuró Marco, y entró en el apartamento. Céfiro decidió que su salida podía esperar y siguió a su amo al interior.

–¿Necesitas algo?

Marco dejó escapar una carcajada sarcástica.

–El aburrimiento te ha convertido en un esclavo servicial. Creo que nunca antes te había escuchado pronunciar esa frase.

Céfiro ignoró a su amo y se dejó caer en el catre que había en un lado de la pequeña sala. El apartamento que habían alquilado en Pompeya, facilitado, aunque no pagado, por el supuesto hombre de Varrón en la ciudad, era muy semejante a aquel en el que Marco y Céfiro vivían en la Subura. Tenía una estancia principal, en la que dormían Céfiro y Quinto y en la que había una mesa pequeña y tres taburetes para comer, y un dormitorio de pequeño tamaño que Marco había convertido en su habitación. Sin embargo, mientras el apartamento de la Subura no tenía ventana ninguna que diera al exterior y permitiera ventilarlo, el que habían alquilado en Pompeya tenía un pequeño ventanuco que daba a la calle y permitía que entrara algo de aire fresco, un detalle que Céfiro había llegado a agradecer y que sabía que echaría de menos cuando regresara a Roma. Posiblemente, había pensado el niño en varias ocasiones, sería lo único que echaría de menos de Pompeya.

Otra diferencia con la casa de Marco en Roma era que que aquel apartamento no estaba en una *insula*, sino en la parte alta de una gran *domus* cuya propietaria había decidido sacar rentabilidad a aquel segundo piso que no utilizaba para hacer apartamentos que podía alquilar a buen precio. De ese modo, Marco y Céfiro, acostumbrados a subir varias veces al día los cuatro pisos de altura que separaban su casa de la calle, pronto se habían habituado a la comodidad de tener que hacer frente solo a un pequeño tramo de escaleras. Pese a que esto resultaba una ventaja, el hecho de vivir sobre la casa de la propietaria del apartamento había resultado ser un inconveniente, ya que la mujer, una viuda madura que había heredado una pequeña fortuna de su marido muerto, insistía en fiscalizar con frecuencia cada uno de los movimientos de sus inquilinos. Céfiro, como niño que era, pasaba desapercibido de los inquisitoriales ojos de aquella matrona con

mucho tiempo libre y muchas ganas de controlar las vidas de las personas que vivían sobre su *domus*. Marco, por el contrario, sí sufría con frecuencia los interrogatorios de la propietaria, que insistía en saber a dónde se dirigía, de dónde venía, cuánto tiempo pensaba quedarse en Pompeya, así como en recordarle que aquella era una casa seria en la que no se toleraría ningún tipo de escándalo. Lemurio, acostumbrado a la independencia y a que nadie controlara sus movimientos, trataba por todos los medios de escapar de aquellos interrogatorios, y siempre que salía de casa se aseguraba de que la buena señora no estuviera rondando las inmediaciones de la *domus*.

–¿Te has cruzado con esa vieja bruja al entrar?– preguntó Céfiro, deseoso de entablar conversación con su amo.

–Ojalá fuera una bruja. Tendría al menos algo de lo que hablar con ella… No, por suerte no me la he encontrado. Ventajas de volver a casa tan temprano, supongo.

–Te mira con ojos de enamorada– dijo Céfiro.

–Qué sabrás tú de cómo miran las enamoradas…

–Recuerdo cómo te miraba Antígona antes de que os pelearais.

Marco resopló, fastidiado al escuchar el nombre de su vecina y antigua amante. Céfiro no dejaba pasar ninguna ocasión de recordarle su fracaso amoroso con ella, con la esperanza tal vez de que Marco decidiera intentar de nuevo algún tipo de relación con su joven vecina.

–Me voy a dormir. Despiértame a mediodía– ordenó–. Que no se te olvide. No quiero dormir hasta la noche.

–En Roma no te importaba.

–Eran otros tiempos… Y por cierto– Marco sacó de su bolsa un par de monedas de poco valor y se las arrojó al niño, que las cogió en el aire con habilidad–, para que compres algo de comida. Hoy me han pagado por un trabajo.

–¿Cazaste a esa estrige?

–No era una estrige. Solo un pobre esclavo desgraciado haciéndose pasar por una para meter miedo al vecino de su amo.

Céfiro se levantó del catre, dispuesto a escuchar la historia que su amo tenía que contarle. Marco bostezó abriendo mucho la boca.

–¿No vas a contarme cómo ha ido todo?

–Después de dormir unas horas tal vez. Disfruta de la mañana.

Céfiro se dejó caer de nuevo en el jergón de paja y musitó una maldición a los dioses.

–Esa lengua– le regañó Marco–. ¿Qué te pasa? En Roma tenía que atarte a la pata de la mesa para que no te escaparas de casa desde el alba y aquí no haces más que rondarnos a Quinto y a mí.

–Me aburro. Esta ciudad es peor que una clase de griego con Periandro. No hay nada que hacer.

–En primer lugar llegará el día en el que te arrepientas de no haber aprovechado mejor las clases de Periandro. Y en segundo lugar– dijo Marco señalando a la ventana– tienes muchas cosas que hacer ahí fuera. Empezando por seguir recabando rumores acerca de las estriges, como te dije que hicieras.

–Ya he escuchado todas las historias que la gente cuenta sobre ese tema. Si sigo preguntando van a empezar a sospechar.

–¿Por qué no vas a ver el teatro? Dicen que es bastante imponente.

–¿El teatro? No he visto que estuvieran montando ninguno.

Céfiro se encogió de hombros. El niño era un apasionado del teatro en todas sus modalidades, desde las elevadas tragedias copiadas de los modelos griegos a los mimos obscenos y desenfadados que se representaban en las calles. Como seguidor de este espectáculo, sabía qué festividades de Roma conllevaban la puesta en escena de obras de uno y otro tipo y por supuesto los lugares en los que se levantaban los teatros de madera en los que se representaban las obras. Teatros que se montaban y desmontaban en cada ocasión, ya que, en la Urbe, por orden expresa del Senado desde tiempos inmemoriales, estaba prohibido que se erigiera un edificio permanente dedicado a las artes escénicas.

–En la Campania los teatros no se montan y desmontan como hacen en Roma. Son de piedra, como en las ciudades griegas. Dicen que el de Pompeya es…

Marco no pudo terminar la frase, pues antes de que lo hiciera, Céfiro ya había salido corriendo por la puerta del apartamento sin aguardar a tener más información. Lemurio sonrió y volvió a bostezar. Aquello sí era propio de Céfiro. Marco volvió a bostezar y, todavía con una sensación amarga de culpa por no haber ayudado a la chica que se había acercado a él en la calle, entró en el dormitorio, dispuesto a dormir unas cuantas horas.

Céfiro llegó a la calle y se lanzó a por el primer transeúnte que se cruzó con él.

–Disculpa, *domine*. ¿Dónde puedo encontrar el teatro de la ciudad?

–¿El teatro de la ciudad dices? Supongo que te refieres a los teatros.

El niño no pudo evitar quedarse con la boca abierta. ¿Teatros? ¿Había más de un teatro en aquella ciudad mientras Roma no tenía ninguno?

–Sí, eso quería decir… Los teatros.

–Por suerte para ti, está uno al lado del otro. Los encontrarás sin problemas.

El hombre, un tanto fastidiado por tener que detenerse a charlar bajo la lluvia, dio indicaciones a Céfiro para que encontrara lo que buscaba. El niño asintió y echó a correr sin dar las gracias al

informante, que se quedó mascullando un insulto contra las nuevas generaciones que eran incapaces de agradecer un gesto amable.

Por primera vez desde que había llegado a aquella ciudad, Céfiro se alegró de que Pompeya se pudiera recorrer de un extremo a otro en relativamente poco tiempo. Corrió por las calles tratando de refugiarse de la lluvia en la medida de lo posible, buscando los soportales y los pórticos, muy abundantes en toda Pompeya. A pesar de ello, al poco rato sus ropas y su calzado estaban empapados debido al agua que caía del cielo y a los muchos charcos que pisó sin poder evitarlos. Cuando llegó al lugar que el hombre le había indicado, cerca de la parte sur de la muralla, el niño estaba temblando de frío. Por suerte para él, el cielo decidió darle una tregua y en ese momento dejó de llover, aunque las nubes grises siguieron cubriendo el cielo.

Céfiro miró a su alrededor y se encontró de bruces con un gran edificio de piedra, imponente, con varios pisos sostenidos por arcos bajo los que había esculturas de todo tipo. La estructura de la construcción era curvada, y Céfiro pensó que se parecía a la del Circo Máximo de Roma, aunque más cuidada, como si se hubiera reformado en época reciente. Céfiro se acercó a la arcada inferior en busca de una entrada. Era el primer teatro de piedra que veía en su vida, y Céfiro sabía que su alma no encontraría la paz hasta que hubiera conseguido echar un vistazo en el interior.

Por desgracia para él, el edificio parecía cerrado por completo. Las puertas principales, por las que sin duda entraba el público en los días de representación, estaban atrancadas con grandes barras de metal fijadas con enormes cerrojos. Céfiro recorrió toda la fachada sin encontrar recoveco alguno por el que poder colarse. Estaba ya calculando si sería posible encaramarse de algún modo hasta el segundo piso para tratar de entrar por allí, cuando observó a una figura que se movía entre los arcos de piedra y abría una pequeña y discreta puerta que él mismo había pasado por alto. Céfiro corrió hacia él y descubrió que era un anciano que cargaba un enorme cesto lleno de lo que parecían ser telas de diferentes colores. Un cesto que de hecho era casi tan grande como él y que le obligaba a caminar encorvado y a punto de caer hacia adelante.

Céfiro vio en aquella situación la oportunidad perfecta para adentrarse en el teatro.

–Déjeme que le ayude, *domine*.

Céfiro no dio ocasión a que el anciano respondiera. Agarró el cesto por el lado contrario y se echó encima parte su peso. Desde el lugar en el que se encontraba, Céfiro no podía ver al hombre al que estaba ayudando, ya que el enorme cesto los separaba, pero supuso que en aquel momento el anciano luciría rostro de agradecimiento y alivio ante aquel inesperado auxilio. El niño y el hombre llevaron el fardo

hasta el interior del edificio, a una sala oscura que olía a humedad y a cerrado. Una vez dentro, Céfiro notó que el anciano trataba de bajar el cesto al suelo y él hizo lo mismo. Cuando dejaron la pesada carga, Céfiro alzó el rostro, esperando encontrarse con un palmada de agradecimiento y tal vez una invitación exclusiva para visitar el teatro. Su sorpresa fue mayúscula cuando en lugar de una caricia recibió un golpe en el brazo derecho.

–¡Ay!– gritó Céfiro mientras se llevaba la mano al brazo herido y daba un salto hacia atrás para protegerse–. Viejo de… ¿A qué ha venido eso?

El anciano sostenía en su mano una fina vara de madera que había cogido sin que Céfiro se diera cuenta. La blandía frente a él como si fuera una espada para mantener al niño alejado.

–Querías robarme la cesta, ¿eh pequeño ratero? Pues lo único que te vas a llevar de aquí son dos docenas de palos como este si no desapareces de mi vista, tunante, pequeño Mercurio venido a menos.

–Mercurio venido a menos…– repitió Céfiro sin captar la referencia–. Baja esa vara, abuelo. Solo quería ayudarte antes de que acabaras en el suelo. No tengo interés ninguno en robarte.

Aunque si se presenta la ocasión… Céfiro se sorprendió a sí mismo pensando en si podría sustraer algo de aquel lugar sin que nadie se diera cuenta, pero se obligó a alejar aquella idea de su cabeza. Estaba allí para ver el teatro, no para llenarse la bolsa.

–¿Ayudarme? ¿Y cuándo un mocoso de tu edad ha ayudado a un hombre como yo sin esperar nada a cambio o sin intentar jugársela en cualquier momento? No, no he nacido ayer, niño. Así que más te vale que desaparezcas ahora mismo si no quieres que…

El anciano levantó el brazo que sostenía la vara, dispuesto a golpear de nuevo al niño. Céfiro estaba preparado para dar un salto a un lado cuando el hombre se vio acometido por un violento ataque de tos que le obligó a bajar el brazo y a doblarse sobre sí mismo. El niño aprovechó aquel momento para observar mejor a aquel personaje. Aunque resultaba imposible precisar su edad, era evidente que había dejado la madurez atrás hacía ya varias décadas para internarse en la última etapa de su vida. Sus miembros eran delgados, pero sus hombros conservaban un cierto porte propio de quien ha tenido un cuerpo fornido en la juventud. Sobre la cabeza lucía una cabellera blanca y espesa que sí había resistido el paso de los años con el único cambio de su color. Pero lo más significativo de aquel anciano, aquello que llamaba más la atención, era su ojo derecho, totalmente cubierto por una pátina blanca.

El hombre tosía como si en cada acometida se le fuera a escapar el alma por la boca. Aunque trataba de controlarse y recuperar la compostura, el ataque de tos era tan violento que lo obligó a sentarse

en un pequeño taburete que había junto a la puerta y a soltar la vara con la que había golpeado a Céfiro.

El niño pensó en aprovechar aquel momento para salir corriendo del teatro, a salvo de los golpes de aquel hombre, y buscar alguna otra forma más segura de entrar. Sin embargo, algo en su interior le obligó a quedarse. El hombre estaba totalmente indefenso. Era evidente que le había alcanzado con el primer golpe solo porque le había cogido desprevenido. Yendo de frente, jamás habría logrado dar a Céfiro con la vara, ya que este era lo bastante ágil como para escapar de cualquiera de sus acometidas. El niño pensó que era solo un anciano con un violento ataque de tos que necesitaba ayuda. Además, dijo una voz en su interior, la misma que le había sugerido unos instantes antes que tratara de robarle la bolsa al hombre, tal vez si le ayudas se ablande su corazón y te dé una recompensa a cambio.

Miró a su alrededor y, sobre una mesa, vio unos cuencos de madera que podrían servir para sus intenciones. Antes de entrar en el teatro, Céfiro había visto junto a la fachada una fuente en la que manaba agua de un caño, y allí se dirigió con uno de los cuencos. Antes de salir de la estancia pudo escuchar al anciano murmurar entre tos y tos.

–Eso es. Corre, corre, saca tus manos de ladrón de aquí– dijo antes de verse acometido por un nuevo ataque de tos.

El niño corrió hasta la fuente y mientras llenaba el cuenco de madera sintió que la lluvia comenzaba a caer de nuevo. Volvió al teatro y se encontró al anciano aún sentado en el taburete, con la frente apoyada contra la pared, una mano en la cabeza y el rostro amoratado por el esfuerzo.

–Bebe– dijo Céfiro–. Te ayudará.

El hombre alzó la cabeza, sorprendido.

–Has vuelto– dijo con esfuerzo antes de que la tos volviera a aparecer.

–Bebe– repitió Céfiro, y le tendió el cuenco al anciano.

El hombre torció el gesto, pero acabó por acceder. Cogió el cuenco y bebió su contenido lentamente, parando cuando la tos le obligaba a ello. Finalmente, solo quedó un leve carraspeo.

–Eres un ladrón muy raro si vuelves para dar de beber a tus víctimas.

–Eso es porque no soy un ladrón.

–Sí, eso le dijo Mercurio a su hermano Apolo cuando este le encontró llevándose todos sus rebaños de vacas. Los ladrones siempre se dan a sí mismos otros nombres. Comerciantes, la mayoría. O cobradores de impuestos. Ladrones todos ellos. ¿Tú qué tipo de ladrón eres?

–Veo que ya estás mejor. Me marcho. Tengo cosas que hacer.

–Si, sin duda eres un jovencito muy ocupado– comentó el hombre

haciendo un aspaviento con los brazos–. Negocios que atender en otro lugar de la ciudad, sin duda. Barcos que descargar, riquezas que contabilizar. Sí, tienes aspecto de ser un chico con muchos quehaceres…

Céfiro, cansado de las burlas e insultos del hombre, se dio la vuelta y se dispuso a marcharse.

–Espera, espera. Aún no he podido ni darte las gracias. Supongo que tus intenciones podrían haber sido buenas. Al fin y al cabo, también hay ladrones buenos, las fábulas milesias están llenas de ellos. Vuelve aquí y dime cómo te llamas.

El niño dudó unos instantes, pero decidió que al fin y al cabo había sido aquel su objetivo al ayudar al anciano: conseguir su agradecimiento para que le franqueara la entrada al teatro.

–Ya te he dicho que no soy un ladrón.

–Oh, claro, claro. Esos dedos largos tuyos y esa forma de mirar a todas partes, como si calcularas el precio de todos los objetos que te rodean me dicen lo contrario… pero te creeré si me dices que no has sustraído nunca la bolsa de un paseante distraído. Pero dime, pequeño Mercurio, ¿cómo te llamas? ¿O debo seguir usando el nombre del dios de los ladrones?

–Me llamo Céfiro– dijo el niño, y recogió el cuenco de manos del hombre para llevarlo de nuevo al lugar en el que estaba.

–Como el viento que sopla del oeste. El viento que trae la primavera. Un bonito nombre para un… ¿esclavo?

El niño asintió.

–Y no eres de por aquí, eso está claro. La cadencia de tu habla huele a Roma desde la primera palabra que pronuncias. Yo me llamo Sóstrato. Y como tú, también fui esclavo en mi juventud.

–¿Te liberaron?– preguntó Céfiro, siempre interesado en las historias de siervos que alcanzaban la libertad de un modo u otro.

–Sí. Lo hicieron. Pero no hablemos de mi pasado. Hace tanto tiempo de eso que bien podría haber ocurrido antes de que Aníbal montara en su primer elefante. En fin… viejas historias, huesos viejos… y esas ropas no van a llevarse solas al almacén. Antes los esclavos del tintorero las traían hasta aquí, pero desde que los políticos dejaron de pagar por ello soy yo el que tiene que cargar con todo. ¿Me ayudarías a llevarlas? A no ser que tus ocupaciones te requieran en otro lugar, por supuesto.

–Creo que mis ocupaciones pueden esperar.

Céfiro intentó levantar él solo el cesto lleno de telas, pero resultó ser muy pesado y hasta que el viejo Sóstrato no lo cogió por el otro lado no pudo alzarlo. El anciano guió a Céfiro, que casi no podía ver nada desde detrás de la enorme cesta de mimbre, por el laberinto de pasillos oscuros de las entrañas del teatro hasta que llegaron ante una

puerta de madera.
–Un momento. Abriré la puerta.
Sóstrato abrió la puerta y entró en la habitación para encender una lucerna. Céfiro le siguió… y perdió al aliento al ver lo que albergaba aquella habitación.
A la luz escasa y cambiante de la lucerna, Céfiro descubrió todo tipo de objetos que hasta aquel momento solo había visto sobre un escenario. Máscaras de madera pintadas con vivos colores, con muecas grotescas de alegría o tristeza. Altos coturnos y todo tipo de calzado. Ropajes de reyes, de campesinos, de dioses y diosas, de hombres honrados y de parásitos hambrientos. Espadas, lanzas, escudos, cascos y tocados para el pelo. Rayos de Júpiter hechos de madera, caduceos de Mercurio y liras de Apolo. Y al final del todo, cubriendo una pared entera, lo que parecían ser los fondos empleados para las diferentes obras. Telas pintadas para simular paisajes de bosques, de pueblos, de grandes salones de palacios, de praderas verdes y llenas de flores. Céfiro observó aquello con la boca abierta, sin ser capaz de articular palabra. Él, que había crecido viendo los hechizos de Marco, ayudándole a preparar sus ingredientes extraños y exóticos, sintió que en aquel almacén había más magia que la que su amo habría sido capaz de conjurar en toda su vida.
–No te quedes ahí pasmado. Ayúdame a a meter el cesto para dejarlo aquí, al lado de estos arbustos falsos.
Sóstrato no se dio cuenta del efecto que la visión de aquel lugar había tenido en el niño hasta que trató de levantar la cesta y vio que su acompañante seguía embelesado mirando el almacén. El anciano se puso junto al niño y sonrió.
–¿Nunca habías estado dentro de un teatro?
El niño negó con la cabeza, sin poder articular palabra hasta que finalmente dijo:
–No hay teatros en Roma. No como este, al menos.
–Lo sé, lo sé. Esos senadores vuestros tan estirados, con sus leyes absurdas. Hasta la última ciudad de la Campania tiene mejores teatros que esas barracas de madera que montan en Roma. Por no hablar de las ciudades de Asia… Esos sí que son teatros. De modo que no has estado nunca en un lugar como este… Bien, acompáñame. Supongo que no pasará nada si el cesto se queda aquí fuera hasta que volvamos.
Sóstrato tuvo que sacar casi a rastras a Céfiro del almacén y lo llevó de nuevo por los pasillos oscuros hasta que llegaron a una nueva puerta, esta más grande y cubierta por una pesada cortina de color pardo.
–Si el almacén te ha gustado, esto… te va a encantar.
Sóstrato apartó la cortina y por el vano de la puerta entró un raudal

de luz del exterior que por un momento cegó a Céfiro. El niño dio un paso al frente y se encontró ante un panorama sobrecogedor. El anciano le obligó a caminar unos pasos más adelante para que pudiera contemplar el lugar en todo su esplendor.

Céfiro y Sóstrato estaban en el centro del escenario del teatro. A sus espaldas un enorme muro de ladrillo, con algunas partes cubiertas por placas de mármol, columnas y esculturas repartidas en hornacinas. Y frente a ellos, el enorme graderío de piedra, sostenido sobre una depresión de terreno, que había sido absorbida por la ciudad tiempo atrás, y dividido por escaleras que permitían el paso desde los accesos en la parte superior. Céfiro había estado en numerosas ocasiones en el Circo Máximo, con gradas más altas que las de aquel teatro, pero nunca lo había hecho viéndolo desde la arena. Por algún motivo aquel edificio pompeyano le pareció más grande, más espectacular y sobrecogedor que el circo de Roma. Incluso bajo la lluvia, el teatro de Pompeya hizo que el estómago de Céfiro se encogiera y que un escalofrío recorriera su espalda.

En aquel momento, como si el dios Júpiter quisiera dar la bienvenida a Céfiro, un rayo atravesó el cielo encapotado y fue seguido de un violento trueno que retumbó en todo el edificio, aumentado debido a su magnífica acústica.

El pelo de Céfiro comenzó a pegarse sobre su frente debido a la lluvia, pero el niño no dio muestras de querer moverse. Fue Sóstrato el que, más acostumbrado a aquella sobrecogedora visión, tuvo que llevarlo hasta la parte del muro en el escenario cubierta por un pequeño tejado. El niño se dejó llevar, pero caminó de espaldas, hacia atrás, incapaz de despegar la mirada del enorme graderío.

–Impresiona, ¿verdad?

Sóstrato puso su mano sobre el hombro del niño. El anciano miraba también las gradas con su único ojo sano, con una expresión que mezclaba el orgullo y la nostalgia.

–Si así te parece impresionante deberías verlo cuando las gradas están llenas de gente. Ese momento, justo cuando el actor dice las últimas palabras de la obra, ese instante de silencio antes de que el público arranque a aplaudir… En ese momento en el que sientes todas las miradas puestas en ti, y tú terminas de hablar, y simplemente esperas… En ese momento te sientes casi un dios, muchacho.

Céfiro salió de su ensimismamiento.

–¿Fuiste actor?– preguntó.

Y como si aquella simple pregunta hubiera sido capaz de romper toda la magia, la sonrisa se borró del rostro de Sóstrato y la mano que había posado con suavidad en el hombro de Céfiro se convirtió en una garra cerrada con firmeza que empezó a tirar de él.

–Volvamos dentro. Me ayudarás a guardar esa cesta y después

tendrás que regresar con tu amo. No quiero tener problemas.

–Mi amo me deja que vaya donde quiera una vez termino mis tareas– dijo el niño, sin entender por qué su pregunta había causado aquel cambio en el humor del anciano.

–Aun así– respondió él.

Céfiro echó un último vistazo a las gradas y al escenario antes de seguir a Sóstrato hasta el otro lado de la cortina, pensando en que acababa de salir de aquel lugar y ya estaba deseando regresar. Sóstrato caminaba a su lado, sumido en el silencio. Céfiro decidió iniciar él una nueva conversación para tratar de recuperar el buen humor del anciano. Si tenía alguna posibilidad de que se le permitiera recorrer a su aire aquel teatro, aquello pasaba por tener una buena relación con él.

–¿Cuándo serán las próximas representaciones?– preguntó.

–En cuanto las lluvias lo permitan. Y siempre que no haya llegado antes el invierno, claro. El teatro cuenta con un sistema de toldos, pero eso sirve para el sol, con la lluvia no ayuda mucho. Los duunviros quieren terminar su año en el poder inaugurando el nuevo anfiteatro y el teatro pequeño. Pero como no cambie el tiempo me temo que se van a quedar con las ganas y no se podrán hacer las representaciones y los juegos hasta la primavera. Una pena. Los actores llevan mucho tiempo ensayando. Nunca en mi vida había visto tantos días seguidos de lluvia en Pompeya en estas fechas.

–¿Cuál es tu trabajo en el teatro?– siguió preguntando el niño mientras caminaba junto a Sóstrato.

–Ayudo a los actores. Y también a los que preparan el escenario, a los de vestuario… hasta a los albañiles que vienen a hacer reformas cuando hay dinero en el erario. Trabajo para la ciudad, soy el responsable del teatro desde hace muchos años. Desde que yo… en fin, desde que me lo propusieron, antes de que ese jodido Sila nos conquistara y trajera a todos esos colonos romanos y de otras partes… No te ofendas.

Céfiro se encogió de hombros, dejando claro que los temas políticos le eran completamente ajenos. Lo que a él le interesaba era algo mucho más sencillo.

Ambos llegaron hasta el lugar donde habían dejado el cesto y lo metieron juntos en el almacén, dejándolo junto a unos arbustos de madera pintados de colores pardos, verdes y amarillos. Céfiro se hizo el remolón toqueteando con cuidado los objetos que había allí guardados. Cogió una espada de madera y la dejó de nuevo en su sitio para cambiarla por un caduceo de metal con dos serpientes doradas enroscadas en torno a una vara. Sóstrato se puso a rebuscar algo en el interior de un enorme cajón.

–Tal vez yo podría ayudarte– dijo Céfiro al fin.

–¿Cómo?– Sóstrato dejó sacó la cabeza del cajón y miró a Céfiro.

–Con todo esto. Seguro que es mucho trabajo para un solo hombre. Y más uno de tu edad. No te ofendas.

–No me ofendo. Solo los tontos se ofenden cuando las dicen la verdad. Y sí, es mucho el trabajo que tengo aquí. Pero ya te he dicho que no quiero problemas con tu amo.

–Puedo hacer las tareas que me mande mi amo muy temprano, por la mañana, y tener el resto del día libre. A él no le importará.

Sóstrato miró en silencio a Céfiro de arriba a abajo varias veces. El niño trató de esbozar la sonrisa más dulce e inocente que era capaz. Finalmente, el anciano asintió.

–Haremos una cosa. Ven mañana, es día de ensayo. Te encargaré algunas tareas, y, si las cumples de forma adecuada, te dejaré venir a ayudarme más veces. ¿Y quién sabe? Puede que te deje ver la función desde detrás del escenario… ¡Pero solo si no robas nada, pequeño ratero!

Céfiro no supo si protestar por el insulto o saltar de alegría ante el ofrecimiento. En lugar de eso, se dejó llevar por sus emociones y corrió hasta Sóstrato para darle un sincero abrazo. El anciano se quedó muy tieso en un primer momento, como si no estuviera preparado para aquella reacción por parte del niño. Tras unos instantes de dudas, le palmeó con suavidad en la espalda, sin devolverle el abrazo.

–Bueno, bueno. Te he ofrecido un trabajo duro y no pienso pagarte nada. Cualquiera diría que te he ofrecido las riquezas de los reyes de Egipto. Y ahora vamos, márchate y cuéntale a tu amo lo que hemos hablado aquí. Sin su autorización no hay trato, eso tenlo claro. Yo tengo muchas cosas que hacer antes de que lleguen los actores esta tarde. Entra mañana por la misma puerta que hoy y pregunta por mí. Tendré preparadas tus tareas.

Céfiro sonrió de nuevo, sin soltar el abrazo. Los dioses le habían sonreído al fin dándole algo interesante que hacer en Pompeya.

# CAPÍTULO 5
## EL GLADIADOR

Quinto escupió sobre la arena una mezcla de saliva y sangre que se disolvió con el agua de la lluvia que caía implacable desde primera hora de la mañana. A pesar de que la temperatura era fresca, tenía todo el cuerpo cubierto de sudor. Sus músculos palpitaban y ardían como fruto del esfuerzo y el cansancio. Su respiración era entrecortada, y cada bocanada de aire que le llegaba a los pulmones se sentía como una llamarada de fuego. Con una rodilla clavada en la arena y un pie firmemente apoyado en el suelo, miró a la arena, miró su espada. Y sonrió.

–¿Eso es todo?–murmuró en voz baja, y antes de que el eco de sus palabras se perdiera bajo el rumor de la lluvia, el antiguo gladiador se puso en pie de un salto, trazó un arco con su espada y retrocedió unos pasos, adoptando una posición defensiva–. Seguimos– dijo sin dejar de sonreír.

Frente a él había dos hombres grandes y fornidos. Uno de ellos tenía los músculos de los brazos y el torso tan marcados y tensos que parecían esculpidos en mármol. El otro, con los brazos igualmente anchos, lucía una barriga redonda y brillante que colgaba sobre un cinturón de cuero. Los dos iban armados, el primero con una espada y un escudo, el segundo con un tridente. Y los dos estaban llenos de heridas, golpes y contusiones, y tan fatigados como el propio Quinto. Además de las heridas y la sangre, los cuerpos de ambos gladiadores estaban cubiertos de barro por las muchas veces que habían caído al suelo y se habían revolcado por la arena empapada. A diferencia de Quinto, ninguno de los dos sonreía.

–Suficiente– dijo una voz autoritaria tras ellos.

Los dos gladiadores no esperaron a que se repitiera la orden: suspiraron aliviados y bajaron los brazos. El más grueso de los dos dejó caer el tridente al suelo y masculló una maldición.

–Este cabrón no es humano.

Quinto, pese a la orden recibida, no bajó la espada ni relajó la pose. Siguió con el arma alzada, las rodillas dobladas y el cuerpo inclinado hacia adelante, como si en cualquier momento fuera a lanzarse al ataque.

–He dicho suficiente– repitió la voz.

Ante aquel segundo mandato, Quinto sí obedeció. Al igual que habían hecho los otros dos gladiadores, él también dejó que la espada cayera al suelo. Solo entonces suspiró y se relajó. Su sonrisa desafiante

se transformó en una mueca de alegría inocente y se acercó a sus rivales con las manos tendidas para estrecharles los brazos.

–Habéis luchado bien, por Marte que sí– dijo Quinto mientras asentía complacido–. Hacía tiempo que no disfrutaba de un combate tan bueno. Por un momento he creído que tendría que emplearme de verdad con vosotros. Estáis bien entrenados, ya lo creo.

Los dos gladiadores aceptaron el apretón del brazo de Quinto y se obligaron a sonreír. Aquel esclavo gigante y de sonrisa estúpida los había humillado una vez más, y lo único que podían hacer ellos era aceptar la derrota y callar.

El hombre que había ordenado el fin del combate se acercó a ellos aplaudiendo. Aunque el pelo de su cabeza era gris y las arrugas surcaban su rostro, su físico seguía siendo vigoroso, su pecho ancho y sus brazos fornidos. Estaba vestido con ropas cómodas y elegantes que se conservaban completamente secas gracias a que una esclava sostenía una sombrilla sobre él mientras ella quedaba expuesta a la lluvia.

–Vosotros podéis marcharos– dijo a los dos gladiadores–. Descansad. Esta tarde seguiremos con los entrenamientos. Quinto ha sido muy generoso en su valoración de vuestra forma de pelear. Os queda mucho que aprender. Eumelo, esperaba mucho más de ti.

Los dos aludidos bajaron la cabeza y se retiraron caminando bajo la lluvia, sin poder evitar lanzar una última mirada de envidia y rencor a Quinto, que siguió sonriendo, sin darse cuenta de aquel gesto. Eumelo, el más joven de los dos gladiadores, parecía especialmente dolido por las palabras de reproche que acababa de escuchar. Bajo la mugre del barro que cubría su rostro casi por completo, su piel enrojeció, de ira y de vergüenza.

–Tú acompáñame dentro– dijo señalando a Quinto–. Tengo algo que proponerte.

Quinto siguió los pasos del hombre bufando como un caballo agotado después de una larga carrera. A pesar de sus palabras, en realidad aquel combate no le había supuesto ningún reto. Había caído al suelo en alguna ocasión, le habían alcanzado con las armas de forma superficial y desde luego había roto a sudar por el esfuerzo. Siempre que saltaba a la arena, Quinto se esmeraba en ofrecer un buen espectáculo al público, y ponía todo su potencial físico al servicio de aquel objetivo. Sin embargo, en ningún momento había estado cerca de perder el combate a pesar de estar luchando contra dos adversarios al mismo tiempo. Sus propias habilidades con las armas y su potencial físico estaban muy por encima de los de sus rivales. Y eso que estaba bastante desentrenado tras mucho tiempo lejos de la arena…

El lugar en el que se encontraban era un enorme patio que emulaba

la arena de un anfiteatro. A su alrededor, sin embargo, no había gradas para que el público se sentara y contemplara el espectáculo, sino altos muros que cerraban el recinto y un edificio con una gran terraza que lo presidía desde la parte norte. En una esquina, bajo un lateral de la terraza, había un pequeño espacio cerrado por enormes verjas de metal en el que cuatro leonas dormitaban, resguardadas de la tormenta bajo un pequeño techado.

A pesar de la lluvia, varios hombres se ejercitaban en el patio, en solitario o emparejados en enfrentamientos simulados, haciendo fintas que no llegaban a herir a su contrincante, fingiendo que caían y rodando para ponerse en pie de nuevo de forma espectacular. Quinto los miró y ensanchó su sonrisa. Aquel era el mundo al que pertenecía. El lugar en el que se sentía en casa. El *ludus* de Lucio Petronio, uno de las mejores escuelas de gladiadores del sur de Italia y desde luego la mejor de toda Pompeya.

El propio Lucio Petronio, el hombre que caminaba bajo la sombrilla, había heredado de su padre el negocio del entrenamiento, el alquiler y la venta de gladiadores, logrando multiplicar su prestigio y sus ganancias a lo largo de los años. Las luchas de gladiadores eran extremadamente populares en las ciudades del sur de Italia, y los juegos en los que tenían lugar estos combates, en ocasiones a muerte, congregaban enormes masas procedentes de todas las ciudades cercanas. No había ciudad de la Campania que no tuviera un anfiteatro del que enorgullecerse, ya que todos los nobles de aquellas comunidades sabían que ofrecer juegos de gladiadores era el camino más seguro y directo para ganarse el favor de la gente y con ello sus tan ansiados votos en los comicios. Lucio Petronio había sabido sacar partido de aquella pasión por los gladiadores logrando que todos y cada uno de los hombres que se entrenaban en su *ludus* se convirtieran en auténticos profesionales, no solo de la lucha, sino también del espectáculo. Los combatientes del *ludus* de Petronio no solo sabían derrotar al adversario con sus armas: sabían hacerlo de forma que el público disfrutara con ello. Petronio lo tenía muy claro él mismo y se lo dejaba muy claro a sus hombres. Las luchas en el anfiteatro tenían tanto de lucha como de actuación teatral, y si un gladiador no sabía actuar más le valía dedicarse a otra cosa porque aquel no era su lugar.

Petronio compraba chicos muy jóvenes y con físicos prometedores procedentes de los principales mercados de esclavos de todo el Mediterráneo y los entrenaba para convertirlos en auténticos profesionales del arte gladiatorio. Les daba de comer bien, los cuidaba con esmero y los hacía sentirse parte de una gran familia. Pero a cambio los hacía trabajar muy duro, tanto que solo unos pocos conseguían convertirse en gladiadores oficiales del *ludus*. Los que se quedaban por el camino porque no daban la talla o no reunían las

características físicas que Petronio consideraba óptimas eran vendidos, en algunas ocasiones a otros *ludi* menos exigentes, pero también a amos interesados en tener esclavos fornidos y entrenados para otros menesteres. Con la venta de aquellos hombres y el alquiler de sus propios gladiadores para los juegos, Petronio se embolsaba grandes sumas de dinero que le permitían vivir con gran lujo y seguir aumentando el negocio.

Por supuesto, la revuelta de esclavos liderada por Espartaco había supuesto un duro golpe para él. Muchos de sus propios gladiadores habían huido para unirse a las turbas de aquel tracio que había amenazado con poner en jaque a la propia Roma. Incluso los que se habían quedado en el *ludus* se habían vuelto altivos y desobedientes, a sabiendas del miedo que aquella revolución servil había sembrado en las almas de sus amos. El propio Petronio había tenido que ordenar la ejecución de un muchacho deslenguado que se había atrevido a amenazarle con tomar las armas contra él. Lo había crucificado en centro del patio y había dejado su cuerpo moribundo a la vista de todos hasta varios días después de que aquel desgraciado exhalara su último aliento. Aquellos habían sido años difíciles para el negocio de los lanistas, sin duda, pero una vez Espartaco y los suyos hubieron sido derrotados y crucificados a lo largo de la Vía Apia, todo había ido volviendo a la normalidad lentamente. Los esclavos habían vuelto a ser humildes; los amos, seguros de sí mismos y convencidos de su autoridad incontestada. El público había dejado de ver a los gladiadores como una amenaza potencial y había vuelto a abarrotar las gradas de los anfiteatros para jalear a sus combatientes favoritos y abuchear a los más odiados. Y Petronio había vuelto al negocio como si nada hubiera ocurrido.

Él, el lanista mas hábil de toda Pompeya, un hombre que presumía de no haber tenido que vender en su vida a un gladiador en contra de su voluntad. Con una única excepción.

Una circunstancia excepcional, un negocio de final infausto del que todavía, algo más de un año después de su conclusión, seguía lamentándose. La forzada venta de aquel gladiador se había hecho para saldar las enormes deudas contraídas con el objetivo de sufragar un negocio de importación de trigo que había resultado ser un absoluto desastre. El hombre que le había prestado el dinero a Petronio para aquella empresa era nada menos que Marco Terencio Varrón, un noble romano que había hecho carrera en el círculo de seguidores de Sila y que había acabado por convertirse en uno de los hombres más cercanos a Cneo Pompeyo. Un hombre al que, en consecuencia, no convenía tener como enemigo. Tras una visita al *ludus* de Petronio para negociar la cancelación de la deuda, Varrón había estado de acuerdo en cerrar el trato a cambio de uno de los

gladiadores de la escuela. El mejor de todos los gladiadores de la escuela, de hecho. Varrón había insistido en que fuera ese y no otro quien satisficiera el importe adeudado, y Petronio, solo un rico de una ciudad menor, al fin y al cabo, no había podido oponerse a los deseos del noble romano.

De ese modo, Quinto, que llevaba años triunfando en las arenas de la Campania, había acabado siendo propiedad de Varrón y marchando a Roma con él para convertirse en uno de los porteros de su *domus*. Lejos de la arena, lejos de las armas, lejos de Pomeya, lejos del público, lejos de todo lo que Quinto había aprendido a amar desde muy joven.

Quinto, el mejor gladiador que había conocido la Campania en mucho tiempo, se había convertido en un simple portero, en un guardaespaldas. Y, como esclavo que era, no había podido hacer nada más que maldecir a los dioses por haberle apartado del que él siempre había creído que era su destino: una retirada gloriosa tras un último combate en el anfiteatro.

Quinto y Petronio entraron al interior del edificio y se dirigieron a la sala de descanso que el lanista empleaba cuando quería charlar con alguno de sus gladiadores con cierta intimidad. La esclava que había sostenido la sombrilla para su amo se ofreció a limpiar el barro del cuerpo de Quinto y a secarlo de la lluvia, y él, agradecido, se dejó hacer, alzando las manos mientras la muchacha recorría su enorme cuerpo con un paño húmedo con agua tibia. Mientras tanto, Petronio se sirvió una copa de vino y se tumbó en uno de los divanes para contemplar a su joya perdida un año antes.

–Todavía recuerdo el primer día que llegaste a mi casa– dijo–. Arruinado, huyendo de algo y suplicando que alguien se hiciera cargo de ti. Y en unos meses te convertiste en el mejor gladiador de toda la Campania. Qué manera de moverte, Quinto. En todos los estilos, con todo tipo de armas, contra cualquier adversario. ¿Recuerdas cómo coreaba el público tu nombre?

–Como si hubiera ocurrido ayer mismo– dijo el esclavo sin poder evitar que una sombra de tristeza cayera sobre su rostro. La muchacha terminó de limpiarle y Petronio le hizo un gesto a Quinto para que se sentara junto a él. El antiguo gladiador, acostumbrado a actuar como un esclavo, no se tumbó en el diván, algo propio de hombres libres, sino que se sentó en el extremo. Petronio le tendió una copa de vino y Quinto, que estaba muerto de sed por el esfuerzo realizado en el combate, bebió su contenido de un solo trago.

–Qué carrera habríamos hecho juntos. Te habrías convertido en una leyenda, un luchador del que se habría seguido hablando dentro de cien, de mil años. Un nuevo Aquiles, un nuevo Héctor.

–No sé quiénes son esos Aquiles y Héctor– dijo Quinto confundido–.

¿Eran buenos gladiadores?

Petronio se echó a reír a carcajadas.

–Sí. Los mejores. Eran tan buenos que los poetas todavía escriben versos sobre ellos.

–Vaya. Me gustaría escuchar esos versos. No sabía que hubiera poesía sobre tipos como yo…

Petronio cogió la jarra de vino y volvió a llenar la copa de Quinto y la suya. La ingenuidad casi infantil de aquel hombre enorme y letal era una de las cosas que más le gustaban de él. Quinto era como un niño, noble, sencillo, transparente… y fácil de manipular.

–Podrías haber sido un héroe. Y haberte retirado como un libre libre, con dinero suficiente para vivir el resto de tus días. Pero la Fortuna nos mostró su peor cara, amigo mío; a los dos. Ese Varrón se encaprichó de ti y no hubo manera humana ni divina de convencerle de que aceptara otra cosa como pago de aquella deuda. Y mírate ahora. El mejor gladiador que ha visto la arena de Pompeya convertido en un simple… portero de la casa de un romano rico. Qué desperdicio.

–El amo Varrón me trata bien– dijo Quinto, incómodo. No le gustaba que nadie hablara mal de su actual propietario, un hombre que se había mostrado siempre generoso y justo con él.

–No lo dudo. Seguro que duermes en un colchón de plumas, bebes el mejor vino y te follas a las esclavas más hermosas llegadas de Oriente y de Hispania.

–Lo cierto es que…

Petronio no le dejó terminar. Se puso en pie, se agachó junto al esclavo y cogió a Quinto por los hombros para mirarle fijamente a los ojos.

–Tú no has nacido para vigilar la puerta de nadie, Quinto. Como tampoco naciste para las legiones. Tú has nacido para la arena. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¿A cuántos de mis mejores hombres tienes que humillar para darte cuenta?

Quinto cerró los ojos, incapaz de sostener la mirada del que había sido su amo en los que él consideraba los mejores años de su vida.

–Eso ya no depende de mí– dijo en voz muy baja.

–Lo sé–respondió Petronio–. Por los dioses que lo sé. Y sin embargo… ¿has pensado en eso que te dije?

Quinto negó con la cabeza, sin abrir los ojos.

–No puedo pedirle eso a Marco. Él no es mi amo, no puede tomar esa decisión. Me han encargado protegerle hasta que regrese a Roma, y eso es lo que debo hacer. De hecho… ya he estado demasiado tiempo fuera.

El esclavo se puso en pie, haciendo que Petronio tuviera que alzar la cabeza para seguir mirándole a la cara.

–Pero Quinto… piénsalo bien. Sería un negocio perfecto para todos. Yo ganaría, tú ganarías, el público ganaría. Ese Marco Lemurio tendría también su parte, por supuesto. Y tu amo Varrón no tendría ni que enterarse. Está en Roma, ocupado con asuntos mucho más importantes que los nuestros.

–De hecho, mi amo no está en Roma. Está en algún lugar del mar, luchando junto a Pompeyo. Hace mucho tiempo que no recibimos noticias suyas.

Petronio dio una palmada y sonrió, mostrando una dentadura de dientes pequeños y encías grandes.

–¡Mejor aun! Si Varrón está ocupado luchando contra los piratas no le importará que uno de sus miles de esclavos participe en unos juegos en Pompeya. ¡Y qué juegos, Quinto! ¡Qué juegos! Los duunviros están preparando algo espectacular para celebrar el final de las obras de construcción del nuevo anfiteatro. Habrá cientos de parejas de gladiadores para varios días de juegos, desde el alba hasta el anochecer. Han traído fieras de todas las partes del mundo conocido, y los mejores *venatores* se han peleado entre ellos para tener el privilegio de participar en las cacerías. ¿Y el público? Se dice que vendrá gente de todas las ciudades de la Campania. No habrá un asiento libre. Ni en los mejores tiempos has vivido algo así, Quinto. Imagina toda esa gente coreando tu nombre otra vez, aclamándote tras cada una de tus victorias. ¿Vas a privarte de vivir algo así? ¿Vas a dejar pasar la que puede ser tu última oportunidad de regresar a la arena?

Quinto cerró los ojos de nuevo, con fuerza. No quería escuchar más. Quería que Petronio se callara, que le dejara marcharse. Había sido un error regresar al *ludus* de su antiguo amo. Había sido un error aceptar aquellos combates de exhibición contra sus gladiadores, sus antiguos compañeros. Todo aquello, todo lo que había hecho desde que había llegado a Pompeya había sido un gigantesco error.

–Tengo que marcharme– dijo Quinto, y apartó a Petronio con suavidad–. Gracias por el vino. Y por todo lo demás.

Petronio suspiró. Se apartó para que el enorme luchador pudiera pasar junto a él en dirección a la puerta. El lanista aguardó a que Quinto estuviera casi fuera para volver a hablar.

–Siempre te consideré más que un esclavo, Quinto. No te diré que te vi como a un hijo, porque te mentiría. Pero sí como alguien muy cercano.

Al escuchar aquellas palabras Quinto no pudo evitar recordar la ocasión en la que Petronio le había hecho combatir contra diez hombres al mismo tiempo como castigo por, supuestamente, haber mirado con deseo a su esposa. ¿Hacía eso alguien a un hijo o a un amigo muy cercano? Como el esclavo prudente que era, Quinto se guardó sus pensamientos.

–Alguien a quien habría ayudado sin dudarlo en el momento en que lo hubiera necesitado– continuó Petronio–. Sé que en estos meses nos hemos alejado… De hecho, pensé que no volvería a verte. Y sin embargo aquí estás. La diosa Fortuna te ha devuelto a Pompeya. Toda una señal de los inmortales. Y por eso, Quinto, si hicieras esto por mí, si completas lo que los dioses sin duda han dispuesto para nosotros, yo me sentiría inclinado a ser muy generoso contigo. Hasta el punto de conseguir que un buen amigo mío me vendiera a una de sus esclavas… y a su hijo, si así me lo pidieras.

Quinto se quedó clavado en el umbral de la puerta. Sintió un hormigueo en el estómago, una sensación que había aprendido a asociar con todos y cada uno de los momentos de su vida en los que había estado a punto de tomar una mala decisión. Las palabras de Petronio resonaban en su cabeza como los cantos de esas criaturas con rostro de mujer y alas de pájaro que hechizaban a los marineros y los devoraban después. Quinto no era capaz de recordar el nombre de aquellos bichos, pero su ignorancia no le impedía sentirse como uno de aquellos marinos que eran arrastrados hasta los acantilados atraídos por sus voces. Lo que Petronio le había propuesto sonaba a sus oídos como la mejor de las músicas posibles. Y sin embargo…

–Hablaré con Marco– dijo al fin el esclavo.

Petronio volvió a sonreír, satisfecho al comprobar que su última oferta había tenido el efecto deseado.

–Bien. Ya sabes dónde encontrarme.

Quinto salió a la arena de nuevo y pidió a una de las esclavas que le trajeran sus ropas. Miró a los hombres que continuaban entrenando bajo la lluvia. Máquinas de golpear, esquivar, caer y rodar para levantarse de nuevo. A pesar de ser un esclavo, no era propenso a sentir envidia de la gente a la que Fortuna había sonreído más que a él mismo. Sin embargo, en aquel momento habría dado cualquier cosa por que los dioses le hubieran cambiado por uno de aquellos gladiadores.

Quinto, despojado ya de sus ropas de gladiador y cubierto por una capa que le protegía de la lluvia, salió del *ludus* de Petronio, situado en las afueras de Pompeya, a escasa distancia de la ciudad. No tardó mucho en llegar a las murallas y entrar por una de sus puertas. Caminaba cabizbajo, sumido en reflexiones acerca de lo que Petronio le había propuesto. Había una parte de él que ardía en deseos de decir que sí, de convencer a Marco para que le concediera permiso para participar en los juegos como gladiador y de volver a sentir la satisfacción de combatir ante su público. Sin embargo, cada vez que se entregaba al placer de imaginarse a sí mismo en la arena, combatiendo y triunfando, se le aparecía en su mente el rostro severo

de Trasíbulo, el secretario de Varrón. Si Trasíbulo llegaba a enterarse de que había saltado a la arena sin tener el consentimiento explícito de su amo, no dudaría en informar al atriense para que Quinto fuera convenientemente castigado. Trasíbulo era un joven amable y comprensivo, pero también resultaba inflexible y escrupuloso en lo que respectaba a cumplir las órdenes de Varrón. Pese a todo, no era la perspectiva del castigo físico, que conociendo a Varrón no iría más allá de unos latigazos, lo que asustaba a Quinto, sino la posibilidad de que su amo decidiera prescindir de sus servicios en Roma y lo enviara a trabajar en los campos de alguna de sus villas lejos de la ciudad, donde el enorme esclavo sabía que se moriría de aburrimiento a los pocos días de llegar.

Y, sin embargo, la tentación era demasiado fuerte…

Además, estaba la última oferta que le había hecho Petronio. Aquellas palabras finales habían sido las que habían hecho más mella en su resistencia. Quinto no sabía cómo el lanista se había enterado de la existencia de aquella esclava que resultaba tan especial para él. De algún modo, lo que Quinto pensaba que era un secreto bien guardado había llegado a los oídos de su antiguo amo. Y este no había dudado en usar aquella información para doblegar su voluntad.

Pensó en esa esclava a la que Petronio había hecho referencia. La mujer que había sido el principal motivo de la alegría de Quinto al saber que su amo había ordenado que acompañara a Marco Lemurio a Pompeya. La mujer a la que el enorme esclavo había echado de menos todos y cada uno de los días desde que Petronio se había visto obligado a venderle a Varrón y este le había llevado a su casa en Roma.

El esclavo, pese a ser de naturaleza lenguaraz y poco discreta, nunca había hablado de ella a nadie. Su historia con aquella mujer era una herida que permanecía abierta en su interior. Muy profunda, muy oculta, pero abierta. Hablar de ella dolía, y si había algo que Quinto había aprendido en sus años como gladiador era a huir del dolor gratuito e innecesario.

Quinto caminó bajo la lluvia, sin dejar de pensar en aquella mujer. Atravesó la puerta de la muralla y se internó en las callejas de la ciudad de Pompeya, un trazado urbano que conocía a la perfección, ya que había pasado allí una buena parte de su vida. Y como había hecho cada día a aquella misma hora desde que regresara a Pompeya junto a Marco, se dirigió hasta un soportal que había en un lateral de una pequeña plaza y se apoyó en una de las columnas. Y se limitó a esperar.

Aguardó, mirando cómo la lluvia caía sobre la plaza y cómo la gente de Pompeya iba y venía apresurando el paso para mojarse lo menos posible mientras se afanaban en sus quehaceres diarios.

Observó a varios esclavos llevando grandes fardos con las compras diarias para sus amos, a un grupo de niños correr tras su maestro en buscar de un lugar seco en el que poder desarrollar sus lecciones, a un palafrenero tirando del ronzal de un terco borrico que se negaba a avanzar, y la litera cubierta de un pompeyano rico porteada por seis esclavos que hacían su trabajo, impertérritos a pesar del agua que caía sobre ellos. Quinto los observó sin moverse y sin hacer gesto alguno. Hasta que, finalmente, apareció la persona a la que había estado esperando.

De una puerta al otro lado de la plaza salió un niño que no podía tener más de ocho años, cargando con un enorme recipiente de barro para el agua. El niño tenía un rostro severo, con dos cejas espesas que le hacían parecer serio e incluso enfadado. A pesar de su edad, era un niño grande y robusto, con piernas y brazos anchos. Corrió con el cántaro hasta la fuente en el medio de la plaza y dejó que este se llenara hasta los topes. Después, cargó con el recipiente de vuelta, sin dejar que el peso le venciera, hasta la puerta por la que había salido y desapreció por ella.

Quinto suspiró, con una leve sonrisa en los labios, y volvió a echarse la capucha sobre la cabeza. En ese momento, una mano tocó suavemente su brazo y él se dio la vuelta.

Junto a él había una mujer alta y robusta, con el pelo negro y espeso. Miraba a Quinto con el ceño fruncido y expresión contrariada.

–Te dije que no vinieras más por aquí. No es seguro. Ni para ti ni para nosotros.

El esclavo sintió que la boca se le secaba.

–Calisto… Yo…

La mujer esperó a que Quinto terminara de hablar, pero este no acertó a poner en palabras los mil pensamientos que se agolpaban en su mente.

–Sabes que a mi amo no le gusta que tengamos trato con esclavos desconocidos. ¿Es que quieres que nos castiguen?

–Claro que no. Yo solo quería ver al niño.

–Ya lo has visto. Ahora márchate, por favor.

–Pero Calisto…

–Quinto, no podemos luchar contra el destino. Las cosas son así. Somos esclavos. Dependemos de la voluntad de otros, tú y yo. Y no todos tenemos la suerte de tener amos tan benévolos como el tuyo. Es mejor que no vuelvas por aquí.

Pese a la dureza de sus palabras, la mujer acarició con ternura el brazo del esclavo. Él intentó devolverle la caricia tocando su rostro, pero ella se apartó y negó con la cabeza. Parecía a punto de decir algo, pero finalmente se mordió el labio y guardó silencio. Tras echar una última mirada a Quinto echó a correr bajo la lluvia, atravesó la

plaza y desapareció por la misma puerta por la que había entrado el niño unos momentos antes.

El antiguo gladiador observó a la mujer alejarse y apretó los puños. Ella tenía razón. Eran esclavos y su vida no dependía de ellos. Pero tal vez hubiera algo que sí estuviera en su mano para cambiar aquello. En aquel momento, Quinto tomó una decisión.

A diferencia de Quinto, Calisto había sido esclava toda su vida. Había nacido en la casa de Tito Volconio, un rico comerciante de Pompeya, fruto de la relación de dos de sus esclavos, y desde su nacimiento había entrado a formar parte del grupo de más de treinta siervos que atendía las necesidades de la familia del amo. Aunque el de Calisto no había sido el nombre que le habían puesto al nacer, era con el que se había quedado desde muy niña debido a su estatura y a su constitución fornida. A uno de los hijos del amo aquella niña grande le recordaba a una osa, de modo que empezó a llamarla Calisto en recuerdo de la amante de Júpiter convertida en aquel animal por castigo de la diosa Diana. Y de tanto repetirlo, la niña se había quedado con el nombre de Calisto. Ella nunca protestó ni se sintió ofendida. Al fin y al cabo, era un nombre bonito y, como ella supo más tarde, la Calisto original acabó nada menos que convertida en una constelación, inmortalizada entre las estrellas.

Por su talla y su fuerza, Calisto fue destinada a los trabajos más duros entre los que eran considerados propios de mujeres. Se le encargaba ir a por agua a las fuentes, cargar con los fardos de ropa que eran llevados al tintorero, acompañar a los cocineros al mercado para llevar las bolsas más pesadas y mover las grandes marmitas que en las cocinas se ponían al fuego los días en los que los amos organizaban grandes banquetes. Como la mayor parte de los esclavos, Calisto asumió su destino con resignación. De cuando en cuando miraba con un punto de celos a otras esclavas que se encargaban de tareas más delicadas, tales como el cuidado de los niños o el peinado de su ama, pero pronto se le pasaban aquellas sensaciones. Con sus manos grandes y fuertes no habría sabido elaborar aquellas complicadas trenzas que le gustaban a la mujer de Tito Volconio. No, ella había nacido para otros menesteres, y se entregaba a ellos con auténtica devoción, con la esperanza de que sus amos estuvieran contentos y la recompensaran en los días en los que se sentían especialmente generosos.

Calisto había vivido de aquel modo toda su infancia y su juventud. Pronto, desde que la niña había llegado a la adolescencia, el amo comenzó a hablar de la necesidad de emparejarla con alguno de los esclavos jóvenes de la casa, con el objetivo de que le dieran más pequeños siervos que aumentaran el patrimonio de la familia. Sin

embargo, no había en aquel momento en la *domus* de Volconio ningún joven de la edad de Calisto, motivo por el cual el asunto fue postergándose año tras año.

Hasta que, teniendo ella dieciocho años, una edad en la que la mayor parte de las esclavas ya han tenido varios hijos, apareció Quinto en su vida. Los dos se habían conocido una noche en la que Petronio, el lanista, había acudido como invitado a un banquete en casa de Volconio. Quinto había llegado como guardaespaldas de su amo, más como un elemento de adorno que porque realmente necesitara algún tipo de protección. Quinto era el gladiador más prometedor de cuantos entrenaban en en *ludus* en aquel momento, y Petronio no perdía ocasión de dejarse ver con su magnífico ejemplar de luchador, alto y de músculos portentosos. Durante el banquete, Quinto y el resto de esclavos de Petronio habían sido autorizados a comer junto a los siervos de la casa de Volconio. Y allí, en un rincón de las cocinas, era donde el gladiador y la joven Calisto habían comenzado a hablar, con timidez al principio, de forma más desenfadada a medida que la noche avanzaba. Por supuesto, Quinto había estado con muchas otras mujeres antes. Tanto en su juventud, siendo legionario, como desde que se había visto obligado a venderse como esclavo, la presencia de mujeres en su vida había sido una constante. De hecho, una parte del negocio de Petronio, no la más conocida pero sí una bastante lucrativa, consistía en alquilar los servicios sexuales de sus gladiadores más atractivos a hombres y mujeres ricos e interesados en disfrutar de un rato de pasión con aquellas montañas de músculos sudorosos. Por aquel entonces la fama de Quinto estaba en su máximo apogeo y era ya uno de los que más éxito tenía entre el público de Pompeya. En consecuencia, no eran pocas las damas que, con el conocimiento de sus maridos o a escondidas de ellos, negociaban con Petronio un rato de amor con aquel espectacular joven.

Pese a toda aquella experiencia, Quinto no podía evitar seguir sintiéndose nervioso e incluso ruborizarse cuando estaba cerca de una mujer que le gustaba. Y aquella Calisto le había gustado desde el primer momento, por Venus que sí. Era una mujer grande, como él mismo, tenía un rostro hermoso, y se reía de forma franca y abierta, sin dobleces ni fingimientos.

Aquella noche Calisto y Quinto acordaron seguir viéndose en cada ocasión en que ambos pudieran zafarse de sus obligaciones. Una decisión arriesgada, ya que cualquiera de sus amos podía montar en cólera y castigarlos si llegaban a enterarse. Pero tanto él como ella habían quedado tan prendados el uno del otro que habían decidido arriesgarse. En los meses que siguieron a aquel primer encuentro, Quinto y Calisto encontraron la manera de organizar encuentros

siempre furtivos y que siempre los dejaba a ambos con ganas de más.

Pero aquellos encuentros no tardaron en tener el fruto que Calisto había temido desde un primer momento y en el que Quinto no había llegado ni a pensar. La joven empezó a sentir los primeros síntomas del embarazo una mañana de invierno en la que una fuerte tormenta se descargaba sobre Pompeya. Calisto se vio entonces ante una encrucijada. Podía seguir adelante con el embarazo y confesar la falta a sus padres y sus amos, asumiendo el castigo que ellos quisieran imponerle, o podía acudir a una de aquellas curanderas de las que se decía que eran capaces de interrumpir la gestación de un niño por medio de pócimas o de otras técnicas de mayor riesgo. Calisto sabía que, si se decantaba por la primera opción, su amo se enfurecería con ella, pero la idea de deshacerse de la vida que crecía en su interior le resultaba insoportable. Decidió asumir su responsabilidad y, sin decir nada a Quinto, confesó todo, primero a su madre, después a su ama, la esposa de Tito Volconio.

Tal y como ella había sospechado, Tito Volconio se enfureció y amenazó con desollarla a latigazos por haber faltado al respeto de aquel modo a su autoridad. Era él, dijo, quien decidía cuándo y con quién se apareaban sus esclavos, del mismo modo que lo decidía con los caballos que había en sus fincas. El amo gritó, hizo aspavientos, dio golpes a las paredes e incluso llegó a abofetear al padre de Calisto por no haber estado más atento al comportamiento de su hija. Sin embargo, la intervención de su esposa le había calmado hasta cierto punto. Ella le había hecho ver a su marido que aquel embarazo no tenía por qué ser una mala noticia si conseguía dejar de lado aquellos pensamientos absurdos acerca de su autoridad burlada. Un niño eran dos potenciales manos más para trabajar. Y si el niño heredaba la complexión de la madre sería una criatura fuerte y sana, capaz de hacer todo tipo de labores, en la casa o en las fincas del campo. Incluso, llegó a decir la *domina*, podríamos vendérselo a tu amigo Petronio para que lo entrene como gladiador. Un buen negocio, en cualquier caso.

Al escuchar la palabra gladiador, Calisto sintió que algo se removía en su vientre. Hasta aquel momento no había confesado a nadie quién era el padre del niño, y estaba dispuesta a seguir ocultándolo hasta el final. No quería que Quinto se viera afectado por aquel asunto, y ella estaba segura de que Volconio pediría cuentas a Petronio por la actitud de su gladiador si llegaba a saber la verdad. Al ser presionada para que confesara, se inventó una historia de un marinero desconocido que la había forzado en un callejón cerca del puerto en una ocasión en la que ella había ido a comprar pescado. Si alguien dudó de aquella versión, no lo dijo. Al fin y al cabo, era habitual que aquellos marinos se comportaran como auténticos salvajes al saber

que al día siguiente estarían en su barco de nuevo, lejos de sus víctimas. Fuera quien fuera el padre, el niño pasaría a ser propiedad de Tito Volconio, y una vez este asumió el asunto, nadie volvió a hablar del tema. Se permitiría que Calisto tuviera a su hijo y se pensaría más adelante un castigo para ella. Castigo que en realidad nunca llegó a producirse al caer el tema en el olvido.

Quinto, sin embargo, no pudo olvidar aquello con tanta facilidad. Lo primero que notó fue que Calisto comenzó a esquivar los encuentros con él. No respondía a sus mensajes, no se presentaba en las citas que él intentaba concertar. La joven pasó del enamoramiento y la entrega más absolutos a la indiferencia e incluso el desprecio. El gladiador no podía explicarse qué había ocurrido, pero, ocupado como estaba en sus muchas obligaciones, apenas tenía tiempo para tratar de averiguar qué le había ocurrido a la joven esclava para cambiar de aquel modo su actitud con él.

Fue solo cuando, meses después, se cruzó con ella en la calle por casualidad, cuando Quinto lo entendió todo. Él salía por la puerta trasera de una casa en la que acababa de hacer un servicio para una joven viuda que de cuando en cuando pagaba por una sesión de sexo con un gladiador cuando se dio de bruces con Calisto, que regresaba a casa de Volconio cargada con una cesta llena de verduras. Ella intentó zafarse de él y seguir su camino, pero él la agarró por los hombros y le exigió que al menos se parara unos momentos a hablar con él. En aquel instante, la capa de ella se había soltado, dejando ver su vientre abultado. Quinto miró su barriga y llevó la mano hasta ella para tocarla. Calisto se dejó hacer. Los dos se habían quedado en silencio, mirándose a los ojos. Había sido ella quien había hablado en primer lugar.

–Ahora entiendes por qué no puedo seguir viéndote…

–No, no lo entiendo– dijo Quinto–. ¿Qué es lo que tengo que entender? ¿De quién es el hijo que esperas?

Ella no pudo evitar una carcajada.

–¿Cómo puedes ser tan inocente?– preguntó, sin poder evitar dar un beso al gladiador en la comisura de los labios. Un beso que a él le supo como el contacto de un hierro al rojo–. ¿De verdad no entiendes nada? ¿No sabes lo que pasa cuando te acuestas con una mujer una vez tras otra?

Quinto negó con la cabeza un momento… hasta que por fin comprendió.

–¿Es mío? ¿Es mi hijo?

–Sí, Quinto, es tu hijo. Pero nadie lo sabe. Conté una mentira en mi casa y mi amo lo dejó pasar. No podemos arriesgarnos a que nadie lo sepa. Por eso no podemos seguir viéndonos. Ahora, deja que me marche.

–Espera, espera, espera…–. Quinto volvió a agarrar a la joven los hombros–. ¿Crees que puedes decirme que estás esperando un hijo mío y marcharte sin más? ¿Y que yo voy a seguir con mi vida como si no hubiera ocurrido nada?

–Muchos hombres lo hacen. No soy la primera esclava que se queda embarazada de un padre fugitivo.

–Bueno, pues yo no soy como esos hombres. Yo quiero que este niño sea mi hijo.

Calisto sonrió y acarició el rostro de Quinto con ternura.

–Creo que por esto me enamoré de ti. Porque no eres como los otros hombres. Tan grande y fuerte… y al mismo tiempo tan tierno. Tan tierno como tonto. ¿Sabes lo que pasará si mi amo se entera de que tú eres el padre de este niño? Que le pedirá al tuyo una compensación, o que incluso le denunciará ante los duunviros. Ambos se enzarzarán en una pelea legal que saben los dioses cómo podría acabar. A mí me mandarían a una de las fincas que mi amo tiene en el campo. Y quién sabe lo que haría Petronio contigo.

–Nada. Soy su mejor gladiador. Gana mucho dinero gracias a mí. No puede hacerme nada.

–Quinto, pueden hacer lo que quieran con nosotros. Y aunque tengas razón y esto no tenga consecuencias para ti, sí las tendría para mí. Y para nuestro hijo. Así que, si me quieres, si alguna vez me has querido, no hagas ni digas nada. Dejemos las cosas así.

–No puedo dejar de verte sin más. Estos meses sin ti han sido los peores de mi vida.

Ella se mordió los labios y cerró los ojos. Tragó saliva y siguió hablando.

–No puede ser, Quinto. Lo siento. De verdad que lo siento.

Ella se había zafado del abrazo de Quinto y le había dejado solo y abatido en medio de la calle.

A los pocos meses, el gladiador volvió a encontrarse con Calisto, que llevaba un hermoso y rollizo bebé en sus brazos. Ella, sin embargo, había escapado para evitar entablar conversación con su antiguo amante. Y así había seguido siendo, año tras año, a medida que el hijo de Quinto y Calisto crecía. Lo único que había conseguido Quinto en aquel tiempo fueron breves conversaciones, en las que Calisto siempre intentaba mostrarse distante a pesar de que en ocasiones no podía evita tener algún gesto de cariño con Quinto que indicaba que ella aún correspondía sus sentimientos. Ante aquella actitud, el enorme esclavo se tuvo que conformar con ver crecer a su hijo de lejos, sin atreverse nunca a hablar con él por miedo a la reacción de Volconio o de su propio amo. Aunque aprendió a vivir con el dolor, en el fondo Quinto siguió amando a Calisto, y a menudo se sorprendía soñando despierto con formar una familia con ella y el niño.

Finalmente, había sido la Fortuna quien había acabado por apartarle por completo de ellos. Una mañana, Petronio informó a Quinto de que había sido pasado a ser propiedad de Marco Terencio Varrón y que ya no formaba parte de su familia de gladiadores. Tendría que marcharse de Pompeya y ponerse a disposición de su nuevo amo. El esclavo había protestado hasta agotar la paciencia de Petronio, que le ordenó que se retirara y recogiera sus escasas pertenencias. Al día siguiente irían a buscarle y partiría camino de Roma.

Y así había sido. Quinto se había marchado de Pompeya y había pasado los siguientes meses de su vida deambulando entre las fincas de Varrón y su *domus* de Roma, bien trabajando como portero, bien acompañando a su amo como guardaespaldas. Finalmente, Varrón había ordenado que le dejaran en el puesto fijo de portero de la *domus* en la Urbe. Y era en aquel puesto en el que Quinto había conocido a Marco Lemurio un tiempo después. En aquellos meses, Quinto no había tenido ocasión de regresar a Pompeya ni había recibido noticia alguna de la casa de Tito Volconio. Pero no había pasado un solo día sin que pensara en Calisto y en su hijo.

Cuando Marco había informado a Quinto de su inminente viaje a Pompeya por orden de Varrón, el corazón del antiguo gladiador había dado un vuelco. Regresar a Pompeya, a la ciudad en la que había conocido la mayor dicha posible. El lugar en el que había alcanzado la gloria en la arena y en la que, ante todo, estaban Calisto y su hijo.

Con la idea de volver a ver a la esclava cuanto antes, en el momento en que habían llegado a Pompeya y se hubieron instalado en la casa que el agente de Varrón les había conseguido, Quinto pidió permiso a Marco para ausentarse unas horas. Había corrido hasta la casa de Tito Volconio y había preguntado por Calisto a uno de los esclavos que se encontró en la puerta. El siervo le había dicho a Quinto que fuera por la puerta trasera de la casa, que si Calisto quería verle se reuniría con él allí, en la plaza. El enorme esclavo obedeció.

Por fin, tras un rato de espera en la que Quinto creyó que su corazón no resistiría aquellos latidos tan fuertes y rápidos fruto de los nervios, Calisto había salido a la calle y le había mirado a la cara. Tanto tiempo después, los amantes se encontraban de nuevo, cara a cara.

Pero el encuentro no fue en absoluto como Quinto había imaginado. Él se había ocultado tras una columna, en una de las calles por las que todos los esclavos de la casa de Tito Volconio pasaban cuando querían ir al mercado a comprar. En la misma calle en la que se había encontrado con Calisto el día en el que ella le había confesado que estaba embarazada y esperaba un hijo suyo. Quinto aguardó durante horas, tratando de pasar tan desapercibido como era posible para un

hombre de su envergadura. Vio pasar a algunos esclavos a los que reconoció como miembros de la casa de Volconio. Vio pasar incluso a la madre de Calisto, más vieja de lo que la recordaba, y estuvo a punto de acercarse a ella para preguntar por su hija, aunque finalmente no se atrevió. Quinto siguió esperando hasta que finalmente, cuando la tarde estaba a punto de convertirse en noche, fue la propia Calisto la que pasó frente a él.

Quinto no lo había dudado. Dio dos pasos al frente y la aferró del brazo, esbozando la sonrisa más encantadora que era capaz de llevar a su rostro. Calisto, al verse asaltada por un hombre tan grande, había reaccionado gritando y tratando de golpearlo. La sonrisa de Quinto se borró de inmediato, ya que tuvo que poner toda su atención en parar los golpes de la esclava y tratar de que dejara de gritar antes de que alguien acudiera en su auxilio.

–Calisto, tranquila. Tranquila, por favor. Soy yo. ¿No me ves? ¿No me reconoces? Mira mi cara. Calisto, mira mi cara. Soy yo.

Calisto dejó de forcejear y observó por primera vez el rostro del hombre que la había abordado en la calle. En su propia cara se reflejó una expresión de sorpresa e incredulidad. En un primer momento llevó la palma de su mano hasta el mentón de Quinto y lo acarició con ternura.

–Quinto… ¿Realmente eres tú? Pensé que… te habías marchado de Pompeya.

Sin embargo, algo pasó por su cabeza que le hizo retirar la mano y dar un paso atrás para componerse la ropa.

–Sí, soy yo. No sabes lo feliz que estoy de volver a verte, Calisto.

Quinto observó a la mujer de la que había estado enamorado una vez y que con el tiempo había llegado a convertirse en una obsesión para él. Su rostro había perdido ya toda la lozanía de la adolescencia, pero esta había sido sustituida por la serena belleza de quien se acerca a la madurez. Seguía teniendo los mismos ojos oscuros y el mismo pelo negro de siempre, y su cuerpo seguía siendo igual de grande y rotundo.

–Sí, yo también me alegro de verte… Ahora tengo que irme.

En ese momento le llegó a Quinto el turno de sorprenderse. ¿Tenía que irse? ¿Después de todos aquellos meses eso era lo único que tenía que decirle? ¿Hola y adiós?

–No, espera. Tenemos… tenemos muchos de lo que hablar. Todo este tiempo he pensado mucho en ti. Por fin he podido regresar a Pompeya y…

–No, esto no es apropiado. Te lo he dicho muchas veces y nada ha cambiado. Tengo que irme, Quinto. Tengo que marcharme…

Y había echado a correr calle abajo, dejando al esclavo con cara de estúpido, con la boca abierta, el corazón acelerado y la mayor

sensación de vacío que había experimentado jamás. Quinto había tardado un buen rato en regresar a la casa que compartía con Marco y Céfiro, a sabiendas de que tanto el pequeño esclavo como su amo sabrían que algo le ocurría en cuanto vieran su cara. No tenía ganas de dar explicaciones, de modo que había deambulado por Pompeya, había entrado en alguna taberna, había bebido vino poniendo cuidado de no emborracharse, y solo cuando la noche estaba bien avanzada, había regresado a casa.

En los días siguientes habían ocurrido muchas cosas. La primera de ellas, su reencuentro con su antiguo amo, el lanista Petronio, que se había vuelto loco de contento al ver a su joya perdida y le había invitado a regresar al *ludus* para practicar con sus hombres siempre que Quinto lo deseara. La segunda, la más importante, Quinto había vuelto a ver a su hijo. Le había visto de la mano de su madre una tarde en la que se habían cruzado en una de las calles de Pompeya. El esclavo había estado a punto de ser arrollado por un carro al quedarse pasmado en medio de la carretera ante la visión de Calisto con el niño, que ya tenía alrededor de ocho años. Al escuchar los insultos y amenazas del conductor, que cesaron en el momento en el que Quinto le lanzó una mirada furiosa y alzó un puño, el esclavo se había apartado y se había subido a la acera. Pero para entonces, Calisto y el niño ya se habían marchado.

Después de aquello, Quinto había repetido la misma rutina cada día. Pasaba la mañana entrenando con los hombres de Petronio y después, a la misma hora, se situaba en un extremo de la plaza para aguardar a que su hijo saliera a llenar un cántaro de agua. Solo por el placer de verlo, sabiendo que no podía hablar con él, que su madre jamás lo aprobaría.

Tras meses de espera, Quinto había regresado a Pompeya, solo para encontrar que ninguno de los sueños que había atesorado con paciencia y fidelidad se hacían realidad.

Sin embargo, Petronio le había hecho una propuesta que, de cumplir Quinto con su parte, podría cambiar todo aquello. Y él estaba dispuesto a intentarlo con todas sus fuerzas.

El esclavo echó a andar por las calles de Pompeya, pensando en cómo abordar a Marco para convencerle de que se convirtiera en su aliado en un plan que suponía engañar a su amo Varrón. Quinto sabía que, en circunstancias habituales, Marco demostraba poco o ningún respeto por la autoridad, ya fuera la de un amo sobre sus esclavos, ya fuera la de los políticos sobre los ciudadanos de Roma. Sin embargo, Varrón y él tenían algún tipo de trato, y Quinto no estaba seguro de si Lemurio estaría dispuesto a ponerlo en riesgo para ayudarle en su pequeña idea. Marco había demostrado hasta aquel momento ser un

amigo fiel, tanto como un hombre libre podía serlo de un esclavo, pero… ¿llegaría su amistad hasta aquel punto?

Quinto caminaba repitiendo mentalmente las palabras que pensaba decir a Marco cuando llegó a las inmediaciones de los dos teatros de la ciudad. El teatro grande llevaba muchos siglos en pie, y Quinto lo conocía bien a pesar de que jamás había asistido a una representación. El teatro pequeño, sin embargo, acababa de terminar de ser construido, por lo que aquel edificio era totalmente nuevo para él. A pesar de la lluvia, el esclavo se detuvo a contemplar su fachada y se preguntó qué encontraría la gente de divertido en ver a tres o cuatro fulanos vestidos de mamarrachos recitándose versos. En ese momento, notó que alguien tiraba de su capa, bastante empapada por la tormenta.

Quinto miró hacia abajo y por un momento pensó que era su hijo quien se había acercado a él, contraviniendo las órdenes que seguramente había recibido de su madre. Pero todo fue un espejismo. Parpadeó un par de veces y reconoció el rostro del pequeño Céfiro, sonriente. Toda una novedad, ya que el niño se había mostrado bastante taciturno y deprimido desde que habían llegado a Pompeya.

–Hola pequeño– dijo mientras acariciaba su pelo con ternura–. ¿Qué? ¿Buscando algún incauto al que robarle la bolsa?

Céfiro puso cara de fastidio y dio un puñetazo con todas sus fuerzas en el muslo a Quinto, que lo sintió como si una mosca se hubiera posado en su piel.

–Otro igual. ¿Por qué todos pensáis que soy un ladrón?– protestó el niño.

–Perdona, perdona. No te enfades conmigo. Era una broma.

–Pues más te vale no bromear conmigo o te daré una buena paliza– dijo Céfiro, apuntando con el dedo a la cara de Quinto y frunciendo el ceño tratando de poner el rostro más fiero que era capaz. El niño aguantó con aquella expresión unos instantes, hasta que Quinto le respondió poniendo cara de estar aterrorizado. En ese momento ambos se echaron a reír. El enorme gladiador le volvió a revolver el pelo mojado por la lluvia.

–Vamos, resguardémonos de la lluvia. ¿Has visto a Marco esta mañana?

–Llegó a casa al amanecer. Me dijo que le despertara a mediodía.

–Dejémosle dormir un rato más, entonces. Vayamos a comer algo. Conozco un sitio aquí cerca donde preparan unas empanadas capaces de hacer que la mismísima Minerva se abriera de piernas.

# CAPÍTULO 6
## EL HOMBRE DE VARRÓN

Una vez más, Marco soñó con Alda.

Desde que la hispana había sido liberada y ambos habían vivido la que para Marco había sido la mejor noche de amor de su vida, aquel sueño se repetía cada cierto tiempo, con muy pocas diferencias. Marco se veía a sí mismo en la habitación de la taberna de Quelidón, junto a la ya liberta Alda, tumbados en la cama, acariciándose. Los dos movían la boca como si estuvieran hablando, pero en medio del sueño Marco no podía escuchar nada. Se sentía como si estuviera bajo el agua y el sonido llegara hasta él distorsionado. A diferencia del oído, el resto de sus sentidos sí estaban muy activos durante el sueño. Casi podía oler el pelo de Alda, sentir la textura de su piel, incluso saborear sus besos.

De alguna manera, él sabía que aquello era un sueño, que no era una escena real, y sin embargo no conseguía despertar y salir de él. Sabía también cómo acababa aquella historia. Sabía que Alda, en el momento en el que se quedara dormido, se levantaría y se marcharía de Roma, de su lado, para no regresar jamás. Él lo sabía, pero el Marco del sueño no, y aunque él intentaba decírselo, gritarle que se levantara, que no se quedara dormido, que se asegurara de que Alda no se marchara, no conseguía más que ser espectador de su propia felicidad que no era sino un anticipo del dolor.

El sueño siempre terminaba en el momento en el que Marco cerraba los ojos y se dormía… para despertarse en el mundo real, cubierto de sudor, con la respiración agitada y una monumental erección entre las piernas. Alda no estaba. La hispana había agradecido su libertad huyendo de Roma, seguramente regresando a su tierra en busca de lo que quedara de su familia. Y dejando a Marco solo, enamorado y sumido en una profunda tristeza.

Aquel día, el sueño se desarrolló del modo habitual, pero terminó de un modo diferente. El Marco del sueño comenzó a escuchar cómo aporreaban la puerta de la habitación, y pensó que tal vez era una de las esclavas enviadas por Tito, el portero, para decirle que su tiempo había terminado y que debían marcharse para dejar el cuarto a otro cliente. Intentó gritar que le dejaran en paz, que pagaría lo que hiciera falta, pero que aquella habitación era suya toda la noche… consiguiendo solo sentir la boca pastosa y torpe, incapaz de articular una sola palabra. Los golpes en la puerta continuaron, cada vez más fuertes. Alda, frente a él, parecía no escucharlos, y se limitaba a seguir

mirando a Marco con sus ojos negros y acariciando su rostro con ternura.

Más golpes. Marco intentó gritar. Más golpes. Marco intentó levantarse de la cama para enfrentarse a quien quisiera que estuviera al otro lado de la puerta. Los golpes siguieron. Marco, enfurecido, abrió la boca.

–¡Lárgate, maldito hijo de Plutón, y déjanos tranquilos! ¡No voy a marcharme de esta jodida habitación! ¡Y como no te largues…!

Se despertó en medio de la amenaza, y se encontró sentado en la cama, con el puño alzado y gritando hacia la puerta. Tardó unos instantes en cobrar conciencia de dónde se encontraba. Tanteó la cama a su alrededor, con la esperanza de encontrar el cuerpo de Alda a su lado, sin hallar más que las mantas arrugadas. No estaba en la taberna de Quelidón. No estaba en Roma.

Estaba en Pompeya. En la maldita Pompeya, ciudad a la que había ido para investigar acerca de las estriges y para cobrarse venganza finalmente del hombre que había mandado asesinar a su madre.

Una vez más, todo había sido un sueño.

Marco se llevó las manos a los ojos cerrados para restregárselos. Los golpes en la puerta seguían retumbando como si alguien quisiera tirar abajo todo el edificio.

–¡Céfiro, abre la maldita puerta!– gritó Marco, para darse cuenta de inmediato de que si a aquellas alturas el niño no había atendido a quien estuviera llamando era porque no se encontraba en casa–. De acuerdo, ya voy, ya voy.

Se levantó de la cama y salió del dormitorio. En el pequeño salón del apartamento los golpes sonaban incluso más fuertes. Marco abrió la puerta y se encaró con el que le había despertado, dispuesto a darle un buen puñetazo en la cara por haberle sacado de sus sueños de una forma tan brusca. Su aplomo se vino abajo al descubrir que no había ningún rostro frente a él y que para encontrar a la persona que estaba aporreando la puerta tenía que bajar la mirada.

Quien había despertado a Marco era una mujer menuda que apenas le llegaba al pecho. Peinada con un complejo entramado de horquillas y peinetas para disimular la escasez de sus cabellos blancos, y vestida con unos ropajes de colores vistosos y de aspecto caro, la mujer observó a Marco con los brazos en jarras y mirada furiosa.

–Ya era hora. Llevo llamando a la puerta un buen rato– dijo con voz chillona.

–Me he dado cuenta– dijo Marco tragándose la rabia. Aquella mujer era Calírroe, la dueña de la casa que Marco había alquilado, así como de la *domus* que había dejado y de otro buen número de apartamentos como el suyo. Una liberta, viuda de un liberto, que vivía de las rentas que le proporcionaban aquellas casas. Además de una curiosa

impenitente y entrometida, consideraba que todos sus inquilinos le debían poco menos que la vida por el hecho de vivir en una de sus casas. En consecuencia, se permitía ser altiva y desagradable con ellos. Habida cuenta del bajo precio que les cobraba por unas casas relativamente cómodas y bien situadas dentro del entramado urbano de Pompeya, los inquilinos agachaban la cabeza, soportaban sus impertinencias y seguían con sus vidas–. Si es por el tema del pago del alquiler, todavía no ha pasado un mes.

–No, no es por el tema del pago del alquiler. Aunque tendríamos que hablar del precio que os dije para un hombre libre y un pequeño esclavo. No se me dijo nada de un tipo gigante que cada vez que da un paso parece que va a tirar abajo el techo de mi casa.

–¿Y qué quieres si no es por el tema del alquiler? Estaba durmiendo.

–Es más de mediodía, no es tiempo ya de que un hombre decente esté en la cama.

–Supongo que no soy un hombre decente.

Calírroe le miró a de arriba a abajo y trató de echar un vistazo al interior del apartamento, como si esperara encontrar una cohorte de prostitutas durmiendo la mona, cántaros de vino derramado y puede que los restos de un cruento sacrificio humano en un improvisado altar del dios Príapo. Por supuesto, no encontró nada de aquello. Céfiro había cumplido con pulcritud sus obligaciones y la sala estaba limpia y ordenada. La mujer aun así puso cara de desagrado.

–Quirinio quiere verte. Te espera en mi casa– dijo al fin.

–¿Quirinio? Bajo en seguida– respondió Marco, y cerró la puerta sin esperar a que la mujer añadiera nada más.

Lucio Quirinio era el hombre que representaba los intereses de Marco Terencio Varrón en Pompeya. Como cliente suyo, se cuidaba de que las decisiones políticas que se tomaban en la ciudad estuvieran alineadas con lo que su patrón y su factio deseaban, atendía las necesidades de los administradores de las fincas de Varrón en la región y recibía a todas aquellas personas que llegaban a Pompeya enviados por él. A cambio, Quirinio podía contar con la ayuda y la protección de Varrón en cada ocasión en que necesitara algo en Roma. Ese tipo de relaciones de patrones y clientes creaban una red que, partiendo desde la Urbe, se extendía por toda Italia y las provincias, fortaleciendo el poder de las grandes casas nobles romanas al tiempo que lograba que los hombres de todo el Imperio se sintieran representados y defendidos en la ciudad.

Quirinio había sido el hombre que había recibido a Marco, Céfiro y Quinto tras su llegada a Pompeya. El que había escuchado su misión, convenientemente modificada por orden del propio Varrón para evitar habladurías y rumores, y el que les había conseguido alojamiento en casa de Calírroe, que era a su vez clienta del propio Quirinio. Sin

embargo, más allá de aquel primer contacto fructífero, Quirinio no había vuelto a ser de ninguna ayuda para Marco. En cada ocasión que Lemurio le había preguntado por novedades y noticias llegadas desde la casa de Varrón en Roma, este había afirmado no tener cartas ni mensajes para él. Además, se había negado a facilitar ningún dinero a Marco escudándose en que no había recibido orden alguna al respecto. Marco le había pedido varias veces que escribiera cartas a Roma para pedir explicaciones a Trasíbulo, el secretario de Varrón, por aquella situación de abandono en la que les habían dejado, y a pesar de que Quirinio había afirmado haber enviado varias misivas, hasta el momento no habían recibido respuesta ninguna.

Marco se desperezó estirando los brazos y sonrió. Sin duda, aquella visita de Quirinio a casa de Calírroe quería decir que su suerte había cambiado y que Varrón por fin se había acordado de él.

–¿Cómo que no has recibido noticias de Marco Terencio?–preguntó Marco, extrañado–. ¿Cuántas cartas has enviado a Roma?

–Siete. Ni una más, ni una menos. Y he recibido un total de cero respuestas. Cosa que no me extraña en absoluto, por otro lado. Varrón está en Oriente combatiendo junto a Pompeyo como legado. ¿Sabes el volumen de correspondencia que recibe la *domus* de un legado? Pues si conoces a Varrón sabrás también que la escritura y la lectura son sus dos grandes pasiones, de modo que es probable que él mismo esté enviando a su casa varias cartas cada día. Y todas ellas sin duda con temas más importantes que la manutención de un… tipo de la Subura enviado a Pompeya a saben los dioses qué tarea extraña. Pero no te preocupes, Lemurio, más tarde o más temprano tendremos noticias de Varrón y actuaremos según sus instrucciones, de forma precisa y sin dilaciones, tal y como acostumbro a hacer.

Marco se movió incómodo en la silla sobre la que estaba sentado. Aquel hombre le cargaba con su tono petulante y su costumbre de hurgarse constantemente la nariz y las orejas con los dedos.

–Entiendo entonces que no piensas soltar ni un miserable sestercio– dijo.

–Oh, lo haría encantado si Varrón así me lo ordenara. Pero en ausencias de instrucciones directas de nuestro patrón lo cierto es que no puedo hacer nada para ayudarte en ese sentido. No soy un hombre rico, ni mucho menos, y no puedo arriesgarme a entregarte una cantidad que tal vez nunca me será restituida. Estoy seguro de que serás capaz de ponerte en mi lugar y entenderlo.

Marco no respondió. Quirinio era un hombre gordo y de andares bamboleantes que normalmente se hacía trasladar por las calles de Pompeya en una litera cerrada y cargada por seis esclavos fornidos. Su cabeza estaba casi calva con excepción del cabello que le nacía en la

nuca y sobre las orejas, y de los cinco o seis pelos que él cruzaba sobre su cráneo en la absurda creencia de que de aquella manera disimulaba en parte su calvicie. Marco miró a su interlocutor, dudando si dejar que saliera de su interior el habitante de la Subura que estaba reprimiendo y empezar ya a recurrir a las amenazas o por el contrario dar un poco más de margen a aquel gordo mentiroso. Por lo que él había podido averiguar, Quirinio no solo no era pobre, sino que era uno de los hombres más ricos de Pompeya. Sin embargo, era tal su avaricia que, con excepción de la litera que usaba para moverse y de algún ocasional capricho culinario, en su casa se vivía con una frugalidad tal que no era extraño ver a sus esclavos lamentarse del hambre que pasaban. Marco apretó los puños y cerró los labios con fuerza. De algún modo, sabía que el jodido Quirinio le estaba mintiendo.

Como si hubiera leído las intenciones que se pasaban por la mente de Marco, uno de los dos esclavos de Quirinio que hacían guardia en pie tras su amo alzó el brazo e hizo crujir sus nudillos. Eran dos galos enormes de melena larga y caras de pocos amigos.

–¿Y si no es para traerme noticias de Varrón para qué has venido a verme entonces? ¿Para asegurarte de que no me escabullo sin pagar el alquiler?

Quirinio ensanchó su sonrisa aun más.

–En absoluto, en absoluto. Si te hubieras marchado me habría enterado. Al fin y al cabo, te estás convirtiendo en toda una celebridad en Pompeya, Marco Lemurio. Y eso que llegaste haces unos días, como quien dice.

–De alguna manera tengo que ganarme la vida– respondió Marco, más molesto aun. Si las noticias de las actividades a las que se dedicaba ya no solo llegaban a las gentes de la calle, sino que también alcanzaban a hombres y mujeres de la clase social de Quirinio, sin duda había llegado el momento de dar un paso atrás y dejar que las aguas se calmaran. Lo último que necesitaba en aquel momento era que alguien le denunciara al amparo de la *maldita lex de sicariis et veneficiis* con la que se había llevado a juicio a numerosos hombres y mujeres que, supuestamente, practicaban la brujería. Aquella ley había sido aprobada por Sila en Roma, pero en las colonias romanas, como Pompeya, un magistrado especialmente meticuloso podía decidir aplicar la misma legislación en su propio municipio.

–Claro, claro. Todos tenemos que trabajar. Incluso si eso a lo que llamamos trabajo consiste en calmar a viudas miedosas vendiéndoles ungüentos y cachivaches. Pero no he venido aquí a hablar de eso. Cómo decidas ganarte la vida es cosa tuya. Sin embargo, tu nombre empieza a salir en numerosas conversaciones, cada vez con más frecuencia. Esta mañana uno de mis hombres ha escuchado una

extraña historia, que por supuesto ha venido a contarme de inmediato. Parece ser que tienes intención de testificar a favor de Lucio Septimio y en contra de su vecino en un caso de allanamiento de morada o algo semejante. La verdad es que mi hombre no ha sabido darme muchos detalles del tema, y lo que me ha contado… bien, digamos que era lo bastante extravagante todo como para que no le prestara demasiada atención.

Marco trató de fingir indiferencia ante aquella noticia, pero le costó mucho mantener la compostura. ¿Cuánto tiempo había pasado durmiendo? ¿Días enteros? Su conversación con Septimio acerca de participar en un posible proceso judicial había tenido lugar tan solo unas horas antes, aquella misma mañana, y sin embargo ahí estaba Quirinio dándole detalles de la misma. ¿Era posible que los rumores se extendieran tan rápidamente en aquella ciudad?

–A quién decida yo ayudar o los juicios en los que decida yo testificar no son temas que te incumban– dijo finalmente.

Quirinio terminó de sacarse un trozo de cera de la oreja derecha, lo observó, creyendo que lo hacía con disimulo, y se limpió en uno de los pliegues de su túnica.

–Lo cierto es que de algún modo sí me afecta. Yo he sido tu principal contacto en esta ciudad y quien, entre otras cosas, te ha conseguido la casa en la que vives.

–Entre otras cosas no. Eso es lo único que has hecho por mí.

Quirinio fingió no haber escuchado aquello.

–En toda Pompeya te asocian conmigo. Hablan de ese tipo extraño al que Quirinio consiguió alojamiento. O ese romano que de vez en cuando visita la casa de Quirinio.

–¿Por eso has venido aquí en lugar de hacerme llamar? ¿Para evitar que me vieran entrar en tu casa?

El orondo personaje volvió a ignorar las palabras de Marco.

–Y no es solo mi reputación la que está en juego. También la de Marco Terencio Varrón, nuestro común patrón. Supongo que un hombre como tú no entiende bien cómo funcionan las relaciones de clientela, pero la realidad es que, si un cliente comete un error, digamos de tipo político… ese error se refleja en su patrón. Y no queremos que Marco Terencio tenga que pagar por las consecuencias de nuestros actos, ¿verdad?

–Todo lo que he hecho en Pompeya desde que llegué lo he hecho siguiendo instrucciones de Varrón.

–Por supuesto, por supuesto. Sé que actúas movido por la ignorancia y el desconocimiento, no desde la maldad– dijo, dejando claro que lo que quería decir era que Marco era un imbécil que no sabía absolutamente nada–. Por eso he venido, para exponerte cómo es la realidad de las cosas aquí en Pompeya antes de que cometas un

error grave del que todos tengamos que arrepentirnos. ¿Sabes algo de la historia de Pompeya en los últimos años?

Marco, cada vez más impaciente y enfadado, asintió.

–Algo me han contado. Y no porque a mí me interese el tema especialmente.

–Sabrás entonces que los pompeyanos en tiempos de nuestros padres cometieron el grave error de unirse al resto de itálicos en una absurda rebelión contra Roma. Rebelión que, por supuesto, fue aplastada. Y fue Lucio Cornelio Sila, años antes de ser nombrado dictador, quien hizo que esta ciudad se rindiera y aceptara de nuevo firmar cláusulas de amistad y alianza con el Senado de Roma. Sila era un hombre justo, pero implacable.

Marco estuvo a punto de decirle abiertamente qué pensaba acerca de la justicia de Sila y dónde podía meterse su opinión acerca del dictador, pero, haciendo un último esfuerzo de autocontrol, logró guardar silencio.

–Como castigo por su participación en la rebelión, Pompeya se vio privada de una gran cantidad de tierras públicas y privadas. Parcelas de gran calidad que después Sila repartió entre sus hombres más fieles. De este modo, cuando acabó la guerra, Pompeya se llenó de familias de fieles a Sila, que se convirtieron en grandes terratenientes y que de hecho empezaron a ocupar incluso los cargos políticos. Hay quien puede pensar que fue un duro castigo para Pompeya, pero la realidad es que la ciudad salió ganando, ya que desde ese momento todos los pompeyanos adquirimos la condición de ciudadanos romanos de pleno derecho. Por desgracia, para algunos esto no fue suficiente compensación, y los odios por la derrota a manos de Sila y las confiscaciones de tierras siguen muy abiertos.

–No sé qué tengo que ver yo con todo esto. Tu clase de historia empieza a aburrirme.

–Paciencia, paciencia. Lo entenderás todo de inmediato. Tu amigo Septimio es uno de los principales representantes de las familias pompeyanas más antiguas. Su padre perdió parte de sus tierras cuando Sila impuso las confiscaciones, así que puedes imaginar cuáles son los sentimientos de Septimio hacia Roma y sus representantes. En cambio, Sexto Peduceo, el hombre contra el que pretendes testificar, fue oficial en las legiones de Sila, tanto en la guerra contra los aliados como posteriormente, cuando Sila aplastó a Mario y los suyos. Por supuesto, el general le recompensó por sus servicios. Peduceo es hoy un hombre importante en Pompeya, un hombre que ha sido duunviro en varias ocasiones, que ha contribuido a embellecer nuestra ciudad y a fortalecer nuestros lazos con Roma. Sexto Peduceo es un hombre de honor, y lo que es más importante, es un buen amigo mío y, por tanto, amigo de Marco Terencio Varrón. El hombre contra el que tú

pretendes hablar en los tribunales es también cliente de nuestro patrón, Lemurio. Así que, como ves, sí, este asunto te afecta, y mucho. Piénsalo antes de tomar una decisión precipitada. No tienes nada que ganar poniéndote del lado de esa familia rencorosa que pretende ganar en los tribunales lo que perdió en el campo de batalla. Pero tienes mucho que perder si te enfrentas a Sexto Peduceo. Y a mí.

Marco se puso en pie lentamente y puso las palmas de la mano sobre la mesa que le separaba de Quirinio. Su interlocutor se limitó a alzar la mirada, pero los dos esclavos que había tras él dieron un paso al frente.

–¿Me estás amenazando, Quirinio?– preguntó.

El hombre borró la sonrisa de su rostro.

–Nada más lejos de mis intenciones. Te estoy advirtiendo. Estás muy lejos de tu casa, Lemurio. No tienes aquí a nadie a quien recurrir más que a mí. Solo deseo que no cometas un error, eso es todo.

En ese momento fue Marco quien esbozó una sonrisa.

–Algunos no necesitamos amigos para solucionar nuestros problemas. Y menos amigos como tú.

–Cuánta dignidad– dijo Quirinio con sarcasmo–. Entiendo que pretendes seguir adelante con tu plan de declarar a favor de Septimio.

–Me lo pensaré– dijo Marco, y se dio la vuelta para marcharse.

–No te lo pienses mucho. Esto no es Roma. Aquí las causas judiciales van más rápido. Y más cuando los protagonistas son dos de las familias más importantes de Pompeya. Elige bien tu bando, Lemurio.

–Avísame si recibes carta de Varrón– dijo antes de salir de la habitación.

Una vez fuera, en el pasillo, se encontró con la vieja Calírroe que, a pesar de que fingía acabar de llegar era evidente que había estado al otro lado de la puerta, tratando de escuchar toda la conversación. La anciana le miró con el ceño fruncido y volvió a mirarlo de arriba a abajo, dejando claro que desaprobaba tanto su pelo demasiado largo, su barba descuidada de varios días sin conocer el contacto de la navaja, como su forma de vestir. Marco, cansado de fingimientos y furioso por la forma en la que Quirinio le había tratado, la abordó directamente.

–¿Qué? ¿Ha escuchado algo interesante?

La mujer torció el gesto y le miró con expresión furiosa.

–No sé de lo que me habla. Yo no escucho las conversaciones ajenas…

–Por supuesto. Y yo soy el jodido dios Mercurio que vuela dibujando nubes con el culo.

–Ese lenguaje…

–Las ratas de la Subura hablamos así. ¿Sabe usted dónde está la

Subura? Debería visitarla. Es un lugar encantador. Buenas tardes, *domina*.

Marco echó a andar por el pasillo, dispuesto a abandonar aquella *domus* para regresar a su propio apartamento y, tal vez, volver a meterse en la cama un par de horas.

Sin embargo, Marco no consiguió volver a disfrutar de un rato de sueño entre las mantas. Una vez entró en el salón del pequeño apartamento, Quinto y Céfiro se lanzaron sobre él, compitiendo niño y adulto en llamar su atención para que Marco escuchara todo lo que tenían que contarle. Él, agobiado todavía por las veladas amenazas que Quirinio había proferido, fue incapaz de gestionar aquel torrente de información que los dos derramaron en sus oídos antes de que hubiera terminado de cruzar el umbral.

–Un momento, un momento. ¡Por Júpiter, un momento!– Marco alzó los brazos pidiendo silencio, pero no obtuvo más respuesta que quejas y protestas de uno y de otro para que los escuchara en primer lugar. Finalmente estalló–. ¡Silencio o por los dioses que me marcho de vuelta a Roma y os dejo aquí para que os muráis de hambre!

–De hecho, de eso quería hablarte y…– continuó Quinto, pero al ver que Marco lo fulminaba con la mirada, guardó silencio al fin. Céfiro, que conocía mejor a su amo y sabía leer las señales de cuando estaba a punto de estallar de enfado, se había callado antes.

–Bien. Ahora me vais a explicar de uno en uno qué es lo que ocurre aquí. Y por qué tú, que llevas mustio como una lechuga pocha desde que llegamos a Pompeya, estás hoy tan entusiasmado– dijo señalando a Céfiro con el dedo, solo para volverse después hacia Quinto con el mismo gesto–, y tú, que has estado días desaparecido, ahora necesitas contarme algo con tanta urgencia. Pero lo primero me vais a servir un vaso de ese vino que compré el otro día para mí y que misteriosamente ha ido desapareciendo a pesar de que yo apenas lo he probado.

Quinto y Céfiro se miraron entre ellos y se encogieron de hombros, sin poder evitar que en los rostros de los dos esclavos se reflejara una expresión de culpabilidad imposible de disimular. Pese a todo, con el deseo de agradar a Marco para que este estuviera de buen talante cuando escuchara las peticiones que tenían que hacerle, ambos se apresuraron a cumplir su orden y le sirvieron a toda prisa un vaso de vino del cántaro que Marco había señalado. Él se lo bebió lentamente, deleitándose en los sabores e inexistentes matices de aquel vino barato que sin embargo retuvo en la boca un tiempo solo con afán de torturar a los dos esclavos impacientes por empezar a hablar. Céfiro frunció el ceño y no dijo nada, a sabiendas de que Marco se estaba recreando en el vaso de vino solo por molestarlos y fingiendo él mismo que había

perdido el interés por hablar. Quinto, sin embargo, se mostraba impaciente, y cambiaba el peso de una pierna a la otra, incapaz de contenerse.

–Bien– dijo Marco poniendo el vaso vacío sobre la mesa–, Quinto, tu tema parece más importante. Empieza.

–¡Oh, vamos!– estalló Céfiro. Quinto, como si fuera un niño de su misma edad y no un hombre que cuadriplicaba su tamaño, miró al niño con rostro de triunfo, le sacó la lengua en señal de burla y empezó a hablar.

El enorme esclavo comenzó a desgranar su historia ante Marco, comenzando por el día en que había entrado a formar parte del *ludus* de Petronio, una parte de su vida de la que ya había hablado a Marco en el pasado, y continuando por el modo en el que había acabado siendo comprado por Varrón unos meses antes de que ambos se conocieran. Quinto casi pasó por encima de la parte en la que dejaba embarazada a Calisto, sin entrar en detalles, deseando como estaba de llegar a la propuesta que le había hecho Petronio de hacerle participar como gladiador en los siguientes juegos de Pompeya.

–Un momento, no sigas– intervino Marco–. ¿Tienes un hijo? ¿Aquí, en Pompeya?

–Sí, pero eso no es lo importante. Oh bueno, tal vez sí, porque Petronio me ofreció… pero me estoy adelantando. Antes tengo que decirte… Oh, por la puta Belona, Marco, me has hecho perder el hilo por completo. Ya no sé por dónde iba.

–Acabaste en casa de Varrón y te destinaron a vigilar las puertas de la casa– apuntó Céfiro con tono de hartazgo. La noticia de que Quinto tenía un hijo en Pompeya le había sorprendido también a él, pero estaba deseando que el esclavo terminara de contar su historia para poder empezar él con la suya antes de que Marco estuviera saturado de palabras–. Y después llegamos a esta jodida ciudad en la que no para de llover. ¿Podemos ir al grano, por favor?

Quinto suspiró y trató de retomar el hilo. Contó la forma en la que había acabado entrenando en su viejo *ludus* con los gladiadores de Petronio, y, finalmente, la propuesta de su antiguo amo. Quinto podría combatir en los juegos como gladiador si Marco, como representante de Varrón, daba su autorización para ello. De hacerse así, Petronio podría plantearse comprar a Calisto y su hijo y, tal vez, liberarlos o hacérselos llegar a Varrón para que vivieran junto a Quinto en su *domus* de Roma.

Cuando Quinto acabó de hablar, se sirvió un vaso de vino y lo bebió de un trago. Se sentía mentalmente exhausto después del esfuerzo de organizar todas aquellas ideas, ponerlas en palabras y además hacerlo de forma que resultara convincente de cara a Marco. Pensó en lo fácil que resultaba convencer a alguien con los puños y el gasto de energía

tan enorme que hacía falta para obtener el mismo resultado con la palabra y se alegró de ser tan grande y fuerte.

–A ver si lo he entendido… ¿Me estás pidiendo que te autorice a combatir en la arena contra los mejores gladiadores de la Campania para que tu antiguo amo compre a una esclava que no quiere saber nada de ti y a vuestro hijo con el que nunca has hablado? ¿Y quieres que hagamos todo esto a espaldas de Varrón, tu amo?

Quinto sonrió y asintió satisfecho. Marco lo había entendido todo a la perfección. Pensó que tal vez sus habilidades oratorias no eran tan torpes como él había creído.

Marco le miró con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer que Quinto estuviera hablando en serio. Esperaba que en cualquier momento Céfiro y él se miraran y se echaran a reír, cómplices de una broma que le estaban gastando. Sin embargo, aquello no ocurrió. Quinto seguía sonriendo impaciente por escuchar una respuesta y Céfiro los miraba a los dos, cruzado de brazos y exigiendo con los ojos y la postura que zanjaran aquel asunto cuanto antes y le hicieran caso a él de una maldita vez.

–Quinto– dijo Marco–, dime por favor que todo esto es una broma.

–¿Una broma? ¿Por qué iba a ser una broma?– preguntó Quinto sin entender.

Marco se llevó la mano a la frente y se rascó la cabeza. Respiró profundo. Quinto no era un esclavo de su propiedad. Y, sobre todo, no era un niño al que tuviera que educar. Aunque aquel hombre grande como una torre se comportara en ocasiones como si tuviera seis años, Marco no quería responderle como le pedía el cuerpo en aquel momento, gritándole y diciéndole que su cabeza estaba llena de serrín. Por el rostro de Quinto era evidente que el antiguo gladiador creía que su petición era totalmente lógica y coherente.

–A ver cómo te lo puedo hacer entender… Imagina que acepto tu propuesta y permito que luches en esos juegos. Imagina que llega el día de los combates y los dioses quieren que esa jornada no te sonría la suerte. Acabas con un brazo herido, o una pierna… brazo o pierna que uno de esos cirujanos que atienden a los gladiadores te tienen que amputar para evitar que la infección de la herida se extienda…

Quinto negó con la cabeza e hizo un gesto con la mano.

–Eso es absurdo, Marco. Nunca en toda mi vida…

Marco le hizo callar alzando la mano.

–Peor aun, imagina que mueres en la arena. Que uno de esos gladiadores te clava su tridente en la espalda o te saca las tripas con su espada. No te hablaré ya de lo que lamentaré tu muerte como amigo, porque supongo que en esa cabeza tuya tan dura no eres capaz ni de comprenderlo. Pero piensa en el panorama que me esperaría a mí cuando regrese a Roma y le cuente a Varrón que uno de sus

mejores esclavos murió en el anfiteatro de Pompeya en un absurdo espectáculo del que él no sacó ningún beneficio y para el que no se pidió su autorización. ¿Qué crees que me cortaría antes Varrón, las manos o las pelotas?

–No voy a morir en la arena. Nunca me han derrotado en el anfiteatro salvo cuando estaba pactado previamente. Creo que no entiendes lo bueno que…

–¿Cuánto tiempo llevas sin saltar a la arena, Quinto?– preguntó Marco–. Dime.

–Algo más de un año– dijo él con el ceño fruncido. No le gustaba nada el camino que estaba tomando aquella conversación.

–¿Y no crees posible que en ese tiempo tus habilidades se hayan mermado? ¿No crees que ese gladiador que derrotaba a todos sus contrincantes y volvía loco al público ha podido perder práctica y tal vez ya no esté en condiciones de ganar todos los combates sin sufrir ni una sola herida?

–Me has visto pelear. Sabes que no he perdido habilidades.

–Siempre ocurren accidentes, lo sabes.

Quinto y Marco se enzarzaron en una discusión en la que no tardaron en aparecer los gritos y los golpes en la mesa. Los dos se apuntaban con el dedo y se acusaban de todo tipo de cosas. Cualquiera que hubiera visto aquella escena habría temido que en cualquier momento Quinto pudiera recurrir a la fuerza y con sus enormes manos le rompiera el cuello a Marco con facilidad. El esclavo, sin embargo, había aprendido desde muy joven a no recurrir a la violencia en sus discusiones si no era estrictamente necesario, y a pesar de que Marco estaba haciéndole sentirse tan furioso como hacía tiempo que no le ocurría, en ningún momento se le pasó por la cabeza usar la fuerza contra él.

–Quinto, no insistas. La respuesta es no. No voy a autorizar que luches como gladiador, por muy seguro que estés de que podrías derrotar al mismísimo Marte con las manos desnudas.

–Tal vez no a Marte. Pero sí a cualquiera de los gladiadores que me pongan delante. Y lo sabes.

Marco se encogió de hombros.

–Si quieres hacer esto, será contra mi voluntad. Sin embargo… yo no puedo impedirte que combatas en la arena, y Varrón está demasiado lejos como para intervenir. Es tu decisión. Si ese Petronio decide dejar que combatas, yo no haré nada para impedirlo más allá de advertirle de las consecuencias.

–No quiero hacer nada si tú no estás de acuerdo. Ya sabes que yo… bueno, lo de tomar decisiones no es lo mío.

–Pues en este momento no tienes más camino que decidir por ti mismo– dijo Marcos. Se sirvió otro vaso de vino del cántaro que

estaba ya casi vacío.

–Céfiro, hay que comprar más vino. ¿Crees que podrías acercarte a la tienda?

Tanto Marco como Quinto se dieron la vuelta hacia el lugar junto a la puerta en el que creían que estaba Céfiro, y descubrieron que el niño se había marchado.

Céfiro había salido del apartamento sin decir nada en medio de la colosal discusión entre Quinto y su amo. En el momento en el que había visto a Marco levantarse de la silla y alzar la voz, había comprendido que no tenía sentido alguno esperar a que aquella pelea terminara para exponerle su propio tema. Incluso en el caso de que Marco siguiera teniendo ganas de hablar, algo que Céfiro consideraba improbable, estaría de un humor tan torcido que su respuesta sería un no rotundo a cualquier cosa que el niño le propusiera. Céfiro, tras más de diez años de convivencia con Marco, sabía que en aquellas circunstancias era mejor esperar a que las aguas se calmaran y su amo estuviera de mejor humor. En consecuencia, había optado por abrir la puerta con discreción y salir de la casa para dejar que aquellos dos continuaran con su pelea tanto tiempo como desearan. Por mucho que se gritaran y se apuntaran con el dedo amenazadores, Céfiro sabía que la sangre no llegaría al río. Tanto Marco como Quinto eran tan incapaces de hacer daño a un amigo como letales podían llegar a ser si alguien amenazaba a uno de los suyos.

El pequeño esclavo salió a la calle y saltó el arroyo que corría junto a la acera, crecido después de todo un día de lluvias incesantes. Cruzó al otro lado, saltando de piedra en piedra, y echó a correr por las callejas. El estómago le rugía de hambre. Había confiado en que Marco propusiera que los tres fueran juntos a comer algo, pero por culpa de la propuesta de Quinto la comida había pasado a un segundo lugar. Hacía ya unas cuantas horas que Quinto y él habían visitado la tienda de empanadas, ignorantes de que Marco había desayunado en aquel mismo lugar un rato antes, pero el gladiador solo había tenido dinero para comprar una pieza pequeña de pan relleno de queso. Entre los dos se habían repartido la empanada, pero el mordisco que Quinto le había dado se había llevado más de dos tercios de ella. Céfiro había tenido que conformarse con los restos, que apenas habían mitigado su hambre. Unas horas después, mientras escuchaba discutir a Quinto y Marco, el aspecto de los productos que aquel hombre vendía en su establecimiento decorado con magníficas pinturas había regresado a su mente, haciendo que su estómago volviera a rugir. En ese momento, Céfiro había decidido prescindir de su amo en sus planes alimenticios. Cogió la bolsa de monedas que guardaba bajo su propio jergón y salió a la calle. Desde las escaleras todavía pudo

escuchar los gritos de Marco y Quinto, enzarzados en la discusión.

Aunque el cielo seguía cubierto de nubes y una fina llovizna seguía cayendo sobre la ciudad, Céfiro calculó por la luz y su tonalidad que apenas quedaban un par de horas para el atardecer. Tenía intención de presentarse al día siguiente muy temprano en el teatro para informar a Sóstrato de la decisión tomada por Marco, pero para ello tenía que conseguir que su amo le escuchara antes de que cayera la noche y o bien se metiera en la cama a dormir o bien se marchara a deambular por las tabernas como era su costumbre. Palpó la bolsa que llevaba oculta tras la túnica y supuso que tenía suficiente dinero para llevar a cabo sus planes. Su visita a las tienda de empanadas no solo tenía el objetivo de llenarle a él el estómago. Céfiro pretendía hacerse con un par de aquellos magníficos bollos para llevárselos a casa a un Marco que, sin duda, tendría hambre a aquellas horas y agradecería el gesto. De aquel modo, se aseguraba que tendría a su amo satisfecho y con el estómago lleno en el momento en el que escuchara su propuesta de echar una mano al responsable de los teatros de Pompeya.

Céfiro se perdió en dos ocasiones, ya que todavía no dominaba el trazado de las calles de aquella ciudad. Sin embargo, tras preguntar a dos transeúntes y describirles la pintoresca decoración del establecimiento, encontró el camino y consiguió llegar hasta el termopolio.

Una vez dentro, Céfiro se dejó maravillar una vez más por las pinturas que decoraban las paredes y el mostrador, antes de centrar toda su atención en el género allí expuesto. A aquellas horas, con los hornos ya apagados y la cocina cerrada, solo les quedaban los restos de lo que los clientes no se habían llevado a lo largo de la jornada. El dueño del establecimiento no estaba presente y era su alicaído y sombrío hermano quien atendía a las personas que apuraban las últimas horas del día para llevarse algo de comida. El hombre estaba sentado en un taburete tras el mostrador, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y la mirada perdida en el vacío. Cuando Céfiro entró en el local, este no hizo movimiento ni muestra alguna de haberse dado cuenta. Siguió sumido en sus pensamientos, sin hacer ni decir nada.

El niño observó los recipientes que había sobre el mostrador. Algunos contenían restos de guisos, con carnes, pescados y verduras, mientras otros exhibían las últimas empanadas y hogazas que habían salido de los hornos aquel día. Céfiro pensó que aquellos alimentos, en el estado en el que se encontraban, no tenían nada que ver con el aspecto apetitoso que mostraba recién hechos.

—¿No le quedan empanadas rellenas de picadillo de cerdo?— preguntó el niño al dependiente. Este no solo no respondió: no movió ni un solo músculo del rostro ni desvió la mirada de donde la tenía

clavada–. ¿Está dormido? Quiero comprar una empanada.

El hombre parpadeó y, como si acabara de salir de un largo sueño, giró la cabeza lentamente hacia Céfiro y le miró como si se estuviera preguntando qué cojones estaba haciendo allí aquel niño.

–¿Qué querías?– preguntó.

Céfiro pensó que de haber sabido lo ensimismado que estaba aquel hombre habría podido echar mano con discreción a un par de panes y haber estado muy lejos de allí antes de que nadie se hubiera dado cuenta de su presencia.

–¿Le quedan empanadas rellenas de picadillo de cerdo?– repitió.

–Queda lo que ves– respondió el hombre sin moverse del taburete.

Céfiro asintió y, tras volver a echar una ojeada al interior de los recipientes, señaló dos de las empanadas.

–Sírvete tú mismo– dijo el hombre, que solo se movió del taburete para coger el dinero que Céfiro le tendió. Terminada la transacción, volvió a adoptar la postura que había tenido cuando el niño había entrado en el termopolio.

–Adiós, simpático– dijo Céfiro con tono irónico. Mañana mismo me paso por aquí a esta hora a sisarte un par de bollos, añadió mentalmente. Cogió las dos empanadas que mejor aspecto tenían y se dirigió a la puerta del establecimiento.

Cuando el niño salió del termopolio, con las dos empanadas en la mano, se encontró con que una chica algo mayor que él mismo le hacía señales desde una esquina para que se acercara. El niño estuvo tentado de ignorarla. Era un niño, pero sabía a la perfección a qué se dedicaban las mujeres que se ubicaban en determinadas esquinas y hacían gestos a los hombres para que se fueran con ellas a una habitación o a la sombra de un pórtico. Aunque aquella fuera una chica muy joven, no era la primera de su misma edad a la que Céfiro veía dedicada a aquel oficio. Lo más probable era que la joven le ofreciera dejarle hacer algo con su cuerpo a cambio de una moneda, o incluso de una de las dos empanadas que Céfiro llevaba con él.

–Chico, chico, acércate– dijo ella–. Rápido. Antes de que te vea mi padre. Ven, te daré una moneda si me ayudas.

¿Una moneda? Céfiro sintió la punzada de la tentación en el vientre, mezclada con una sensación de alarma ante el peligro. Las mujeres que se prostituían en la calle pedían monedas, no las ofrecían. Sin embargo, desde su experiencia, los que ofrecían dinero a los niños eran mucho más peligrosos que los que lo pedían. Aquella era una lección que los niños de la Subura aprendían desde el momento en que echaban a andar. Bajo aquella amable oferta solía esconderse una oscura intención que acababa con el niño muerto o secuestrado para ser vendido en un mercado de esclavos.

Céfiro miró a la chica y valoró la situación. Había dejado de llover

por fin, y la calle estaba llena de gente que se afanaba en aprovechar las últimas horas de luz del día. Estaban en una de las calles más transitadas de Pompeya, a la vista de decenas de hombres y mujeres. Por otro lado, la chica era apenas un palmo más alta que Céfiro. En caso de peligro, este podía echar a correr o incluso ponerse a gritar y pedir ayuda.

Céfiro se acercó a ella, pero mantuvo una distancia prudente.

–Tú eres el esclavo de ese Marco Lemurio, ¿verdad? Te he visto alguna vez con él.

El niño negó con la cabeza de forma automática. Reconocer que tenía alguna relación con Marco era otro de los caminos que desde pequeño había aprendido a evitar. Su amo tenía demasiados enemigos, acreedores y clientes insatisfechos como para arriesgarse a ir proclamando por ahí que uno era su esclavo.

–No sé de quién me hablas.

La niña no cejó en su empeño.

–Necesito que tu amo me escuche. Antes traté de hablar con él pero no me hizo caso. Es muy importante.

–Ya te he dicho que no sé quién es ese Marco Lemurio– dijo Céfiro, y se dio la vuelta para marcharse. Si no se daba prisa, cuando regresara a casa Marco ya se habría marchado a alguna taberna y no podría hablar con él del asunto del teatro.

–Lo de darte una moneda iba en serio– dijo ella. La chica miraba todo el tiempo hacia la entrada del termopolio, como si temiera que alguien saliera del interior y la sorprendiera hablando con Céfiro.

La posibilidad de ganar un dinero fácil terminó de convencerlo. El esclavo, tras haber dejado en Roma a buen recaudo todos sus ahorros, estaba deseando atesorar otra pequeña fortuna durante el tiempo que durara su estancia en Pompeya con el objetivo de añadirla a su caja principal en el momento en el que regresara a la Subura. Si lo único que aquella chica quería era hablar, Céfiro supuso que no perdía nada por escucharla al menos.

–No sé quién es ese Lemurio. Pero tal vez pueda ayudarte. Si me dejas ver el color de tu dinero antes, claro.

La niña rebuscó en uno de los bolsillos de su túnica y sacó una moneda de bronce vieja y gastada. Céfiro la miró con cara de desagrado. Con aquella pieza de tiempos de la guerra contra Pirro no podía comprar ni un vaso de vino aguado en la peor taberna del puerto.

–¿Eso es todo?

–Es todo lo que tengo, sí.

–Pues te deseo suerte encontrando a ese Marco Lemurio. La vas a necesitar.

La niña comenzó a decir algo acerca de una madre desaparecida,

una ciudad llamada Caldeia y lo que Céfiro entendió como una estrige que había acabado con la vida de muchas personas. Llamó a Céfiro, le suplicó que no se marchara, e incluso le prometió buscar más dinero si él aceptaba ayudarla. El niño, sin embargo, ya se había dado la vuelta y había echado a caminar por la calle, dando la espalda a la chica y sin escuchar sus últimas palabras. La mención a la estrige fue lo que acabó de convencer a Céfiro de que no se trataba más que de otra loca desesperada por que Marco la ayudara a solucionar sus problemas. Había conocido a muchas como ella en Roma, y en la mayoría de los casos solo traían problemas.

Tras un rato caminando por las calles, sintiendo las tiernas hogazas rellenas de carne bajo su brazo, Céfiro dejó de pensar en la chica.

En el cielo cubierto de nubes, el sol comenzó a descender hacia el horizonte

# CAPÍTULO 7
## SOMBRAS SOBRE POMPEYA

Cuando el sol se hubo puesto sobre la ciudad de Pompeya, las nubes habían dado una tregua y habían abierto algunos claros en el cielo por los que la luz de la luna asomaba de forma ocasional solo para desaparecer de nuevo instantes después. Las calles estaban empapadas, las aceras y carreteras llenas de charcos, y los arroyos seguían corriendo, ya casi sin agua, hasta los sumideros. Ya fuera la voluntad de los dioses, ya fuera un efecto de la humedad acompañada de la bajada de temperaturas propia de la noche, Pompeya se fue cubriendo lentamente de una densa bruma que hacía imposible la visión más allá de unos palmos por delante de las propias narices.

Pompeya no era una ciudad tan peligrosa como Roma tras la caída del sol. Las calles de algunos barrios romanos, como la Subura, suponían una apuesta de muerte segura para aquellos que se internaban por ellas en mitad de la noche sin contar con la protección o las habilidades adecuadas. Pompeya, de tamaño más modesto y con habitantes que se conocían mejor los unos a los otros, resultaba un lugar más seguro, aunque la cercanía del mar y la presencia de viajeros y comerciantes que iban y venían siempre añadían un punto de incertidumbre para los transeúntes nocturnos. En consecuencia, los pompeyanos, igual que los romanos sensatos, evitaban deambular por la ciudad de noche. Salvo los borrachos irredentos, las prostitutas y sus equivalentes masculinos, y aquellos que hacían de la noche su modo de vida, eran pocos los que en Pompeya se aventuraban a dar paseos nocturnos.

La caída de la niebla aquella noche disuadió incluso a esos pocos noctámbulos que solían desafiar a las sombras y sus peligros. Lo que no había conseguido la lluvia a lo largo de varios días seguidos, lo logró la bruma pesada que cayó sobre la ciudad al desaparecer el sol. Muchas prostitutas, al salir y encontrarse con aquella espesa niebla, regresaron a sus habitaciones. Prefirieron la certeza del hambre al día siguiente que el riesgo de un mal encuentro en una noche tan poco apacible. Los borrachos que buscaban su dosis de vino en las tabernas optaron por beber en sus casas a sabiendas de que si regresaban ebrios por unas calles en las que apenas se veía nada era muy probable que acabaran durmiendo su resaca en el fondo de un pozo tras un mal paso. Los pocos que se arriesgaron, se encontraron con que algunas de las tabernas estaban cerradas, ya que sus dueños, asustados ante aquel extraño fenómeno atmosférico, también habían preferido tomarse la

noche libre y quedarse junto a sus familias. Al fin y al cabo, nadie sabía qué podía salir de la niebla sin previo aviso. Eran ya muchas las historias de estriges que se contaban en Pompeya. Y aunque todos sabían que aquello no eran más que cuentos de viejas, incluso las fantasías de las ancianas esclavas gruñonas que querían asustar a los niños se convertían en posibilidades muy reales cuando caía la noche.

La niebla se extendió sobre Pompeya y la cubrió con un sudario mortecino bajo el cual sus habitantes durmieron o velaron, ajenos a las presencias que, una noche más, salieron a pasear por sus calles.

Como cada noche, Mucio echó el cierre del termopolio en el momento en que se puso el sol. Si dejaba el establecimiento abierto unas horas más, sin duda entraría algún cliente hambriento y dispuesto a pagar por los últimos productos del día. Pero su hermano y propietario del local era tajante en lo que se refería a los horarios. En cuanto caía la noche, el termopolio cerraba sus puertas. Aquella noche concreta, Mucio cerró el local con gran alivio para su alma. No le gustaba nada aquella niebla que había caído sobre la ciudad. Le recordaba demasiado a una noche muy semejante que había vivido en su localidad natal, Caldeia, no mucho tiempo antes.

Mucio colocó la barra de hierro que bloqueaba la puerta corredera que daba a la calle y se dispuso a barrer el suelo antes de meterse en la cama. Meterse en la cama, pero no dormir. Lo del sueño reparador se había terminad para él desde hacía tiempo. En el momento en el que Mucio se tumbaba en la cama y cerraba los ojos, comenzaban a asaltarle todo tipo de pensamientos oscuros que hacían que su corazón latiera más deprisa y que el aire apenas llegara a los pulmones. Algunos de aquellos pensamientos eran recuerdos reales, Mucio estaba seguro de ello, pero otros tenían que ser invenciones, sueños, fantasías que su cabeza enferma o maldita había construido en algún momento. No podía ser de otra manera. Había cosas que, sencillamente, no podían existir en el mundo real.

Desde que se había marchado de Caldeia, compartía con Mucia, su única hija, una habitación en el piso superior del termopolio de su hermano. Este, viudo, sin hijos, y sin ganas de complicarse la vida volviéndose a casar, les había acogido con los brazos abiertos, les había ofrecido techo y un trabajo no excesivamente duro en su establecimiento de comidas. Mucio sabía que tenía mucha suerte. Otros en su situación habrían acabado en la calle, viviendo de la mendicidad y, probablemente, teniendo que prostituir a su propia hija para no morir los dos de hambre. Él, por el contrario, había podido empezar una segunda vida en Pompeya.

De lo que había dejado atrás en Caldeia prefería no acordarse. Al menos mientras pudiera evitarlo. Pero por la noche aquellos recuerdos

le atormentaban de forma irremediable. Una buena casa, una taberna que daba dinero gracias a las comidas y los vinos que servían. Un trabajo honrado que le había permitido dar de comer a su familia, comprar un pequeño terreno a las afueras donde poner su tumba y sentirse satisfecho de sí mismo y agradecido a los dioses. Pero todo aquello había desaparecido. Mucio había intentado vender la casa y la taberna, a un precio razonable al principio, por una ruina vergonzosa al final, sin conseguir que ningún comprador se interesara. ¿Quién iba a querer comprar una propiedad en una ciudad maldita que se desangraba lentamente? Tanto la casa como la taberna habían quedado abandonadas, con las puertas selladas por si se daba la improbable situación de que Mucio y su hija algún día decidieran regresar. Sus muebles y sus pertenencias más pesadas se habían quedado allí, cogiendo polvo y convertidas sin duda en madrigueras de ratones y otras alimañas.

Otras alimañas, pensó Mucio mientras aplicaba con fuerza la escoba al suelo de piedra. Sí, Caldeia se había llenado de alimañas… Hizo un gesto de dolor y rabia y desechó aquel pensamiento. Era mejor no recrearse en la desgracia. O acabaría más loco de lo que ya estaba.

Lo que había ocurrido en Caldeia, sin embargo… Era difícil dejar de pensar en ello. Mucio aún no tenía muy claro cómo había empezado todo. De un día para otro los clientes de la taberna habían empezado a disminuir, pero él lo había achacado al brote de alguna enfermedad, a las altas temperaturas del final de aquel verano, o a que sus competidores habían bajado los precios para robarle clientes. Nada extraño y nada a lo que no pudiera hacer frente. ¿Que la caída en el número de clientes había sido acompañada de extraños rumores acerca de criaturas que se colaban en las casas durante las noches? Bien, los cuentos de viejas siempre habían estado ahí para asustar a los tontos que quisieran escuchar. ¿Que los esclavos de algunos de sus vecinos e incluso algunos de sus propios esclavos habían empezado a desaparecer? En fin, los esclavos fugitivos eran una realidad tan vieja como el mundo mismo, y a pesar de los castigos siempre había algún siervo que soñaba con ser el nuevo Espartaco. Mucio había seguido madrugando cada día para abrir su negocio y había obligado a su hija y a su mujer a que siguieran trabajando con el mismo tesón, ignorando las habladurías.

Hasta que los desaparecidos dejaron de ser esclavos y empezaron a ser hombres y mujeres respetables de las mejores familias de Caldeia. En ese punto, Mucio había seguido aferrado a su mente racional y se había negado a hacer nada al respecto, pero por la noche había comenzado a asegurarse de que puertas y ventanas quedaban bien cerradas y había ordenado a dos de los esclavos que le quedaban que hicieran guardia hasta el alba armados con espadas. Por si acaso…

Solo cuando había visto su taberna completamente vacía un día y a una hora en los que habitualmente habría estado llena a rebosar, Mucio había comenzado a preocuparse de verdad. Para ese momento, su hija y su mujer ya estaban aterrorizadas y contaban todo tipo de historias acerca de desaparecidos que habían sido vistos de noche deambulando por las calles, saltando de tejado en tejado o incluso volando por el cielo. Desaparecidos que regresaban en busca de sus seres queridos, solo para llevarlos con ellos al rincón del Inframundo del que se habían escapado por un despiste de Plutón. Mucio había ordenado a las dos que guardaran silencio, pero él mismo había empezado a creer que tal vez, y solo tal vez, hubiera algo de cierto en aquellas historias. Desde luego, algo ocurría en Caldeia. La ciudad, lentamente, estaba muriendo, y sus gentes desapareciendo unos tras otros.

Finalmente, había sido su esposa Tertia quien había desaparecido. Una mañana, Mucio se había levantado y no había encontrado ni rastro de ella. Había interrogado a los dos esclavos que quedaban en la casa y a su hija, pero ninguno había escuchado ni visto nada. Simplemente, Tertia se había esfumado. Lo único sospechoso que Mucio observó aquella mañana fueron dos tejas rotas en el tejado que daba al pequeño patio de la casa, como si alguien hubiera estado caminando sobre él.

Mucio recorrió Caldeia en busca de alguna pista sobre el paradero de su mujer. Preguntó primero en las casas de sus amigos, y descubrió en ellas que aquellas familias tenían también sus propios problemas. Algunas habían recogido ya sus cosas y se habían marchado de Caldeia para evitar que aquella extraña epidemia se cebara también en ellos. De los que quedaban, ninguno fue capaz de darle indicio alguno de qué podía haber ocurrido con Tertia. En su desesperación, Mucio llegó a ir incluso a los prostíbulos de la ciudad, solo para comprobar que su mujer no había sido raptada por uno de aquellos proxenetas sin escrúpulos para ser alquilada al mejor postor. Algo absurdo, Mucio lo sabía, ya que ningún tratante de esclavos habría secuestrado a una mujer libre para venderla en su propia localidad, donde sería reconocida de inmediato. No, de haber sido víctima de un secuestro Tertia estaría ya muy lejos de Caldeia, rumbo al norte de Italia o tal vez a las ricas ciudades orientales. Los proxenetas habían escuchado a Mucio con paciencia, deseosos ellos mismos de averiguar algo acerca de lo que estaba ocurriendo en la ciudad que les estaba llevando a quedarse sin mujeres que atendieran el negocio.

Finalmente, había regresado a casa desolado y sin esperanza de volver a ver a su esposa. Lo que se había encontrado al llegar había sido a su hija llorando por lo que acababa de ocurrir. Los dos esclavos que quedaban en la casa se habían marchado, afirmando que preferían

ser fugitivos y acabar en la cruz que esperar a que algo viniera a por ellos por la noche y los arrastrara a las estancias de Plutón. Mucio había comprendido en aquel momento que aquella ciudad estaba maldita por los dioses, y que todos los que se quedaran en ella estarían malditos también. Al día siguiente, había empezado a hacer los preparativos de su marcha a Pompeya.

Mucio recordó todos aquellos hechos mientras terminaba de barrer el suelo del termopolio, recreándose en su desgracia contra su voluntad, pensando en lo voluble que era la diosa Fortuna. Él había tenido esclavos y empleados que barrían para él, que atendían hasta la última de sus órdenes. Y sin embargo, los dioses le habían puesto una escoba en la mano para que fuera él mismo quien barriera para otros. Le vino a la mente la diosa Deverra, la divinidad a la que se invocaba en todos los rituales de purificación de la casa en los que se empleaba una escoba. Si aquella humilde actividad contaba con una diosa protectora, entonces…

Mucio escuchó un sonido en la puerta del termopolio y dejó de barrer. Miró hacia la entrada y comprobó que la barra que bloqueaba la gran puerta corredera estaba en su lugar. Sin embargo, el sonido volvió a escucharse. Algo rascaba y golpeaba la madera desde el exterior. Mucio dio dos pasos hacia la puerta para escuchar mejor y sintió que alguien respiraba al otro lado. ¿Respiraba? Bien, ese no habría sido el término más exacto, pensó. Era más bien un gruñido, profundo y grave. Como el de un animal a punto de lanzarse sobre su presa.

Mucio dio un paso atrás.

Lo que hubiera al otro lado de la puerta volvió a rascar la madera y después golpeó dos veces.

–Está cerrado– dijo Mucio apenas con un hilo de voz–. Volved mañana.

En la calle, los gruñidos se convirtieron en risas. Risas de mujeres.

Mucio no era ningún cobarde. Como a cualquier dueño de una taberna, la vida le había enseñado a defender su local y su casa ante todo tipo de amenazas, ya fueran borrachos que no querían pagar, paseantes nocturnos sedientos que no entendían un está cerrado como respuesta o clientes embrutecidos que querían llevarse con ellos a una camarera. Antes de aquel verano, él mismo habría salido a la calle por una puerta lateral, empuñando un cuchillo o una vara, y habría puesto orden en menos de lo que Mercurio tarda en surcar los cielos. Sin embargo, después de todo lo que había vivido, después de haber escuchado las historias que había escuchado… Mucio se quedó clavado donde estaba.

Habían vuelto. Habían ido a por él. Las criaturas que habían acabado con la vida humana en Caldeia habían llegado a Pompeya.

–Marchaos– dijo. Todo su cuerpo temblaba. Sin embargo, no quería gritar. No quería que su hermano, que dormía en el piso de arriba, se despertara y bajara a investigar qué ocurría.

–Mucio– susurró una voz femenina al otro lado de la puerta–. Mucio…

–Márchate– dijo él, ya con lágrimas en los ojos.

–Ven con nosotras, Mucio. Déjanos entrar y te llevaremos con nosotras. Volveremos a casa, Mucio. ¿No quieres volver a casa?

El pobre tabernero, aterrado, dejó caer la escoba en el suelo y echó a correr hacia las cocinas.

La caída de la noche y la llegada de la niebla sorprendieron a Eumelo completamente borracho y reclinado, casi tumbado, sobre la lápida de una tumba. Aquel era un lugar magnífico para beber y, sobre todo, para que lo dejaran a uno en paz. Y desde luego él tenía motivos para querer estar solo y ahogar todas sus penas y frustraciones en el vino barato que llevaba en el pellejo. Echó un largo trago y dejó que un poco de vino cayera en el suelo cubierto de hierba junto a la lápida.

–Un poco para mí y un poco para ti, mi querido… Quinto Arrio– leyó en la inscripción de la lápida con dificultad–. Padre y esposo. Que la tierra te sea leve. Pues sí. Que te sea leve.

Eumelo volvió a beber.

Estaba sentado en medio de un grupo de tumbas y mausoleos, a poca distancia de una de las principales carreteras que unían Pompeya con el norte de la Campania y con la vía Apia hasta Roma. A su alrededor, entre las lápidas y las construcciones funerarias de todo tipo, la hierba crecía verde y vigorosa gracias a las lluvias de los últimos días. Había incluso flores, las últimas supervivientes de un verano que ya había quedado atrás y que se resistían a morir. Más allá del canto de los grillos y del ulular de algún ave que daba la bienvenida a la noche desde su rama, el silencio era total.

Ningún habitante de Pompeya se arriesgaba a pasear por aquella necrópolis tras la puesta de sol. Y por supuesto ninguno de los pocos viajeros que aún estaban en ruta se apartaba del camino más que para echar una meada rápida y volver. Eumelo estaba solo, y aquello era justo lo que él quería. El joven no era estúpido, y sabía que era peligroso deambular por las afueras de la ciudad tras la puesta de sol. Había bandidos y asaltantes deseando hacerse con la bolsa de uno. Hombres a los que no les importaba clavarte una daga en las tripas para conseguirlo. Sin embargo, Eumelo no tenía miedo. Su espada, un arma larga y de buena calidad, colgaba de su cinto como un seguro de vida y un elemento de disuasión para cualquiera que se planteara hacerle daño. Pero además de la espada, Eumelo contaba con algo más

para sentirse seguro: su propio cuerpo.

Eumelo era un hombre joven que apenas había superado la veintena. Era más alto que la mayoría, y contaba con un físico portentoso, de grandes brazos musculosos y piernas fornidas. Su pecho era ancho y sus abdominales se dibujaban a la perfección sobre el cinturón. Además, tenía un rostro agradable enmarcado por una larga melena oscura que le caía sobre los hombros. Muchos de los hombres y las mujeres que habían quedado prendados de su belleza habían murmurado admirados que aquel joven era semejante a un dios.

Sin embargo, a pesar de su aspecto, Eumelo era mortal, y como tal tenía que cubrir unas necesidades básicas que al haber nacido en una familia humilde no estaban en absoluto aseguradas. Y había sido aquella pobreza en la que había vivido los primeros años de su vida. sumada a la conciencia de su propio físico, lo que le había llevado venderse como esclavo en el *ludus* de Petronio con el objetivo de entrenarse como gladiador y contar al menos con un plato de comida que saciara su hambre. En el *ludus* había entrenado como una auténtica bestia, de día y de noche, bajo el sol y bajo la lluvia, logrando que su cuerpo se fortaleciera más aun, que sus músculos se hincharan y que sus habilidades con las armas se desarrollaran hasta alcanzar la auténtica maestría. Su aspecto físico también había cambiado para adaptarse a las necesidades del espectáculo del que había entrado a formar parte, y había sido entonces cuando se había dejado crecer la melena, a sabiendas de que era un elemento que gustaba al público. Aunque Eumelo había nacido en Pompeya y descendía de una larga estirpe de comerciantes llegados de la Hélade siglos antes, su piel bronceada y su pelo largo le hacían parecer un bárbaro llegado de Escitia o de algún otro lugar de nombre exótico que ninguno de los asistentes a los combates habría sido capaz de ubicar.

Gracias a sus cualidades naturales y a sus esfuerzos en los entrenamientos, Eumelo no había tardado en convertirse en uno de los mejores y más prometedores gladiadores del *ludus* de Petronio. El lanista estaba encantado con él, le agasajaba siempre que podía facilitándole comodidades y mujeres. Lo alababa en público y le reservaba para los combates más espectaculares. En no pocas ocasiones, Petronio había llegado a decir que Eumelo podría comprar su libertad antes de los treinta años si la Fortuna le seguía sonriendo como hasta aquel momento.

Pero todo se había truncado con el regreso de Quinto. El maldito Quinto, con un cuerpo más grande que el de Eumelo y al mismo tiempo más rápido y ágil de lo que él llegaría a ser jamás. El maldito Quinto, que empuñaba una espada o un tridente como si fueran prolongaciones de sus propios brazos. Y sobre todo el maldito Quinto,

que era tan amable, humilde y sencillo que resultaba imposible odiarlo por más empeño que uno le pusiera.

Desde que Quinto había regresado a Pompeya, Petronio no hacía más que hablar de él. Lo ponía como ejemplo una y otra vez, narraba las mismas anécdotas de las veces en las que, tiempo atrás, había derrotado en la arena a tres oponentes enormes o había logrado salir victorioso de una lucha grupal de treinta gladiadores todos contra todos. En cada visita que Quinto les hacía, Petronio obligaba a sus mejores hombres a luchar contra él, y ellos caían derrotados sistemáticamente, para desesperación del lanista que, en el momento en el que su antiguo esclavo salía del *ludus*, pagaba contra ellos toda su frustración, con insultos, golpes y castigos de todo tipo.

De la noche a la mañana, Eumelo había pasado de ser un regalo de los dioses para el *ludus* a convertirse en poco menos que una desgracia torpe y fofa incapaz de esgrimir una espada sin parecer una vieja portando una escoba. Los comentarios de Petronio, sus amonestaciones y castigos habían ido minando su autoestima hasta el punto de que Eumelo se había sorprendido a sí mismo evitando el contacto con los demás y buscando la soledad cada vez más a menudo. Todo su sistema de creencias, todas sus esperanzas de futuro, se habían venido abajo. ¿Qué posibilidades tenía él de llegar a ser una gran estrella de la arena si en el mundo había hombres como Quinto? ¿Cuánto tardaría en cruzarse con un gladiador así en el anfiteatro y salir malherido, lisiado o, peor aun, con el público pidiendo su muerte con gritos ensordecedores?

Por aquel motivo, Eumelo salía cada tarde de la ciudad y buscaba un rato la soledad de las tumbas a los lados de los caminos. Allí podía emborracharse en paz, lejos de miradas indiscretas, hasta que los vapores del vino acallaban sus miedos y sus dudas. Solo entonces regresaba al *ludus*, tambaleándose y dispuesto a dormir hasta que al día siguiente sus entrenadores lo sacaran de la cama y lo obligaran a tomar las armas de madera para seguir practicando.

En otras noches lluviosas, Eumelo había llegado incluso a meterse dentro de los panteones más grandes para refugiarse de la tormenta. Sabía que aquello era un sacrilegio que enfurecería a las familias de los difuntos, pero… ¿quién iba a enterarse? Aquella noche al menos no llovía, y la densa bruma que había caído sobre Pompeya proporcionaba una mayor intimidad a sus deseos de soledad.

Eumelo echó un largo chorro de vino a su garganta y dejó que el líquido, rasposo y con un punto de acidez, bajara hasta su estómago. Se palpó los músculos de los brazos y los pectorales. Estaba en forma, desde luego. No había ni una pizca de grasa en su cuerpo. Sabía que otros gladiadores comían en exceso precisamente para conseguir lo contrario, acumular grasa alrededor de sus músculos y conseguir así

protección frente a los cortes y las heridas superficiales. Eumelo no se habría sentido cómodo con una oronda panza que además de restarle atractivo para el público habría mermado su agilidad y su capacidad de movimientos. No, le gustaba su cuerpo tal y como estaba, fornido, fibroso, semejante a las esculturas de mármol de los dioses.

Aunque de cuando en cuando la luz de la luna se filtraba entre los claros que dejaban las nubes, la noche en la necrópolis era muy oscura. El verano había quedado atrás y el clima era muy húmedo, pero las temperaturas seguían siendo agradables y los fríos del invierno se veían aún muy lejanos. Eumelo cerró los ojos y se dejó llevar por el sopor producto del vino y el cansancio. El gladiador no habría sabido decir si habían pasado unos instantes o varias horas cuando el sonido de unos pasos junto a él le sacó de aquel sueño ligero en el que había caído.

Abrió los ojos, se levantó con torpeza y se echó mano a la espada, dándose cuenta de inmediato de que tal vez sus habilidades para defenderse no eran tan fabulosas cuando tenía el estómago lleno de vino. Con la mano izquierda se restregó los ojos.

Frente a él, a unos pasos de distancia, había una figura en pie, muy recta. Eumelo miró al recién llegado de arriba a abajo, calculando cuáles serían sus intenciones y si por su aspecto físico podría suponer algún peligro para él.

Era un hombre con la piel oscura y los rasgos afilados, con el pelo espeso y muy negro. Vestía con ropas anchas de un estilo que Eumelo nunca antes había visto, con las mangas holgadas, la cintura muy ceñida y un cuello muy abierto que dejaba ver los colgantes y collares que lucía el personaje. Era muy delgado, pero de algún modo no transmitía la sensación de ser frágil o débil.

–¿Qué quieres?– preguntó Eumelo de forma brusca. Si era solo un caminante curioso o un viajero perdido prefería espantarlo y que lo dejara tranquilo antes de tener que desenvainar la espada. El gladiador se fijó que aquel hombre no solo no llevaba bolsa alguna con él, sino que además sus ropas no parecían muy adecuadas para viajar, ni a pie, ni en una montura. Eran ropajes finos que parecían de una excelente calidad, como las que los nobles se ponían para los banquetes.

El hombre sonrió y dio un paso al frente. Justo en ese instante, las nubes se movieron y la luna entró en un claro, iluminando la necrópolis y permitiendo que Eumelo viera mejor a su interlocutor. El gladiador, que no se sentía especialmente atraído por los hombres, tuvo que reconocer que aquel personaje era muy guapo. Le miró a los ojos y por unos instantes pensó que los tenía de color amarillo. ¿Era aquello posible? En ese momento las nubes volvieron a cubrir la luna y el brillo de los ojos del hombre se apagó. Eumelo pensó que

seguramente tenía los ojos de un verde claro y había sido la luna y sus luces engañosas quienes le habían hecho confundir ese color con el amarillo.

–No te acerques si no quieres probar mi espada– dijo con voz torpe y pastosa.

–¿Tu espada?– preguntó el extraño en griego, pero con un acento en su voz que Eumelo no fue capaz de reconocer. El gladiador, como la mayor parte de los habitantes de la Campania, era capaz de comunicarse tanto en griego como en latín, aunque leía con dificultad ambas lenguas–. No hay necesidad de que uses tu arma, Eumelo. No soy tu enemigo. Al contrario, diría que he venido a dar cumplimiento a todos tus sueños.

–¿Mis sueños?

Eumelo se quedó muy quieto, con la mano aún en la empuñadura de la espada. El extraño dio dos pasos más y quedó muy cerca de él, de modo que el joven pudo fijarse mejor en los detalles de su rostro. Tenía una piel oscura, del color de algunas maderas nobles que había visto en los muebles de las casas de los ricos, y de una perfección casi sobrenatural, sin marcas de ningún tipo ni arrugas que denotaran el paso del tiempo. Pero fueron los ojos de aquel hombre lo que volvió a capturar la atención de Eumelo. Incluso en un momento como aquel, con la luna oculta tras las nubes y una oscuridad casi total, los ojos del extraño parecían tener una luminosidad propia.

–¿Cómo sabes mi nombre?– preguntó con un balbuceo. Era uno de los mejores gladiadores de toda Pompeya, con un físico portentoso capaz de derrotar a cualquier hombre común de un solo golpe. Sin embargo, por algún motivo, ante aquel tipo de ropajes extravagantes se sentía pequeño y débil, casi como un niño que mirara a un adulto que se dispusiera a castigarlo tras haberle sorprendido cometiendo una travesura.

–Lo cierto es que sé mucho más que eso. Te conozco bien, Eumelo. Porque puedo leer todo lo que ocultas en tu corazón.

El gladiador no aguardó más. Aquel personaje con ojos de animal salvaje, pese a su delgadez, era peligroso. No tenía ninguna duda. Con toda la habilidad que el miedo y la borrachera le permitieron, desenfundó la espada y lanzó un golpe con ella de arriba a abajo destinado a hundirse en el cuello de su oponente, tal vez incluso a cortarle la cabeza con limpieza si el impacto era lo bastante fuerte y certero.

La espada no llegó ni a acercarse al cuello del extraño. El hombre de piel oscura alzó la mano a una velocidad vertiginosa, sin que ni uno solo de los otros músculos de su cuerpo llegara a moverse. Su rostro no mudó de expresión, y sus peculiares ojos cristalinos no dejaron de mirar a los de Eumelo en ningún momento. Sin embargo, consiguió

atrapar la espada del gladiador entre sus dedos, parando el golpe en seco.

Eumelo, incapaz de creer lo que estaba viendo, intentó levantar de nuevo el arma, pero no pudo sacar la hoja de la espada de la pinza formada por los dedos de su rival. Tiró de ella, aferrando incluso la empuñadura con las dos manos, pero todo fue inútil. Desesperado, lanzó una patada con su bota al vientre de aquel hombre, y cuando se quiso dar cuenta se vio de bruces en el suelo, sin la espada y mirando las nubes moverse empujadas por el viento. Eumelo se levantó y se encontró con el hombre que acababa de derribarle, en el mismo sitio y con los brazos cruzados, como si nada hubiera ocurrido y no acabara de tumbar con facilidad pasmosa a un combatiente experimentado. La espada del gladiador estaba a su lado, en el suelo, casi oculta por la hierba. Su hoja estaba partida por la mitad.

–Te dije que la espada no sería necesaria.

–¿Quién eres?

–No importa quién sea yo. Solo importa quién eres tú y qué es lo que deseas. Y si yo puedo ofrecértelo o no.

Eumelo dudó entre escuchar las palabras del hombre o echar a correr. De algún modo sabía que hiciera lo que hiciera estaba perdido. Un ser capaz de parar una estocada con los dedos desnudos podría sin duda atraparlo si intentaba escapar. Por otro lado, si escuchaba sus palabras… La tonalidad de su voz, ese peculiar acento y esa forma de susurras las palabras en griego se sentían como si alguien deslizara sobre sus oídos una fina gasa de seda. Aquella voz era una promesa de algo bueno, de algo eterno y maravilloso, una invitación a dejarse llevar, a olvidar todos los problemas y dejar que aquel hombre se ocupara de todo. Porque en sus manos todo estaría bien.

–¿Lo que yo deseo?– preguntó.

Eumelo no llegó a saber cómo ocurrió. Solo un momento antes el hombre había estado separado de él varios pasos, y sin que le diera tiempo a parpadear se situó frente a él, con su rostro a apenas un palmo de distancia del suyo. El extraño alzó el dedo y lo posó con suavidad sobre los labios de Eumelo.

–No es necesario que hables. Ya te he dicho que puedo leer directamente de tu corazón.

–¿Cómo…?

Entonces el hombre sonrió y Eumelo observó por primera vez que sus colmillos eran extraordinariamente largos y afilados. No tuvo tiempo de pensar más, ya que el extraño, con la misma rapidez que había demostrado hasta aquel momento, echó hacia atrás la cabeza y hundió sus dientes en el cuello del gladiador.

En un primer momento, Eumelo sintió una profunda punzada de dolor. Trató de librarse de su atacante golpeándolo con sus poderosos

brazos y pateando con sus piernas, pero fue como si tratara de dar puñetazos y patadas a una escultura de mármol o bronce. Poco a poco, sus fuerzas se fueron agotando y Eumelo se rindió a la extraordinaria sensación de placidez y paz que le invadió a medida que el extraño se alimentaba de su sangre.

Lo último que el gladiador pensó antes de ser engullido por las sombras era que aquel hombre tenía razón. No necesitaba palabras para leer todos los secretos que había en su corazón.

Cintia se cambió de posición en la cama y se cubrió la cabeza con la almohada para tratar de aislar sus oídos de los llantos del bebé. Le dolía la cabeza terriblemente, se sentía agotada y los pechos le ardían después de haber dado de mamar al niño durante lo que a ella se le habían antojado horas pero que para el estómago insaciable de la criatura parecían haber sido apenas unos instantes. Apretó la almohada más aun contra su cabeza, sin conseguir que los gritos del niño se amortiguaran. ¿Cómo iba a conseguir algo así? Al fin y al cabo, estaban encerrados en una pequeña habitación de apenas unos pasos de largo por otros tantos de ancho. En aquella caja de resonancia, los berridos del bebé retumbaban como si se hubieran abierto todas las puertas del Hades.

–¡Cállate ya! ¡Por todos los dioses, cállate ya!– gritó, apartando la almohada de su rostro. Como era de esperar, el niño, tumbado en una tosca cuna de madera al otro lado de la diminuta estancia, no solo no dejó de llorar, sino que aumentó la intensidad de su llanto.

Cintia, desesperada, se levantó de la cama y se abalanzó sobre la cuna, cogiendo al bebé en sus brazos de forma brusca. Miró al pequeño que berreaba con la cara desencajada. Por los dioses, aquella criatura ni siquiera se parecía a ella. Con un pelo negro y espeso que, según ella, le hacía parecer grotescamente mayor, y unos ojos marrones muy oscuros, era la viva imagen de su padre Aulo, el hombre que la había engañado para que se escapara con él y que antes de que ella se diera cuenta ya le había puesto su semilla en la barriga.

–¿Qué quieres?– gritó–. ¡Llevo horas dándote el pecho! ¿No te parece suficiente? ¡Necesito dormir!

El niño abrió los ojos y miró a su madre esperanzado. A pesar de que el tono de ella disataba mucho de ser cariñoso, el niño pensó que Cintia tendría la solución a sus males y que le consolaría. Aquello al menos era lo que su instinto de recién nacido le dictaba. Pero mientras el bebé tenía todos sus instintos activos, Cintia en ningún momento había llegado a experimentar todo lo que se suponía que una madre debía sentir después del parto. Otras mujeres le habían hablado del sentimiento inmenso de amor absoluto que se sentía cuando se veía el rostro del primer hijo que una traía al mundo. Sin embargo, a Cintia

no le había pasado nada semejante. Tras el parto, una experiencia dura y horrible durante la que había gritado maldiciones contra todas las divinidades del cielo y el infierno, lo único que ella había querido hacer había sido dormir. Su hijo, sin embargo, no había estado de acuerdo, y había exigido su atención constante desde aquel momento, parando solo para dormir él mismo unas pocas horas que solían coincidir con los ratos en los que Cintia tenía que realizar alguna otra actividad. El resultado había sido una mujer de dieciséis años permanentemente agotada que con el paso de los días había aprendido a odiar al hombre que la había convertido en madre, al niño que no paraba de llorar, cagarse encima y destrozarle los pezones, y sobre todo a sí misma y a la vida en la que estaba atrapada.

El padre del niño, Aulo, un joven alto y fornido de ojos oscuros que había escapado de la granja de sus padres para buscar fortuna en las ciudades de la Campania, apenas pasaba tiempo con ellos. Trabajaba en una taberna la mayor parte del tiempo, y solo regresaba a casa para exigir a Cintia que se llevara al niño de allí y le dejara dormir unas horas. Ella protestaba, pero acababa obedeciendo. Al fin y al cabo, dependía de aquel hombre para no quedarse en la calle y morir de hambre. Ella misma se había fugado de su propia casa en la cercana ciudad de Herculano, engatusada por las promesas de aquel muchacho al que su padre había contratado un día para ayudarlo a reparar el tejado. Cintia sabía que su padre jamás le perdonaría que se hubiera marchado de aquella manera, sin pedir su permiso, y menos aun que se hubiera quedado embarazada de un hombre al que él mismo no había dado su aprobación. No, regresar a casa de sus padres no era una opción, y Cintia lo sabía. Solo le quedaba seguir aguantando y confiar en que en algún momento de sus vidas las cosas mejoraran.

El salario que ganaba Aulo apenas les daba para llenar la despensa con humildad y pagar el alquiler de un cubículo de una única habitación ubicado en la planta baja de una pequeña *insula*. La casa daba directamente al fondo de un pequeño callejón maloliente que al estar en pendiente acumulaba todas las aguas de lluvia y los detritos que los vecinos lanzaban por las ventanas. El callejón estaba siempre, incluso en los largos veranos, lleno de barro y charcos malolientes en los que proliferaban los insectos e incluso las culebras y otras alimañas.

Con las lluvias de aquellos días, Cintia se había tenido que esmerar para evitar que el agua entrara en el interior de la casa y lo inundara todo, echando a perder los escasos muebles que tenían. Y en aquella lucha para evitar que su casa se convirtiera en un pantano y para alimentar a un bebé que no paraba de llorar, Cintia sentía que se le iba la vida.

—¿Qué quieres? ¿Más leche? ¿Es eso?

Cintia se sacó un pecho de la túnica y lo puso frente a la boca del niño. En ocasiones, aquello bastaba para aplacar su enfado. El niño se enganchaba al pezón de su madre y comenzaba a succionar con tanta fuerza que ella creía morir de dolor. Cintia suponía que aquel sufrimiento no era natural, que la lactancia no podía conllevar aquel dolor insoportable en cada ocasión que el niño se alimentaba. Había visto a otras mujeres dar el pecho, y jamás le había dado la impresión de que aquel proceso les doliera lo más mínimo. Ella, sin embargo, se enfrentaba a un infierno de dolor cada vez que su hijo se acercaba a su pecho. Luchaba por aguantar, a sabiendas de que el pequeño moriría si no tomaba leche, pero en ocasiones no podía resistir más y apartaba su cabeza con furia, consiguiendo que el niño rompiera a llorar con más fuerza.

En aquella ocasión estaba dispuesta a aguantar el dolor que hiciera falta con tal de que el niño se durmiera y ella pudiera conciliar el sueño al menos unas horas, antes de que Aulo regresara y le exigiera poder usar la cama para dormir él mismo el tiempo que fuera posible antes de regresar a la taberna. Sin embargo, aquella noche el pequeño apartó la boca del pezón de Cintia y siguió llorando con todas sus fuerzas, desesperado al comprobar que su madre no podía aliviar su dolor.

–¿No es esto? ¿Y qué es lo que quieres?– preguntó ella a gritos– ¿Qué es lo que quieres?

Cintia alzó al niño y lo sacudió, desesperada, sintiéndose inmediatamente como una persona horrible por tratar de aquel modo a una criatura indefensa a la que se suponía que debía cuidar y proteger, pero sin que aquel sentimiento le sirviera para detenerse. El sueño y la profunda depresión en la que estaba sumida le hicieron perder por completo la razón. Siguió zarandeando al niño y le apretó con fuerza sus brazos regordetes hasta dejar la marca de sus dedos en la carne.

–Ojalá alguien me ofreciera dos ases por ti– dijo en voz baja–. Ojalá alguien se te llevara ahora mismo.

Cintia recordó que en alguna ocasión el niño se había calmado al sacarlo a la calle y pasear con él en brazos un tiempo. En los días anteriores no había podido recurrir a aquella técnica debido a las lluvias constantes, pero el cielo parecía haber dado una tregua a Pompeya aquella noche, así que la joven decidió salir y probar suerte. Si el niño seguía llorando los vecinos no tardarían en protestar… pero a aquellas alturas lo que pensaran aquellos hombres y mujeres que jamás se habían apiadad de ella ni le habían ofrecido su ayuda le traía completamente sin cuidado.

Cintia abrió la puerta y se quedó momentáneamente paralizada en el umbral al descubrir la espesa niebla que había caído sobre la

ciudad. Por unos instantes pensó en regresar al interior de la casa. Aquel callejón solía ser un lugar seguro, incluso en lo más oscuro de la noche, ya que ni los ladrones más desesperados deambulaban por un lugar tan fétido, pero con aquella niebla que apenas dejaba ver nada… Cintia dio un paso atrás, pero en ese momento el niño empezó a chillar con más fuerza y ella pensó que incluso la posibilidad de un sicario que le clavara una daga en la espalda era más atractiva que la idea de volver a encerrarse con aquella criatura gritona.

–Que te aguante toda Pompeya– dijo, y comenzó a pasear por el callejón, arriba y abajo, sintiendo cómo sus pies se hundían en el barro. Bastaba con alejarse unos pasos de la puerta para perder de vista la *insula* y quedar totalmente inmersa en la niebla, sin más referencia de lo que había alrededor que el suelo embarrado que pisaba. Pese a todo, Cintia siguió caminando y meciendo al niño rítmicamente. Respiró varias veces con profundidad, tratando de recuperar la calma para evitar volver a golpear al niño. Incluso llegó a tararear una canción que, cuando su hijo estaba de mejor humor, le hacía reír. Todo ello sin éxito. El pequeño siguió llorando con toda la fuerza de sus pulmones.

Cintia sintió que la cólera volvía a apoderarse de ella, y, con el enfado, las ganas de hacer daño al bebé para pagar así su propia frustración. La joven se mordió el labio. Nunca antes se había sentido tan enfadada y agotada al mismo tiempo. Sabía que si empezaba a golpear al niño podía perder el control por completo. Con un último momento de lucidez, decidió que lo mejor era dejarlo en el suelo y alejarse de él.

Hizo uso de sus últimos restos de autocontrol y dejó al al bebé en el suelo embarrado, en un lugar que notó más seco que el resto, y echó a andar hacia donde ella creía que estaba la puerta de su casa. Con el llanto del niño aún taladrando sus oídos, Cintia llegó hasta el muro del edificio y apoyó la cabeza contra la pared, echándose también ella a llorar mientras golpeaba los ladrillos con los puños.

–Yo no quise esto…– murmuró entre sollozos–. Yo nunca quise esto…

Algún vecino gritó desde una ventana y amenazó con bajar si no cesaban aquellos llantos y le dejaban descansar. Ni Cintia ni el niño le hicieron caso. Los dos siguieron llorando hasta que, de pronto, los gritos del bebé cesaron.

Cintia, todavía con la frente apoyada en el muro, sollozó y se limpió las lágrimas de las mejillas. Se sentía un ser humano horrible, incapaz de sentir amor por el niño que había engendrado. Ya en silencio, el sentimiento de culpabilidad se acentuó. No podía perder los nervios así, se dijo. El niño no tenía la culpa de que su vida fuera una completa y soberana mierda.

–Ya voy…– murmuró–. Vamos a casa.

Cintia se dio la vuelta y se encontró con el muro de niebla frente a sus ojos. Supuso que el niño, agotado de tanto llorar, había acabado por quedarse dormido. Por fin, ella también podría dormir, unas horas al menos.

Dio dos pasos hacia el frente y se detuvo. Frente a ella, entre la niebla, había una figura en pie. Una figura femenina, con el pelo moreno recogido en un moño sobre la nuca, vestida con una túnica larga y vaporosa que le cubría desde sus hombros hasta los tobillos. Cintia apenas podía ver su rostro debido a la bruma espesa y la oscuridad de la noche, pero habría jurado que estaba sonriendo.

En sus brazos, la mujer llevaba al hijo de Cintia, que se había quedado plácidamente dormido.

–¿Quién eres?– preguntó Cintia– Devuélveme a mi hijo.

La mujer se echó a reír. Una risa dulce que sin embargo resultaba al mismo tiempo enormemente cruel. Alzó la mano y acarició el rostro del pequeño con un gesto que pretendía ser tierno pero que a Cintia le recordó por algún motivo a un gran depredador jugando con su presa desvalida.

Cintia intentó avanzar hacia la mujer, dispuesta a todo para recuperar a su pequeño. Pero no pudo mover un solo músculo. El terror la tenía paralizada. Incluso bajo la escasa luz de la luna y con aquella niebla interponiéndose entre ellas, los ojos de la extraña mujer parecían brillantes y cristalinos. Cintia se sentía atrapada entre el miedo que aquella aparición le generaba y el deseo de proteger al mismo bebé que unos instantes antes, sumida en la desesperación, habría entregado a cualquiera que se hubiera ofrecido a llevárselo. Algo le decía que aquella mujer era peligrosa, que no era una matrona normal que estuviera paseando por las calles de Pompeya durante la noche. Las mujeres con ropas de aquella calidad no se aventuraban a salir tras la caída del sol, y mucho menos lo hacían por callejones como aquel en el que vivían Cintia y su familia.

–Devuélveme a mi hijo. Por favor…– musitó con un hilo de voz.

–Puedes venir con nosotros– dijo la mujer, y extendió hacia ella una mano–. Ven con nosotros, Cintia, y olvida todas tus preocupaciones.

En ese instante otras dos figuras aparecieron entre la niebla. Una era una mujer, vestida de forma muy semejante a la primera, pero con el pelo de un color más claro. La otra era un chico muy joven, de rasgos dulces, casi femeninos. Los dos se acercaron a la mujer que sostenía al niño en sus brazos para ver mejor al pequeño. El chico alzó la mirada y sonrió a Cintia, mostrando unos colmillos largos y afilados.

Aquella visión bastó para quebrar la parálisis de su cuerpo. Sin embargo, en lugar de echar a correr hacia el trío que sostenía a su

hijo, Cintia se dio la vuelta y corrió hacia el muro de la *insula*, y, una vez palpó la dureza de la pared, la fue recorriendo con cuidado de no tropezar hasta llegar a la entrada de su casa. Cintia cerró la puerta de un golpe y se arrojó sobre la cama, cubriéndose el cuerpo con las mantas y la cabeza con el tosco almohadón. Gritó contra la almohada mientras la garganta se lo permitió, y una vez la voz se le quebró solo pudo llorar en silencio hasta que el sueño, un sueño intranquilo y poblado de pesadillas, la alcanzó horas después.

Mucia se despertó en medio de la noche en la pequeña estancia sobre el termopolio de su tío. Había escuchado un ruido en la ventana que daba a la calle. ¿O tal vez lo había soñado? Mucia no estaba segura.

La habitación estaba completamente a oscuras. La niña alargó la mano, deslizándola por la cama, en busca del cuerpo de su padre, con el que compartía aquel lecho cada noche. Sin embargo, no encontró nada en el pequeño espacio que Mucio solía ocupar sobre el colchón. Mucia supuso que su padre seguramente estaba todavía terminando de recoger y barrer el termopolio y aún no había subido. La niña suspiró y volvió a tumbarse. Se quedó mirando a la oscuridad, sintiendo una opresión en el pecho que ya se había vuelto familiar para ella desde que su madre había desaparecido. Pensó en todo lo que habían vivido desde entonces, en la pérdida de todo lo que ella había conocido y amado, y en la forma en la que su padre había pasado de ser un hombre enérgico y fuerte a convertirse en una sombra depresiva y silenciosa sin ganas de continuar luchando por la vida. La pérdida de su esposa le había afectado, sin duda, pero Mucia creía que había sido el verse obligado a abandonar su amada taberna y la casa que había construido con su trabajo de toda una vida lo que le había terminado de hundir. Las veces en las que ella había intentado hablar con su padre del tema solo había encontrado silencios y gruñidos como respuesta. Para Mucio, su vida en Caldeia había quedado sepultada en el olvido y ahí debía permanecer, sin que nadie hiciera mención alguna a lo sucedido.

Pero ella, joven e ignorante como todos le recordaban que era, tenía muy presente todo lo que había ocurrido. Su padre se había empeñado hasta el final en defender que la desaparición de la gente de Caldeia había sido producto de una serie de acontecimientos aderezados con una especial mala suerte. La enfermedad de algunos vecinos, sumada a un número especialmente alto de esclavos fugitivos, secuestros de niños a manos de esclavistas sin escrúpulos y familias asustadas que habían decidido mudarse a un lugar más seguro. Para su padre, no había más. O al menos eso era lo que confesaba en las pocas ocasiones en las que consentía hablar del tema.

Pero ella sabía que en Caldeia había ocurrido algo más, algo oscuro que estaba más allá de toda comprensión racional. Algo que solo resultaba creíble en las horas más oscuras de la noche, cuando el miedo se hace presente y hasta las historias de terror más descabelladas parecen tener cabida en el mundo de los mortales. Para Mucia, todo lo ocurrido en Caldeia giraba en torno a una palabra que ella había aprendido a temer y a odiar con intensidad.

Estrige.

Además de en los cuentos que alguna amiga le había contado cuando ella era más pequeña, la primera vez que había oído mencionar a una estrige había sido a comienzos de aquel verano en boca de una esclava de su casa que murmuraba junto a la sierva de un vecino en el patio. Hablaban de una de las primeras desapariciones que se había producido en la ciudad, y aquella vieja mujer tenía claro a quien podía achacar todo aquello. Una estrige se había colado en la habitación de aquel pobre desdichado y se lo había llevado con ella después de haberse bebido su sangre y haberle convertido en otro monstruo. La niña se había acercado para tratar de escuchar más acerca de aquella historia, pero la esclava, al percatarse de la presencia de Mucia, había cambiado de tema de inmediato.

Después de aquello, Mucia no había tenido que esforzarse demasiado por escuchar hablar de las estriges y su relación con las desapariciones en Caldeia. Todo el mundo, ricos y pobres, esclavos y libres, hablaban del tema, ya fuera en broma o en serio. La mayoría hacían comentarios jocosos y chistes acerca de las estriges que estaban masacrando a la población, pero incluso cuando había una sonrisa o una carcajada en sus rostros, sus ojos demostraban un punto de temor, como si una parte de ellos supiera que aquellas criaturas de las que estaban hablando podían ser muy reales.

Después, todo se había precipitado. La madre de Mucia había desaparecido, y unos días más tarde Mucio había decidido que ya tenía bastante y que se marchaba de Caldeia para no regresar jamás. Había ordenado a su hija que no volviera a mencionar el asunto de las estriges, ni con él ni con nadie, y habían partido juntos hacia Pompeya para empezar una nueva vida en la medida de lo posible.

Por supuesto, ella no había obedecido aquella orden. A aquellas alturas, Mucia estaba segura de que habían sido las estriges quienes estaban detrás de las desapariciones. Ella misma había reunido todo el valor que era capaz de juntar y algunas noches, antes de partir de Caldeia, había preguntado a los dos últimos esclavos de la casa si habían visto algo. Uno de ellos no había respondido y se había limitado a hacer con la mano un gesto contra el mal de ojo. El otro, sin embargo, más joven y locuaz, había compartido con la niña todos los rumores que había escuchado y cosas que él mismo había visto.

Desaparecidos que regresaban a sus casas durante la noche para atacar a los que habían sido sus familiares. Sombras que pasaban volando por el cielo, oscureciendo la luz de la luna. Ruidos en los tejados, voces humanas que susurraban en las sombras. Golpes en las ventanas y las puertas en lo más profundo de la noche. Mucia había escuchado todo aquello sintiendo un sudor frío que bajaba por su espalda. Todos aquellos rumores no podían estar equivocados.

Por otro lado, Mucia no se resignaba a aceptar que la desaparición de su madre fuera definitiva. Estaba convencida de que un grupo de hombres armados podría regresar a Caldeia y dar caza a las malditas estriges que se habían llevado a su madre. Tal vez ella estaba viva en alguna parte, retenida por aquellas criaturas. Tal vez no era demasiado tarde…

Por supuesto, nadie en Pompeya había querido escuchar sus palabras. Para los pompeyanos lo ocurrido en Caldeia no era más que una anécdota de una pequeña comunidad a un día de camino hacia el norte que no interfería en absoluto en sus propias vidas. De hecho, si Caldeia desaparecía, mejor para Pompeya. Alguno llegó a decir entre risas que ojalá aquellas estriges se animaran también con esos cabrones de Herculano, Nápoles y Cumas y así Pompeya se convertiría en la ciudad más importante de toda la región. Al ser una niña, Mucia no recibió más que palmadas comprensivas en el hombro y miradas de conmiseración dirigidas a una criatura que a todas luces había perdido el juicio por el sufrimiento ocasionado por la pérdida de su madre. Su padre, sin embargo, no había sido tan comprensivo. Al enterarse de que Mucia iba por ahí pidiendo ayuda y hablando de estriges, había cogido a la su hija y la había propinado una buena azotaina como nunca le había dado antes. Tras los golpes, habían llegado las amenazas. Si seguía hablando de estriges y conseguía que los tacharan de locos en Pompeya, la castigaría sin salir de la habitación durante un año entero, hasta que se olvidara de aquel absurdo asunto. No había criaturas nocturnas con alas que chupaban la sangre de sus víctimas. No había seres capaces de convertirse a voluntad en monstruos horrendos y en hermosos seres humanos. Las estriges no existían, y nadie en aquella familia volvería a hablar del tema.

Con el trasero dolorido y las amenazas de su padre aún muy presentes, Mucia había obedecido. Durante un tiempo al menos. En el momento en el que un cliente en el termopolio había mencionado a un tal Marco Lemurio y le había descrito como un famoso cazador de estriges y licántropos recién llegado de Roma para ofrecer sus servicios a una de las familias nobles de Pompeya, Mucia había tomado la determinación de contratar a aquel hombre costara lo que costara. Había investigado acerca de Marco Lemurio, y las informaciones que había recabado habían resultado totalmente

contradictorias. Mientras unos decían de él que era un brujo de inmenso poder y que era el responsable entre otras hazañas de haber hecho que la luna brillara en pleno día y que el cadáver de un muerto echara a andar, otros se referían a él como un maldito estafador que solo quería llenarse la bolsa durante el día para pasarse la noche gastando sus monedas en las tabernas y los lupanares. Mucia, llevada por la desesperación, había preferido creer a los primeros, y se habían lanzado tras los pasos del célebre Lemurio.

Por desgracia para ella, ni Marco ni su esclavo habían querido escucharla. Marco al menos había reaccionado con amabilidad, llegando incluso a rechazar con elegancia las proposiciones sexuales de la chica. Al recordar aquel episodio, Mucia suspiró aliviada. No tenía experiencia sexual ninguna, había recurrido a aquella propuesta solo por intuición y desesperación, pero lo cierto era que no habría sabido qué hacer en caso de que aquel desconocido hubiera aceptado su proposición. El esclavo, por el contrario, se había mostrado receloso al principio y abiertamente despreciativo después, al constatar que la niña no tenía nada que ofrecerle a cambio de su atención.

Mucia había regresado aquel día a su casa desolada y convencida de que nadie en aquella maldita ciudad la ayudaría jamás a buscar a su madre. Tras desear buenas noches a su padre, había subido a la habitación y se había quedado dormida casi de inmediato.

La niña se dio la vuelta en la cama. La oscuridad en la estancia era total. Mucia se preguntó qué hora sería. Supuso que su padre no tardaría en subir, y si la encontraba despierta sin duda retomaría la regañina de aquella mañana por haber intentado hablar con Marco Lemurio de la desaparición de su madre. Cerró los ojos, tratando de dormirse de nuevo.

El ruido en la ventana que a había despertado volvió a retumbar en la habitación.

No había sido un sueño. El ruido era muy real. Mucia se sentó sobre el colchón y miró hacia el lugar donde estaba la ventana sin ver nada debido a la oscuridad. El sonido se repitió una vez más. Tres golpes en las maderas de las contraventanas, muy seguidos. Como si alguien llamara para que le dejaran entrar.

Mucia se cubrió con las mantas. Aquello era imposible. El cuarto que compartía con su padre se encontraba en un primer piso, sobre el termopolio, y su única ventana estaba a mucha altura sobre el nivel de la calle. A diferencia de otras casas de Pompeya, aquella no tenía un pórtico ni ninguna estructura sobre la que alguien hubiera podido subirse para alcanzar la ventana. Era un muro desnudo y cubierto de estuco, sin salientes a los que agarrarse ni voladizo alguno en el que apoyarse. No era posible que hubiera nadie al otro lado de la ventana,

llamando.

Nadie humano, al menos.

Mucia sintió que el estómago se le encogía por el terror. Entre las historias que había escuchado en Caldeia muchas hablaban de golpes en las ventanas y de cómo las estriges se colaban por ellas haciendo uso de sus alas membranosas. ¿Era posible que aquellas criaturas hubieran llegado a Pompeya? ¿O simplemente se trataba de un pájaro despistado o de un murciélago desorientado que se había empeñado con tozudez animal en atravesar aquel vano?

Los golpes se repitieron otra vez, más fuertes. Mucia pensó que aquellos golpes, sin embargo, eran bastante suaves para tratarse de una bestia sedienta de sangre. Una criatura del tamaño de un hombre, con grandes alas, habría podido forzar sin problemas una ventana endeble como aquella. Solo con un empujón tras un pequeño impulso, la ventana habría cedido y el monstruo habría podido entrar en la habitación. Pero en lugar de eso, quien quiera que estuviera al otro lado se limitaba a dar esos pequeños golpes, casi tímidos.

–¿Quién está ahí?– preguntó la niña, en voz baja. No quería despertar a su tío, que dormía en el cuarto de al lado. No al menos hasta estar segura de que realmente había algo peligroso al otro lado de la ventana.

En un primer momento nada ni nadie respondió, haciendo que la niña se sintiera profundamente estúpida e infantil. ¿Quién iba a responder tras una ventana que se encontraba a tantos pies desde el nivel del suelo? ¿Una lechuza perdida? ¿Un murciélago mágico? La niña sonrió, aliviada. Era mejor sentirse tonta que sentirse aterrada en medio de la noche. Lo más probable es que fuera alguien tirando piedrecitas desde la calle, con la idea de gastarla una broma.

Estaba a punto de dejar caer la cabeza en la almohada para volver a conciliar el sueño, cuando una voz habló desde el otro lado de las contraventanas de madera.

–Mucia– dijo una voz susurrante, semejante al tacto del terciopelo–. Mucia.

La niña sintió como si le hubieran clavado una aguja de hielo en el estómago. Por unos instantes, fue incapaz de llevar aire a sus pulmones. Se quedó paralizada en la cama, con los ojos perdidos en la oscuridad.

Había alguien tras la ventana. Fuera imposible o no, había alguien allí. Y Mucia sabía perfectamente quién era.

Habría reconocido aquella voz en medio de una multitud de hombres y mujeres vociferantes. Todos los niños aprendían a reconocer la voz de su madre y a relacionarla con una sensación de seguridad y calma. Era uno de sus más profundos instintos, y Mucia, pese a haber perdido a su madre, o quizá precisamente por eso, lo

tenía especialmente aguzado.

–Mamá– dijo, una palabra que pensaba que nunca iba a volver a pronunciar para dirigirse a alguien.

–Mucia, hija. Abre la ventana.

La niña apartó las mantas y se puso en pie. Algo en su cabeza le decía que no se moviera, que ignorara aquella voz y se quedara donde estaba. Que abrir aquella ventana era franquear el paso a un peligro que podía causarle un dolor como nunca antes había experimentado. Aquella voz de la sensatez que clamaba a gritos que nada que hablara desde el otro lado de una ventana a altas horas de la madrugada podía ser bueno o natural quedó ahogada por los inmensos deseos de una niña de volver a ver a su madre perdida.

Mucia dio lentamente los tres pasos que la separaban de la ventana y la abrió con cuidado. La luz de la luna, escasa, iluminó tenuemente el interior de la habitación y la niña pudo ver a la criatura que la llamaba.

Era su madre… pero al mismo tiempo no lo era. Tertia había sido una mujer atractiva, pero no hermosa. Su rostro resultaba agradable para quien se fijase en él, sin ser una de esas caras que lograban que la gente se girara al cruzarse con ella por la calle. Había tenido unos ojos marrones muy comunes, y unos labios finos y nada llamativo. Su cuerpo además había sufrido los cambios propios de dos embarazos y dos partos complicados, uno de los cuales había terminado con el pequeño hermano de Mucia muerto a las pocas horas de llegar al mundo. Sus caderas se habían ensanchado y su vientre nunca había recuperado la firmeza de la primera juventud. Para Mucia, su madre Tertia había sido la mujer más hermosa del mundo, pero la realidad objetiva era que la esposa de Mucio el tabernero había sido una matrona muy común.

La criatura que había frente a la ventana de Mucia, sin embargo, era el paradigma de la belleza más absoluta. Su rostro era el mismo que el de Tertia, pero tenía una tersura perfecta, como si su piel estuviera tallada en alabastro. Sus ojos, en lugar del marrón apagado que la niña recordaba, brillaban como dos claras piedras preciosas engarzadas una joya. El cuerpo de la mujer había perdido todo resto de las imperfecciones acumuladas por los años. Nada de carne colgaba de sus brazos o de su cuello. Todo en ella era firme y prieto, como la pétrea superficie de una escultura.

Lo más sorprendente para Mucia no era, sin embargo, el cambio que se había operado en el cuerpo y el rostro de su madre. Lo que más llamó la atención de la niña, era que Tertia parecía estar flotando frente a la ventana, sin sostenerse en ningún elemento sólido.

–¿Mamá?– preguntó la niña, dividida entre la sorpresa, el miedo y la ilusión de volver a ver a su madre.

–Mi pequeña. No sabes cuánto te he echado de menos– dijo, pero su rostro no acompañó a sus palabras. Miraba a la niña con aquellos ojos brillantes que no demostraban ningún sentimiento de alivio o felicidad al reencontrarse con su hija después de tanto tiempo. Incluso su sonrisa parecía forzada, propia de quien intenta aparentar una alegría que no siente en absoluto–. Déjame entrar contigo.

–¿Cómo… cómo haces eso? ¿Cómo has aprendido a volar?– preguntó la niña. Mucia, de forma inconsciente, dio un paso atrás.

–Si vienes conmigo… te lo enseñaré. Te mostraré esto y mucho más. Solo tienes que dejarme pasar y estaremos juntas para siempre. Nada podrá separarnos.

–¿Y padre?– preguntó Mucia, cada vez menos convencida.

–También vendremos por él. Estaremos todos juntos.

Mucia dudó. La parecía extraño que su madre insistiera tanto en el detalle de que la dejara entrar. ¿Por qué no se limitaba a traspasar el umbral de la ventana, volando como estaba? ¿Qué se lo impedía? Además, estaba aquella mirada, aquellos ojos brillantes… Su madre nunca la había mirado así. Estaba preciosa, eso era indudable, pero su cara había perdido cualquier resto de la ternura que la niña recordaba. Los ojos de Tertia la miraban, pero no como una madre habría mirado a su hija, sino como, como… Mucia sintió un escalofrío al pensar que su madre la estaba mirando como los hombres hambrientos miraban las empanadas y los guisos del mostrador en el termopolio de su tío.

La niña dio otro paso atrás y, por un instante, la sonrisa desapareció del rostro de la mujer que había frente a ella, aunque de inmediato volvió a dibujarla, más acentuada incluso.

–¿No quieres volver a abrazar a tu madre? ¿No quieres volver a estar juntas las dos?– preguntó con tono de tristeza. Tendió los brazos hacia el frente mientras hacía un mohín de pena con los labios.

Aquel gesto terminó por quebrar la resistencia de la niña. La mujer que había al otro lado de la ventana era su madre. La desaparición sin duda le había supuesto pasar por una experiencia que la había obligado a cambiar y había afectado a su rostro y su expresión. Pero seguía siendo su madre… Mucia volvió a acercarse a la ventana, con una sonrisa en la cara. ¿Qué podía pasarle? ¿Qué daño podía hacer una madre a su hija?

–Sí, quiero estar contigo. Entra, mamá– dijo.

La mujer, al escuchar aquellas palabras, volvió a sonreír. La primera sonrisa sincera que aquella criatura esbozaba desde que se había encaramado a la ventana. La estrige mostró los dientes por primera vez, una dentadura blanca, perfecta, en la que destacaban dos largos y puntiagudos colmillos. Sus ojos comenzaron a brillar con más fuerza.

Al ver el cambio operado en el rostro de su madre, Mucia abrió la boca para empezar a gritar. Sin embargo, antes de que pudiera

hacerlo, la estrige cayó sobre ella, tapando su boca con una mano de piedra y arrojándola contra la cama.

–Siempre estaremos juntas– dijo la criatura–. Todas las noches de la eternidad, estaremos juntas.

Y clavó sus dientes en el cuello de la pequeña Mucia.

# CAPÍTULO 8
## TABERNAS Y TEATROS

Cuando el sol salió sobre los tejados de Pompeya y disolvió la niebla que había reptado por las calles de la ciudad toda la noche, sus habitantes regresaron a sus actividades habituales sin apenas cambio en sus rutinas. Un joven de la zona más pobre de la ciudad se encontró a su mujer presa de un ataque de pánico porque, según ella, unos extraños se habían llevado a su bebé durante la noche. Sin embargo, él mismo estaba convencido de que había sido la propia madre la que se había deshecho del niño de algún modo, así que se limitó a echarla a ella de la casa y a amenazar con matarla si la volvía a ver. El termopolio que vendía las mejores empanadas de Pompeya no abrió sus puertas aquella mañana, aunque sus clientes habituales simplemente pensaron que su propietario y su hermano, el cocinero, estarían enfermos y habrían decidido tomarse el día libre. Petronio el lanista sí se enfadó y mucho cuando sus esclavos le informaron de que Eumelo, uno de sus mejores gladiadores, no había pasado la noche en el *ludus* y de que no había señales de él desde la tarde anterior. Dio orden de que le buscaran en todas las tabernas y prostíbulos y echó cuentas de las pérdidas que le podía suponer la huida de aquel joven tan prometedor.

Además de Eumelo, una decena de personas, entre ellos hombres, mujeres y niños, desaparecieron aquella noche en Pompeya. Pero en un mundo de esclavos fugitivos, secuestros frecuentes, muertes violentas y fortuna impredecible, nadie en la ciudad que no estuviera afectado de forma directa por las desapariciones se preocupó realmente por ellos. Con la salida del sol, la vida recuperó su ritmo como si nada hubiera ocurrido.

En el pequeño apartamento de Marco Lemurio, sin embargo, aquella mañana sí trajo novedades. En primer lugar, el propio Marco se despertó poco después del alba tras haber pasado toda la noche en su propia cama. Algo muy poco frecuente, ya que en Pompeya había replicado su modo de vida nocturno y su costumbre de visitar las tabernas hasta altas horas de la madrugada. Pero la noche anterior, Marco se había obligado a acostarse temprano. Tenía cosas importantes que hacer aquel día.

La segunda novedad fue que cuando Marco salió del dormitorio se encontró con que Céfiro y Quinto todavía estaban en casa, algo que nunca había pasado desde que el trío había llegado a Pompeya. Eran pocas las ocasiones en las que los tres se habían encontrado por la

mañana bajo el mismo techo. Aquel día, sin embargo, Marco se dio de bruces con Céfiro, que desayunaba los restos de las empanadas que había comprado la tarde anterior, y con Quinto, que roncaba sonoramente tendido en su catre en un extremo del pequeño salón.

–Buenos días– dijo el niño sonriente. Tan sonriente que Marco no pudo evitar sospechar–. ¿Quieres empanada?

En ese momento, Marco recordó la conversación que había tenido con Céfiro la noche anterior, justo antes de meterse en su dormitorio a tratar de descansar. El pequeño esclavo había regresado a la casa y les había encontrado a Quinto y a él en silencio, enfurruñados y ensimismados en sus propios pensamientos después de haber discutido el tema de la participación de en los juegos del anfiteatro. Céfiro había sacado dos enormes empanadas, una de carne y la otra rellena de queso, y las había compartido con ellos. Según había dicho el niño, su objetivo no era otro que tratar de apaciguar los ánimos y dejar atrás aquella discusión. Incluso se había ofrecido a bajar a una de las tabernas a rellenar el cántaro de vino que estaba casi vacío para tener algo con lo que acompañar las empanadas. A Quinto aquellas explicaciones le habían servido y, aunque seguía dando vueltas a la propuesta de Petronio y a la negativa de Marco a apoyarle, había sonreído y se había ofrecido a bajar él mismo a por el vino. Marco, sin embargo, había sospechado de las intenciones de Céfiro desde un primer momento. Conocía al niño demasiado bien como para aceptar sin más que no hubiera una intención oculta en aquella amable invitación a cenar.

En efecto, en el momento en el que se habían quedado solos y cuando vio que su amo saboreaba el primer trozo de empanada con deleite, Céfiro se había lanzado a contarle una historia acerca de un extraño personaje que se encargaba de cuidar los teatros de Pompeya y de la oferta de que el niño lo ayudara en algunas de sus tareas. En un primer momento, Marco había estado a punto de negarse en redondo y de prohibir a Céfiro que regresara a aquel teatro con ese hombre que solo los dioses sabían qué oscuras intenciones tenía en su mente. Pero en ese instante había recordado lo cerca que había estado aquel verano de perder a Céfiro precisamente por no haber sido capaz de escuchar al niño, de entender sus necesidades y deseos de una cierta independencia. Le vino a la mente la cara de Céfiro cuando se habían entrevistado con el magistrado de los carniceros del Arco de los Huesos y este le había propuesto comprar al pequeño esclavo para liberarlo un tiempo después. La negativa de Marco en ese momento había estado a punto de acabar con una ruptura definitiva de la relación entre ambos, y aunque unos días más tarde las aguas habían vuelto a su cauce, en un proceso que el propio Marco no tenía aún muy claro, no estaba dispuesto a arriesgarse a que Céfiro volviera a

alejarse de él simplemente por no haber querido escucharlo y no haber demostrado algo de confianza en quien más que un esclavo era como un hermano pequeño o incluso un hijo. El miedo a perderle estaba todavía reciente, muy vivo en su interior.

–Recuérdamelo mañana cuando me despierte– había dicho Marco después de tragar el trozo de empanada–. Tengo que consultarlo con mi almohada.

–Vamos, Marco, dime que sí… El teatro está muy cerca de aquí y además…–había insistido el niño.

–Céfiro, no. Mañana– había respondido él de forma tajante.

El niño había hecho un gesto de disgusto, pero había aceptado el veredicto. Cuando Quinto regresó con el vino los tres habían comido y bebido, y tras obligar al antiguo gladiador a que dejara algo de empanada para el desayuno, se habían ido a dormir. Quinto les había hablado de la espesa niebla que comenzaba a formarse en las calles, pero ninguno le había hecho demasiado caso.

Marco se sentó en un taburete frente a Céfiro en la pequeña mesa del salón y cogió el último trozo de la empanada de queso. Céfiro le miró sin borrar la sonrisa de su rostro.

–¿Has pensado en lo que hablamos anoche?– preguntó al fin.

Marco se recreó masticando la empanada con lentitud, mirando a Céfiro a los ojos hasta que vio que el niño estaba a punto de preguntar de nuevo.

–Acércame un vaso con vino.

El niño, ya con la sonrisa convertida en una mueca forzada, obedeció a su amo. Marco cogió el vaso y bebió, también lentamente. Después lo dejó sobre la mesa y volvió a morder la empanada.

–Lo he pensado, sí– dijo.

–¡Pues dame una respuesta ya!– pidió Céfiro, perdiendo los nervios.

Marco sonrió. La posibilidad de torturar un poco a Céfiro y devolverle así algunas trastadas que él mismo le había hecho había sido demasiada tentación para él.

–He decidido darte permiso para ayudar a ese hombre del teatro– dijo al fin.

El niño, al escuchar sus palabras, no pudo evitar dar un salto y un grito de alegría. Tiró la banqueta y se lanzó sobre Marco para darle un abrazo.

–Gracias, gracias, gracias… Te juro por todos los dioses que no te vas a arrepentir. Además, te conseguiré las mejores entradas cuando haya funciones y te presentaré a las actrices más guapas y tendré la casa siempre limpia y la despensa estará llena y no te faltará nunca vino…

Marco le devolvió el abrazo con cariño y levantó la mano para pedir silencio.

–Calma. No vayas tan rápido. En primer lugar, ya sabes que el teatro me aburre soberanamente. En segundo lugar, no necesito que me presentes actrices porque ya me basto y me sobro yo para ello.

–Sí, el Adonis de la Subura te llaman– bromeó Céfiro, arriesgándose a enfadar a Marco, pero sin poder contenerse. Marco ignoró el comentario de Céfiro.

–Pero hay algunas condiciones que tienes que aceptar si quieres que te dé mi permiso definitivo. Uno, si te necesito, darás prioridad a lo que yo te pida que hagas frente a tus nuevas obligaciones en ese teatro. Dos, quiero conocer a ese nuevo amigo tuyo y hablar con él. Necesito comprobar que es alguien de fiar y no un desgraciado que te venderá a un barco esclavista en el momento que te descuides. Y tres, y esta es sin duda la más importante. No quiero que hagas nada ilegal. Ni porque alguien te lo ordene ni por iniciativa propia.

–Otro que me llama ladrón...– protestó Céfiro alzando los brazos de forma exagerada.

–Lo digo en serio. Lo último que necesito en estos momentos es que acusen a mi esclavo de robar la recaudación de la taquilla o de montar un sistema de apuestas debajo del escenario. Nada ilegal. O te colgaré de una cruz tan alta que podrás olerle el sobaco al mismísimo Júpiter desde ella. ¿Estamos de acuerdo?

El niño se dejó caer de rodillas al suelo y, con cara pretendidamente seria y el ceño fruncido, alzó un puño.

–Por Hércules que las lenguas que difaman hacen más daño que las espadas afiladas. Es la Fama el monstruo más terrible, pues vuela por los campos y las ciudades de los mortales con su cuerpo emplumado y lleno de ojos, arrojando su ponzoña con su boca pestilente y envenenando los oídos de aquellos que escuchan sus mentiras... ¡Fama cruel con aquellos que solo hicieron el bien, pero se vieron cubiertos de cadenas un día! ¡Fama implacable que mancha el recuerdo del héroe al tiempo que ensalza al villano!

–Déjalo ya, bufón. Vas a limpiar los orinales de los actores, no a interpretar a Áyax en una tragedia.

Pese a todo, Marco no pudo evitar echarse a reír ante la improvisación de Céfiro. Como había dicho, él no sentía interés alguno por el teatro, pero tuvo que reconocer que el niño era capaz de meterse de forma creíble en el papel de un héroe de tragedia o de un satírico personaje de una farsa.

Los gritos de un Céfiro feliz y entusiasmado acabaron por despertar a Quinto, que tras desperezarse y estirar todos los músculos de su torso y sus brazos se acercó a ellos y cogió lo que quedaba de la empanada de carne.

–¿Qué le pasa?– preguntó señalando a Céfiro, que continuaba interpretando su papel de hombre de honor difamado–. ¿Le has

lanzado uno de tus hechizos y le has vuelto loco del todo?

–Está actuando. Le he dado permiso para ayudar a un amigo suyo en el teatro.

Quinto, que sabía de teatro tan poco como de filosofía, asintió y masticó la empanada.

–Y hablando de actuar ante el público– dijo Marco–, ¿qué piensas hacer tú con lo que hablamos anoche? Como te dije, no soy tu amo y no puedo obligarte a que hagas nada. Sin embargo…

–No haré nada si no tengo tu consentimiento. Lo he decidido. Solo combatiré si a ti te parece bien– dijo el esclavo con rostro muy serio.

Marco asintió.

–Te lo agradezco. Creo que es la decisión más sensata.

Quinto gruñó algo ininteligible, con el ceño fruncido, dejando claro que aunque había tomado aquella decisión no estaba en absoluto convencido de ello. Marco pensó que era mejor no profundizar en el tema. En aquellos momentos tenía demasiados frentes abiertos como para preocuparse por un tema más. Si Varrón llegaba a enterarse de que él había dado el visto bueno a que uno de sus esclavos combatiera en la arena sin su permiso el propio Marco podía enfrentarse a un auténtico problema, comenzando por perder el favor del que se había convertido en su patrón y que, aunque en su orgullo le doliera reconocerlo, había hecho su vida bastante más sencilla.

Marco bebió un último trago de vino y se puso en pie.

–Tú, actorcillo. Baja a la fuente y tráeme agua limpia para lavarme. Hoy tengo muchas cosas que hacer.

Céfiro dobló la espalda, metió los labios hacia dentro simulando que no tenía dientes y comenzó a caminar hacia la puerta fingiendo apoyarse en un bastón imaginario.

–Dura es la vida de la esclava a la que la vejez sorprende en estado de servidumbre. Las mismas tareas que a la esclava joven se le ponen a la vieja. ¡Pero ella ya no tiene dos buenas tetas con las que camelar al amo de cuando en cuando!

Quinto se echó a reír a carcajadas al ver la actuación del niño, que abrió la puerta y echó a correr escaleras abajo.

–¿Tú crees que hay obras de teatro en las que se hable de tetas y cosas así?– preguntó Quinto, sinceramente intrigado.

Marco se encogió de hombros.

La taberna de Caribdis se encontraba junto a la puerta de la muralla que comunicaba la ciudad de Pompeya con el puerto. Era un local grande que no solo servía comidas y bebidas, sino que tenía un gran número de habitaciones que habitualmente estaban ocupadas por comerciantes y viajeros de paso por la Campania. Un establecimiento lleno durante el día y muy frecuentado por la noche, con precios

asequibles y calidades aceptables en los productos que vendía. Nadie tenía muy claro por qué la taberna tenía el nombre del terrible monstruo que, según los versos de Homero, había engullido la nave y a los compañeros de Odiseo, pero había quien decía que se debía a que, en el momento remoto de su apertura, aquel establecimiento contaba con una esclava de boca tan insaciable como la de la homérica criatura y cuya popularidad había acabado por dar nombre al local.

Fuera cierta la leyenda o no, a Marco no le gustaba especialmente la taberna de Caribdis. Estaba siempre demasiado llena, para que a uno le atendieran había que hacer auténticos esfuerzos y resultaba imposible conseguir una mesa decente si no se tenían contactos con los responsables del establecimiento. Él, acostumbrado a que le trataran como a un sátrapa oriental en la taberna de Quelidón, en Roma, odiaba los establecimientos en los que se hacía sentir al cliente que se le estaba haciendo un favor. No le gustaba el hecho no ver ningún rostro conocido, y detestaba que en cada ocasión le dieran una mesa peor que la vez anterior. Y sin embargo, Marco tenía un motivo para acudir a aquel establecimiento. Era allí, en la taberna de Caribdis, donde los esclavos de Crisógono acudían a apagar su sed, ya que era la que estaba más cerca de la puerta por la que entraban en Pompeya al llegar desde la villa del liberto de Sila.

Aquella mañana, Marco entró en la taberna y buscó una mesa libre, en medio del enorme comedor atestado de hombres comiendo y bebiendo. La temporada de navegación estaba a punto de terminar por la llegada del invierno, pero en aquel momento todavía había marineros que apuraban los últimos días de mar en calma antes de retirarse a sus ciudades de origen a pasar la estación más fría. Marco miró a su alrededor y se sorprendió de la variedad de tonalidades de piel de los clientes, de los ropajes que vestían, de la cantidad de lenguas diferentes que se podía escuchar. Estaba acostumbrado a Roma, una ciudad grande y de población numerosa, pero incluso en comparación con la Urbe la variedad de gentes distintas en aquella taberna resultaba sorprendente.

Hizo un gesto a una esclava para que se acercara a atenderle, pero esta le ignoró. Lo mismo ocurrió con una segunda sierva que pasó junto a él. Y con una tercera. Solo la cuarta, una mujer de nariz bulbosa y el rostro picado, se acercó a él tras hacer un gesto de fastidio.

–Dime.

–Vino– respondió Marco.

–¿De qué tipo?

–Una jarra del segundo más barato que tengas.

–Tú sí que sabes apreciar lo bueno– dijo ella con sarcasmo, y

desapareció entre la multitud.

Mientras esperaba a que la esclava regresara con la jarra de vino, Marco pensó que aquella taberna al menos tenía un elemento positivo: el anonimato con el que podía moverse por ella. Era tal el movimiento de viajeros y comerciantes que entraban y salían para hacer uso de sus habitaciones una noche y no regresar jamás que resultaba imposible acordarse de todos los rostros con los que uno se cruzaba. En los últimos días, Marco había comenzado a escuchar su nombre en boca de demasiada gente, y sumergirse en aquel océano de rostros anónimos en el que nadie le importaba la identidad de nadie le vendría muy bien para que la gente se olvidara de él. Desde la tarde anterior había dado muchas vueltas a las amenazas de Lucio Quirinio, el hombre de Varrón en Pompeya. Él no tenía ningún interés en implicarse en un asunto judicial que le resultaba totalmente ajeno, pero mucho menos estaba dispuesto a aceptar que un gordo petulante que todo apuntaba a que le estaba engañando le amenazara y se saliera con la suya.

La esclava volvió con una jarra y un vaso y lo dejó todo sobre la mesa. Extendió la mano hacia Marco, dejando claro que en aquel establecimiento se pagaba en el momento de ser servido. Lemurio metió la mano en la bolsa y pagó a la esclava la cantidad correspondiente. Ella se guardó la moneda y siguió con sus tareas sin dar las gracias a Marco.

–Echo de menos la Subura– murmuró Marco.

En ese momento se organizó un pequeño altercado en la puerta de la taberna. Dos hombres sacaban a rastras a una chica muy joven, que gritaba y pataleaba enloquecida, pidiendo que la escucharan. Pese a sus súplicas, fue llevada a la fuerza al exterior de la taberna y arrojada a la calle, con las risas crueles de muchos de los espectadores como telón de fondo. Marco arrugó el entrecejo. No le agradaban las escenas de violencia, y menos contra personas desvalidas que apenas podían defenderse. Por supuesto, no intervino y se limitó a seguir bebiendo hasta que descubrió un rostro familiar entre la multitud que entraba en la taberna para apagar su sed.

Era un muchacho joven, de alrededor de dieciséis años, con el pelo castaño muy corto y un rostro afilado con una nariz prominente que a pesar de su tamaño respecto al resto de sus rasgos no dejaba de resultar atractiva. Al verle, alguna de las esclavas de la taberna sonrió y se acercó a él para saludarlo. El joven bromeó con ellas, fingió querer tocarles las nalgas, las agarró de la cintura y les hizo algún comentario obsceno que hizo que ellas se echaran a reír. Una de ellas le señaló al chico una de las mesas libres, pero en ese momento el recién llegado descubrió a Marco, que le hizo señas discretas para hacerse ver, y se dirigió a él.

–Mi amigo romano, qué sorpresa verte por aquí– dijo el chico tras saludar a un par de personas más en su camino hasta la mesa de Marco. En un local en el que nadie parecía conocerse, eran muchos los que reconocían al joven de nariz afilada y se dirigían a él con alegría. El chico estrechó el brazo de Marco y se sentó junto a él. Marco le devolvió la sonrisa.

Había conseguido ganarse la amistad de aquel muchacho tras invitarle a vino varias veces, contarle sus mejores historias y fingir interés por todo lo que él le contaba. El joven se llamaba Jacinto y era uno de las varias docenas de esclavos que trabajaban en la villa de Crisógono. De todos los siervos del liberto a los que Marco había abordado, Jacinto era al que más se le soltaba la lengua cuando bebía y el que se había mostrado más accesible a sus acercamientos. Hasta el momento no era mucha la información que había conseguido sonsacarle, y no tanto porque el chico no quisiera hablar sino porque, sencillamente, no era mucho lo que sabía. Jacinto trabajaba en las cocinas de la villa y se encargaba de hacer las compras necesarias para tener las despensas surtidas. Cada día, al regresar del mercado y antes de volver a la villa de Criógono, Jacinto se dejaba caer por la taberna de Caribdis en busca de alguien que le invitara a un trago de vino.

Jacinto hizo una señal a una de las esclavas, que, a diferencia de lo que había ocurrido con Marco, le respondió de inmediato con una sonrisa y regresó al poco tiempo con una jarra de vino y un vaso para su cliente. El joven hizo el amago de pagar, pero Marco se le adelantó. Jacinto alzó el vaso en señal de agradecimiento.

–¿Cómo haces para que te atiendan tan bien?– preguntó Marco.

–Encanto personal– respondió el esclavo.

–O tal vez tu amo sea un hombre influyente y poderoso.

Jacinto sonrió sin decir nada, se encogió de hombros y bebió un trago de vino. Hasta aquel momento, Marco no había conseguido que ni él ni ningún otro de los esclavos de la villa de Crisógono le confesaran cuál era el nombre de su amo. Si Marco sabía a quién pertenecían ellos y la enorme casa de campo en la que vivían era por la información que le había dado el hombre de Cicerón. Suponía que aquella era una de las órdenes más estrictas que aquellos esclavos habían recibido. Crisógono no deseaba que nadie supiera quién vivía en aquella enorme villa, y de ese modo se protegía de los muchos enemigos que se había ganado a lo largo de sus años al servicio de Sila.

–¿Y tú? ¿Aún no has completado los negocios que te trajeron a Pompeya? Dijiste que estarías aquí unos días y últimamente te encuentro siempre en esta taberna…

–El hombre al que espero no ha regresado aún. Y este sitio es tan bueno como cualquier otro para esperar. A ti te veo relajado. ¿Aún no

ha regresado vuestro amo?

–No. Pero no te creas que hay mucha diferencia. El *villicus* es un hijo de mala madre que nos explota como si él fuera a ganar algo con nuestro trabajo. Aunque yo siempre consigo hacer una escapada para ver a los amigos.

Jacinto alzó el vaso para brindar con Marco. Una esclava pasó a su lado y el joven le dio una palmada en las nalgas, obteniendo como resultado un gruñido que se convirtió en sonrisa al ver quién era el autor de aquella provocación.

–Y eso que en la villa estamos bajo mínimos de personal. No lo comentes por ahí, pero esta noche han desaparecido dos de mis compañeros. Un chico de mi edad y una mujer. Dicen que se han fugado para empezar una vida juntos a pesar de la diferencia de edad. El *villicus* estaba enfadadísimo y ha dado orden de que se los busque por todas partes para que reciban el castigo correspondiente. La verdad es que no entiendo a esos esclavos que deciden arriesgarse a huir… Yo prefiero ser esclavo y comer cada día a ser libre y morirme de hambre por los caminos.

Marco asintió, fingiendo estar de acuerdo con las palabras del joven.

–Y más cuando se vive en una villa como la vuestra. Por Júpiter que muchos hombres libres darían su libertad por vivir como vosotros. Además, dicen que en ella se disfruta de unas vistas espectaculares al atardecer– comentó Marco–. Todo el mundo cuenta maravillas de ella.

–Pues lo contarán de oídas porque hace años que no se permite el acceso a nadie que no pertenezca a la familia de esclavos de mi amo. Por eso es todo tan aburrido. No organizamos banquetes, ni recibimos visitas… Mantenemos la *domus* y sus jardines en perfectas condiciones para que nadie disfrute de ellos. En fin, cosas de ricos.

–Pero supongo que una villa tan rica tendrá mucha seguridad. Me extrañaría que tu amo hubiera confiado la defensa de su casa principal a un puñado de esclavos de servicio…

Jacinto frunció el ceño y miró a Marco directamente a los ojos.

–Empiezo a sospechar que hay algo que quieres preguntarme y no te atreves…

Marco se echó a reír y palmeó la mesa.

–Por los dioses, discúlpame. No pretendía ser indiscreto. Mira, seré sincero contigo. El hombre al que represento está buscando una villa en esta región. Me ha dado indicaciones muy precisas de lo que busca, y vuestra villa es la que más se parece a lo que nos interesa. De ahí mi curiosidad y mis preguntas.

Jacinto no pareció muy convencido por las palabras de Lemurio.

–Como tú digas. De cualquier modo, dudo que mi amo esté interesado en vender su villa. Y no te ofendas, pero no sé si el hombre al que representas tendría dinero para pagar lo que vale.

–Te aseguro que lo tiene. No puedo darte su nombre, pero te diré que es uno de los senadores más importantes de Roma. Un hombre muy cercano a Pompeyo.

–Aun así…

–Mi patrón no es estúpido y sabe que la mayor parte de las villas de esta zona no están a la venta. y que me sería muy difícil acceder a ellas para verlas. Por eso me ha dotado de ciertos fondos para ablandar los corazones de los esclavos que trabajan en esas villas, en la esperanza de que alguno me facilitara la entrada. Solo un vistazo rápido y discreto, para que mi patrón pueda hacer una oferta justa y nadie pierda el tiempo con cifras absurdas.

Jacinto rellenó su vaso y volvió a beber.

–Ahora entiendo tu generosidad a la hora de pagar…

–Reconozco que ese era mi objetivo en un principio. Pero en estos días he aprendido a disfrutar de tu conversación. Por eso quiero hacerte un regalo. Sin compromiso ninguno por tu parte, claro.

Jacinto alzó las manos.

–No sé si debería…

–Claro que deberías. Ya te digo que es sin compromiso ninguno. Que en algún momento decides que es seguro dejarme hacer una corta visita a la villa, me harás un hombre muy feliz. Que no, pues seguiremos bebiendo como amigos siempre que nos encontremos aquí. Mira, aquí tienes.– Marco metió la mano en la túnica y sacó de un bolsillo interior un pequeño brazalete dorado con una serie de inscripciones y marcas en su superficie–. No es de oro, claro. Pero es bonito, ¿no es verdad? Y te diré algo más. ¿Recuerdas aquel problema del que me hablaste la otra noche? Eso de que la *mentula* no se te…

Jacinto tapó la boca de Marco con la mano y miró a su alrededor para comprobar que nadie le había oído.

–Sabía que no debía haberte contado nada. Eso es una cosa privada. No quiero que nadie se entere.

–Por supuesto, lo entiendo. No hablemos de ello. Pero aun así he pensado en tu problema y este brazalete puede ser la solución. Verás, además de representar al hombre del que te he hablado soy también su médico personal. Y tengo cierta experiencia en esas dolencias que normalmente afectan a los más ancianos. El brazalete está hecho de un material especial que hace que la sangre fluya en mayor cantidad hacia… bien, tú sabes hacia dónde. Pruébalo la próxima vez que estés con una mujer. Es infalible.

Jacinto miró el brazalete con escepticismo. Había hablado a Marco de su problema con las erecciones varias noches atrás, estando bastante borracho y necesitado de compartir lo que se había convertido para él en un tormento.

–Vamos, acéptalo como símbolo de nuestra amistad. No me lo

desprecies, por Juno, me sentiría muy dolido… Soy especialista en el tema y te aseguro que no te arrepentirás.

Antes de que Jacinto pudiera protestar, Marco ya le había deslizado el brazalete por la mano de forma que este quedara colgando de su muñeca.

–¿Qué te parece? Bonito, ¿no? ¿Cuántos esclavos tienen una igual?

–Sí, bonito es, pero…

–Eh muchacha– dijo Marco llamando a una de las esclavas de la taberna–. Sí, tú, acércate. Dile a mi amigo qué te parece este brazalete. Le queda bien, ¿verdad?

La chica asintió, sin excesivo interés, y siguió con sus tareas.

–¿Lo ves? A las mujeres les encantan este tipo de detalles. Quédatelo, ya hablaremos más adelante de mi propuesta. Ahora tengo que marcharme. Volveremos a vernos por aquí. Estoy seguro de que estarás mucho más contento.

Marco no dejó que el muchacho respondiera. Palmeó con afecto la mano del brazo en la que le había colocado el brazalete y se levantó de la mesa.

–Gracias, supongo– dijo Jacinto.

Marco se alejó en dirección a la salida de la taberna. El objetivo de aquella mañana estaba cumplido. El brazalete, por supuesto, no era un objeto común, sino una de las muchas piezas mágicas que había heredado de su madre Neóbula. Y como le ocurría con casi todos aquellos objetos, Marco no estaba seguro de cómo funcionaba ni de los efectos exactos que podría tener. En el caso del brazalete, sin embargo, estaba bastante seguro de que era inofensivo para la salud del portador más allá de que realmente potenciaba la virilidad de aquel que lo usaba. Él mismo lo había empleado en alguna ocasión, con resultados satisfactorios. Fuera como fuera, solo tendría que esperar unos días para averiguar si en aquella ocasión el brazalete funcionaba del mismo modo y conseguía que aquel esclavo les estuviera profundamente agradecido.

Una vez en el exterior, Marco se disponía a echar a andar de regreso a su casa cuando una mujer le abordó colgándose de su túnica y cayendo de rodillas a sus pies.

–*Domine*, ayúdame, por favor. Escúchame al menos. Nadie quiere escucharme.

Marco la apartó con delicadeza, dispuesto a seguir su camino. Como todos los romanos, estaba acostumbrado a que los mendigos desesperados le abordaran para pedirle una limosna en forma de moneda de bronce o incluso de comida.

–No tengo nada para ti, lo siento.

–No es dinero lo que pido, *domine*. Solo quiero ayuda. Ayuda para encontrar a mi bebé. Pero nadie quiere escucharme…

Marco observó al rostro de la mujer y reconoció a la joven a la que habían echado de la taberna un rato antes. Aunque era muy joven, sus facciones denotaban un enorme cansancio y sus ojos un estado mental muy próximo a la locura. Tenía el cabello totalmente despeinado y el labio partido como producto de algún golpe reciente.

–No sé dónde está tu bebé, lo lamento– dijo Marco.

–Ellos se lo llevaron. Esa mujer que apareció en medio de la noche, que surgió de la niebla. Yo… yo le había dejado solo unos momentos en el suelo, para que se calmara. Estaba desesperada y ella se aprovechó de mi cansancio. Aulo no perdonará que haya perdido a nuestro hijo. Necesito encontrarlo, *domine*, ayúdame, por favor.

Marco acarició el rostro de la chica. Con más tiempo habría podido ayudarla a calmarse por medio de alguna infusión de hierbas de las que su madre le había enseñado a preparar. Sin embargo, estaba muy lejos de su casa, y aquellas hierbas no estaban entre las que había llevado a Pompeya en su equipaje.

–Lamento tu pérdida. No puedo ayudarte. Pero ojalá los dioses te permitan volver a ver a tu pequeño.

Marco sonrió con ternura a la muchacha, pero ella le apartó con un empellón. No era dulzura lo que buscaba, sino ayuda real. Al instante, se olvidó de Marco y abordó a una pareja de hombres que salían de la taberna para contarles la misma historia.

Marco la miró con compasión y se encogió de hombros. Una tragedia cotidiana más que los dioses se complacían en permitir que sufrieran los mortales. Echó a andar por las calles de Pompeya, bajo un cielo que había amanecido despejado pero que poco a poco volvía a cubrirse de nubes oscuras.

Cuando llegó la hora octava del día y Eumelo seguía sin aparecer, la inquietud de Petronio se convirtió en una furia abierta e incontrolable.

–¡No puedo creer que ninguno hayáis sido capaces de encontrar a ese niñato borracho!– gritó dando un golpe en la madera de su escritorio–. ¿Habéis buscado en todos los lupanares que os dije? ¿Habéis mirado en todas las habitaciones? ¿Qué hay de esa taberna nueva cerca del foro? Creo que le escuché hablar de su vino… ¿Habéis preguntado a su jodida familia? Si son ellos los que le han ocultado…

Los tres esclavos que había frente a él, con la cabeza gacha y el rostro muy serio, negaban y asentían con la cabeza dependiendo de las preguntas de su amo. Estaban aterrados. Los tres conocían los efectos de los estallidos de cólera de aquel hombre que podía ser tan amable y cuidadoso con sus gladiadores como cruel y despiadado con el resto de sus esclavos. Desde el alba de aquel día, tanto ellos tres como el resto de esclavos del *ludus* de Petronio se habían dedicado a recorrer incansables las calles de Pompeya en busca del gladiador perdido. Por

supuesto, habían cumplido las órdenes de su amo de forma escrupulosa. Habían preguntado en todos los prostíbulos y tabernas, llegando incluso a amenazar y sobornar a los propietarios y a algunas de las esclavas que trabajaban en ellos, sin resultado alguno. En la mayoría conocían bien a Eumelo, ya que además de ser un gladiador cuya fama empezaba a despuntar era un cliente habitual de aquellos establecimientos. Sin embargo, no le habían visto desde al menos hacía dos noches. También habían hecho una visita a la familia de Eumelo, con la que este apenas mantenía relación, y tampoco ellos sabían nada de él desde hacía mucho tiempo. Los esclavos habían ido al puerto, a las termas, a las tiendas del foro, a los termopolios… Algunos incluso habían recorrido las primeras millas de las carreteras que salían de la ciudad hacia los diferentes puntos cardinales, y los que ya habían regresado habían dado la misma noticia. No había rastro alguno de Eumelo en ningún sitio de Pompeya ni los alrededores.

Aunque no era la primera vez que uno de los gladiadores del *ludus* desaparecía durante todo un día, aquella situación era diferente. Que un gladiador desapareciera un día cualquiera porque se hubiera cogido una buena cogorza o porque hubiera perdido la noción del tiempo entre las piernas de una esclava o las nalgas de un jovencito podía perdonarse o castigarse con una sesión extra de entrenamiento. Sin embargo, para Petronio, la desaparición de Eumelo, su principal estrella, el hombre al que todos los pompeyanos querían ver luchando en la arena, a solo dos días de los grandes juegos en el anfiteatro, eso sí suponía un problema. Más que un problema, era un auténtico drama. Cuando los duunviros, los dos hombres que ejercían como editores de aquellos juegos y que sufragaban todos los gastos como parte de su campaña política para ser recordados como buenos magistrados, se enteraran de que Eumelo se había esfumado no tardarían en exigir explicaciones. Habían contratado a los gladiadores del *ludus* de Petronio como parte principal del espectáculo, y de todos sus hombres era sin duda Eumelo el que había convencido a los duunviros de elegirlos a ellos en lugar de a cualquier otra de las escuelas de gladiadores que había en Pompeya y sus alrededores. Con aquel negocio, Petronio se embolsaría una buena cantidad, de la que ya había cobrado una parte considerable en forma de anticipo. Pero sin Eumelo… todo el negocio podía irse al traste y Petronio perdería una auténtica fortuna.

—¡Decid algo, por Belona, o juro que haré que os arranquen la piel y os arrojen a una tina llena de sal para que os retorzáis durante días como arenques recién pescados!

En medio de las amenazas de Petronio, entró un cuarto esclavo corriendo a toda prisa y con la respiración agitada. Al descubrir a su

amo gritando se detuvo junto a sus compañeros y aguardó a que se le diera la palabra, aprovechando para recuperar el resuello. Tenía las manos detrás de la espalda, como si ocultara algo.

–¿Y tú qué? ¿Nada que decir? ¿Has encontrado algo?

–Sí, *domine*– respondió el recién llegado casi sin respiración. Era evidente que había corrido una gran distancia para llegar hasta el *ludus* y que no se había detenido hasta llegar al tablinum de Petronio.

–¡Pues habla ahora o te corto la lengua!– gritó el amo desesperado.

–El capataz me encargó que recorriera las primeras millas de la vía de Herculano. Parece ser que a Eumelo le gustaba emborracharse a solas en medio de las tumbas del camino y que en ocasiones pasaba la noche allí. Pregunté a algunos viajeros por si se habían cruzado con alguien que respondiera a la descripción de Eumelo, pero nadie lo había visto. Sin embargo, cuando me adentré entre las tumbas en busca de algún indicio…

–¿Qué? ¿Qué viste?– preguntó Petronio cada vez más excitado. El lanista se levantó de la silla y se puso frente a los cuatro esclavos.

El esclavo sacó lo que escondía tras la espalda y lo levantó para que su amo lo viera bien. Era una espada, o más bien lo que quedaba de ella: la hoja estaba partida en un punto muy cerca de la empuñadura, que tenía la forma de la garra de un león bañada con una capa dorada.

–¿Es la…?– comenzó a preguntar Petronio, sin atreverse a acabar la frase. El esclavo lo hizo por él.

–Es la espada de Eumelo. No pude encontrar el resto de la hoja.

Petronio cogió la empuñadura de la espada. Él mismo había encargado aquella arma hacía algo más de un año para el que se estaba convirtiendo en uno de sus mejores gladiadores. Era una espada que resultaba más vistosa que útil, ya que el hierro de su hoja no era de una calidad especialmente buena, pero a Eumelo le había encantado aquella empuñadura con la garra de un león. Era el arma perfecta para un gladiador, la espada que cualquier espectador de las gradas habría asociado con héroes como Aquiles o Héctor.

El lanista la alzó para observarla mejor. Lo que quedaba de la hoja estaba afilada, no tenía ninguna mella. Sin embargo, algo o alguien la había partido con limpieza, de un único golpe. Petronio torció el gesto. Sabía que Eumelo no se habría desprendido voluntariamente de aquella espada en ningún caso. Aunque se hubiera roto, sin duda se habría llevado la empuñadura para encargar que un herrero la reparara. Si el esclavo había encontrado aquella espada rota y arrojada a un lado del camino eso solo podía significar que alguien había derrotado a Eumelo, posiblemente acabando con su vida y llevándose el cuerpo para ocultarlo.

–Hay algo más, *domine*– dijo el esclavo.

Petronio alzó el rostro.

–Una de las lápidas junto a las que encontré la espada estaba manchada de sangre. Era reciente. También había un odre de vino, casi vacío. No puedo asegurar que sea de Eumelo, pero por lo que cuentan de su afición a emborracharse en aquel lugar es lo más probable.

Petronio respiró hondo y cerró los ojos. Tenía que tomar una decisión con rapidez. Todo apuntaba a que Eumelo había muerto. Más adelante habría tiempo de averiguar qué era lo que había ocurrido y quién estaba detrás de aquella muerte. El propio Petronio tenía alguna idea al respecto. Uno no llegaba a convertirse en el mejor lanista de Pompeya sin ganarse algunos enemigos dispuestos a todo para arruinarle. Pero en aquel momento tenía que tomar una decisión de cara a los juegos y adelantarse a las dudas que los duunviros sin duda le plantearían. Sin Eumelo, el contrato peligraba. Tenía que ofrecer algo a los editores que fuera al menos igual de interesante, si no más. Y Petronio sabía qué era lo que podía ofrecerles. Era una baza difícil de jugar, pero lo intentaría de cualquier modo.

–Tú– dijo señalando al esclavo que había encontrado la espada–, quiero que busques por toda la ciudad a un tal Marco Lemurio. No me importa lo que tengas que hacer, a quién tengas que sobornar o los métodos que tengas que utilizar. Pero quiero que des con él antes de esta noche.

–¿Y qué debo hacer cuando lo encuentre?–dijo el esclavo dudando.

El esclavo temía que su amo sospechara que ese Marco Lemurio fuera el responsable de la muerte de Eumelo y que pretendiera que él le castigara por ello. Si lo que quería era dar una paliza o matar a un hombre, Petronio tenía muchos esclavos más indicados que él mismo.

–Quiero que le invites a una cena en mi casa. Esta misma noche. Dile que no acepto un no por respuesta.

Céfiro esperaba encontrarse el teatro tan vacío como el día anterior para de este modo poder hablar con Sóstrato e informarle de que Marco le había dado permiso para ser su ayudante durante un tiempo. Sin embargo, cuando llegó al enorme edificio de piedra se encontró con que en todas sus puertas bullía una intensa actividad. Hombres y mujeres que entraban y salían, cargando todo tipo de fardos para llevarlos al teatro más pequeño que había junto al grande. En medio de aquel bullicio, Céfiro tardó en encontrar a Sóstrato, y cuando finalmente lo logró vio que el anciano estaba dando instrucciones a un grupo de personas para que movieran unos cajones de madera llenos de lo que parecían ser enormes telas.

–Dejadlo todo junto al escenario. Esta tarde pensaremos en cómo colocarlo todo allí. Esto es una locura, por los dioses que lo es. Y tú, ¿quién eres y qué quieres?– preguntó cuando Céfiro tiró de su manga.

–Estuvimos hablando ayer. ¿No me recuerdas? Soy el que te ayudó a mover aquella cesta tan grande.

El anciano clavó su único ojo útil en el rostro de Céfiro y solo entonces pareció reconocerlo.

–Claro, claro. El niño con nombre de viento. ¿Euro?

–Céfiro– corrigió.

–Eso es, Céfiro. ¿Y bien? ¿Te han dado permiso para entrar en esta familia de locos que es el mundo del teatro?

–Mi amo dice que puedo ayudarte sin problema– respondió el niño, omitiendo la parte de las condiciones que Marco le había puesto. Ya habría tiempo para hablar de aquello más adelante.

–Lo celebro. No podrías llegar en mejor momento. Los duunviros han decidido que para evitar el riesgo de lluvias las representaciones se harán solo en el teatro pequeño. La cantidad de público será menor, pero al menos se aseguran de que las obras se representarán. Justo cuando dieron la orden dejó de llover… Cosas de los dioses, que se ríen de nosotros. Muy bien, tu primera tarea será…

–¡Sóstrato!–gritó una voz desde el fondo del pasillo.

El anciano y Céfiro se dieron la vuelta y se encontraron con una mujer madura que se acercaba a ellos a grandes y solemnes zancadas. Iba muy maquillada y con el pelo de un color rojo tan brillante que solo podía ser artificial. Céfiro estuvo seguro desde el primer momento de que aquella mujer era una actriz.

–¿Ha llegado ya nuestro esclavo Frixo? No sabemos nada de él desde anoche y le necesito con mucha urgencia.

–No sé nada de tu esclavo, Lais, querida. Y no es el primero que no se presenta hoy a trabajar. Nos han faltado varios mozos de los que los duunviros contrataron para acondicionar el teatro pequeño. Estamos todos saturados de trabajo.

–Pues este parece que no tiene nada que hacer– dijo ella señalando a Céfiro.

El anciano miró a Céfiro con su único ojo y asintió.

–Ya tienes tarea, muchacho. Ve con Lais y ayúdala en todo lo que te pida. Pero ten cuidado con ella. He conocido gorgonas más agradables.

–Ve por ahí a que te salten el otro ojo que te queda, viejo insolente.

La mujer cogió a Céfiro por los hombros e hizo que la acompañara por el pasillo. El niño, que no había tenido tiempo ni de replicar, se dejó hacer.

–¿Sabes peinar a una mujer?– preguntó ella.

–No– respondió el niño.

–¿Maquillar? ¿Ajustar un himatión?

Céfiro respondió negando con la cabeza a esas dos preguntas y a todas las que Lais le hizo antes de llegar a la sala a la que le conducía.

–Por los dioses, ¿y qué es lo que sabes hacer?

Céfiro no supo responder. Hasta aquel momento no se había parado a pensar en su falta de conocimientos y habilidades útiles para el mundo del teatro. Había supuesto que le encargarían cosas sencillas que cualquiera sabría hacer, pero desde luego nunca había sospechado que se le exigiría saber cardar una peluca o preparar un brebaje con yemas de huevo y vino para aclarar las gargantas de los actores. Aquellas tareas iban mucho más allá de lo que había tenido que hacer para Marco.

–¿Barrer?– dijo Céfiro encogiéndose de hombros. La actriz resopló y continuó caminando por el pasillo.

Lais condujo a Céfiro hasta un cuarto situado muy cerca de la entrada trasera del escenario que Sóstrato le había enseñado el día anterior. En él había un grupo de hombres y mujeres que, asistidos por todo tipo de ayudantes, se probaban trajes, vestidos, máscaras y pelucas. Céfiro comprendió de inmediato que estaba ante el cuerpo principal de actores que interpretarían las diferentes obras que se estrenarían en dos días dentro del programa de espectáculos programados por los duunviros. El niño nunca antes había presenciado una escena como aquella. Su relación con el teatro hasta el momento se había limitado a asistir como público para aplaudir a rabiar o abuchear con toda la fuerza de sus pulmones después de la obra, pero jamás había tenido la oportunidad de asistir a todos los preparativos que había detrás. Un chico muy joven, cubierto por una peluca rizada de color oscuro, se miraba la piel del rostro en el espejo y se lamentaba por cada uno de los pequeños granitos que iba encontrando. Una mujer muy delgada y con la piel extraordinariamente pálida repetía una y otra vez la misma frase, cantándola en diferentes tonos, mientras dos esclavas se afanaban en tomar medidas de su cuerpo con unas telas con las que, supuso Céfiro, después tendrían que coserle un vestido. Un hombre maduro, con las sienes cubiertas de canas, paseaba de un lado a otro murmurando un texto y poniendo cara solemne en cada pausa que hacía.

–¡Escuchadme todos un momento!– dijo Lais tras dar dos palmadas. Al comprobar que absolutamente nadie le hacía caso, respiró profundo y comenzó a cantar una nota aguda con toda la fuerza de sus pulmones, haciendo que Céfiro tuviera que tapare los oídos con las manos.

–Jodida loca, ¿qué es lo que pretendes? ¿Dejarnos sordos?– preguntó el joven de la peluca morena, sin dejar de mirarse al espejo.

Lais hizo caso omiso de sus palabras.

–Frixo no ha venido. Nadie sabe nada de él.

La noticia hizo que cundiera el pánico entre los presentes. Todos comenzaron a hablar al mismo tiempo y a hacer preguntas a Lais,

preguntas que ella no pudo responder.

–Como os he dicho, nadie sabe nada de él. ¡Y estrenamos en dos días! Así que más nos vale que nos apañemos con lo que tenemos. Sóstrato me ha prestado a este muchacho que se llama Noto…

–Céfiro– corrigió el niño, molesto.

–Que se llama Céfiro y que por lo que he podido comprobar no sabe hacer absolutamente nada útil. Pero es lo que tenemos, así que todo el mundo a trabajar. En cuanto nos avisen de que está todo listo en el teatro pequeño, haremos nuestro primer ensayo general. ¡Y por Baco más nos vale que salga bien!

Una vez más, todos comenzaron a protestar, cada uno señalando sus propios problemas y necesidades, hasta que Lais, que parecía ser la persona con más autoridad en aquel grupo, frunció el ceño y se cruzó de brazos. Aquella señal bastó para que el resto, aunque siguieron protestando, regresaran a sus tareas.

–Tú ven conmigo– dijo la actriz a Céfiro–. Te encontraré algo que puedas hacer.

Desde ese momento, Céfiro perdió por completo la noción del tiempo. Entre Lais y el resto de actores le arrastraron a una espiral creciente de actividad que incluyó desde doblar ropa hasta cepillar una larga peluca y sacar brillo a unos zapatos de enormes plataformas. Los actores actuaban como si el niño no existiera, y solo se dirigían a él para darle alguna orden o recriminarle que estuviera en medio, estorbando. Céfiro tuvo que contener su lengua, por lo general ingobernable, para no responder con mordacidad a alguno de aquellos comentarios. A pesar de que Lais se había mostrado altiva y distante en un principio, acabó por mostrarse como la más comprensiva y paciente con los errores del esclavo. El resto, sin embargo, se comportaban como si fueran senadores con tres consulados y dos triunfos a sus espaldas. El niño se animó pensando en que si hacía bien aquella parte del trabajo le dejarían ver los ensayos sobre el escenario e incluso podría asistir al estreno de las obras, algo que estaba vedado para los esclavos que no fueran acompañados de sus amos.

Céfiro no vio a Sóstrato en toda aquella mañana. Supuso que el anciano estaría en el teatro pequeño, supervisando el traslado de todos los enseres hasta allí. Céfiro confiaba en ver al anciano al menos en una ocasión antes de marcharse a casa al atardecer, ya que quería asegurarse de que este viera que había aguantado todo el día haciendo las tareas que se le habían encomendado.

El niño estaba sosteniendo una tela para que una de las responsables de sastrería tomara medidas cuando se desató una tragedia en el mundo real. Uno de los actores, el joven que antes llevaba la peluca rizada y morena y al que Céfiro había escuchado que todo el mundo

llamaba Paris, comenzó a dar alaridos a todo el mundo porque no podía encontrar una peluca rubia.

–¡Por todos los dioses, cómo es posible que en esta compañía seamos todos tan inútiles! ¿Nadie ha visto mi peluca rubia de Menelao? Sin ella no puedo ensayar, no consigo meterme en el personaje. ¡Que alguien me ayude a buscarla!

El actor parecía a punto de perder los nervios en cualquier momento. Miraba al techo, cerraba los ojos y maldecía su mala Fortuna, como si la pérdida de aquella peluca fuera comparable a la caída y destrucción de la propia Troya. El resto de actores y ayudantes, posiblemente acostumbrados a sus arrebatos dramáticos, apenas le prestaban atención.

–¿Por qué no usas esta peluca rubia rizada y corta?– sugirió Lais.

El joven actor reaccionó como si un carretero borracho hubiera mencionado a su madre.

–¿Que por qué no uso esa peluca? ¿Que por qué no uso esa peluca? ¿Es que no entiendes nada de este oficio? Esa es la peluca con la que represento al dios Mercurio. La peluca de Menelao es rubia y larga. ¡Si salgo con la corta el público se confundirá! ¿Cómo van a saber quién es Menelao si los dos personajes llevan el mismo peinado?

–Querido, creo que los versos de Accio son bastante claros y los espectadores no son tan estúpidos como tú imaginas… Además, el dios Mercurio no aparece en esta obra– dijo Lais.

Paris siguió maldiciendo y pidiendo una solución a todos sus compañeros, que se limitaron a ignorarle. Finalmente, cansada de escuchar sus quejas, Lais se compadeció de él.

–¿Y si teñimos de rubio esta peluca? ¿Serías capaz de meterte en el personaje así?– dijo con un tono cargado de sorna.

Paris estaba a punto de protestar, pero al ver en el rostro de Lais que no le tolerarían más estupideces se encogió de hombros y cedió.

–Supongo que podría hacerlo así…

–El tinte rubio se acabó hace cuatro días– dijo una de las jóvenes que estaban cosiendo los trajes.

Paris comenzó a maldecir su suerte de nuevo en voz baja, consiguiendo que Lais resoplara, harta de él y de la actitud pasiva del resto.

–Enviaremos al niño a comprar más. Muchacho, ven aquí.

Céfiro, que había presenciado la escena sin intervenir y aguantándose las ganas de echarse a reír ante el afectado sufrimiento del actor, dejó lo que tenía entre manos y se acercó a Lais.

–¿Conoces una tienda que abrieron hace unos días cerca del templo de Isis? Una que vende objetos extraños, especias, tintes, ese tipo de cosas…

Céfiro negó con la cabeza.

–No te preocupes. La encontrarás. Ve al templo de Isis y pregunta por la tienda nueva. La de la mujer de piel oscura. Te indicarán dónde está.

Lais le dio a Céfiro instrucciones acerca de qué debía comprar y le entregó el dinero para pagarlo.

–No te quedes con el cambio, eh ratero– dijo ella en tono amenazante.

Céfiro bufó como protesta. Una vez más su fama de ladrón le precedía.

Tras su visita a la taberna de Caribdis, Marco no regresó directamente a su casa. Por el camino descubrió un establecimiento con una fachada que le llamó la atención, ya que estaba adornada con lo que parecían las cabezas de varios leones sobre las dos puertas de entrada. Hay peores excusas para elegir una taberna, pensó, y entró a probar el vino que servían en ella. Una vez dentro descubrió que el tabernero debía de haberse gastado todo el presupuesto en decorar la fachada, porque el vino desde luego era de una calidad infame. Por enésima vez desde que había llegado a Pompeya suspiró, se dijo cuánto echaba de menos la taberna de Quelidón, dedicó unos pensamientos al recuerdo de Alda y pidió otro vaso de vino para comprobar si realmente era tan malo o había sido solo la primera impresión.

No, no había sido una impresión. El vino era realmente malo. Aun así, Marco pidió un tercer vaso y pasó un buen rato haciendo de espectador en una apasionante partida de dados que se desarrollaba en la mesa contigua a la suya. Cuando los jugadores estaban ya bastante bebidos y a punto de enzarzarse en una pelea por la sospechosa suerte de uno de ellos, Marco decidió que había llegado el momento de marcharse.

Cuando salió, el cielo estaba completamente encapotado y amenazaba con romper a llover en cualquier momento. Marco pensó que tendría que hacer algo con su tiempo mientras el maldito Crisógono se dignaba a regresar a Pompeya. La idea del brazalete había sido parte de un plan más amplio, pero hasta que la magia de la pieza hiciera su efecto era poco lo que podía él hacer al respecto. Por otro lado, estaba el asunto de la investigación acerca de las estriges, que se encontraba en punto muerto tras haber constatado que todas las pistas eran falsas. Tal vez podía investigar el asunto de la población desaparecida del que le había hablado aquella muchacha el día anterior y al que no había prestado atención en su momento…

Marco caminó por las calles de Pompeya, deteniéndose de cuando en cuando a leer algunas de las muchas pintadas e inscripciones que llenaban las paredes de las *insulae* y las casas. En Roma era habitual

encontrar también todo tipo de mensajes escritos en las paredes, desde propaganda electoral a anuncios de compras y ventas de todo tipo, pero parecía que en Pompeya esas inscripciones eran incluso más abundantes. No había día en que durante sus paseos Marco no se encontrara con un par de profesionales de la elaboración de estos rótulos haciendo su trabajo, ya fuera borrando uno anterior o haciendo uno nuevo. Aquel día se topó con que la pareja de operarios acababa de hacer su trabajo en una calle ancha que desembocaba en el foro de la ciudad, y, con la escalera y los botes de pintura junto a ellos, contemplaban su obra y comentaban los resultados. Marco se situó junto a ellos y leyó la inscripción.

Los duunviros Marco Porcio y Cayo Quincio Valgo ofrecerán juegos de gladiadores en las *idus* de octubre. Lucharán cincuenta parejas de gladiadores del *ludus* de Tito Petronio. Habrá cacerías de animales y toldos.

Marco pudo escuchar a uno de los rotulistas reprochar al más joven, que parecía ser su aprendiz, haber hecho el trazado de algunas letras rematado por una pequeña floritura en lugar de con el estilo sobrio y elegante que él solía emplear. El aprendiz respondió con descaro que a la gente le gustaba más aquel estilo moderno.

–Además– dijo el más joven–, es probable que tengamos que rehacerlo mañana mismo. Dicen que Eumelo ha desaparecido. Y sin Eumelo seguramente los duunviros rompan su acuerdo con Petronio y busquen a otro lanista. Tendremos que cambiar al menos su nombre.

–Con tal de que no llueva ese día, por mí como si sacan a luchar a mi suegra– dijo el otro–. Recojamos todo esto y vamos a tomar un trago. Por hoy hemos terminado.

Junto a los rotulistas, frente al letrero, se había congregado un pequeño grupo de hombres y mujeres que comentaban con entusiasmo el anuncio de los juegos. El mal tiempo y las lluvias constantes habían hecho que se pusiera en riesgo su celebración, ya que los duunviros no querían arriesgarse a hacer el fuerte desembolso que les costaría la organización de aquel evento, todo salido de sus bolsillos privados, para que llegado el día la gente prefiriera quedarse en casa por culpa de una tormenta. Finalmente, y para alegría de la población de Pompeya, se habían arriesgado al ver que los días comenzaban a ser más despejados.

El grupo reunido frente al cartel comentaba que aquellos juegos serían un magnífico colofón para el año de gobierno de aquellos dos duunviros, Marco Porcio y Cayo Quincio, que además de ofrecer varios espectáculos de gladiadores también habían construido un nuevo y flamante anfiteatro y un teatro cubierto más pequeño junto al grande. Las obras habían empezado varios años antes, en la primera ocasión que aquella pareja de políticos había accedido a la

magistratura suprema de Pompeya, y había supuesto el desembolso de una considerable fortuna. Aquellos desembolsos habían hecho muy populares a aquellos dos aristócratas locales, cuyas familias no procedían de Pompeya, pero a las que los propios pompeyanos comenzaban a ver con buenos ojos.

–Si todos los romanos que vinieron con Sila fueran como estos dos sería todo muy diferente– comentó un hombre con los brazos apoyados en las caderas mientras miraba la inscripción–. En el momento en que vuelvan a presentarse, tienen mi voto asegurado.

Una mujer anciana que iba cargada con una enorme cesta llena de verduras le miró con desagrado y respondió.

–Sí que te vendes barato. Pronto olvidamos todo lo que nos hicieron después de la guerra.

El hombre negó con la cabeza y desdeñó sus palabras con un gesto.

–Esas cosas ocurrieron hace mucho, abuela. Ahora todos somos ciudadanos romanos. ¿Para qué seguir dando vueltas a esos viejos enfrentamientos? Como dice ese filósofo estoico, hay que vivir en el presente.

–Ese estoico o como se llame puede meterse tal opinión en su culo griego. ¡Y tú la tuya, vendido!

La mujer levantó la cesta y se fue calle abajo echando pestes contra los romanos. El hombre se encogió de hombros y siguió comentando con el resto del grupo los rumores que había escuchado acerca de aquellos juegos de gladiadores.

Tras escuchar aquella discusión con interés, Marco continuó su camino, tratando de recordar si ese Petronio que citaba el cartel era el mismo del que Quinto le había hablado la noche anterior. Era muy probable que los juegos en los que el esclavo quisiera participar fueran precisamente aquellos mismos que se anunciaban en el cartel recién pintado. Marco no sabía mucho de los *munera gladiatoria*, un espectáculo que, al igual que le ocurría con el teatro, nunca le había interesado demasiado. En Roma, además, no existía un anfiteatro de piedra como el de Pompeya, por lo que las celebraciones de los juegos o bien se hacían en el Circo Máximo, cuyas instalaciones estaban más pensadas para las carreras de carros que para los combates, o en estructuras provisionales de madera que se instalaban en el Foro o en cualquier otro lugar lo bastante amplio. A Marco no le gustaban las aglomeraciones de gente, y por ese motivo evitaba aquel tipo de espectáculos y no entendía ni la pasión que despertaba entre el público ni la devoción que algunos gladiadores sentían por su oficio. Pensó que de haber sido Quinto un esclavo de su propiedad, y siempre que se le asegurara que no había posibilidad alguna de que sufriera daños graves en el transcurso del combate, habría dado su consentimiento al gladiador para que participara en los juegos. Pero

siendo Quinto propiedad de Varrón, la cosa cambiaba.

Cuando llegó a la *domus* sobre la que se encontraba su pequeño apartamento, descubrió que alguien le estaba esperando al pie de la escalera que permitía el acceso desde la calle al piso superior. Un hombre charlaba con Calírroe, la anciana propietaria de la casa, y esta, al ver a Marco acercarse le señaló con el dedo y se metió dentro de la *domus,* cerrando la puerta tras ella. Lemurio suspiró, resignado. Sin duda se trataba de algún pompeyano con intención de contratarle para que diera caza a una estrige que al final no resultaría ser más que una lechuza que había anidado en un tejado o una grieta por la que se filtraba el aire durante la noche.

El hombre esperó a que Marco llegara al pie de la escalera, y una vez allí le abordó directamente.

–¿Eres Marco Lemurio?– preguntó.

–Depende de quien pregunte.

–Mi amo, Lucio Petronio, quiere invitarte a una cena en su casa esta noche. A ti y a tu esclavo Quinto. Y a tu esposa, si es que la tienes.

Marco enarcó las cejas sorprendido. Una invitación a cenar era lo último que se esperaba aquella noche.

–La verdad es que no tengo esposa– respondió–. Y tampoco tengo ganas de cenar fuera de casa hoy. Da las gracias a tu amo.

–Lucio Petronio ha insistido en que no regrese con una negativa. Necesita verte esta noche, con urgencia. Mi amo es un hombre generoso, y sabrá corresponder tu visita.

–Como te he dicho, no tengo interés en cenar en casa de nadie.

En ese momento se abrió la puerta de la *domus* de Calírroe y la anciana, que había estado escuchando al otro lado, salió para entrometerse en la conversación.

–Romano tonto, ¿sabes acaso quién es Lucio Petronio? Es el mejor lanista de toda Pompeya y sus banquetes son famosos en toda la Campania. Hay que ser muy estúpido para negarse a una invitación así…

Marco se volvió de nuevo hacia el esclavo y señaló a la mujer.

–¿Qué te parece si la llevas a ella a cenar con tu amo?– preguntó con sorna.

–Por supuesto, podéis traerla a la cena si así lo deseáis– respondió el esclavo sin captar la ironía.

Calírroe tampoco pareció entender que el comentario de Marco había sido sarcástico.

–¡Por los dioses que sí! Iré a avisar a mi peluquero–dijo ella.

Lemurio levantó las manos y se apresuró a frustrar las esperanzas de los dos.

–No voy a cenar en casa de tu amo. Ni solo, ni acompañado.

Tanto la mujer como el esclavo comenzaron a hablar al mismo

tiempo, tratando de convencer a Marco, el uno de que aceptara la invitación, la otra de que la llevara con él. Ambos hicieron propuestas y promesas, y Marco se vio acorralado contra el muro de la casa, esbozando excusas cada vez más torpes e improvisadas a medida que iba perdiendo los nervios. Hasta la lágrima de Perséfone en su pecho comenzó a calentarse. Estaba a punto de comenzar a gritar y a acordarse de todos los ancestros del esclavo y la mujer, cuando Quinto bajó por las escaleras e intervino en la conversación.

–Marco, ¿puedo hablar contigo un momento?–preguntó. Sin esperar respuesta, y haciendo uso de su gran fuerza física, agarró a Marco por los hombros y lo levantó para sacarlo del encierro al que le habían sometido la casera y el esclavo.

El aludido, feliz de poder librarse de sus acosadores, se dejó llevar por Quinto y ambos se retiraron a una distancia prudente de los otros dos.

–Gracias por rescatarme de esos dos. Hay gente que no entiende un no por respuesta.

–De eso precisamente quiero hablarte. De esa invitación a cenar en casa de Petronio.

–Oh, por los dioses… ¿Tú también? Sabes que odio hacer vida social con ese tipo de gente. Me da igual que sean de Roma o de Pompeya. No me siento cómodo en esos banquetes.

–Lo sé. A mí tampoco me gusta eso de cenar tumbado y no poder tirarte un pedo cuando te dé la gana por si alguna señora estirada se molesta… Pero esto es diferente.

Marco se encogió de hombros.

–¿En qué sentido es diferente? ¿En esta cena sí podré tirarme pedos?

Quinto, que en otras circunstancias no habría desaprovechado la ocasión de enzarzarse en una buena discusión acerca de los pedos y su conveniencia en cada tipo de ocasión, ignoró la referencia.

–Marco, te dije que no combatiría si tú no me dabas tu consentimiento. Pero me gustaría pedirte que al menos asistas a esa cena y escuches lo que Petronio tenga que ofrecernos. Solo eso. Una cena. Si después sigues considerando que no es oportuno que participe en los juegos, no te molestaré más con el tema. Lo juro por todos los dioses.

Marco suspiró y se llevó la mano al mentón. Hasta la noche anterior, Quinto nunca le había pedido nada. El enorme esclavo le había salvado la vida en más de una ocasión, y con excepción de alguna invitación a beber, Marco jamás había correspondido sus oportunas intervenciones con favor ninguno. Tal vez, había llegado el momento de ceder.

–¿Solo una cena?–preguntó.

–Solo una cena. Y no volverás a oír hablar del tema.

Lemurio miró a los ojos de Quinto.

–Más vale que ese Petronio sirva un vino que merezca la pena.

El esclavo sonrió con inocencia y echó a correr hacía el hombre de Petronio, que charlaba con Calírroe.

–Dile a tu amo que Marco Lemurio cenará con él esta noche.

El siervo de Petronio asintió complacido y, tras dar a Quinto instrucciones de a qué hora debían presentarse en casa de su amo, se marchó calle abajo. Calírroe miró a Quinto y asintió.

–Veo que tú tienes más sesos que ese Lemurio. Aunque supongo que no me vais a llevar a esa cena después de todo– dijo, y se metió de nuevo en su *domus*.

# CAPÍTULO 9
## KUNTÍ

Céfiro encontró el templo de Isis sin problemas, ya que se encontraba muy cerca del edificio del teatro. El culto a la diosa Isis se había introducido en Pompeya solo unas décadas antes como fruto de los contactos de los comerciantes campanos con el Egipto de los Ptolomeos, pero a pesar de ser una religión muy joven en las tierras del Vesubio había arraigado con fuerza y cada vez contaba con más adeptos que se interesaban por sus misterios. En consecuencia, lo que había comenzado siendo una estructura modesta sufragada por un grupo de fieles y una pareja de sacerdotes llegados de las tierras del Nilo, se había convirtiendo en un templo más rico y estable, reformado en parte con materiales nobles, hasta el punto de convertirse en una referencia constante para los habitantes de Pompeya.  Todo ello a pesar de que, tal y como marcaban los cánones de aquel culto, solo los fieles a Isis que habían sido iniciados en sus misterios podían asistir a la totalidad de las ceremonias, que permanecían ocultas al resto de los mortales hasta que daban el paso de comprometerse con aquella religión milenaria.

Céfiro, poco o nada interesado en los temas religiosos, miró con curiosidad el templo y la extravagante apariencia de uno de los sacerdotes que en aquel momento salía por la puerta principal. Iba con la cabeza completamente afeitada, y vestido con una túnica de lino blanca e impoluta. Céfiro ya había visto sacerdotes de aspecto semejante en Roma, tanto egipcios como consagrados al culto de divinidades llegadas de otras regiones, así que no le sorprendió mucho. Su interés, además, no estaba puesto en el templo, sino en la tienda que debía encontrar en los alrededores para cumplir el encargo que le había hecho Lais. Por fortuna para él, el comercio que buscaba era incluso más extraño para los pompeyanos que cualquier culto oriental, por lo que le bastó con preguntar a una mujer que pasaba por allí y repetir las indicaciones que Lais le había dado para que le dijeran dónde estaba.

Céfiro llegó hasta una pequeña tienda ubicada entre la entrada de unas casa con aspecto de estar abandonada y una *domus* de dos plantas. En el estrecho espacio de la fachada había dibujada de forma tosca una figura femenina que llamó la atención de Céfiro. La mujer dibujada en la pared tenía la piel oscura y sacaba la lengua, larga y de color rojo sangre, hasta más abajo de la barbilla. Tenía una pierna levantada, con la rodilla doblada en un gesto forzado. La figura

femenina tenía seis brazos, y en dos de ellos sostenía una espada de hoja curva. En otra mano, sujetaba la cabeza de un hombre agarrando su mata de pelo. El pie en el que se apoyaba la figura estaba sobre lo que parecía ser el cuerpo de un hombre, con toda probabilidad el mismo al que acababa de decapitar. Sin embargo, de todas las características de la pintura lo que más llamó la atención del niño fue el collar hecho de cabezas humanas cortadas que colgaba del cuello de la mujer. Céfiro no pudo evitar un escalofrío. Aquella mujer resultaba aterradora. El esclavo nunca había visto nada semejante a pesar de haber curioseado a menudo entre los papiros de Marco, en los que había dibujos con escenas terribles, pero siempre mucho más esquemáticos y sin color.

Del interior del local salía un aroma penetrante que a Céfiro le recordó a los puestos de especias de algunos ricos comerciantes del Foro Boario. Convencido de que el lugar que buscaba era aquel, entró al local y se encontró con un espacio repleto de estanterías y muebles con sacos llenos de polvos, hojas secas, virutas de maderas diferentes, sales, semillas de colores y tamaños muy variados. El olor era incluso más intenso en el interior, y Céfiro no pudo evitar arrugar la nariz, que inmediatamente le empezó a picar. La única iluminación procedía de la puerta de entrada y de dos lucernas con llamas largas y oscilantes que hacían que todos los objetos arrojaran sombras en constante movimiento.

Entre los saquitos en los que se almacenaba y se exhibían los productos, el esclavo vio varias estatuillas de metal y de piedra que mostraban figuras muy semejantes a la que había pintada en la fachada, además de otras con la forma de hombres con cabeza de elefante o con extrañas máscaras que cubrían sus rostros. Céfiro se quedó mirando una pequeña escultura de la mujer con seis brazos y pensó que si en algún momento se cruzaba con un ser semejante echaría a correr hasta la Galia sin pararse a mirar atrás.

Al escuchar que alguien había entrado, una mujer joven muy delgada y con el pelo largo y negro salió de una habitación trasera. Lucía un vestido largo hasta los tobillos, formado por varias capas de tela de colores vivos y llamativos, ceñidos en su delgada cintura. Sus rasgos eran afilados y hermosos, y su piel de color oscuro. Miró a Céfiro, sonrió y caminó hacia él.

–Veo que la diosa Kali ha llamado tu atención– dijo en griego con un fuerte acento.

Céfiro, que sabía solo un poco de griego por sus clases con Periandro, no entendió lo que la mujer le dijo, pero se quedó prendado de la belleza exótica de su rostro y de sus ojos negros como la noche más oscura. Ella comprendió que el niño no entendía aquella lengua y repitió la frase en un latín muy rudimentario y cargado de

helenismos y errores.

–¿La diosa Kali?– preguntó Céfiro sin estar seguro de haber comprendido bien el nombre.

–La diosa Kali– dijo ella de nuevo, sonriendo y acariciando el pedestal de la estatuilla con respeto–. Muy diferente de vuestros dioses, ¿verdad?

–Nunca había visto nada parecido…

–Es una diosa que puede parecer terrible. Es la destructora, la energía de la muerte. Pero sin destrucción y muerte no hay cambio, y sin cambio no hay vida. Es difícil explicarlo en tu lengua, pequeño…

–Me quedo con Venus y Apolo– dijo él mirando de reojo la estatuilla–. Al menos esos no parecen que te van a arrancar la cabeza de un mordisco.

La mujer sonrió de forma seductora y Céfiro sintió que se le aceleraba el corazón.

–¿Has entrado aquí solo atraído por la mirada terrible de mi diosa?– preguntó ella–. ¿O buscas algo más?

Céfiro se quedó mirando embobado a los ojos de la mujer, y solo tras unos instantes respondió.

–No… Digo sí. Me han encargado comprar algo.

El niño repitió a la mujer las indicaciones que Lais le había dado, y tras unos momentos de duda debido a las dificultades con el idioma, ella asintió, le indicó que aguardara unos instantes y desapareció por la misma puerta por la que había entrado. La cortina que separaba ambos espacios se quedó moviéndose ligeramente hasta que se detuvo por completo.

Céfiro se quedó de nuevo solo en la estancia, rodeado de aquellas extrañas figuras y respirando el embriagador aroma de los productos que había en los saquillos. El niño paseó por la pequeña estancia, luchando contra la tentación de tocar todo lo que veía e incluso de llevarse algo a los bolsillos de su propia túnica. Algo pequeño y sin valor por supuesto, él no era ningún ladrón… Se disponía a acariciar el lomo de una estatuilla verde tallada con la forma de un elefante cuando escuchó un ruido a su espalda y se giró hacia el lugar del que procedía. Oculto bajo la manga de la túnica llevaba el pequeño estilete con el que desde años atrás había aprendido a defenderse en las calles de Roma. Al ver que el ruido no lo había causado la mujer de piel oscura, sino alguna otra cosa que se ocultaba a su vista, se llevó la mano al cuchillo para comprobar que estaba en su lugar. Céfiro giró sobre sí mismo, buscando qué o quién podía haber causado aquel ruido. Sin embargo, no vio nada moverse entre las sombras proyectadas por la luz de las pequeñas lucernas. Pese a todo, sentía como si alguien le estuviera observando. Como si alguien tuviera sus ojos clavados en él de alguna manera. Un sentimiento extraño y

absurdo, ya que era evidente que no había nadie en aquel lugar tan pequeño en el que no había recovecos ni espacios en los que esconderse.

Céfiro escuchó un leve siseo y se volvió hacia la puerta por la que la mujer se había marchado. La fina cortina que colgaba del marco de la puerta volvía a moverse, como si una suave brisa la estuviera agitando… o como si alguien o algo acabara de deslizarse por aquella puerta tratando de pasar desapercibido.

El niño se mordió el labio inferior. El sentido común le decía que lo más sensato era permanecer en aquel lugar, esperando a que la mujer regresara con los productos que él había pedido, que no tenía sentido alguno meter la nariz donde no le llamaban. Sin embargo, Céfiro, de naturaleza curiosa y poco dado a escuchar la voz de la razón en su cabeza, acabó rindiéndose a la necesidad de saber qué había al otro lado de la puerta y por qué trataba de ocultarse de él. Respiró hondo y decidió que no era necesario sacar el estilete de su escondite. Lo más probable era que aquel ruido lo hubiera causado una rata que se escabullía entre las sombras, y llevar el estilete en la mano podía acabar con alguien herido y él metido en problemas.

Tratando de que sus pisadas no hicieran ruido, Céfiro echó a andar hacia la cortina, no sin antes echar un último vistazo a una de las esculturas de la diosa que la mujer había definido como Kali.

Si lo que me espera al otro lado de la cortina es una criatura como esta Marco tendrá que comprarme una túnica nueva, pensó, porque voy a cagarme encima. Sin embargo, no se detuvo.

Cuando llegó ante la cortina trató de escuchar si había algo al otro lado, pero lo único que llegó hasta sus oídos fue el leve susurró de alguna corriente de aire lejana. Apartó la ligera tela con cuidado y miró al otro lado, descubriendo ante él unos peldaños que descendían hacia la más absoluta oscuridad.

–He estado en sitios peores– murmuró para infundirse ánimos. El niño cogió una de las pequeñas lucernas que había cerca de él y comenzó a bajar los escalones. La misma brisa que había movido la cortina le acariciaba suavemente el rostro y hacía que la llama de la lucerna oscilara frente a él. Era un aire fresco y cargado de olor a humedad que a Céfiro le recordó a algún lugar que no fue capaz de determinar.

Sin embargo, cuando llegó al pie de la escalera, entendió a qué le recordaba aquel aire húmedo. Era el olor inconfundible de las termas de la Subura en los meses más lluviosos del año, cuando la ropa mojada se negaba a secarse y todo parecía estar cubierto por una pátina de moho y hongos.

Céfiro alzó la lucerna y comprobó que se encontraba en unas termas abandonadas. Unas termas que, por la decoración que el niño pudo

ver en las paredes, habían debido de ser de un cierto lujo mientras habían estado operativas. Los techos abovedados estaban decorados con pinturas, muchas de ellas desconchadas y deslucidas, que mostraban escenas mitológicas relacionadas con el mar y las divinidades y animales que en él habitaban. Delfines, pulpos, estrellas de mar y todo tipo de peces de colores y tamaños diversos nadaban sobre un fondo de tonalidades azules en medio de figuras femeninas casi desnudas que Céfiro identificó como nereidas. La sala tenía en medio una piscina de tamaño mediano y aspecto profundo aún medio llena de agua de color verdoso que impedía ver el fondo. Céfiro caminó hasta el borde de la piscina y se asomó a su interior con precaución de no resbalar y caerse. Las paredes de la piscina que no qiedaban tapadas por el agua estaban cubiertas de verdín y tenían un aspecto resbaladizo. El niño pensó que si alguien se cayera en aquella pileta lo tendría muy difícil para salir. Intentó alumbrar con la lucerna el extremo contrario de la piscina, pero la luz de la llama no era lo bastante potente. Desde donde se encontraba, era imposible saber lo larga que era. Céfiro se puso en pie y miró hacia el techo. Sobre la piscina había una pintura mejor conservada que el resto en la que se veía al dios Neptuno en toda su majestad, montado sobre un carro hecho por una gran concha y tirado por cuatro briosos hipocampos. El dios sostenía el tridente con su enérgico brazo derecho, y miraba hacia abajo, hacia el centro de la piscina, con el ceño fruncido y los labios apretados entre su frondosa barba azulada.

Céfiro suspiró. Aquel dios, aunque pretendiera aparentar ser temible, se quedaba muy lejos en capacidad de inspirar terror de la diosa Kali a la que acababa de conocer. El esclavo pensó en si alguna vez había visto la representación de un dios romano con un collar de cabezas cortadas y bailando sobre el cuerpo de su víctima decapitada, pero no logró recordar nada ni cercano a eso. Incluso el dios Marte, al que se suponía violento y siempre sediento de sangre, tenía una representación más amable que el de esa Kali…

Céfiro comenzó a incorporarse lentamente y en ese momento escuchó un chapoteo al otro lado de la piscina, en la parte que quedaba sumida en las sombras. Algo acababa de sumergirse en el agua. El niño se puso en pie rápidamente y dio dos pasos atrás… solo para toparse con alguien a su espalda.

Al notar que había alguien tras él, Céfiro dio un respingo, asustado y temiendo que la criatura que se había deslizado en el agua de la piscina hubiera conseguido de algún modo situarse a sus espaldas. Se llevó la mano con rapidez a la manga en la ocultaba el estilete, pero al hacerlo dejó caer la lucerna, que se quebró en el suelo, derramando todo el aceite y haciendo que la llama se apagara.

–Tranquilo, niño curioso– dijo una voz femenina–. Puedes guardar

tu arma.

Céfiro apuntó con el pequeño cuchillo al frente, pero lo bajó al descubrir que la persona que había tras él no era otra que la mujer que le había atendido en la tienda. Ella le miraba con el ceño fruncido mientras sostenía otra lucerna encendida en una mano, y una pequeña bolsa en la otra. Avergonzado, Céfiro guardó el arma y se agachó para recoger los fragmentos de la lucerna rota.

–Lo siento– musitó con voz queda–. Yo solo estaba…

–Curioseando donde no debías– completó ella la frase.

–No, no… en realidad… escuché un ruido y quise investigar si todo iba bien.

La mujer sonrió con indulgencia.

–En mi tierra cuentan la historia de un pequeño mono que escuchó un ruido al pie del árbol en el que vivía con su familia. A pesar de las advertencias de todos los demás, él quiso bajar al suelo a comprobar qué era lo que había ocasionado aquel sonido. ¿Sabes lo que le ocurrió?

–¿Se encontró un montón de fruta y se lo comió él solo?

Ella ensanchó su sonrisa y negó con la cabeza.

–Se lo comió un tigre. ¿Sabes lo que es un tigre?

Céfiro se encogió de hombros. Creía haber oído ese término aplicado a un animal semejante a los leones que a veces se veían en las *venationes* y los juegos, pero no estaba seguro de cómo era.

–En mi tierra aprendemos a tener miedo de los tigres desde pequeños. A veces se cuelan en las aldeas y se comen a algún niño curioso. Igual que le pasó al pequeño mono. Igual que te podría haber pasado a ti, pequeño…

–Céfiro. Me llamo Céfiro– dijo el niño poniendo cara de inocencia, en la esperanza de que conocer su nombre ablandara el corazón de aquella mujer tras haberle sorprendido curioseando donde no debía–. ¿Hay algún tigre aquí abajo?

Ella alzó la lucerna y miró hacia la piscina, como si tratara de comprobar algo.

–No, no hay tigres aquí abajo, pequeño Céfiro. Pero aun así no deberías deambular por estas salas. Subamos de nuevo. Tengo ya listo lo que me pediste.

El niño asintió, un poco más tranquilo al comprobar que la mujer no deseaba reprenderle ni castigarlo. Y sobre todo más tranquilo ante la perspectiva de salir de aquellas termas en ruinas y de lo que quisiera que rondara aquella piscina sumida en sombras.

–Antes he escuchado algo… chapoteando en las aguas.

La mujer le miró con los ojos muy abiertos.

–Ratas. Hay muchas aquí abajo. Y algunas saben nadar. Y ahora regresemos… Tú primero– indicó ella, señalando la escalera con la

lucerna. Céfiro obedeció y echó a andar de regreso a la tienda del piso superior. Antes de que las escaleras le llevaran más arriba y las termas quedaran a oscuras, echó un último vistazo sobre su hombro y suspiró. Lo que se había zambullido en la piscina había hecho mucho ruido para ser una simple rata.

Una vez en el piso superior, la mujer le tendió la bolsa a Céfiro y le indicó la cantidad que debía pagar. El niño no regateó el precio, aunque le pareció muy caro para unos simples polvos. Ella le acarició el pelo y, cogiéndole del hombro, le condujo con suavidad hasta la entrada. En el exterior llovía de forma ligera y la luz era gris y triste.

–Vuelve siempre que quieras, Céfiro– dijo–. Me llamo Kuntí. Y estaré encantada de volver a verte, monito curioso.

Céfiro volvió a quedarse embobado mirando el hermoso rostro y los ojos negro azabache de la mujer. Cuando la lluvia comenzó a apelmazar su pelo, reaccionó con una sonrisa y un asentimiento. Intentó decir algo, pero las palabras se le trabaron en la boca y decidió que lo más digno y sensato era salir corriendo.

# CAPÍTULO 10
## CENA EN EL *LUDUS*

Como la mayor parte de los romanos de clase baja, Marco solo contaba con dos indumentarias diferentes que ponerse. Una túnica más usada y ajada, que era la que se ponía a diario y con la que se sentía más cómodo, y otra un poco más cuidada y cara que solo usaba en las escasas ocasiones en las que tenía compromisos sociales o cuando tenía que embaucar a un rico y quería causarle buena impresión. Ambas túnicas, junto con su único par de calzado, sus dos juegos de medias y sus dos capas para el frío y la lluvia, habían constituido el único equipaje que había llevado a Pompeya, sin contar algunos papiros y saquitos con ingredientes para sus pociones y ungüentos. La túnica buena había permanecido en un baúl desde el día en que habían llegado a Pompeya, de modo que cuando Marco la sacó estaba arrugada y polvorienta.

–Por los dioses que esta cena me apetece tanto como un mordisco de perro en las pelotas– murmuró mientras sacudía la túnica y trataba de alisarla para quitarle las arrugas. Como respuesta, Ulises ladró junto a él. Después de todo un día desaparecido, el perro se había presentado en la casa un rato después de la conversación con el esclavo de Petronio y, como si no se esperara otra cosa de él, se había hecho un ovillo sobre el jergón de Céfiro y se había quedado dormido. Al escuchar las maldiciones y protestas de Marco mientras se preparaba para la cena en casa del lanista, el animal se había despertado y se había acercado a él moviendo la cola.

Quinto, que, como esclavo que era, sabía que nadie esperaría de él una indumentaria diferente en aquella cena, aguardaba ya en la calle a que Marco estuviera listo. Lemurio se apresuró a ponerse la túnica, se mojó el pelo con agua limpia de la jofaina y se lo echó hacia atrás para peinarlo. Se calzó y, tras echarse por encima una de las dos capas, la que tenía menos agujeros, salió del pequeño apartamento y bajó las escaleras.

–¿Está muy lejos de aquí el *ludus* de ese Petronio?– preguntó.

–Al otro lado de la ciudad. Fuera de la muralla– dijo Quinto.

Marco resopló fastidiado. Una fina lluvia continuaba cayendo sobre la ciudad, calando con su suave insistencia las ropas de todos aquellos que se aventuraban a dar paseos demasiado largos a la intemperie.

–Podríamos pedir a Calírroe su carro. Estoy seguro de que si se lo solicitas con amabilidad…

–Caminaremos– dijo Marco. En la medida de los posible, prefería no

tener que pedir nada a su desagradable casera–. Un poco de agua no hace daño a nadie.

Quinto se encogió de hombros y echó a andar junto al que era a todos los efectos prácticos su amo en Pompeya.

Marco no llegó a reconocerlo, pero al poco rato de caminar por las calles bajo la lluvia se arrepintió de no haber hecho caso de la sugerencia de Quinto. A pesar de que muchas de las calles de la ciudad estaban cubiertas por pórticos, la capa de Marco no tardó en calarse por completo, traspasando hasta la túnica que llevaba debajo. En una de las vías más anchas y transitadas, un carro pasó a gran velocidad junto a la acera, salpicando a Marco con el agua que corría por el arroyo y haciendo que también su calzado se llenara de agua. Lemurio alzó un brazo y mentó a la madre y la abuela del conductor, pero este no llegó ni a escuchar sus palabras y siguió su camino azuzando a los caballos que tiraban del carro.

Una vez traspasaron la muralla, la carretera resultó estar cubierta de barro debido a que los campos de los alrededores habían sufrido inundaciones y corrimientos de tierra debido al agua caída. A pesar de intentar evitar las zonas más embarradas y llenas de charcos, Marco no pudo evitar mancharse hasta los tobillos y que su sensación al caminar fuera la de estar chapoteando con los pies en dos pequeñas piscinas sucias.

Cuando finalmente llegaron al *ludus* de Petronio, Quinto y Marco estaban calados hasta los huesos. El antiguo gladiador no parecía notar los efectos de la humedad; Marco, sin embargo, comenzó a tiritar de frío a pesar de que la temperatura no era especialmente baja y no soplaba por las calles de Pompeya ni la más leve brisa.

–Te dije que debíamos haber cogido el carro.

–Y yo te dije que no quería venir a esta estúpida cena. Y sin embargo aquí estamos los dos– respondió Marco malhumorado.

La *domus* de Petronio estaba situada a escasa distancia de la llamada Porta Urbulana, una de las principales entradas a la ciudad para los viajeros que llegaban desde el oeste procedentes de las ricas tierras de la Campania y las regiones centrales de Italia. Estaba lo bastante lejos del núcleo urbano como para que la concentración de hombres armados no resultara una amenaza, pero lo bastante cerca como para que los gladiadores pudieran desplazarse con facilidad hasta el anfiteatro y las instalaciones que daban servicio a este, todas ellas muy cerca también de la Porta Urbulana. La *domus* en sí era una construcción de dos plantas de tamaño mediano que se situaba en un lateral de lo que eran las estancias propias del *ludus*, tales como las habitaciones de los gladiadores, los patios de entrenamiento, los almacenes de armas y otros utensilios, las cocinas y las cuadras. Años antes, Petronio había empezado a dejar caer a sus amistades que aquel

espacio se había quedado pequeño y estrecho para su *familia gladiatoria*, que había crecido mucho en número, en prestigio y en necesidades, y había comenzado a sugerir la idea de comprar una villa más grande en otro punto de los campos pompeyanos. Sin embargo, aquellas palabras no habían cobrado forma en actos concretos, por lo que el *ludus* de Petronio seguía estando en el mismo sitio en el que el padre de este lo fundara una generación antes.

–Aquí es donde viví durante años– dijo Quinto al llegar a la entrada de la *domus*. Acostumbrado como estaba a usar la puerta de servicio, la que daba a uno de los patios y que era usada por esclavos y comerciantes, condujo a Marco hasta ella, en un lateral de la *domus*. Marco, que también estaba acostumbrado a ser recibido por ese tipo de puertas, no se extrañó por ello.

Marco miró la casa y se encogió de hombros.

–Me gusta más la casa de Varrón.

Fue entonces el turno de Quinto de encogerse de hombros.

–¿Echas de menos esto?– preguntó Marco.

Quinto no tuvo tiempo de responder. Los portones se abrieron ante ellos y un esclavo de pequeño tamaño, con la piel negra y el pelo muy rizado, salió a recibirlos.

–Quinto– dijo el esclavo, sorprendido–. Pero… pero…

–Salve, Borax. Este es mi amo Marco. Lucio Petronio le ha invitado a cenar con él esta noche.

–¿Y crees que los invitados a cenar con el amo entran por esta puerta, grandísimo alcornoque? Veo que la vida en Roma no te ha hecho más listo. Y vaya pintas traéis, estáis empapados. Pasad, pasad. Por suerte llegáis temprano.

–Yo… pensé que… la costumbre…

–La costumbre, la costumbre– repitió el pequeño esclavo númida con tono afectado y gestos ampulosos–. En fin, haremos del error oportunidad. De hecho, el amo nos advirtió de que algo así podía ocurrir, para que estuviéramos preparados. Ven conmigo, Marco Lemurio. Te daremos ropa seca y te quitaremos todo ese barro. No puedes cenar así con el amo y sus invitados. ¡A mi *domina* le daría un ataque! Vamos, vamos, no os quedéis ahí bajo la lluvia. ¡Acabaremos todos por ponernos enfermos!

El pequeño esclavo númida, cuya talla resultaba aun más llamativa al ponerse al lado del enorme Quinto, le palmeó a este la mano con afecto, haciendo ver a Marco que eran viejos conocidos y que entre los dos mediaba una relación estrecha. Quinto observó que Marco miraba al siervo africano con curiosidad y se apresuró a dar una explicación.

–Borax es uno de los ayudantes del atriense. Si no fuera por él y por sus consejos me habrían dado muchos más latigazos de los que recibí cuando era propiedad de Lucio Petronio.

–Y aun así te llevaste unos cuantos, cabeza dura– dijo Borax sonriendo, y se volvió hacia Marco mientras los animaba a que se dieran prisa para entrar– Quinto es tan buen luchador como ingenuo. Le compraría un saco de arena a un mercader en pleno desierto. Pero daos prisa, vamos.

El esclavo los condujo a través de un patio lleno de charcos hasta lo que parecía una sala de descanso, con bancos de piedra corridos a lo largo de la pared y una mesa de piedra en el centro.

–Esta es la sala que sirve para comunicar el *ludus* y la *domus* de mi amo– explicó Borax–. También la usamos para que los proveedores esperen hasta que el atriense revisa la mercancía antes de pagar. Aguardad aquí, por favor. Vuelvo en un momento.

Marco y Quinto se sentaron en el banco, satisfechos de al menos estar a resguardo de la lluvia.

–¿Algo que deba saber acerca de ese Petronio?– preguntó Marco.

–No mires a su mujer con deseo. O mejor, no la mires en absoluto. A mí casi me cuesta la vida una vez.

–Lo tendré en cuenta– respondió Marco, que creía recordar que en alguna ocasión Quinto le había contado una historia acerca de un amo que le había obligado a luchar contra varios hombres a la vez por una ofensa contra su esposa. Marco supuso que ese Petronio al que estaba a punto de conocer había sido precisamente ese amo.

Borax regresó acompañado por dos esclavas que traían un barreño lleno de agua limpia con una esponja flotando en su interior y lo que parecía ser un juego completo de ropas limpias.

–Preparad a nuestro invitado para la cena, chicas– dijo el esclavo. Ellas asintieron y se acercaron a Marco, que se levantó del banco, incómodo ante aquella situación–. No te preocupes. Están acostumbradas a lavar y cuidar de los cuerpos de nuestros gladiadores. No creo que tengas nada que ellas no hayan visto ya en todas sus formas y tamaños posibles. Vamos, quítate eso y ponte lo que te he traído. Estarás seco y más cómodo.

–Pero es que no entiendo qué tiene de malo mi ropa…

–Para empezar, que está empapada. Y no te ofendas, pero, como ya te he dicho, si te presentas así ante mi ama es probable que te confundan con uno de los esclavos y te manden a las cocinas.

Marco se cruzó de brazos, molesto.

–Tal vez sea ese el sitio al que deba ir entonces. O mejor aun, a mi propia casa, donde nadie me insulta por…

Quinto le puso una mano en el hombro.

–Marco…

–De acuerdo, de acuerdo. Dejaré que estas dos chicas me desnuden, me laven y me vistan como un vendedor de higos sirio.

–Te traeré un poco de vino para hacerte más llevadera tan dura

experiencia– dijo Borax con sorna, y salió de la estancia de nuevo. Cuando regresó, Marco ya estaba desnudo y las dos esclavas se afanaban en quitarle el barro de las piernas con la esponja. El esclavo númida tendió a Marco un vaso lleno de vino y este lo aceptó sin protestar, pero poniendo una mueca de disgusto después del primer trago.

–Me dijiste que la bodega de ese Petronio era de las buenas– reprochó a Quinto, que le miraba sentado en el banco.

–Este es el vino que damos a los gladiadores– dijo Borax–. En la cena los probarás mejores, créeme.

Cuando las esclavas hubieron terminado con él, Marco tuvo reconocer que se sentía mucho mejor. Las ropas que le habían dado eran de más calidad que las suyas, aunque no excesivamente lujosas. Además, le habían proporcionado unas calzas y sandalias secas, y le habían lavado no solo las piernas manchadas de barro, sino también los brazos, el torso y la cara, con lo que se sentía más fresco y cómodo. Pese a todo, movido por su orgullo inquebrantable, Marco siguió fingiendo estar disgustado con el trato recibido.

–Que nadie se lleve mi ropa– dijo al esclavo númida.

–Tranquilo. Podríamos dejarla en las escaleras de un templo que nadie se las llevaría. Tal vez para hacer trapos con ellas…

Quinto se echó a reír y Marco fingió sentirse molesto ante el comentario, aunque en realidad no podía evitar sentir simpatía por aquel esclavo pequeño y lenguaraz que hablaba de Quinto con evidente cariño y afán de protección.

Marco se puso en pie y Borax le contempló de arriba a abajo.

–Listo. Mucho mejor. Y ahora sígueme. Te llevaré ante mi amo.

–¿Quinto no viene?– preguntó Marco.

Los dos esclavos miraron a Marco como si acabara de sugerir que el Vesubio despertaría y arrojaría una montaña de fuego y cenizas sobre la ciudad en cualquier momento.

–Quinto es un esclavo. Él cenará con nosotros. Pero no te preocupes. Lo trataremos bien.

–Esta fue mi casa durante años, Marco. Ve y disfruta de la cena.

–Algo me dice que disfrutaría más cenando contigo y con los esclavos.

–Nunca entenderé a los hombres que han nacido libres– comentó Borax–. En fin… ¿Nos vamos?

Tras despedirse de Quinto, Borax condujo a Marco por los pasillos de la *domus* hasta salir de la zona destinada a los esclavos y entrar en las estancias que usaban Lucio Petronio y su familia, decoradas con esmero con pinturas de vivos colores en las paredes y los techos.

–El resto de los invitados ya han llegado– comentó Borax.

–¿El resto de los invitados?– preguntó Marco sorprendido–. Pensé

que cenaría solo con tu amo.

–En absoluto. Lucio Petronio ha invitado a gente muy importante. Sin duda será una cena muy interesante.

Marco, que no veía nada de interesante en la conversación de un puñado de comerciantes y terratenientes ricos, no respondió. Cada paso que daba se convencía más y más de que había sido un error ceder ante Quinto en aquel asunto. Todo en aquella cena olía a encerrona para obligarle a hacer algo que él no deseaba.

Borax le condujo por unas escaleras hasta el piso superior y, una vez allí, le guió hasta un enorme salón decorado de forma incluso más fastuosa, con suelos de mosaico, esculturas y todo tipo de plantas que colgaban o crecían en macetas y parterres de diferentes tamaños. Al fondo del salón Marco observó que había unas enormes puertas abiertas por las que entraba una suave brisa procedente de una terraza Un grupo formado por tres hombres y dos mujeres, vestidos todos ellos con ropas de colores tan vistosos como los de las pinturas o los mosaicos que adornaban aquella *domus*, charlaban en el centro de la estancia, junto a los divanes ya listos para ser usados durante la cena. Ellas se mostraban recatadas y hablaban en voz baja, controlando todos y cada uno de los gestos que hacían con sus manos. Ellos, por el contrario, tenían una actitud relajada y tranquila, se reían y hacían grandes aspavientos ante los comentarios jocosos del resto.

Cuando Marco entró en la sala, acompañado de un Borax silencioso que había borrado de su rostro cualquier sonrisa o gesto irónico, todos se giraron hacia él. Lemurio casi pudo sentir las miradas del grupo clavándose en él, analizando desde su peinado hasta su calzado, juzgando si aquel extraño personaje era digno o no de compartir aquella cena con ellos. Sintió ganas de hacer algo tremendamente ofensivo o inapropiado, como lanzar una maldición o tirarse el pedo al que Quinto había hecho mención aquella misma tarde. Al fin y al cabo, no le debía nada a aquellas personas, ni esperaba de ellos favor o gracia alguna. Lo peor que podía pasar es que se indignaran y le pidieran que se largara de inmediato de aquella casa. Algo que a Marco le habría hecho tremendamente feliz.

Pero se lo había prometido a Quinto… Marco contuvo la tentación, esbozó su sonrisa más encantadora y agachó la cabeza ligeramente en señal de humilde saludo.

–*Domine*, el invitado que esperabais. Marco Lemurio.

Uno de los hombres dio un paso al frente, delatando así que se trataba de Lucio Petronio, el dueño de la *domus* y el lanista interesado en que Quinto volviera a combatir en la arena como gladiador. Tenía el pelo blanco y ondulado, y una barba fina y bien recortada en torno a una boca que al sonreír mostraba unas encías grandes y unos dientes pequeños. Se acercó a Marco tendiendo el brazo para saludarlo.

–Marco Lemurio. Por fin nos conocemos en persona. Bienvenido a mi casa. Quinto me ha hablado mucho de ti.

–Cosas buenas, espero– dijo Marco, ya totalmente metido en el papel de embaucador que durante tantos años le había dado de comer.

–Todo bueno, ya lo creo que sí– dijo Petronio en un tono de voz que dejó muy claro a Marco que no era el único en aquella habitación que estaba fingiendo–. Ven, te presentaré a mi esposa y al resto de mis invitados.

Marco y Petronio se acercaron hasta el lugar donde estaba el resto del grupo, que miraban al recién llegado con una mezcla de curiosidad y altanería distante.

–Marco Lemurio, te presento a Cayo Quincio Valgo, duunviro de nuestra ciudad y orgulloso responsable de la construcción del nuevo teatro así como de las obras que han transformado por completo nuestro anfiteatro.

Cayo Quincio, un hombre de cabeza redonda, carnes flácidas y aspecto bonachón, estrechó el brazo de Marco con firmeza mientras sonreía y hacía gestos con la mano libre para quitar importancia a las palabras de Petronio.

–Un pequeño gesto para devolver lo mucho que Pompeya nos ha dado.

Bonita manera de decir que te has llenado los bolsillos con las arcas públicas, pensó Marco mientras devolvía la sonrisa. Estaba estrechando la mano nada menos que a uno de los dos duunviros, los máximos magistrados que gobernaban la ciudad de Pompeya. A pequeña escala, aquello era como si le hubieran invitado en Roma a cenar con uno de los cónsules. Un honor que, sin embargo, a Marco no le agradaba en absoluto.

–He oído que habrá unos grandes juegos en el anfiteatro dentro de unos días– dijo Marco, siempre hábil en el uso de cualquier información que hubiera llegado a sus oídos y que le sirviera para ganarse al hombre o la mujer que tenía delante.

–Y obras de teatro también– respondió Cayo Quincio–. Hemos programado tanto *munera* en el anfiteatro como comedias, mimos y tragedias. Nos habría gustado hacerlo a finales de verano, pero entre los retrasos en los trabajos y estas malditas lluvias con las que Júpiter nos está castigando nos han obligado a posponerlo más de lo que nos habría gustado.

–Mucho mejor– dijo una de las mujeres, una dama madura y delgada con los rasgos afilados y los labios finos y apretados. Tenía la nariz fina y arrugada, lo que le daba el aspecto de estar oliendo algo desagradable–. Aguantar los juegos bajo el sol de sextilis es una tortura peor que la crucifixión.

–Helvia siempre tan acertada– comentó el magistrado.

Petronio tomó a la mujer de la mano con cariño artificial y forzado.

–Y esta es mi esposa Helvia.

Marco inclinó la cabeza con respeto ante la *domina* de la casa, sin poder evitar que le viniera a la cabeza la anécdota en la que Quinto había sido condenado a una muerte casi segura por mirar con supuesto deseo a aquella mujer. Pensó que incluso una escoba vieja habría resultado más atractiva que aquella matrona huesuda y de expresión cínica.

–Así que este es el Marco Lemurio que se dedica a buscar estriges por toda la ciudad– dijo ella mirando a Marco de arriba a abajo con evidente desaprobación.

–Por favor, Helvia… no hablemos de esas criaturas… Sabes que me aterran esas historias– dijo la otra mujer, más joven y con más carne en el cuerpo–. Y más ahora que todo el mundo en Pompeya parece creer en ellas.

–Dejemos las estriges fuera de momento– dijo Petronio–. Marco Lemurio esta es Vetia. Y su esposo, Sexto Peduceo.

Marco pasó por alto a la mujer y se centró en el último hombre al que le habían presentado. Los dos se sostuvieron la mirada en un momento tenso que Marco no supo interpretar. Había escuchado el nombre de Sexto Peduceo, pero no recordaba dónde ni en qué contexto. De hecho, estaba convencido de no haber visto jamás a aquel hombre. Era menor en estatura que Lucio Petronio y que Cayo Quincio, y tenía una prominente barriga que su túnica holgada no lograba disimular. Su pelo, gris oscuro, era espeso y abundante. Sin embargo, era evidente que aquel hombre también había escuchado hablar de Marco Lemurio y le había reconocido.

–¿Nos conocemos, *domine*?– preguntó Marco finalmente.

–No en persona– dijo su interlocutor–. Pero creo que sí conoces a mi vecino. Lucio Septimio. Recientemente has hecho un trabajo para él.

La luz se hizo en la cabeza de Marco. Al escuchar el nombre de Lucio Septimio y la mención a un trabajo que había hecho para él, comprendió de inmediato de qué conocía a Sexto Peduceo. Era el vecino del que Septimio sospechaba que había hecho que uno de sus esclavos se hiciera pasar por una estrige para aterrorizar a la familia y lograr así que vendieran su casa y sus propiedades a un precio ridículamente bajo. El hombre al que Septimio pensaba llevar ante la justicia y para cuya condena contaba con el testimonio de Marco. Un hombre poderoso e influyente en Pompeya, representante de los colonos romanos que se habían hecho con el control de la ciudad desde tiempos de Sila. Un hombre peligroso si alguien osaba enfrentarse a él.

Todos aquellos recuerdos y pensamientos pasaron por su mente en un instante, pero Marco no permitió que dejaran traslucir cambio

alguno en su rostro. Mantuvo la sonrisa distante y cortés y asintió con amabilidad.

–Un hombre agradable Lucio Septimio. Con una familia encantadora.

Sexto Peduceo, por el contrario, frunció el ceño y miró a Marco con desprecio no disimulado. Pese a todo, no hizo mención alguna al conflicto latente, y ninguno de los presentes advirtieron nada extraño.

–¿Vino?– preguntó Petronio, y sin esperar la respuesta hizo una señal a uno de los esclavos que aguardaban impertérritos junto a las paredes de la estancia para que trajeran una copa y le sirvieran algo de beber a su invitado. Marco aceptó con gusto.

–Me han hablado muy bien de las bodegas de esta casa– dijo.

–Nada comparable a los vinos de calidad a los que sin duda estáis acostumbrados en Roma– respondió Petronio con falsa humildad, y Marco no supo decir si se estaba burlando de él por su procedencia humilde o si realmente pensaba que él tenía acceso a los mejores vinos que se servían en la Urbe–. Pero no nos quedemos en pie, por los dioses. Acomodémonos para que podemos disfrutar de esta cena. Me habría encantado poder cenar en la terraza, pero por desgracia esta lluvia incesante nos obliga a prescindir de ciertos lujos.

Los seis comensales se echaron en los *triclinia*, dos en cada uno de los divanes como era la costumbre romana. Petronio y Peduceo se tumbaron junto a sus mujeres, mientras a Marco se le invitó a ocupar el lecho de honor junto al duunviro Quincio, que había acudido solo a la cena ya que, según él mismo se excusó, su esposa se mostraba indispuesta desde unos días atrás. Marco no estaba acostumbrado a aquel tipo de banquetes a los que solo había asistido en contadas ocasiones, pero sabía que el hecho de que las mujeres compartieran los *triclinia* con los varones era considerado por los más conservadores como una muestra de decadencia y depravación. En lo que a él respectaba, prefería comer sentado a hacerlo tumbado en un lecho, por mucho que aquello fuera lo dictara la moda de las clases altas.

Una vez estuvo tumbado, Marco pensó que había sido una suerte que los esclavos de Petronio le hubieran ofrecido cambiarse de ropa y lavarse. Solo la idea de imaginarse en aquel diván, con sus ropas empapadas y manchadas de barrio junto al hombre que gobernaba la ciudad de Pompeya le hacía sentirse incómodo incluso a él, que por norma general ignoraba cualquier tipo de convención social. Con aquellas ropas secas y no en exceso lujosas sentía que al menos no desentonaba con el ambiente del banquete, por mucho que resultara evidente que para el resto de los comensales él era la nota discordante.

A pesar de que Marco intentó no acaparar la conversación y no convertirse en el centro de atención de la cena, le resultó imposible.

Desde el momento en el que los esclavos comenzaron a servir los primeros platos, toda la charla giró en torno a él, a su vida en Roma, a las extrañas historias que todos habían escuchado acerca de su trabajo como cazador de estriges, a su relación con Varrón y con Pompeyo. Por mucho que Marco intentó desviar la conversación sacando otros temas, el resto de comensales se apañaban para regresar a él una y otra vez. Con excepción de Sexto Peduceo, que se limitaba a comer y beber en silencio mientras observaba a Marco con el ceño fruncido detrás de la copa de vino, los demás parecían encantados de tener a aquel extraño personaje con el que entretenerse. Vetia, la mujer de Peduceo, superó sus miedos iniciales y aceptó que se hablara de estriges y otras criaturas. Cuando le hacían alguna pregunta directa, Marco respondía con evasivas y con anécdotas insustanciales para evitar tener que hablar de su vida real. Las escasas ocasiones en las que se sacó un tema relacionado con la política, él manifestó mantenerse al margen de esos asuntos, a sabiendas de que al menos Sexto Peduceo y, con toda probabilidad, Cayo Quincio, eran o habían sido fervientes seguidores de Sila.

Marco comió poco y bebió con moderación para evitar que los excesos del alcohol le llevaran a cometer alguna imprudencia. Tuvo que contenerse para pedir más vino en cada ocasión en la que la esclava que llevaba la jarra pasaba junto a él. Tenía que reconocer que al menos en lo que tocaba a la fama de la bodega de Petronio, los rumores eran ciertos.

–Podemos concluir entonces que todas esas historias de estriges en Pompeya son mentira, entonces– dijo Vetia, con tono de alivio–. Es un consuelo, desde luego.

–Por lo que he podido observar hasta el momento no hay indicio alguno de que haya nada extraño en Pompeya. Bromas de niños y algún esclavo travieso que ha intentado dar un susto a sus amos. Eso es todo.

Al decir aquella última frase, Marco miró fijamente a Sexto Peduceo. Este, al escuchar la mención a esclavos que pretendían asustar a sus amos, se movió inquieto en el diván y devolvió a Marco una mirada cargada de odio. Su mujer se volvió hacia él.

–¿Te ocurre algo? Has estado muy callado durante la cena.

–Nada en absoluto– respondió él de forma tajante, sin dejar de mirar a Marco.

Lemurio, que hasta aquella tarde había tenido la firme intención de no involucrarse en los asuntos políticos de Pompeya, pensó que la idea de ver a aquel personaje ante la justicia comenzaba a seducirle. Aunque solo fuera por borrar aquella expresión de asco que le dedicaba en cada ocasión en la que sus miradas se cruzaban.

–Como sabéis, nuestro invitado es íntimo amigo de Marco Terencio

Varrón– dijo Petronio–. Y eso es casi decir que es amigo del mismísimo Cneo Pompeyo.

–Yo no diría tanto– respondió Marco, incómodo ante aquella imagen que se estaba dando de él. De hecho, solo había visto a Pompeyo una vez en su vida y había sido después de que sus hombres le dieran una paliza y lo arrastraran hasta la casa del general para obligarlo a tener una entrevista con él. Aquella noche también había conocido a Marco Varrón, que se había convertido en su protector poco después, pero lo cierto era que nunca había vuelto a ver a Pompeyo de cerca.

–No seas modesto, Marco. Sabemos que Varrón te confía algunos asuntos importantes, e incluso pone a tu servicio a algunos de sus esclavos más valiosos. Como mi querido Quinto, que te ha acompañado a Pompeya.

Marco asintió y sonrió. Había llegado el momento de que el verdadero tema que había estado latente durante toda la cena se destapara. El hecho de que él, una rata de la Subura, estuviera compartiendo lecho con uno de los duunviros de Pompeya no tenía más objetivo que ese: convencerlo de que autorizara a Quinto para participar en los juegos. Todo lo demás había sido simple fingimiento previo a abordar el asunto principal.

–Mi querido Quinto, sí– dijo Petronio, y se levantó del diván para pasear alrededor de los tres lechos–. ¿Le has visto combatir alguna vez, Marco? ¿Le has visto empuñar la espada, esquivar los golpes de un adversario? De corazón te digo que ni el mismísimo dios Marte se movería con tanta elegancia ni resultaría tan letal en combate como Quinto.

–He tenido la suerte de ver a Quinto luchar, sí. No en la arena, pero sí en otras circunstancias– respondió.

–Entonces estoy seguro de que has podido apreciar la belleza de sus movimientos, la limpieza de sus golpes.

–No sé si llamaría belleza a aquello, la verdad. Me cuesta considerar bello a algo que acaba con cuatro tipos muertos. Uno de ellos con la cabeza separada del resto del cuerpo.

La mujer del lanista ahogó un gemido de sorpresa ante la crudeza de la imagen descrita por Marco. Petronio, sin embargo, hizo un gesto con las manos, como si pretendiera dejar claro que lo que Marco acababa de decir ilustraba a la perfección lo que él trataba de demostrar.

–Eso es precisamente lo que ocurre cuando sacas a un hombre de su camino natural. Cuando alguien como Quinto, que ha nacido para la arena, es apartado de los juegos… bien, no le queda otro remedio que convertirse en eso que acabas de describir. Un vulgar matón. Un asesino a sueldo. Un peligro para la sociedad.

Marco iba a protestar ante aquella descripción de alguien a quien consideraba su amigo, pero Petronio se le adelantó.

–De ti, Marco Lemurio, depende que nuestro Quinto, un hombre al que me consta que aprecias a pesar de su origen servil, pueda experimentar una vez más el gozo que todo hombre siente cuando cumple con el destino que los dioses han preparado para él. Que Quinto dejara de ser gladiador fue una jugarreta de la diosa Fortuna. Algo que jamás me podré perdonar a mí mismo. Quinto no nació para ser portero en una finca, o guardaespaldas de un noble, y mucho menos para ejercer como mulo de carga o para mover la muela de un molino como un asno cualquiera. Quinto nació para la arena. Quinto es un gladiador. Es su naturaleza. Él lo sabe. ¿Quién somos nosotros para negárselo?

–Nosotros tal vez no seamos nadie– respondió Marco–. Pero es probable que su amo, Marco Terencio Varrón, tenga una opinión diferente. Por desgracia, se encuentra combatiendo a los piratas en el otro extremo del mundo, así que será muy difícil que podamos preguntarle su parecer.

–Y sin embargo estoy convencido de que, de encontrarse Varrón aquí en Pompeya, no dudaría un instante en autorizar que Quinto participara en los juegos que nuestro querido Cayo Quincio con tanto esfuerzo y devoción ha preparado.

–Ojalá pudiéramos saberlo. Pero con Varrón ausente…

–Por los dioses, Marco Lemurio– exclamó Petronio, sin dejar de sonreír, pero con una mirada que denotaba que no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria–, eres un hombre testarudo. Varrón te confío a Quinto durante el tiempo que durara tu estancia en Pompeya, o al menos eso es lo que tengo entendido. Y en estas circunstancias, eres tú quien puede tomar decisiones sobre él. Hasta el momento has dejado claro que no estás de acuerdo con la participación de Quinto en estos juegos. Y sin embargo estoy seguro de que podremos hacer algo que te haga cambiar de opinión.

–Con todos los respetos, *domine*, lo dudo mucho– dijo Marco en tono pausado antes de beber un sorbo de vino de su copa.

Ninguno de los presentes respondió. Petronio miró a Marco a los ojos con los puños apretados y el ceño fruncido, pero aún con una sonrisa en los labios. Finalmente fue Cayo Quincio quien rompió el silencio.

–Eres orgulloso, desde luego– dijo–. Como buen romano.

En ese momento, Borax entró en la estancia y le hizo un gesto a su amo. Petronio asintió y volvió a dirigirse a Marco.

–No me des una respuesta todavía, Marco Lemurio. Antes quiero que veas algo. Acompañadme, por favor. Parece que la lluvia nos ha dado una tregua y podremos salir a la terraza.

–Vetia y yo nos quedaremos aquí si no os importa. Temo que la humedad me haga enfermar.

Mientras las dos mujeres seguían reclinadas en los divanes, los cuatro hombres salieron a la terraza que se abría en uno de los extremos del salón. Sexto Peduceo, que no había hecho gesto alguno durante la conversación entre Marco y Petronio, salió el primero, seguido del duunviro Quincio y de Marco Lemurio y Petronio.

–Lo que vas a ver, Marco Lemurio, es solo una torpe muestra de lo que serían unos juegos reales– dijo.

Marco, que no estaba seguro de las intenciones de su anfitrión, se encogió de hombros.

–He visto luchas de gladiadores antes– respondió.

–Oh, sin duda. Pero nunca has visto luchar a este gladiador.

La terraza era un espacio amplio y que sin duda resultaría cómodo y acogedor durante la primavera y el verano, pero que en aquellos momentos presentaba un aspecto mucho menos atractivo, con el suelo de losas mojado y cubierto de hojas muertas. El sol ya había comenzado a ponerse en Pompeya, y aunque la lluvia había parado de caer, el cielo gris y cubierto de nubes amenazaba con volver a descargar una tormenta en cualquier momento. Tras una barandilla de metal forjada con formas geométricas, se abría un gran patio con suelo de arena en el que Marco pudo ver diversas construcciones de madera que, según dedujo, servían para el entrenamiento de los gladiadores. Desde simples estacas gruesas clavadas en el suelo, los *pali*, hasta estructuras de las que colgaban sacos de tierra colgando de poleas que los hacían girar alrededor de un mástil central. En un lateral, bajo la terraza, se encontraba el recinto de los leones, unos animales que Petronio tenía más como un capricho personal que porque pretendiera hacer negocio con ellos.

Ante la llegada del amo y sus invitados, un grupo de esclavos se apresuró a colocar cuatro sillas de pinza para que estos se pudieran acomodar, así como dos mesas bajas en las que dispusieron bandejas con frutas y diferentes tipos de dulces.

–Poneos cómodos. Marco Lemurio, tú siéntate aquí, a mi lado– pidió Petronio.

Marco obedeció a su anfitrión y se sentó en una silla. En ningún momento había pensado que en aquella cena le ofrecerían un espectáculo de lucha, que era sin duda lo que estaba a punto de presenciar. Tal y como le ocurría con el teatro o las carreras de carros, las luchas de gladiadores o las cacerías de fieras que habitualmente ofrecían algunos magistrados tanto en Roma como en las colonias de Italia y las provincias le resultaban por completo indiferentes.

–¿Has visto nuestro nuevo anfiteatro, Marco Lemurio?– preguntó Cayo Quincio–. Acabamos de terminar las obras de restauración de

parte de las gradas y de la fachada exterior.

–Lo cierto es que no he tenido tiempo hasta el momento– respondió Marco.

–A los que viven en Roma les suele impresionar. Supongo que algún día el Senado autorizará que Roma tenga también uno. Los pompeyanos estamos muy orgullosos del nuestro.

–Sospecho que Varrón, el patrón de nuestro invitado, es uno de los que se niegan a autorizar la construcción de uno– intervino Sexto Peduceo, que llevaba un largo rato sin hablar–. Temen que corrompa la moralidad del pueblo. Absurdo…

–Un comentario curioso viniendo de un seguidor de Sila– respondió Marco sin poder contenerse–, teniendo en cuenta que todas sus políticas se dirigieron precisamente a restaurar esa supuesta moralidad…

Sexto Peduceo enrojeció ante la respuesta y no fue capaz de articular palabra antes de que Petronio llamara su atención para que todos miraran a lo que estaba ocurriendo en el patio.

–Mis hombres están listos– dijo con evidente orgullo en su voz.

Marco llevó la mirada al patio y descubrió un grupo de siete hombres que salían al exterior procedentes de la puerta más alejada. Todos iban vestidos de idéntica forma, con un taparrabos y protecciones de cuero endurecido en los antebrazos y las piernas hasta la rodilla. Llevaban el pecho y el abdomen al descubierto y ninguno de ellos se cubría con un yelmo, de forma que podían verse sus rostros. Todos portaban las mismas armas: una espada corta y roma de madera y un escudo de pequeño tamaño. Los seis que caminaban delante tenían brazos fuertes y espaldas anchas, aunque había uno de ellos que destacaba sobre el resto en su talla y el volumen de sus músculos. Un hombre alto como una torre, con el pelo rapado casi al cero y una expresión seria y dura en su rostro.

–Quinto…– murmuró Marco.

Había visto en varias ocasiones a su amigo enzarzarse en peleas en las calles de Roma. En una ocasión, la noche en la que ambos se habían conocido, Quinto había salvado la vida de Marco tras despachar con facilidad a un grupo de hombres que habían estado a punto de matarlo. En otra, se había enfrentado a un misterioso hechicero que solo gracias a sus habilidades sobrenaturales había podido imponerse a la fuerza del antiguo gladiador. También había visto a Quinto en escaramuzas menores, peleas de borrachos en tabernas o discusiones en los caminos, y en ellas su amigo apenas había tardado unos instantes en imponerse a sus rivales, tanto con armas como con las manos desnudas. Sin embargo, nunca antes había visto a Quinto con la expresión en el rostro que lucía en aquellos momentos, desfilando sobre la arena junto a sus antiguos compañeros

de oficio. Su mirada se mostraba serena, en paz, y aunque iba serio, Marco casi podía adivinar una leve sonrisa de satisfacción en sus labios.

Marco no pudo evitar pensar que Quinto parecía feliz en aquel lugar, con aquellos ropajes, sintiendo la arena bajo sus pies.

Además de los seis gladiadores vestidos iguales, caminaba con ellos un séptimo personaje que iba cubierto con una túnica y una capa. Aunque conservaba un físico fornido, resultaba evidente que tenía más años que el resto. Marco supuso que era el *doctor*, el entrenador responsable del adiestramiento de los gladiadores en el *ludus*.

–Espero que disculpes que me haya tomado la libertad de invitar a Quinto a participar en esta pequeña exhibición. Todo fuera de peligro, por supuesto. Combatirán con armas de madera, las mismas que usan en los entrenamientos.

Petronio se puso en pie y no dio a Marco opción de replicar. Se dirigió al grupo de gladiadores que ya habían llegado al pie de la terraza y posaban muy firmes con actitud marcial a la espera de recibir órdenes. El *doctor* dio un paso al frente y agachó la cabeza en un gesto hacia el lanista. Después, se dirigió hacia el resto de los invitados.

–Nobles invitados de la *domus* de Lucio Petronio. Los mejores gladiadores del *ludus* se presentan ante vosotros para deleitaros con sus habilidades en combate. Que la diosa Némesis conceda fuerza y vigor a nuestros músculos para honrar esta casa y a sus ilustres amigos.

Cayo Quincio aplaudió con evidente deleite y se puso en pie junto a Petronio.

–¿No combatirá Eumelo esta noche?

Petronio tragó saliva y ensanchó su sonrisa de forma artificiosa. Era la pregunta que llevaba temiendo toda la noche. El lanista había confiado en que el tema de Eumelo saliera cuando sus invitados ya hubieran visto combatir a los gladiadores y Marco Lemurio hubiera dado su brazo a torcer con la participación de Quinto en los juegos.

–Sobre Eumelo… es posible que haya surgido una pequeña complicación.

Cayo Quincio miró al lanista fijamente a los ojos.

–¿Un problema de qué tipo?– preguntó con el ceño fruncido.

–Me temo que ha desaparecido. Nadie sabe nada de él desde ayer por la noche.

Cayo Quincio miró a los gladiadores detenidamente y volvió a mirar al lanista. Todo rastro de amabilidad había desaparecido de su rostro.

–¿Y has esperado hasta este momento para decírmelo?

–Mis esclavos aún lo están buscando por toda Pompeya y sus alrededores– mintió. Tras haber encontrado la espada rota en una

necrópolis, Petronio había abandonado toda esperanza de encontrar al gladiador. Hubiera ocurrido lo que hubiera ocurrido, era improbable que Eumelo regresara a tiempo para los juegos, si es que regresaba alguna vez.

–Se te especificó con total claridad que sin Eumelo no habría contrato. Los juegos son dentro de dos días…

–Mi querido Cayo Quincio, no te habría hecho venir hoy si no tuviera una alternativa mejor. Confía en mí.

–Ese Quinto del que antes habéis estado hablando…

Quincio miró a Marco Lemurio, que permanecía sentado en su silla observando a los gladiadores.

–Concédeme el beneficio de la duda. Después de esta exhibición te aseguro que no echarás en falta a Eumelo.

–Por tu bien espero que así sea– dijo, y tras echar un último vistazo al grupo de gladiadores, volvió a su silla.

Petronio se limpió una gota de sudor que corría por su frente. Si Marco Lemurio no cedía en la participación de Quinto en los juegos, estaría ante un serio problema. Tratando de fingir calma, hizo un gesto al *doctor* para que comenzara el espectáculo y él mismo regresó a su silla.

–En los juegos los gladiadores lucharán por parejas, ataviados con sus armas características en diferentes tipos de combates. Esta noche, sin embargo, he querido ofreceros algo diferente. Algo que pocas veces se ha visto. Un único hombre luchando contra cinco adversarios.

Sexto Peduceo resopló.

–Ningún gladiador es capaz de derrotar en combate a cinco rivales al mismo tiempo– comentó.

–Este gladiador sí– dijo Petronio con confianza. Había preparado aquel espectáculo con mucho cuidado, acordando con su mejor *doctor* cómo se desarrollaría todo y dejando muy claro que, aunque la victoria de Quinto era el desenlace deseable, el resto de gladiadores debían luchar con todas sus fuerzas. Si Cayo Quincio Valgo sospechaba que estaba presenciando un combate amañado, jamás aceptaría que Quinto sustituyera a Eumelo como la gran estrella de los juegos. Ya solo le faltaba confiarse a los dioses para que todo saliera como él había planeado y deseado–. ¡Que comience el combate!

El *doctor* hizo una señal y los cinco gladiadores se situaron alrededor de Quinto en posición de combate, con sus armas y sus escudos en alto. Cada uno de ellos, acostumbrados a combatir con estilos diferentes, sostenían la espada y el escudo de forma distinta, unos con la protección casi a la altura de la cara, y otros muy agachados, casi a ras de suelo.

Marco sintió todo su cuerpo en tensión. Sabía que las armas que portaban aquellos hombres eran de madera, inofensivas en principio,

pero solo el ver a su amigo rodeado de seis hombres dispuestos a lanzarse sobre él en cualquier momento bastaba para que un puño de hierro se cerrara en torno a su estómago.

–Es imposible que salga victorioso de esta– dijo de nuevo Sexto Peduceo. Marco le miró de reojo, cada vez más deseoso de callar a aquel tipo con un puñetazo en la cara. De inmediato volvió su atención a lo que ocurría en la arena y se encontró a sí mismo por unos instantes deseando que el combate comenzara para ver a Quinto en acción.

En un combate amañado, los adversarios de Quinto se habrían lanzado de uno en uno sobre él, dándole a este la ocasión de que se librara de ellos individualmente en lugar de aprovechar su superioridad numérica. Pero aquellos gladiadores habían recibido instrucciones muy precisas: luchar con todas sus fuerzas y haciendo uso de cuantas técnicas conocieran para lograr que Quinto mordiera el polvo. Con esa idea en la cabeza, los cinco hombres se lanzaron sobre Quinto y comenzaron a descargar una lluvia de golpes sobre él.

–Está acabado– murmuró Peduceo–. Esto va a durar menos que la virginidad de una vestal en una aldea de germanos.

En aquella ocasión fue Petronio quien miró a su invitado queriendo fulminarlo con la mirada.

Ni Marco ni el lanista tuvieron necesidad de decir nada para contradecir al molesto invitado, ya que el propio Quinto se encargó de hacerle tragar sus palabras unos instantes después de que comenzara el combate. Aunque alguno de los impactos con las armas de madera alcanzó su objetivo de forma superficial, el cuerpo del gladiador no pareció sentir dolor alguno. Como si en lugar de ser una torre de músculos fuera una grácil y esbelta bailarina, Quinto comenzó a moverse con una habilidad pasmosa, parando con el escudo algunos de los golpes, esquivando otros, encajando los menos letales. Al tiempo que esquivaba los ataques de sus rivales, su espada se movía de un lado a otro, buscando los flancos y los puntos débiles del resto de combatientes. En tan solo unos instantes, dos de los cinco luchadores quedaron tendidos en el suelo. Uno de ellos con la rodilla lesionada por un golpe; el otro, con una herida en la cabeza que comenzó a sangrar con profusión y que lo obligó a retirarse. Los otros tres se apartaron con cautela y dejaron espacio antes de emprender una nueva carga.

Quinto inspiró profundamente y lanzó un grito de guerra que ninguno de los espectadores pudo entender. En lugar de aprovechar aquella tregua para recuperar las fuerzas y el aliento, se lanzó sobre uno de sus adversarios, logrando con dos certeros movimientos que este perdiera la espada y solo acertara a cubrirse el rostro con el escudo para repeler la lluvia de golpes que caían sobre él. Los otros

dos aprovecharon que Quinto estaba concentrado con su compañero para tratar de atacarlo por espalda. Sin darse la vuelta, el enorme gladiador lanzó hacia atrás el brazo que sostenía el escudo y consiguió impactar con él en el rostro de su atacante, haciendo que brotara una nube de sangre, saliva y trozos de dientes. Tras derribar de una patada al desgraciado que se protegía con su propio escudo, Quinto se volvió hacia el único gladiador que seguía en pie. Este, a pesar de ser un hombre fornido y de amplia experiencia en los juegos, temblaba como una hoja en un temporal. Miró de reojo al *doctor* en busca de algún gesto que le indicara cómo actuar, pero el entrenador se limitó a indicarle que continuara. Resignado a su suerte, el último gladiador se lanzó sobre Quinto haciendo uso de toda su habilidad con la espada y el escudo… solo para encontrarse casi de inmediato en el suelo, desarmado, y con el pie de su rival firmemente plantado en el pecho.

Quinto resopló como un buey después de arar varias *iugera* de terreno pedregoso y, después de asegurarse de que ninguno de sus adversarios suponía ya una amenaza, se volvió hacia la terraza y buscó la mirada de Petronio. En su cuerpo solo había un par de cortes superficiales y varias contusiones en el torso, los brazos y los muslos, justo en los puntos en los que sus rivales habían conseguido golpearlo. Más allá de eso, Quinto había salido del combate contra cinco enemigos completamente ileso.

–Parece que la virginidad de nuestra vestal está a salvo– dijo Marco, mirando a Sexto Peduceo con sorna–. Una pena no haber apostado algo en este combate.

Petronio ignoró la enésima mirada de odio que Peduceo lanzó a Marco y se puso en pie de un salto. Cayo Quincio, que había tratado de mantener la compostura pese a la emoción del combate, se puso en pie también. Los dos aplaudían con todas sus fuerzas.

–¿Qué te dije?– preguntó el lanista–. Eumelo a su lado es una niña que juega con un palo.

–Asombroso– respondió el duunviro–. Por Mercurio que nunca había visto nada igual. Con este hombre en la arena los juegos serán un éxito seguro.

Tanto el lanista como el magistrado hicieron a Quinto un gesto de felicitación y este, ya satisfecho con el desenlace del combate y el veredicto de su anfitrión y su principal invitado, relajó la postura y se apresuró a acudir en ayuda de sus compañeros caídos. Marco, que observaba todo desde la silla, observó con asombro cómo el rostro de Quinto mudó por completo, de la expresión concentrada y letal del gladiador a los rasgos bonachones e ingenuos del amigo al que él conocía. El vencedor ayudó al *doctor* a poner en pie al resto de gladiadores, les pidió disculpas por la dureza de algunos de sus golpes y se aseguró de que ninguna de las heridas que les había inflingido

fuera demasiado grave. Los otros gladiadores, avergonzados por haber sido derrotados con tanta facilidad, se apresuraron a levantarse y, tras saludar con torpeza a su amo Petronio, se retiraron de nuevo a sus estancias para curarse y descansar.

–Quinto, aguarda unos instantes, por favor. Que alguien le lleve vino y ayude a limpiarle las heridas y el barro– dijo el lanista a los esclavos que había en la terraza. Tras dar aquella orden, se volvió hacia Marco Lemurio.

–¿Y bien?– preguntó– ¿Qué juicio te merece lo que acabas de ver?

Marco siguió sentado y miró primero a Petronio y después a Quinto, que permanecía inexpresivo, abajo en la arena. El gladiador le devolvió la mirada, pero Marco no fue capaz de interpretar qué era lo que su amigo quería transmitirle en esos momentos.

–Te mentiría si te dijera que me sorprende el resultado. Como te dije, he visto combatir antes a Quinto. Pero por muy espectacular que haya sido la pelea… esto no cambia nada. No puedo autorizar algo que no está en mi mano, *domine*. Quinto es propiedad de Marco Terencio Varrón. No puedo tomar esta decisión en su ausencia.

Petronio frunció el ceño por primera vez. Había confiado en que tras ver cómo se desenvolvía Quinto en la arena, Lemurio concediera su permiso. Antes de que él dijera nada, Cayo Quincio se le adelantó.

–Amigo Lemurio– comenzó a decir tras sentarse junto a él, en la misma silla que ocupara antes Petronio–, créeme que te comprendo. Conozco en persona a Marco Varrón. Es un hombre estricto al que le gusta actuar siempre de acuerdo con la ley. Y por ese motivo te propongo que lleguemos a un acuerdo.

Petronio no pudo evitar un gesto de sorpresa al ver cómo el duunviro había asumido aquello como un asunto propio. Quincio había pasado del enfado ante la idea de no contar con el desaparecido Eumelo en los juegos al entusiasmo absoluto por la perspectiva de que Quinto le sustituyera.

–Te escucho– dijo Marco.

–Yo mismo, como magistrado de Pompeya, te firmaré un documento en el que se te exime de toda responsabilidad en la decisión de que este esclavo participe en los juegos. Asumiré la carga de esa decisión, y así quedará atestiguado en ese documento que llevará mi sello y el de mi colega en el cargo, Marco Porcio. En caso de que ocurriera un accidente, los dioses no lo quieran, serán nuestros patrimonios los que hagan frente a cualquier indemnización que Marco Terencio Varrón exija. ¿Qué te parece? De este modo quedarías exento de toda responsabilidad penal y personal.

Marco iba a decir algo cuando el magistrado alzó la mano para indicar que no había terminado.

–Además, se te entregará una cantidad de dinero, dividida en dos

partes. Una para ti y la otra para Marco Terencio, en concepto de alquiler de su esclavo. Cantidad que se deducirá de lo que Petronio iba a recibir por la participación de sus hombres en los juegos, por supuesto.

Petronio apretó los labios ante la noticia de que sus ganancias se verían reducidas, pero no protestó. En aquella situación, si Marco Lemurio aceptaba, aquella era la mejor solución posible. Prefería perder algo de dinero a perder por completo el favor del magistrado.

–¿Qué te parece el acuerdo que te propongo? Mañana mismo tendríamos listos los documentos para que, si así lo deseas, le sean enviados al secretario de Varrón en Roma.

Marco cerró los ojos y pensó en la propuesta. Por mucho que aquel acuerdo cubriera todos los aspectos legales, la solución no acababa de convencerle. Tal vez Varrón no perdiera dinero en caso de que le ocurriera algo a Quinto, pero no era la cuestión económica lo que le preocupaba. Varrón era muy rico, uno de los hombres más ricos de Roma, y la parte monetaria de la pérdida de un esclavo seguramente le resultaría indiferente. Era la cuestión personal, el hecho de disponer de una propiedad suya sin su permiso y la reacción ante aquello, lo que atormentaba a Marco.

Por otro lado, estaba la cuestión del riesgo de que Quinto realmente sufriera alguna herida grave o incluso que resultara muerto. Marco no quería ser responsable de la muerte de un hombre que, más allá de ser un esclavo propiedad de otra persona, era también un amigo.

–¿Hablamos de la cantidad que recibirás?– preguntó Quincio, creyendo que Marco estaba mostrándose reticente en la esperanza de que el magistrado mejorara su oferta.

–No es el dinero lo que me preocupa– dijo–. De hecho, no deseo recibir cantidad alguna. Esa suma que tenéis en mente, *domine*, podéis enviarla directamente a casa de Varrón, a la atención de Trasíbulo, su secretario. Yo no puedo lucrarme con este asunto.

–Bien. Aclarado este asunto… ¿qué es entonces lo que te impide cerrar el acuerdo?

Marco se puso en pie y se apoyó en la barandilla. Abajo, en la arena, Quinto estaba siendo atendido por las mismas esclavas que habían limpiado el barro de Marco antes de la cena. El gladiador sostenía una copa de vino en la mano en lugar de la espada, pero mantenía la misma actitud tranquila y expectante.

Me preocupa perder a un amigo, eso es lo que me impide cerrar este trato, pensó. Miró a Quinto, pensó en su rostro cuando había desfilado junto a sus compañeros, antes del combate, en sus ojos llenos de luz, de ilusión, en su expresión de satisfacción y plenitud, de propósito cumplido. Pensó en eso y también en que si aquella había sido la dicha de Quinto en una simple exhibición ante cuatro hombres cuál no

sería su satisfacción al combatir en el anfiteatro ante miles de personas que ovacionaran su nombre. Con aquellos pensamientos en la cabeza, Marco suspiró.

–Quinto–llamó en voz alta.

El gladiador le devolvió la mirada y sonrió levemente.

–¿Deseas combatir en los juegos? Si fueras un hombre libre dueño de su destino, ¿participarías en los combates?

Quinto respondió de inmediato, con una sonrisa, ya abierta y franca, en los labios.

–Nada me haría más feliz que combatir en los juegos de Pompeya como gladiador.

Marco asintió, aunque él no sonreía.

–Así será entonces– dijo en voz baja. Se volvió hacia Lucio Petronio y Cayo Quincio–. Quinto combatirá en los juegos.

# CAPÍTULO 11
## LOS GLADIADORES

Una vez tomada la decisión de que Quinto participaría en los juegos, Marco no tenía motivo alguno para permanecer en aquella casa más tiempo. Petronio y Quincio insistieron en que Marco se quedara con ellos a celebrar el acuerdo al que habían llegado disfrutando de uno de los mejores vinos de la bodega de aquella *domus*, pero él, venciendo la tentación de probar aquel caldo que tanto prometía, se disculpó afirmando que tenía asuntos que atender al día siguiente muy temprano. Petronio no se mostró insistente. Al fin y al cabo, ya había obtenido lo que quería. Un gladiador para sustituir a Eumelo y la tranquilidad de que el duunviro Cayo Quincio estaba satisfecho con el negocio. Quincio, sin embargo, sí se mostró más interesado en retener a Marco Lemurio para poder charlar con él, pero, a pesar de sus peticiones, no logró que este aceptara otra copa de vino.

–Tendré preparados los documentos mañana mismo y una copia saldrá hacia Roma en cuanto mi colega haya puesto su sello en ellos como testigo. Sin embargo, no hemos cerrado la cantidad que debo remitir a Varrón…

–Estoy seguro de que la cantidad que tenéis en mente será más que suficiente– respondió Marco, ganándose aun más a su interlocutor al demostrar tal confianza en él y en su criterio–. Disculpadme ahora, *domine*. Ha sido un placer compartir esta cena en tan honorable compañía.

–Sin duda le espera una larga noche cazando estriges y persiguiendo ninfas por los bosques– comentó Sexto Peduceo a Petronio, en voz lo bastante alta como para asegurarse de que Marco le escuchaba.

Quincio, que no conocía la causa de la tirantez entre aquellos dos hombres, los miró a uno y otro y optó por guardar silencio, aunque se dijo a sí mismo que esa misma noche trataría de averiguar por qué Peduceo sentía tal animadversión por alguien a quien, en principio, acababa de conocer.

–Celebro haberte conocido, Marco Lemurio. Si necesitas cualquier cosa durante tu estancia en Pompeya, la *domus* de Cayo Quincio estará abierta para ti.

El magistrado estrechó la mano de Marco y este le devolvió el apretón con sinceridad. Eran raras las ocasiones en las que había conocido a un hombre rico que mereciera su confianza, pero sin duda aquel magistrado pompeyano le generaba al menos buenas

sensaciones. Se despidió de Petronio de forma más fría e ignoró directamente a Sexto Peduceo antes de abandonar la terraza. Dado que las dos mujeres ya no estaban en el salón, Marco decidió marcharse sin más en compañía del esclavo al que el lanista había designado para que lo acompañara hasta la salida. Petronio, que tan solícito se había mostrado antes de cerrar el acuerdo, ni se molestó en ofrecer a Marco una litera o una escolta de esclavos para que le acompañaran de regreso a su casa.

–Llévame junto a Quinto– dijo Marco al esclavo–. Supongo que estará en las dependencias de los gladiadores.

El esclavo obedeció y guió a Marco hasta fuera de la *domus*, a la zona del *ludus* en la que hacían sus vidas los gladiadores y en la que ambos suponían que encontrarían a Quinto. Sus suposiciones eran correctas. Encontraron al esclavo en uno de los barracones, celebrando junto con sus compañeros, incluidos los cinco a los que Quinto había derrotado un rato antes en la arena. Los gladiadores bebían vino y comían grandes trozos de carne asada en espetos que un grupo de esclavas iban trayendo de la cocina. Los cánticos, las risas, las palmadas en la espalda, y las bromas soeces llenaban el ambiente de la estancia. Uno de los cinco gladiadores derrotados, el que había recibido el impacto con el escudo de Quinto en plena cara, tenía parte del rostro vendado y bebía vino de una copa a pequeños sorbos, sin poder comer debido al dolor en la boca. Pese a ello, se sumaba a los cánticos y las risas cada vez que tenía ocasión, como si no guardara ningún rencor por las heridas recibidas.

Al entrar y ver aquel panorama, Marco pensó que él mismo se habría sentido mucho más cómodo en una cena como aquella que en la que acababa de vivir en la *domus* de Petronio.

–¡Marco!– exclamó Quinto al ver entrar a su amigo. En el rostro del esclavo había desaparecido ya por completo cualquier resto de la solemnidad y la seriedad que había demostrado en la arena. Volvía a ser el mismo bruto bonachón y desenfadado de siempre. Se acercó a Marco y lo abrazó con todas sus fuerzas, levantándolo del suelo.

–Grandísimo animal, no puedo respirar.

Quinto le dio un último apretón en el que Marco creyó que todos los órganos de su cuerpo iban a estallar, y finalmente le dejó en el suelo. Cuando Lemurio creyó estar ya a salvo de las muestras de afecto de su amigo, una palmada de Quinto en su espalda estuvo a punto de tirarlo al suelo.

–¡No sabes lo feliz que me siento, Marco! Desde que Varrón me compró he soñado con este momento. ¡Y por la jodida Venus que creí que nunca iba a llegar! Pensé que nunca volvería a saltar a la arena, que me pasaría los últimos años de mi vida vigilando una mierda de puerta o cuidando del culo de algún niño rico en sus salidas

nocturnas. No lo digo por ti, no te ofendas…

Marco le miró mientras trataba de recuperar la compostura. Nunca se habría podido imaginar que la ilusión de Quinto ante la perspectiva de volver a combatir en la arena llegaría a tales niveles. El esclavo estaba radiante, feliz como un niño al que el maestro ha dado el día libre para jugar en las calles con sus amigos. Marco siempre había visto a Quinto como una criatura noble y sencilla que vivía en un estado de perpetua felicidad, sin complejas ideas ni sueños imposibles que le atormentaran el alma. Sin embargo, aquel día comprobó que sí existían cosas capaces de hacer a Quinto incluso más feliz.

–¿Tanta ilusión te hace que te rompan la cabeza ante miles de espectadores?– preguntó Marco.

Quinto prorrumpió en carcajadas.

–Para empezar, no creo que consigan romperme la cabeza. La tengo muy dura y tendrían que darme directamente con una porra o con el filo de la espada para…

–Es solo una expresión Quinto– dijo Marco, que en ocasiones se olvidaba de lo literal que podía llegar a ser su amigo.

–Y para terminar…– continuó el esclavo, pero no supo terminar la frase–. En fin, no sé cómo explicarlo.

–Porque no se puede explicar– intervino un personaje de rostro curtido por el sol y pelo entrecano–. Solo quien ha sentido en sus venas arder la sangre en una tarde de combate, quien ha escuchado el rugido del público clamando su nombre… Solo quien ha caído ante el rival y ha esperado con miedo y ansia el veredicto del editor sobre su vida o su muerte, jurando a todos los dioses en silencio que si se le concede otra oportunidad será un hombre mejor, un luchador mejor, que jamás volverá a hincar la rodilla en el suelo… Solo quien ha experimentado esas sensaciones puede entender la dicha inmensa que supone ser elegido para combatir en los juegos. Ni el más aficionado a los *munera gladiatoria* sería capaz de poner en palabras lo que siente el gladiador cuando empuña la espada, ni los sentimientos que le inundan cuando cruza la *porta triunfalis* con el cuerpo cubierto de sangre y sudor.

Marco reconoció de inmediato al hombre que había organizado y dirigido el combate en el que Quinto había vencido, aquel al que todos se referían con el título de *doctor*. Cuando aquel comenzó a hablar, todos los gladiadores y esclavos guardaron un silencio respetuoso. Los que estaban en pleno brindis detuvieron las copas en el aire, y los que fingían pelear se quedaron enlazados, pero cesaron en sus forcejeos.

El entrenador dio un paso al frente y extendió la mano a Marco, que le estrechó el brazo.

–Supongo que eres el famoso Marco Lemurio del que Quinto nos ha

hablado.

–El mismo– respondió él.

–Soy Titono, *doctor* del *ludus*. Celebro que hayas decidido dar permiso a Quinto para combatir en estos juegos.

–Sí, todo el mundo parece muy feliz con ello. Espero no tener que lamentarlo más adelante.

–No lo creo. Ya sabes que este tipo de *munera* rara vez terminan con la muerte de los combatientes.

–No soy muy aficionado a los juegos. Pero una pequeña probabilidad de que Quinto pueda morir ya me parece demasiado.

Quinto estrechó a su amigo por los hombros con el brazo derecho, teniendo más cuidado en aquella ocasión para no hacerle daño.

–Te preocupas demasiado, Marco. ¿Te imaginas que yo sufriera cada vez que tú sales a las tabernas de la Subura por la noche? ¿Que me preocupara por si algún borracho te clava una daga en la espalda, o por si un jugador de dados enfadado decide darte una paliza? Pues es lo mismo conmigo en la arena del anfiteatro. Esa arena es mi lugar. El sitio al que pertenezco.

–¿Insinúas que las tabernas son el lugar al que pertenezco?– preguntó Marco, haciéndose el ofendido.

–La verdad es que te he visto más tiempo en una taberna que en tu propia casa… ¡Tú ya sabes lo que quiero decir!

–Sí, Quinto. Sé lo que quieres decir. Me alegra de corazón verte tan feliz.

–¡Por Marco Lemurio!– gritó uno de los gladiadores alzando la copa.

–¡Por Marco Lemurio!– corearon todos antes de seguir bebiendo, charlando y disfrutando de la pequeña fiesta improvisada.

–Bebe con nosotros, Marco– dijo el *doctor*–. A no ser que la compañía de los gladiadores no te parezca adecuada…

–Créeme que frecuento compañías peores– respondió Marco sonriendo. A aquella celebración sí iba a sumarse con gusto.

Dos de los gladiadores se movieron para dejar que Marco pudiera sentarse en uno de los bancos corridos contra el muro. Al instante le sirvieron vino en una copa de madera, y cuando Marco lo probó pensó que, aunque era de una calidad muy inferior a la que le había servido Petronio en la cena, el vino de los gladiadores le sabía mucho mejor.

Entre el vino que ya había bebido durante la cena y el que le sirvieron los gladiadores, Marco no tardó en sumarse a la alegría general e incluso a lanzarse con algunos cánticos pegadizos plagados de referencias sexuales y dobles sentidos. A la tercera copa de vino se sentía como si conociera a aquellos hombres de toda la vida. A la cuarta, como si él mismo fuera un compañero de armas más de aquel *ludus*. Marco observó que aquellos gladiadores eran capaces de beber como auténticos legionarios después de una batalla, y supuso que

aquel tipo de celebraciones en las que el vino corría a raudales debían de ser muy habituales. Un contraste muy fuerte con la austeridad que reinaba en la casa de Varrón y a la que Quinto había tenido que acostumbrarse al ser comprado por este.

En medio de un cántico que entonaron todos cogidos de los hombros y balanceándose de forma torpe, Marco se se dio cuenta de que había un gladiador que bebía solo con el ceño fruncido, sentado en uno de los extremos de los bancos. Aunque había intentado sumarse a la fiesta en varias ocasiones, en todas ellas había acabado por regresar a aquel rincón para seguir bebiendo al margen de los otros.

–¿Qué le pasa a ese hombre?– preguntó Marco a Quinto, susurrándole al oído.

Quinto miró a su compañero apartado y empezó a hacerle señas con grandes aspavientos.

–¡Taranis! ¡Eh, Taranis! Estás más serio que la jodida Minerva en una casa de putas. ¿Qué te pasa? ¡Ven a cantar con nosotros! ¿No te sabes la canción? Mira, repite conmigo… ¡La tabernera entonces se agachó y, oh, oh, oh, el tabernero se la…!

–No creo que ese hombre tenga muchas ganas de cantar, Quinto– dijo Marco.

El aludido alzó la copa para no parecer grosero, pero no se sumó a la invitación de Quinto de unirse de forma abierta a la fiesta. El *doctor* se percató entonces de la situación y se acercó al taciturno gladiador que bebía a solas. Quinto y Marco hicieron lo mismo, mientras el resto seguían bebiendo y cantando.

–¿Todo bien, Taranis? No sueles ser de naturaleza triste– dijo Titono sentándose junto a él.

–No dejo de pensar en Eumelo. No puedo creer que haya desaparecido sin más. Ni que lo haya hecho sin haber hablado con ninguno de nosotros antes. No tiene sentido. Algo le ha ocurrido. Y me encantaría encontrar al responsable de ello.

Taranis, un hombre fornido cuyo pelo rubio y ojos claros evidenciaban su ascendencia celta, golpeó la palma de su mano derecha con el puño de la izquierda.

–No puedo beber y olvidarme de ello sin más. Estoy feliz por el regreso de Quinto… pero Eumelo hoy debería estar bebiendo con nosotros.

–Es cierto que Eumelo estaba muy emocionado con los juegos– dijo el *doctor* con rostro de preocupación, como si las palabras de Taranis hubieran puesto de relieve un tema que a él mismo también le atormentaba–. Esta era la ocasión que había esperado durante años. El momento en el que se habría consagrado como uno de los grandes luchadores de este *ludus*. A mí también me desconcierta su

desaparición.

–¿Ha desaparecido así, sin más?– preguntó Marco.

Taranis contó a Marco todo lo sucedido el día anterior, cómo Eumelo se había mostrado un tanto deprimido al ser derrotado por Quinto con gran facilidad y cómo había manifestado su temor a no despuntar en los juegos y quedar eclipsado por el regreso del ex gladiador. Al escuchar aquello, Quinto abandonó todo rasgo de felicidad y se sentó junto al celta en el banco.

–Vaya… No sabía que Eumelo se había sentido así… De haberlo sospechado…

–¿Le habrías dejado ganar el combate?– preguntó el *doctor*.

Quinto reflexionó unos instantes y respondió.

–No. A ningún gladiador le gusta que le regalen la victoria. Es algo humillante. Pero podría haber dejado que la pelea durara un poco más para que él hubiera podido mostrar sus mejores movimientos.

Taranis dio unas palmaditas afectuosas en el brazo a Quinto.

–Tú hiciste lo que tenías que hacer. Lo que todos nosotros sabemos hacer. Luchar. Nadie puede reprocharte nada. Pero Eumelo es, o era… orgulloso, y en el último año se acostumbró a ser la gran estrella del *ludus*, el hombre al que nadie podía derrotar, el que se llevaba toda la atención del amo.

–¡Y al que todas las chicas de Pompeya querían follarse!– gritó uno de los gladiadores desde el otro lado de la sala. Su comentario fue respondido por varias risas, incluida la de Taranis. Marco se dio cuenta entonces de que la conversación había llamado la atención del resto, que poco a poco habían dejado de cantar para escuchar lo que decían de su compañero desaparecido.

–Tal vez se haya fugado con una de sus amantes. Alguna de ellas tiene mucho dinero. A estas alturas podrían estar embarcados rumbo a Egipto o Siria para darse la gran vida– comentó un gladiador. Algunos asintieron, pero la mayoría negaron con la cabeza.

–Eumelo no habría renunciado a los juegos por salir corriendo detrás de un par de tetas– dijo otro–. ¡Cosa que no puede decirse de la mayoría de vosotros, *mentulae* con patas!

Nuevas risas a coro de todos los asistentes, que disfrazaban de humor una situación que a todos preocupaba sinceramente. La desaparición de un gladiador no era algo habitual. Desde la rebelión liderada por Espartaco años antes todos los gladiadores se cuidaban mucho de no mostrar ningún deseo excesivo de libertad ante sus amos. Los lanistas de toda Italia seguían aterrados ante la idea de que sus gladiadores volvieran a protagonizar un levantamiento como el liderado por el tracio, y la disciplina en los *ludi* se había multiplicado hasta llegar a ser férrea. Si Eumelo regresaba sin una buena excusa o si era atrapado en plena fuga todos sabían cuál sería su destino. Colgar

de una cruz en medio del patio para ejemplo y escarmiento de todos sus compañeros. Por muy buen combatiente que fuera Eumelo y por mucho dinero que hubiera hecho ganar a Petronio, este no se arriesgaría a que el ejemplo de un esclavo fugitivo sin castigar se extendiera entre sus gladiadores.

–¿Y si lo ha atrapado una de esas estriges de las que todo el mundo habla?– dijo un esclavo muy joven, casi un niño, que se había dedicado a servir vino y comida toda la velada. Uno de los gladiadores se echó a reír, pero al ver que sus compañeros no le acompañaban en aquella reacción, guardó silencio. Ninguno tenía ganas de bromear con el tema de las estriges.

–No hablemos de esas cosas cuando ya ha caído el sol– dijo Taranis, haciendo un gesto con la mano que Marco reconoció como una costumbre de los galos para alejar el mal de ojo y otros conjuros.

–¿De verdad creéis en esas criaturas? ¿Qué sois? ¿Viejas asustadas de su propia sombra?– intervino un gladiador que, pese a su aparente desinterés en el tema, también había guardado silencio al escuchar hablar de las estriges.

Un momento después estalló una discusión en el grupo acerca de si había que creer o no en esos seres con formas diversas que supuestamente se colaban en las casas por las noches para beberse la sangre de los incautos que caían en sus manos. Unos afirmaban que las estriges existían y que tenían forma de lechuza con picos largos y afilados para clavarlos en la piel de sus víctimas y libar hasta la última gota de su sangre. Otros, que eran como mujeres hermosas que engañaban a los hombres para llevarlos hasta lo más profundo del bosque y allí cebarse con su carne. Alguno se sumó a la creencia de que la existencia de las estriges eran meros cuentos de abuelas, pero incluso estos lo dijeron en voz baja, con poco convencimiento.

–En mi tierra– dijo Taranis– se cuenta que las estriges pueden cambiar de forma, a veces se convierten en lobos para viajar por los campos a toda velocidad, y otras vuelan por los aires con alas emplumadas.

–Sea como sea, no hay estriges en Pompeya. Estamos en Italia, por los dioses, no en las montañas de la puta Tesalia donde viven las brujas– afirmó otro.

–¿Y entonces por qué todo el mundo habla de estriges desde hace unos meses? ¿Conocéis a Mucio Maior, el que trabaja en el termopolio cerca del foro? Dicen que la mujer de su hermano pequeño se convirtió en una de esas cosas y que el pobre marido se volvió loco desde entonces. Salieron de Caldeia con lo poco que pudieron cargar para evitar que su hija también se convirtiera en estrige.

–Y ahora que hablas de Caldeia… ¿Qué cojones ha pasado con esa ciudad? Cuentan que ha quedado abandonada y que ni los ladrones se

atreven ya a ir por allí. ¿Cómo explicáis eso? Yo os los diré. ¡Las putas estriges se han comido a todo el mundo! ¡Eso es lo que ha pasado!

–¿Insinuáis que una estrige se ha llevado a Eumelo y le ha chupado la sangre? ¿Nos hemos vuelto locos?

La discusión fue aumentando de tono hasta que Quinto se levantó y puso orden dando fuertes palmadas contra la pared que hicieron que pequeños trozos de cal se desprendieran del muro. Todos miraron al enorme esclavo y guardaron silencio. Quinto adoptó una pose solemne que no logró disimular que los efectos del alcohol ya habían empezado a hacer estragos en su equilibrio y su autocontrol.

–Dejad de parlotear. No hace falta que sigamos discutiendo acerca de si existen o no esas estriges– dijo con rostro muy serio–. Esta noche tenemos aquí a un experto en el tema. Mi amigo Marco Lemurio ha venido precisamente a Pompeya a investigar la presencia de esas cosas que se beben la sangre de la gente.

Todas las miradas se habían vuelto hacia Marco, que desde el instante en el que se había empezado a hablar de las estriges había dado un paso atrás y se había esforzado por pasar desapercibido para evitar precisamente la situación en la que Quinto acababa de ponerle.

Maldito tarugo borracho, pensó Marco al comprobar que toda la atención de la sala se centraba en él. Sin saber muy bien qué hacer, puso cara de no entender de qué estaba hablando Quinto. En otras circunstancias, habría temido incluso por su vida, ya que en la propia Roma todavía eran muchos los que no habrían dudado en arrastrarlo ante el pretor para acusarlo de brujería si hubieran escuchado una afirmación semejante y hubieran tenido alguna prueba para sostenerla. Marco confiaba en que, en Pompeya, o al menos entre aquel grupo de gladiadores, los prejuicios contra los que se ganaban la vida del modo en que él lo hacía no estuvieran tan arraigados.

–No me jodas. ¿Qué eres? ¿Una especie de brujo o algo así?– dijo uno de los gladiadores apartándose de Marco y haciendo que se confirmaran sus peores temores.

–A ver si va a ser uno de esos cabrones que se cuelan en el espoliario para robar la sangre de los gladiadores muertos cuando todavía está caliente y preparar pociones con ella– dijo otro poniéndose en pie.

–Uno de estos hijos de puta profanó la tumba de Caraxes y se llevó sus cenizas–dijo Taranis, que no se limitó a apartarse de Marco. El galo lanzó su brazo hacia él para agarrarle del pecho de la túnica.

La mano de Taranis no llegó a tocar las ropas de Marco. Quinto, al ver la reacción de sus compañeros, se había puesto en guardia y había agarrado el brazo del celta en el momento en que este había demostrado intención de agredir a Marco. Miró a Taranis con furia y apretó su brazo con todas sus fuerzas.

–No sé quién se llevó las cenizas de Caraxes. Pero si le tocas un solo pelo de la cabeza a mi amigo Marco serán las tuyas las que mañana pongamos en una urna.

Taranis, que también era un hombre fornido, pero mucho más bajo y endeble que Quinto, miró al esclavo con rostro de desafío, aunque sin atreverse a hacer nada. Todos los presentes guardaron silencio. Alguno de los gladiadores apretó los puños, dispuesto a tomar partido si aquella trifulca pasaba a mayores. Quinto había sido su compañero durante muchos años, y todos sentían por él un enorme respeto además de un arraigado temor a sus habilidades de combate. Pero Taranis era aún un gladiador de la casa de Petronio, y muchos sentían que ese vínculo era superior a cualquier otro, incluido el miedo a los puños del enorme esclavo.

Finalmente, el *doctor* alzó las manos y con toda la autoridad de su voz, puso orden en la estancia.

–Nadie acabará en una urna en los próximos días– dijo–. Marco Lemurio no solo es amigo de Quinto. Es un invitado personal de Lucio Petronio, un hombre que ha compartido el vino de nuestro amo esta misma noche, y más vale que ninguno lo olvidéis. Brujo o no, es un invitado, y las leyes de los dioses y los hombres son claras en lo que se refiere al respeto debido a las personas a las que sentamos a nuestra mesa. Taranis, relaja esa expresión y respira. Quinto, suelta el brazo de tu hermano.

El *doctor* puso especial énfasis en la palabra hermano con la que acabó su frase. El escuchar aquel término, Quinto soltó de inmediato el brazo del celta y este, al verse libre, no hizo amago alguno de intentar atacar a Marco.

–Mis disculpas– dijo Taranis a Marco, aunque su rostro seguía mostrando un aire de desconfianza–. El vino y los nervios por la desaparición de Eumelo se han aliado para hacerme perder el control. Quinto, te agradezco que me hayas detenido.

–Siento haberte… apretado tan fuerte– respondió Quinto. Estaba avergonzado, pero no por haber usado su fuerza para frenar a Taranis, sino por haber sido tan estúpido de revelar el motivo de la estancia de Marco en Pompeya. El orgullo de saberse amigo de un hombre que podía resolver todas las dudas y temores de aquellos hombres sumado a la cantidad de vino que había bebido y a la felicidad ante la perspectiva de combatir en los juegos le habían soltado la lengua y le habían llevado a cometer una imprudencia. Miró a Marco con cara de pena y agachó la cabeza.

–Todo en orden, entonces– dijo el *doctor*, y miró de reojo a Marco. Aquel hombre había intervenido para evitar un enfrentamiento que, tratándose de Quinto y de un grupo nutrido de luchadores profesionales, podía her terminado con un derramamiento de sangre

que todos habrían lamentado tarde o temprano. Sin embargo, era evidente que la noticia de que Marco se dedicaba a algo relacionado con la hechicería había hecho cambiar el concepto que de él se había formado–. Sigamos bebiendo a la salud de los vivos y de los muertos, de los presentes y de los desaparecidos.

–Os lo agradezco, pero es mejor que me marche– dijo Marco. En su pecho, como si fuera capaz de notar la hostilidad de todos los presentes hacia su portador, la lágrima de Perséfone había empezado a calentarse. Por un instante, Marco sintió curiosidad por saber si todos aquellos gladiadores serían rivales para el demonio que albergaba aquella piedra y que se adueñaba de su cuerpo en cada ocasión que liberaba su poder– Ha sido un día muy largo.

Ninguno de los gladiadores insistió en que se quedara. Marco, que en su vida cotidiana en Roma no tenía relación ninguna con el mundo de las luchas en la arena, no era consciente de lo mucho que los gladiadores, desde el inicio de sus carreras hasta su retirada o su muerte, aprendían a odiar a los hombres como él. Tal y como uno de ellos había dicho, la sangre caliente de un gladiador caído en combate era un bien muy preciado por brujas, magos y curanderos, ya que se suponía que tenía potentes propiedades curativas si se preparaba de la manera adecuada. Y no era solo la sangre lo que esos profesionales de la magia, real o fingida, apreciaban de los cuerpos de los gladiadores: sus uñas, sus cabellos, sus dientes, e incluso sus huesos y sus cenizas formaban parte de los ingredientes más cotizados en el desconocido campo de lo oculto. Como hombres que vivían y morían sumidos en una violencia extrema, se pensaba que sus cuerpos desarrollaban extraños poderes y energías que se podían desatar mediante palabras y gestos rituales. El propio Quinto, que había aprendido a apreciar a Marco y a no temer de él intenciones perversas, sentía un pánico atroz ante todo lo que estuviera relacionado con aquel mundo. Uno de sus más arraigados temores era que su tumba fuera saqueada algún día y aquello perturbara su descanso eterno y obligara a su alma a vagar por el mundo en forma de fantasma o le impidiera cruzar la Estigia en la barca de Caronte.

–Yo también me marcho entonces– dijo Quinto, muy serio. Estaba enfadado con sus compañeros por la violenta reacción que habían demostrado, pero más enfadado estaba consigo mismo por haber sido tan estúpido y bocazas.

–Quinto, quédate y disfruta. Están bebiendo en tu honor. Volveré solo a casa.

–Se me han quitado las ganas de beber– dijo, y lanzó una mirada furiosa al resto de gladiadores. Algunos, orgullosos, se la sostuvieron, pero la mayoría miraron hacia otro lado o agacharon la cabeza–. Vámonos.

Marco y Quinto pasaron en medio del grupo de gladiadores y se dirigieron hacia la puerta, donde uno de los esclavos les esperaba para acompañarlos a la salida. Antes de que se marcharan, el *doctor* se acercó a Quinto y le dio una palmada en el hombro.

–Nuestra alegría por tu regreso es sincera, Quinto. No dejes que este último malentendido nuble el recuerdo de un día feliz.

Quinto gruñó, sin responder nada inteligible. Titono, resignado, se volvió hacia Marco, sin tenderle la mano.

–Ha sido un placer conocerte, Marco Lemurio– dijo.

Marco, acostumbrado a que su forma de ganarse la vida generara rechazo y recelo en la mayoría de las personas que tenían conocimiento de ello, esbozó una sonrisa sarcástica y asintió, pero tampoco dijo nada.

El esclavo los condujo al exterior, al enorme patio en el que Quinto había luchado un rato antes. Allí se encontraron con Borax, el pequeño númida, que despidió al otro siervo y caminó junto a ellos. El cielo estaba ya completamente oscuro, pero había dejado de llover.

–¿Qué te han parecido nuestros gladiadores?– preguntó a Marco.

–Muy agradables– respondió este con sarcasmo.

–Mi amo me ha pedido que os ofrezca una de sus literas para que regreséis a vuestra casa de forma cómoda y segura.

–A Marco no le gusta viajar en litera– dijo Quinto, todavía enfadado.

Marco alzó la mano y le sonrió. No estaba enfadado con Quinto. El enorme gladiador había actuado desde la más absoluta inocencia, como siempre hacía. Pero en el momento en el que se había dado cuenta de su error y de que este podía poner en peligro a Marco, se había apresurado a intervenir con toda su fuerza, a sabiendas de que una pelea contra todos los gladiadores del *ludus* era un suicidio incluso para él.

–Creo que por una noche haremos una excepción. Dile a tu amo que aceptamos con gusto la litera.

Y, además, me llevo estas ropas tan cómodas, pensó.

# CAPÍTULO 12
## VIDAS DE ACTORES

Cuando el sol se puso sobre Pompeya y terminó la larga jornada de los actores y trabajadores del teatro, Céfiro sintió que podría haberse dejado caer en cualquier rincón y haberse quedado dormido allí mismo. Nunca en sus once años de vida había trabajado tanto. Él, que consideraba que Marco, su amo, le exigía unas responsabilidades atroces y más propias de los esclavos de una mina de sal que de un siervo doméstico como era él, había comprendido aquel día lo que era trabajar duro. Sin darle un instante de descanso, los actores y otros miembros de la compañía teatral, así como los responsables del mantenimiento del edificio, le habían acumulado una tarea tras otra, sin darle tiempo de descanso en momento alguno y sin pararse a pensar si el niño era capaz o no de hacer lo que se le ordenaba. Todos le habían tomado por un esclavo público de la ciudad de Pompeya que había sido destinado al teatro y al que en consecuencia podían explotar a placer para minimizar ellos sus propias tareas o para conseguir que el objetivo de tener todo listo a tiempo para el estreno se cumpliera. El resultado fue que Céfiro acabó el día agotado, con agujetas en todos sus músculos, la cabeza embotada y unas ganas terribles de mandar con Plutón a todos aquellos actores pretenciosos y, por supuesto, de no regresar jamás a ese infernal teatro.

Sin embargo, mientras todos los demás se iban retirando, bien a sus casas, bien a las tabernas y posadas donde se alojaban, él se quedó entre los últimos, doblando unos vestidos usados para las pantomimas y guardándolos con cuidado en unos grandes armarios. Aquella era la última tarea que le habían asignado, y tenía la firme intención de acabar con ella antes de marcharse a dormir. Justo cuando terminó de doblar la última túnica y de colocarla en la parte superior de una pila de prendas, sintió que había alguien a su espalda. Céfiro se dio la vuelta y se encontró con el anciano Sóstrato, que le miraba muy serio con su único ojo útil. El niño no había vuelto a cruzarse con él desde que le había dejado en manos de Lais y el resto de la compañía aquella mañana.

–¿Cómo ha ido tu primer día en el maravilloso mundo del teatro?– dijo con voz cargada de ironía.

Céfiro resopló.

–Si alguien me pide que vacíe otro orinal lleno de meados juro por Mercurio que le prendo fuego al edificio.

Sóstrato sonrió levemente.

–No todo es como se ve desde la cavea, ¿verdad? Los actores cagan y mean, y alguien tiene que zurcir sus disfraces.

Céfiro se dejó caer sobre un taburete. Era la primera vez que se sentaba en toda la jornada.

–Pensé que…

–Oh, pensaste sin duda que te pediríamos que ensayaras con Lais sus versos de Menandro. O que directamente te daríamos un pequeño papel en una de sus menipeas, o mejor aun, en una tragedia de Pacuvio. Pues ya ves, esto no funciona así. Hay que vaciar muchos orinales antes de pisar el escenario, si es que algún día llegas a hacerlo. Y después, cuando consigues actuar, cuando empiezas a triunfar y crees que todo el camino ha merecido la pena… entonces los dioses te dan la espalda de nuevo y… y…

Sóstrato se quedó mirando a un rincón en penumbra. Por un momento Céfiro pensó que el anciano no estaba ya hablando con él, sino con otra persona oculta en las sombras. Pero no había nadie en aquel almacén, salvo Sóstrato y él mismo.

–¿Y? ¿Qué pasa después?

Sóstrato volvió a mirar a Céfiro con rostro de curiosidad, como si se sorprendiera de encontrar al niño allí a pesar de haber estado hablando con él solo un momento antes. El anciano gruñó una maldición que Céfiro no pudo entender. Era evidente que Sóstrato también estaba agotado tras un día de trabajo muy duro.

–Es mejor que te marches. Entenderé si mañana no quieres volver– dijo dándole la espalda.

–¿Y por qué no iba a querer volver? Ahora que he aprendido a hacer las cosas y que conozco el nombre de todo el mundo.

Sóstrato se detuvo y se giró hacia Céfiro de nuevo.

–¿Es que no has tenido suficiente?– preguntó.

–Quiero estar aquí el día del estreno– respondió el niño–. Y si para eso tengo que limpiarle el culo a ese presuntuoso de Paris durante varios días, lo haré con gusto.

Sóstrato hizo una nueva mueca que se parecía a una sonrisa.

–Por Mercurio que estás más loco de lo que yo creía… Aunque, ¿quién no lo está en este mundo? Te espero mañana aquí a la misma hora. Pero recuerda, solo si tu amo está de acuerdo. Y ahora márchate. Come algo y descansa.

Céfiro asintió y echó a correr en dirección al pasillo. Antes de salir, sin embargo, se dio la vuelta hacia Sóstrato.

–Eso que estabas diciendo antes… Eso de que después de triunfar los dioses te dan la espalda de nuevo… ¿A qué te referías?

El rostro de Sóstrato se cubrió de una pátina de tristeza. El anciano giró el rostro, de nuevo hacia el rincón en sombras.

–Buenas noches, Céfiro– dijo–. Nos vemos mañana.

El niño entendió que Sóstrato no quería hablar más del tema y, tras encogerse de hombros, echó a correr de nuevo por el pasillo, en dirección a la salida del teatro.

–Céfiro. Espera– llamó el anciano. El niño se dio la vuelta hacia él y Sóstrato le lanzó algo que Céfiro cogió al vuelo con la mano derecha. Era una moneda pequeña, de plata. Céfiro no reconoció las figuras que estaban acuñadas en ella, por lo que supuso que debía de tratarse de una pieza de alguna ciudad griega. En una cara, la moneda tenía la silueta de una tortuga. En la otra, unas curiosas formas geométricas cuadradas.

–El trabajo bien hecho hay que pagarlo– dijo.

El niño, con la moneda en la mano, sonrió. No había pensado que le darían nada por su trabajo de aquel día, pero desde luego no iba a despreciar aquel regalo. Cada moneda que conseguía era un paso más hacia su ansiada libertad. Hizo un gesto de despedida hacia Sóstrato y echó a correr de nuevo por el pasillo.

Cuando salió a la calle, el frescor de la noche golpeó a Céfiro en el rostro, despejándolo un poco de su sopor y su cansancio. A pesar de que se sentía agotado y de que no podía evitar un resto de rencor hacia aquellos que peor le habían tratado en aquella jornada, una parte de él estaba deseando que llegara el día siguiente para reanudar el trabajo. Confiaba en que Marco le diera permiso para regresar allí al menos hasta el día del estreno.

Céfiro echó a andar por la plaza que se abría ante el teatro, dispuesto a llegar a casa cuanto antes para dejarse caer en el jergón y descansar las horas que le fuera posible. Al girar una esquina se encontró con una parte de los actores de la compañía con los que había estado trabajando aquel día, bebiendo y comiendo frente al mostrador de una pequeña *caupona* que, aunque el sol ya había caído, aún no había cerrado sus puertas a los clientes. No resultaba habitual ver a mujeres libres bebiendo en compañía de hombres en una taberna, pero al tratarse de actrices, un oficio considerado infamante y que convertía a las que lo desempeñaban en seres en gran medida al margen de la sociedad y sus normas, la escena no llamaba la atención de nadie. Al ver al niño, Paris, el actor que tanto había insistido en que se le preparara la peluca rubia para poder interpretar al homérico Menelao, alzó su vaso de vino y le llamó a grandes voces.

–¡Niño, eh niño! ¡Ven a beber con nosotros! ¡Te has ganado una buena cena después del trabajo que has hecho hoy!

Otros actores y actrices, Lais entre ellos, su sumaron a la invitación y le hicieron gestos para que se acercara. Toda tensión, toda brusquedad y enfado, que hubieran existido durante la jornada parecían haberse disipado al calor del vino y la comida.

Céfiro dudó unos instantes. Marco le había dado permiso para

colaborar en los trabajos del teatro, pero no para unirse a una fiesta en una taberna, un lugar que tenía por completo prohibido a no ser que acudiera a él en compañía de su propio amo. Estaba a punto de rechazar la invitación cuando el estómago comenzó a rugirle de hambre. A media tarde alguien le había ofrecido un cuenco con higos secos y almendras, pero aquello había sido lo único que había comido en todo el día. Por otro lado, las perspectivas de llenarse el estómago al llegar a casa no eran tampoco muy halagüeñas. Por algún motivo que Marco no le había explicado, la cantidad de dinero de la que disponían desde que habían llegado a Pompeya se había ido reduciendo y, en consecuencia, los encargos de llenar la despensa se habían ido espaciando. El resultado era que la cantidad de comida disponible en el pequeño apartamento se parecía mucho a la que habían tenido en Roma en tiempos de escasez. Además, a aquellas horas de la noche el propio Marco sin duda estaría fuera, cenando y bebiendo en alguna taberna él mismo, por lo que Céfiro no podía contar con que su amo hubiera llevado alimentos a casa.

Tras dudar unos instantes, Céfiro se dejó vencer por el hambre y se acercó a la *caupona* en la que bebían y comían los actores. Estos prorrumpieron en aplausos y vítores.

–¡Vino para el niño!– ordenó Paris a la joven que atendía el mostrador. La chica miró a los actores con fastidio mal disimulado. Era evidente que estaba deseando que aquellos clientes de última hora se marcharan para poder ella misma empezar a recoger el local y retirarse a descansar.

–Con agua– dijo Lais a la joven–. No queremos niños borrachos por las calles.

–Los niños de hoy en día empiezan a beber desde que sueltan la teta de la madre– dijo Paris.

–No si yo estoy cerca– respondió la veterana actriz, que cogió el vaso de vino muy aguado que le tendió la tabernera y se lo tendió a Céfiro con una sonrisa–. Los niños deben comer bien y mantenerse alejados del vino.

Céfiro tomó el vaso y dio un largo trago. En realidad, lo que Paris había dicho acerca del consumo de vino se acercaba más a la realidad que él mismo vivía que al mundo idílico que dibujaban las palabras de Lais. Los niños de la Subura se acostumbraban a beber vino desde muy pequeños, simplemente porque aquella era una fuente de nutrientes barata y abundante a la que ninguna familia pobre podía renunciar, sin tener en cuenta los efectos que el alcohol pudiera tener en sus cuerpos. Además, si algo no faltaba nunca en la despensa de Marco era precisamente el vino. De peor o mejor calidad, pero estaba siempre presente. Céfiro, en consecuencia, se había criado en un mundo en el que el vino era algo habitual.

Otra de las actrices le acercó a Céfiro un cuenco con lo que parecían ser trozos de pescado seco sazonado con especias. El niño cogió un trozo y de inmediato sintió en la boca una explosión de picor que tuvo que acallar con otro trago de vino aguado. El niño siguió comiendo y bebiendo en silencio bajo la atenta y divertida mirada de los actores y actrices.

–Por los dioses que nuestro esclavo traía hambre atrasada… ¿No te da de comer ese viejo Sóstrato, muchacho?– preguntó uno de ellos.

Céfiro tragó con esfuerzo el último trozo de pescado.

–Sóstrato no es mi amo. Él solo… me deja ayudar en el teatro.

–¿No trabajas con Sóstrato? ¿Y quién es tu amo entonces?

Céfiro, que a diferencia de Quinto sí tenía claro lo que debía y lo que no debía revelar de la identidad de Marco Lemurio, dijo que su amo era un romano que estaba de visita en Pompeya por negocios personales.

–Algo de comprar cosas que traen en barcos para venderlas él en Roma. No estoy muy seguro– dijo Céfiro con cara de inocencia.

–¿Eres el esclavo de un comerciante entonces?– preguntó Paris–. ¿Y te deja tu amo que te mezcles con la gente del mundo del teatro? ¿No tiene miedo de que se te pegue algo de nosotros? ¡Tenemos muy mala fama!

–Sobre todo tú– dijo una de las actrices–. Tu culo es conocido desde los confines del Océano hasta Anfípolis.

Los presentes respondieron carcajadas y Paris hizo el amago de vaciar su vaso de vino en la cabeza de la que había intentado ofenderle.

–Mi amo me deja bastante libertad– dijo Céfiro–. Siempre que cumpla con las tareas de casa, claro.

–¡Brindo por ese amo!– dijo Paris. Todos alzaron las copas y brindaron a la salud de un Marco Lemurio al que ninguno de ellos conocía–. ¿Cómo te llamas, chico? Me temo que no nos han presentado.

Claro que nos han presentado, cabrón presumido, pensó Céfiro. Pero te has pasado el día estirado como una vara y protestando sin parar hasta que el vino te ha relajado un poco.

–Se llama Céfiro– dijo una de las actrices, la más joven–. Como el viento.

–Con ese nombre no tendrás que buscar otro si algún día llegas a ser actor. Céfiro… Me gusta cómo suena. Parece pensado para que te dediques a esto.

–Ojalá– dijo el niño con mirada soñadora.

–Ten cuidado con lo que deseas– intervino Lais–. A veces los dioses nos conceden nuestros deseos y cuando nos damos cuenta de nuestro error… es demasiado tarde.

–¿Lo dices por experiencia?– preguntó Paris en tono burlón.

Lais sonrió, pero en sus ojos había una sombra de pena que no fue capaz de disimular.

–¿Te gustaría ser actor entonces?

–Siempre me ha gustado mucho el teatro. Pero como a mi amo no le interesa especialmente, no voy tanto como me gustaría.

–No has respondido a mi pregunta– dijo el joven actor, sonriendo desde detrás del vaso de vino.

–Soy un esclavo– dijo Céfiro–. ¿Qué importa lo que yo quiera?

Todos los actores guardaron silencio ante aquella respuesta demoledora. Todos ellos, como actores, formaban parte de uno de los grupos sociales más despreciados en Roma. Los que se dedicaban al mundo de la escena eran considerados infames, y como tales eran ciudadanos de segunda que no podían estar presentes en eventos como rituales religiosos y que, desde luego, no podían ejercer magistratura alguna con independencia del dinero que llegaran a tener. Todos, incluso quienes admiraban su trabajo, los miraban como a elementos peligrosos, cuando no lo hacían directamente con abierto desprecio. Sin embargo, todos aquellos hombres y mujeres eran al menos libres y habían decidido en mayor o menor grado a qué oficio dedicarse. Algo que no estaba al alcance de Céfiro.

–Bien, Céfiro– intervino Lais–, has comido y has bebido. Ahora es el momento de que regreses a casa. No queremos que tu amo se enfade y nos ponga una denuncia ante los duunviros. O que no te permita regresar mañana al teatro… Hay mucho trabajo que hacer antes del estreno.

El niño sonrió y asintió. Todos los miembros de la compañía le miraban como si compartieran las palabras de Lais. En ese momento, Céfiro sintió que le habían admitido, si no como uno más del grupo, sí al menos como alguien cuya presencia era bien recibida.

–Te acompaño– dijo Paris–. Por hoy he tenido bastante vino.

El resto, especialmente las actrices más jóvenes, protestaron, pero Paris insistió.

–Nos esperan días de mucho trabajo. Hay que darle algo de descanso al cuerpo ahora que aún podemos. Mañana empezamos los ensayos generales, y mi Menelao necesitará de todas mis energías.

–Paris representando a Menelao… Si Homero levantara la cabeza– comentó Lais con sarcasmo.

–Escribiría todo un poema épico solo para que yo pudiera recitarlo con mi hermosa voz– dijo Paris. El actor hizo una reverencia y dejó su vaso de vino sobre el mostrador de la *caupona*. Después se dirigió a Céfiro–. ¿Nos vamos? Podemos caminar juntos un rato. Seguro que conoces estas calles mejor que yo.

Céfiro asintió, feliz de poder compartir un tramo del camino con

aquel joven presumido y extravagante. Los dos se alejaron de la taberna caminando por las calles de Pompeya, todavía cubiertas de charcos debido a la intensa lluvia caída en los días anteriores. Paris no tardó en lanzarse a hablar él solo de lo primero que se le pasaba por la cabeza, sin apenas dejar intervenir a Céfiro. Era evidente que estaba acostumbrado a ser el centro de atención y que disfrutaba con ello. El esclavo se limitó a escuchar, fascinado por todas las historias que el actor le contaba acerca de sus experiencias en escenarios de toda Italia, de Grecia e incluso de ciudades orientales de las que él no había escuchado jamás hablar.

–Te lo aseguro, Céfiro, no hay en toda Pompeya nadie que haya actuado en más sitios que yo. Con excepción de Sóstrato, claro.

El niño miró a Paris con rostro extrañado.

–¿Sóstrato? ¿El encargado de los teatros?

–El mismo. ¿No conoces su historia?

–No. Pensé que era solo… ya sabes. Un esclavo.

–Bueno, ahora mismo sí es un esclavo público. Dicen que no le quedó más remedio que venderse a sí mismo cuando su carrera terminó. Pero antes de eso… ¿De verdad no has oído hablar de Sóstrato? Fue el mejor durante décadas. Dicen que era uno de los actores favoritos de Sila.

Céfiro y Paris llegaron a la esquina en la que sus caminos se separaban. Se detuvieron, el niño en la acera, el actor en la carretera, de forma que la diferencia de estatura de ambos quedaba ligeramente mitigada.

–¿Qué ocurrió?– preguntó el niño, deseoso de saber más acerca del hombre que le había franqueado las puertas del teatro–. ¿Por qué terminó su carrera así?

Paris suspiró y se sentó en el bordillo. Céfiro tomó asiento a su lado.

–Este oficio es así. Lo he visto tantas veces… Tan pronto te encuentras con el público entregado a ti y con la bolsa llena de monedas como te despiertas un día y ya nadie te ofrece un miserable papel secundaria en una pantomima. Te haces viejo, te quedas calvo, tu cuerpo ya no es capaz de hacer piruetas, tu voz cambia… al público dejas de gustarle, tu nombre ya no llena las gradas. Todos sabemos que es así, aunque muchos finjamos que no.

La voz de Paris se fue tornando cada vez más triste y sombría.

–Sóstrato empezó a perder la visión en uno de sus ojos. Ese fue el principio de todo. No conozco los detalles de su historia, pero me los puedo imaginar. La gente le olvidó, sin más. Y quien había sido aclamado por el público como un dios acabó limpiando las letrinas en las que ese mismo público que antes le aplaudía caga después de la función. Qué ironía, ¿verdad? Pues así es la vida de los actores.

–No lo sabía– dijo Céfiro.

–Es todo muy diferente a como se ve desde las gradas– respondió Paris. El actor revolvió el pelo del niño y se puso en pie–. Pero algunos no sabemos hacer otra cosa… En fin, qué le vamos a hacer. Los dioses reparten el talento de forma caprichosa. Y ahora me marcho. Buenas noches, Céfiro. Ha sido un placer conocerte.

El actor sonrió, aunque su sonrisa estaba cargada de melancolía tras la deriva que había tenido la conversación. Paris echó a andar por la calle desierta.

–Paris– llamó Céfiro, todavía sentado en el bordillo.

El actor se dio la vuelta.

–Creo que no quiero ser actor.

Paris sonrió, esta vez con sinceridad, y se apartó del rostro uno de sus mechones rubios.

–Una sabia decisión– dijo, y siguió caminando.

Céfiro observó al actor alejarse calle abajo y se preguntó qué sería de aquel hombre cuando su rostro ya no fuera bello, su torso musculoso se debilitase y su encanto se fuera marchitando. ¿De qué viviría? ¿Cómo conseguiría sobrevivir? Pensó también en Sóstrato, en la expresión del anciano cuando le había mostrado por primera vez el escenario del teatro, en la forma en la que sus ojos, incluso el que estaba ciego, se habían llenado de luz al mirar las gradas.

Tras haber escuchado la historia del anciano de labios de Paris, Céfiro entendió todo.

Paris dejó de sonreír en el momento en que giró otra esquina y quedó atrás la calle en la que estaba Céfiro. Era un hombre joven, de apenas veintitrés años, pero llevaba actuando desde los doce y en su alma sentía como si llevara varias vidas entregado al oficio del teatro. Y estaba cansado. Cansado de hacer un papel sobre el escenario y de hacerlo fuera de él. Cansado de aquella fachada de joven frívolo y caprichoso que se había construido desde muy joven para evitar que la gente conociera sus verdaderos sentimientos.

La conversación que había tenido con Céfiro le había afectado más de lo que estaba dispuesto a aceptar. Poner en palabras la historia del viejo Sóstrato le había removido sus más profundos miedos. Todos en el mundo del teatro conocían lo que había ocurrido con aquella vieja gloria, caída en desgracia y degradada a vulgar esclavo público, pero en realidad nadie hablaba de ello. Algunos incluso trataban a Sóstrato con desprecio y altivez, e incluso el mismo Paris se había sorprendido haciéndolo alguna vez, aunque en lo más profundo de su ser se odiara inmediatamente por ello. Sin embargo, todos veían en Sóstrato la encarnación de sus mayores temores. Envejecer y caer en desgracia, ser apartados de su oficio. Verse solos, abandonados, pobres y, ante todo, olvidados.

Si Sóstrato, que había sido un grande entre los grandes, que, según decían, había compartido banquetes con los más poderosos senadores romanos, había quedado reducido a ser un esclavo viejo y ciego, ¿qué sería de aquellos que, como el mismo Paris, no había cosechado más éxitos que los que él se inventaba cuando alguien le preguntaba? No tenía un mísero sestercio ahorrado, ni propiedad alguna, ni familia a la que acudir. Por no tener, no tenía ni la más mínima habilidad más allá de interpretar los papeles que le caían en suerte. ¿Qué haría con su vida cuando aquello ya no sirviera? ¿Qué sería de él?

Paris musitó una maldición y dio una patada al corazón de una manzana que alguien había tirado en el suelo. El trozo de fruta fue rebotando calle abajo hasta quedar a los pies de una columna. Paris siguió el corazón de manzana con la mirada… y descubrió que en el lugar donde este se detuvo había un hombre. Apoyado junto a la columna con gesto indolente y tranquilo, el hombre miraba al actor.

Paris apenas podía ver nada en medio de la oscuridad de la noche. Tras la puesta de sol, la mayor parte de las calles de Pompeya quedaban sumidas en sombras solo rotas por alguna lucerna encendida junto a un altar o por la luz que llegaba desde el interior de los locales que permanecían abiertos. La calle en la que estaba no tenía más iluminación que la que emanaban de tres pequeñas velas en una hornacina donde algún *collegium* de la zona había colocado una tosca estatuilla de madera consagrada a algún dios irreconocible.

El actor se arrepintió de inmediato de haberse separado del resto de sus compañeros y de haberse adentrado en aquellas calles de noche y a solas. No conocía el trazado de las callejas de Pompeya tan bien como para saber cuáles eran seguras y cuáles no. Desarmado, sin habilidad ninguna para enfrentarse a otro hombre en una pelea, Paris sabía que estaba totalmente indefenso si alguien decidía atacarle con intención de robarle o hacerle daño.

Intentó darse la vuelta de forma disimulada antes de que el hombre apoyado en la columna se percatara de su presencia, pero cuando comenzó a girarse comprendió que era demasiado tarde. El extraño se enderezó y piso el corazón de la manzana, que quedó hecho pulpa bajo su bota. Era un hombre grande, con las espaldas anchas y los brazos fuertes.

–No es seguro pasear por estas calles de noche– dijo.

Paris quedó impresionado por la frialdad de aquella voz. Él, que estaba acostumbrado a modular su tono para transmitir todo tipo de sentimientos en el escenario, se dio cuenta de que la voz de aquel hombre estaba vacía, hueca, no expresaba nada. Como si fuera la voz de un muerto.

El actor se quedó paralizado, sin saber si debía echar a correr por donde había venido o continuar su camino sin más. El hombre avanzó

hacia él y se situó bajo el lugar donde estaba la hornacina con la estatuilla de madera, quedando inmediatamente bañado por la luz de las velas. Paris observó que el extraño era joven, con un rostro atractivo enmarcado por una larga melena de color oscuro. Tal y como había supuesto al ver su silueta en medio de las sombras, tenía la musculatura muy desarrollada, y unas manos grandes y de aspecto fuerte. El hombre miró a los ojos de Paris y este quedó de inmediato hechizado por su profundidad.

–¿Te marchas ya?– preguntó.

Paris no hizo movimiento ninguno. El desconocido le estaba sonriendo con un gesto de picardía. Si lo que aquel hombre quería era robarle, desde luego su rostro no delataba aquella intención.

–Yo… La verdad es que sí… Me marchaba a… a casa.

El actor descubrió que le costaba hablar mientras aquel hombre le miraba sin pestañear. Él, que presumía de haber seducido a tantas mujeres y hombres como se había propuesto en su vida, que era de hecho el objeto de deseo de muchos y muchas en aquellas ciudades en las que la compañía actuaba, se sentía como una virgen primeriza en su noche de bodas ante aquel extraño que le doblaba en tamaño y envergadura. Desde muy joven y al igual que muchos de sus compañeros de profesión, Paris había tenido relaciones con hombres y con mujeres, tanto por deseo propio como por dinero, pero personalmente él siempre se había sentido más atraído por el sexo opuesto al suyo. Era capaz de disfrutar del sexo con otros hombres, sin duda, pero no encontraba en ellos la plenitud física que sí lograba alcanzar con las mujeres. Sin embargo, aquel extraño personaje… Por algún motivo Paris se encontró preguntándose cómo sería acariciar aquellos brazos y besar aquellos labios que parecían cincelados en la piedra.

–No te marches todavía. Esta noche va a ser fría.

El hombre sonrió y Paris, más tranquilo le devolvió la sonrisa. Era la primera vez que alguien le abordaba así, en la calle, sin conocerle de nada. La mayoría de sus encuentros sexuales se producían después de que alguien le hubiera visto actuar y se hubiera quedado prendado de su rostro o de su forma de moverse. De cualquier modo, aquella noche no andaba buscando acostarse con nadie, por muy atractivo que resultara. Si los dioses querían que aquello sucediera, volvería a poner a aquel hombre en su camino.

–¿Cómo te llamas?– preguntó.

–Eumelo– respondió, aunque por unos instantes pareció dudar de sí mismo–. Eumelo… sí, así es como me llamo.

–Eres muy grande, Eumelo. ¿Eres legionario?

–Gladiador– respondió–. El mejor gladiador.

–No me cabe duda. Ha sido un placer conocerte, Eumelo. Pero tengo

que marcharme. Búscame en el teatro si quieres volver a verme.

Eumelo dio un paso al frente y Paris pudo ver su rostro mejor aun. Su piel era muy pálida y tersa como la superficie de una escultura del mejor mármol. Pensó que para ser gladiador, la piel de aquel hombre tenía aspecto de no haber sido tocada por el sol en mucho tiempo.

–No te marches. ¿Por qué no me haces compañía? Tengo frío… Tengo mucho frío.

Paris se encogió de hombros.

–Esta noche no. Pero te aseguro que…

Eumelo se movió muy rápido. Cayó sobre Paris sin que este tuviera tiempo de acabar la frase. Empujó su cuerpo contra la pared, haciendo que el actor se quedara sin respiración por el golpe recibido en la espalda. Al instante, con una mano que parecía forjada en hierro, le tapó la boca para evitar que gritara. Paris comenzó a gemir, sin lograr articular palabra. Eumelo le alzó ligeramente, de forma que su propio rostro quedara frente al del actor.

–Nunca había tenido tanto frío– murmuró–. Él nunca me habló de esto. Nunca mencionó el frío.

Eumelo frotó su mejilla contra la frente de Paris y respiró profundamente, deleitándose con el aroma del actor.

–Pero tu cuerpo está caliente– susurró–. Tu cuerpo… tu sangre…

Echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca, dejando ver dos largos colmillos afilados. Cuando los clavó en el cuello de Paris, este intentó gritar de nuevo, pero la mano de la estrige, cerrada sobre su boca, se lo impidió. Eumelo comenzó a beber y a sentir el calor de la sangre de Paris, notando cómo inundaba todos y cada uno de sus miembros, y sufriendo porque sabía que más tarde o más temprano el frío y la sed regresarían.

Sumido en sus propios pensamientos, Céfiro continuó caminando en dirección al pequeño apartamento que compartía con Marco. Su parada en la *caupona* y su conversación con Paris le habían hecho retrasarse más de lo que le habría gustado. Ya era noche cerrada y muchas de las calles por las que tenía que cruzar estaban completamente desiertas y a oscuras. Acostumbrado como estaba a las peligrosas callejas de la Subura, supuso que sabría cuidarse para no tener un mal encuentro, pero uno nunca estaba seguro del todo. El niño se palpó la manga de la túnica, donde llevaba siempre oculto su pequeño estilete de hierro, un arma que había demostrado en muchas ocasiones ser letal si su rival se confiaba demasiado.

El niño se apartó de la carretera para que pasara un carro tirado por un burro famélico y continuó su camino. Dejó atrás una tintorería con su característico olor a orina y enfiló por una larga avenida algo más transitada. Finalmente, llegó hasta la calle en la que se encontraba la

casa de Calírroe.

Al pie de la escalera, sentada en el primer escalón, Céfiro observó a una niña que parecía dormida, con los ojos cerrados y el rostro tranquilo. De inmediato, reconoció a la muchacha que le había abordado el día anterior para tratar de convencerle de que intercediera ante Marco para que este la ayudara con algún asunto. El esclavo resopló fastidiado. Aquella chica no se daba por vencida. Tendría que ser Marco quien lidiara con ella. Céfiro estaba muy cansado y no tenía ganas de discutir con nadie aquella noche. Solo quería tumbarse en su jergón y dormir.

Por un instante pensó que no era muy seguro dejar a una chica de aquella edad durmiendo en la calle, a merced de cualquier desalmado que pasara por allí y quisiera abusar de ella. Sin embargo, acostumbrado como estaba a convivir con la pobreza, la miseria y el peligro que reinaban en las calles de Roma, decidió que aquel no era su problema. Si la chica era lo bastante tonta como para quedarse dormida en la calle a sabiendas de los peligros que acechaban en las sombras… bien, tendría que aprender por las malas a no ser tan incauta.

Confiando en que la niña no se despertara, Céfiro intentó ser muy silencioso y puso un pie en el escalón junto a ella. Sin embargo, en el momento justo en el que el esclavo subió por completo al primer escalón, la niña abrió los ojos y sonrió.

–Mierda…– murmuró Céfiro–. Perdón, no quería despertarte. Tú sigue durmiendo.

El niño subió otro escalón, pero ella le agarró de la túnica, obligándole a darse la vuelta. Él trató de liberarse, sin conseguirlo. La niña le miraba, sonriendo.

–Suéltame– dijo–. Ya te dije que no puedo ayudarte. Ve a buscar a otro a quien molestar.

–Era a tu amo a quien buscaba. Pero tú también puedes servir…

Mucia se levantó sin soltar la túnica de Céfiro y este se quedó muy quieto al ver que la muchacha parecía muy cambiada desde la última vez que la había visto. Su rostro, vulgar y nada llamativo, se había transformado por completo con unos rasgos proporcionados y maduros, más propios de una mujer desarrollada que de una adolescente recién llegada a la pubertad. Céfiro pensó que sin duda era la chica que le había abordado en la calle el día anterior… pero al mismo tiempo no era ella. Su cuerpo también parecía haber cambiado y sus formas haberse desarrollado en tan solo un día. Céfiro pensó que hasta parecía más alta.

–Mi amo no tardará en volver. Puedes esperar aquí sentada, si quieres. Aunque no sé si a la vieja Calírroe le gustará que duermas en su escalera… Incluso puedo sacarte algo de comer si quieres…

Mucia se echó a reír con unas carcajadas que sonaron increíblemente crueles y chillonas a oídos de Céfiro. Sin embargo, no fue el sonido de su risa lo que heló la sangre del niño. Fue la visión de sus colmillos, largos como los de un animal salvaje, lo que le hizo darse cuenta por fin de que aquella ya no era la chica a la que había visto el día anterior.

–Pensándolo mejor, no creo que tengas mucha hambre– dijo, y dio un tirón de su túnica que, finalmente, se liberó de la mano de Mucia. Céfiro intentó echar a correr por la escalera, pero la chica fue más rápida que él y volvió a agarrarle, esta vez directamente de la pierna.

–No te vayas tan rápido. Mi madre quiere conocerte…

–¿Tu madre quiere conocerme?– preguntó Céfiro tratando de mantener la calma. Se llevó la mano a la manga de la túnica y sacó de allí el estilete para empuñarlo con fuerza y clavarlo en la mano de la chica, que se cerraba en torno a su pantorrilla–. Pues dile que venga por la mañana.

Céfiro esperaba que la chica reaccionara con un grito de dolor y apartando de su pierna la mano apuñalada. Sin embargo, la expresión de Mucia no cambió. Siguió sonriendo, con los ojos muy abiertos, y con la mano que tenía clavado el pequeño puñal de Céfiro todavía cerrada alrededor de su pierna.

En lugar de ella, fue Céfiro el que empezó a gritar y a lanzar patadas para tratar de librarse de la criatura que amenazaba con arrastrarlo escaleras abajo. Alguno de sus golpes impactó contra el rostro de Mucia, pero fue como si pateara un muro de piedra. Como había con la puñalada en la mano, tampoco aquellos golpes hicieron que la chica borrara su sonrisa del rostro.

–Creo que conocerás a mi madre esta noche. A mi madre y a todos los demás.

Mucia tiró de la pierna de Céfiro y lo arrastró de nuevo hasta el primer escalón. El niño trató de zafarse, pero le fue imposible. Miró a los ojos de la chica y se encontró con que ya no eran ojos humanos. Además de haber crecido hasta un tamaño sobrenatural, habían adoptado un color completamente negro. Mucia abrió la boca mucho más de lo que un ser humano sería capaz de hacerlo y Céfiro comprendió que se disponía a morderle. Si no hacía algo, aquella criatura estaría comiéndose sus tripas sobre la escalera en cualquier momento.

Desesperado, se llevó las manos a los bolsillos en busca de algún arma, a sabiendas de que no encontraría allí nada parecido al estilete que ya había utilizado. Lo único que palpó fue un pequeño objeto de metal. La moneda de plata que Sóstrato le había dado en el teatro. El niño cerró los ojos, con la moneda en la mano, y gritó de rabia. No había nada que pudiera hacer. Pensó en las veces en que había estado

a punto de morir en los meses anteriores, a manos de los seguidores de Baco, primero, o descuartizado por el *collegium* de los carniceros de la Subura, después. A su cabeza acudieron imágenes de cómo había conseguido escapar de aquel templo junto al Tíber, y de cómo había abrasado vivos a los carniceros que querían matar a Marco por haber faltado al respeto a su líder. Todo para nada… Para acabar devorado por una criatura extraña de dientes afilados, lejos de Roma, lejos de su querida Subura.

Con un último grito cargado de odio, lanzó el puño contra la cara de la criatura y la golpeó una y otra vez, sin conseguir efecto alguno. La estrige estaba a punto de cerrar su mordisco sobre su cuello cuando Céfiro, ya casi sin fuerzas, en lugar de golpear con el puño, abrió la mano y plantó la palma en la mejilla de la criatura.

Por algún motivo, aquel último golpe sí consiguió herir a la estrige, que lanzó un grito de dolor, soltó a Céfiro y se llevó las manos al rostro. De una de las mejillas de la criatura salía un hilo de humo y Céfiro notó un ligero olor a carne quemada. El niño abrió la mano y observó la moneda de plata de Sóstrato en ella. ¿Había sido aquel objeto pequeño e inofensivo lo que había causado tanto daño a esa extraña criatura? Céfiro no tuvo tiempo de pararse a pensar. La estrige le miró con los ojos aun más grandes y negros, cargados de odio, y se lanzó contra él de nuevo. El esclavo, confiando en su intuición, cogió la moneda de plata con fuerza y la aplastó contra la frente de la chica.

El efecto fue inmediato. En cuanto su piel entró en contacto con la moneda, unas pequeñas llamas brotaron de su piel, que se empezó a resquebrajar por la quemadura. La criatura volvió a gritar de dolor y retrocedió hasta la calle.

–¡Quema! ¡Quema!– gritó, con una voz aguda que ya no tenía nada de humano. Pese a que era evidente el dolor que sufría por las quemaduras, volvió a mirar hacia la escalera, hacia Céfiro, que aun con la moneda en la mano, contemplaba a la estrige, paralizado. En la frente de la criatura pudo ver con claridad la silueta de la tortuga acuñada en la moneda. La estrige rugió y abrió los brazos. Céfiro vio entonces algo que acompañaría sus pesadillas a lo largo de toda su vida. De la espalda de la criatura brotaron dos alas enormes, de color tan negro como sus ojos. Alas coriáceas recubiertas de una membrana que la criatura desplegó lentamente. El rostro de Mucia casi había desaparecido y en su lugar habían emergido los rasgos de una criatura totalmente diferente, con la boca grande, sin nariz, y con escasos cabellos cubriendo el cráneo.

Céfiro no necesitaba ver mucho más para comprender que con una simple moneda en la mano no sería capaz de detener un nuevo ataque de aquel ser infernal una vez había adoptado su verdadera forma. Sin poder evitar que se le escapara un grito, se dio la vuelta y echó a

correr escaleras arriba. A su espalda escuchó a la criatura gruñir y un sonido que el niño identificó como el batir de unas alas. Cuando el sonido estaba más cerca, Céfiro alcanzó la puerta del pequeño apartamento y la abrió, dando gracias a los dioses porque Marco hubiera olvidado, una vez más, cerrarla con llave. Entró al apartamento casi sin respiración y cerró la puerta de golpe, convencido de que la criatura conseguiría entrar tras él, y de que una simple puerta de madera no la detendría. Sin embargo, la puerta se cerró, sin encontrar resistencia. Céfiro entonces se dirigió hacia la pequeña ventana y la cerró también, quedando el apartamento completamente a oscuras.
El niño entonces se arrastró como pudo hasta el rincón donde se encontraba el jergón de Quinto y buscó a tientas una de las armas que sabía que el antiguo gladiador guardaba allí. Su mano se cerró en torno a lo que parecía ser la empuñadura de una espada. Céfiro, se puso en pie, con la espalda contra la pared y, con la espada alzada frente a él, esperando a que la criatura entrara, rompiendo la madera de la puerta o de la ventana.

# CAPÍTULO 13
## *PALAKA*

Aunque Marco insistió en que Quinto viajara con él en el interior de la litera, este se negó con firmeza. Como hombre grande que era, no estaba acostumbrado a que nadie cargara con su peso. Además, dijo, se sentiría más seguro si hacia el trayecto caminando junto al vehículo, alerta ante cualquier amenaza. Los esclavos encargados de llevar la litera suspiraron aliviados al ver que Quinto se salía con la suya y no se subía en ella.

Marco hizo finalmente el trayecto tumbado en el cómodo colchón, con las cortinas echadas, y aprovechó para descansar en un lecho mucho más cómodo que la cama en la que dormía cada noche. Tumbado, mecido por el vaivén de los porteadores moviéndose a la carrera por las calles de Pompeya, pensó que al día siguiente tendría que escribir una carta a Trasíbulo explicándole la decisión que había tomado de permitir a Quinto combatir en los juegos. No sabía si las cartas que había enviado desde su llegada a Pompeya habían llegado a su destino, ya que ninguna de ellas había recibido respuesta, pero al menos tenía que intentarlo como medio para cubrirse las espaldas. Cuando la carta llegara a Roma, si es que lo hacía, los juegos ya se habrían celebrado, y el escriba de Varrón podría hacer poco para impedir que Quinto participara en ellos.

Marco no pudo evitar pensar en las consecuencias que aquello podría tener para él. Si Varrón se lo tomaba como una ofensa personal era muy probable que le retirara su protección y con ella los fondos que le asignaba para que investigara los temas en los que Marco era experto. Y sin el dinero de Varrón… en fin, tocaría volver a las calles a ganarse la vida, como siempre había hecho.

Una cosa sí tenía Marco muy clara: con el apoyo de Varrón o no, no se marcharía de Pompeya hasta que hubiera completado su venganza contra Crisógono, el hombre que había ordenado el asesinato de su madre. Nunca antes había estado tan cerca de conseguir el objetivo que había perseguido durante toda su vida adulta. Nunca antes había estado tan cerca de de encontrar al hombre que podía darle las respuestas que buscaba… para matarlo después con sus propias manos. Con todo el asunto de las estriges y de Quinto apenas le había dedicado tiempo a reflexionar acerca de cómo abordar de forma definitiva el asunto de Crisógono. Desde luego había conseguido engañar a uno de sus esclavos y tenía un plan en mente relacionado con él. Pero una vez Crisógono regresara y una vez sus informantes le

confirmaran que el temible liberto estaba de vuelta en Pompeya… Marco no sabía muy bien qué haría con él.

Estaba sumido en aquellas reflexiones cuando sintió que los porteadores bajaban la litera al suelo. Habían llegado a su destino.

Marco abrió las cortinas y se bajó de la litera. Estiró los brazos y la espalda y tomó aire. Notó que una ligera llovizna había comenzado a caer de nuevo y arrugó el gesto. Estaba cansado de lluvia y de humedad.

Quinto se despidió de los esclavos de Petronio, que levantaron la litera y se marcharon a toda prisa, y se dirigió hacia Marco.

–Antes de ir a casa quería… darte las gracias otra vez. Por dejarme combatir en la arena. Y pedirte disculpas por todo lo que mis compañeros dijeron de ti. Yo sé que nada de eso es verdad.

Marco sonrió y le dio unas palmaditas a Quinto en el brazo.

–No te confíes. Tal vez te saque la sangre una noche mientras duermes para hacer pociones con ella.

Quinto intentó sonreír, pero solo consiguió una mueca entre el miedo y el nerviosismo. Sabía que aquellas palabras de Marco eran solo una broma. Pero aun así le ponía los pelos de punta cualquier mención a que un brujo pudiera usar las partes de su cuerpo como ingredientes.

Los dos se disponían a subir las escaleras para entrar al apartamento cuando Quinto detuvo a Marco.

–¿No hueles algo raro?– dijo– Como si alguien estuviera asando carne.

Marco olisqueó el aire y asintió.

–Ahora que lo dices… es verdad. Supongo que los esclavos de la vieja estarán preparando un asado.

Quinto sonrió y asintió, y Marco le adivinó de inmediato el pensamiento.

–No me digas que tienes hambre después de todo lo que hemos comido.

–Ya sabes que yo siempre tengo hambre– respondió el gladiador–. Herencia de lo poco que me daban de comer en el ejército, supongo.

–Seguro que te comías las raciones de media centuria– comentó Marco mientras reanudaban la subida por la escalera.

–La verdad es que un centurión me dijo una vez que con todo lo que comía le sería más útil al ejército si me pasara al enemigo. Es lo que menos me gustaba de las legiones, la comida. No me importaba que me pegaran con la vara, ni que me obligaran a marchar horas y horas bajo la lluvia, pero ese agujero en el estómago que…

Mientras hablaba, Quinto abrió la puerta del apartamento. En el momento en el que Marco y él pusieron un pie en el interior de la casa, algo se abalanzó contra ellos lanzando alaridos. Marco apenas

tuvo tiempo de reaccionar, pero Quinto, más acostumbrado a los combates y con los reflejos mucho más entrenados, acertó a apartar a su compañero de un empujón y se puso en posición defensiva antes de que su atacante llegara a caer sobre ellos. El esclavo vio el filo de una espada corta acercándose a él con intenciones homicidas y no lo dudó dos veces. Se puso de perfil, haciendo que su atacante cayera al suelo víctima de su propio impulso y de inmediato se dispuso a golpearle para dejarlo fuera de juego.

–¡Quinto, espera!– gritó Marco desde el suelo.

El antiguo gladiador no entendió por qué Marco le pedía que se detuviera, pero, aunque todo su ser le gritaba que descargara el golpe, hizo caso de su amigo. Y al momento elevó una plegaria de agradecimiento a los dioses por haberlo hecho. En el suelo, de espaldas y con el arma aún en las manos, estaba el pequeño Céfiro. Con los ojos cerrados y expresión aterrada, seguía dando mandobles al aire y gritando cosas ininteligibles.

–Céfiro…– murmuró Marco. Trató de acercarse al niño, pero tuvo que retroceder ante el riesgo de que este le alcanzara con la espada.

Quinto se aproximó con más habilidad y, acostumbrado como estaba a esquivar golpes mucho más certeros y letales, consiguió agarrar las manos del niño y obligarle a soltar el arma. El enorme esclavo aferró a Céfiro por los hombros, lo levantó y lo puso contra su hombro para tranquilizarlo.

–Somos nosotros, niño. Soy yo, Quinto. ¿Qué ha pasado?– susurró.

Marco, ya sin riesgo de recibir una estocada, avanzó de rodillas hasta ellos y comenzó a acariciar el pelo del niño, refugiado contra el cuerpo de Quinto, hasta que este dejó de gritar.

–Ya está, Céfiro. No hay peligro. Estamos aquí.

El pequeño esclavo rompió a llorar como Marco hacía años que no le veía hacerlo.

Los tres permanecieron un rato en silencio hasta que unos pasos subiendo las escaleras los alertaron. Marco hizo una señal a Quinto para que cogiera a Céfiro y lo llevara dentro del piso, mientras él mismo se ponía en pie para recibir a quien se estuviera acercando. Con cuidado se llevó la mano a la daga y salió al rellano, donde se encontró con un chico joven y delgado que llegó hasta él resollando por el esfuerzo de subir corriendo las escaleras. Marco reconoció de inmediato a uno de los esclavos de Calírroe, su casera.

–Dice mi ama que si seguís dando gritos y haciendo ruido mañana mismo os pone en la calle.

Marco miró al esclavo con el ceño fruncido y se aguantó las ganas de estampar el puño en su cara.

–Dile a tu ama que no haremos más ruido. Y que puede irse al Hades a a lamerle las pelotas a Cerbero de mi parte.

Marco entró en el apartamento y cerró la puerta con un golpe.

El esclavo se quedó unos momentos en el rellano, recuperando el aliento.

–Creo que eso último no se lo voy a decir–murmuró, e inició el descenso hacia la calle.

Marco encendió la llama de las lucernas para iluminar el pequeño apartamento. Intentó abrir la ventana para ventilar un poco, pero al ver lo que se disponía a hacer, Céfiro le gritó.

–¡No abras la ventana! ¡Esa cosa puede volver!

–¿Esa cosa? ¿Qué cosa?– preguntó Marco.

Céfiro se enjugó las lágrimas y, más tranquilo al verse en un lugar iluminado y en compañía de dos hombres a los que consideraba los seres más poderosos del mundo, comenzó a contarles lo que le había ocurrido al regresar al apartamento un rato antes. Contó cómo se había despedido de uno de los actores con los que había pasado el día en el teatro y cómo se había encontrado con la misma chica que un día antes le había pedido que convenciera a Marco de que la ayudara con un problema.

–¿Una chica con el pelo rubio oscuro? ¿La hija del hombre que trabaja en el sitio de las empanadas?– preguntó Marco, sorprendido.

–Si esa cosa tiene un padre dudo mucho que se dedique a vender empanadas…

–¿Qué quieres decir?

Céfiro siguió hablando y llegó al punto de la historia en la que la chica se había transformado en una criatura monstruosa de rostro deforme, grandes colmillos y alas negras. Una criatura que había estado a punto de atraparlo y darse un festín con su carne.

–Por suerte llevaba una moneda de plata en la mano– dijo el niño–. Algo me dijo que la plata sería capaz de hacer daño a ese monstruo, así que cogí la moneda con fuerza, me planté ante esa cosa y le puse la moneda en la frente…

–Céfiro– dijo Marco, mirando al niño con el ceño fruncido. Una vez el miedo se había disipado, la imaginación del esclavo y su deseo de embellecer la historia vivida habían comenzado a operar en su cabeza. Marco, que conocía muy bien la tendencia de Céfiro a cambiar los hechos para engrandecer su propio papel en ellos, sospechó que el niño estaba fantaseando–. Cíñete a lo que pasó. Es importante.

–Eso es lo que pasó, os lo juro. La carne de ese bicho comenzó a arder como si le hubiera atizado con un hierro al rojo vivo. Pero claro, solo era una moneda, así que esa cosa se rehizo muy rápido y comenzó a perseguirme. Yo recordé que Quinto guarda aquí sus armas, así que subí, cogí la espada y esperé agazapado hasta que la criatura entrara por la puerta. Pero supongo que la asusté y echó a

volar.

–¿Y eso fue antes o después de cagarte en la túnica?– dijo Quinto. El enorme gladiador dio un cariñoso capón a Céfiro y cogió la espada del suelo para volver a guardarla en su sitio–. Qué imaginación tienes. Seguro que viste un murciélago grande y nada más. ¿Verdad, Marco?

Marco miró a Céfiro a los ojos y el niño negó con la cabeza. No había mentira en la mirada del esclavo más allá de lo que podía haber añadido para disimular su propia cobardía. El encuentro con aquella cosa había sido real.

–No, Quinto. Creo que lo que ha visto Céfiro es real. Y creo que es el motivo por el cual vinimos a Pompeya.

–¿Crees entonces que podría ser...?– Céfiro no fue capaz de acabar la frase.

–Sí. Te has encontrado con una de las estriges que vinimos a buscar. Y has sobrevivido para contarlo.

Céfiro suspiró y asintió. Una estrige, pensó. Se había enfrentado a una estrige armado solo con una moneda de plata y había conseguido hacer que el monstruo huyera. Sus amigos de Roma no se lo creerían cuando se lo contara.

–Oh, por el culo de Venus, no me diréis que creéis en esos cuentos de viejas– dijo Quinto, nervioso.

–Desde que me conoces has visto con tus propios ojos muchas cosas en las que antes no creías. ¿O tengo que recordarte...?

–No, joder, no tienes que recordarme nada. No quiero hablar de esas cosas, y menos en plena noche. Yo me voy a dormir. Seguid vosotros con vuestras fantasías de locos.

Quinto empezó a despojarse de sus ropas y sus armas, enfurruñado. A Marco no le sorprendió aquella reacción por parte de su amigo. Era la misma siempre que tenía que enfrentarse a algo que se saliera del orden natural de las cosas. Quinto odiaba de forma instintiva todo aquel peligro al que no pudiera hacer frente con sus puños o su espada. Y una criatura de largos colmillos y alas negras entraba sin duda dentro de aquella categoría.

–Los dos os vais a dormir. O al menos os vais a quedar en esta casa hasta que salga el sol. Y esto vale para hoy y para todos los días hasta nueva orden. Os prohibo terminantemente salir de esta casa tras la puesta de sol a menos que lo hagáis conmigo. ¿Ha quedado claro?

–Clarísimo– dijo Quinto, ya desnudo. El esclavo se tumbó en su jergón, dando la espalda a Marco y Céfiro, y cerró los ojos.

–¿Y qué vas a hacer tú?– preguntó Céfiro, nada convencido de la conveniencia de obedecer aquellas órdenes. Después de haber estado a un palmo de la boca de la estrige no tenía ningunas ganas de salir de aquel apartamento, pero una cosa era decidir él mismo no salir y otra muy diferente no poder hacerlo porque su amo se lo ordenara.

–Voy a salir a buscar a esa cosa– respondió Marco, y desapareció en el interior de su dormitorio.

Céfiro le siguió y encontró a Marco sacando cosas de uno de sus baúles, como si buscara algo concreto entre el desorden.

–No me digas que vas a salir tú solo… Además, ¿cómo sabes que es una estrige? A lo mejor Quinto tiene razón y solo era un murciélago muy grande.

–¿Un murciélago capaz de convertirse en ser humano? ¿Un murciélago más grande que tú mismo? Una de dos, Céfiro, o estás mintiendo o hay una estrige ahí fuera. Y si hay una estrige, tengo que salir a comprobarlo.

–No, claro que no estoy mintiendo… Es solo que… ¿Sabes acaso cómo enfrentarte a esa cosa? De verdad que era muy grande. ¡Y puede volar!

–Sé todo lo que se puede saber sobre las estriges– dijo Marco, aunque él mismo no estaba muy convencido. Su conocimiento se basaba en lo poco que había podido encontrar en los papiros de Neóbula, los cuales había llevado con él a Pompeya por si tenía que consultarlos–. Sé que son muy fuertes, que pueden asumir diferentes formas. Que pueden volar, con alas o sin ellas. Y que se alimentan de sangre humana.

–¿Pero acaso sabes cómo matarlas? Si es que se las puede matar…

–Hay diferentes formas. Sin pretenderlo, tú has descubierto una de ellas esta noche– dijo Marco, y sacó de su arcón lo que estaba buscando. Un pequeño puñal con la empuñadura hecha de lo que parecía ser el cuerno de algún animal y la hoja muy afilada y brillante–. Plata. También he leído que se puede acabar con ellas cortándoles la cabeza. Y, por supuesto, la luz del sol. Además, tengo mis propios trucos.

Marco caminó hasta Céfiro y le revolvió el pelo.

–No te preocupes por mí. Volveré dentro de un rato. Solo quiero asegurarme. Tú quédate aquí y cuida de Quinto. Ya sabes que estas cosas no le gustan demasiado.

–¿Pero y si esa cosa vuelve mientras tú estás fuera? ¿Crees que Quinto y yo podremos hacer algo contra ella?

–Solo podrá entrar aquí si vosotros la invitáis a hacerlo. O eso creo… La verdad es que esta parte no la dejaban muy clara los textos de mi madre. Por si acaso, métete en la cama con Quinto y no abráis la puerta a nadie hasta que yo vuelva. Oigas lo que oigas, no abras a nadie. ¿Entendido?

El niño asintió y acompañó a Marco hasta la puerta.

–En estos momentos me gustaría que Crises estuviera aquí– dijo.

–¿Ese viejo loco que te obligaba a entrenar en el Campo de Marte?– preguntó el niño.

–El mismo. Sin duda él sabría cómo enfrentarse a un ejército de estriges. Es un jodido fanático, pero sabe de estos temas más de lo que yo llegaré a aprender en tres vidas. Y ahora me marcho. Procura dormir un poco.

Céfiro sorprendió a Marco dándole un abrazo, un gesto de afecto que solo se permitía en escasos momentos desde que había empezado a dejar la niñez atrás.

–Ojalá pudiera ir contigo– dijo el niño.

–Algún día– respondió Marco antes de ponerse en pie y salir de nuevo a la noche pompeyana– Pero no esta noche.

Cuando sus pies pisaron los adoquines de la calle, Marco fue consciente de lo cansado que estaba. Aquel había sido un día largo y su cuerpo le pedía a gritos que volviera a casa, se quitara las elegantes ropas que se había llevado de casa de Petronio y se metiera en la cama a dormir hasta el alba. Sin embargo, era consciente de que no podía hacer eso. El encuentro que había tenido Céfiro no podía ser una casualidad. Todo apuntaba a que había una estrige en Pompeya, si es que no eran más, y que finalmente habían dado con ella. Marco no podía permitir que una criatura de esa naturaleza anduviera suelta por las calles. Y no solo porque tuviera que cumplir el encargo de Varrón, sino por una causa más profunda. Acabar con seres de aquel tipo, proteger a los humanos inocentes, incluso cuando estos no querían ser protegidos, era lo que su madre le había enseñado desde niño. Aquella era su naturaleza, era lo que hacía desde que tenía uso de razón y, con toda probabilidad, lo haría hasta el momento de su muerte.

Marco se echó la capucha sobre la cabeza para protegerse de la fina lluvia que había comenzado a caer, y pensó en las revelaciones que Crises, el hermano de su madre, le había hecho meses antes acerca de su estirpe y de su misión en el mundo. Los que eran como ellos, había dicho, tenían una misión en la vida, una misión que debían cumplir sin excusas y sin excepciones. Acabar con toda criatura que se saliera del orden natural de las cosas. Monstruos, espectros, hechiceros, criaturas de la noche. Todos debían caer bajo el filo de sus armas. No importaba que fueran seres pacíficos o malvados, no importaba que tuvieran las manos o las garras manchadas de sangre o fueran inocentes. Todos tenían que ser erradicados. Había sido aquel mandato lo que había hecho que Neóbula se rebelara y escapara de su hogar para buscar una nueva vida en Roma. Y había sido aquello lo que había hecho que Marco se peleara y distanciara de Crises, del hombre que podía haberle dado todas las respuestas a las dudas que le atormentaban.

Marco se había negado a convertirse en un asesino. Y sin embargo allí estaba, listo para dar caza a una extraña criatura. Se dijo a sí

mismo que aquella era una situación diferente, que las estriges eran seres que vivían por y para llevar la muerte y el sufrimiento a cuantos se cruzaban en su camino. Trató de convencerse a sí mismo, pero en su cabeza todo aquello sonaba a excusa poco consistente.

Marco cerró los ojos. No era el momento de atormentarse con cuestiones filosóficas acerca del bien y el mal. Dar caza a la estrige iba más allá de sus propias dudas éticas. El hecho de que Céfiro hubiera encontrado a aquel ser precisamente en la puerta de su casa, y además con la forma de una chica que le había abordado días antes, dejaba muy claro que aquella criatura sabía de la existencia de Marco. Y probablemente este se había convertido en uno de sus principales objetivos.

Si él no daba con la estrige, la estrige daría con él.

–¿Y por dónde empiezo a buscar?– murmuró– ¿Dónde te escondes?

Mientras echaba a andar, buscando la protección de los soportales, Marco reflexionó acerca de los datos con los que contaba. La chica a la que Céfiro había visto transformarse había hablado con él mismo el día anterior, y por aquel entonces Marco estaba seguro de que se trataba de una joven humana completamente normal. La conversación había tenido lugar bajo la luz del sol, algo que ninguna estrige habría podido hacer. Por otro lado, mientras Marco había hablado con la chica la lágrima de Perséfone que colgaba de su cuello no había dado señal alguna de alerta porque hubiera una amenaza sobrenatural cerca. Y la lágrima de Perséfone no fallaba nunca en aquel aspecto. Todo indicaba por tanto que la chica había sido transformada en estrige la noche que siguió a aquella conversación, lo cual llevó a Marco a una conclusión. Necesariamente debía haber al menos otra estrige en Pompeya.

–Y quieran los dioses que sea solo una…– murmuró.

Marco decidió comenzar a buscar por el único lugar que él sabía que estaba vinculado a aquella chica: el termopolio en el que trabajaba su padre. Si se había convertido en un monstruo sediento de sangre era más que probable que esa cosa ya no estuviera rondando la casa en la que había vivido como humana… pero aquella fue la única idea que se le ocurrió.

Marco caminó el corto trayecto que le separaba del termopolio, cruzándose solo con un par de personas cubiertas, como él mismo, por una capa y poco interesadas en meterse en los asuntos de otros. Cuando llegó al establecimiento, la lluvia había dejado de caer y Marco pudo retirarse la capucha calada de agua. Se dirigió a la fachada, cubierta por un enorme portón de madera en el que alguien había clavado un pequeño cartel con una inscripción en latín. Junto a él ardía una antorcha protegida por una estructura de hierro, la única iluminación que había en toda la calle.

Cerrado por fallecimiento.
Marco torció el gesto. Céfiro no se había equivocado. La chica a la que había visto convertirse en una estrige era la misma con la que él había hablado el día anterior. Se llevo la mano a la cara y se coloco un mechón de pelo. Tal vez si la hubiera escuchado… si hubiera hecho caso de lo que aquella joven quería decirle. Marco maldijo a los dioses y se maldijo a sí mismo.
La chica le había hablado de una ciudad, no recordaba el nombre, y de la desaparición de todos sus habitantes, incluida su madre. Le había pedido ayuda para investigar lo ocurrido, y Marco se había negado. Ella estaba convencida de que había sido una estrige quien había acabado con la vida de todos sus vecinos. ¿Qué probabilidades había de que ella misma acabara convertida en una de aquellas criaturas y de que esto no tuviera una relación directa con lo ocurrido en aquella ciudad?
Marco se golpeó la frente la con la palma de la mano. Se había pasado todo el tiempo desde su llegada a Pompeya persiguiendo pistas falsas, desenmascarando bromistas y malnacidos que se hacían pasar por estriges, y cuando había tenido delante de sus narices un indicio real lo había desechado sin más y había continuado su camino.
–Y ahora esa chica está muerta… o casi– murmuró.
Marco se dio la vuelta, dispuesto a buscar alguna pista en los alrededores, cuando sintió que la lágrima de Perséfone comenzaba a calentarse en su pecho. La pequeña piedra negra no solo aumentó su temperatura; Marco casi podía sentirla vibrar, como si tratara de escapar de la cadena que la mantenía unida a él. Casi al mismo tiempo, Marco sintió una presencia a sus espaldas y escuchó unos pasos muy ligeros.
Cuando se dio la vuelta, se encontró con que un hombre le observaba desde el otro lado de la calle.
A pesar de la oscuridad, Marco pudo reconocer al recién llegado. Era el mismo hombre que le había amenazado con usar sus tripas para hacer empanadas si no se mantenía alejado de su hija. Era él… y al mismo tiempo no lo era. Parecía más alto, más musculoso, y sobre todo más radiante, como si se hubiera quitado de encima el peso de los años y los fracasos de toda una vida. El hombre sonrió al cruzarse su mirada con la de Marco.
–Buenas noches– dijo Marco.
El hombre ensanchó su sonrisa y asintió con la cabeza.
–Habéis cerrado hoy el negocio. ¿Alguna desgracia familiar?
Como única respuesta, Mucio se echó a reír y dio dos pasos al frente.
–Veo que eres hombre de pocas palabras.
Marco sacó la daga de plata con empuñadura de cuerno y esperó.

No podía usar aquella arma sin más, solo por la sospecha de que el recién llegado pudiera ser una estrige. Y no porque Marco tuviera algún reparo en defenderse usando cualquier arma que tuviera disponible, sino porque un arma de plata resultaría inútil si su rival no era una criatura vulnerable a aquel material. Si ese tipo era un simple humano con ganas de pelea, su daga de hierro, todavía guardada bajo la túnica, le sería de mucha más utilidad.

En su pecho, la lágrima de Perséfone siguió calentándose hasta empezar a quemar la piel de Marco. Se llevó la mano izquierda hasta la piedra y susurró.

–Deja que yo me ocupe de esto.

El colgante vibró ligeramente en su mano.

–No te acerques un paso más– dijo en voz alta–. Seas lo que seas.

Mucio se detuvo, sin dejar de sonreír. La luz de la antorcha iluminó su rostro y Marco pudo ver que sus ojos brillaban con un destello muy vivo.

–Vengo buscando a tu hija– dijo Marco–. ¿La has visto?

–Mi hija está con su familia, en el lugar al que pertenece. En el lugar al que ahora pertenecemos todos.

–¿Y cuál es ese lugar? Me encantaría haceros una visita.

Mucio dio otro paso al frente y Marco alzó levemente la daga.

–Muy pronto lo sabrás. Porque serás uno de los nuestros.

El hombre abrió la boca y dejó ver unos colmillos largos y puntiagudos que brillaron bajo la luz de las llamas. Levantó los brazos y se lanzó sobre Marco. Este no dudó. Alzó la daga de plata y la interpuso entre su cuello y la boca de la estrige. Mucio no se dio cuenta y mantuvo su impulso para caer sobre su presa, por lo que Marco pudo atravesar su garganta con facilidad. De hecho, con demasiada facilidad. Marco estaba acostumbrado a las peleas con dagas y sabía lo que se sentía al clavar el filo de hierro en un cuerpo humano, la resistencia de la carne y el esfuerzo que había que hacer para extraerlo tras la puñalada. Sin embargo, cuando clavó la daga de plata en el cuello de la estrige sintió como si estuviera cortando mantequilla con un cuchillo caliente. El filo se deslizó con facilidad pasmosa y se introdujo hasta la empuñadura, obligando a la estrige a retirarse hacia el otro lado de la calle con grandes alaridos. Marco no tuvo más remedio que soltar la empuñadura de la daga, que se quedó atravesada en el cuello de su víctima.

–¡No!– gritó Marco al verse desarmado. Intentó lanzarse tras la criatura, pero esta se volvió contra él, gruñendo y dando alaridos. La estrige rugió a Marco y este pudo comprobar que había empezado a transformarse de la misma forma que Céfiro le había descrito. El rostro de Mucio dio paso a unas facciones monstruosas y grotescas al tiempo que el resto del cuerpo crecía y se hinchaba, haciendo que las

ropas se convirtieran en jirones y cayeran al suelo. Finalmente, la criatura desplegó dos enormes alas negras que levantaron al moverse una gran ventolera.

Marco retrocedió dos pasos, dando con la espalda en la puerta del termopolio. Había subestimado el poderío físico de aquellas criaturas. Céfiro tal vez había exagerado al hablar de su propia reacción al verse frente a una estrige, pero desde luego su descripción del tamaño y la fiereza de aquel ser incluso se había quedado corta. Marco se llevó las manos a los bolsillos de la túnica en busca de algo con lo que continuar combatiendo. Sin embargo, de inmediato comprendió que no le haría falta.

La herida que le había causado a la estrige era más grave de lo que había parecido en un primer momento. Aunque la criatura había sido capaz de retirarse y realizar su transformación, la daga de plata, aún atravesada en su cuello, estaba haciendo estragos en ella. Lo que en un primer momento había sido una herida, había comenzado a echar humo y a lanzar pequeñas llamas que se habían empezado a extender por el rostro y el pecho de la estrige. En unos instantes, casi todo su cuerpo estaba siendo carbonizado, mientras el ser, desesperado por el dolor, trataba de arrancarse la daga a manotazos.

En apenas unos momentos y bajo la atónita mirada de Marco, todo el cuerpo de la estrige se convirtió en un montón de cenizas. Lo último en desintegrarse fueron las alas, que se deshicieron y se mezclaron con los charcos de la calle hasta que no quedó rastro de ellas.

Cuando Marco estuvo seguro de que el peligro había pasado, se acercó al lugar donde había muerto la criatura y recuperó la daga de plata, arrojada en el suelo y con la hoja completamente limpia.

–Ha sido más fácil de lo que me esperaba– murmuró Marco, agachado junto a los escasos restos de la estrige.

Guardó la daga y se puso en pie. Había sido una victoria sencilla. Pero Marco sabía que los problemas no habían hecho más que empezar. La estrige a la que había dado muerte Marco no era la misma que había visto Céfiro. Y eso quería decir que había más de aquellas criaturas deambulando por las calles de Pompeya.

–Aunque creo que por esta noche lo dejaremos así– murmuró. Al día siguiente, con el sol alto en el cielo, comenzaría la búsqueda del lugar en el que esas cosas se escondían durante las horas de sol.

Marco se disponía a regresar a su casa cuando se dio cuenta de que la lágrima de Perséfone seguía ardiendo en su pecho a pesar de que la estrige ya no era una amenaza. Se llevó la mano a la piedra y la acarició.

–¿Y a ti qué te pasa?– preguntó.

La respuesta a la extraña actitud de la piedra negra no tardó en aparecer.

Marco observó que alguien se acercaba, caminando por la calle en dirección hacia donde él se encontraba. Por la figura, dedujo que se trataba de un hombre, vestido con ropajes peculiares, holgados en el pecho, las mangas y las piernas, y muy ceñidos en la cintura. Por un instante, Marco pensó que se trataba de Crises, que también solía vestir de un modo semejante. A pesar de que su tío y él se habían separado con palabras muy duras, Marco casi se alegró ante la posibilidad de que fuera él. Si tenía que enfrentarse a un ejército de estriges, el hermano de su madre le sería de mucha utilidad.

Sin embargo, cuando el extraño se acercó, Marco comprobó que no se trataba de Crises. Era un hombre con la piel muy oscura, casi tanto como la de los africanos a los que había conocido a lo largo de su vida, pero con unos rasgos muy diferentes de los de los númidas y otros pueblos del sur. Tenía una nariz afilada, unos labios finos y unos rasgos angulosos y atractivos. El hombre se detuvo a unos pasos de distancia de Marco y le observó de arriba a abajo, con rostro de asombro. El recién llegado alzó la mano y le señaló, como si estuviera a punto de decir algo, pero la volvió a bajar.

–Un *palaka*. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez…

–¿Un qué?– preguntó Marco, sin saber muy bien cómo reaccionar. El calor que irradiaba la piedra demostraba que aquel hombre no era un humano ordinario. Sin embargo, no había en su actitud nada amenazante, sino todo lo contrario. El hombre de piel oscura miraba a Marco con curiosidad, casi con admiración.

–He sentido tu presencia desde hace días. Desde que llegué a estas costas en busca de… descanso. Veo que mis sentidos no me han engañado, *palaka*.

–Me llamo Marco Lemurio, no *palaka* o como quiera que se pronuncie eso que estás diciendo.

El hombre arqueó las cejas, sorprendido.

–No sabes lo que significa *palaka*. De hecho… no sabes de lo que estoy hablando. Puedo leerlo en tu corazón confuso. Y sin embargo… eres un *palaka*, no hay duda. ¿Cuál es el nombre de tu padre?

–El mismo que el mío. Marco Lemurio. ¿Puedo preguntarte quién eres tú y qué quieres?

El hombre ignoró la pregunta.

–Marco Lemurio… Un romano, con sangre de *palaka*. Interesante. No sabía que tu estirpe hubiera llegado tan al oeste.

–Esta conversación empieza a aburrirme…

Marco desenfundó de nuevo la daga de plata, solo por ver la reacción de su interlocutor. Este, sin embargo, se mantuvo impasible y continuó mirando a Marco a los ojos.

–No sabes nada…– murmuró–. Y sin embargo… albergas en tu pecho un gran poder.

El hombre hizo un leve movimiento y cuando Marco se quiso dar cuenta, le tenía frente a él, aferrándole el brazo que sostenía la daga e inmovilizándolo. El extraño miró al pecho de Marco, que trató de zafarse sin conseguirlo. Le golpeó en el costado con todas sus fuerzas, pero lo único que consiguió fue hacerse daño él mismo en la mano, sin que el hombre de piel oscura diera señal alguna de haber notado el impacto.

–¿Qué tenemos aquí?– preguntó, y con la mano libre desgarró la túnica de Marco, dejando la lágrima de Perséfone al descubierto. En ese momento, cuando vio la piedra negra en el pecho de Marco, el hombre volvió a alejarse con la misma rapidez con la que había caído sobre él–. Una lágrima negra. ¿De dónde la has sacado?

–Me la regalaron por Saturnalia– dijo Marco, tratando de recuperarse. Como pudo, se cerró la túnica rota por el pecho.

–¿Saturnalia?– preguntó el extraño, demostrando que no había captado la broma de Marco–. ¿Quién regala un poder semejante?

Marco comprendió que aquel personaje conocía los poderes de la lágrima de Perséfone. No solo los conocía: los temía. Se llevó la mano a la piedra y le devolvió la mirada con el ceño fruncido.

–Si conoces el poder de la piedra, más te vale que empieces a dar explicaciones o… o lo desataré contra ti.

El hombre bajó la mirada y rió.

–No hay necesidad de ello, Marco Lemurio. No al menos esta noche. Tengo mucho en lo que pensar. Ya nos encontraremos.

El extraño dio la espalda a Marco y se dispuso a alejarse.

–¿Eres una estrige?– preguntó Marco.

El hombre de la piel oscura se detuvo, pero no se dio la vuelta.

–Así es como llaman a los míos en las tierras del sol poniente, en efecto. Aunque nuestro nombre real es otro. Otro nombre que los de tu estirpe conocen bien, aunque tú pareces haber olvidado. O tal vez nunca te lo enseñaron.

–Entonces no puedo dejarte marchar– dijo Marco, y sacó de nuevo la daga con la hoja de plata.

Al escuchar aquello, la estrige sí se giró hacia su interlocutor.

–¿Crees que puedes detenerme con ese cuchillo?– preguntó señalando con el dedo el puñal.

–Con uno de tus amigos ha funcionado muy bien. Si te acercas aquí aún podrás ver lo que queda de él.

El hombre esbozó una sonrisa de medio lado, dejando ver unos dientes muy largos y un colmillo afilado.

–Los recién nacidos de todas las especies son débiles y vulnerables. Mi especie no es una excepción en este caso. Pero creer que puedes derrotar al león por haber cazado a uno de sus cachorros… es propio de un hombre necio. Y empiezo a creer que eso es lo que eres. Un

tonto. Un bufón. El último hijo bastardo y degenerado de una saga antaño fuerte y gloriosa. El canto de cisne de los *palaka*.

–Este hijo bastardo va a limpiar Pompeya de engendros como tú.

Marco se lanzó de frente contra la estrige, con el puñal levantado… y de inmediato comprendió su error. El hombre desapareció como si nunca hubiera estado en aquella calle. Se movió a una velocidad tal que Marco fue incapaz de seguirlo con la mirada. En un instante, se vio solo, mirando a una calleja vacía e iluminada por una débil llama.

–Puta Venus– maldijo. Miró a su alrededor, a los tejados, a los escasos vanos de las ventanas, por si aquella criatura estuviera oculta en algún lugar cercano, pero no vio nada. Se dispuso a marcharse también él cuando unos pasos le hicieron detenerse. Alguien más se acercaba.

Unos momentos después, tres mujeres y dos hombres aparecieron desde los los dos lados de la calle, rodeando a Marco. Todos ellos iban vestidos con ropas elegantes. Sus rostros resplandecían, sus ojos brillaban. Los cinco se detuvieron a unos pasos de Marco, y él, lentamente fue caminando hacia la puerta del termopolio, con el objetivo de tener la espalda cubierta en caso de un ataque.

Entonces una voz habló desde las alturas.

–Has derrotado a uno de mis hijos, *palaka*. Veamos qué eres capaz de hacer con cinco de ellos. Si sales con vida de esta, yo mismo te buscaré. Estaré encantado de hablar contigo otra vez. Si no… supongo que nos veremos incluso antes. Ya que te convertirás uno de los nuestros.

Marco alzó la cabeza y observó que el hombre de la piel oscura estaba suspendido en el aire, sobre la casa que había frente al termopolio. No hacía movimiento alguno, se limitaba a mirarle con una sonrisa en el rostro y con las manos entrelazadas a su espalda, en actitud y postura relajadas. Sin embargo, de alguna manera, era capaz de flotar en el aire sin alas que lo sostuvieran. A su alrededor, los pliegues de su ropa flotaban, movidos por el viento.

–Disfrutad, hijos míos– dijo–. La noche os pertenece.

En cuanto hubo pronunciado la última palabra, la estrige se desvaneció.

Marco miró a los recién llegados y calculó sus posibilidades. Tres mujeres y dos hombres jóvenes, en apariencia desarmados, que lo miraban también ellos con sonrisas de desafío y burla en el rostro. En condiciones normales e incluso teniendo Marco dos dagas ocultas bajo sus ropas ya habría sido una pelea desigual. Tratándose de cinco estriges de fuerza sobrenatural que en cualquier momento podían además asumir su auténtica forma bestial y desplegar sus alas coriáceas, aquella lucha estaba decidida antes de comenzar.

A menos que Marco hiciera uso de sus poderes.

Se llevó la mano a la lágrima de Perséfone y la encontró todavía ardiendo y emitiendo una gran cantidad de energía que casi la hacía vibrar en su mano. Las estriges comenzaron a caminar hacia Marco, recreándose en cada movimiento, dejando claro que para ellas aquel asunto no era más que un juego en el que estaban seguras de ganar. Acostumbradas como estaban a que los humanos no pudieran presentar ningún tipo de resistencia contra ellas, no esperaban que Marco pudiera hacer nada para defenderse de forma efectiva. Tal vez el extraño hombre de la piel oscura conociera el poder de la lágrima de Perséfone, pero era evidente que aquellas estriges no.

–Allá vamos– murmuró Marco, siempre receloso de desatar el poder de la piedra y perder el control de su propio cuerpo para dejarlo en manos de una extraña entidad de la que no sabía nada. Una vez se abandonaba a la lágrima de Perséfone, se convertía en mero espectador de sus propios actos, sin tener poder alguno para gobernar sus actos. Y solo cuando aquel ser que habitaba en la piedra se cansaba o se saciaba, Marco era capaz de volver a ser él mismo.

Marco apretó la piedra con la mano, cerró los ojos y se relajó. Normalmente aquello bastaba para que la sensación de poder se desatara en su cuerpo y la criatura oscura tomara el mando. Pero aquella noche, en lugar de verse poseído, fue una voz la que resonó en su cabeza.

No, dijo.

Marco abrió los ojos, sorprendido.

–¿No?– murmuró–¿Cómo que no?

No dañaré a los hijos de la noche.

–¿Los hijos de la noche? ¿De qué mierda me estás hablando? ¿Y desde cuándo hablas, además?

La piedra no respondió.

Las estriges, creyendo que Marco estaba suplicando, enloquecido por el miedo, se rieron, mostrando sus largos colmillos. Una de las mujeres lanzó a modo de broma la mano hacia adelante como si fuera una garra, y los demás rieron la ocurrencia.

–El conejito está asustado–dijo uno de los hombres.

–Dadme un momento– respondió Marco sin soltar la piedra. Las estriges se miraron entre ellas, sin saber cómo responder.

No dañaré a los hijos de la noche, repitió la voz en la cabeza de Marco.

–¿Toda una vida suplicando que te liberara en el momento en que algún peligro nos amenazaba y ahora me vienes con estas? O me ayudas o van a matarme.

Tu muerte física no me afectará si no estoy en tu cuerpo.

Marco maldijo mentalmente a todos los dioses. Era la primera vez que la piedra, o la criatura que habitaba en el interior de la piedra,

mostraban tener una conciencia real. Hasta aquel día, siempre que la había necesitado la lágrima de Perséfone había cumplido con su función, sin rechistar, sin que ninguna voz retumbara en la cabeza de Marco.

–Oh vamos, por Plutón, ¿qué es eso de los hijos de la noche? Hemos cazado juntos todo tipo de seres y nunca has puesto pegas… ¿Eliges este momento para ponerte digno?

No dañaré a los hijos…

–Sí, sí, a los hijos de la noche, ya lo sé. No sé qué quieres decir con eso y no tenemos tiempo de que me lo expliques…

Las estriges siguieron avanzando, tres de ellas ya con las bocas abiertas más allá de lo que un humano habría podido abrirlas sin romperse la mandíbula. Marco entendió que, si no reaccionaba, en unos instantes aquellos seres estarían dándose un buen banquete con su sangre.

–¿Qué puedo hacer para que cambies de opinión? No sé, y si te libero un día y te bañas en el mar… o tal vez buscamos a una mujer hermosa para que puedas… o a un hombre si es eso lo que te gusta… Te cedo mi cuerpo para lo que quieras, pero por los dioses no me abandones ahora…

Sangre humana, dijo la voz. Prométeme sangre humana.

–¿Sangre humana? ¿No prefieres vino o tal vez…?

Sangre humana, repitió.

–¡De acuerdo, de acuerdo! Sangre humana. ¡Ya encontraremos la manera, pero ahora haz lo que sabes hacer!

Júralo por la Estigia. Jura que me dejarás beber sangre humana otra vez.

–¡Juro por la Estigia que te dejaré beber sangre humana!

En ese preciso momento las cinco estriges cayeron sobre Marco y clavaron en su carne sus garras y colmillos. Marco sintió varios estallidos de dolor allí donde las criaturas le mordieron y clavaron sus dedos, duros como pequeñas varas de metal. Sin embargo, el dolor pronto remitió y dio paso a una sensación de poder, de energías y fuerzas renovadas, acompañadas de una inmensa furia asesina. Un instante después, también aquellas sensaciones desaparecieron y Marco se vio empujado al fondo de su propia mente al tiempo que la criatura que habitaba en la piedra negra se apoderaba de su cuerpo.

Las estriges se disponían a beber cuando una de ellas cobró conciencia de que algo en su víctima estaba cambiando y se apartó para comprobarlo mejor. El pelo de Marco, por lo habitual castaño, se tiñó de un negro oscuro, el mismo color que inundó la totalidad de sus ojos. A pesar de tener varios dientes clavados en diferentes lugares de su cuerpo, incluido el cuello, Marco sonrió y él también dejó ver dos largos y afilados caninos, muy semejantes a los de las estriges que le

estaban atacando. Incluso las que estaban mordiendo y esperando deleitarse con el sabor de la sangre, notaron que la piel y la carne de su víctima se había vuelto más dura y difícil de penetrar.

–¿Qué…?– dijo una de las mujeres, apartando el rostro del cuello de Marco. No tuvo tiempo de acabar la frase, pues la mano de su víctima supuestamente indefensa se cerró en torno a su garganta y comenzó a apretar con una fuerza inmensa. Con la otra mano, Marco agarró a una de las estriges masculinas por la cara y la empujó hacia atrás, haciendo que saliera volando hasta el centro de la calle. Al ver aquel despliegue de fuerza, las otras tres estriges dejaron de morder y se apartaron de inmediato, sorprendidas ante aquel alarde de poder. La única que quedó junto a Marco, apresada por el cuello, empezó a patear y a gemir, logrando abrir heridas y arañazos en el rostro de su rival, pero sin conseguir que esta la soltara. De hecho, lejos de liberar su presa, Marco se puso en pie y levantó a la estrige varios pies sobre el suelo. Ella comenzó a gritar y Marco, con un simple movimiento de la mano, le quebró el cuello. La estrige, sin embargo, no murió, y de hecho no pareció sentir dolor alguno por la herida. Siguió lanzando arañazos al rostro de Marco hasta que este hizo uso de la mano libre para agarrar a su víctima de un hombro y comenzar a hacer fuerza hasta que la cabeza de la estrige comenzó a separarse del tronco con un sonido de desgarro. En ese momento, la criatura empezó a suplicar desesperada hasta que, al ser decapitada por completo, quedó en silencio, con los ojos en blanco y sangrando con profusión. Solo en ese momento, Marco soltó a la estrige muerta, dejando su caer su cuerpo al suelo sobre un charco de sangre.

Las otras estriges rugieron con furia hacia él y comenzaron a transformarse. Su piel humana se quebró y sus ropas empezaron a rasgarse a medida que sus cuerpos crecían. Sin embargo, dos de ellas no llegaron a terminar la transformación. Marco se lanzó contra las estriges a toda velocidad y con sus manos desnudas separó las cabezas de sus cuerpos antes de que estas pudieran defenderse. Fue entonces el turno del propio Marco de rugir a las dos estriges que aún estaban en pie, abriendo la boca y mostrando sus dientes. Él mismo estaba sangrando por varias heridas, en el rostro y en las partes del cuerpo donde aquellos seres le habían mordido antes de desatar el poder de la lágrima de Perséfone.

Las dos estriges no se arredraron y culminaron su transformación. Desplegaron sus enormes alas y exhibieron ante Marco sus cuerpos negros y musculosos. Las dos se lanzaron contra su rival y le hicieron caer en el suelo de espaldas. Marco tuvo que esforzarse para esquivar las dentelladas y zarpazos que las estriges le lanzaban, sin lograr quitárselas de encima a pesar de su fuerza descomunal.

Usa la daga, dijo la voz de Marco desde el fondo de su propia

cabeza. En aquella situación en la que no tenía poder sobre su cuerpo solo podía limitarse a formular pensamientos, ya que se sentía como una conciencia pura flotando en la nada y entreviendo vagamente lo que ocurría a través de unos ojos que no sentía como suyos.

Usa la daga.

La criatura en la que se había convertido Marco rugió, y este lo interpretó como una negativa. En ese momento, una de las estriges logró clavar sus dientes en el hombro de Marco y comenzó a desgarrar su carne. Marco rugió de dolor con una voz que ningún humano habría sido capaz de emitir.

¡Usa la daga! Marco, en su prisión, temía que el habitante de la piedra decidiera dar un paso atrás al verse superado, tal y como había ocurrido durante su enfrentamiento contra el hechicero enano aquel verano, en Roma. ¡Usa la daga de plata, maldito imbécil!

–¡No necesito herramientas humanas!– bramó la criatura con la garganta de Marco.

¡Nos van a matar a los dos!

El ser dudó unos instantes y finalmente se llevó la mano de Marco a la túnica para sacar la daga de plata y clavarla en el costado de la estrige que le estaba mordiendo. La hincó una, dos, tres veces, deleitándose en la facilidad con la que el filo del puñal atravesaba la piel en apariencia dura de aquel ser. La estrige soltó el hombro de Marco y gritó de dolor, llevándose las manos a las heridas que ya habían comenzado a humear y a extenderse por la piel que las rodeaban.

Las dos estriges dieron un salto atrás para alejarse de Marco, que aún sostenía la daga en sus manos a pesar de tener un hombro malherido por el mordisco de la bestia. La estrige que había sido apuñalada intentó echar a volar, pero apenas se elevó unas pulgadas y volvió a caer al suelo empedrado. De los cortes en la piel surgieron unas llamas azuladas, pequeñas al principio, más grandes a medida que se extendían. En unos momentos, el fuego envolvió a la criatura, que no tardó en convertirse en cenizas ante la atónita mirada de su compañera, la única estrige superviviente. Esta miró a Marco de nuevo, le lanzó un rugido y desplegó las alas para alzar el vuelo. Marco le devolvió el rugido y se lanzó hacia ella, pero a pesar de que la potencia de sus piernas le permitió dar un salto que ningún humano habría podido conseguir, la estrige estaba ya a demasiada altura y no pudo alcanzarla.

Tú no puedes hacer ese truco de volar sin alas, ¿verdad?, preguntó Marco desde el interior de su propia cabeza. La criatura no respondió.

Marco se quedó mirando a la estrige que se alejaba volando sobre los tejados de Pompeya, batiendo sus alas hasta desaparecer en la oscuridad de noche.

–Recuerda tu promesa– dijo la criatura con voz cavernosa, y en ese momento Marco sintió que algo le empujaba de nuevo hacia el frente y volvía a ser dueño de su propio cuerpo. Sintió de golpe todo el dolor de las heridas, en el rostro, en los brazos, en el torso, y sobre todo en el hombro derecho, el lugar en el que la estrige le había clavado los dientes con más fuerza, abriéndole una profunda herida. Un violento mareo le acometió y no pudo evitar caer de rodillas al suelo, apoyado en las palmas de las manos. La daga de plata quedó junto a él, en el empedrado. Marco respiró con dificultad, luchando por no desmayarse por al dolor y el esfuerzo extremo que su cuerpo, animado por una fuerza sobrenatural que no le pertenecía, acababa de hacer. Mientras luchaba por llevar aire a sus pulmones, miró de reojo a su alrededor y descubrió que no quedaba ni rastro de las estriges a las que acababa de matar. Tanto las que había decapitado como la que había muerto por las heridas causadas por la daga de plata se habían convertido en charcos de un líquido oscuro que se confundía con el agua de la lluvia que había caído durante todo el día.

Marco, agotado, se arrastró hasta la acera y se sentó para dejar que su espalda se apoyara en la pared del termopolio. Las sienes le latían con fuerza y sentía unas enormes ganas de vomitar toda la comida y el vino que había ingerido aquella noche. Se miró las manos y las encontró rojas por la sangre, la suya y las de las estriges a las que acababa de dar muerte.

La visión de aquella sangre le recordó la promesa que había hecho a la criatura que habitaba en la lágrima de Perséfone. Sangre humana… Marco no era tan ingenuo como para pensar que iba a poder burlar aquella promesa. Él mejor que nadie sabía muy bien lo que le ocurría a los hombres que prometían algo a las fuerzas sobrenaturales y después ignoraban lo prometido. Aquella era una de las primeras lecciones que su madre le había enseñado de niño. Si juegas con las fuerzas de la oscuridad, has de seguir sus reglas o te engullirán. No trates de jugar con ellas. Marco se llevó la mano a la cara, manchándosela aun más, y se restregó los ojos.

Cuando recuperó algo de fuerzas, se arriesgó a mirar la herida de su hombro, retirando con cuidado los trozos de su túnica rota. Pensó en lo poco que le había durado aquella ropa tan elegante que se había llevado de casa de Petronio y esbozó una sonrisa. Cuando la herida quedó al descubierto, Marco observó que no era muy grave. La estrige le había desgarrado la piel y un trozo del músculo del hombro, pero no había ningún daño que él mismo no fuera capaz de curar con sus conocimientos médicos.

A pesar de todo, una idea se abrió en la mente de Marco. ¿Y si bastaba con un mordisco de una estrige para convertirte en una de ella? Esbozó una mueca. No había manera alguna de saberlo más que

dejar que pasara el tiempo. Si al día siguiente se despertaba con unas enromes alas negras naciendo de su espalda…

Apoyado en la pared, Marco se puso en pie. Había sobrevivido al ataque de cinco estriges, pero una vez más todo lo había conseguido gracias al poder de la lágrima de Perséfone. Sin ella, sin las fuerzas de aquella extraña entidad que usaba la piedra para entrar en su cuerpo, en aquellos momentos él estaría muerto.

–O volando por los aires con unas bonitas alas de murciélago– murmuró.

Le vino a la mente el recuerdo del hombre que sin duda había invocado a las cinco estriges. Aquel personaje vestido con extraños ropajes le había llamado… ¿Cómo era el nombre que había usado? ¿*Palaka*? Marco no había escuchado aquel término en toda su vida, ni de boca de su madre, ni de su tío Crises. ¿Era acaso alguna manera de referirse a lo que él era, a lo que su familia era? Crises le había explicado que su familia procedía de una larga estirpe de hechiceros que se consagraban a luchar contra las fuerzas oscuras de lo sobrenatural. ¿Era eso un *palaka*? Marco pensó que la única forma que tenía de averiguarlo era capturar a aquella estrige y obligarla a hablar. Una empresa que no resultaría en absoluto sencilla. Aquel hombre había definido a las estriges que habían estado a punto de matar a Marco como cachorros… mientras él mismo era el león adulto. ¿Estaba Marco preparado para enfrentarse al león?

Con aquel pensamiento en la cabeza, Marco echó a andar con dificultad por las calles de Pompeya en dirección a su casa, apoyándose en las paredes y las columnas de los pórticos para evitar resbalar y caer al suelo.

–¿Solo tú has sobrevivido?

La estrige asintió con su cabeza humana. Lo primero que había hecho en cuanto había vuelto a poner los pies en el suelo había sido recuperar su aspecto mortal. No le gustaba sentirse en el cuerpo de la bestia, aún no se había acostumbrado a él a pesar de que su transformación se había producido ya hacía meses. El cuerpo de la joven, esbelto, de rostro hermoso y mirada seductora, con pechos firmes y cintura delgada, le hacía sentir mucho más cómoda y satisfecha.

–Un *palaka*. No hay duda.

La estrige acarició la cabeza de su hija, que estaba arrodillada frente a él.

–¿Qué debo hacer con él?– murmuró para sí mismo.

Se encontraba en una estancia oscura en la que no penetraba ni el más leve rayo de luz. Sus ojos, sin embargo, le permitían ver con total claridad. A su alrededor, varias decenas de estriges, jóvenes

ejemplares de su propia especie, estaban arrodilladas ante él, en señal de respeto y veneración, todas ellas con sus aspectos humanos, con los rostros inclinados y mirando hacia el suelo.

–No hay *palaka* en esta parte del mundo– dijo una voz femenina junto a la estrige.

–Kuntí– dijo él.

Las estriges a su alrededor se movieron inquietas y comenzaron a emitir sonidos. La mujer no era uno de ellos. Era una mortal. Un ser humano, con sangre caliente corriendo por sus venas. Sangre caliente que todos ellos podían oler, sentir… y desear.

Kuntí, sin embargo, no mostró temor alguno. Se acercó al hombre de piel oscura, caminando entre las estriges, y acarició su rostro con ternura. Él le devolvió la caricia y besó los labios de la mujer.

–Eso pensaba yo. Pero este hombre es sin duda un *palaka*. Aunque él mismo no sea consciente de ello.

–Habrá que matarlo entonces– dijo ella.

El hombre suspiró.

–Tener que matar al último representante de una larga y gloriosa estirpe siempre es una lástima. Y una gran responsabilidad.

–¿Qué haremos entonces, Aadi?

–Tal vez…– dijo pensativo. Pero no llegó a acabar la frase–. Tú lo traerás a mí. Veremos qué es lo que sabe, y qué es lo que ignora. Mañana, cuando salga el sol. Entonces tomaremos una decisión. Y mientras tanto… que mis hijos sigan alimentándose, y multiplicándose. Pronto también esta ciudad será nuestra.

La mujer, que con sus ojos mortales no podía ver nada a su alrededor, escuchó cómo las decenas de estriges se removían inquietas una vez más. Esbozó una sonrisa y volvió a besar al ser del que estaba perdidamente enamorada.

# CAPÍTULO 14
## UN NUEVO ORESTES

–Los dos debéis regresar a Roma. Preparad vuestras cosas. Partís de inmediato.

Las protestas de Quinto y Céfiro no se hicieron esperar. Los dos empezaron a hablar a la vez, haciendo aspavientos y moviéndose alrededor de Marco que, todavía tumbado en el camastro de su habitación, los miraba con el ceño fruncido. Tenía el hombro vendado y la herida que le había causado la estrige se iba curando lentamente tras el emplasto que él mismo se había aplicado al llegar a casa la noche anterior. Sin embargo, su rostro estaba lleno de cortes y pequeñas heridas, y la sensación de mareo y debilidad que siempre le acometía cuando se dejaba poseer por la lágrima de Perséfone habían persistido tras las escasas horas de sueño que había logrado conciliar.

Marco estaba dolorido, mareado y con mil pensamientos en la cabeza, y lo último que necesitaba era a dos esclavos rebeldes cuestionando sus órdenes. Alzó la mano para imponer silencio, pero ni Quinto ni Céfiro le hicieron caso, y siguieron protestando y desgranando cada uno su interminable lista de argumentos por los cuales no podían regresar a Roma en aquellos momentos. Finalmente, harto ya, Marco tuvo que dar un golpe con el puño en la pared y gritar para lograr que los dos esclavos se callaran.

–¡Silencio los dos o por Plutón que os arrastro ante el pretor y hago que os crucifiquen por desobediencia!

–Si me dieran un as por cada vez que me has amenazado con eso…– comenzó a decir Céfiro, pero la mirada amenazante de Marco le hizo ver que era más conveniente guardar silencio. Quinto, enfurruñado, pero más acostumbrado a tener amos que imponían la disciplina con mano dura, sí dejó de protestar.

–Ya os he contado la situación. La cosa que atacó a Céfiro anoche no está sola: hay muchas más. Y hay una de ellas, supongo que su líder, cuyo poder no puedo ni imaginar. Anoche sobreviví de milagro al enfrentarme a varias de esas cosas…

–Si me hubieras dejado ir contigo…– dijo Quinto.

Marco pensó en la actitud del esclavo la noche anterior, cuando aterrorizado ante el relato de Céfiro se había metido en la cama para tratar de ignorar aquellas historias de monstruos. En ningún momento se había ofrecido a acompañar a Marco, aunque este prefirió no echárselo en cara para no herir el orgullo del esclavo.

–Ahora mismo serías una de esas cosas y estarías esperando a que

cayera la noche oculto en algún agujero. Quinto, este no es asunto que puedas solucionar con tus puños ni con una espada. Por ese motivo te tienes que marchar, y llevarte a Céfiro contigo. Pompeya no es un lugar seguro. Y yo no puedo enfrentarme a las estriges si tengo que preocuparme de que vosotros estéis a salvo.

Quinto se cruzó de brazos y arrugó aun más el ceño. Céfiro se sentó a los pies de la cama de un salto.

–Marco, no puedo irme ahora. Mañana es el estreno de la obra, ¿entiendes? He trabajado muy duro durante mucho tiempo…

–Llevas solo un día trabajando en el teatro.

Céfiro ignoró las palabras de su amo y continuó hablando.

–… y si uno solo de la compañía se marcha todo ese esfuerzo puede irse al traste. ¡No puedo irme! Participar en un estreno teatral como este es el sueño de toda mi vida.

–Pensaba que tu sueño era ser libre– dijo Marco.

–¡Libre para unirme al mundo del teatro!– respondió Céfiro abriendo las manos y poniendo cara de que su amo no se enteraba de nada.

–Y supongo que tú vas a decirme que no puedes perderte esos juegos de mañana…– dijo volviéndose a Quinto.

–Ayer llegamos a un acuerdo con Petronio y con el magistrado que organiza los juegos. Ya los escuchaste. Conmigo serán un éxito seguro. Sin mí, un fracaso.

Marco suspiró.

–Además, mi amo Varrón, me ordenó que velara por tu seguridad. ¿Cómo voy a hacer eso si me mandas regresar a Roma mientras tú te quedas en Pompeya? Estaría desobedeciendo una orden directa. Cosa que, por supuesto, no voy a hacer.

–Y ahora resulta que las órdenes de Varrón son sagradas. Para luchar en los juegos podemos ignorar a tu amo, pero en esto…

Quinto se encogió de hombros y miró hacia el suelo.

–Me quedo– zanjó.

–Está bien–cedió Marco–. Como no soy tu amo no puedo obligarte a regresar a Roma. Pero tú…

Céfiro se puso en pie en la cama.

–¿Vas a mandarme a Roma a mí solo por esos caminos plagados de estriges y de otras criaturas? ¡Si Quinto se queda, yo también!

–Deja de saltar en la cama, maldita comadreja. Haces que me duelan todas las heridas.

Céfiro se dejó caer de un salto en el fino y ajado colchón, a los pies de Marco.

–¡Yo también me quedo!– dijo, y adoptó una postura que imitaba a la del gladiador.

Marco los miró a ambos, suspiró y él mismo se encogió de hombros.

–De acuerdo, de acuerdo. Con tal de no escuchar más vuestras protestas, podéis quedaros. Pero cumpliréis una norma con precisión o de lo contrario…

–Sí, sí, el pretor, la cruz y todo eso– dijo Céfiro con ton burlón. El niño parecía haber olvidado por completo su encuentro con la estrige la noche anterior y solo pensaba en marcharse corriendo de regreso al teatro para seguir preparando la función–. ¿Qué norma es esa?

–En el momento en el que el sol comience a ponerse, los dos tendréis que estar aquí, en esta casa, con la puerta cerrada, sin abrir a nadie. ¿Ha quedado claro? Sin excepciones. Y sin esperar a que se haga de noche. En el momento en el que el sol comience a descender, volveréis a casa. No quiero que la noche os sorprenda en las calles.

Céfiro iba a protestar, pero Marco le apuntó con un dedo amenazador.

–Está bien, está bien. Estaremos de regreso en casa al atardecer, ¿verdad, Quinto?

–Si no hay más remedio…– dijo el esclavo, no muy convencido. Los días de juegos, los gladiadores que salían triunfadores solían festejar hasta altas horas de la madrugada con banquetes organizados por el lanista en los que no faltaba ni la buena comida, ni el vino, ni la compañía de mujeres contratadas con el fin de dar placer a los que habían sobrevivido y habían luchado con honor. Tener que regresar antes de la puesta de sol suponía perderse la celebración que tendría lugar en dos noches. Y dada la magnitud de los juegos que se estaban preparando, Quinto podía adivinar que la fiesta posterior sería algo memorable. Suspiró y pensó que ya encontraría la manera de burlar aquella norma de Marco, al menos por una noche.

–Esto no es ningún juego– dijo Marco muy serio–. Las estriges solo salen de noche, y estoy casi seguro de que no pueden entrar en ninguna casa si no se las invita a hacerlo. De lo contrario es muy probable que los tres estuviéramos ya muertos. El único momento seguro son las horas de luz solar.

–Sí, sí… Estaremos de vuelta antes del anochecer, no sufras por nosotros. Tú descansa y cúrate esas heridas. Al fin y al cabo, no todos tenemos la habilidad de salir ilesos y sin un rasguño de una pelea con una estrige.

Céfiro comenzó a pasear por la habitación fingiendo que sacaba músculo de los brazos. Quinto se echó a reír y Marco le lanzó uno de los cojines que utilizaba como almohada.

–Cinco estriges a la vez– dijo–. Cinco. Tú te enfrentaste a una pequeña y te cagaste en la túnica.

Céfiro esquivó el cojín y siguió haciendo el tonto ante las carcajadas incontrolables de Quinto y el gesto de fastidio de Marco.

Cuando Lucio Petronio bajó al tablinum de su *domus*, el atriense, un viejo esclavo que llevaba ejerciendo sus funciones desde que el padre del lanista dirigía el *ludus*, ya estaba esperándole con una lista en la mano de las personas que querían hablar con él. Al haberse anunciado por toda Pompeya la confirmación de que serían los gladiadores de Petronio los que llevarían el peso de los juegos del día siguiente, una gran multitud de personas se habían reunido ante las puertas de su casa desde primera hora de la mañana. Lo habitual era que se tratara solo de clientes de la familia, pero aquel día habían acudido muchos pompeyanos con intereses tan variados como pedir entradas en asientos privilegiados o proponer al lanista algún negocio relacionado con los juegos. Como cada día, el atriense había consultado con todos los solicitantes y había elaborado una lista, ordenada según la clase social y la importancia de los que solicitaban ser recibidos.

–¿Qué tenemos hoy?– preguntó Petronio tomando asiento tras su escritorio–. He visto la muchedumbre que hay delante de la casa, así que me temo que a la mayor parte tendrás que atenderlos tú o decirles que vuelvan otro día. Quiero supervisar personalmente las últimas sesiones de entrenamiento antes de los juegos.

–Hay mucha gente, en efecto. La mayoría con asuntos absurdos que yo mismo puedo despachar, *domine*. Sí hay una visita importante a la que considero debéis atender en persona.

–¿De quién se trata?– preguntó Petronio.

–Sexto Peduceo. Ha llegado muy temprano, y no ha traído con él a la escolta de esclavos que le suele acompañar. Es como si pretendiera… pasar desapercibido.

–¿Sexto Peduceo? No le habrás hecho esperar en la calle…

–Por Juno que no, *domine*. Aguarda cómodamente instalado en la sala del mosaico de Teseo. Se le ha ofrecido algo de desayunar y una esclava está con él para atender todas sus necesidades.

–Bien hecho– dijo Petronio satisfecho–. Le atenderé ahora mismo. Si lo deseas puedes ir tú despachando los asuntos que no requieran de mi presencia.

El atriense asintió y salió del tablinum. Petronio salió detrás de él y se dirigió a la sala que el esclavo le había indicado, una pequeña estancia para celebrar reuniones y banquetes privados con pocos comensales cuyo suelo estaba decorado con una escena de Teseo decapitando al minotauro con su espada ante la atenta mirada de la diosa Atenea. Tal y como el atriense le había dicho, Sexto Peduceo estaba en aquella habitación, reclinado en un diván y comiendo frutas de una bandeja. Una esclava muy joven aguardaba discretamente en un rincón por si el invitado necesitaba algo.

–Sexto, amigo mío. Celebro verte en mi casa… otra vez.

Peduceo se incorporó levemente en el diván, pero Petronio le indicó

que siguiera tumbado y él mismo se acomodó frente a él.

–Me gustaría que pudiéramos hablar a solas– dijo el invitado, mirando de reojo a la esclava que esperaba en silencio en una esquina.

–Por supuesto–. Petronio hizo un gesto a la chica, que se apresuró a abandonar la habitación. Una vez estuvieron solos, siguió hablando–. ¿A qué debo el motivo de esta visita? ¿Algo que no pudiste comentarme anoche?

–En efecto, hay algo de lo que quiero hablarte. Algo que no querría que llegara a los oídos de nuestro querido duunviro. Cayo Quincio es un buen hombre, con un concepto de la moral… tal vez demasiado elevado para quienes como yo entendemos el mundo de una forma más…

–Práctica– terminó la frase Petronio, entendiendo a la perfección lo que su invitado quería decir. Cayo Quincio era, además de un hombre muy rico, un aficionado a la filosofía que en los últimos años se había declarado seguidor de los maestros estoicos. En consecuencia, poseía un rígido código moral con el que gobernaba su vida y que le hacía inaccesible a todo tipo de corruptela e incluso a pequeñas maldades cotidianas que la mayor parte de seres humanos se permitían con indulgencia. Una actitud esta que incomodaba en ocasiones a sus colegas de las clases altas de Pompeya, acostumbrados a regirse por códigos mucho más flexibles y pragmáticos.

–Tú lo has dicho. Por eso prefería hablar contigo a solas, en la confianza de que esta conversación no saldrá de esta habitación.

–Sexto, sabes de sobra que puedes confiar en mí. ¿De qué se trata? ¿Tienes algún negocio interesante entre manos? ¿O necesitas que uno de mis hombres dé un escarmiento a alguien?

–De hecho, es algo así lo que tengo en mente, sí– dijo Peduceo sonriendo.

–Ya conoces mis tarifas.

–Creo que lo que voy a proponerte me va a salir mucho más caro de lo habitual.

Petronio miró a su interlocutor con interés mientras se acomodaba mejor en el diván.

–Ese Marco Lemurio al que invitaste anoche a cenar se ha convertido en una molestia. Mi vecino, ese cretino de Septimio, se ha empeñado en llevarme a los tribunales por algo que hizo uno de mis esclavos. Una nadería: se coló en su casa a robar durante la noche. El esclavo ya está muerto, por supuesto. No puedo permitir que nadie de mi casa se crea con derecho a infringir la ley de ese modo. Sin embargo, Septimio insiste en contar a todo el que le quiere escuchar que fui yo quien incitó a ese esclavo a que entrara en su casa con el objeto de dañar a su familia. Una estupidez, pero ya sabes… algunos pompeyanos se niegan a pasar página y mantienen vivos sus rencores

contra todos los que llegamos de fuera en tiempos de Sila. Septimio pretende denunciarme ante los duunviros y ese Marco Lemurio es su principal testigo. Y ya viste la buena impresión que ese canalla muerto de hambre causó anoche en Quincio.

Petronio asintió.

–Sí, el duunviro quedó muy satisfecho con el trato que firmó con Lemurio, desde luego.

–Ese es el problema. Quincio sabe que Marco Terencio Varrón está detrás de Lemurio. En caso de llegar a juicio escuchará su testimonio con interés. Si sumamos eso a la influencia que Septimio aún tiene entre algunas familias…

–Podrías estar ante un problema, sí– concluyó el lanista–. ¿Y en qué puedo ayudarte yo? ¿Quieres que uno de mis gladiadores se encargue de quitar de en medio a Lemurio?

Peduceo negó con la cabeza.

–No, eso sería muy arriesgado; todos los indicios me señalarían a mí, y si Marco Varrón o alguno de los hombres de Pompeyo se sienten atacados por la muerte de uno de sus clientes… bien, puedes imaginarte las consecuencias. Marco Lemurio es intocable mientras esté bajo la protección de Varrón. Pero podríamos hacer que de alguna manera perdiera esa protección.

–¿Qué tienes en mente?– preguntó Petronio, impaciente por que su invitado llegara a una conclusión y le planteara abiertamente qué era lo que pretendía de él.

–Quiero que ese esclavo amigo suyo muera en los juegos– dijo Peduceo sin borrar la sonrisa de su rostro.

Cuando Céfiro llegó a la explanada que se abría ante los dos teatros, observó que toda la actividad se había concentrado en la entrada del pequeño, mientras las puertas que daban acceso al grande estaban desiertas. El niño supuso que ya se habían finalizado todos los trabajos de traslado al recinto más pequeño y cubierto donde tendrían lugar los estrenos de las obras al día siguiente, de modo que él mismo se dirigió hacia allí. Al haber estado todo el día anterior trabajando junto a los actores y el resto del equipo, nadie le impidió el paso ni le preguntó a dónde se dirigía. Algunos incluso le saludaron por su nombre, algo que a Céfiro le hizo sentir un especial orgullo. De algún modo, comenzó a sentirse parte de aquella compañía.

Tras deambular un rato por los pasillos interiores del teatro pequeño, un edificio en el que no había estado antes y que Céfiro no conocía por dentro, se encontró finalmente con Sóstrato. El anciano daba instrucciones a un grupo de jóvenes que no parecían hacerle mucho caso y remoloneaban antes de cumplir las órdenes recibidas. Céfiro observó que cuando Sóstrato se dio la vuelta, uno de aquellos

chicos se tapó un ojo con la mano y comenzó a imitar al encargado del teatro, emulando sus andares lentos y su rostro malhumorado. Los otros rieron por lo bajo para evitar que el hombre objeto de sus burlas se diera cuenta de ello. El niño contuvo las ganas de correr hacia ellos y darles un buen puñetazo en los testículos que les quitara las ganas de reírse del anciano. Finalmente logró contenerse aferrándose al pensamiento de que si iniciaba una trifulca era muy probable que aquello acabara con él siendo expulsado del teatro, por mucha razón que hubiera tenido para actuar de aquella manera y muy justificado que hubiera estado el golpe en las pelotas de aquellos cretinos. Céfiro pensó en lo que Paris le había contado la noche anterior, la historia de cómo Sóstrato había pasado de ser una estrella que llenaba los teatros de toda Italia y de las provincias a convertirse en un viejo esclavo público al que ya nadie admiraba y pocos respetaban. Por primera vez en su corta vida, el niño pensó lo injusta que podía ser la vida con las personas que llegaban a la vejez y lo mutable y caprichosa que era la Fortuna. Sin embargo, como el niño de once años que era, Céfiro dejó que aquel pensamiento se alejara de su mente y se centró en lo que en aquel momento le entusiasmaba de verdad: ayudar a preparar el estreno de las obras teatrales.

–Buenos días– saludó el niño a Sóstrato para llamar su atención.

El veterano actor se volvió hacia él y esbozó un remedo de sonrisa.

–¿No tuviste bastante y vienes a por más? Pues te advierto que el día antes del estreno suele ser un auténtico infierno.

–Creo que podré aguantarlo– respondió el niño con una sonrisa.

–De acuerdo, sígueme. Buscaremos a Lais y a los demás y veremos si necesitan la ayuda de un pequeño ratero como tú.

Céfiro iba a protestar, pero se dio cuenta de que el tono con el que Sóstrato le había hablado era más cercano al cariño que al reproche, y pasó por alto el insulto. Echó a andar junto al anciano y, cuando ambos pasaron juntos al grupo de jóvenes que se habían estado riendo de Sóstrato, Céfiro fingió que tropezaba y, con el puño cerrado, golpeó con fuerza en la entrepierna del que había imitado al anciano.

–Lo siento, lo siento– dijo el niño poniendo cara de susto e inocencia–. Me he tropezado con mis propios pies… Qué torpe soy. Supongo que es por aquella enfermedad que tuve de niño…

El que había recibido el puñetazo en los testículos se encogió y gimió de dolor mientras maldecía a Céfiro, a sus ancestros y a todos los dioses celestiales e infernales. Sus compañeros se echaron a reír y le palmearon en la espalda. Ninguno de ellos trató de tomar represalias contra el pequeño esclavo. Al fin y al cabo, había sido un accidente. Céfiro siguió caminando junto a Sóstrato, que le lanzó una mirada de sospecha.

–¿Has tropezado?–preguntó.

–Sí. Soy un poco torpe.

Sóstrato, que el día anterior había visto a Céfiro moverse con el sigilo de un ratón por los pasillos del teatro e incluso trepar por montañas de cajas para coger algo que estaba en la parte más alta, le miró con su único ojo sano sin decir nada.

–Me pregunto dónde estará Lais– dijo el niño para cambiar de tema.

–En el escenario– respondió Sóstrato, renunciando a averiguar qué era lo que acababa de ocurrir en realidad.

Los dos esclavos recorrieron los pasillos, más cortos y estrechos que los que Céfiro había visto en el teatro grande, hasta que llegaron a una puerta que daba al escenario. Cuando el niño salió al amplio espacio con suelo de tablas sobre el que se representaban las obras sintió una cierta emoción, aunque nada comparable a lo que había sentido cuando había salido al escenario del teatro grande por primera vez. Aquel teatro era mucho más pequeño, ya que había sido concebido para representaciones más modestas y para espectáculos musicales, siempre como un complemento a lo que se programaba en el teatro grande. Era un espacio mucho más íntimo y Céfiro pensó que sin duda la acústica allí sería mejor, pero estaba lejos de la grandiosidad del teatro grande, con sus altas gradas y su capacidad para miles de espectadores.

En lugar del trajín de idas y venidas que Céfiro pensaba encontrar en el grupo de actores, Sóstrato y él observaron que los miembros de la compañía estaban a un lado del escenario, dispuestos en un corro, hablando en voz muy baja y con rostros de preocupación. Los dos esclavos caminaron hasta ellos, y, al verlos, Lais les hizo un gesto para que se acercaran.

–Sóstrato, tenemos un problema– dijo ella.

–¿Qué es esta vez? ¿Se os ha terminado el agua de rosas y no podéis perfumar vuestros presumidos culos?– dijo el anciano con sarcasmo.

–Algo mucho peor– dijo la actriz–. Paris ha desaparecido.

Céfiro observó al grupo de actores y comprobó que, en efecto, Paris no estaba con ellos.

–Estará durmiendo en brazos de alguna admiradora. O abrazado a un cántaro de vino– dijo Sóstrato–. No sería el primer actor que se pierde un ensayo general por algo así.

–Paris no. Puede resultar insoportable a veces, pero no es de los que falta a los ensayos ni de los que se deja engatusar por unas tetas bonitas. Si no ha venido es porque algo le ha ocurrido.

Todos los actores comenzaron a hablar, interrumpiéndose los unos a los otros. Paris no había ido a dormir a su habitación en la posada, dijo uno. No lo habían vuelto a ver desde la noche anterior, intervino otra.

–Anoche se marchó con él– dijo una de las más jóvenes, señalando a

Céfiro. Todos volvieron sus miradas al niño. Céfiro se quedó muy quieto, sin saber cómo reaccionar.

–Yo… lo acompañé un rato y estuvimos charlando. Cuando nos separamos me dijo que se iba a dormir. No supe más de él.

Todos asintieron, incapaces de creer que un niño tan pequeño y que no tenía nada que ganar haciendo daño al actor hubiera sido el responsable de la desaparición de Paris. Los actores y actrices empezaron de nuevo a discutir a gritos acerca de la posible suerte de su compañero hasta que Lais alzó la mano para imponer algo de cordura.

–Ya habrá tiempo para averiguar qué ha ocurrido con Paris. Ahora tenemos por delante un largo ensayo en el que todo ha de salir a la perfección.

–¿Y cómo vamos a hacerlo sin Paris? ¿Quién hará su papel? ¿Quién hará de Menelao?– dijo uno de los actores más veteranos, un hombre que solía interpretar los papeles de Néstor y de otros ancianos a pesar de que él mismo no había llegado a cumplir los cuarenta.

–Ese sí es un problema– dijo Lais–. Un problema que puede echar a perder el estreno.

Sóstrato alzó las manos y las agitó con violencia.

–Nada puede echar a perder el estreno. Salvo que queráis verme a mí azotado en el foro y a a vosotros escapando de la ciudad para evitar que os maten a pedradas, más nos vale a todos que encontremos una solución. ¿Quién de vosotros conoce el papel de Menelao en esta obra?

Un chico joven y delgado llamado Apsirto alzó la mano tímidamente.

–Yo conozco todos los versos. He ensayado mucho con Paris, y en alguna ocasión en la que él estaba enfermo hice yo mismo el papel de Menelao.

–¡Y te abuchearon hasta que se quedaron afónicos!– intervino otro en tono jocoso. A pesar de los nervios, todos, incluidos el aludido, rieron ante el comentario.

–Apsirto puede hacer de Menelao, de acuerdo… ¿Pero quién hará el papel de Apsirto? Nos hace falta un Orestes que llore la muerte de su hermana… y no puede ser el mismo Apsirto porque Menelao y Orestes están al mismo tiempo en escena.

–Todos tenemos ya algún papel asignado en esta obra. Tendremos que buscar a un actor de otra compañía– dijo Lais.

–Iré a preguntar– dijo Sóstrato resignado. Por experiencia propia, sabía que mezclar actores y actrices de diferentes compañías, cada uno con sus egos y manías, solía acabar con enfrentamientos y problemas–. Buscaré a alguien que sea capaz de aprender ese papel en solo unas horas.

–En realidad lo único que tiene que hacer es llorar– intervino Apsirto, sonriendo, incapaz de ocultar su satisfacción al haber pasado de un papel insignificante a uno con mucho más peso y en el que podría lucirse ante el público de Pompeya–. Cualquiera podría hacerlo.

–¿Y si hace Céfiro el papel?– dijo una de las actrices jóvenes.

Una vez más todos se volvieron hacia el niño, que en aquella ocasión no pudo evitar sonrojarse desde las raíces del cabello hasta el mentón.

–¿Yo?– preguntó, acobardado ante la propuesta.

–¿Has actuado alguna vez?– preguntó Lais.

–No…

–Se meará encima en cuanto ponga un pie en el escenario y vea a todo el público– comentó el actor que interpretaba a Néstor en la obra.

Los demás actores, Sóstrato incluido, miraron a Céfiro esperando su reacción.

–¿Y bien?– dijo Lais–¿Quieres actuar?

Céfiro dudó unos instantes, con la mente en blanco, completamente bloqueado. No estaba preparado para aquella proposición. Ni en sus mejores sueños se le habría ocurrido que aquel día le ofrecerían un papel en la obra. Un papel sin texto, casi de figurante, pero un papel, al fin y al cabo. Comenzó a temblar como un pajarillo mojado en pleno invierno y no acertó a decir una sola palabra.

–Ya os lo dije. No hemos ni empezado a ensayar y ya está cagado de miedo– insistió el actor.

Aquellas palabras quebraron la parálisis de Céfiro. Cuando el grupo estaba comenzando a girarse de nuevo los unos hacia los otros para seguir debatiendo posibles soluciones, el niño por fin habló.

–¡Sí!–gritó, sin decir más.

–¿Sí qué?– preguntó Lais sin entender.

–Sí, haré el papel de Orestes. Y no, no me pienso cagar de miedo cuando salga al escenario. ¡Si no me cagué ayer al ver tu culo de pollo desplumado cuando te cambiabas de ropa tampoco lo haré delante del público!– dijo señalando al actor que había cuestionado su capacidad para actuar.

Todos se echaron a reír. Dieron palmadas en la espalda a Céfiro y le revolvieron el pelo.

–Tenemos un Orestes entonces– dijo Lais, y con aquello se zanjó el asunto.

–Parece que ya tienes tarea para hoy– sentenció Sóstrato mientras miraba a Céfiro. Por un momento el niño pensó que aquel único ojo con visión dejaba entrever algo parecido al orgullo.

Con su nuevo rol en la compañía, Céfiro pensó que sería relevado de sus obligaciones de cargar bultos, ayudar a los actores a vestirse y vaciar orinales, pero pronto descubrió que no sería así en absoluto. En el momento en el que la crisis de la desaparición de Paris se cerró, todos se pusieron manos a la obra en sus tareas y siguieron exigiendo a Céfiro que cumpliera con las suyas. El niño, ligeramente desilusionado, pero sin perder la sonrisa, obedeció y trató de ser tan eficaz como pudo para complacer a sus compañeros. En algún momento se le pasó por la cabeza el pensamiento de que Marco le había autorizado únicamente a colaborar con Sóstrato en la preparación de los estrenos, pero en ningún momento se había hablado de que Céfiro saliera al escenario a actuar. El niño desechó de inmediato aquellos pensamientos y se dijo a sí mismo que sin duda a Marco no le importaría. Y en cualquier caso, añadió para sí, tampoco tenía por qué enterarse.

Una hora más tarde, con todo el trajín que se vivía en el teatro y sus entrañas, Céfiro se había olvidado por completo de las estriges, del ataque que había sufrido la noche anterior y de la orden que Marco le había dado aquella misma mañana de no estar fuera del apartamento cuando el sol se pusiera. Con la atención puesta por completo en lo que tenía entre manos y en las perspectivas de verse a sí mismo sobre las tablas del escenario y ante el público de Pompeya, Céfiro no tuvo tiempo de pensar en nada más. Trabajó con energía y ahínco hasta que, tras una pequeña pausa para un almuerzo ligero, llegó la hora de comenzar los ensayos definitivos.

–Apsirto, indica a Céfiro qué ropa debe ponerse y cuál es su papel– ordenó Lais sin detenerse, ocupada en prepararse ella misma para su papel en otra obra. Al ser una mujer, no podía participar en la tragedia que estaban a punto de ensayar, pero sí en obras menores de carácter cómico.

Apsirto, concentrado como estaba en la interpretación de su Menelao y en caracterizarse de forma adecuada como el rey de Esparta, hizo un gesto de fastidio y se llevó a Céfiro a un rincón del escenario.

–Tu papel es muy sencillo. Eres Orestes, el hijo mayor de Menelao. ¿Conoces su historia?

–Por supuesto– respondió Céfiro fingiendo seguridad pero sin tener ni la más remota idea de lo que estaba hablando Apsirto. Una vez más, lamentó no haber asistido con más asiduidad a las clases de Periandro en Roma–. Pero recuérdamela tú. Para asegurarnos de que conocemos la misma versión.

Apsirto resopló ante lo que iba a ser para él una pérdida de su valioso tiempo.

–Eres un niño tímido y te has visto arrastrado a un lugar en el que

no quieres estar, rodeado de rudos guerreros que te dan mucho miedo. Tu madre además está muy enfadada con tu padre porque este acaba de ordenar sacrificar a tu hermana pequeña…

–Vaya hijo de…

–Sí, sí, pero no te distraigas. Lo único que tienes que hacer es coger la mano del actor que hará de Clitemnestra, tu madre, y fingir que estás triste y asustado. Si puedes hacerlo, derrama unas cuantas lágrimas. Yo lo consigo tirándome con disimulo de los pelos del brazo.

–Yo no tengo pelos en el brazo.

–Pues te das pellizcos en el culo, no sé. Invéntate algo. Y ahora tu ropa… Veamos, la ropa de Orestes… ¿Qué podemos ponerte? Lo que iba a llevar yo está aquí, pero te quedaría muy grande. Necesitamos algo de tu talla… ¡Ay, por Juno, ya sé! Hay un baúl entero lleno de la ropa que usaba ese enano egipcio que trabajó un tiempo con nosotros. Pero se ha quedado en el teatro grande. Podemos ir a buscarlo…

–¡Todo el mundo a escena!– gritó Sóstrato con autoridad–. Comenzamos el ensayo de Ifigenia. ¡Todos preparados para salir! ¡Primer ensayo general!

Apsirto se puso muy serio y se colocó sus propias ropas.

–Bien. Ha llegado mi momento– dijo en voz baja.

–¿Y mi ropa?– preguntó Céfiro.

–Haz el ensayo vestido así. Después iremos a buscarla y la dejaremos lista para mañana. Y ahora déjame. Tengo que hacer mis últimos ejercicios de concentración y calentar la voz.

El actor comenzó a hacer gorgoritos con los ojos cerrados mientras movía sus brazos arriba y a abajo de forma repetitiva. Céfiro entendió que su compañero no iba a prestarle más atención y decidió centrarse también él mismo en su papel, que, aunque tenía una apariencia sencilla suponía para él una gran responsabilidad.

Todo ocurrió de forma muy rápida, sin que Céfiro tuviera tiempo de reaccionar. Por algún motivo, el actor que haría de Clitemnestra en el estreno estaba indispuesto y tuvo que ser la propia Lais quien, a regañadientes, hizo su papel en el ensayo. La actriz cogió de la mano al niño y prácticamente lo arrastró hasta el centro del escenario, donde aguardaban el resto de los actores vestidos ya como sus personajes. Sin soltar a Céfiro, la actriz comenzó a declamar los versos en el papel de Clitemnestra, logrando una entonación perfecta en su voz combinada con un rostro cargado de furia y unos movimientos violentos que acompañaban cada palabra pronunciada. Tan fascinado quedó Céfiro con la actuación de Lais que se olvidó por completo de asumir su papel y se quedó mirándola embobado y con la boca abierta. Cuando la escena terminó, Lais abandonó el escenario y arrastró al niño con ella.

–¿Qué es lo que estabas haciendo, por Mercurio?– le regañó–. No

tienes que mirarme con esa cara. ¡Tienes que llorar!

–Lais ha sido impresionante– fijo Céfiro sin poder dejar de mirarla–. Eres la mejor actriz que he visto nunca. Y eso que ni siquiera es el papel que ibas a representar…

Ella, al percatarse de que la admiración y el asombro que sentía el niño eran reales, no pudo evitar que su enfado se evaporara y se le escapó una sonrisa orgullosa.

–Gracias. Supongo que… este papel lo he visto muchas veces. Si me dejaran hacerlo ante el público… En fin. ¡Tú haz el favor de meterte en tu personaje la próxima vez o tendremos que buscar a otro Orestes! Si quieres disfrutar de la obra, hazlo desde las gradas, no desde el escenario.

–Discúlpame. La próxima vez lo haré mejor.

Y así fue. Los siguientes ensayos ya no cogieron a Céfiro por sorpresa, y el niño fue capaz de meterse en el papel del pequeño Orestes, dejándose llevar por los sentimientos que suponía que el personaje sentiría en aquellos momentos. El niño llegó incluso a derramar algunas lágrimas auténticas a costa de pellizcarse con fuerza el antebrazo.

Repitieron la escena una y otra vez y las horas fueron pasando a toda velocidad, sin que Céfiro fuera consciente de ello. Tras cada ensayo, Lais le dio a Céfiro algunas indicaciones de cómo actuar y cómo interactuar con ella en cada momento. Debía llorar, pero sin gesticular demasiado. Debía pegarse al brazo de Lais, pero no tanto que le restara a ella libertad de movimientos. Debía mirar al actor que hacía de Agamenón, su padre, con miedo y asombro, pero nunca con odio, pues aquello echaría a perder todo lo que venía posteriormente en la historia. Céfiro, que desconocía por completo las sagas de la Guerra de Troya y la historia de los Atridas, asintió y obedeció de forma meticulosa.

Cuando hubieron representado la obra completa hasta en cuatro ocasiones, Sóstrato, que había asistido a los ensayos de forma intermitente, se puso en medio del escenario, alzó los brazos y habló.

–Suficiente por hoy. Este último ensayo ha sido perfecto. Estamos listos para el estreno.

Todos los actores, con Céfiro entre ellos, prorrumpieron en aplausos y comenzaron a darse abrazos unos a otros. Apsirto levantó a Céfiro del suelo, le hizo girar en el aire y le volvió a dejar en las tablas. Una de las actrices más jóvenes le dio un beso en los labios, haciendo que el niño se sonrojara de nuevo. Lais cogió una de las mejillas de Céfiro y la pellizcó con cariño.

–Haremos de ti toda una estrella– comentó.

Sóstrato dio varias palmadas para recamar la atención de los presentes.

–Ya casi es de noche. Ahora todo el mundo a descansar.

Al escuchar la palabra noche, Céfiro sintió que se le paraba el corazón en el pecho. Miró al cielo, al espacio abierto entre las gradas y el escenario, aún no cubierto por los toldos que previsiblemente lo cubrirían el día del estreno. El color gris claro de las nubes diurnas había dado paso a un gris muy oscuro, casi negro. La noche casi había caído sobre Pompeya.

Todos los actores comenzaron a recoger sus cosas, dispuestos a marcharse a descansar tras un largo y duro día de ensayos. Al día siguiente todos tendrían que estar frescos y relajados para afrontar un estreno que no se preveía nada fácil. Los duunviros habían insistido en que los juegos del anfiteatro y las representaciones teatrales tuvieran lugar al mismo tiempo. Un gesto que pretendía demostrar la opulencia y la riqueza de los políticos que gobernaban Pompeya pero que dejaba a los actores en la difícil situación de tener que competir con los gladiadores para atraerse la atención del público. Dado que las grandes fiestas atraían asistentes de todas las ciudades de los alrededores, no había peligro de que las gradas del teatro se quedaran completamente vacías, ya que siempre había hombres y mujeres que preferían una buena comedia antes que un violento combate. Sin embargo, muchos de los que apostaban por el teatro lo hacían a sabiendas de que renunciaban a a disfrutar de las luchas de gladiadores, por lo que a cambio de este sacrificio exigían que las obras puestas en escena fueran de una calidad especialmente buena. Si lo que veían sobre las tablas resultaba ser malo o simplemente mediocre, no dudaban en abuchear, hacer ruido, levantarse y marcharse a ver si aún había sitio en el anfiteatro. Por ese motivo, el estreno del día siguiente suponía todo un reto para la compañía de intérpretes, que estaban incluso más nerviosos de lo habitual.

Al ver que todos los actores recogían sus cosas, Céfiro se dispuso a marcharse, pero cuando estaba a punto de salir del escenario, Apsirto le detuvo agarrándole del hombro.

–Recuerda recoger tu ropa del teatro grande antes de irte a casa. Mañana no tendremos tiempo.

Céfiro se quedó plantado sin saber muy qué hacer. Había prometido a Marco que estaría en casa antes de la caída de sol y ya había incumplido esa promesa. Si tenía que ir al teatro grande y buscar el baúl con las ropas que le decía Apsirto llegaría incluso más tarde y se arriesgaría a que la cólera de Marco fuera terrible. Sin embargo, no podía tampoco arriesgarse a quedarse sin la ropa para actuar al día siguiente.

–No sé cómo es el baúl– dijo como excusa desesperada, en la esperanza de que el actor se ofreciera a ir por él.

–Lo reconocerás sin problema. Es de madera y está decorado con

dos serpientes entrelazadas. Busca ahí y coge lo que mejor te quede. De cualquier modo, nadie se va a fijar en ti…

Apsirto dio una palmada a Céfiro y salió del escenario, seguido del resto de actores. Sóstrato se quedó el último, recogiendo partes de la escenografía. El niño se acercó a él.

–Me han pedido que recoja una cosa del teatro grande…

–¿Quién te lo ha pedido?– preguntó el veterano actor, sin dejar de recoger.

–Apsirto.

–Ese bobo ya se cree que es el primer actor de la compañía solo porque le han dado un papel importante. ¿Es imprescindible que lo tengas aquí para mañana?

–Es la ropa que debo llevar.

Sóstrato suspiró.

–Sí. Es importante.

El anciano metió la mano en la túnica y sacó una llave de color oscuro.

–De acuerdo, ve a buscarlo. Puedas entrar por la puerta trasera, la misma por la que me ayudaste a meter el cesto hace dos días. ¿Recuerdas el camino hasta el escenario desde allí?

–Creo que sí– dijo Céfiro, no muy convencido.

–Date prisa en coger lo que necesites y recuerda cerrar bien al salir. Tráeme la llave cuando termines. Yo estaré por aquí, recogiendo todo esto. No te entretengas.

Céfiro cogió la llave y suspiró, resignado. Su intención de que el anciano se ofreciera a ir a recoger las ropas por él tampoco había funcionado.

Salió corriendo del escenario y recorrió los pasillos del teatro pequeño a toda velocidad, adelantando incluso a los actores que habían salido antes que él. Céfiro llegó a la calle y comprobó que era incluso más tarde de lo que él creía. Hacía un rato que la noche había caído, y sin duda Marco estaría en casa preguntándose qué le habría podido ocurrir a su pequeño esclavo. Tenía que darse prisa en regresar o podría meterse en serios problemas. A pesar de que Céfiro había tenido un enfrentamiento directo con una estrige que había estado a punto de saldarse con el esclavo muerto, sentía más miedo de la posible reacción de Marco que de tener un encuentro con una de aquellas criaturas.

Cuando llegó frente a la puerta del teatro grande sacó la llave, la introdujo en la cerradura y la abrió. Tuvo que empujar con todas sus fuerzas para lograr que se moviera. Una vez en el pasillo, Céfiro se quedó helado. No había contado con que el interior del teatro estaría completamente a oscuras. El niño no había llevado con él ningún medio para iluminarse, y regresar al teatro pequeño a pedir una

lucerna supondría una enorme pérdida de tiempo.

Céfiro tragó saliva. No sabía si sería capaz de encontrar el camino hasta el escenario por aquel laberinto de túneles y estancias. A diferencia de las puertas principales por las que entraba el público, que llevaban directamente a la *cavea* y los asientos, la entrada trasera que él había utilizado daba acceso a los espacios empleados por el personal, los almacenes y habitaciones usadas por los actores para vestirse, maquillarse y descansar entre actuaciones. Al mirar el pasillo oscuro ante él, Céfiro sintió un sudor frío recorriendo su espalda. Pensó en que al menos el escenario, que estaba situado al aire libre, estaría algo más iluminado por la luz de la luna, y que una vez allí no le sería difícil encontrar el baúl que le había indicado Apsirto. Sin embargo, antes de llegar hasta allí tendría que enfrentarse a una larga oscuridad…

El niño cogió aire y echó a andar por el pasillo, con la mano pegada a la pared para al menos no perder la noción de dónde se encontraba en cada momento. Creía recordar que aquel largo corredor desembocaba en un gran almacén que tenía salida directa al escenario, aunque no estaba seguro de si el camino era directo o si había alguna habitación intermedia. Solo había una forma de averiguarlo. Sacando todo el valor que fue capaz de reunir, Céfiro siguió avanzando por el pasillo, notando que a medida que se alejaba de la entrada la iluminación iba disminuyendo.

En el momento en el que se hubo alejado varios pasos, la puerta por la que había entrado se cerró de golpe. Céfiro sintió que el corazón comenzaba a latirle a toda velocidad. Era imposible que la puerta se hubiera cerrado por acción del viento. Él mismo había tenido que emplear todas sus fuerzas para moverla debido a sus goznes viejos y oxidados. Además, aquella noche apenas había viento en Pompeya. No, la puerta no podía haberse cerrado sola.

Había alguien más con él en aquel pasillo, en medio de la oscuridad.

Asustado, Céfiro echó a correr a tanta velocidad como le permitieron sus cortas piernas. A su alrededor, la oscuridad era total. Solo la mano, siempre en contacto con la pared, le permitía seguir adelante y tomar las curvas sin chocar contra el muro. El niño no sabía si era producto de su imaginación, si era efecto de los ecos y ruidos propios del teatro vacío o si realmente había alguien siguiéndolo, pero era capaz de escuchar tras él pasos y jadeos, casi de sentir un aliento gélido en la nuca.

En aquel momento, solo en medio de la oscuridad y sintiendo cómo alguien o algo trataba de darle caza, comprendió que un enfado de Marco era el menor de los problemas que podían acecharle aquella noche. Mientras corría por el pasillo, Céfiro se dijo a sí mismo que si conseguía salir con vida de aquella no volvería a desobedecer a su

amo nunca más.

–Céfiro– escuchó el niño a su espalda, una voz gélida que le erizó el vello de la nuca y le impulsó correr más deprisa aun.

El niño logró llegar hasta la puerta del almacén que recordaba que daba acceso al escenario. La abrió a tientas y pasó al otro lado, sin detenerse a cerrarla tras él. La huida en el interior de aquella estancia, sin embargo, no fue tan sencilla. El almacén estaba lleno de trastos y todo tipo de bártulos que los responsables de su traslado al teatro pequeño no se habían molestado de colocar. Céfiro tropezó, se levantó y volvió a tropezar varias veces, golpeándose en la cabeza, en los costados y en las piernas pero tratando de ignorar el dolor que aquellos golpes le habían producido. Tenía que llegar al escenario, donde la luz de la luna le permitiría al menos ver quién le perseguía.

–Céfiro– volvió a escuchar. En aquella ocasión, su nombre fue seguido de un coro de risas que emanaban crueldad.

Céfiro consiguió finalmente darte con la puerta que daba paso al escenario y la abrió para seguir corriendo.

Cuando salió a las tablas, Céfiro miró al cielo y observó que las nubes habían dejado paso a una noche clara en la que la luna brillaba en su esplendor casi completo. Después de haber estado sumergido en la más completa oscuridad, la luz de la luna le pareció más brillante que mil soles juntos.

Céfiro miró a su alrededor y no vio a nadie. Tal vez lo has imaginado todo, pensó. Tal vez esos susurros que has creído escuchar, ese aliento en la nuca… tal vez no había nadie contigo en el pasillo y todo haya sido fruto del miedo y los nervios.

Sin embargo, como si quisieran quitarle la razón a aquellos pensamientos, escuchó unos pasos cercanos. Alguien caminaba hacia él. Varias personas.

De diferentes puntos del escenario aparecieron cinco personas, tres hombres y dos mujeres. A cuatro de ellos Céfiro no los había visto jamás. Pero reconoció de inmediato al cuarto.

Paris, el actor con el que había estad charlando la noche anterior, se dirigía a él con una sonrisa burlona en los labios. Céfiro sintió un nudo en el estómago al ver al intérprete bajo la luz de la luna. Su piel, que ya le había parecido muy blanca en el momento en que les habían presentado, se le antojó en ese momento mortecina, como si su rostro estuviera labrado en el más puro mármol. Sin embargo, Céfiro trató de relajarse. Pálido o no, se trataba solo de Paris, un hombre que la noche anterior se había mostrado amable y cercano con él. ¿Qué tenía que temer de alguien así? Lo más probable era que el actor y sus amigos hubieran decidido darle un susto al verle entrar al teatro y que le hubieran perseguido por los pasillos con el objetivo de pasar un buen rato a su costa.

–¿Por qué escapas de nosotros, Céfiro?– preguntó–. Solo queremos… charlar contigo.

Los otros cuatro que acababan de aparecer en el escenario rieron ante las palabras de Paris.

–He venido solo a por unas ropas– dijo el niño, sintiendo que el miedo se negaba a abandonar su cuerpo–. Pero tengo que marcharme ya. ¿Sabes que Apsirto va a hacer tu papel mañana?

–¿Mi papel?– Paris se detuvo unos instantes y dejó de sonreír. Miró a Céfiro como si no supiera de lo que le estaba hablando. Sin embargo, al mismo tiempo, su expresión indicó que algo de lo que le había dicho el niño había despertado en él un recuerdo muy lejano. El actor cerró los ojos y cuando los volvió a abrir estos brillaron bajo la luz de la luna–. Los tiempos de actuar se acabaron para mí. Aunque… tal vez podamos hacer una última función. ¿Qué me decís? ¿Queréis actuar conmigo una última vez?

Los dos hombres y las dos mujeres sonrieron, mostrando a la luz de la luna sus dientes afilados.

En ese momento Céfiro ya no tuvo ninguna duda. El rostro de los cinco seres que le rodeaban y estrechaban el cerco cada vez más era muy similar al de la chica que le había atacado la noche anterior. Rostros de aspecto humano, pero carentes de toda humanidad.

Eran estriges. De alguna manera, Paris había acabado convirtiéndose en una de aquellas criaturas después de haberse separado de Céfiro en las calles de Pompeya.

El niño tragó saliva. En su primer enfrentamiento con una estrige había tenido la suerte de salir con vida gracias al hallazgo fortuito de una moneda de plata en sus bolsillos. En aquel momento, en medio del escenario del teatro y con las manos vacías con excepción del estilete que guardaba bajo la manga, supo que la diosa Fortuna no le sonreiría dos veces. Ni siquiera Marco sería capaz de enfrentarse con cinco estriges y salir con vida sin hacer uso de sus poderes mágicos.

Las estriges dieron un paso más hacia Céfiro y el niño comenzó a retroceder hacia el borde del escenario. Tal vez si saltaba al foso de los músicos y echaba a correr por las gradas…

Sin embargo, como si hubiera podido leer sus intenciones, una de las mujeres se movió hacia aquel lugar con una velocidad pasmosa, cerrando cualquier posibilidad de escapatoria para el niño.

–Sí, una última función antes de la cena. Y después, Céfiro… te unirás a nosotros. ¿Qué te parece mi idea?

–Prefiero dejarlo para otro día…– Céfiro esbozó una sonrisa forzada.

–Oh, pero la verdad es que no creo que tengas elección.

Paris comenzó a danzar alrededor del niño, moviendo los dedos frente a la boca, como si estuviera tocando un instrumento musical de viento inexistente. El actor saltaba hacia adelante y hacia atrás,

haciendo volteretas y cabriolas sin usar las manos en ningún momento, como si su cuerpo fuera tan ligero como el mismo aire que lo rodeaba. Céfiro había visto a los actores hacer danzas como aquella en el escenario en una infinidad de ocasiones, pero nunca antes a uno capaz de moverse con tanta agilidad y de hacer piruetas tan complejas.

–Podemos interpretar la historia de Atreo y Tiestes… ¿La conoces, Céfiro? La historia del rey que para vengarse de su hermano cocinó a sus hijos y se los sirvió, de forma que este degustara su carne plato tras plato… hasta que, por último, cuando Tiestes ya estuvo saciado, le presentó en una bandeja las cabezas de los niños a los que se acababa de comer…

Paris saltó frente a Céfiro y acarició su rostro con un dedo. Céfiro sintió un escalofrío recorriendo su espalda.

–¡O una más conocida para todo el público! ¿Qué te parece si yo interpreto al poderoso Saturno y tú a uno de sus hijos? Excepto, Júpiter, por supuesto… Júpiter nunca llegó a ser devorado, su madre lo cambió por una roca. Y tú, pequeño Céfiro, sí vas a ser nuestro alimento esta noche.

Paris empujó al niño y Céfiro cayó hacia atrás, siendo recogido por otra de las estriges, que a su vez lo empujó de nuevo hacia una de las mujeres y ella una vez más hacia Paris. Riendo enloquecidas, las estriges se pasaron al niño de mano en mano mientras danzaban a su alrededor. Céfiro, impotente, se echó a llorar, a sabiendas de que no había nada que pudiera hacer contra aquellas criaturas.

–¡Suficiente!– gritó una voz tras ellos.

Las estriges dejaron de reír y de empujar al niño, que cayó al suelo, de rodillas. Todos, monstruos y niño, se giraron hacia el origen del grito. Céfiro confiaba en que, de algún modo, Marco hubiera averiguado dónde estaba y hubiera aparecido para ayudarlo, acabando con aquellas criaturas con alguno de sus hechizos. Sin embargo, no era Marco quien los miraba desde un lateral del escenario.

Se trataba del anciano Sóstrato. El veterano actor miraba a las estriges con su único ojo sano cargado de furia. En una de sus manos llevaba una espada corta con la hoja afilada.

–Vaya, tenemos compañía– dijo Paris con tono burlón–. El viejo quiere unirse a nuestra pequeña función. ¿Quieres revivir tus años de gloria en el escenario? ¿Quieres experimentar de nuevo lo que sentías antes de convertirte en un ser decrépito y feo incapaz de arrancar ni un solo aplauso? ¡Vamos, todo es posible esta noche! Te meteremos en una olla, como a Pelias, para rejuvenecer tus carnes flácidas. Yo seré tu Medea esta noche, viejo.

–Dejad al niño, criaturas de Hades. Quitad vuestras manos de él.

–¡Sóstrato, no te acerques, son…!– gritó Céfiro, pero no pudo

terminar la frase porque una de las estriges le dio un revés con la mano que lo tumbó al suelo y le hizo empezar a sangrar por la boca.

–Sé lo que son. Llevo días escuchando rumores. Y no es la primera vez en mi vida que escucho hablar de estas cosas. Engendros malnacidos…

–No hay necesidad de insultar, abuelo– dijo Paris–. Especialmente cuando estoy seguro de que te unirías a nosotros en el momento en el que cualquiera te lo propusiera. Imagínalo. Un cuerpo joven y hermoso otra vez. Dicen que con tu boca y tu culo hiciste estremecerse incluso a un rey de Egipto… pero mírate ahora. Únete a nosotros y volverá a ser joven. ¡Eternamente joven! Verás de nuevo por ese ojo muerto, y hombres y mujeres se postrarán a tus pies. Solo pídemelo, anciano, y te lo entregaré, como me lo entregaron a mí.

Sóstrato permaneció en silencio unos momentos. Se llevó la mano a su ojo ciego y suspiró.

–La eternidad no es un regalo. La eternidad es una condena. Mi cuerpo fue joven cuando le correspondió, y envejeció cuando le llegó el momento. No, no quiero tu regalo eterno.

El anciano dio un paso al frente y alzó la espada.

–Y ahora soltad al niño.

Las cinco estriges se echaron a reír.

–¿Y si no lo hacemos? ¿Nos matarás con tu ridícula espada?

Sóstrato esbozó una sonrisa triunfal.

–No es para vosotros esta espada– dijo–. Es para mí.

El anciano alzó el arma y con un tajo firme se hizo un corte en el brazo izquierdo desde la muñeca hasta el codo, causando que la sangre comenzara a brotar de inmediato y manchara sus ropas y el suelo del escenario. Sóstrato alzó el brazo para que las estriges pudieran verlo bien.

–Bebed ahora, engendros sedientos. Bebed de mí– dijo, sin poder evitar una mueca de dolor.

Las sonrisas desaparecieron de los rostros de las estriges. Sedientas como estaban después de haber jugado con Céfiro y de haber sentido la sangre caliente del niño palpitando dentro de su cuerpo, no pudieron resistir la tentación y se lanzaron sobre el anciano. Paris fue el último en rendirse a la llamada de la sangre, pero finalmente también se abalanzó sobre Sóstrato y comenzó a beber de él para aplacar la sed y el frío mortales que arrasaban su cuerpo como un millón de agujas de hielo.

El viejo actor hizo una mueca de dolor al sentir que aquellas criaturas comenzaban a beber la sangre que manaba de su brazo y, al no verse satisfechas con esto, abrían nuevas heridas en todo su cuerpo. Con un último esfuerzo, antes de empezar a gritar de dolor, logró articular una frase.

–Céfiro, corre.

El niño se quedó paralizado al observar aquella escena. Por un instante pensó en coger la espada que Sóstrato había dejado caer al suelo para arremeter contra las estriges, pero de inmediato comprendió que con una simple arma de hierro no conseguiría dañar a aquellos seres. El anciano se había sacrificado para que él pudiera vivir y no había nada que Céfiro pudiera hacer. Reuniendo todas sus fuerzas, se puso en pie y echó a correr, saliendo del escenario e internándose de nuevo en los pasillos oscuros de las entrañas del teatro. Mientras escapaba pudo escuchar los gritos de Sóstrato hasta que finalmente estos se apagaron y solo quedó el silencio.

# CAPÍTULO 15
## LA ESPADA DE PLATA

Aquella mañana, Quinto salió del pequeño apartamento al mismo tiempo que Céfiro, dejando a Marco descansar y sanar de las heridas que las estriges le habían inflingido la noche anterior. Los dos esclavos caminaron juntos un tramo y se separaron al llegar a las inmediaciones de la zona de los dos teatros. Quinto se despidió del niño y le recordó las instrucciones de Marco: ambos debían estar de vuelta en el apartamento antes de la caída del sol. El pequeño esclavo había asentido antes de echar a correr hacia el teatro, con el rostro y la mirada radiantes de ilusión por el día que le esperaba. Quinto sonrió a su vez mientras observaba al niño correr por la calle. Estaba cogiendo mucho cariño a aquel pequeño. Pensó en su propio hijo, al que solo había podido ver de lejos, sin poder intercambiar ni una sola palabra, ni un abrazo, ni un gesto de cariño, y mucho menos un consejo paternal. Aquello podía cambiar en los próximos días si Petronio cumplía su palabra.

Y eso era lo primero que Quinto iba a hacer aquella mañana. Asegurarse de que los términos de la oferta que el lanista le había hecho el día antes seguían siendo los mismos. Quinto combatiría en la arena y a cambio Petronio compraría a Calisto y a su hijo para regalárselos después a Varrón, de modo que la familia pudiera vivir unida el resto de su vida. Aunque Quinto no necesitaba ninguna motivación añadida para volver a empuñar sus armas de gladiador, la perspectiva de estar junto a Calisto y de poder disfrutar de su hijo como nunca había podido le hacían desear con más intensidad que llegara el día de los juegos.

Con una sonrisa en los labios y sin pensar en momento alguno en todo el asunto de las estriges, Quinto recorrió a pie la distancia que le separaba desde el *ludus* de Petronio. Aunque el sol no brillaba en el cielo y las nubes amenazaban con seguir descargando lluvia sobre la ciudad, Quinto se sentía como si el mundo que le rodeaba fuera sencillamente perfecto. Estaba excitado y nervioso como hacía tiempo que no le ocurría, y sabía que aquella noche apenas podría conciliar el sueño debido a los nervios previos al combate.

Cuando llegó a la *domus* de Petronio, ubicada más allá de las murallas, Quinto pasó de largo ante la puerta principal, dispuesto a dirigirse a la entrada de servicio. Descubrió, sin embargo, que Lucio Petronio salía por aquella entrada en compañía de otro hombre, y decidió abordarle directamente. Al ver que el enorme esclavo se

acercaba a ellos, Petronio comenzó a sonreír de forma artificial, y hasta Quinto, que no era especialmente perspicaz, comprendió que su llegada había puesto nervioso al lanista. El hombre que estaba junto a Petronio, por el contrario, mantuvo la calma, y miró a Quinto con una sonrisa cargada de maldad en los labios. El gladiador recordaba haber visto el rostro de aquel personaje la noche anterior, entre los invitados de Petronio que le habían visto combatir desde la terraza junto a Marco.

–Me marcho. Confío en que todo salga como hemos hablado– dijo Peduceo antes de estrechar el brazo de Petronio. Este asintió y le devolvió el apretón antes de volverse hacia Quinto.

–Quinto, amigo mío. Tan madrugador como siempre– dijo con fingida alegría mientras palmeaba la espalda del esclavo y le invitaba a entrar a la *domus* por la puerta principal. El esclavo supuso que aquella extraña actitud del lanista se debía a la proximidad de unos juegos en los que había invertido mucho tiempo y dinero, y decidió no pensar más en el asunto.

–Quiero dedicar el día a entrenar. La verdad es que me siento un poco falto de práctica…

–Por supuesto, por supuesto. Tienes el *ludus* entero a tu disposición. Armas, gladiadores, ropa, comida… lo que necesitas. Mañana será tu gran día. ¡Nuestro gran día!

–Espero no decepcionaros, ni a ti ni al público.

–Nunca me has decepcionado, Quinto– dijo el lanista mirando al esclavo con una repentina sombra de pena en su expresión–. Por cierto… tengo una sorpresa para ti. Acompáñame al almacén.

Quinto asintió, sin saber muy bien a qué se podía referir el lanista. Acompañó a su antiguo amo por los pasillos de la *domus* hasta llegar a la zona del *ludus* donde estaban los almacenes. En ellos, además de todos los suministros necesarios para la casa, se guardaban todas las herramientas y armas con los que los gladiadores trabajaban en su su día a día y en los grandes juegos. Un grupo de esclavos se afanaba en limpiar y afilar armas y armaduras de cara al espectáculo del día siguiente, y al ver a su amo entrar en el almacén trabajaron incluso con más ahínco. Petronio los saludó a todos, les indicó que siguieran con sus labores y se dirigió hasta el fondo del almacén. Allí, cubierto con una sábana fina, señaló a lo que parecía la forma de un cuerpo humano.

–Antes de que te marcharas con tu nuevo amo encargué algo para ti. Nunca llegué a dártelo, pero por algún motivo lo guardé. Siempre tuve la sensación de que volverías. Era como si los dioses me estuviera diciendo que nuestros caminos se volverían a cruzar… y aquí estamos.

–¿Qué es?– preguntó Quinto.

El lanista sonrió, mostrando sus grandes encías, y tiró de la sábana,

dejando al descubierto una estructura de madera con la forma adecuada para sostener las piezas de una armadura completa. Quinto ahogó un grito de asombro.

–Por la *mentula* de Hércules…– murmuró.

–Es bonito, ¿verdad?– dijo Petronio con orgullo.

Ante ellos estaba la armadura más fastuosa que Quinto había visto en su vida. Una coraza dorada y brillante sobre la que el herrero había moldeado la forma de unos fornidos pectorales y unos firmes abdominales. Dos hombreras con motivos geométricos decorando toda su superficie, y a juego con ellas un par de grebas y dos piezas para proteger los antebrazos. La armadura estaba coronada por un casco dorado, con un ala a cada lado y en el centro el rostro de Medusa con la cabeza cubierta de serpientes talladas con extraordinario realismo.

–Todo de tu talla, forjado específicamente para ti. Nadie lo ha usado desde que el herrero lo terminó. Lleva aquí desde que te fuiste, cogiendo polvo. Pero anoche, después de cerrar el trato con tu amigo Marco, ordené a los esclavos que lo limpiaran y dejaran como nuevo.

Quinto no era capaz de articular palabra. Se vio a sí mismo vestido con aquella panoplia, semejante a un héroe de las historias que le contaban de niño, aquellos que eran capaces de volar sobre las aguas para cortar la cabeza a serpientes marinas o de descender al reino de Plutón para rescatar a sus esposas muertas. Se vio a sí mismo cubierto con aquella armadura y pensó en lo que Calisto sentiría al verle ataviado así, convertido en un personaje de leyenda.

–¿Voy a combatir en la arena con esta armadura?

Petronio se echó a reír.

–Oh, por los dioses, no. Esta armadura no aguantaría ni un solo golpe, y sospecho que además resultaría muy incómoda. No, no, nada de armaduras para los juegos. Combatirás como siempre, con el torso desnudo y sin casco. Esta armadura es para la pompa de inauguración de los juegos. Vestido con ella recorrerás la ciudad, subido en mi mejor carro, para que toda Pompeya pueda ver a mi mejor gladiador. Al mejor de todos los gladiadores. ¿Qué te parece la idea?

–Es maravillosa– dijo Quinto, todavía con la boca abierta.

–Y por supuesto una armadura no es nada sin su espada correspondiente.

Petronio cogió un estuche de madera forrado con tela y se la tendió a Quinto. Este lo abrió y descubrió una magnífica espada corta con la hoja de un color muy claro y brillante. El gladiador la sacó para empuñarla y descubrió que aquella arma no pesaba apenas.

–Toda la hoja está hecha de plata pura. La llevarás contigo durante la procesión inaugural, desenvainada y apuntando hacia al frente, como si fueras un Alejandro Magno recién llegado a las costas de la Campania al frente de tus ejércitos victoriosos.

Quinto hizo alguna finta con la espada, que al no pesar apenas no presentaba resistencia y era muy fácil de manejar. Petronio sonrió al ver al esclavo blandir aquella espada.

–Un arma digna de un rey– comentó–. Porque eso es lo que tú eres, Quinto. El rey de los gladiadores.

El esclavo no pudo evitar sonrojarse ante aquellas palabras, y Petronio, al ver a aquel hombretón tan feliz y orgulloso con su nueva armadura, tragó saliva y por unos instantes se arrepintió del acuerdo al que había llegado con Sexto Peduceo solo un rato antes. El lanista tuvo que concentrarse en la suma de dinero que se le había prometido y solo así logró mitigar en parte los remordimientos que sentía al haber vendido la vida de Quinto.

Quinto pasó aquel día entrenando con todas sus energías. A pesar de que tanto Petronio como Titono, el *doctor* del *ludus*, le aconsejaron que disminuyera el ritmo, Quinto insistió en que no estaba cansado y en que le vendría bien una jornada de duro ejercicio. Uno tras otro, todos los compañeros con los que Quinto se emparejaba para combatir y ensayar fintas, caídas y ataques, acababan por retirarse agotados, mientras el enorme esclavo se limitaba a parar unos instantes, beber agua y limpiarse el sudor antes de continuar.

Solo a la hora de comer consintió en hacer una pausa para deleitarse con un banquete consistente en tanta carne como pudo ingerir regada con buenos vinos. Quinto casi había olvidado la costumbre de Petronio de permitir que los gladiadores que iban a combatir al día siguiente se alimentaran con productos dignos de las mesas más ricas si así lo deseaban. Según el lanista, aquello ayudaba a mantener su moral alta antes de los juegos y a que los gladiadores saltaran a la arena con deseos de salir victoriosos para luchar muchas más veces. Tras la opípara comida, el resto de gladiadores se retiró a sus habitaciones para descansar unas horas antes de la sesión de entrenamiento de la tarde. Quinto, sin embargo, regresó al patio para seguir practicando en solitario en el palus, la enorme estaca clavada en el centro del recinto con la que los gladiadores ensayaban sus golpes. En ese momento, mientras golpeaba con su espada el enorme palo clavado en el suelo, desgastado y mellado por la infinidad de impactos recibidos a lo largo de los años, el gladiador observó que los esclavos habían dejado su armadura plateada bajo uno de los pórticos después de que él se la hubiera probado y Petronio hubiera dado el visto bueno a su aspecto. A los pies de la armadura, que estaba colocada de nuevo en su soporte, estaba el estuche que guardaba la espada de plata. Quinto miró la armadura y sonrió. Al día siguiente toda Pompeya le vería vestido con aquella panoplia y él volvería a sentirse como el príncipe de la arena que había sido tiempo atrás. Con

un paño se limpió el sudor de la frente y siguió practicando sus golpes y fintas en el palus hasta que uno de sus compañeros salió al patio y se ofreció con resignación a combatir contra él.

Quinto siguió entrenando buena parte de la tarde, incansable, hasta que Borax, el pequeño númida, se acercó a él con una sonrisa en los labios. El gladiador despachó con un golpe contundente al hombre con el que estaba combatiendo, y se volvió hacia Borax.

–Tienes una visita– dijo el númida.

–¿Una visita? ¿Yo? Aquí?– preguntó Quinto extrañado.

–Sí, una visita. Tú. Aquí.

–Debe tratarse de un error. Salvo que se trate de Marco.

–No, no es tu amigo el brujo quien ha venido a verte. Es una visita mucho más especial. Ven conmigo. No te arrepentirás.

Quinto se encogió de hombros y, tras ayudar a su compañero caído a levantarse, dejó la espada de madera en el suelo y siguió al pequeño esclavo. En el trayecto, Quinto trató de sonsacarle algo de información, pero el númida se limitó a sonreír y a responder con evasivas y palabras enigmáticas.

–Cuando te pones misterioso me dan ganas de tirarte a la letrina.

–Saltaré yo mismo al pozo negro si lo que te aguarda tras esta puerta no te agrada– respondió Borax señalando la entrada de uno de los dormitorios individuales que usaban los gladiadores más veteranos o con más prestigio–. Adelante. No hagas esperar a tu visita.

–Espero que no sea una de tus bromas…

Quinto abrió la puerta y entró al dormitorio. En el interior, sentada en una cama tosca cubierta con sábanas de poca calidad, había una mujer grande y de espesa cabellera negra. La mujer miró a Quinto y esbozó una sonrisa de alivio al ver que quien franqueaba la puerta era el enorme gladiador.

–Quinto– dijo ella.

–Calisto…

Quinto no supo qué más decir. Se quedó embobado, mirando a la esclava a la que había amado con pasión durante años y de la que se había visto separado desde que ella se había quedado embarazada de su hijo común. Nunca antes había visto a Calisto en el interior del *ludus*. Durante el tiempo que había durado su relación, siempre se habían visto de forma clandestina en otros lugares, pero nunca en casa de Petronio, y mucho menos en la *domus* del amo de Calisto. La presencia de la esclava en aquella habitación dejó a Quinto sin palabras.

–Por Juno, menos mal que eres tú…– dijo ella, dejando caer los hombros, relajada.

–No entiendo nada– respondió él–. ¿Qué estás haciendo aquí?

Calisto se echó a reír.

–¿De verdad no sabes lo que estoy haciendo aquí? Nunca he conocido un hombre tan ingenuo…

Quinto arrugó el entrecejo, confundido. Según sus planes, él se encontraría con Calisto unos días después de triunfar en la arena, después de que Petronio los comprara, a ella y a su hijo, pero no antes. La presencia de Calisto en aquella habitación le había cogido completamente por sorpresa.

–Espera un momento– dijo, y salió de la habitación, cerrando la puerta tras él. Borax todavía estaba en el pasillo, alejándose.

–¡Borax, eh, Borax!– llamó Quinto– Ven aquí.

Fue entonces el momento de Borax de quedarse sorprendido.

–Pero… ¿No te gusta lo que el amo ha preparado para ti? ¿O lo haces solo para obligarme a que salte a la letrina?

–Olvídate de la letrina. ¿Qué hace Calisto en esa habitación? ¿Y qué es eso de que el amo lo ha preparado para mí?

Borax miró a Quinto como si fuera profundamente estúpido.

–¿De verdad tengo que explicártelo? Una mujer que te gusta en una habitación privada la tarde antes de un importante combate. ¿Sabes sumar uno más o uno o tengo que decirte el resultado?

Quinto puso gesto de estar pensando… y finalmente lo vio todo claro. Sus ojos se abrieron por la sorpresa cuando su mente vio la luz.

En el mundo de los gladiadores era muy habitual que el día antes de los combates los lanistas contrataran los servicios de prostitutas o permitieran que sus luchadores se acostaran con las esclavas de la casa como medio para motivarlos y lograr que se relajaran y descansaran. Al igual que con la comida, aquella sesión de sexo servía de recompensa a unos hombres que podían encontrar la muerte al día siguiente si Fortuna no les sonreía.

Quinto comprendió que Petronio, a sabiendas de que el mayor deseo de Quinto consistía en estar con Calisto, había organizado de alguna manera aquel encuentro como recompensa por haber aceptado combatir en la arena representando al *ludus*. Sin duda, había ofrecido dinero al amo de la esclava, y este había aceptado, encantado de ganarse unas monedas.

–Entra ahí y haz lo que tengas que hacer– dijo Borax–. ¿O prefieres que te traigamos a otra chica?

–No, no, esta está muy bien– dijo Quinto–. Pero no entiendo…

–Oh, por los dioses, tengo mucho trabajo. Déjate de preguntas y fóllate a esa mujer grandota.

Borax se dio la vuelta y desapareció por el pasillo. Quinto volvió al interior de la habitación y miró de nuevo a Calisto.

–¿Ya te han explicado lo que está ocurriendo?– preguntó ella.

–¿Petronio ha pagado a tu amo para que vengas hoy aquí?

Quinto se acercó a la cama en la que estaba sentada Calisto, pero se

mantuvo a una cierta distancia.

–Supongo que sí. A mí solo me dieron la orden de que me lavara y viniera al *ludus*. Todas las esclavas sabemos qué quiere decir eso cuando lo escuchamos el día antes de los juegos. No entendí muy bien por qué me elegían a mí en lugar de una de las chicas más jóvenes, pero no dije nada, por supuesto. Nunca pensé que hubieras sido tú quien me había reclamado.

–No fui yo, Calisto– dijo Quinto–. Esto es cosa de Petronio. Él sabe que tú y yo… sabe que nosotros…

La mujer se puso en pie, alarmada.

–¿Sabe que Arcas es hijo tuyo? ¿Y mi amo? ¿Lo sabe también?

Quinto cogió a Calisto de la mano e hizo que ella volviera a sentarse en la cama junto a él.

–No sé cómo llegó a enterarse, ni sé si se lo ha contado a tu amo. Sospecho que no. Cuando llegué a Pompeya, Petronio intentó convencerme para que luchara en los grandes juegos. Y uno de los argumentos que utilizó para convencerme fue… fuiste tú. Arcas y tú.

–No entiendo.

Quinto contó a Calisto todo lo ocurrido en los días anteriores, incluyendo la promesa de Petronio, confirmada aquella misma mañana, de que en caso de que Quinto aceptara combatir, el lanista se encargaría de que Calisto y él pudieran estar juntos tras comprar a la esclava.

–Podríamos estar los tres juntos por fin– dijo Quinto mientras acariciaba las manos de Calisto.

Ella guardó silencio y clavó la mirada en el suelo. Desde luego, aquella no fue la reacción que Quinto esperaba. En su creencia de que Calisto había seguido amándole durante todos aquellos años de separación forzosa, había pensado que en cuanto se enterara de la noticia, la esclava saltaría de alegría y se echaría en sus brazos. Sin embargo, Calisto se quedó en silencio, sumida en sus propias reflexiones.

–¿No vas a decir nada?– preguntó Quinto al fin.

Ella negó con la cabeza.

–¿Qué quieres que diga, Quinto? He vivido en la casa de mis amos desde que nací. Ahí está mi madre, mis amigos, toda mi vida… Pero tú me ofreces que otro amo nos compre a Arcas y a mí para llevarnos saben los dioses dónde…

–A Roma. Conmigo.

–¿Acaso has consultado esto con tu amo? ¿Sabes si él está de acuerdo con lo de llevarme a Roma para vivir contigo? ¿O es uno de tus absurdos sueños? ¿Y si tu amo decide que prefiere mandarme a una finca lejos de ti? O peor aun… ¿y si decide enviar a Arcas lejos de mí? ¿O venderlo? ¿Has pensado en todo eso, Quinto?

Quinto miró hacia otro lado. Lo cierto era que no había pensado en eso. Había creído que Varrón aceptaría sin más que Calisto y Arcas vivieran con él en la *domus* de Roma, pero la realidad era que no tenía forma alguna de saber si esto sería así o no. Varrón se comportaba de forma amable y justa con sus esclavos, pero no dejaba de ser un noble romano que pensaba ante todo en su beneficio personal…

–No, la verdad es que no le he pensado.

Los dos se quedaron en silencio, sin mirarse, hasta que Quinto volvió a hablar.

–Le diré a Petronio que he cambiado de idea. Si lo que deseas es quedarte en Pompeya con Arcas, lo comprenderé. No quiero que vengáis a Roma conmigo si ese no es vuestro deseo. Sé lo duro que es que te arranquen de tu hogar… y lo cierto es que no estoy seguro de que Varrón consintiera en que os quedarais conmigo. No pensé en las consecuencias de mi decisión. Ya sabes que soy bastante tonto.

Quinto agachó la cabeza, triste, al ver cómo su proyecto vital se derrumbaba porque una de sus protagonistas no quería participar de él. Calisto sonrió con ternura y le tomó de las manos.

–No eres tonto, Quinto. Eres el hombre más noble que he conocido en toda mi vida. De hecho, creo que eres el único hombre bueno que he conocido jamás.

La esclava atrajo el rostro de Quinto hacia el suyo y le besó. Él, desconcertado, le devolvió el beso.

–¿Quiere esto decir que…?

–Esto quiere decir que desde que me enamoré de ti nunca hemos podido estar tranquilos en una cama, disfrutando el uno del otro, sin sentirnos perseguidos y acosados. Por primera vez estamos juntos y no corremos peligro de que nos sorprendan y haya consecuencias negativas para nosotros. Tenemos toda la tarde por delante. ¿Quieres que la perdamos hablando sobre el futuro o prefieres que aprovechemos el tiempo?

Quinto sonrió y fue entonces su turno de besar a Calisto, con más pasión aquella vez.

–Qué lista fuiste siempre. Me encantaría que conocieras a mi amigo Marco. Seguro que os llevaríais muy bien y…

Calisto puso el dedo índice sobre la boca del esclavo para hacerle callar.

–No es el momento de hablar de tu amigo Marco. De hecho, no es el momento de hablar.

Calisto se puso en pie y comenzó a quitarse la ropa. Quinto, excitado y nervioso, la imitó.

Por el pequeño ventanuco de la habitación podía verse cómo la luz de la tarde iba menguando a medida que el sol descendía hacia el horizonte. La noche se acercaba a Pompeya.

Quinto estaba dormido con una sonrisa en los labios. Un hombre de naturaleza sencilla como él solía dormir sin sobresaltos y sin pesadillas que lo atormentaran. Sin embargo, aquellas horas de sueño, con Calisto recostada en su hombro, después de haber hecho el amor dos veces con una entrega y una pasión que Quinto pocas veces había experimentado antes, fueron especialmente dulces y reparadoras. El gladiador habría podido dormir toda la noche de un tirón de no haberse levantado Calisto de la cama, abandonando el lecho y haciendo que Quinto se despertara.

–¿Qué hora es?– preguntó el gladiador, aún adormecido.

–Ya ha caído la noche– dijo ella–. Debo regresar a casa.

La esclava se vistió bajo la atenta mirada de Quinto, que, aún desnudo, seguía tumbado en la cama. En la cabeza del gladiador había algo que le decía que había cometido un error, que se le estaba olvidando algo importante. Con la emoción del reencuentro con Calisto y las perspectivas de los juegos al día siguiente, Quinto no prestó atención a aquel sentimiento. Si era importante, ya lo averiguaría.

–¿Habrías hecho esto de no habértelo ordenado tu amo?– preguntó él sin dejar de mirar a su compañera.

Ella dudó unos instantes y finalmente negó con la cabeza.

–No, no habría venido hasta aquí.

Quinto sintió aquellas palabras como un mazazo en el alma. Calisto se volvió hacia él, cogió su cabeza entre las manos y le besó.

–Mi cabeza me dice que esto es un error. Pero mi corazón y mi cuerpo… hace tiempo que no se sentían tan felices. ¿Sabes qué? No me arrepiento de nada de lo que ha pasado aquí hoy. Te quiero, Quinto. Siempre te he querido. Pero, como te dije una vez, los esclavos no nos podemos permitir el amor.

–Yo también te quiero, Calisto. Con toda mi alma. Sabes que Petronio…

–Por el momento concéntrate en salir vivo mañana de los juegos. Ya veremos qué nos trae la vida después.

–¿Quiere decir eso que hay alguna posibilidad de que aceptes venir a Roma conmigo?

–Quiere decir que lo hablaremos después de los juegos. Adiós, Quinto. Intenta que no te maten mañana.

La esclava volvió a besar los labios del gladiador y este la observó marcharse de la habitación y cerrar la puerta. Quinto se dejó caer de nuevo sobre el colchón y cerró los ojos. Ella tenía razón. Debía concentrarse en los juegos. Era probable que aquella fuera la última ocasión que tuviera para demostrar al público y a sí mismo que era el mejor gladiador de toda su generación. La última ocasión de sentir el amor del público, los vítores, la admiración del resto de gladiadores.

Al día siguiente tenía que estar en plenitud de sus fuerzas, y para eso era necesario que regresara a casa con Marco y descansara…

Quinto se incorporó sobre el colchón. Marco. Regresa a casa. La idea difusa que le atormentaba desde que se había despertado cobró forma en su cabeza. El gladiador se puso en pie y se asomó por la pequeña ventana. La oscuridad en el exterior era total. Aunque las nubes cubrían el cielo, impidiendo ver la luna y las estrellas, era evidente que hacía ya tiempo que el sol se había puesto. La noche había caído sobre Pompeya.

En el momento en el que el sol comience a descender, volveréis a casa. No quiero que la noche os sorprenda en las calles.

La voz de Marco resonó en su cabeza y Quinto sintió un nudo en la garganta. La noche le había sorprendido en el *ludus* de Petronio a pesar de que se había comprometido con Marco a que estaría de regreso antes de la puesta de sol. De golpe, asaltaron a Quinto las palabras de Céfiro describiendo a la criatura con alas y enormes dientes que le había atacado la noche anterior y que según Marco solo podía salir en medio de la oscuridad nocturna.

–Por la puta Venus, Quinto, eres más tonto que un trozo de madera– murmuró mientras se vestía a toda prisa. Tenía que llegar a casa de Marco antes de que este se preocupara de verdad y decidiera salir a buscarlo.

Una vez vestido, Quinto salió de la habitación y echó a correr por el pasillo desierto. El *ludus* de Petronio parecía estar vacío, y Quinto supuso que tanto los gladiadores como el resto de los esclavos debían de estar descansando ya y cogiendo fuerzas para el día siguiente por orden del lanista. El esclavo salió de nuevo al patio de entrenamientos, también vacío, y decidió abandonar el recinto por la puerta de servicio, más cercana. Al día siguiente tendría que levantarse muy temprano para regresar al *ludus* y marchar junto al resto de sus compañeros hasta el foro, lugar de donde partía la procesión previa a los juegos, en la que él mismo tendría un papel protagonista. Al pensar en la procesión, Quinto recordó su armadura dorada y se giró hacia la esquina del patio donde la había visto por última vez. Descubrió que por un descuido de los esclavos, la armadura seguía en el mismo sitio, colocada sobre su soporte y a resguardo de la lluvia, pero sin duda no en el sitio en el que debía estar guardada durante la noche. Quinto se encogió de hombros y supuso que alguien al día siguiente se llevaría como mínimo una buena reprimenda y tal vez un par de latigazos cuando Petronio descubriera que la armadura no estaba a buen recaudo. Fuera como fuera, no era responsabilidad suya, de modo que Quinto continuó atravesando el patio a toda velocidad.

Cuando estaba a punto de salir del amplio espacio abierto, una

figura apareció desde detrás de una de las columnas. Quinto se dio la vuelta con la intención de esbozar un saludo rápido y seguir su camino, pero al ver quién era el recién llegado se quedó clavado en el sitio.

–Eumelo– dijo en voz baja–. Has regresado.

El gladiador desparecido salió de debajo del pórtico y caminó hasta situarse a cierta distancia de donde se encontraba Quinto. Los dos se miraron en silencio, Eumelo con una sonrisa, Quinto con rostro inexpresivo, hasta que el segundo rompió el silencio.

–¿Estás bien? Todo el mundo anda como loco buscándote.

Eumelo ensanchó su sonrisa y dio un paso hacia donde se encontraba Quinto.

–Estoy mejor que bien– respondió–. Nunca he estado mejor, de hecho.

–Me alegro– respondió Quinto–. Petronio se alegrará de que hayas vuelto. Buenas noches, Eumelo.

Quinto se dio la vuelta, dispuesto a marcharse, pero Eumelo, con una velocidad pasmosa, se plantó junto a él en un instante y le agarró del brazo.

–¿Ya te marchas? Pensé que podríamos… jugar un poco.

Quinto observó la mano de Eumelo cerrada en torno a su brazo y después llevó la mirada al rostro del joven gladiador. No había tenido ocasión de pasar mucho tiempo con él, ya que Eumelo había sido un recién llegado al *ludus* cuando Varrón le había comprado, pero aun así Quinto se sorprendió por lo mucho que había cambiado el joven esclavo en muy poco tiempo. Su rostro, ya de por sí muy agraciado, se había convertido en la viva imagen de la belleza encarnada. Ni una sola imperfección afeaba los rasgos de aquel hombre. Su pelo, largo y espeso, caía sobre sus hombros con naturalidad. Y su sonrisa era una mezcla de mueca cruel y gesto seductor hasta el punto de que Quinto no pudo evitar estremecerse al verla.

–Hoy no tengo tiempo, Eumelo. Llego tarde. Tal vez mañana, después de los juegos…

–¿Los juegos? Amigo mío, tú no vas a combatir nunca más en unos juegos.

Con un gesto que apenas le supuso esfuerzo, Eumelo apretó la presa de su mano sobre el brazo de Quinto y alzó al enorme gladiador para lanzarlo al suelo con fuerza. Quinto, que no se esperaba un ataque tan potente, perdió el resuello al golpear su espalda contra la arena compacta del patio. Por unos instantes se quedó en el suelo, resollando con dificultad y mirando a Eumelo, que, a escasa distancia de él, le contemplaba sin dejar de sonreír. No entendía por qué el gladiador le había atacado de aquella manera, sin darle tiempo para que se preparara y suavizara la caída. Pero lo que más sorprendió a

Quinto fue que Eumelo hubiera sido capaz de levantarlo con una única mano y lanzarlo al suelo sin apenas esfuerzo. Quinto pensó en la última ocasión en la que Eumelo y él habían combatido, en una exhibición ante Petronio, en aquel mismo patio, dos días antes. El joven gladiador había demostrado una notable habilidad, pero Quinto en ningún momento había tenido que emplearse más de lo habitual para derrotarlo. ¿De dónde había obtenido Eumelo la fuerza necesario para voltearlo de aquella manera?

Pese a todas aquella dudas, Quinto no se detuvo a darle vueltas. Su instinto de luchador le decía que el combate estaba lejos de haber terminado y que Eumelo, por la forma en la que lo miraba, no se conformaría con haberlo derribado una única vez. Dejándose llevar por aquellas sensaciones, Quinto tomó aire y rodó para ponerse de nuevo en pie, dejando una distancia segura entre él y su oponente. Miró a su alrededor, en busca de un arma con la que defenderse en caso de que Eumelo decidiera atacarle otra vez, pero no encontró nada a mano. Los mismos esclavos que habían olvidado guardar su armadura dorada sí se habían mostrado eficientes recogiendo el resto de armas del entrenamiento. Quinto apretó las manos hasta que los nudillos le crujieron. Observó que Eumelo también iba desarmado. Si aquel combate tenía que resolverse con las manos desnudas, Quinto se emplearía a fondo con ellas.

–Ya te he dicho que hoy no tengo tiempo de entrenar, Eumelo– dijo en un último intento de evitar aquella lucha–. No sé qué es lo que te ha pasado, pero no quiero pelear contigo esta noche.

–Esto no es un entrenamiento, grandísimo idiota– respondió Eumelo–. Son tus últimos momentos de vida.

El que fuera uno de los gladiadores más prometedores del *ludus* de Petronio se lanzó contra Quinto a una velocidad tal que el esclavo, acostumbrado como estaba a reaccionar con rapidez ante cualquier tipo de ataque, apenas tuvo tiempo de protegerse. Eumelo golpeó a Quinto con el puño en el abdomen, tirándolo de nuevo al suelo y dejándolo sin respiración.

–Él tenía razón– dijo Eumelo–. Todo este poder… compensa el frío… y la sed.

El gladiador dio un salto que lo elevó varios pies sobre el suelo. Quinto tuvo tiempo de ver aquella proeza que ningún ser humano habría sido capaz de realizar antes de obligarse a sí mismo a reaccionar y rodar sobre su espalda. Unos instantes después Eumelo cayó sobre el sitio en el que Quinto había estado tumbado, golpeando con sus puños la tierra y abriendo dos profundos agujeros sin apenas inmutarse. Aquel golpe contra la tierra compacta del patio, un golpe que habría roto los huesos de la mano de cualquier hombre, ni siquiera originó una pequeña herida en la piel de Eumelo. Quinto lo

observó con asombro y solo entonces se permitió el terrible pensamiento de que tal vez no estaba luchando contra un ser humano.

–¿Qué eres?– preguntó. Pero a pesar de la pregunta, Quinto sabía muy bien en qué se había convertido Eumelo.

Mientras el gladiador de levantaba lentamente, recreándose en su superioridad física y mirando a su rival con desprecio, Quinto recordó la historia que Céfiro les había contado la noche anterior. La misma historia a la que él había intentado no prestar atención y que sin embargo le había aterrorizado hasta lo más profundo de su alma. El niño había hablado de una chica joven con una fuerza extraordinaria que había acabado convirtiéndose en una criatura con alas y grandes colmillos. Marco había puesto nombre a aquellos seres. Estriges.

¿Se había convertido Eumelo en una estrige? ¿Algo le había ocurrido desde el momento en el que había desaparecido que había acabado con él convertido en una de aquellas criaturas sedientas de sangre? La mente de Quinto, que aterrorizado o no, seguía obedeciendo a mecanismos muy simples, solo encontró una forma de averiguarlo.

–¿Eres una estrige?– preguntó.

Eumelo se echó a reír.

–¿Quieres ver lo que realmente soy?

Quinto negó con la cabeza.

–No. La verdad es que no.

El esclavo se puso en pie de un salto y atacó a su enemigo. Eumelo no se movió ni trató de esquivar el golpe. Recibió el puñetazo de Quinto en pleno rostro sin mudar en momento alguno la expresión. Un golpe que en otras circunstancias le habría roto la nariz y varios dientes no tuvo más efecto que el de deformar levemente la carne de la cara, que inmediatamente recuperó su forma casi perfecta. Eumelo ni siquiera dejó de sonreír al recibir el puñetazo.

Quinto, sin embargo, sintió un estallido de dolor en el puño, como si acabara de estamparlo contra un muro de piedra en lugar de contra el rostro de un hombre. Asombrado, retrocedió varios pasos. Era evidente que no podría derrotar a aquel ser con las manos desnudas y sin ayuda de algún tipo de arma. Aunque, a juzgar por la resistencia que había demostrado, Quinto dudaba que una simple espada de hierro fuera capaz de abrir una herida en aquella piel que parecía hecha del más duro metal.

–¿Qué fue lo que dijo Marco que podía matar a estas cosas?– murmuró sin dejar de mirar a Eumelo, atento a cualquier movimiento que la estrige pudiera hacer contra él. Quinto se maldijo por su mala memoria y por no haber prestado atención a lo que Marco y Céfiro habían hablado el día anterior–. Vamos, piensa, cabeza de jabalí malparido. Piensa, piensa.

En ese momento, Eumelo volvió a lanzarse contra él, sin dar a Quinto la ocasión de moverse. La estrige golpeó al esclavo con el puño en el pecho, lanzándolo hacia atrás y haciendo que un estallido de dolor inundara todos sus sentidos. Quinto logró mantenerse en pie y se llevó la mano al pecho para comprobar si tenía alguna costilla rota. El dolor había sido intenso, pero al menos no parecía haber daños internos. El esclavo frunció el ceño y lanzó un alarido maldiciendo a los dioses y a sí mismo. En aquellas circunstancias sabía que su suerte estaría echada en el momento en el que la estrige decidiera dejar de jugar con él y optara por darle un golpe mortal.

–El gran Quinto– dijo Eumelo con sorna–. El mejor gladiador de toda la Campania. Así es como hablaba de ti Petronio. ¿Y sabes qué? Creo que cambiará de opinión… cuando mañana se despierte con tu cabeza a los pies de su cama. ¡En una bandeja de plata!

Quinto abrió los ojos de golpe.

Plata. Eso es lo que Céfiro había dicho que había sido capaz de causar daño a la criatura que había tratado de matarlo. Marco lo había confirmado. La plata era el único metal capaz de hacer daño a una estrige.

Quinto se llevó las manos a los bolsillos de su túnica, descubriendo que estaban completamente vacíos. Había acudido al *ludus* de Petronio aquella mañana sin más posesiones que su propia ropa. ¿De dónde podía sacar un objeto de plata en aquellas circunstancias?

No tuvo mucho tiempo para seguir pensando, ya que la estrige volvió a lanzarse sobre él, dejando caer sobre su cuerpo todo tipo de golpes con las manos y los pies. Quinto esquivó y paró como pudo aquellos impactos que tenían una potencia que nunca antes había experimentado.

–Creo que ni siquiera voy a beberme tu sangre. Con verla derramada sobre la arena tendré suficiente.

Quinto fue retrocediendo a medida que la estrige le seguía golpeando, sintiéndose cada vez más cansado y entumecido por los golpes recibidos. Era una cuestión de tiempo que cayera al suelo y su rival decidiera acabar con él. Su pie tropezó con un objeto y Quinto perdió el equilibrio, cayendo hacia atrás y derribando algo con su peso. A su alrededor escuchó un gran estrépito de piezas de metal que impactaban con el suelo. Quinto se giró fugazmente y observó que se trataba de la magnífica armadura dorada que Petronio había forjado para él. El objeto con el que había tropezado no era otra cosa que el estuche de la espada con la que se suponía que tenía que desfilar al día siguiente antes de los juegos, ante toda la ciudad de Pompeya.

Quinto volvió a maldecir a los dioses. Iba a morir aquella noche, sin tener la oportunidad de vestir aquella armadura ni de empuñar aquella espada de…

–¡Puta Venus!
La estrige alzó la mano con la palma abierta.
–No necesito una espada para matarte. Te sacaré el corazón con mis propias manos.
Quinto estiró su propio brazo hasta alcanzar el estuche de la espada y con un fuerte golpe rompió la madera contra el suelo. Desesperado, tanteó hasta que su mano se cerró en torno a la empuñadura de la espada de plata.
La estrige bajó el brazo con todas sus fuerzas, con la punta de los dedos hacia al pecho de Quinto y con el objetivo claro de ensartarle el corazón.
Sin embargo, Eumelo no llegó a alcanzar a su víctima.
Quinto trazó un arco con la espada plata, sin muchas esperanzas de que este único ataque desesperado tuviera efecto. De hecho, no notó resistencia alguna, como si la espada se hubiera limitado en hendir el aire y no hubiera encontrado con su filo la carne de su rival. Fueron los alaridos de dolor de la estrige los que convencieron a Quinto de que su ataque había tenido éxito.
Con rostro de dolor y sorpresa, la estrige vio como su propio brazo amputado caía al suelo y comenzaba a echar humo. Eumelo comenzó a gritar mientras se miraba el muñón de su brazo derecho cortado a la altura del codo.
Todavía dolorido, Quinto se puso en pie con dificultad. Eumelo se volvió hacia él y le miró con los ojos llenos de odio.
–¡Te mataré!– rugió, con una voz que ya tenía poco de humano. Mientras su muñón seguía echando humo, la carne ennegrecida donde la plata había cortado comenzó a extenderse por resto del brazo. Al mismo tiempo, la estrige inició su conversión: la piel del rostro empezó a resquebrajarse y a desprenderse; su boca se abrió en una mueca grotesca que dejó ver unos colmillos largos y puntiagudos.
Quinto, al ver el verdadero rostro de la criatura a la que se estaba enfrentando, sintió un nudo en el estómago y unas ganas terribles de arrojar la espada y salir corriendo. Tuvo que reunir todo su valor para mantenerse firme en el sitio, aferrándose a la idea de que si con un simple golpe de su espada había conseguido arrancarle un brazo no le resultaría muy difícil acabar con ella por completo.
Quinto alzó el brazo con el arma y en ese momento de la espalda de la estrige surgieron dos enormes alas negras que reventaron la parte trasera de su túnica al desplegarse por completo.
–¡Puta madre de Venus!– blasfemó Quinto. Más por producto del miedo que por un impulso meditado, Quinto volvió a trazar un amplio arco con la espada y cerró los ojos para dejar de ver aquella terrible visión.
Casi de inmediato, los rugidos cesaron, y Quinto escuchó un

pequeño golpe, seguido de un estruendo mucho mayor. Cuando consiguió obligarse a abrir los ojos, descubrió el cuerpo de la estrige derrumbado en el suelo, y unos pasos más allá su cabeza cortada, con el rostro todavía convertido en una monstruosa mueca de furia. Tanto cabeza como cuerpo empezaron a echar humo y a emitir un suave siseo antes de derretirse y quedar reducidas a una pasta negra que también se diluyó en dos charcos líquidos sobre la arena.

Quinto se dejó caer de rodillas, con la espada de plata todavía en la mano. Suspiró y se limpió el sudor de la frente.

–Y el jodido Marco se enfrenta a esta mierda cada día…

Cuando se hubo convencido de que la estrige no resurgiría del charco negro en el que se había convertido, Quinto volvió a ponerse en pie. Dudó unos instantes en devolver la espada de plata a su funda, ya destrozada, pero decidió que si había riesgo de que hubiera más de aquellas criaturas rondando por las calles de Pompeya resultaba más seguro llevarla con él.

Con cuidado de no pisar el líquido negro que manchaba la arena del patio, Quinto echó a correr en dirección a la salida del *ludus*.

Céfiro corrió por las calles de Pompeya como si el mismísimo Cerbero le estuviera persiguiendo desde las puertas del Inframundo. Tras haber alcanzado, sin saber muy bien cómo, la puerta de salida del teatro y sin mirar atrás ni una sola vez, el niño se había internado en las callejas de la ciudad y había seguido corriendo a ciegas con un único objetivo: alejarse de aquel edificio en el que las estriges estaban alimentándose de la sangre de Sóstrato. Céfiro corría con los ojos llenos de lágrimas, los puños apretados y la boca apretada en un rictus de rabia. Rabia por él mismo, rabia por haber sido humillado, por la impotencia de saberse débil ante aquellos seres, pero sobre todo rabia por la muerte de Sóstrato.

–Voy a matarlas a todas… ¡A todas!

Corrió hasta que las fuerzas empezaron a fallarle y solo entonces se detuvo a recuperar el aliento, apoyado en una piedra que había sido tallada tiempo atrás con la forma de alguna divinidad y que sin duda algún *collegium* utilizaba para sus rituales. Céfiro tomó aire, sintiendo que su corazón desbocado comenzaba a recuperar su ritmo normal. Golpeó la piedra con el puño y aulló con furia. Gritó tanto como sus pulmones le permitieron, hasta que la garganta comenzó a arderle por el esfuerzo.

Cuando recuperó el control, Céfiro alzó la vista y comprobó que se encontraba cerca del apartamento en el que vivía. Pidió a los dioses que Marco estuviera en casa. Le contaría lo que acababa de vivir, y sin duda Marco se enfadaría y le regañaría por haber sido tan irresponsable, pero después él le convencería de regresar juntos al

teatro para acabar con aquellos monstruos de una vez por todas. Céfiro sabía que no sería sencillo que su amo aceptara que él le acompañara, pero de alguna manera o de otra conseguiría que finalmente consintiera en que al menos aquella noche el niño se convirtiera en su ayudante en la caza de estriges.

Iba a echar a correr cuando algo se posó suavemente sobre la piedra en la que él estaba apoyado. Céfiro alzó la mirada, creyendo que se trataría de un murciélago o de un pájaro desorientado, pero lo que se encontró le dejó paralizado.

–No…

–Te has marchado en mitad de la función.

Paris miraba al niño desde lo alto del pedestal, con el rostro desencajado por la furia y el deseo de seguir alimentándose. Tenía toda la cara, desde la barbilla hasta los ojos, manchada de sangre que comenzaba a secarse sobre su piel.

–¿Creíste que podrías escapar de mí?

La estrige sonrió antes de dar un salto y, con una teatral pirueta, caer en medio de la calle, delante de Céfiro. Hizo una reverencia ante el niño y ensanchó su sonrisa llena de dientes afilados.

–¿Por dónde íbamos? Ah sí… El banquete de Tersites. Y tú eras el plato principal.

Paris, ya con un rostro totalmente inhumano y comenzando a adoptar el verdadero aspecto de las estriges, se lanzó contra Céfiro. El niño solo puedo cerrar los ojos y alzar los brazos en un inútil intento por protegerse. Esperó a que aquel ser cayera sobre él y desgarrara su piel con sus garras y sus dientes.

Sin embargo, la estrige nunca llegó a alcanzar su presa. Céfiro, sorprendido de que no ocurriera nada, bajó los brazos y abrió los ojos.

El cuerpo de Paris estaba en el suelo, con los brazos y las piernas muy abiertas. Junto a él había un hombre enorme que llevaba en la mano lo que parecía una espada con la hoja muy blanca y brillante. Céfiro se quedó mirando fijamente a la estrige caída hasta que se dio cuenta de un detalle. La cabeza de Paris no estaba sobre sus hombros. El recién llegado la había decapitado.

–Parece que he llegado justo a tiempo.

Céfiro corrió hacia Quinto y se fundió con él en un abrazo. Sin embargo, temiendo que la estrige volviera a levantarse, se apartó del gladiador para comprobar que la criatura siguiera en el suelo.

–No te preocupes. Una vez les cortas la cabeza, ya no se levantan– dijo Quinto con seguridad, como si fuera todo un experto en el tema. Señaló a un extremo de la calle, hacia el bulto humeante que había sido la cabeza de Paris y que ya comenzaba a derretirse en una masa negra y espesa.

–¿Y cómo…?–preguntó el niño, incapaz de explicarse la escena.

Sabía que Quinto era fuerte, ¿pero hasta el punto de decapitar a una de aquellas cosas con un simple golpe de su espada?

–Con esto– respondió el gladiador, alzando su arma con orgullo–. Una espada de plata. Si intentara matar a un hombre con ella se partiría al primer golpe. Pero con esas cosas…

Hizo unas cuantas fintas y estocadas en el aire.

–Como si estuviera trinchando un lomo de cerdo bien asado.

Céfiro asintió, con los ojos muy abiertos.

–Perfecto. Tenemos que volver al teatro entonces. Hay que matar a esos hijos de Plutón antes de que conviertan a más gente. Ya han matado a mi amigo Sóstrato y si les dejamos…

–No tan rápido. ¿Recuerdas la promesa que le hicimos a Marco esta mañana? ¿Lo de regresar a casa antes de la puesta de sol?

–Sí, claro que lo recuerdo, pero estoy seguro de que…

–¿Y no te has dado cuenta de que ya hace tiempo que ha caído la noche? ¿Y de que somos dos esclavos desobedeciendo órdenes directas de su amo?

Céfiro golpeó el suelo con el pie para mostrar su rabia.

–¡Pero alguien tiene que acabar con esas cosas!

–Estoy de acuerdo. Pero no seremos ni tú ni yo esta noche. Volveremos a casa, hablaremos con Marco, aguantaremos su enfado y sus gritos. Y después decidiremos qué hacer. Además, seguro que está preocupado por nosotros.

Céfiro resopló con fastidio.

–De acuerdo– dijo al fin.

–Bien– Quinto revolvió el pelo del niño–. Volvamos a casa antes de que caiga del cielo otro chupasangres de estos.

Quinto y Céfiro recorrieron a toda prisa la distancia que les separaba del pequeño apartamento. El gladiador hizo todo el recorrido con la espada desenfundada, por si tenían que hacer frente a algún ataque inesperado. Cuando llegaron al pie de la escalera, subieron corriendo los peldaños y abrieron la puerta de la casa.

Solo para descubrir que Marco no estaba allí.

# CAPÍTULO 16
## *VIR QUI ROMAM SERVAVIT*

Cuando Céfiro y Quinto se marcharon aquella mañana, Marco se dejó caer de nuevo en la cama. A pesar de que su sentido de la responsabilidad le gritaba que se levantara y se lanzara a las calles a investigar el paradero del escondite diurno de las estriges, fue incapaz de moverse. Le dolían todos los músculos del cuerpo, la cabeza le palpitaba con fuerza y sentía su cuerpo más caliente de los habitual, señales inequívocas de que tenía fiebre. La herida del hombro se estaba curando bien, pero todavía sentía en ella un fuerte escozor que le obligaba rascarse bajo el vendaje cuando no podía soportarlo más. A eso había que añadirle una leve resaca por el vino que había bebido la noche anterior, con Petronio y sus invitados primero, junto a los gladiadores después. Una resaca muy débil que en otras circunstancias habría sabido sobrellevar sin problema, acostumbrado como estaba a ellas, pero que con el añadido de la fiebre acabó por tumbarle del todo.

Tras un tiempo luchando contra sí mismo y mirando el techo, Marco hizo un esfuerzo para incorporarse y acercarse a la pequeña estantería que había a los pies de la cama, el lugar en el que había colocado las escasas posesiones que había llevado con él desde Roma. Tras un rato de búsqueda encontró una pequeña redoma de barro cerrada con un corcho, lo abrió y se bebió su contenido. Era una vieja fórmula que su madre le había enseñado a preparar con corteza de sauce, entre otros ingredientes. Aunque aquel líquido era incapaz de curar enfermedades más graves, Marco sabía que resultaba útil para aplacar los dolores de cabeza de la resaca y en ocasiones también para combatir la fiebre. Tras beber un largo trago de agua que le quitara el sabor amargo de aquella sustancia, volvió a tumbarse en la cama y se quedó dormido casi de inmediato, con el pensamiento en la cabeza de descansar un par de horas y estar en pie y descansado para afrontar su misión.

Cuando abrió los ojos, sin embargo, la luz que entraba por las rendijas de las ventanas era ya anaranjada, crepuscular. Marco se incorporó de un salto. ¿Cuánto tiempo había dormido?

–Maldita fiebre– murmuró. Pero lo cierto era que ya no sentía apenas picor en la herida del hombro y el dolor de cabeza había desaparecido. Se llevó la mano a la frente y descubrió que su temperatura era la normal. Había perdido buena parte del día, pero al menos había conseguido que su cuerpo se recuperara.

Saltó de la cama y se dirigió a la ventana para abrirla de par en par.

El frío de la calle entró de golpe, terminando de despejarle. Marco comprobó que, tal y como había sospechado, estaba ya bien entrada la tarde. Se lavó la cara y miró, si quedaba algo en la despensa, comprobando que estaba vacía. Su estómago rugió de hambre. Por un instante pensó en acercarse a la tienda de las empanadas, pero de inmediato recordó que él mismo había matado al hombre que las preparaba tras convertirse este en una estrige.

–Buscaremos otro sitio– se dijo a sí mismo antes de salir.

Marco abrió la puerta y se dispuso a bajar las escaleras, pero en ese momento se dio de bruces con una mujer que subía por ellas. La chica se apartó asustada por el brusco choque, y Marco estuvo a punto de caer hasta la calle por encima de la barandilla. Cuando recuperó el equilibrio, se volvió para comprobar que ella estaba bien.

–Lo siento– dijo, y por primera vez pudo observar con detenimiento a la mujer con la que acababa de chocarse. Era algo más joven que el propio Marco, e iba cubierta con una capa gruesa que la protegía del frío. Sin embargo, lo que más llamaba la atención era su rostro: de piel oscura y ojos negros, con unas facciones dulces y proporcionadas.

–¿Eres Marco Lemurio?– preguntó ella en un griego con fuerte acento extranjero.

–Sí… No… ¿Quién quiere saberlo?

–Llevo todo el día buscándote– dijo ella–. Necesito tu ayuda.

Marco suspiró.

–Lo siento. Hoy no tengo tiempo.

Él trató de apartarla para continuar su camino. Tenía demasiadas cosas que hacer antes de que cayera el sol como para detenerse a atender a una joven que hubiera escuchado su nombre en el mercado y que quisiera comprarle un filtro amoroso o una vela que alejara a los grillos de su jardín.

–Creo que hay una estrige escondida en las bodegas de mi casa– dijo ella.

Marco se detuvo.

–¿Una estrige? ¿Cómo sabes que es una estrige?

–Todo el mundo habla de esas cosas últimamente. Y si es verdad lo que dicen…

–La gente dice muchas estupideces. Cuéntame qué es lo que tú has visto.

–Un hombre… bien, al menos tiene el aspecto de un hombre… sale cada día al ponerse el sol y regresa antes del alba.

–Se parece mucho a lo que hago yo cada noche.

Ella le ignoró.

–Vivo sola, con mi hijos, en una casa humilde, cerca del foro. El apartamento junto al nuestro está abandonado, pero hay una pequeña grieta en la pared que permite ver su interior. Las dos últimas noches

he escuchado ruidos y he mirado por ella. Ese hombre sale cuando se pone el sol y regresa al alba… con el rostro manchado de sangre. ¿Es posible que sea una estrige? Tengo miedo por mis hijos y por mí.

Marco reflexionó unos instantes. Lo que aquella mujer le estaba contando tenía mucho sentido a la luz de lo que él mismo había visto la noche anterior. Era probable que las estriges no se hubieran reunido en un mismo lugar para protegerse de la luz del sol durante el día, sino que se hubieran refugiado en diferentes puntos de la ciudad, solas o en pequeños grupos. Si lo que aquella mujer decía era cierto, Marco tendría la oportunidad de atrapar a una estrige antes de que llegara la noche, y tal vez pudiera hacerla hablar y confesar dónde se ocultaba la que sin duda era la criatura que los lideraba a todos, el hombre al que había conocido la noche anterior y que le había llamado… ¿Cómo le había llamado? ¿*Palaka*?

–¿Me ayudarás, Marco Lemurio? Todos dicen que eres el único capaz de acabar con esas estriges.

–Te ayudaré. ¿Cuál es tu nombre?

La mujer, que hasta aquel momento se había mostrado muy alterada, pareció calmarse y sonrió.

–Kuntí. Mi nombre es Kuntí.

Marco acompañó a Kuntí por las calles de Pompeya. A su alrededor, la ciudad parecía vivir una jornada completamente anodina y cotidiana. Los mercaderes vendían los últimos productos antes de cerrar sus tiendas, los carreteros dirigían sus vehículos manejando con habilidad a los animales de tiro y provocando algún que otro atasco, las prostitutas se exhibían en algunos soportales, los esclavos limpiaban la mierda de sus amos y los niños regresaban a sus casas tras haber pasado unas horas junto a sus maestros. Marco pensó que todos aquellos hombres y mujeres se comportaban como ovejas en sus rediles, ajenos a la realidad que les acechaba. Los lobos estaban durmiendo entre ellos, y en el momento en el que cayera el sol saldrían de sus madrigueras para alimentarse.

–¿Has matado a una estrige alguna vez?– preguntó ella esperanzada.

Marco se encogió de hombros y esbozó una sonrisa. No quería revelar más datos de su trabajo que los imprescindibles para que aquella mujer confiara en él. Ella le hizo alguna pregunta más, pero él también las esquivó con silencios o con evasivas.

–Eres un hombre de pocas palabras– dijo ella.

–¿De dónde eres?– preguntó Marco para cambiar de tema. En ese momento estaban pasando junto a una encrucijada en la que dos conductores discutían desde los pescantes de sus carros para dirimir quién tenía prioridad para girar por una misma calle–. Hablas griego pero no soy capaz de adivinar dónde lo aprendiste. Porque el griego

no es tu lengua materna, ¿verdad?

–No más que la tuya– respondió ella.

–Ahora eres tú quien no quiere responder preguntas.

Kuntí volvió a sonreír, mostrando a Marco una dentadura blanca que contrastaba con el tono oscuro de su piel.

–Vine del este, hace tiempo. De más allá de las tierras de los partos. De un lugar más allá de donde los ejércitos de Alejandro el Grande se vieron obligados a dar la vuelta.

–¿Fuiste esclava?

–Lo fui. Durante poco tiempo. Mi amo me liberó, y después de eso vine aquí, a Pompeya.

Marco miró a la extraña mujer con disimulo mientras caminaba a su lado. Pensó que su rostro era tremendamente atractivo. Unos ojos negros por los que un hombre podía hacer auténticas locuras. Desde la última noche que había pasado con Alda, la noche en la que había comprado la libertad de la hispana, Marco no había estado con ninguna otra mujer. La idea de acostarse con otra se le antojaba una traición a pesar de que él mismo se decía que aquello era absurdo, que él nunca había jurado fidelidad a Alda y que, aunque lo hubiera hecho, ella le había respondido abandonándolo. Aquella tarde miró a Kuntí y sintió una punzada de deseo que hacía tiempo que creía apagada en su corazón.

Sin embargo, al mismo tiempo, había algo que no le gustaba de aquella mujer. Por sus rasgos y su acento era evidente que venía de muy lejos, y su supuesta procedencia de las tierras al este del mundo bien podía ser cierta. Pero había algo más que ella no le estaba contando. Algo que hacía sospechar a Marco.

–Ya estamos llegando.

Marco y Kuntí llegaron a un callejón lleno de pequeñas tiendas y viviendas humildes. Aunque tenía edificios más bajos y estaba algo más limpio, a Marco aquella calleja le recordó a su propio callejón en la Subura y sintió una oleada de nostalgia.

–Es ahí– señaló–. Yo vivo en el apartamento de al lado.

Marco se acercó a una puerta de madera deslavazada que apenas colgaba de sus goznes. Aquella vivienda tenía todo el aspecto de llevar años abandonada y sin que nadie entrara en su interior. Un lugar perfecto para que una criatura nocturna se refugiara durante el día.

–¿Vas a entrar?– preguntó ella–. Voy contigo.

–Es mejor que me esperes aquí.

Marco empujó la puerta y esta cedió con facilidad. Se asomó al interior y descubrió una pequeña estancia llena de cascotes caídos del techo, con las paredes llenas de manchas de humedad y con pequeñas plantas creciendo entre las baldosas rotas del suelo. Dio un paso hacia el interior y en ese momento la lágrima de Perséfone empezó a

calentarse en su pecho. Marco la acarició. Aquella señal indicaba que Kuntí estaba en lo cierto. Había una estrige cerca.

Sacó la daga de plata y entró en la casa. Cuando miró hacia arriba comprobó que el techo se había derrumbado parcialmente. Tendría que ser cuidadoso si no quería que el resto de la casa se le cayera encima y le dejara sepultado bajo los escombros.

Al otro lado de la estancia había una puerta abierta. Marco dio unos pasos hacia ella y sintió una corriente de aire húmedo y frío que salía de allí. En ese momento escuchó unos pasos detrás de él y si giró para encontrar a Kuntí, situada detrás de él con una lucerna encendida en la mano.

–¿Pensabas bajar ahí a oscuras?– preguntó.

–Te dije que esperaras fuera. Esto no es seguro.

–Deja al menos que ilumine una parte de tu camino.

Marco asintió.

–De acuerdo. Trae algo de luz para que vea qué hay al otro lado de esa puerta.

Kuntí obedeció y se situó junto a Marco. Con la lucerna iluminó más allá de la puerta. Al otro lado, tras un pequeño rellano, había un hueco con una trampilla de madera abierta de aspecto viejo. Del hueco nacía una escalera de piedra empinada y con escalones estrechos.

–¿Crees que esa cosa puede estar ahí abajo?

–Solo hay una forma de averiguarlo– dijo Marco–. Déjame la lucerna. Seguiré yo solo.

–Si insistes…– respondió ella.

Kuntí entregó a Marco la pequeña lucerna de barro y esperó en el umbral. Marco se dirigió al hueco y, tras iluminar frente a él con la pequeña llama, comenzó a bajar los peldaños. El olor a humedad era más fuerte en aquel lugar, y Marco supuso que en algún lugar de los sótanos de aquel edificio debía haberse producido una inundación causada por las lluvias del último mes. Continuó bajando hasta llegar al final de la escalera y se vio en una estancia pequeña, con muros hechos de grandes sillares de piedra cubiertos de musgo y todo tipo de hongos. Frente a él, a unos pasos de donde terminaba la escalera había una puerta de aspecto mucho mejor conservado que todo lo que Marco había visto en el piso superior. Caminó hacia ella y trató de abrirla, pero estaba cerrada por completo. Por más que Marco empujó, la hoja de madera no se movió en absoluto.

–¿Todo bien por ahí abajo?

Miró al hueco en la parte superior de la escalera y descubrió el rostro de Kuntí, observándole.

–No me sigas– susurró Marco–. Es peligroso.

–La verdad, Marco Lemurio– dijo ella–, es que no sabes hasta qué

punto tienes razón.

–¿Qué quieres decir?

Kuntí sonrió, y solo entonces Marco comprendió que la sensación de que aquella mujer le estaba ocultando algo era más que una sospecha. Había caído en una trampa.

La trampilla de madera se cerró con fuerza y Marco se lanzó escaleras arriba. No fue lo bastante rápido. Cuando llegó a los últimos peldaños, la puerta de madera estaba cerrada y Kuntí la había bloqueado de algún modo desde el otro lado. Marco golpeó la madera, en la esperanza de que esta estuviera lo bastante podrida como para ceder. Sin embargo, solo logró hacerse daño en las manos, mientras la trampilla no cedía ni una pulgada. Marco comenzó a gritar, pero dejó de hacerlo de inmediato. No había nadie en las inmediaciones que pudiera escucharle, y sin duda la mujer que le había atrapado allí se había asegurado de que la puerta exterior también estuviera cerrada.

Marco se dejó caer en los peldaños. Estaba atrapado. ¿Pero por qué? ¿Qué pretendía aquella mujer encerrándole en aquel lugar? ¿Era una enviada de Sexto Peduceo? ¿Tenía Marco algún otro enemigo en Pompeya que quisiera causarle algún daño? Volvió a golpear la trampilla de madera, más para canalizar la frustración que porque creyera que podía conseguir algo.

Finalmente, dejó la lucerna en uno de los peldaños, junto a él. Observó la llama y se dio cuenta de que el aceite que la alimentaba no duraría mucho. En un rato no solo estaría encerrado ahí abajo, sino que además estaría completamente a oscuras.

Marco se llevó la mano a la lágrima de Perséfone y comenzó a pensar un plan para escapar de aquel agujero.

Cuando la lámpara se apagó, consumido ya el aceite, Marco seguía pensando, sin que su mente fuera capaz de dar con la manera de salir de aquel lugar. En medio de la oscuridad, bajó las escaleras y se dirigió al lugar donde recordaba haber visto la puerta de madera. Trató de abrirla de nuevo, la golpeó con todas sus fuerzas, se lanzó contra ella sin más resultado que hacerse daño en el hombro sano. La puerta no se movió y Marco se quedó dolorido y más desorientado por el golpe.

Al cabo de un rato, Marco perdió por completo la noción del tiempo. Pensó en liberar a la criatura que habitaba en el interior de la lágrima de Perséfone, pero supuso que aquello no serviría de mucha ayuda. Al fin y al cabo, el espíritu que se adueñaba de su cuerpo cuando Marco recurría a él aumentaba su fuerza y su agilidad, pero no convertía su piel y sus huesos en piedra que pudieran destruir una puerta de madera sin quebrarse ellos mismos. Además, la noche anterior la lágrima de Perséfone había revelado una faceta que antes

no conocía de ella: su capacidad para negarse a servir a los deseos de Marco. Era probable que, en aquellas circunstancias, el ser que se escondía en la piedra no aceptara hacer acto de presencia.

Pensó en el repertorio de hechizos que podía hacer con los elementos que tenía a su disposición, y al cabo de un rato desistió. No había llevado con él nada con excepción de la daga de plata, un puñal de hierro, un pedazo de carbón para dibujar diagramas y un par de sacos con polvos con los que podría crear luces fugaces y hacer sencillos trucos pero desde luego no tirar abajo un muro o una puerta.

Desesperado, Marco se dejó caer en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared de piedra cubierta de musgo. Estaba convencido de que no lo habían arrojado a aquel agujero para dejarlo morir sin más. Tenía que haber algún otro motivo. Si alguien le quería muerto habría resultado mucho más sencillo y rápido clavarle un puñal en las costillas y tirar su cuerpo al mar o dejarlo abandonado a un lado del camino. Por otro lado, contratar a una extraña mujer para engañarlo era un plan que Marco era incapaz de relacionar con las maniobras habituales de los senadores y nobles romanos, por lo que supuso que tampoco sus homólogos pompeyanos actuarían de aquella manera. No, normalmente ese tipo de personas eran mucho más expeditivas y directas para librarse de sus enemigos. Si se hubiera tratado de algo así, habrían enviado a una cuadrilla de matones armados para matarlo.

Además, el hecho de que aquella mujer, Kuntí, hubiera utilizado para engañarlo la excusa de las estriges y que hubiera demostrado tener un notable conocimiento sobre esas criaturas, indicaba que había algo más que una causa política o una ofensa no vengada detrás de todo aquello. Marco se maldijo por haber sido tan estúpido. Estaba tan ansioso por resolver el tema de las estriges, por dar con el líder de aquellas criaturas, que se había dejado engañar como un niño pequeño.

Y el hecho de que quien te haya engañado haya sido una chica guapa no tiene nada que ver, claro. Marco escuchó aquella sentencia en su cabeza con la voz de Céfiro, burlándose de él. No era la primera vez en su vida que una mujer hermosa conseguía arrastrarlo a un engaño simplemente poniendo ojos tiernos y voz suave. Y posiblemente no sería la última.

–Si sales de aquí con vida, claro– murmuró, y su voz retumbó en aquella pequeña estancia cerrada.

Pensó en Quinto y en Céfiro, en si cumplirían la promesa que le habían hecho aquella mañana de regresar al apartamento antes de la caída de la noche. Si el sol se ponía y ellos seguían por las calles serían víctimas fáciles de las estriges que quisieran cebarse con su sangre o incluso convertirles en uno de ellos. La idea de que Céfiro

pudiera transformarse en uno de aquellos seres hizo que Marco sintiera nacer en su interior una rabia inmensa que le obligó a darse la vuelta, ponerse en pie y golpear de nuevo la puerta.

–¡Abridme, engendros de Plutón!– gritó, sin saber si habría alguien al otro lado. Golpeó la puerta con las manos, con los puños, y, cuando se detuvo, le pareció escuchar algo al otro lado. Marco pegó la oreja a la madera.

–Voy a abrir la puerta– dijo una voz femenina que Marco reconoció de inmediato. Era Kuntí–. Por tu propio bien no intentes nada. O no saldrás vivo de aquí. Ahora échate hacia atrás. Si noto cualquier movimiento extraño, si cuando abra esta puerta no estás al otro lado de la habitación con la espalda pegada al muro, volveré a cerrar y me olvidaré de ti. Morirás aquí abajo y nadie volverá a saber nada de ti. ¿Me has comprendido?

–A la perfección– dijo Marco. Era mejor no intentar nada hasta que hubiera evaluado la situación por completo. Una vez más, Marco se aferró a la idea de que si le hubieran querido muerto no se habrían tomado tantas molestias. Alguien le quería allí abajo, por algún motivo, pero vivo.

–Voy a entrar– dijo la mujer, y comenzó a abrir la puerta. Por la rendija entró una luz tenue y cambiante. Marco retrocedió hasta que su espalda tocó la pared y esperó.

Cuando la puerta se abrió por completo, Marco vio entrar en la estancia a Kuntí, despojada de la capa con la que la había visto en la calle. En esos momentos vestía unos ropajes exóticos, vaporosos, muy ceñidos a la cintura y con mangas amplias y abiertas. En una mano, la mujer sostenía una lucerna muy semejante a la que había prestado a Marco y que estaba en aquellos momentos apagada sobre los escalones. En la otra llevaba una espada de hoja curva y estrecha.

–Si intentas algo tendrás esta espada clavada en el pecho antes de que puedas pedir clemencia.

–Te creo– dijo Marco, y era cierto. La forma en la que Kuntí sostenía el arma, con firmeza y seguridad, demostraba que sabía utilizarla y que estaba acostumbrada a ella–. ¿Por qué me has encerrado aquí? ¿Quién eres en realidad?

–Alguien quiere hablar contigo. Si de mí dependiera ya estarías muerto, *palaka*.

Marco abrió los ojos y contuvo la respiración al comprender todo de golpe. *Palaka*. Era la misma palabra que la estrige había utilizado para referirse a él la noche anterior. Miró el color de piel de Kuntí, el corte de sus ropas, su forma de pronunciar el griego… ¿Cómo había podido ser tan estúpido? Aquella mujer era muy semejante a la estrige con la que Marco había hablado, y sin duda era su aliada. Vestía de la misma forma y el color de su piel era idéntico.

–¿Eres una estrige?– preguntó.

–Si me preguntas eso es que eres más tonto de lo que pensaba. Has paseado junto a mí bajo la luz del sol, *palaka*. ¿Crees que una estrige podría hacer eso?

–Entonces… ¿Por qué…?

–Tendrás tus respuestas. Pero no de mi boca. Pasa delante de mí, y no intentes nada o te ensarto con mi espada. Y ten cuidado de no resbalarte. El suelo está mojado.

Kuntí se hizo a un lado para dejar que Marco pasara frente a ella, dejando espacio suficiente para poder utilizar la espada si él intentaba atacarla. En aquel punto, sin embargo, Marco se sentía más deseoso de respuestas que de salir de aquel lugar. Pasó junto a Kuntí y echó a andar por un largo pasillo con paredes llenas de musgo y moho. El olor a humedad en aquel lugar llegaba a ser casi sofocante y Marco pudo sentir sus ropas pegándose a su cuerpo. Caminó con cuidado, guiándose por la escasa luz de la lucerna que Kuntí llevaba tras él. En el suelo había charcos y de las paredes goteaba agua en finos hilos.

Finalmente llegaron a un arco que daba acceso a una sala más grande, completamente sumida en la oscuridad.

–Detente– dijo Kuntí tras él.

–Como ordenes.

–Pasa entre ellos y no toques a ninguno. Por tu propio bien, hazme caso. Yo no moveré un dedo para ayudarte.

–¿Que no toque a quién?– preguntó Marco.

Kuntí señaló con la espada la sala que había ante ellos y Marco supuso que no obtendría ninguna respuesta de ella. Entró a la sala, caminando con cuidado y teniendo cuidado de no pisar ninguna zona llena de moho y verdín para no resbalar. Marco iba mirando el suelo que pisaba cuando vio algo que le hizo detenerse.

Un pie humano. Calzado con una sandalia. Kuntí avanzó hasta él y Marco pudo ver que había un hombre tumbado en el suelo, boca arriba, con los brazos estirados a lo largo del cuerpo, los ojos cerrados y un rictus de seriedad en la boca. Tenía la piel muy pálida, casi completamente blanca.

–¿Está…?

–¿Muerto? Ya sabes que no.

Marco comprendió entonces qué era lo que estaba viendo. Una estrige, dormida durante las horas de luz. Aparentemente indefensa. Pero si Marco la tocaba…

En ese momento, Kuntí alzó la lucerna para que Marco pudiera ver mejor lo que había a su alrededor. Él contuvo una exclamación. En la estancia, una enorme habitación de techos altos sostenidos por gruesas columnas, había decenas de cuerpos. Hombres, mujeres, incluso algún niño, todos ellos tumbados boca arriba, con la misma expresión en el

rostro y los ojos cerrados. Marco observó que algunos tenían los rostros y la boca manchados de rojo.

Sangre, pensó. Sangre humana.

Aquel era el lugar donde las estriges se ocultaban durante el día. El cubil de aquellas bestias que cuando llegaba la noche se arrastraban hasta las calles para alimentarse de seres humanos y convertir a algunos de ellos en nuevas estriges.

–Camina. Y procura no tropezar. Suelen despertarse con hambre y la noche casi ha caído.

Marco asintió y una vez más se preguntó qué hacía Kuntí ahí abajo con aquellos seres y cómo había logrado seguir siendo un ser humano vivo en medio de todos ellos. Siguió caminando entre los cuerpos de la estriges, teniendo que pasar en ocasiones sobre algunas de ellas.

–¿Por qué no te atacan?– preguntó–. ¿Tienes algún poder sobre ellas?

Kuntí no dijo nada y siguió caminando. Marco miró a su alrededor y pensó que, por la forma de aquella estancia, se encontraba en unas termas abandonadas tiempo atrás. En concreto, la sala donde estaban dormidas las estriges parecía una gran palestra cubierta, un espacio dedicado a la realización de todo tipo de ejercicios físicos después o antes de los baños de agua fría y caliente. Marco observó que los techos estaban cubiertos por pinturas tan mal conservadas y cubiertas de moho y plantas que resultaba imposible determinar qué escenas había representadas en ellas. Supuso que el olor a humedad que reinaba allí abajo se debía a la presencia de piscinas en algún lugar cercano, sin duda desbordadas por efecto de las lluvias que se habían filtrado entre las ruinas.

Finalmente, llegaron al otro extremo de la enorme sala. Kuntí señaló a un arco que daba acceso a otro espacio.

–Te esperan ahí dentro.

–¿No vienes conmigo?–preguntó Marco.

–No.

Él se volvió hacia la mujer.

–Si necesitas ayuda para salir de aquí… Podemos escapar juntos de estas criaturas. No tienes por qué vivir entre ellas.

Kuntí, al escuchar las palabras de Marco, se echó a reír, tratando de que la lucerna no se moviera en exceso para no derramar el aceite en su interior.

–¿Escapar de aquí? ¿Para qué? ¿Para vivir una vida corta y desgraciada? ¿Para ver cómo mi cuerpo envejece y se consume? He sido yo quien ha elegido vivir aquí, con él, con ellos. Vivir eternamente.

–¿Y por qué no te han convertido en una de ellas aún?

Kuntí arrugó el entrecejo y miró a Marco con desprecio.

–Entra ahí. Te esperan.

Marco la miró unos instantes antes de darse la vuelta y caminar hacia el arco. Cuando pasó al otro lado, se encontró en una estancia más pequeña, con un banco corrido de piedra alrededor de tres de sus paredes. En el muro del fondo había pequeños nichos, desde la altura del banco hasta casi el techo. Marco, que como todos los romanos estaba acostumbrado a acudir a las termas cada pocos días, reconoció de inmediato un apodyterium, el vestuario donde los clientes dejaban sus ropas antes de acceder a las salas de baños. En medio de la sala había una pileta sostenida por un pie de piedra. Junto a ella, sosteniendo una lucerna en la mano y mirando a Marco con rostro inexpresivo, estaba el hombre, la estrige, con el que Marco había hablado la noche anterior.

–Bienvenido, *palaka*– dijo–. Me he permitido encender esta lucerna para que puedas verme el rostro mientras hablamos. Kuntí está acostumbrada a vivir en las sombras, pero entiendo que tú prefieres algo de luz.

–¿Para qué me has traído aquí?

–Para hablar, por supuesto. Si quisiera matarte lo habría hecho yo mismo anoche. A pesar del poder de la piedra que cuelga de tu cuello, me habría resultado sencillo quitarte la vida… o darte una nueva. Pero hacía tiempo que no me cruzaba con uno de tu especie, *palaka*, y quería hablar contigo antes de dar un paso irreversible. Siéntate, por favor.

Marco dudó unos instantes, pero finalmente accedió y tomó asiento en el banco, cerca del arco por el que había entrado.

–Supongo que debería empezar por presentarme si pretendo que después me hables de ti. Me llamo Aadi, y vengo de…

–De la tierra más allá del reino de los partos, sí. Tu sierva me ha contado ya esa parte de vuestra historia.

Aadi sonrió mientras asentía.

–Lo cierto es que yo mismo procedo de una tierra diferente de la de Kuntí, aunque a vuestros ojos nuestros rasgos sean iguales. Hay mucho mundo que los romanos no conocéis. Montañas tan altas como el cielo, selvas que albergan a animales de mil colores y mares profundos en los que habitan monstruos tan grandes como barcos. Nací hace mucho, mucho tiempo, cuando tu ciudad no era más que una aldea de pastores.

–¿Fuiste humano antes de ser una estrige?

–Lo fui. Viví casi treinta años como humano. Fui un príncipe en mi tierra, hasta que encontré a uno de la que hoy es mi especie. Él me entregó el don de la inmortalidad… acompañado de la maldición de la sed y el frío eternos. Mi propio pueblo me rechazó, me persiguió, y a punto estuvieron de acabar conmigo. Pero conseguí escapar, y ahí

comenzó mi largo peregrinar por el mundo. Creando nuevas comunidades de seres como yo. Levantando nuevos reinos y destruyendo otros.

–¿Eso es lo que has venido a hacer aquí? ¿A levantar un nuevo reino?

Aadi dejó la lucerna sobre el banco. Miró a Marco, pero no respondió a su pregunta.

–Basta de hablar de mí, Marco Lemurio. Sabes lo suficiente como para que las preguntas que te haré no resulten descorteses. No necesitas saber más. Háblame ahora de ti, *palaka*. ¿Cuál es tu historia?

Marco se recostó contra el muro, tratando de aparentar una tranquilidad que no sentía en absoluto y esbozó una sonrisa sarcástica.

–Yo también fui un príncipe… en un callejón lleno de mierda y ratas. Mi madre me parió en uno de los peores suburbios de Roma. Mi padre murió combatiendo en las legiones cuando yo era solo un niño. No hay mucho más que contar.

–Y sin embargo… yo creo que sí lo hay. ¿Vive aún tu madre?

–No. Murió cuando yo tenía quince años.

–Y en tu voz aún se percibe el dolor de su pérdida. No fue una muerte natural por lo que puedo adivinar. Ya me dijiste que tu padre era romano, así que es improbable que tu sangre de *palaka* provenga de ese lado de la familia. Fue tu madre quien te enseñó lo que sabes. Lo poco que sabes…

Acércate un poco a mí y te enseñaré con mi daga de plata lo poco que sé, pensó Marco sin borrar la sonrisa de su rostro.

–¿De dónde procedía tu madre?

–Tesalia– respondió Marco.

La estrige asintió.

–Eso tiene sentido. ¿Y fue ella quien te entregó la piedra que cuelga de tu pecho en estos momentos? Hasta yo puedo escuchar a la criatura que duerme dentro.

–Fue un regalo de mi madre, sí. No tendrás algo de vino por ahí, ¿verdad? Tanto hablar me está dando sed.

Aadi negó con la cabeza.

–No es precisamente vino lo que solemos beber aquí abajo.

La estrige caminó alrededor de la pileta que había en el centro de la estancia, llevando la mano a la superficie del agua que había en su interior.

–Dime al menos qué es eso de *palaka* que no paráis de llamarme.

Aadi negó con la cabeza.

–No puedo creer que nadie te haya hablado de la historia de tu estirpe. ¿Tu madre no…?

–No tuvo tiempo. La mataron antes de que pudiera transmitirme todos sus conocimientos. Hizo lo que pudo. Ella misma había escapado

de su propia familia, así que sospecho que no debía de sentirse especialmente orgullosa de esa herencia.

Marco pensó en lo que Crises, el hermano de su madre, le había revelado al final de aquel verano. Su madre y él pertenecían a una estirpe que se dedicaba a cazar criaturas sobrenaturales y seres humanos que practicaran las artes mágicas. Él mismo le había entrenado durante un tiempo para que Marco aceptara su herencia y asumiera el papel que le correspondía. Hasta que la muerte de la anciana Cardixa, la bruja númida que vivía en el Aventino, los había separado, no sin que antes Crises declarara a Marco que desde aquel momento le consideraría un enemigo y lo trataría como tal. ¿Eran esos los *palaka* de los que hablaba aquella estrige? ¿Una estirpe de hombres y mujeres consagrados a luchar contra las fuerzas sobrenaturales?

–El linaje de los *palaka* se pierde en la noche de los tiempos. Yo mismo no sé cuándo surgieron, ni dónde, aunque me he encontrado a los tuyos en las lejanas islas de Oriente, en las arenas de Egipto y en las frías estepas del norte. Tú eres el primero que veo en una zona tan occidental. Los he conocido de todas las edades, con todos los tonos de piel, hombres y mujeres, pero todos ellos tenían una cosa en común.

Marco se irguió en el banco para escuchar mejor.

–Su fanatismo. Todos eran fanáticos de su misión. Y no se detenían ante nada. Si tenían que matar niños, ancianos, mujeres indefensas… lo hacían sin más. Porque su misión era lo único importante.

–¿Y cuál es esa misión?– preguntó Marco.

–Exterminar lo que ellos consideran las fuerzas de la oscuridad para lograr que se imponga en el mundo el reinado de la luz.

Marco se puso en pie.

–¿Eso es todo? ¿Son solo un grupo de fanáticos religiosos que van por ahí con sus espadas y sus hechizos matando a otros magos en nombre de la luz?

Aadi asintió.

–Sin duda ellos añadirían todo tipo de explicaciones místicas, pero en esencia eso es lo que son. Eso es lo que eres. Porque tú eres uno de ellos. ¿Por qué si no das caza a los míos?

–¿Tal vez para evitar que matéis a todos los seres humanos y los convirtáis en chupadores de sangre como vosotros?

Aadi cerró los ojos, como si las palabras de Marco le hubieran ofendido profundamente.

–¿Acaso no comes tú carne de cerdo o de cordero? ¿No aplica el carnicero el cuchillo al cuello de la víctima para que sus clientes puedan alimentarse y seguir viviendo? Que unos seres se alimenten de otros para vivir es parte del orden natural de las cosas. También los seres humanos formáis parte de esa cadena.

Marco se puso en pie.

–¿Y sabes lo que harían los corderos si pudieran defenderse?

–Pero no pueden. Igual que no podéis hacerlo vosotros– dijo Aadi.

Marco estuvo tentado de sacar la daga de plata y lanzarse sobre la estrige, pero logró controlar el impulso. Había visto a aquella criatura moverse y sabía que en un enfrentamiento directo no tendría nada que hacer contra ella, y mucho menos estando en su propia guarida.

–Siéntate, por favor. No quiero que nuestra conversación derive en un enfrentamiento.

–Sabes que más tarde o más temprano tendremos que llegar a eso.

Aadi volvió a sonreír.

–Es la frase que habría dicho un *palaka*. Lo llevas en la sangre. Pero hablemos de otra cosa… Esa piedra que llevas en el cuello. ¿Qué sabes de ella?

Marco se llevó la mano a la lágrima de Perséfone. Estaba caliente, aunque no como en otras ocasiones en las que había estado tan cerca de un enemigo peligroso.

–Fue un regalo de mi madre. Me la dio poco antes de morir. Me dijo que me protegería, pero que debía tener cuidado con usar su poder de forma irresponsable. Años más tarde descubrí que se trata de una lágrima de Perséfone, y que en su momento hubo otras como esta. La mujer que me contó esto no supo darme muchos detalles. Solo me dijo que era una puerta por la que podían entrar cosas a este mundo.

–Hiciste uso de ella para matar a mis hijos anoche.

–Me habrían devorado de no haberlo hecho.

Aadi se acercó a Marco lentamente y le hizo un gesto con la mano, pidiéndole permiso para tocar el colgante. Marco dudó, pero acabó por asentir. De cualquier modo, la estrige habría podido arrebatarle la piedra a la fuerza si así lo hubiera deseado. Marco se sacó la lágrima de Perséfone de debajo de la túnica y Aadi acercó la mano a ella con lentitud, como si temiera entrar en contacto con el mineral negro. Cuando sus dedos estaban a muy poca distancia se detuvo y retiró la mano. Cuando Marco volvió a guardarla sintió que la lágrima de Perséfone estaba ardiendo.

–Ese poder en otras manos más expertas… no puedo ni imaginar qué podría ocurrir. El destino es caprichoso si ha querido que acabe colgando de tu cuello.

–¿Has visto otra como esta alguna vez?– preguntó Marco.

La estrige sonrió y regresó al centro la sala.

–Veo que empieza a interesarte lo que pueda contarte. Entraste en esta sala esperando encontrar un monstruo y ahora tus ojos me miran con más curiosidad que odio o miedo. Sí, vi una piedra como la tuya, hace mucho tiempo, en una tierra muy lejana, y en manos de alguien mucho más sabio que tú. Tan sabio era que no la llegó a utilizar en momento alguno. Él era el guardián de la piedra, y no su prisionero.

–Yo no soy el prisionero de nadie.

–Tal vez todavía no. Pero lo serás con el tiempo.

Marco miró a su espalda y observó que Kuntí los observaba desde la otra sala, todavía con la espada en una mano y la lucerna en la otra.

–¿Tal y como ella es tu prisionera?– preguntó.

Aadi negó con la cabeza.

–Kuntí no es mi prisionera. No más de lo que yo soy el suyo. O tal vez los dos hayamos construido una prisión en la que nos hemos encerrado voluntariamente. Hay pocas cadenas más fuertes que las que nos unen a nosotros, *palaka*. Y sospecho que de esto sí entiendes.

–¿Hablas de amor? ¿Realmente hablas de amor?– dijo Marco con tono sarcástico–. ¿Cómo puede una mujer amar a un monstruo como tú?

–¿No has amado tú nunca a quien no debías?– preguntó Aadi–. Por supuesto que lo has hecho. Todos lo hemos hecho.

–Yo nunca…

La estrige alzó la mano para imponer silencio, y, por algún motivo, Marco obedeció. Aquel ser irradiaba una autoridad que era difícil de ignorar.

–Ya te lo he dicho: no hablemos más de mí. No te he traído aquí para eso. Tengo algo que ofrecerte.

–Nada de lo que tienes me puede interesar– respondió Marco, tratando de aparentar seguridad.

–No te apresures a rechazar lo que muchos otros matarían por conseguir. ¿Sabes acaso qué es lo que voy a ofrecerte?

–¿Dinero? ¿Joyas? ¿Conocimiento? No quiero nada de lo que venga de tus manos manchadas de sangre.

–¿Y si te digo que puedo ofrecerte todo eso y mucho más? Un poder que hará que ni el dinero ni las joyas vuelvan a preocuparte. ¿Conocimiento? Todo el que esté al alcance de tu mano. Te lo ofrezco todo, Marco Lemurio. Te regalo el tiempo, que es la posesión más valiosa que tenéis los mortales y aquella que menos parecéis apreciar. Lo que te ofrezco, *palaka*, es la inmortalidad.

Marco dio un paso atrás, sorprendido. En ese momento, Kuntí, que había estado escuchando la conversación, entró en la pequeña sala, hecha una furia.

–¿La inmortalidad? ¿Le ofreces tu don más preciado a él? ¿Le ofreces a este hombre lo que durante tanto tiempo me has negado a mí?

La mujer alzó la espada y apuntó a la estrige con ella. Aadi bajó la mirada, con expresión apenada.

–Kuntí, por favor.

–Aadi, no entiendo…

–Pero lo entenderás. Algún día. Ahora márchate. Déjanos solos. No

necesitaré tu ayuda. Ve a descansar, duerme unas horas. Marco y yo estaremos bien. Nuestro invitado no va a intentar hacerme daño.

Ella bajó la espada y miró a Marco con rabia. Por sus mejillas corrían dos surcos de lágrimas.

–Espero que valores lo que se te ofrece– dijo. Tiró la espada al suelo y salió por el arco de piedra.

Marco se volvió hacia la estrige.

–¿Me estás ofreciendo convertirme en uno de los tuyos? ¿Es eso lo que quieres decir? ¿Que me convierta en una de esas cosas que duermen ahí fuera?

–Sí y no. Existen dos tipos de estriges, como tú nos llamas. Esas que ves ahí fuera son la estirpe más baja dentro de mi raza. Seres que siguen vivos solo para alimentarse y dormir. Con el tiempo olvidan quiénes fueron en vida, olvidan que fueron humanos mortales y se convierten en lo que tú llamarías monstruos. Existen otros, sin embargo, que trascienden esa condición y se convierten en lo que soy yo. Semejantes a los humanos, pero infinitamente más fuertes, ágiles y sobre todo inmunes al paso de los años y las enfermedades. Eso es lo que te propongo, Marco Lemurio, que te unas a mí, como un igual. En toda mi vida solo he otorgado este don unas pocas veces. Y ahora te lo ofrezco a ti.

–¿Por qué yo? ¿Por qué me eliges a mí y no a cualquiera de los que están ahí fuera?

Aadi se acercó de nuevo a Marco y le acarició el rostro con la yema del dedo índice.

–Hay algo en ti, *palaka*. Eres el heredero de una larga estirpe de sabios y guerreros, pero al mismo tiempo tu corazón late con una sangre nueva, con la fuerza de un pueblo que está llamado a cambiar el mundo. Creo que serías un buen compañero para los próximos siglos. Tal vez tú puedas ayudarme a entender este nuevo mundo que los romanos estáis construyendo y que a mí me resulta extraño y desconcertante.

–¿Y ella? ¿Y Kuntí? ¿Por qué no eliges a esa chica?

–¡Basta!

La estrige golpeó con fuerza el muro sobre el banco de piedra, arrancando esquirlas de la roca por la fuerza del golpe. Marco dio un paso atrás por el susto.

–No hables más de Kuntí. Piensa en lo que te estoy ofreciendo. El poder de derrotar a tus enemigos, de seducir a hombres y mujeres, de atravesar los cielos estrellados y recorrer el orbe de punta a punta. Todo el tiempo del universo para leer todos los libros que jamás se han escrito y se escribirán. No envejecer nunca…

Marco agachó la cabeza. Su primer impulso había sido decir que no y acabar con aquella conversación de inmediato. ¿Pero realmente

quería decir que no? ¿Tanto apego tenía a su vida mortal como para rechazar aquel regalo? Por supuesto, cabía la posibilidad de que todo aquello no fuera más que un engaño, que lo único que quisiera Aadi fuera beber su sangre para convertirle en una estrige ordinaria como las que dormían en la palestra. Sin embargo, Marco sabía que aquel no era el caso. Aadi era lo bastante poderoso como para haber hecho algo así sin necesidad de engañarle.

Marco no pudo evitar que su mente comenzara a imaginar cómo sería su vida con aquel poder en sus manos. Entrar en la *domus* de Crisógono durante la noche y arrancar a la fuerza una confesión al maldito liberto. Saber por fin qué había detrás de la muerte de su madre y poder cobrarse la tan ansiada venganza. Volar hasta Hispania y encontrar a Alda para besar sus labios una última vez. Asegurarse de que nada le faltaba al pequeño Céfiro en toda su vida, ni a sus hijos, ni a sus nietos… durante generaciones. Ver alzarse a las grandes familias nobles de Roma con la certeza de que él estaría allí cuando se produjera su caída. Ver los templos de los dioses resplandecer, ser abandonadas y convertirse en escombros. Todo ello mientras él se mantenía joven y en plenitud de sus fuerzas.

–Tienes dudas– dijo Aadi–, y es normal. Yo también las tuve. Por eso te ofrezco lo mismo que se me ofreció a mí. ¿Y si en lugar de imaginar cómo sería el mundo si compartieras mi sangre… permites que te lo muestre? Acércate a mí.

Aadi caminó hasta la pileta en el centro del vestuario y apoyó las dos manos en sus bordes para mirar hacia el agua. Marco caminó junto a él y se asomó al recipiente para ver su propio reflejo y el de la estrige en la superficie quieta del agua estancada. Aadi se llevó la muñeca a la boca y se dio a sí mismo un mordisco que abrió de inmediato una herida. Alzó el brazo sobre la pila y la sangre comenzó a gotear sobre el agua hasta que, de forma increíblemente rápida, la herida se cerró sin dejar cicatriz ni marca.

–Nuestra sangre tiene extrañas propiedades que yo mismo no sería capaz de explicarte. Entre ellas, se encuentra la de proyectar parte de un futuro posible. Dame tu mano.

Marco dudó unos instantes y finalmente tendió el brazo hacia la estrige. Aadi se lo agarró con firmeza y sin que Marco pudiera evitarlo se llevó el brazo a la boca para morder con fuerza en su muñeca. Fue solo un instante, pero Marco sintió como si dos agujas afiladas y frías como el hielo se clavaran en su piel. Trató de apartarse, pero la fuerza de la estrige era muy superior a la suya. Notó un breve instante de succión, y Marco temió que la estrige decidiera seguir alimentándose de él después de todo. Sin embargo, Aadi acabó por soltarle, aunque sin poder evitar mirar la herida de Marco con deseo y apetito. Se limpió unas gotas de sangre que tenía en los labios y entonces volvió a

hablar.

–Deja que unas gotas caigan en el agua y se mezclen con mi propia sangre.

Marco obedeció.

La herida que la estrige le había causado era muy pequeña, apenas dos orificios por los que manaban sendos hilos de sangre. Marco puso el brazo sobre la pileta y apretó el puño, de modo que la sangre fluyera con más fuerza hacia la herida. De inmediato, varias gotas cayeron sobre la superficie del agua, diluyéndose junto a las del propio Aadi.

–Ahora mira fijamente. Y recuerda que nada de lo que veas es real: es solo una proyección de posibles futuros.

Sin soltar el borde de la pileta, Marco se inclinó y acercó el rostro al agua. En un primer momento, no ocurrió nada. Las gotas de sangre, las suyas y las de la estrige, imposibles de diferenciar, se deshacían en el agua dejando finos rastros. Marco observó con más atención y comenzó a ver cómo las gotas de sangre comenzaban a acercarse unas a otras, como si se atrajesen mutuamente, hasta formar un coágulo más grande y amorfo en el centro de la superficie. La sangre entonces volvió a separarse en pequeñas estructuras que empezaron a crear formas en un principio irreconocibles pero que poco a poco fueron cobrando sentido en la retina de Marco. Lo que era una mancha roja oscura e informe se convirtió en seres humanos, edificios, paisajes y escenas más complejas. Incluso el silencio que reinaba en la pequeña sala de las termas fue dando paso a sonidos que Marco sabía que solo estaban en su cabeza pero que sin embargo era capaz de escuchar a la perfección.

–Observa tu futuro en mi sangre, *palaka*– dijo Aadi, pero Marco, concentrado como estaba en las imágenes del agua, apenas lo escuchó.

Lo primero que Marco vio fue a una mujer en medio de una llanura interminable, inhóspita, azotada por un viento frío e inclemente. Iba vestida con pieles grises y pardas y caminaba hacia el horizonte con paso decidido. Aunque no pudo ver su rostro, a Marco le bastó ver su pelo largo y ondulado, la silueta de su cuerpo, tantas veces recorrido por sus manos, para reconocer a la mujer vestida de pieles que caminaba por la llanura.

–Alda.

Las formas de la llanura se evaporaron y en su lugar se alzaron grandes edificios. Templos, *insulae*, basílicas, casas lujosas, tabernas y comercios. Marco vio ante sus ojos cómo la sangre formaba la imagen inconfundible de la ciudad de Roma, orgullosa sobre sus siete colinas. Marco se vio a sí mismo volando sobre los edificios y contemplando la Urbe en toda su majestuosidad, una escena que ningún ser humano antes había podido disfrutar por medios naturales. Las termas

abandonadas habían desaparecido, y Marco casi podía sentir el aire fresco del otoño en Roma acariciando su piel. De pronto, como si una mano invisible tirara de él, se vio arrastrado hacia el suelo. Recorrió a toda velocidad las calles del barrio que más amaba y odiaba, su adorada y detestada Subura, volando por los callejones, pasando bajo los arcos y soportales hasta llegar a una plaza en la que un grupo de hombres y mujeres escuchaban hablar a un joven que se dirigía a ellos desde lo alto de un escenario de madera. El hombre estaba flanqueado por cinco tipos de aspecto rudo, con los brazos cruzados, sin duda dispuestos en aquel lugar para impedir que nadie se acercara demasiado al orador. Marco, una vez se detuvo su vuelo, observó con detenimiento al personaje sobre el escenario y pensó que su rostro le resultaba familiar. Era un hombre de aproximadamente su misma edad, algo menos de treinta años, con el pelo castaño claro, espeso, y unas facciones que Marco no tardó en reconocer. Era veinte años mayor, y en sus ojos se podía leer la experiencia de toda una vida de sufrimientos y placeres. Veinte años más maduro, pero su rostro seguía siendo el mismo que Marco había contemplado durante tanto tiempo, dormido junto a él en la cama.

–Céfiro…– musitó.

El Céfiro adulto se dirigía a la multitud, moviéndose sobre el escenario con seguridad y reforzando sus palabras con gestos realizados con las manos. Los hombres y mujeres de la plaza le escuchaban embelesados, asentían y murmuraban palabras de complicidad. Marco no podía escuchar el discurso de aquel Céfiro maduro, y solo algunas palabras llegaron a sus oídos. Trigo. Hambre. Y un nombre: Clodio.

Cuando Céfiro terminó de hablar el público prorrumpió en aplausos, pero Marco no pudo quedarse a ver más. Una fuerza invisible tiró de él y lo llevó hasta los cielos de nuevo… solo para dejarlo caer en el patio de una casa cercana. Una pequeña *domus* en la Subura, modesta pero rica en comparación con las viviendas que abundaban en el barrio. Marco se vio ante un jardín cuidado con esmero y sencillez, muy alejado de las extravagantes y frondosas selvas de imitación que algunos nobles creaban en sus peristilos. Había todo tipo de plantas, con hojas de diferentes tonos verdes y alguna que otra flor que se resistía a morir pese a la llegada de los fríos del otoño. Entre ellas, caminaba una mujer madura, con el pelo largo y negro salpicado de mechones grises y blancos y recogido en una trenza. Tenía arrugas en las comisuras de los labios y pequeñas bolsas bajo los ojos, pero conservaba una belleza serena y atemporal. Al igual que le había ocurrido con Céfiro, Marco reconoció de inmediato a la mujer de la que un día había estado enamorado.

–Antígona.

Marco intentó acercarse a ella y en aquella ocasión su cuerpo sí le obedeció. Consiguió situarse junto a la mujer, que en ese momento cortaba una pequeña rosa con unas tijeras de hierro. Alzó la mano para tocar su rostro, sintiendo que su corazón se llenaba de amor por ella y que las lágrimas acudían a sus ojos. El brazo dejó de obedecerle un instante antes de que sus dedos llegaran a rozar la piel de la mujer. Ella, sin embargo, alzó la mirada, como si hubiera sentido algo. Miró hacia el lugar donde estaba Marco, aunque era evidente que no podía verle. En sus labios se dibujó una palabra. Su nombre. Marco.

–Antígona– repitió él, y una vez más se vio arrancado del lugar y arrastrado hasta otro espacio muy diferente, un cementerio casi abandonado, lleno de tumbas cubiertas por la hiedra y el musgo. El cementerio de las Esquilias. Un lugar que Marco conocía bien, ya que había tenido que frecuentarlo a menudo, acompañando a su madre Neóbula, primero, y él solo, después de la muerte de ella. Marco voló entre los viejos panteones de familias abandonadas y las lápidas humildes con inscripciones borradas por el tiempo. Finalmente, la fuerza que tiraba de él lo dejó caer en el suelo, al pie de una tumba que parecía más reciente. Marco quedó boca abajo sobre la tierra húmeda y casi pudo sentir el olor del otoño en ella. Alzó la mirada y descubrió que aquella tumba, consistente en una simple estela sin adornos ni dibujos, tenía una inscripción en letras bien trazadas.

M LEMURIUS HST
VIR QUI ROMAM SERVAVIT
STTL

Marco sintió que el corazón se encogía en su pecho. Trató de respirar, pero el aire no le llegaba a los pulmones. Volvió a leer la inscripción, una y otra vez. Aquí yace Marco Lemurio. El hombre que salvó Roma. Que la tierra te sea leve.

Estaba leyendo su propio epitafio. Estaba ante su propia tumba, el lugar donde un día descansarían sus cenizas.

Marco abrió la boca para gritar pero ningún sonido salió de ella. Trató de levantarse de la tierra, y sus músculos se negaron a obedecer. Sentía como si tuviera una enorme losa sobre la espalda, imposibilitándole todo movimiento que no fuera alzar la cabeza para leer una y otra vez aquella inscripción terrible.

De repente, la tierra bajo su pecho comenzó a abrirse y Marco notó cómo el terreno le engullía hacia las profundidades. Dejó de ver la tumba, la oscuridad se hizo absoluta. Trató de gritar una vez más, y en aquella ocasión sintió que su garganta sí emitía un sonido desgarrado.

Aunque creía tener los ojos ya abiertos, Marco los abrió a la realidad y se encontró a sí mismo apoyado sobre la pileta de agua, gritando con toda la fuerza de sus pulmones. Tardó unos instantes en

comprender que todo había sido fruto de una visión, que nada había sido real. Marco se descubrió a sí mismo empapado en sudor, respirando agitadamente, con las manos cerradas con fuerza en los bordes de la pila. Frente a él, Aadi le observaba inexpresivo.

–¿Y bien?– preguntó.

–Lo he visto–dijo Marco jadeando–. He visto el futuro.

Marco caminó como pudo hasta el banco de piedra y se sentó. Al moverse descubrió que estaba muy mareado y una acometida de nauseas le golpeó con fuerza. Una arcada le hizo pensar que iba a vomitar, pero su estómago, vacío, no expulsó más que bilis amarga.

–Te recuperarás en seguida.

–¿Era todo eso… real?– preguntó Marco, con la cabeza aún oculta entre las manos, temiendo que si la alzaba volvería a marearse–. ¿Era real lo que vi o un truco?

–El futuro no está escrito. Lo que has visto es probable que suceda, pero no siempre ocurre así.

Marco pensó en lo que había presenciado. Miles de imágenes se agolpaban en su cabeza, compitiendo por ser la primera en recibir atención. La majestuosidad de Roma desde los aires. Alda caminando por una enorme estepa helada. Un Céfiro adulto convertido en un líder del pueblo. Y Antígona, madura y hecha toda una matrona romana que cuidaba de su jardín con esmero. Y, por encima de todo ello, la lápida de la tumba de Marco, el lugar en el que reposarían algún día sus cenizas. Con una inscripción. Marco Lemurio, el hombre que salvó Roma.

–El hombre que salvó Roma…– murmuró mientras sentía en su boca la amargura de la bilis que acababa de vomitar. ¿Estaba él destinado a salvar Roma? Y si era así… ¿salvar Roma de qué o de quién?

Aadi caminó hacia Marco y se situó junto a él.

–¿Te han ayudado esas visiones a tomar una decisión? ¿Deseas el regalo que te ofrezco?

Marco alzó la mirada lentamente y escrutó el rostro de la estrige. Las facciones morenas y proporcionadas de aquella criatura con aspecto humano no mostraban emoción alguna. Aparentemente, estaban más allá del dolor y del deseo. Aquel ser afirmaba amar a la mujer mortal que le había conducido hasta aquel lugar. ¿Pero era eso cierto? ¿Podría una criatura con miles de años a sus espaldas amar a alguien que no había llegado a la treintena?

Aadi era sin duda el ser más poderoso al que Marco había tenido que enfrentarse en toda su vida. Fuerte, rápido, letal, y al mismo tiempo profundamente sabio, pausado, frío y obstinado. No había duda de que resultaba tentador aceptar unos poderes como aquellos. Pero por otro lado…

Marco había visto su tumba, y en su epitafio dejaba claro que había

sido él el responsable de la salvación de Roma. Eso quería decir que la salvación la ciudad, la salvación de todo su mundo y el de los suyos, pasaba por su muerte. ¿Qué ocurriría si él aceptaba ser inmortal, si escapaba de las garras de la muerte y trascendía la existencia de los simples mortales? ¿Estaría condenando a Roma a la destrucción?

Marco negó con la cabeza. No entendía nada, no era capaz de sacar conclusión alguna. Pensó en los rostros de Céfiro y Antígona, veinte años más adelante, más maduros los dos. Tanto el esclavo como la mujer parecían felices y satisfechos con lo que el futuro les deparaba. Vivían en paz en un mundo futuro que tal vez solo existiría si Marco moría para hacerlo posible. ¿Qué sería de ellos si Marco se convertía en una estrige? ¿Qué pasaría con aquel futuro de Céfiro y Antígona si Marco daba el paso de convertirse en inmortal?

–No, no puedo hacerlo– dijo finalmente, sin darse tiempo a recapacitar más–. Deseo morir cuando llegue el momento. No acepto tu regalo, Aadi.

La estrige asintió con los ojos cerrados.

–Esa respuesta me convence aun más de que eres la persona indicada para ello. Solo quien no desea la inmortalidad es digno de ella. Una lección que tardé siglos en aprender.

Marco se puso en pie y miró a los ojos de la estrige.

–¿Qué va a ocurrir ahora?– preguntó.

–Lo que siempre ha ocurrido, desde la noche de los tiempos. Eres un *palaka* y yo un monstruo a tus ojos. Tratarás de matarme, a mí y a mis criaturas, porque es lo que está en tu esencia. Sin embargo, me temo que en esta ocasión tus esfuerzos serán en vano. Otros como tú, otros mejores que tú, lo han intentado en el pasado. Y han fracasado.

–Yo no fracasaré– dijo Marco.

Aadi sonrió.

–Veremos– dijo–. Sea como sea, no será en este lugar ni en este momento cuando se diriman nuestros destinos. Nos veremos pronto, Marco Lemurio.

Marco, adivinando que la estrige se disponía a hacer algo, trató de moverse para sacar su daga de plata. Pero antes de poder hacer nada, la mano de Aadi se cerró sobre su rostro, con firmeza, pero también con suavidad, sin tratar de dañarlo.

–Duerme ahora, *palaka*.

Aadi musitó una palabra en una lengua que Marco no fue capaz de reconocer, y de inmediato un sopor irresistible se adueñó de los miembros del romano. Incapaz de resistirse, Marco cerró los ojos y cayó al suelo, profundamente dormido. Aadi le observó unos instantes, con una expresión a medio camino entre la indiferencia y la pena distante.

–Te dejaré a salvo, en algún lugar donde los tuyos puedan

encontrarte. Sé que vendrás en mi busca de nuevo. La próxima vez que nos veamos será la última.

Aadi levantó el cuerpo de Marco con facilidad, como si en lugar de un hombre adulto llevara en sus brazos a un niño muy pequeño. Caminó hacia la salida de la estancia, pero al pasar frente a la pila llena de agua echó un vistazo a la superficie.

La sangre mezclada de la estrige y el humano aún no se había diluido por completo, y seguía creando formas caprichosas. Aadi observó con atención y vio en las aguas una pequeña ciudad que le resultó muy familiar a pesar de llevar en ella tan solo unos días. Pompeya. Una Pompeya más grande, con edificios más lujosos, templos de mármol, esculturas y columnas. Sobre la ciudad se alzaba, imponente, mucho más grande de lo que era en realidad y mucho más cercana, una enorme montaña. Aadi observó con interés cómo la cima de la montaña desaparecía y daba paso a una espesa nube de humo, cenizas, llamas y rocas que ascendía a las alturas para caer después sobre Pompeya, sepultándola en un infierno de fuego, muerte y oscuridad.

Aadi apartó la vista y suspiró antes de continuar caminando con el cuerpo de Marco en sus brazos.

# CAPÍTULO 17
## CONSEJOS PARA MATAR A UNA ESTRIGE

Marco abrió los ojos y por unos instantes fue incapaz de entender qué era lo que había a su alrededor. Tenía la cabeza apoyada sobre los brazos, y estos doblados encima de una mesa de madera. Frente a él había un vaso y una jarra hechos del mismo barro tosco. Sin moverse, y aún presa del desconcierto, Marco miró a su alrededor y descubrió que estaba en una taberna llena de gente que bebía, charlaba, gritaba y comía. Las esclavas, vestidas todas ellas con túnicas muy cortas que apenas cubrían sus nalgas, se paseaban entre las mesas, llevando jarras de vinos, repartiendo besos a los clientes y dejándose tocar las piernas y los pechos con fingido agrado y risas falsas. Lentamente, Marco alzó la cabeza.

¿Cómo había acabado en aquel lugar? ¿Había salido esa noche a beber y el vino se le había ido de las manos? Aunque era un bebedor contumaz, eran raras las veces que se había entregado al vino hasta el punto de perder la conciencia y caer desmayado. ¿Era eso lo que le había ocurrido? Se restregó los ojos y tragó saliva. No, no había rastro alguno de la acidez que sentía en la boca después de haber pasado horas apurando una jarra de vino tras otra. Su cabeza tampoco presentaba síntoma alguna de embriaguez o de resaca, de modo que era muy poco probable que hubiera acabado en aquella taberna tras horas de desenfreno y borrachera. Se puso en pie y salvo un ligero mareo no tuvo problema alguno para mantener el equilibrio. Definitivamente no se sentía como debería haberlo hecho de haberse quedado dormido por efecto de un exceso de vino.

Al ver que se ponía en pie, uno de los hombres que bebía en una mesa cercana le señaló con el dedo y casi de inmediato todos los que estaban sentados con él se volvieron hacia Marco.

–Nuestro invitado ha despertado por fin– dijo–. ¡Un aplauso para nuestro benefactor!

El grupo de hombres, que, según dedujo Marco, eran marineros por su aspecto y sus ropas, comenzó a aplaudir y a corear, actitud que pronto se contagió a las mesas de alrededor. En unos instantes toda la taberna, esclavas incluidas aplaudían a Marco y le hacían gestos de complicidad acompañados de sonrisas.

Marco se sintió incluso más confundido. Miró los rostros de los hombres y mujeres que tan amables se mostraban ante su despertar, tratando de recordar a alguno de ellos, sin conseguirlo. No, no conocía a ninguno de los presentes. ¿De qué demonios le conocían a él y por

qué estaban tan agradecidos por su presencia?

Una de las esclavas, una chica muy joven con una túnica tan pequeña y ajustada que apenas podía contener su cuerpo en ella, se acercó a Marco y sin mediar palabra le dio un beso en la boca. Marco, sorprendido, se dejó besar hasta que la esclava se apartó de él. La chica se quedó abrazada a Marco, con los brazos alrededor del cuello.

–Tu amigo me dejó encargado que me ocupara de ti esta noche.

–¿Mi amigo?– preguntó Marco confundido.

–Ese hombre de piel oscura tan guapo. Pagó vino como para emborrachar a varias legiones y solo pidió a cambio que cuidáramos de ti durante el resto de la noche. Así que dime qué es lo que quieres que hagamos. Soy tuya hasta que salga el sol.

Con la joven esclava colgada de su cuello, Marco recordó de súbito.

Un hombre guapo de piel oscura.

Aadi.

La estrige.

Todos los sucesos que había vivido desde la tarde anterior regresaron a su mente de golpe. El engaño de Kuntí. El encierro durante horas sumido en la oscuridad. El cubil de las estriges. La pila de agua en la que había visto el futuro de Roma… y el suyo propio.

–¿Cuánto hace que anocheció?– preguntó Marco mientras apartaba a la chica con suavidad.

–No sabría decirte. ¿Pero qué importa eso? ¿Te preocupa que se nos eche encima el amanecer? Puedo estar contigo más tiempo si eso es lo que quieres…

–No, lo siento. Esta noche no puedo estar contigo.

La chica le soltó el cuello y le miró confundida. Era evidente que no estaba acostumbrada a que los hombres rechazaran una noche en sus brazos.

–¿Estás seguro? Soy mejor que cualquiera de las otras chicas de este sitio.

–Puedes quedarte el dinero que te dio mi amigo, no te preocupes.

Al escuchar aquello, la esclava suspiró aliviada. Su expresión pasó del interés y el deseo a una indiferencia total hacia Marco.

–Tú te lo pierdes– dijo, y se alejó contoneándose entre las mesas.

Marco se dirigió a la salida de la taberna, pero fue interceptado por dos hombres en evidente estado de embriaguez. Entre los dos le cogieron por los hombros y le obligaron a sentarse en una silla ante una jarra de vino.

–No tan deprisa, amigo. Ese hombre nos hizo jurar que te haríamos pasar una buena noche y eso es precisamente lo que vamos a hacer. ¡Bebe con nosotros! ¡Tu amigo se ha encargado de que no falte el vino esta noche!

Marco alzó una mano para rechazar el vaso que uno de ellos le

tendía.

–Vamos, vamos, no sean tan remilgado. Hemos visto cómo rechazabas a esa chica… ¿Prefieres que te consigamos un chico? No es lo que suele ofrecer este lugar pero si es lo que te gusta te lo traeremos de inmediato. Por lo que ha pagado tu amigo puedo conseguirte hasta al mismísimo…

–Sí, ya sé que os han pagado una buena cantidad de dinero para retenerme aquí. Pero no puedo quedarme. Tengo asuntos que atender ahí fuera.

–¿En medio de la noche? ¿Qué asuntos puede tener alguien a estas horas que no sean beber y meter la cabeza entre un buen par de tetas?– preguntó uno de los hombres casi sin poder vocalizar de lo borracho que estaba.

Marco estaba empezando a ponerse nervioso, pero no quería ponerse violento con aquellos hombres que, al fin y al cabo, lo único que hacían era cumplir lo que le habían prometido a un hombre que les había engatusado con oro y plata y sin duda les había prometido que habría más si conseguían retenerle allí. ¿Pero cuál era la motivación de Aadi para hacer algo así? ¿Por qué quería a Marco fuera de las calles esa noche?

Mientras sus compañeros de mesa le atosigaban con preguntas y le ofrecían vasos de vino una y otra vez, Marco comprendió que solo había dos causas posibles. La primera, que Aadi no quisiera que Marco interfiriera en sus planes ni en los de sus criaturas. La segunda, y aquella era la que le resultaba más inquietante, que la estrige tratara de protegerle y de evitarle un mal encuentro con uno de sus hijos sedientos de sangre.

–Lo siento– dijo poniéndose en pie–. Tengo que irme.

–¿Y por qué? ¿Eres demasiado bueno para nosotros acaso?–. Uno de los hombres, el que más borracho aparentaba estar, un tipo grande con una barba rubia y el rostro enrojecido, se puso en pie también y se encaró con Marco.

–Porque… Mi mujer me está esperando en casa y si llego más tarde me cortará las pelotas. Todo esto no ha sido más que una broma de un buen amigo. Pero volveré en unos días y beberé con vosotros. Como que me llamo… Lucio Apuleyo… sí… Como que me llamo Lucio Apuleyo Saturnino que volveré en unos días con la bolsa llena y beberé con vosotros hasta que hayamos vaciado las bodegas de esta casa. Pero ahora tengo que marcharme si no quiero que mi mujer me eche de casa. ¿Qué me dices? Comprendes mi situación, ¿verdad?

El hombre de la barba rubia miró a Marco durante unos instantes con rostro muy serio y finalmente asintió.

–Te entiendo, por Hércules que te entiendo. Yo también tengo una mujer así. ¡Por eso me hice marinero!

Todos los que escucharon el comentario se echaron a reír, y Marco, con desgana, se obligó a unirse al coro de risas.

–Lucio Apuleyo, te tomo la palabra. En unos días nos veremos aquí y beberás con nosotros.

Marco estrechó el brazo del hombre y asintió, convencido.

–Bebed esta noche a mi salud y a la de mi buen amigo.

Si no consigo encontrar la manera de solucionar este problema, dentro de unas noches estaréis todos bebiendo la sangre de los pocos pompeyanos vivos que queden por ahí, pensó Marco sin dejar de sonreír. El grupo de hombres finalmente le franqueó el paso y Marco pudo llegar hasta la puerta de salida, en medio de una cerrada ovación que coreaba su nombre falso.

–¡Lucio Apuleyo! ¡Lucio Apuleyo!

Marco pensó que al verdadero Lucio Apuleyo Saturnino, uno de sus mejores amigos en Roma, le habría encantado saber que en una taberna de la Campania los borrachos repetían su nombre y brindaban a su salud. Era el tipo de historias que le encantaba escuchar para contarlas él mismo después una infinidad de veces.

En cuanto no pudieron verle los clientes de la taberna, Marco borró la sonrisa de su rostro. Salió a la calle y descubrió que no tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba. Aadi podía haberle dejado en cualquier punto de Pompeya. De hecho, hasta donde Marco sabía, podía haberle llevado volando hasta cualquier otra ciudad del mundo.

Se acercó a una esclava que había salido unos instantes a tomar el aire y le preguntó dónde estaban exactamente. Ella, que había visto cómo depositaban a Marco inconsciente sobre la mesa, sonrió con indulgencia ante su estad de absoluta desorientación.

–Si giras esa esquina te encontrarás con la muralla, junto a la puerta de Nola.

–Gracias– dijo Marco–. No salgas esta noche de la taberna. Es mejor que te quedes dentro, donde haya mucha gente.

–Como si pudiera elegir– respondió ella con gesto triste. Respiró hondo y volvió a entrar en el lugar que era al mismo tiempo su hogar y su prisión, para seguir atendiendo a los clientes.

Marco, todavía desorientado acerca de la hora que podía ser, echó a andar por las calles de Pompeya apretando el paso. Decidiera lo que decidiera después, lo primero que tenía que hacer era regresar a su casa para comprobar que Quinto y Céfiro hubieran cumplido sus órdenes y hubieran regresado ya al pequeño apartamento. En su camino se cruzó con algunas personas y Marco se vio tentado de advertirles que se marcharan a sus casas, que no salieran a la calle hasta que el sol estuviera alto en el cielo. Temiendo que le tomaran por loco, no dijo nada. ¿A cuánta gente podía advertir, al fin y al cabo, del total de habitantes que tenía Pompeya? ¿Y cuántos le harían

caso? No, si quería salvar a aquellas personas solo había una cosa que podía hacer. Matar a Aadi, acabar con la estrige principal y confiar en que los textos que había leído estuvieran bien informados acerca de la suerte que correría su prole.

Mientras caminaba por las calles de Pompeya, atento a cada ruido, a cada movimiento a su alrededor, Marco se preguntó cómo podría matar a una criatura que llevaba miles de años viva y que poseía unos poderes más allá de todo lo imaginable.

Y no encontró respuesta.

Cuando Marco abrió la puerta del apartamento, se encontró a Quinto y a Céfiro muy nerviosos, caminando por la pequeña estancia sin poder estarse quietos. Cuando Céfiro le vio, se lanzó contra él y le abrazó con fuerza. Quinto, más comedido, se limitó a apretarle el hombro y dedicarle un gesto de reproche.

–¿Dónde estabas?– preguntó el gladiador–. Estábamos preocupados.

–He tenido una tarde… accidentada– respondió Marco– ¿Y vosotros? ¿Regresasteis a casa antes de la puesta de sol como os dije?

–Bien, en realidad…– comenzó a decir Quinto, pero Céfiro se interpuso entre él y su amo para atraer la atención de Marco.

–Por supuesto. Estaba el sol todavía alto cuando regresamos aquí. Por eso estábamos tan preocupados. Debería darte vergüenza habernos hecho pasar tan mal rato. Deberías aplicarte tus propias normas.

Marco abrazó a Céfiro con más fuerza. Miró al niño y se deleitó en su rostro, todavía infantil, tan diferente de la cara del adulto que había visto en las aguas gracias a los poderes de Aadi.

–Tienes razón. Lo siento. Os contaré todo lo que ha ocurrido. Tal vez a vosotros se os ocurra alguna idea.

Céfiro se sentó en una de las sillas y Quinto le lanzó una mirada furiosa como reproche por la mentira que acababa de decir. El niño se encogió de hombros y sonrió. Marco, ajeno a aquella conversación sin palabras entre los dos esclavos, comenzó a contarles todo lo que le había ocurrido desde que aquella tarde Kuntí le abordara en las escaleras del apartamento hasta su extraño despertar en una taberna al otro lado de la ciudad. Aunque les dio detalles precisos de todo lo que había visto en la madriguera de las estriges y sobre el lugar donde estaba la entrada a la misma, no dijo nada acerca de las visiones en la pila del agua. Aquella información la guardaría para él y solo para él.

–¿Dices que esas cosas se esconden en unas termas abandonadas?– preguntó Céfiro. El niño había intentado mantener la calma mientras escuchaba el relato de Marco, pero en cuanto había escuchado hablar de una mujer atractiva de piel oscura, y de unas termas subterráneas abandonadas no había podido evitar moverse inquieto en la silla. Una

parte de él le pedía que le dijera a Marco que sabía dónde se encontraba ese lugar, que él mismo había estado allí, y dónde podía hallar a la extraña mujer. Pero, por otro lado, una voz más sensata le susurraba que en el momento en el que Marco tuviera esa información le ordenaría que no se acercara a aquel lugar y sería él mismo quien acudiría a enfrentarse a las estriges. Céfiro no podía borrar la imagen de aquellos seres lanzándose sobre el cuerpo de Sóstrato para beberse su sangre. Esas criaturas malacidas habían matado al viejo, y quería ser él mismo quien se encargara de ellas para vengar a su amigo. La idea le aterraba, pero en aquella ocasión no estaba dispuesto a quedarse en casa escondido mientras Marco hacía todo el trabajo.

–Sí. Estoy casi seguro de que eran unas termas. ¿Por qué? ¿Has visto algún sitio así en Pompeya?

Céfiro hizo uso de sus mejores dotes de actor para negar con la cabeza aparentando un total desconocimiento del tema.

–Casi no he salido de aquí desde que llegamos. Y los dos últimos días me los he pasado en el teatro. Pero preguntaré por ahí. Tal vez alguno de los actores sepa algo de esas termas.

Marco asintió y se volvió hacia Quinto.

–¿Y tú? Estás muy callado.

Quinto, que no tenía ni de lejos las dotes de disimulo de Céfiro, se encogió de hombros, sin poder evitar enrojecer como fruto del mal rato que estaba pasando ocultando a Marco información.

–Estoy nervioso por los juegos de mañana– dijo.

–Los juegos–. Marco se llevó la mano a la cabeza. Con el asunto de las estriges había olvidado por completo que finalmente había cedido para que Quinto pudiera competir en aquellos estúpidos juegos–. No me acordaba.

–No tiene importancia. Esas estrogas o estrigas o como se llamen son más importantes que un combate de gladiadores. Mañana lucharé, venceré y no pasará nada más. No es como si tuviera que luchar yo mismo contra una de esas cosas. O como si uno de los gladiadores se hubiera convertido en un monstruo chupasangre. No, nada que ver con eso.

Céfiro le clavó el codo a Quinto en la pierna para indicarle que dejara de hablar, y el gladiador se dio por aludido. Marco estaba tan ensimismado y preocupado por sus propios temas que no se dio cuenta de nada.

–¿Y qué piensas hacer?– preguntó Cefiro al fin. Él ya había hecho sus propios planes, pero necesitaba saber cuáles eran las intenciones de Marco para asegurarse de que estas no interferirían con las suyas.

–Ese es el problema. Que no sé qué hacer. Esa estrige es mucho más poderosa que yo. Se mueve a una velocidad imposible, y su fuerza es colosal. Ni haciendo uso de todos mis poderes y conocimientos podría

derrotarlo.

Céfiro y Quinto se miraron con rostro preocupado. Era la primera vez que veían a Marco reconocer que un rival le superaba ampliamente y mostrarse impotente hasta el punto de tener que contar con ellos para encontrar una solución. Lo habitual era que Marco se mostrara hermético y que solo pidiera ayuda para cosas muy puntuales y concretas.

–Tal vez yo tenga algo que podría servirte– dijo Quinto–. ¡Pero me tienes que jurar por los dioses que no la romperás!

Marco miró a Quinto con cara de sorpresa. ¿Qué podía tener él, tan temeroso siempre de las criaturas sobrenaturales que pudiera ayudarle contra una estrige? Quinto se levantó de la silla y se dirigió a su catre. Revolvió entre las ropas que se había quitado al llegar a la casa y sacó la brillante espada de plata con la que había dado muerte a una estrige aquella misma noche.

–Es una…

–Una espada de plata, sí. Me la ha prestado Lucio Petronio para el desfile de mañana. Es muy valiosa y si la pierdo no quiero ni pensar qué me ocurriría.

Marco cogió en sus manos el arma, más ligera que una de hierro, y la sopesó. No tenía mucha experiencia con armas largas que fueran más pesadas que una simple daga, pero supuso que aquella espada tenía una finalidad más ornamental que de combate. Sin embargo, la hoja parecía de plata de calidad, y si con un simple puñal como el suyo había logrado acabar con varias estriges, con un arma como aquella tal vez fuera capaz de enfrentarse con Aadi. Marco se apartó y dio un par de estocadas con la espada mientras Quinto le miraba y negaba con la cabeza con desaprobación.

–He visto abuelas moribundas manejar la espada mejor, Marco. No te ofendas pero no tienes ni idea de cómo luchar con una espada.

Marco dejó caer los hombros y devolvió la espada a Quinto.

–Tienes razón. ¿A quién quiero engañar? Aunque la espada sea de plata no conseguiría alcanzar jamás a esa estrige con ella.

–Tú no– dijo Quinto, recuperando la espada–. Pero yo sí.

–Ni hablar– respondió Marco de inmediato–. No puedo arriesgar tu vida de esa manera.

Quinto volvió a encogerse de hombros.

–Como quieras. Voy a dormir. Mañana tengo que estar al alba en el *ludus* para preparar el desfile.

El enorme esclavo se levantó y se dirigió a su camastro, donde se dejó caer. Tras dar un par de vueltas bajo las mantas, comenzó a roncar. Marco le miró, sorprendido de su capacidad para conciliar el sueño en cualquier circunstancia. Herencia de su época como soldado, supuso.

–¿Y tú, en qué piensas?–pregunto a Céfiro–. Estás muy callado.
–En esa estrige. En cómo matarla.
–No le des más vueltas. Buscaré algo en los papiros de mi madre. Ojalá tuviera aquí todas mis cosas. Si estuviéramos en Roma…
–¿Y si no tratas de destruir a esa cosa como si fuera un monstruo? ¿Y si piensas en él como una persona?
Marco se sentó frente a Céfiro, sorprendido ante sus palabras.
–¿Qué quieres decir?
–Quiero decir que si como monstruo no tiene debilidades, tal vez sí las tenga como ser humano. Imagina que tú fueras todopoderoso. ¿De qué manera crees que podrían hacerte daño tus enemigos?
Marco se encogió de hombros.
–¿Cogiéndome por sorpresa? ¿Atacándome mientras duermo?
Céfiro se levantó de la mesa con cara de desesperación. Caminó hasta el rincón en el que Quinto roncaba plácidamente y cogió la espada de plata que había quedado apoyada contra la pared.
–Ten cuidado con eso– dijo Marco, pero Céfiro le ignoró.
–Si no puedo hacerte daño directamente con esta espada, lo que yo haría es esto.
El niño empuñó el arma con las dos manos y colocó la hoja sobre la cabeza de Quinto, como si estuviera dispuesto a descargarla sobre él. Marco se levantó él mismo de la silla y corrió hacia donde estaba el esclavo para quitarle el arma de las manos. Céfiro no opuso resistencia.
–Eso es lo que quería decir. Si alguien quisiera hacerte daño y no pudiera alcanzarte, intentaría dañar a las personas a las que quieres. Y si dices que esa estrige y la mujer de piel oscura parecían tener una relación…
–¿Insinúas que a quien debo atacar es a esa mujer?
–Efectivamente– dijo Céfiro muy serio–. Si la ama, esa es su debilidad. Aprovéchate de ello.
Marco miró a Céfiro en silencio unos instantes. El niño tenía razón. Sin embargo, no podía evitar una punzada de inquietud al pensar que aquel esclavo que aún no había cumplido los once años era capaz de llegar a conclusiones tan retorcidas.
–Reconozco que a veces me das miedo– dijo.
Céfiro sonrió.
–Tengo a quien parecerme.

# CAPÍTULO 18
## LOS GRANDES JUEGOS

Cuando Quinto llegó a *ludus* aquella mañana, casi se había olvidado por completo de que solo habían pasado unas horas del momento en el que había estado a punto de morir a manos de una estrige en aquel mismo lugar. Su cabeza, acostumbrada como estaba a rehuir y a ignorar todo lo que se acercara aunque fuera ligeramente al mundo sobrenatural, apartó aquel recuerdo y se centró en lo que tenía por delante aquel día. De este modo, Quinto solo tenía una idea en mente: combatir y triunfar en la arena en el que podía ser el último combate de su vida.

Cuando Varrón le había comprado y Quinto había descubierto que se le destinaba a ser un simple vigilante o, en el mejor de los casos, a hacer funciones de guardaespaldas, llegó a pensar que sus días de luchar como gladiador habían quedado atrás y que jamás volvería a sentir la dicha de saltar a la arena. Sin embargo, los dioses le habían dado una nueva oportunidad, y él estaba dispuesto a aprovecharla y a disfrutar de ella al máximo. Y ni todas las estriges del mundo sobrevolando los cielos de Pompeya podrían impedirlo.

A su llegada al *ludus*, Quinto fue aclamado como un auténtico héroe. El resto de gladiadores, sus antiguos compañeros, le aplaudieron y jalearon. Incluso a sabiendas de que alguno de ellos podría ser el destinado a enfrentarse al enorme esclavo en la arena y que eso supondría una derrota casi segura, todos se mostraron emocionados ante la idea de que el *ludus* de Petronio hubiera recuperado a su mejor luchador. Le palmearon en la espalda, le ofrecieron vino y comida, y bromearon con él. Ninguno parecía recordar la desagradable escena que había tenido lugar dos noches antes cuando se habían enterado de cuál era la profesión de Marco y la forma en la que Quinto se había posicionado contra ellos.

El mismo Petronio salió a recibir a Quinto y se aseguró de estar presente en el momento en que otros esclavos le ayudaban a enfundarse la armadura que luciría durante el desfile. Esos mismos esclavos habían encontrado aquella mañana la armadura tirada en el suelo, y se habían apresurado a colocarla en su sitio para evitar la cólera de su amo.

—¿Tienes tu espada?— preguntó.

Quinto asintió y desenfundó el arma de plata, haciendo que su filo brillara bajo el sol de la mañana. Petronio le contempló y sonrió orgulloso. Sin embargo, el lanista pareció recordar algo en ese

momento que le hizo borrar la sonrisa de golpe. Se llevó la mano a la frente y dio la espalda a Quinto.

–Nos veremos la arena– dijo el lanista, agobiado por aquel súbito pensamiento. Quinto, entusiasmado ante la perspectiva del combate, no se dio cuenta de nada y simplemente pensó que su antiguo amo estaba nervioso por la importancia de los combates de aquel día.

Quinto y el resto de gladiadores se subieron a los carros que los transportarían hasta el foro, el lugar desde el que partiría el desfile para recorrer las calles de Pompeya hasta desembocar en el anfiteatro. Cuando el vehículo en el que iba pasó por el patio de entrenamientos, Quinto creyó ver una mancha negra en el suelo, en el lugar exacto en el que había caído el cuerpo de Eumelo la noche anterior. El gladiador sintió un nudo en la garganta, pero se obligó a mirar al frente y a no pensar en ello. Aquel día tenía que tener la mente fría y enfocada en el combate. No podía permitirse distracciones.

Aquella mañana, el sol brillaba en lo alto del cielo y, por primera vez en mucho tiempo, no se veía una sola nube. El tiempo, aunque ya otoñal y fresco, había dado una tregua a aquella región de la Campania, como si los dioses hubieran escuchado las súplicas de los duunviros que financiaban los eventos de la jornada. Los pompeyanos, en consecuencia, salieron de sus casas con una sonrisa en los labios, dispuestos a disfrutar los que podían ser los últimos días de buen tiempo hasta la llegada de la primavera. Al ser un día festivo, muchos pompeyanos no acudieron a sus puestos de trabajo y se permitieron dormir un poco más y gozar de un ritmo más lento y pausado.

Los carros que llevaban a los gladiadores dieron un rodeo para evitar las calles principales en su camino hacia el foro. Sin embargo, incluso en las calles secundarias, más estrechas, se encontraron con gente que saludaba a los gladiadores, les deseaban suerte e incluso les hacían propuestas sexuales y comentarios mordaces. Los pompeyanos estaban felices, y los gladiadores eran una representación perfecta de la causa de su felicidad. Para evitar que se desvelara la indumentaria que los gladiadores lucirían durante el desfile, todos ellos iban cubiertos con capas y algunos incluso se habían echado las capuchas sobre las cabezas para mantener la intriga.

Durante todo el trayecto, Quinto pensó en Calisto y en si estaría aquel día en las gradas, viéndole. Sabía que Marco no acudiría al anfiteatro, ya que, a pesar de las súplicas de Quinto, este se había negado de forma categórica. No solo era porque tuviera que aprovechar las horas de luz para tratar de encontrar una solución al problema de las estriges. Incluso aunque tuviera todo el día libre, había dicho, no acudiría a ver a Quinto arriesgar su vida para deleite y diversión de la población de Pompeya. El gladiador, al escuchar aquello, había sentido una punzada de pena, ya que le habría gustado

que su amigo le viera luchando en todo su esplendor, pero pronto se le había pasado. Céfiro se había disculpado por no acudir al anfiteatro aquel día, pero él mismo tenía su propio estreno en el teatro.

Cuando los carros llegaron al foro, se encontraron con la plaza atestada de gente, y un grupo de esclavos públicos armados con palos tuvieron que abrirles paso entre la multitud que rugía enloquecida ante la llegada de sus héroes. Aquel día combatirían en el anfiteatro gladiadores de diversos *ludi*, pero los de Petronio eran los únicos procedentes de Pompeya, y en consecuencia eran los favoritos de los presentes en el foro. Los habitantes de Pompeya hacían de la victoria de sus gladiadores un asunto de orgullo local, y no habían sido pocas las ocasiones en las que los enfrentamientos con los ciudadanos de otras localidades que asistían a ver los juegos acababan en altercados violentos debidos a la victoria o la derrota de unos gladiadores sobre otros. A esto había que añadir las apuestas que muchos de los espectadores hacían a favor o en contra de determinados luchadores, apuestas en las que en ocasiones se jugaban grandes sumas de dinero. En consecuencia, los juegos de la arena movían a las masas y enardecían sus pasiones más bajas. Los duunviros, conscientes de este hecho, se cuidaban mucho de que los juegos que organizaban resultaran especialmente memorables, ya que esto podía inclinar la balanza a su favor o en su contra en caso de presentarse a las elecciones para ser reelegidos o poder optar a otros cargos.

Siguiendo instrucciones de Petronio, Quinto había hecho todo el trayecto hasta el foro con el rostro cubierto por la capucha. Sin embargo, al escuchar el griterío y verse rodeado de gente que le señalaba entre codazos y comentarios, Quinto se la quitó y miró a los presentes desde lo alto del carro tirado por bueyes.

Y el público rompió en aplausos.

Algunos, no muchos, recordaban a aquel hombre colosal que había sido la principal estrella del *ludus* de Petronio en tiempos no muy lejanos. Otros habían escuchado rumores, convenientemente difundidos por el entorno de los duunviros, de que Petronio había contratado a un gladiador de porte y fuerza extraordinarios, y al ver a Quinto, el más alto y fornido de cuantos viajaban en los carros, comprendieron que tenía que tratarse de él. Unos y otros le señalaban, lanzaban vítores y pedían a Quinto que se ensañara con sus rivales en la arena. El gladiador, con rostro sonriente pero sereno, tal y como le habían enseñado a mostrarse ante el público durante toda su carrera, saludó al público con la mano.

Cuando los carros llegaron junto a la basílica principal, un edificio de tres naves que se usaba para celebrar reuniones, juicios y otros procesos públicos y privados, se indicó a los gladiadores que bajaran y penetraran en el interior para ser recibidos por los duunviros. Quinto

había estado en aquel edificio muchas veces antes, ya que las procesiones previas a los juegos siempre comenzaban allí su camino, pero por algún motivo se sintió como si fuera la primera vez. Lo que le aguardaba dentro era una mera formalidad. Los duunviros, o los editores de los juegos en caso de ser otros, saludaban a los gladiadores de forma distante y fría, comprobaban que todos ellos fueran lo bastante espectaculares físicamente como para estar a la altura de lo que habían pagado y daban orden de que comenzara la procesión en la que ellos mismos participaban ocupando un lugar de honor.

Dentro de la basílica, los dos duunviros, vestidos con sus ropas de gala, charlaban junto con el resto de hombres poderosos e influyentes de Pompeya, los que conformaban el llamado ordo decurionum. Las familias más importantes de la ciudad, enriquecidas con el comercio o la explotación de las tierras, tenían allí sus representantes, tanto los viejos linajes campanos como los más recientes que habían llegado a Pompeya tras las guerras contra Roma. Aunque la división entre locales y foráneos seguía siendo una herida abierta en el alma de la ciudad, en aquel momento todos charlaban y se comportaban como si fueran un mismo grupo social unido y con intereses comunes. Cuando los gladiadores de Petronio, acompañados por los esclavos públicos encargados de velar por la buena marcha de la procesión, entraron en la basílica, los decuriones se volvieron hacia ellos, mirándolos con interés y admiración, la mayoría, o con desprecio o abierta repugnancia, unos pocos. El oficio de gladiador se consideraba infamante, algo indigno de un hombre libre, y por ese motivo algunos ciudadanos miraban a aquellos combatientes como si fueran infrahumanos.

Junto a las grandes puertas de la basílica estaban los carros que usarían los duunviros y los principales gladiadores para desfilar por las calles. Vehículos de pequeño tamaño, tirados por dos caballos y decorados con todo tipo de adornos dorados y plateados así como de guirnaldas y flores. Los caballos, listos también para hacer su trabajo, se removían inquietos ante la presencia de tanta gente extraña a su alrededor.

Quinto se cuadró, agachó la cabeza con humildad, y aguardó a recibir órdenes. Petronio y el resto de los lanistas no participarían en la procesión, sino que irían directamente al anfiteatro, y en su ausencia sería Titono, el *doctor* del *ludus* quien daría las órdenes a los gladiadores aquella mañana.

Entre los notables de Pompeya, un hombre dio un paso al frente y se dirigió directamente a Quinto. Era Cayo Quinicio Valgo, el hombre que en última instancia había hecho posible que Quinto pudiera combatir en aquellos juegos al haber convencido a Marco Lemurio de que diera su autorización. Cayo Quincio hizo un gesto a otro de los

decuriones, su colega Marco Porcio, de su misma edad pero más delgado y con escaso pelo en la cabeza. Marco Porcio se acercó a él y juntos caminaron hasta donde se encontraba Quinto.

–Marco Porcio, este es Quinto, el hombre del que te hablé– dijo Quincio. Marco Porcio contempló a Quinto como quien observa a un caballo antes de comprarlo, evaluando la anchura de sus ancas y el blanco de sus dientes.

–Desde luego es un buen ejemplar– dijo.

–Y lucha como el mismísimo Marte, te lo aseguro.

–Eso espero. Las garantías que hemos tenido que firmar a Marco Terencio Varrón pueden costarnos muy caras.

Cayo Quincio palmeó a su colega en la espalda para animarle y juntos continuaron examinando al resto de gladiadores. Quinto permaneció con la mirada al frente hasta que Titono llegó junto a él y le indicó lo que debía hacer.

–Quítate ya esa capa. Irás en el primer carro de gladiadores, justo detrás de los duunviros. No hace falta que te explique lo que se espera de ti. De todo el *ludus* de Petronio, solo tú irás en carro. Los demás te seguiremos a pie.

El gladiador asintió. No era la primera vez que encabezaba una procesión como aquella, pero todo apuntaba a que sí sería la última. Se quitó la capa que hasta aquel momento le había cubierto la armadura y se la entregó a uno de los esclavos que Petronio había envidado para asistirlos.

Cuando Quinto reveló su indumentaria, los decuriones y los esclavos presentes en la basílica se volvieron para admirar su porte. Cubierto con aquellas piezas metálicas repujadas con oro y plata, el gladiador tenía el aspecto que todos ellos imaginaban cuando escuchaban las historias de los héroes que habían combatido en Troya. Una armadura que, Quinto lo sabía bien, sería absolutamente inútil en cualquier tipo de combate, pero que lucía como una obra maestra salida de las fraguas de Vulcano. El gladiador, ya completamente metido en su papel, se dirigió a los carros y preguntó a un esclavo cuál era el suyo. El joven se lo señaló y Quinto subió a la caja de un salto, aguardando al que sería su conductor. Los que participaban en aquella pompa no conducían sus propios carros, ya que debían concentrarse en saludar al público y dar una buena imagen. En su lugar, los caballos eran guiados por esclavos entrenados para ello.

Una vez los duunviros estuvieron preparados en sus propios carros, dos magníficos vehículos tirados por caballos blancos que irían al frente del desfile, abriendo la procesión como las figuras más importantes, los responsables dieron la orden y los esclavos guiaron a los animales hasta las puertas. Detrás de Quinto estaban en formación todos los que habían sido sus compañeros del *ludus* y que aquel día

también combatirían en la arena. El gladiador echó un vistazo rápido hacia atrás, temiendo encontrarse con miradas de reproche y celos al haber usurpado él aquella posición de privilegio sin ser propiamente un hombre de la casa, pero lo único que vio fueron miradas de afecto, complicidad y orgullo. Pesaba más el hecho de que Quinto hubiera sido durante años un gladiador del *ludus* que el que en aquellos momentos fuera esclavo de una casa noble de Roma. Quinto respiró aliviado y en ese preciso instante, el auriga azuzó a los caballos para que trotaran hacia el foro, saliendo bajo los enormes arcos de la basílica.

Aunque el desfile duró cerca de tres horas, a Quinto le pareció que apenas habían transcurrido unos instantes desde el momento en el que su carro había salido de la basílica principal y el sol del cielo le había golpeado en el rostro, cegándolo momentáneamente. Los mismos rayos de sol que deslumbraron los ojos de Quinto refulgieron en las piezas de su armadura y lanzaron destellos de luz blanca y dorada. Al ver aquel efecto, el público enloqueció. Era como ver salir al mismo dios Apolo en el carro con el que llevaba el sol por la bóveda celeste. Un dios Apolo con el pelo rapado y un rostro recio y duro. En el momento en el que se recuperó de aquella primera impresión, Quinto, sin mudar el rostro serio, sacó la espada de plata y apuntó con ella al cielo. Aquel gesto hizo que los asistentes que llenaban el foro rugieran más entusiasmados aun. No había duda de que Petronio había hecho un buen trabajo de publicidad en un tiempo récord. Quinto era la gran estrella de aquellos juegos y el público reaccionaba entregándose a él con auténtico fervor.

El desfile recorrió las atestadas calles de Pompeya. Las aceras estaban llenas, sin que los presentes pudieran apenas ni moverse. Los niños y los más jóvenes se habían subido a los tejados y a los pedestales de las estatuas, mientras los afortunados que contaban con ventanas que daban a las calles principales disfrutaban del espectáculo desde la comodidad de sus casas. Por unas horas, los pompeyanos se olvidaron de la ola de desapariciones que azotaba la ciudad desde unos días atrás. Sí, algunos esclavos habían desaparecido sin dejar ni rastro, e incluso algunas familias respetables habían perdido varios miembros sin que nadie pudiera dar una explicación. Pero aquella mañana, la salida del sol y las perspectivas de unos magníficos juegos hicieron que la mayoría dejaran sus miedos y preocupaciones aparte y se entregaran al disfrute. Ya llegaría la noche y con ella el tiempo de volver a preocuparse por lo que acechaba en las sombras.

Quinto saludó, hizo gestos con la cabeza, esbozó alguna sonrisa, ensayó fintas con la espada de plata y se inclinó para hacer reverencias ante las damas de aspecto más distinguido. El público a su

paso gritaba su nombre, le lanzaba flores, le dedicaba besos arrojados al aire y piropos desde muy castos a totalmente desvergonzados. El esclavo que conducía el carro, un chico muy joven que apenas llegaba al pecho de Quinto, le dijo en un par de ocasiones que aquel día podría follarse a la mismísima diosa Isis si se presentaba en su templo después de los juegos. Quinto, concentrado como estaba en hacer su papel, no respondió.

Cuando los carros llegaron al anfiteatro era casi mediodía, el sol estaba alto en el cielo y Quinto comenzaba a sentir el cansancio tras haber pasado tantas horas en pie en un carro, erguido y, en ocasiones, con la espada en alto. Sabía que tendría tiempo de sobra de descansar, ya que su combate no tendría lugar hasta primera hora de la tarde, pero cuando vio la mole del anfiteatro frente a él sintió una punzada de alivio. Estaba deseando llegar, remojarse el gaznate, comer algo y empezar a pensar en el combate.

Los alrededores del anfiteatro estaban incluso más abarrotados que el resto de las calles, ya que los más previsores se habían ubicado en aquella zona para poder entrar inmediatamente después del paso de la procesión para coger un buen sitio en las gradas. Los esclavos públicos tuvieron que emplearse a fondo para evitar que los espectadores invadieran la calzada, de modo que los vehículos pudieran pasar sin problema.

Los carros entraron por la *porta triumphalis* y llegaron directamente a la arena. Quinto sintió que su corazón se aceleraba al verse en aquel lugar, tan diferente del antiguo anfiteatro de madera en el que solía combatir antes de ser comprado por Varrón. Aquel anfiteatro, totalmente construido en piedra, había sido sufragado por los duunviros como parte de un ambicioso programa de obras públicas como nunca se había conocido otro antes en la historia de Pompeya. En el lugar donde se alzaba el majestuoso edificio antes se levantaban gradas temporales de madera que se desmontaban después de los juegos. Con el paso del tiempo, se habían ido construyendo estructuras de piedra, como las celdas de las bestias, las habitaciones de los gladiadores y el muro que separaba la arena de las gradas. Cayo Quincio y Marco Porcio se habían presentado años antes a las elecciones con la promesa de concluir el resto del anfiteatro y hacer de él un edificio permanente que fuera el orgullo de Pompeya. A aquella promesa, habían añadido la de levantar un teatro de piedra más pequeño que el que ya existía, cubierto, destinado para espectáculos musicales o para albergar representaciones en los días de lluvia. Los trabajos de construcción habían durado varias legislaturas, pero el año en que estaba previsto que las obras terminaran los dos nobles se habían vuelto a presentar y, como era previsible, habían vuelto a ganar y a ser elegidos duunviros. La inauguración había estado

prevista para el verano, pero atrasos en las obras habían obligado a posponerlo hasta comienzos del otoño, momento en el que las lluvias habían empezado a azotar Pompeya sin dar tregua.

Quinto contuvo la respiración al verse en medio de aquel edificio de piedra decorado con todo tipo de esculturas y relieves con vivos colores. La arena sobre la que corrían los carros tenía un aspecto limpio, impoluto, y el gladiador sintió deseos de saltar de la caja del vehículo para tocarla con las manos. Sin embargo, el rugido ensordecedor con el que fue recibido a su entrada al recinto le obligó a alzar la mirada y continuar con su representación un poco más. Las gradas más bajas ya estaban llenas de pompeyanos y visitantes de todos los puntos de la Campania dispuestos a disfrutar de un día de luchas, cacerías y otros espectáculos. Al ver entrar a Quinto, el gladiador del que todos habían oído hablar, el público enloqueció. Quinto volvió a levantar la espada de plata y saludó a todos los presentes.

Finalmente, tras dar una vuelta completa a la arena, los carros se detuvieron para que sus pasajeros pudieran bajar. Los duunviros, que habían sido recibidos con una ovación cerrada, se retiraron por una puerta lateral para ocupar su lugar de honor en las gradas. Quinto y el resto de gladiadores del *ludus* de Petronio se reunieron en el centro de la arena, saludaron al público una vez más y salieron de la arena por una puerta que daba a las habitaciones de los combatientes. Estas estancias eran muy diferentes de las austeras celdas en las que vivían los luchadores, y estaban pensadas para que aquellos hombres descansaran y se relajaran antes de un combate que para alguno de ellos podía suponer la muerte. Varias esclavas estaban preparadas para atender las necesidades de quienes eran los héroes de la jornada. Los gladiadores de Petronio, cansados tras un largo desfile a pie por las calles, se dejaron caer en los asientos y permitieron que las esclavas les agasajaran con vino y comida. Quinto se sentó y comenzó a quitarse las piezas de la armadura, algunas de las cuales habían comenzado a hacerle pequeñas heridas y roces. Una esclava se acercó a él para ayudarle, y Quinto permitió que fuera ella quien se encargara de todo. Mientras la joven sierva desabrochaba las correas de la coraza, un hombre de piel oscura y barba blanca se acercó al gladiador con una sonrisa en los labios.

–El famoso Quinto– dijo–. Soy Simílcar, el responsable de la organización de los combates. El duunviro Cayo Quinicio me ha encargado personalmente que atienda todas tus necesidades. ¿Hay algo que te apetezca? ¿Alguna comida especial? ¿Vino? ¿Tal vez relajarte con alguna de las esclavas? En unos momentos empezarán las *venationes* de la mañana. Tu turno de combatir aún tardará en llegar.

–Por el momento me gustaría saber contra quién voy a combatir.

Petronio no ha sabido decírmelo esta mañana.

La esclava terminó de desatar la coraza de Quinto y, con esfuerzo debido al peso, la dejó en el suelo junto al gladiador. Uno de los siervos de Petronio se apresuró a reunir todas las valiosas piezas para guardarlas en un lugar seguro. Se llevó también la espada de plata, bajo la mirada preocupada de Quinto, que no pudo evitar recordar en cómo había derrotado a las estriges con ella la noche anterior.

–Combatirás contra un hombre del *ludus* de Calpurnio, de Nuceria. ¿Conoces la casa de Calpurnio?

–La conozco– dijo Quinto. La misma esclava que le había quitado la coraza comenzó a liberar las protecciones de sus piernas–. Mucho músculo y poco habilidad. O así era al menos hace unos años.

Simílcar asintió sin dejar de sonreír, aunque era evidente que habría hecho lo mismo hubiera dicho Quinto lo que hubiera dicho. El gladiador se sintió aliviado. No le gustaba combatir contra hombres de su propio *ludus*. Si todo iba bien y el combate terminaba con la missio, el perdón del caído, no habría problema ninguno. Pero si el público no concedía aquella gracia y el organizador de los juegos decidía complacer a las masas… Quinto suspiró. Nunca era agradable dar muerte a un compañero con el que habías vivido meses o incluso años. Aunque aquella muerte se considerara un honor tras un combate, Quinto prefería no tener que hacer frente a algo así. Ya le había ocurrido en el pasado, en varias ocasiones, y los remordimientos aún no le habían abandonado.

En aquel anfiteatro, los gladiadores estaban separados según el *ludus* al que pertenecían, por lo que Quinto sabía que no se encontraría con su rival hasta que llegara el momento de verlo en la arena. Él mismo lo prefería así, ya que de ese modo evitaba entablar conversaciones previas y sentir empatía hacia su oponente. No era excesivamente habitual que los combates de gladiadores acabaran con la muerte de uno de los contrincantes, ya que estos eran esclavos cuyo entrenamiento y manutención habían costado mucho dinero y ningún lanista quería perderlos a la ligera. Sin embargo, Quinto sabía que en los grandes eventos, y sin duda aquella inauguración lo era, los organizadores solían decretar la muerte de al menos uno o dos gladiadores para que la jornada se considerara completa. En aquellas circunstancias, cuanto menos supiera de su rival, mejor sería para él.

–Voy a comprobar que el resto de gladiadores estén bien acomodados antes de supervisar a las fieras de las *venationes*. Cualquier cosa que necesites, házselo saber a las esclavas–. Simílcar hizo una leve reverencia servicial ante Quinto y se marchó con su sonrisa artificial y forzada a otra parte.

La esclava terminó de quitar la armadura a Quinto y este se recostó en uno de los bancos de piedra, sobre los que habían dispuesto cojines

y finos colchones para hacerlos más cómodos. La misma joven le trajo una copa de vino y se la ofreció.

–Puedo rebajarlo con agua si quieres– dijo.

–Así está bien– respondió Quinto.

En ese momento, Titono, el *doctor* del *ludus* se acercó a él. Su misión aquel día era asegurarse de que sus hombres estuvieran mentalmente concentrados y no hicieran estupideces antes de los combates. Era el responsable último de que todos los gladiadores de la casa de Petronio cumplieran con lo que se esperaba de ellos y fueran capaces de dar el nivel que se les presuponía por la fama de su *ludus*.

–Quinto, tengo que hablar contigo un momento– dijo Titono. El veterano gladiador parecía nervioso y preocupado, algo muy poco frecuente en él, que solía mostrarse frío y calmado incluso antes de los combates más complicados.

Quinto se sentó e hizo un gesto al entrenador para que él mismo se sentara junto a él.

–Me quedaré en pie. No quiero que nadie nos vea teniendo esta conversación. Podrían sospechar.

Quinto puso cara de sorpresa.

–¿Sospechar? ¿De qué? Eres el *doctor* del *ludus*, es lógico que hables con tus gladiadores antes del combate.

–Creo que esto es algo diferente. Tengo sospechas de que alguien ha podido amañar de alguna manera tu combate. Yo… supongo que no debería estar diciéndote esto. Creo que Petronio ha llegado a algún acuerdo para que tu combate no se desarrolle de forma normal–. Titono habló en voz muy baja, mirado a su alrededor en todo momento, como si temiera que alguien le escuchara.

–¿Que crees que Petronio qué?– dijo Quinto en tono de voz normal–. Por Júpiter, Titono, habla más alto. Con los gritos del público ahí fuera es imposible escucharte.

Titono resopló y finalmente se sentó junto a Quinto.

–He oído rumores. Petronio se ha reunido en secreto con representantes del *ludus* de Nuceria. El amo siempre comparte conmigo los detalles de todos los combates para que los repase con vosotros… pero en este caso no ha querido decirme nada. Esto es raro, Quinto. Muy raro. Esa cena con tu amigo Lemurio, los duunviros implicados, gente noble visitante a Petronio… Temo que te utilicen como moneda de cambio en sus luchas de ricos, muchacho.

Quinto dio unas palmadas en la espalda de Titono.

–Ya no soy un muchacho, amigo mío. ¿Qué podrían hacer? Sabes que no hay hombre en ese *ludus* de Nuceria que sea capaz de derrotarme. No es la primera vez que combato contra ellos. Sin duda Petronio ha preparado algo especial y no ha querido compartirlo para que la sorpresa sea mayor. No te preocupes. Estaré bien, *doctore*.

Titono palmeó la mano de Quinto con afecto.

–Confiemos en que tengas razón.

Quinto pasó el día descansando y charlando con sus compañeros. Las *venationes*, las cacerías simuladas en la arena del anfiteatro, se desarrollaron sin más incidente que un enorme oso pardo que estuvo a punto de saltar el muro y llegar a las primeras gradas antes de ser abatido por un grupo de arqueros para regocijo del público. A mediodía comenzaron las luchas de gladiadores, el espectáculo que todo el mundo esperaba, y los compañeros de Quinto empezaron a salir a la arena, uno a uno o en parejas. La mayoría de los gladiadores de Petronio regresaron victoriosos y aclamados por el público, e incluso los que fueron derrotados lo hicieron solo con algunas heridas leves y fueron recompensados por los duunviros con el perdón tras escuchar el veredicto favorable del público. En aquellas primeras horas de los juegos solo murió un gladiador de un *ludus* de fuera de Pompeya, y lo hizo solo tras haber demostrado una notable cobardía en el combate y haberse arrastrado hasta los pies de la grada presidencial para pedir la clemencia de Cayo Quincio y Marco Porcio. El público detestaba a los gladiadores cobardes que además intentaban escapar a su destino por medio las súplicas, y por este motivo comenzaron a pedir su muerte, llevándose el dedo pulgar al cuello en un movimiento horizontal. Ante tal petición unánime, Cayo Quincio se puso en pie y dio su veredicto. Muerte. El gladiador victorioso se acercó a su rival derrotado y le clavó la espada en el cuello, acabando con su vida de inmediato.

Cuando llegó el turno de Quinto, la sensación tanto en las gradas como entre los gladiadores era de euforia absoluta. La jornada se estaba desarrollando tal y como estaba prevista, con combates espectaculares y un público entregado y aplaudiendo a rabiar. Los largos días de lluvia habían conseguido que los pompeyanos se sintieran aquella soleada mañana especialmente felices y optimistas, algo que estaban aprovechando los corredores de apuestas para arrastrar a los incautos a gastar su dinero. Los vendedores de comida y bebida que deambulaban por las gradas también estaban teniendo una magnífica jornada. Los duunviros, satisfechos al ver a los ciudadanos contentos, daban por bien invertida la fortuna que habían gastado en construir el anfiteatro y organizar los juegos. Y todo eso teniendo en cuenta que el espectáculo principal estaba aún por comenzar.

–Es tu turno, Quinto– dijo Titono con tono sombrío. Era evidente que el *doctor* no había logrado apartar de su alma los temores que le atormentaban. Se volvió hacia las esclavas y dio la orden de que le vistieran para el combate. La joven ayudó a Quinto a quitarse sus ropas y a calzarse las sandalias con cintas que llegaban casi hasta las

rodillas y a ceñirse dos muñequeras de cuero. Aparte de estos complementos, la única prenda que Quinto vestiría era un cingulum, un pequeño taparrabos muy ceñido que le daba total libertad de movimientos y dejaba al descubierto toda su musculatura de las piernas, el torso y los brazos. Muchos hombres se habrían sentido desnudos ataviados con aquella indumentaria tan escasa. Quinto, por el contrario, consideraba que aquel escueto taparrabos era su ropa más natural, aquella con la que podía sentirse más cómodo, más él mismo.

Una vez estuvo vestido, la esclava comenzó a untar su cuerpo con aceite, algo que hacían todos los gladiadores antes del combate, tanto para resaltar su musculatura y tener un aspecto más espectacular, como para hacer que sus rivales no pudieran agarrarlos con facilidad. El aceite que empleó la esclava con Quinto tenía un suave perfume de flores, y el gladiador pensó que alguien se había tomado muchas molestias para que su aspecto estuviera especialmente cuidado aquel día incluso en detalles como aquel del olor que resultaría imperceptible para el público en las gradas.

Quinto aguardó de pie, con los brazos y las piernas separados hasta que la esclava terminó su labor. Una vez todo el cuerpo del gladiador estuvo cubierto de aceite, la joven se giró hacia Titono para obtener su aprobación.

–Perfecto– dijo el *doctor*–. Ya puedes salir a la arena. Tu público te espera.

Quinto asintió y echó a andar bajo la mirada atenta de todos sus compañeros. Unos le desearon suerte, otros le encomendaron a la diosa Némesis, y unos pocos le miraron en silencio. Titono le acompañó hasta la puerta de la habitación y antes de que Quinto saliera al pasillo le susurró algo al oído.

–Recuerda. No confíes en nadie.

El gladiador miró a los ojos del entrenador y no dijo nada. No compartía las sospechas del *doctor*. Al fin y al cabo, iba a luchar contra seres humanos. Y no había ser humano de carne y hueso al que Quinto no pudiera derrotar con su espada.

Quinto salió de la estancia y miró al frente. Al fondo del pasillo se veía la luz del exterior. Era la puerta que comunicaba directamente con la arena. De lejos podía escuchar los gritos del público, apagados por las toneladas de piedra que había sobre su cabeza. Pese a todo, podía entender perfectamente qué era lo que estaban gritando.

Quinto. Quinto. Quinto.

El público coreaba su nombre con entusiasmo. El gladiador esbozó una sonrisa. Aquel momento era el que había echado de menos durante el tiempo que había transcurrido desde que Varrón le había comprado. Por fin volvía a ser él mismo, aunque fuera tan solo por

unas horas. Quinto pensó que con toda probabilidad, aquella sería la última vez que saltaría a la arena en toda su vida. Y decidió hacer del momento algo memorable, para él y para todo el público.

Caminó por el pasillo con paso firme mientras murmuraba una plegaria a la diosa Némesis, una divinidad a la que había aprendido a venerar tras venderse a sí mismo como esclavo y entrar en el mundo de los gladiadores. Junto a la salida, aun en las sombras del pasillo, le esperaba Simílcar, aún con su sonrisa ancha y forzada. El esclavo mostró a Quinto un armero en el que había varias espadas y dos escudos: las armas que emplearía en el combate.

–Puedes elegir– dijo.

Quinto contempló las armas y acarició su superficie metálica con la punta de los dedos. Finalmente, cogió una espada corta de aspecto afilado y un escudo que parecía ligero al tiempo que sólido. La espada tenía una empuñadura gastada, señal de que había sido usada en muchas ocasiones, algo que a Quinto le dio cierta seguridad. El escudo, sin embargo, no le transmitió excesiva confianza. Estuvo tentado de cambiarlo por el otro, pero finalmente decidió obedecer a su primer impulso y se quedó con él.

–Listo– dijo.

–Bien. Camina hasta el centro de la arena y saluda a tu público. ¿No lo escuchas? Es tu nombre lo que corean. Todo el mundo lleva horas esperando a este combate. El regreso del gran Quinto.

El gladiador notó un tono de burla en la voz de aquel esclavo, pero se dijo a sí mismo que sin duda eran imaginaciones suyas fruto de los nervios y la emoción previos al combate.

Quinto salió al exterior, armado con el escudo y la espada y dejó que la luz del sol bañara su cuerpo, brillante por el aceite. En un primer momento, el cambio de luminosidad le cegó y tuvo que entrecerrar los ojos hasta que se acostumbró a la luz directa. Y entonces contempló el anfiteatro de Pompeya en todo su esplendor.

Las gradas estaban completamente llenas, desde las más bajas ocupadas por las clases altas de comerciantes y terratenientes, hasta las más elevadas, los asientos ocupados por los más humildes de cuantos habían conseguido acceder al recinto. Todos ellos, ricos y pobres, estaban en pie, aplaudiendo, haciendo gestos, señalándole. Todos gritaban su nombre entusiasmados. En la tribuna principal, también los duunviros, rodeados del resto de los notables de Pompeya, estaban en pie y aplaudían. Junto a ellos, Petronio, el lanista, estaba con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Quinto recorrió las gradas con su mirada, buscando algún rostro conocido, sin encontrar ninguno. Si Calisto había ido a verle aquel día, él no fue capaz de verla en medio de aquella masa de caras anónimas. Tampoco Marco estaba allí, algo para lo que Quinto ya estaba preparado. Pese a ello,

sintió una nueva punzada de pena y soledad. Le habría gustado que su amigo le viera en aquel lugar, con el cuerpo resplandeciente por el aceite y con miles de personas gritando su nombre.

Quinto echó a andar hacia el centro de la arena y miró a su alrededor, descubriendo algo que no había podido prever. Atadas por gruesas cadenas a cinco enormes argollas enganchadas al muro había cinco enormes leonas que se removían inquietas. Quinto no estaba acostumbrado a combatir contra animales. No era su especialidad, no le habían entrenado para ello. En alguna ocasión había tenido que hacerlo, siempre contra criaturas famélicas y poco peligrosas, y el resultado había sido más patético que espectacular. Quinto observó la longitud de las cadenas que retenían a las leonas y comprendió con alivio que eran lo bastante cortas como para que los animales apenas pudieran separarse del muro. La intención de los organizadores no era enfrentarle a las fieras, sino añadir un componente de riesgo en el caso de que el combate entre los gladiadores se desplazara demasiado cerca de alguno de aquellos animales. Si se mantenía en el centro de la arena, no habría ningún problema, pensó Quinto.

Cuando llegó a la zona central del anfiteatro, Quinto alzó la espada y sonrió. El público se puso en pie y siguió coreando su nombre hasta que algo ocurrió en la arena que hizo que su atención se desviara. En ese momento, la mayor parte de los presentes comenzó a abuchear y a proferir insultos. Quinto se dio la vuelta y observó que por la misma puerta por la que había salido él acababan de acceder a la arena dos gladiadores a los que nunca antes había visto. Uno de ellos, el que caminaba delante era de la misma talla que él mismo, y su musculatura no tenía nada que envidiar a la del propio Quinto. En su mano derecha llevaba un enorme tridente, mientras en la izquierda sostenía una red. Su brazo izquierdo llevaba además una protección metálica articulada que le protegía desde la mano hasta el codo y desde allí hasta el hombro. Quinto ya se había enfrentado en más ocasiones a aquel tipo de gladiador, un combatiente cuyas armas y vestimenta comenzaban a popularizarse y estaban cada vez más presentes en todos los juegos. Sin embargo, no fue el hombre de la red y el tridente quien llamó la atención del gladiador.

Tras él, caminando lentamente, marchaba un hombre de una talla descomunal. Si Quinto era alto para la media habitual, aquel gladiador era un auténtico gigante como él nunca había visto antes. Su cabeza casi asomaba por encima del muro que separaba la arena de las gradas y su rostro era especialmente feo, con una única ceja que recorría su frente sobre unos ojos pequeños, una nariz grande y bulbosa y una boca con labios gruesos y oscuros. El gigante llevaba en la derecha una enorme espada que un hombre cualquiera solo habría podido levantar con ambas manos, y aun así con gran dificultad. Él la

llevaba como un niño llevaría una espada de madera, como si su peso fuera nimio. En la otra mano llevaba un escudo enorme que cargaba también con gran facilidad.

El gigante, una vez hubo avanzado unos pasos, alzó la enorme espada y lanzó un gruñido casi animal para desafiar al público. La multitud de las gradas respondió con insultos y abucheos, con excepción de una pequeña sección, sentada en una de las zonas más altas, que se puso en pie y aplaudió a rabiar ante el gesto del gladiador. Quinto supuso que esa zona del anfiteatro estaba ocupada por los pocos habitantes de Nuceria que se habían desplazado hasta Pompeya para presenciar los juegos y que saludaban así al que sin duda era el campeón del principal *ludus* de su ciudad.

Quinto tragó saliva. No tenía miedo de enfrentarse a aquella montaña de músculos, incluso si tenía al mismo tiempo que luchar contra el hombre del tridente. Sin embargo, le resultaba muy extraño que Petronio no le hubiera advertido de qué era lo que le esperaba aquel día en la arena para que él pudiera entrenar y prepararse para ello. Dos hombres, uno de ellos un gigante descomunal, y leones encadenados al muro. Las palabras del *doctor* comenzaron a retumbar en su mente. No confíes en nadie. ¿Había en todo aquello algo que se le escapaba a Quinto? ¿Le había ocultado Petronio algo en aquel asunto? Quinto negó con la cabeza y escupió en el suelo antes de volverse él mismo hacia el público y hacer un gesto para que volvieran a aplaudir y a jalear su nombre. Ocurriera lo que ocurriera, ya era tarde para darle vueltas. Solo había una forma de salir de aquella situación: combatiendo. Y eso era algo que Quinto sabía hacer muy bien.

Los dos duunviros se pusieron también en pie y Cayo Quincio indicó con un gesto que podía empezar el combate. Quinto miró al magistrado, sentado muy cerca del lugar donde él mismo estaba, y pudo ver una mirada de preocupación en su rostro. Cayo Quincio se volvió hacia su colega y le susurró algo al oído. Marco Porcio se encogió de hombros y volvió a sentarse.

Quinto decidió ignorar aquellas señales y concentrarse en lo único que podía controlar: el combate. En aquel momento, sus dos rivales ya tomaban posiciones, comenzando a moverse en círculos lentamente a su alrededor, dejando una distancia prudencial entre Quinto, que había ocupado la zona central de la arena, y las leonas, que al ver hombres tan cerca habían empezado a tirar de las cadenas para tratar de alcanzar a sus potenciales presas.

Quinto alzó la espada y el escudo. Lo primero que tenía que hacer era medir las fuerzas y habilidades de sus rivales. Si hubiera combatido contra uno de sus compañeros del *ludus* aquel paso sería más sencillo, ya que los había visto luchar a todos en numerosas

ocasiones y conocía a la perfección su forma de moverse, de defenderse y atacar. Decidió probar primero con el gladiador del tridente antes de dar ocasión a sus rivales para organizarse y atacarlo los dos de forma coordinada.

Sin perder de vista al gigante y contando con que sus movimiento serían tan lentos como su corpulencia sugería, Quinto se lanzó contra el rival de apariencia más débil. El público aplaudió con entusiasmo al que se había convertido ya en el representante de su ciudad en lucha contra la comunidad rival de Nuceria. Al ver que este se arrojaba contra él con la espada en alto, el gladiador alzó el tridente y adoptó una posición defensiva, con el arma levantada y alargada, para mantener a su contrincante a una distancia prudente. Quinto, sin embargo, sabía muy bien cómo quebrar aquella defensa. Hizo un par de fintas y esperó a que su enemigo tratara de ensartarle con el tridente. En ese momento, con su propia espada apartó el arma del contrincante y se lanzó contra él con todas sus fuerzas con el escudo por delante. El portador del tridente trató de lanzar la red, pero se encontró con Quinto encima de él y sin margen para maniobrar de forma adecuada. El impacto del escudo contra el rostro del gladiador fue brutal, y este dio un alarido de dolor al tiempo que retrocedía para evitar que Quinto le alcanzara con su espada.

Quinto comprobó que en ese momento el gigante corría hacia él con los movimientos lentos y torpes que había previsto. Se apartó del hombre del tridente, que todavía se rehacía del golpe y se volvió hacia el otro combatiente para esquivar con gracia su enorme mandoble. La espada del gigante se clavó en la arena, y Quinto no pudo evitar pensar que un golpe de aquellas características habría podido partir por la mitad a un hombre adulto. Mientras el gladiador sacaba la espada, Quinto arremetió contra él, pero este alzó el escudo y paró con facilidad la estocada.

Fue entonces cuando Quinto comprendió que Titono tenía razón. Algo no marchaba bien en aquel combate.

El golpe de su espada contra el escudo del enorme gladiador, un golpe que no debería haber supuesto mella alguna para una espada de hierro de calidad, hizo que en la hoja de la suya apareciera una grieta. Quinto se llevó el filo de la espada cerca de los ojos, para echar un vistazo más de cerca, pero en ese momento el gladiador del tridente volvió a atacar y tuvo que desviar su tridente con el arma. El resultado fue que la espada de Quinto quedó atrapada entre los dientes del arma rival. Cuando Quinto trató de sacarla, la hoja de la espada se quebró por completo y el gladiador se quedó en la mano con una inútil empuñadura que apenas tenía una pulgada de hierro saliendo de ella.

–Qué coño….– murmuró Quinto.

Los dos gladiadores de Nuceria sonrieron al ver a su rival indefenso.

El público, sin embargo, enloqueció al ver a su campeón desarmado. Comenzaron a gritar insultos, a quejarse de que el combate estaba amañado y a exigir que se entregara una nueva espada a Quinto. En condiciones habituales, cuando algo así ocurría al comienzo de un combate, se solía facilitar una nueva arma al gladiador. Quinto miró a su alrededor para ver si el responsable de los juegos le facilitaba una nueva espada, pero descubrió que todas las puertas que daban a la arena estaban cerradas.

No tuvo tiempo de pensar, ya que el gigante volvió a atacarlo con su espada, tratando de golpearle en la cabeza con ella. Quinto se dejó caer hacia un lado y rodó en la tierra para quedar con una rodilla en el suelo y el escudo en alto para defenderse. Su rival no le dio tregua. El enorme gladiador alzó su espada de nuevo y la descargó contra el escudo de Quinto, haciendo que este se partiera en dos trozos inservibles, uno de los cuales salió volando y quedó a los pies de una de las leonas.

La ruptura del escudo hizo que el público se indignara más aun. Cayo Quincio volvió a ponerse en pie y empezó a dar órdenes a sus subalternos. No estaba en absoluto previsto que aquel combate se desarrollara de tal modo. Él mismo había firmado un compromiso que en aquel momento estaba ya camino de Roma en el que se hacía responsable ante Marco Terencio Varrón de la seguridad de aquel gladiador. Se suponía que Quinto haría una exhibición de fuerza y destreza, que tal vez recibiría alguna herida que hiciera incluso más espectacular el combate, pero que en ningún momento llegaría a estar en peligro de muerte. Alguien había desobedecido sus órdenes o se había tomado demasiadas libertades organizando aquel enfrentamiento.

–¡Que le den nuevas armas a ese hombre!– gritó Quincio. A su alrededor, un grupo de esclavos se movilizó, pero en la arena nada ocurrió. Ninguna de las puertas que daban a la arena se abrió.

Petronio, sentado cerca de los duunviros, se frotaba nervioso una mano contra la otra. Estaba cubierto en sudor y no se atrevía a apartar la vista de la arena.

Los dos gladiadores de Nuceria hicieron caso omiso a los gritos que procedían de la grada y continuaron atacando a Quinto sin darle cuartel. Quinto solo pudo esquivar los ataques de sus adversarios moviéndose con tanta rapidez como sus piernas le concedían y tratando de que sus intentos de escapar no le llevaran demasiado cerca de las hambrientas leonas, que contemplaban el espectáculo tirando de sus cadenas, rugiendo y lanzando zarpazos hacia los luchadores. Sin embargo, Quinto sabía que era cuestión de tiempo que acabaran por arrinconarle y le causaran una herida de gravedad con las armas. Aún tenía en la mano derecha la empuñadura de la espada,

en la esperanza de que lo que quedaba de su hoja le sirviera de algún modo para dañar a sus adversarios. En la izquierda sostenía medio escudo partido. Rodó por la arena, ajeno a los intentos del duunviro por aliviar su situación, hasta que finalmente se vio acorralado entre los dos gladiadores y una de las enormes leonas.

–Estás muerto– murmuró el que portaba el tridente, mostrando su sonrisa–. Y nosotros vamos a hacernos muy ricos gracias a este combate.

–Yo tal vez muera hoy– respondió él–. Pero no me presentaré ante Plutón solo.

Quinto dio la espalda al gigante y se lanzó contra el gladiador del tridente. Este intentó aprovechar la oportunidad para ensartar a su rival aprovechando su propio impulso. Plantó los pies con firmeza en el suelo y aguardó con su arma apuntando hacia el frente. En el último momento Quinto se detuvo, aferró los dientes del tridente con las manos y tiró de él. Su adversario, sorprendido por aquella maniobra, trató de retener el arma en las manos, pero el mango se le escurrió lentamente hasta perderlo por completo. Con rostro aterrado, vio cómo Quinto le arrebataba el tridente y con habilidad lo giraba para cogerlo por el mango. En un instante, era él quien había quedado desarmado. Inconscientemente, comenzó a retroceder hacia el muro al tiempo que miraba por encima del hombro de Quinto, sin duda confiando en que su compañero le ayudara.

Quinto no perdió el tiempo. Con un lanzamiento certero, arrojó el tridente y se lo clavó en el centro del pecho a su rival. El gladiador sintió que los dientes del arma se clavaban en su cuerpo y le perforaban los pulmones. Una bocanada de sangre salió por su boca. Mientras trataba de arrancarse el arma y sintiendo que la vida se le escapaba por momentos, continuó caminando de espaldas hasta que las piernas dejaron de sostenerle. Cayó frente a unas de las leonas y el animal no tardó en alcanzarlo con sus garras y atraerlo más cerca para poder saciar su hambre con su carne. El gladiador gritó, ya casi sin fuerzas por la herida del pecho, impotente ante las dentelladas que comenzaron a desgarrar su vientre.

Quinto no se entretuvo observando la forma en la que su oponente caía. Una vez estuvo seguro de que ya no sería un peligro, se dio la vuelta para enfrentarse al rival que quedaba en pie. Estaba convencido de haber calculado el tiempo y el espacio de forma adecuada, seguro de que el gigante no podía estar lo bastante cerca para golpearle con su espada antes de que él pudiera prepararse para defenderse.

Pero erró en los cálculos.

En el momento en el que terminó de girarse, Quinto sintió un dolor atroz desgarrándole el abdomen. Su rival, el gigante de Nuceria, había llegado hasta él y le clavó su enorme espada en el costado. Quinto

lanzó un alarido que fue respondido por el rugido casi animal de su adversario, que clavó la hoja de su espada aún más en el cuerpo de su víctima. Quinto agarró el filo de la espada con las manos desnudas y, abriéndose profundos cortes en los dedos, logró hacer fuerza para sacar el arma. De inmediato, un chorro de sangre salió de la herida de medio palmo que se había abierto en su costado derecho, justo debajo de sus costillas. Quinto se llevó la mano izquierda, también llena de sangre, al costado para tratar de frenar la hemorragia. El gladiador miró la herida y comprendió que no habría salvación posible. Había visto muchas estocadas como aquella en el vientre, y todas habían acabado de la misma forma: con la víctima muerta sobre la arena o agonizando unas horas más si se le perdonaba la vida.

Quinto cerró los ojos. Sintió que las fuerzas comenzaban a abandonarle. La sangre no paraba de manar y la visión comenzó a nublársele.

El combate había terminado y él había perdido.

Sin embargo, incluso en aquellos momentos, recordó su entrenamiento como gladiador. Supo qué era lo que tenía que hacer, qué era lo que el público esperaba de él. Se dejó caer de rodillas y alzó la mirada hacia su adversario.

Los que ocupaban las gradas, en pie casi todos ellos, gritaban, insultaban al gladiador de Nuceria, a los responsables de la organización de los juegos e incluso a los duunviros que asistían impotentes a lo que estaba ocurriendo. Los que estaban sentados más cerca de los espectadores de Nuceria se volvieron hacia ellos y se inició una trifulca.

–Pide su veredicto al editor– dijo Quinto con voz queda, confiando en que su oponente actuaría según las normas de la arena. En aquel momento, con su adversario de rodillas ante él, no correspondía al gladiador victorioso decidir sobre la suerte del caído. Era el editor, el hombre que pagaba los juegos, quien, escuchando al público o ignorando su clamor, debía dar la orden final. O bien hacía el gesto de cortar el cuello, condenando a muerte al derrotado, o indicaba con la mano al vencedor que envainara su espada, salvando la vida del gladiador postrado en tierra.

Todo el público comenzó a hacer el mismo gesto de forma unánime. Con la mano derecha extendida, indicaban a los duunviros que perdonaran la vida de Quinto, que a pesar de estar desarmado había luchado con honor hasta el final y había logrado acabar con uno de sus rivales. Cayo Quincio se acercó al muro de la arena, esperando que el gladiador de Nuceria se volviera hacia él. Hizo un gesto al público para calmar los ánimos y dejar claro que escucharía su decisión.

Sin embargo, el gigante no se volvió hacia el organizador de los juegos. De pie ante su rival caído, con las dos manos cerradas en torno

a la empuñadura de la espada, alzó el arma, dispuesto a clavarla en el cuello de Quinto y atravesar así su corazón con un único golpe. El gladiador dio un rugido.

–¡No!– gritó Cayo Quincio, extendiendo la mano y haciendo el gesto de perdón de forma que todo el mundo pudiera verlo.

A pesar de estar a punto de perder el sentido, Quinto comprendió qué era lo que estaba ocurriendo. Aquel combate estaba preparado para que él muriera fuera cual fuera el resultado. Alguien había tomado la decisión de acabar con su vida y para ello le habían proporcionado armas defectuosas y le habían emparejado con los dos gladiadores más letales de cuantos competían aquel día en los juegos. En aquel combate él era el único que había actuado con honor y siguiendo las reglas de la arena. Iba a morir ante el público, pero iba a hacerlo a manos de un gladiador sin honor ni respeto a lo que aquel oficio representaba.

Y aquello era más de lo que Quinto estaba dispuesto a asumir. Estaba preparado para morir en la arena. Todo gladiador se preparaba para aquella posibilidad que formaba parte de su vida. Una vida de gloria y privilegios con los que otros esclavos solo podían soñar, y que únicamente exigía a cambio aceptar la muerte con serenidad cuando llegara el momento. ¿Pero morir a manos de un carnicero que se había dejado comprar y que no respetaba las reglas? Quinto apretó los dientes. No, aquello no podía ocurrir. Si las reglas estaban rotas, él también podía jugar según esas nuevas normas.

Con un último y titánico esfuerzo, Quinto se dejó caer a un lado, un movimiento para el que su rival no estaba preparado. El enorme gladiador clavó la hoja de la espada en la arena, en el punto exacto en el que Quinto había estado unos instantes antes. Maldiciendo a los dioses con su voz gutural, trató de sacar la espada del suelo, pero Quinto aprovechó aquellos instantes para coger impulso con las últimas fuerzas que le quedaban, saltar y clavarle en la garganta los restos del filo roto de su espada.

El gladiador de Nuceria se llevó las manos al cuello y trató de gritar, pero el aire de los pulmones se escapó por la herida abierta junto con un torrente de sangre. Cayó al suelo de rodillas, con los ojos abiertos por el dolor y la rabia, antes de desplomarse por completo, muerto.

Quinto sintió que las piernas le temblaban, pero logró reunir la suficiente energía para volverse hacia el público, alzar su espada rota y sonreír una última vez antes de caer él mismo y quedar inconsciente en la arena.

Mientras Quinto caía, los altercados en las gradas se hicieron más violentos. Los espectadores que habían llegado desde Nuceria se vieron desbordados por las masas enfurecidas, y algunos de ellos

fueron linchados en el mismo anfiteatro, mientras el resto escapaban hacia las puertas de salida entre golpes e insultos. Cayo Quincio también salió de su palco y, enfurecido como pocos le habían visto antes, exigió ver al esclavo responsable de la organización de las luchas.

Unos momentos después, una de las puertas de acceso a la arena se abrió y Titono salió corriendo junto con algunos de los gladiadores del *ludus*. Ignorando los otros dos cuerpos, se dirigió directamente hacia el lugar en el que Quinto había caído y se dejó caer junto al gladiador. El *doctor* cubrió con la mano la herida del vientre, tratando de frenar la hemorragia, y buscó el pulso de Quinto presionando suavemente su cuello con el dedo índice.

–Aún está vivo– dijo–. Llevadlo con cuidado a la sala de curas.

Los gladiadores obedecieron y entre todos alzaron el cuerpo de su compañero caído. El peso de Quinto obligó a que se necesitaran seis hombres para poder levantarlo y desplazarlo con la seguridad necesaria para que la herida no se le abriera más aún.

Titono observó a sus hombres llevarse el cuerpo de Quinto mientras los esclavos públicos del anfiteatro entraban para retirar los cadáveres de los dos gladiadores de Nuceria, uno de ellos apenas unos despojos dejados por la leona ya satisfecha. Antes de que se llevaran el cuerpo del gigante, el *doctor* caminó hacia él y escupió sobre su rostro.

–Ni has conseguido la victoria ni has conservado el honor. Espero que tu cuerpo acabe en un pudridero y que alguna bruja use tus huesos en sus hechizos. Que Némesis maldiga a todos los que actúan como tú.

Tras pronunciar aquellas palabras, Titono recogió del suelo los restos de la espada con la que Quinto había combatido. La observó detenidamente. En su larga carrera, primero como gladiador y después como entrenador, siempre había supervisado antes de cada combate las armas con las que él mismo o sus hombres tenían que luchar. Aquel día no se lo habían permitido. El esclavo público le había asegurado que todo estaba en orden y que no había necesidad de que Titono perdiera el tiempo con ello. Cuando el *doctor* había insistido, el esclavo había cambiado el tono y había sido tajante. No se le permitiría revisar las armas que se emplearían en aquel combate y si tenía algún problema podía preguntar directamente a su amo, Lucio Petronio.

Aquello solo había confirmado las sospechas que Titono había albergado desde un primer momento. Alguien había amañado aquel combate. Alguien que quería que Quinto no volviera a ver un nuevo amanecer.

Con la empuñadura del *gladius* en la mano, Titono pudo ver que alguien había manipulado la hoja de aquella espada, dejándola casi

quebrada pero sin que el defecto se apreciara a simple vista. El *doctor* se puso en pie. Pensó en comprobar también el escudo, pero supuso que era una pérdida de tiempo.

Echó a andar por la arena y observó el tumulto que se estaba desarrollando en las gradas. El público pedía a gritos que se les informara del estado de salud de Quinto y exigía que el resto de gladiadores del *ludus* de Nuceria fueran arrojados desarmados a las fieras. Un grupo de hombres se había dirigido incluso a las inmediaciones del palco de autoridades para exigir responsabilidades e incluso insultar a los políticos y sus invitados. Mientras Titono observaba lo que ocurría en el palco, su mirada se cruzó con la de Petronio, su amo. El lanista, al verse observado por el *doctor*, bajó los ojos, avergonzado y fingió charlar con el hombre sentado a su lado.

–Así que tú estabas detrás de esto– murmuró Titono, sintiendo la furia nacer en su pecho.

La misma sala en la que se depositaban los cadáveres de los gladiadores muertos era la que se empleaba para tratar de curar a aquellos que quedaban malheridos. Dado que la mayor parte de ellos morían poco tiempo después, se consideraba un ahorro de tiempo y esfuerzo llevarlos directamente a aquel lugar. Era una habitación oscura y abovedada, con mesas de piedra sobre las que se depositaban los cuerpos. En una de ellas, cubierto por un gran lienzo blanco, estaba el cuerpo del gigante que había herido a Quinto. En otra, en el extremo opuesto de la habitación, estaba el cuerpo de Quinto, que ya estaba siendo atendido por el médico del anfiteatro. Este, un joven esclavo traído desde Tarento pocos días antes, limpiaba con habilidad la herida del gladiador para retirar todos los restos de arena y suciedad. Los gladiadores del *ludus* de Petronio se habían ubicado a su alrededor, dejándole espacio para trabajar. Cuando Titono llegó, todos se apartaron para dejarle paso.

–¿Vivirá?– preguntó el *doctor*.

–Tiene una herida muy profunda. Los daños internos son graves. Voy a aprovechar que está inconsciente para curar lo que pueda. Si estuviera despierta, el dolor…

–No has respondido a mi pregunta.

El médico miró al entrenador y negó con la cabeza.

–Eso está en manos de los dioses. Haré todo lo que mi ciencia y mi conocimientos me permitan. Pero dudo mucho que llegue vivo al día de mañana.

Al escuchar aquello, los gladiadores bajaron la cabeza. Muchos de ellos habían vivido durante años con Quinto y habían llegado a quererle como a un hermano. Sus innumerables victorias y su forma de luchar habían hecho que todos ellos creyeran que aquel hombre era

invencible, que jamás lo verían caer en la arena. Sin embargo, allí estaba, a unas horas de su más que probable muerte, víctima de un engaño y de un combate sin honor.

Titono se dirigió a Taranis, el gladiador que había estado a punto de golpear a Marco dos noches antes. De cuantos compañeros había presentes, él parecía el más afectado, sin duda porque aún no había superado la desaparición de Eumelo.

–Busca a ese Marco Lemurio y tráelo aquí. Dile que su amigo se muere.

–¿A ese brujo?– preguntó el esclavo, sorprendido.

–Si hay alguien que pueda salvar a Quinto de la muerte, es él. Y si hay alguna posibilidad de que este hombre siga con vida no me importa que quien lo consiga sea un brujo o tu puta madre. Búscalo y tráelo aquí.

Taranis dudó unos instantes y en ese momento Quinto abrió los ojos y alargó el brazo para aferrar la muñeca de Titono. El médico griego se incorporó al ver que su paciente estaba consciente y trató de tranquilizarlo.

–No intentes moverte. Voy a coser la herida.

Quinto le ignoró y miró a Titono a los ojos.

–Llevad a Marco la espada de plata. Llevadle la… espada.

El gladiador volvió a caer en la inconsciencia.

El *doctor* se volvió hacia Taranis de nuevo.

–Ya le has oído. Busca esa espada de plata y llévasela a Lemurio. No me preguntes, yo tampoco entiendo nada. Pero vamos a hacer todo lo posible para que este cabrón testarudo no se nos muera.

Taranis asintió y echó a correr por los pasillos del anfiteatro.

# CAPÍTULO 19
## UNA CARTA INESPERADA

Aquella mañana, Quinto, desconocedor de la trampa que en aquellos mismos momentos se estaba tramando para que perdiera la vida en el anfiteatro unas horas más tarde, pidió una última vez a Marco que lo acompañara y asistiera al espectáculo entre el público.

–Ya te lo dije, Quinto. No quiero ver cómo rompes la cabeza a unos cuantos desgraciados. Además, tengo muchas cosas que hacer. Por si no me escuchaste anoche, hay unos seres por ahí ocultos que…

Quinto hizo un gesto con la mano, dejando claro que no quería escuchar ni una palabra más relativa a las estriges. Había tenido bastantes monstruos para una buena temporada y aquel día necesitaba estar concentrado en el combate, sin nada que le distrajera.

El gladiador se despidió de Marco y este le deseó suerte tras darle un sincero abrazo.

–Que no te maten– dijo. Quinto respondió con una mueca que dejaba claro que aquella posibilidad no existía.

Justo cuando Quinto salía del apartamento, Céfiro regresaba con provisiones para el desayuno. El niño, tal y como era habitual en él, se había despertado el primero y, tras pedir dinero a un todavía adormilado Marco, se había marchado a la calle para comprar algo de comida. Cuando regresó, se despidió de Quinto en el rellano y dejó las provisiones sobre la mesa.

–Las calles ya están llenas de gente– dijo–. Todo el mundo está cogiendo sitio en las avenidas para ver el desfile de los gladiadores.

–¿Has escuchado algo extraño? ¿Algún rumor acerca de personas desaparecidas?– preguntó Marco mientras cortaba un trozo de queso con un cuchillo. Llevaba horas sin comer y estaba hambriento como un león famélico.

–Un hombre preguntando por su mujer y una madre preguntando por su hija. Pero nadie les hacía caso. Al hombre le dijeron que mirara en la taberna, que sin duda su mujer estaría borracha debajo de una mesa o en la cama con algún forastero.

Negando con la cabeza, Marco se llevó el queso a la boca y masticó con ganas.

–En unos días toda Pompeya estará durmiendo durante el día y saliendo de caza por la noche. Tenemos que hacer algo.

–Sí, bueno…–. Céfiro engulló un par de higos y los pasó por la garganta con un trago de vino aguado–. Supongo que se te ocurrirá algo. Como siempre. Yo tengo que irme.

–¿A qué hora es el estreno?– dijo Marco.
–¿Estreno?– preguntó Céfiro extrañado.
–El teatro. ¿No es hoy el día en que se estrena esa obra de teatro con la que llevas días atormentándome?
Céfiro se llevó la mano a la frente y cogió otro higo antes de ponerse en pie.
–Oh sí, el estreno. Por supuesto. Sí. La verdad es que no sé a qué hora es. Creo que las obras empiezan a mediodía. ¿Por qué? ¿Piensas venir a verme?
–Iría si no hubiera una criatura ancestral amenazando con convertir a todos los ciudadanos de Pompeya en monstruos sedientos de sangre.
–Me parece un buen motivo. Ya te contaré cómo ha ido. Me marcho al… teatro.
El niño se dirigió a la puerta pero Marco le detuvo.
–Espera. Hay algo que no me estás contando. Estás evitando mi mirada y poniendo caras extrañas.
Céfiro sonrió tratando de aparentar inocencia y se encogió de hombros.
–Supongo que son los nervios del estreno.
–No hagas tonterías, Céfiro. Esas cosas son peligrosas.
–Yo mismo me enfrenté a una de ellas, ¿recuerdas? Sé muy bien lo peligrosas que son.
–Te quiero aquí antes del anochecer. No me importa si esa obra de teatro ha terminado o no. Si llegas más tarde de la puesta de sol más te vale hacerlo convertido en estrige o yo mismo me beberé tu sangre.
–¿Cómo puedes bromear con esas cosas?– respondió el niño fingiéndose ofendido aunque no lo estaba en absoluto. Sin decir nada más, salió del apartamento.
Marco se quedó a solas, reflexionando mientras seguía comiendo queso en pequeños trozos. Dio vueltas y más vueltas a los datos con los que contaba, a las visiones que había tenido la noche anterior, a las palabras de Aadi, incluso a su propuesta de compartir con él su don de la inmortalidad. Eran demasiadas cosas agolpadas en su mente, y el resultado era que no conseguía pensar con claridad. Solo una idea se imponía con fuerza sobre el resto: tenía que acabar con aquella criatura antes de que ella convirtiera en estriges a toda la población de Pompeya. ¿Pero cómo hacerlo? ¿Cómo matar a un ser que podía tener miles de años y unos poderes más allá de lo que la mente humana era capaz de concebir?
Marco dio un trago de vino y tomó una decisión. Hasta donde él sabía, las estriges dormían durante el día, de modo que mientras el sol estuviera alto en el cielo estas criaturas eran vulnerables. Él mismo había caminado entre decenas de ellas, que no se inmutaron ante su presencia. La mujer mortal que estaba con Aadi le había confesado

que su señor dormía poco, se despertaba antes que el resto de estriges y no se retiraba a descansar hasta después del alba. Sin embargo, tenía que haber algún momento del día en el que incluso él estuviera dormido y no pudiera defenderse. La única oportunidad que Marco tenía de acabar con Aadi era dar con él en esos momentos de sueño y cortarle la cabeza.

Y lo primero que tenía que hacer era regresar al cubil donde aquellas criaturas dormían.

Marco recordaba el camino por el que la joven le había llevado hasta el edificio en el que le había tendido la trampa. No sabía si Aadi dormía en el mismo lugar que el resto de aquellos seres, pero aquella era la única pista con la que contaba, así que decidió comenzar por ella.

Engulló un trozo de pan, lo acompañó con un largo trago de vino y, ya con el estómago lleno, se levantó para ponerse la capa y salir a la calle. Aún era temprano y no tenía intención de entrar en la madriguera de las estriges antes de que el sol estuviera en lo más alto del cielo, el momento más probable de que Aadi estuviera dormido. Aprovecharía el resto de la mañana para buscar otras entradas al cubil y tal vez buscar a la extraña joven que parecía haberse aliado con las estriges.

Marco abrió la puerta, dispuesto a salir al exterior, pero se topó con que un hombre bloqueaba la salida. Un hombre joven, de estatura mediana, que daba la espalda al apartamento y miraba la calle desde lo alto de la escalera, apoyado en la barandilla de madera. Marco pensó con fastidio que aquel rellano estaba últimamente más transitado que el jodido foro de Roma.

–Disculpe– dijo Marco, tratando de pasar junto al extraño. El joven se dio la vuelta y le miró con el ceño fruncido.

–Marco Lemurio. Lamento informarte de que tu tiempo de descanso ha terminado.

Marco miró al recién llegado y finalmente le reconoció.

–¿Trasíbulo? ¿Qué estas haciendo en Pompeya?

–Eso mismo me llevo preguntando yo desde que salí de Roma…– dijo el escriba de Varrón con cara de enfado–. ¿Puedo pasar o me vas a dejar aquí fuera?

Marco dudó unos instantes. La presencia de Trasíbulo era señal inequívoca de que algo grave estaba ocurriendo. De lo contrario, Varrón no habría permitido que su preciado escriba, responsable del cuidado de su biblioteca, de sus escritos y de toda su correspondencia, hubiera salido de Roma en un viaje hacia el sur. Por otro lado, debía aprovechar al máximo las horas de luz si pretendía encontrar el lugar donde Aadi se ocultaba y poder así acabar con la estrige antes de que cayera de nuevo la noche. Miró a Trasíbulo y por su rostro

comprendió que aquel esclavo, acostumbrado, a pesar de su juventud, a que su voluntad se respetara en casa de Varrón como si fuera la del mismo amo, no admitiría un no por respuesta.

–De acuerdo. Pero tengo un asunto bastante importante entre manos así que…

–Oh, seguro que sí. Sin duda estás muy ocupado y no has podido responder a ninguna de las cartas que mi amo y yo mismo te hemos enviado en este tiempo. ¿A qué has dedicado tus días? ¿Ya conoces todas las tabernas de la Campania o te falta alguna por visitar?

Marco entró de nuevo al apartamento, seguido de Trasíbulo, que lanzó una mirada de desaprobación al humilde cubículo.

–¿A qué crees que me he dedicado? Exactamente a lo que Marco Terencio me envió. A investigar el asunto de las estriges. De hecho…

Trasíbulo volvió a interrumpir a Marco.

–¿Y no se te dejó claro que debías enviar informes cada pocos días? Seguro que ni te has puesto en contacto con nuestro hombre aquí en Pompeya. Tendrías que haber leído la última carta de Varrón. Está muy enfadado, por Júpiter que lo estaba. Y preocupado por si te había ocurrido algo. No entiendo por qué mi amo se toma tantas molestias por ti, la verdad.

Marco miró con detenimiento al escriba. Nunca antes le había visto en aquel estado tan alterado. Trasíbulo solía mostrarse silencioso, cauto y amable, incluso en momentos en los que su amo Varrón se enfadaba y él perdía los nervios. Sin embargo, aquella mañana el esclavo parecía capaz de arrancarle la cabeza de un mordisco sin que Marco fuera capaz de entender por qué.

–Un momento– dijo Marco alzando las manos–. ¿Qué es eso de que no he leído las cartas? ¿Y cómo que no he escrito ni una sola vez? He enviado al menos seis cartas desde que llegué, y no he obtenido respuesta alguna. Vuestro hombre, ese Quirinio me aseguró que todas habían salido camino de Roma y que él no había recibido respuesta alguna.

–Vamos, Lemurio. Puedes engañar a mi amo pero no a mí. Yo sé bien de qué pasta estáis hechos los tipos de la Subura.

Marco alzó la mano y estiró un dedo.

–No te metas con la Subura o voy a ser yo el que se enfade de verdad.

Trasíbulo frunció el ceño más aun, pero dejó de hablar.

–Lamento que hayas tenido que mover tu delicado culo del tablinum de Varrón. Pero como te he dicho yo he cumplido con lo que se me ordenó. Y ahora siéntate y averigüemos qué es lo que está ocurriendo.

El escriba alzó los brazos y aceptó.

–De acuerdo– dijo sentándose en una de las sillas tras haberla

limpiado con un pliegue de su túnica–. Pero no hay nada que averiguar. No hemos recibido ni un solo informe de los que tenías que haber enviado. Y nuestro hombre afirma que no te has puesto en contacto con él.

–¿Quirinio te ha dicho que no me he puesto en contacto con él?– preguntó Marco. Sirvió a Trasíbulo un vaso de vino, pero este, tras olerlo, puso cara de asco y lo dejó en la mesa–. ¿Esa rata te ha dicho que no me he puesto en contacto con él? ¿Y quién crees que nos consiguió este cuchitril para vivir?

–Lucio Quirinio es un hombre honrado que jamás osaría…

–¿Lo conoces? ¿Conoces a Quirinio en persona?

–La verdad es que no. Llegamos a Pompeya anoche. Ha sido bastante fácil encontrar el lugar donde vives. Parece que te has convertido en alguien famoso en esta ciudad. Por eso vine aquí directamente.

–Esa rata de Quirinio ha estado mintiéndote, Trasíbulo. No sé por qué pero me temo que ni ha enviado mis cartas ni me ha entregado las que tú y tu amo me habéis mandado.

–¿Y por qué iba a hacer algo así?– preguntó Trasíbulo con incredulidad.

–¿Sabes qué? Vamos a averiguarlo– dijo Marco–. Hagamos una visita a ese hombre tan honrado.

Marco se colocó de nuevo la capucha y se dirigió hacia la puerta.

–Espera, Lemurio. Antes de que solucionemos ese asunto, hay algo que tengo que entregarte. Una carta.

–Cuando hayamos aclarado todo esto leeré todas las cartas de Varrón con mucho gusto. Pero antes quiero retorcerle el cuello a un gordo cabrón.

–No es una carta de Marco Terencio– dijo Trasíbulo poniéndose en pie y sacando del interior de su túnica unas tablillas–. Es de una mujer. Vino a la *domus* de mi amo unos días antes de que yo partiera de Roma. Tenía un nombre griego, pero no lo recuerdo. Me dijo que era importante que la recibieras cuanto antes.

–¿Antígona?

Trasíbulo asintió.

–Eso es. Antígona.

El escriba tendió las tablillas a Marco y este se apresuró a abrirlas para poder leerlas junto a la ventana.

De Antígona a Marco Lemurio.

Confío en que tanto tú como el pequeño Céfiro estéis bien y hayáis llegado sanos y salvos a Pompeya. Como me pediste, mantengo tu casa y el estudio de tu madre a salvo de intrusos y pago el alquiler puntualmente con el dinero que me dejaste. Algunos hombres del

*collegium* de carniceros del Arco de los Huesos vinieron preguntando por Céfiro y por ti, pero cuando les dije que estabas de viaje no insistieron más. Pese a ello, temí que regresaran e intentaran hacer algo en la *insula*, así que le conté todo a Aulo, el panadero con el que tan buena relación pareces tener desde el pasado verano. Aulo me dijo que no me preocupara, que él se encargaría de todo. No sé qué hizo ni con quién habló, pero los carniceros no volvieron a aparecer por el callejón.

A quien sí he visto rondando por aquí es a ese anciano de ropas extrañas con el que anduviste durante un tiempo. Es muy sigiloso y se mueve con habilidad entre las sombras, pero quienes hemos crecido en la Subura sabemos detectar a un extraño cuando ronda cerca de nuestras casas. Supongo que está esperando a que vuelvas para terminar lo que sea que tengáis entre manos.

No hay muchas más noticias que pueda darte. Salvo una que me gustaría no tener que poner por escrito. Mi padre está muy grave, Marco. La enfermedad que le mantenido postrado en la cama en los últimos años parece estar acelerando su progreso. Apenas consigo bajarle la fiebre y pasa mucho tiempo inconsciente o delirando. Creo que le queda poco tiempo de vida. Tal vez si tú estuvieras aquí podrías recurrir a los conocimientos que te legó tu madre para intentar curarlo, pero si te soy sincera creo que la situación de mi padre está más allá de lo que cualquier médico o curandero pueden abordar. Sin embargo, me gustaría que, en la medida que te sea posible, regresaras a casa. En los momentos en los que está lúcido me pregunta mucho por ti, y sé que le gustaría verte una última vez antes de irse para siempre. Él nunca me lo ha dicho con palabras, pero yo sé que es así: tú, Marco, eres el hijo varón que nunca llegó a tener.

Sé que tus responsabilidades te mantienen lejos de Roma y que no fue tu voluntad la que te llevó a partir hacia el sur. Pero si hay alguna posibilidad de que te reúnas con nosotros antes de que se produzca el desenlace fatal de su enfermedad, sé que mi padre se marchará más tranquilo y con más paz.

Da un beso a Céfiro de mi parte. Uno de esos apretados que tanto le gustaban cuando era pequeño y que ahora que se cree un hombre tanto le incomodan.

Con afecto.

Antígona, hija de Periandro.

Marco dejó las tablillas sobre la mesa y se llevó el puño a la boca. Para evitar gritar y llorar en presencia de Trasíbulo, se mordió los nudillos.

–¿Malas noticias?– preguntó el escriba.

–Las peores– respondió Marco, tragándose la rabia y el dolor.

Periandro, el hombre que era lo más parecido a un padre que había conocido en su vida estaba a punto de morir. Tal vez incluso ya había muerto–. ¿Cuánto hace que te entregaron esta carta?

Marco no esperó la respuesta y siguió hablando.

–Tengo que regresar a Roma.

–De hecho, para eso he venido a Pompeya. Para llevarte de regreso. Órdenes de Varrón.

Marco asintió.

–Volveremos contigo. Pero antes tengo asuntos que solucionar. Empezando por hacer una visita a  tu amigo Quirinio.

Trasíbulo se levantó y siguió a Marco hasta la puerta del apartamento.

–Por cierto…¿dónde está Quinto? Se suponía que debía estar contigo en todo momento para protegerte.

Marco indicó a Trasíbulo que saliera él primero. Si le contaba en ese momento que Quinto estaba participando en una procesión y camino de unos juegos en los que él sería la principal estrella, al escriba podía darle un síncope.

–Más tarde hablaremos de Quinto– dijo.

Marco descubrió que Trasíbulo no estaba solo. Como era lógico, el esclavo más preciado de Varrón había viajado al sur con una nutrida escolta formada por una decena de hombres armados, la misma que su amo empleaba cuando algunos de sus papiros eran trasladados desde una de sus casas a otra. Los diez hombres esperaban al pie de la escalera de Marco, aguardando instrucciones de Trasíbulo.

–¿Sabes dónde está la casa de Quirinio?– preguntó.

–Por supuesto que lo sé. He estado allí muchas veces, pidiendo noticias de Roma que aparentemente nunca llegaban.

Trasíbulo puso gesto de contrariedad, pero no dijo nada. A una orden suya, los diez hombres se situaron alrededor de Marco y de él, a una suficiente distancia como para permitirles caminar pero lo bastante cerca como para proteger al esclavo en caso de que alguien lo molestara.

–Viajas bien protegido– comentó Marco, incómodo ante aquella situación.

–Llevo conmigo documentos importantes. No eres el único asunto que he venido a solucionar.

Marco guió al grupo hacia la *domus* de Quirinio, una casa de tamaño mediano situada al sur de la ciudad, cerca de la muralla y de la zona donde se alzaban los dos teatros. Aunque en otras circunstancias el paseo habría resultado sencillo y cómodo, especialmente para alguien que estaba acostumbrado a las distancias mucho más largas de Roma, aquel día tardaron más del triple de lo

habitual en llegar a su destino. Las calles estaban atestadas de personas que querían ver el desfile de los gladiadores o que se dirigían directamente al anfiteatro para coger un buen sitio en las gradas. En algunas calles era sencillamente imposible avanzar debido a la multitud que intentaba moverse en ambas direcciones. Los hombres de la escolta de Trasíbulo tuvieron que emplearse a fondo para abrir paso a Marco y al escriba, llegando incluso a utilizar la fuerza en algunos momentos en los que los transeúntes se pusieron especialmente nerviosos o agresivos.

–Has elegido el peor día del año para visitar Pompeya– comentó Marco–. Aunque al menos ya no llueve.

–Acabemos con esto cuanto antes– dijo Trasíbulo, cada vez más enfadado y dando señales de agotamiento por la accidentada caminata. Como escriba, estaba acostumbrado a pasar largas horas sentado ante sus tablillas y sus papiros, y eran pocas las ocasiones en las que se desplazaba por Roma sin hacerlo en litera o silla de manos acompañando a su amo. A su estado de ánimo ya de por sí alterado por un horrible viaje y por tener que estar fuera de la ciudad, se le sumó el cansancio de aquel paseo luchando contra masas de hombres y mujeres. Marco le miró de reojo y sonrió. Con suerte sería Trasíbulo quien pusiera en su sitio a ese cerdo de Quirinio sin que él tuviera que hacer nada.

A medida que se alejaban del centro de la ciudad y del recorrido que haría la procesión de los gladiadores desde el foro hasta el anfiteatro, la cantidad de gente en las calles disminuyó y el camino se hizo más sencillo. Finalmente, llegaron ante la *domus* de Quirinio, un lugar que el propio Marco había visitado a menudo en busca de respuestas y del dinero que Varrón le había prometido, siempre sin resultado.

–¿Y si no está en casa?– preguntó Marco.

–Más le vale estar– respondió Trasíbulo con voz grave.

Uno de los hombres de la escolta golpeó la puerta principal y esta se abrió. Un hombre anciano de mejillas carnosas se asomó al otro lado.

–La hora de las visitas de clientes terminó hacer rato. Id por la entrada de servicio si queréis algo.

Trasíbulo hizo una señal al escolta y este obligó al viejo atriense a que abriera la puerta por completo. El anciano miró a los diez hombres con temor, pero trató de aparentar calma.

–Mi amo no recibe a nadie hoy. Es día de juegos y Lucio Quirinio está preparándose para ir al anfiteatro.

–A mí sí me recibirá– dijo Trasíbulo dando un paso al frente–. Soy el representante de Marco Terencio Varrón, su patrón. Exijo que Lucio Quirinio me reciba de inmediato.

El atriense dudó en obedecer las órdenes que había recibido de no

dejar pasar a nadie aquella mañana o seguir lo que le dictaba el sentido común. Diez hombres fornidos y armados acompañando a un joven de aspecto educado y bien vestido que decía venir de parte de Marco Terencio Varrón, posiblemente el nombre que más respeto y veneración despertaba en aquella casa junto con el del propio amo. Finalmente, el anciano decidió no arriesgarse y permitir que al menos el representante de Varrón entrara en la casa.

–Puedes pasar y esperar en el atrio. Si eres quien dices ser mi amo estará encantado de recibirte. Tus hombres pueden esperar fuera.

–Marco Lemurio entrará conmigo. Hay cosas que tu amo debe explicarnos. Y mis hombres serán atendidos por la puerta de servicio. Les servirás vino y comida como corresponde a los esclavos del que es vuestro patrón.

El atriense asintió, no muy convencido, y echó a correr para avisar a su amo de aquella visita inesperada.

–Nunca te había visto así de firme– comentó Marco.

–Si quieres ver a alguien cabreado, saca a un escriba de su tablinum y oblígale a viajar por los campos durante días– respondió Trasíbulo–. Ahora mismo sería capaz de enfrentarme al mismísimo Pompeyo con tal de poder regresar a Roma de una maldita vez.

Lucio Quincio no tardó mucho en presentarse en el atrio. Cuando vio a Marco Lemurio puso cara de enfado, creyendo que todo aquello no era más que el enésimo intento de aquel personaje para conseguir que se le entregara el dinero que Varrón le había prometido para su manutención en Pompeya. Sin embargo, su rostro pasó a una expresión mezcla de amabilidad y nervios cuando descubrió a Trasíbulo junto a él. Quirinio había estado varias veces en Roma presentando sus respetos a Varrón como cliente suyo que era, y reconoció el rostro del escriba que siempre acompañaba a su noble patrón cuando este recibía visitas que requerían tomar notas. No había duda de que aquel esclavo venía en nombre de Varrón.

–Te reconozco, amigo mío. Eres el secretario personal de Marco Terencio, si no me equivoco– dijo con voz nerviosa–, pero no recuerdo tu nombre.

–Celebro que recuerdes mi rostro. Mi nombre es Trasíbulo. Y tengo muchas preguntas que hacerte. ¿Podemos ir a un lugar más adecuado?

Quirinio hizo varias reverencias y abrió los brazos, un gesto servil y patético viniendo de un hombre libre que recibía a un esclavo y que era muestra del miedo que sentía en aquellos momentos.

–Por supuesto, por supuesto. ¿Puedo sugerir que hablemos en privado? No veo necesidad alguna de que nos acompañe este hombre que tantos problemas ha causado desde su llegada a Pompeya…

Marco apretó los puños y tuvo que contenerse para no estamparlos en la gorda y fofa cara de Quirinio. Todo parecía indicar que aquel

tipo había estado engañándole desde el día en que se habían conocido, y probablemente que había ganado dinero con ello. Por su culpa, Marco había tenido que buscarse por su cuenta un sustento, teniendo que dedicar a ello un tiempo y una energía que bien habría podido destinar a investigar el asunto de las estriges o incluso a averiguar la forma de entrar en la casa del odiado Crisógono. Si además tenía que escuchar sus mentiras y acusaciones…

Trasíbulo leyó a la perfección el ánimo de Marco y alzó la mano para pedirle calma y silencio.

–Marco Lemurio es la principal causa de que yo hoy esté aquí. Por si no lo sabías, cosa extraña ya que se te dijo en numerosas cartas, Lemurio es una persona de la máxima confianza de Marco Terencio Varrón, mi amo y tu patrón. Por este motivo estará presente en nuestra pequeña conversación. ¿Estás de acuerdo, Quirinio?

Lucio Quirinio se obligó a sonreír mientas su mirada envenenada se posaba en Lemurio.

–Acompañadme– dijo con tono frío.

Trasíbulo y Marco fueron conducidos a un tablinum en el que, a diferencia del de Varrón en Roma, los papiros, tablillas y material de escritura brillaban por su ausencia. Quirinio les indicó que se sentaran y se disculpó, afirmando que regresaría en unos instantes.

–¿Sabes qué es lo que ha ido a hacer?– preguntó el escriba.

Marco se encogió de hombros.

–Ha ido a avisar a sus esclavos para que cojan las armas y estén listos para actuar a una señal suya. Si nuestra pequeña charla va mal dará orden de que maten a mis hombres y por supuesto a ti y a mí. Puede que incluso intente envenenarnos y así se ahorrará el escándalo de la pelea. Esconderán nuestros cuerpos y cuando Marco Terencio escriba o envíe a alguien pidiendo explicaciones afirmará no habernos visto nunca y prometerá hacer todo lo que esté en su mano para esclarecer el asunto.

Marco no pudo evitar un escalofrío.

–No te preocupes. Nada de eso va a ocurrir.

–¿Cómo estás tan seguro?–. Marco no tenía miedo de morir en aquel lugar. En caso de necesidad, podía recurrir a la lágrima de Perséfone para asegurarse de que al menos él mismo saldría con vida de aquella casa. El ser que habitaba en la piedra estaría encantado de darse un festín con Quirinio y sus hombres. Sin embargo, aquello complicaría muchísimo la resolución de sus otros asuntos en Pompeya y además acabaría con Trasíbulo también muerto, un destino que no deseaba para aquel escriba que siempre se había mostrado amable con él en el pasado.

–Trabajo para Marco Terencio Varrón desde niño y sé manejar a este tipo de clientes. Mi amo me ha enseñado cómo hacerlo. Uno no

consigue mantenerse en lo más alto de la política romana sin saber controlar a esta escoria.

–Pensé que no creías lo que te había dicho de las cartas…

–Me ha bastado ver su expresión cuando me ha reconocido. Casi se caga de miedo. Está ocultando algo, y hoy vamos a ponerle en su sitio.

Marco miró con detenimiento al joven escriba. Por primera vez comprendió por qué Varrón le confiaba a aquel esclavo todos sus asuntos de importancia. Trasíbulo era mucho más que un secretario culto, discreto y capaz de escribir con rapidez y buena letra. Sus habilidades iban mucho más allá de lo que se requería en un tablinum.

–Saldremos de aquí sin necesidad de desenvainar una espada. Ya lo verás.

Quirinio regresó junto a una esclava que ofreció vino a los invitados. Trasíbulo lo rechazó en nombre de los dos y miró a Marco. Lemurio comprendió que el escriba creía que aquel vino contenía alguna sustancia venenosa. La esclava se retiró tras un gesto de su amo, pero dejó la jarra y dos vasos en la mesa.

Quirinio tomó asiento frente a sus invitados y sonrió, más nervioso aun al ver que ninguno de los dos tocaba el vino que les había ofrecido.

–¿Y a qué debo tan honorable visita?

–El cliente de mi amo, Marco Lemurio, afirma que ha venido a esta casa en numerosas ocasiones en busca de una correspondencia que nunca le ha sido entregada. También dice que jamás se le han facilitado las cantidades de dinero que mi amo señaló para su manutención y que tú debías poner a su disposición a cambio de la condonación de una parte de tu deuda con Marco Terencio. Por último, Marco Lemurio me ha contado que te hizo entrega de numerosas cartas e informes que debían ser enviados a mi amo en Roma, ninguno de los cuales ha sido recibidos en la *domus* de Marco Terencio.

–¡Injurias! ¡Mentiras salidas de la boca de un estafador borracho para ocultar sus propias faltas! ¡Yo jamás osaría faltar así a la confianza de mi patrón!

El rostro de Quirinio enrojeció y Marco se removió inquieto en su asiento, resistiendo las ganas, no ya de golpear a aquel hombre sino de desenfundar su daga y clavársela en su papada carnosa. Trasíbulo, sin embargo, mantuvo la calma pese a los gritos de su anfitrión.

–No es necesario alzar la voz, Lucio Quirinio. Estamos aquí para aclarar lo que sin duda ha sido un desagradable malentendido. Sé que existen las cartas enviadas desde Roma para Marco Lemurio, pues las escribí yo mismo de mi puño y letra. Y sé que llegaron a esta casa, pues el mensajero me lo confirmó en persona. ¿Es posible que uno de tus esclavos se olvidara de entregártelas? Eso sería algo comprensible,

aunque por supuesto demostraría una notable negligencia en el gobierno de tu propia casa.

–Ninguno de mis esclavos se atrevería a hacer algo así. No consentiré este tipo de injurias bajo mi propio techo. Y menos viniendo de un…

–Antes de que termines esa frase y tengas algo que lamentar, te advierto, Lucio Quirinio que mi paciencia y la de mi amo no son infinitas. Y hablando de mi amo, estoy seguro de que sabes que Marco Terencio en estos momentos combate como legado junto a Cneo Pompeyo, comandando una gran flota en Oriente. De hecho, mañana mismo partiré hacia Miseno, donde varias cohortes de infantería de marina aguardan para embarcar. Todos a las órdenes de Marco Terencio Varrón, que ha informado a sus oficiales de mi llegada con importantes documentos. Mi amo ha dado orden directa de que, en caso de que yo no me presente ante ellos en la fecha convenida, pongan rumbo directo a Pompeya y hagan una pequeña escala antes de continuar hacia Oriente. Les ha indicado a esos oficiales la dirección exacta de esta *domus* como el lugar al que deben venir a pedir explicaciones en caso de que algo me ocurriera. Para Marco Terencio Varrón, tú, Lucio Quirinio, eres el responsable último de mi seguridad en Pompeya, y si algo me ocurriera tendrías a centenares de soldados, muchos de ellos veteranos, llamando a tu puerta para averiguar mi paradero.

–¿Estás insinuando que yo…?– El rostro de Lucio Quirinio pasó de un rojo encendido a una palidez cadavérica al escuchar las palabras de Trasíbulo.

–No estoy insinuando nada. Es solo un dato que he creído que debías conocer. Sin duda, como cliente de Varrón que eres, te enorgullecerá saber hasta dónde llega el poder de tu patrón. Imagina: toda una legión de infantes de marina preocupados por la seguridad de un simple escriba. Acampados a tan solo unas millas de aquí. Hombres curtidos en las guerras de Hispania y en…

–Lo he entendido– dijo Quirinio, con la cabeza gacha–. Sin duda el poder de Marco Terencio es impresionante.

–Qué orgullo tener un amo y un patrón así. ¿Quién osará levantarnos la mano, Lucio Quirinio? Nadie en toda la Campania.

Trasíbulo sonrió a Marco y este le devolvió la sonrisa. Aquel jodido esclavo había logrado lo que se proponía: con sus simples palabras había desarmado cualquier intento de violencia contra ellos. Fuera verdad o no la historia de la legión acampada en Miseno, aquello había tenido un efecto inmediato en Quirinio.

–Volviendo al tema que nos ocupaba… tal vez desees consultar con tus esclavos y preguntar por esas cartas desaparecidas. Tanto las que yo envié desde Roma como las que mi amigo Marco te entregó. Estoy

seguro de que bastará una palabra tuya para que uno de tus esclavos confiese su error.

Quirinio se puso en pie y salió del tablinum. Al otro lado de la puerta se escucharon pasos, conversaciones y algún grito. Marco y Trasíbulo se miraron. El escriba tenía las manos entrelazadas y apoyadas sobre las rodillas, demostrando una calma total.

–¿Puedo beber un poco de vino?– preguntó Marco.

–Si quieres vomitar tus propias tripas, adelante– dijo Trasíbulo.

Marco miró el vaso de vino con recelo.

–Prefiero pasar un poco de sed.

Tras un tiempo de espera, Quirinio regresó, cargado con una bolsa que dejó sobre la mesa. Aunque su rostro seguía pálido y su piel perlada de gotas de sudor, la sonrisa falsa y forzada había vuelto a su rostro.

–Tenías razón, tenías razón. Qué desastre, qué absoluto desastre– dijo con voz melosa–. El esclavo encargado de mi correspondencia olvidó entregarme estas cartas llegadas desde Roma. Aquí las tienes, Marco Lemurio.

Marco cogió la bolsa y miró a Quirinio con abierto desprecio.

–Creo que nuestro amigo Marco se merece una disculpa por las molestias causadas.

Quirinio volvió a enrojecer, pero no dudó en agachar la cabeza y disculparse, aunque por su tono quedó claro que aquella disculpa le dolía como si en lugar de palabras por su garganta saliera un espino lleno de púas afiladas.

–Mis disculpas, Lemurio.

–Bien– dijo Trasíbulo dando una palmada–. Solucionado el problema de las cartas, solo nos queda hablar de la cuestión del dinero que mi amo te pidió que facilitaras a Marco. Una cantidad que iba a ser generosamente restada de tu deuda, como ya hemos dicho. Dado que, sin duda, por otra desagradable confusión de otro de tus esclavos, no has facilitado a nuestro amigo la cantidad requerida, volveremos a anotar la deuda en las tablillas correspondientes, añadiendo los intereses que habrían generado en este tiempo. De hecho, creo que este sería un momento perfecto para saldar al menos una parte de esa deuda. Mi amo valoraría el gesto muy positivamente y eso le ayudaría a pasar por alto el incidente de las cartas. ¿Qué me dices, Lucio Quirinio? ¿Solucionamos también este problema con tanta facilidad como el primero?

–No dispongo de tal cantidad en estos momentos.

–Ningún problema. Te daré un día para conseguir el dinero. Mis hombres vendrán a por él mañana por la tarde. Por supuesto, si no lo tienes podríamos pasar por aquí de nuevo al regreso de Miseno, acompañados de esos infantes de marina de los que te he hablado.

Quirinio apretó los puños, sabiéndose totalmente derrotado.

–Mañana mismo tendrás el dinero, escriba.

Trasíbulo se puso en pie y Marco le imitó.

–Todo aclarado entonces. Ha sido un auténtico placer visitar tu casa, Lucio Quirinio. Transmitiré a Marco Terencio tus saludos y tus respetos. No hace falta que nos acompañes.

Trasíbulo y Marco salieron del tablinum, no sin que antes este le lanzara al dueño de la *domus* una mirada burlona de triunfo. Una vez en la calle, los diez hombres de la escolta se reunieron con ellos.

–Termina de solucionar tus asuntos en Pompeya, Lemurio. Nos marchamos en unos días. Y Quinto y tú os vendréis conmigo. Podremos escribir el informe acerca de las estriges por el camino.

Marco asintió. Las estriges. Durante un rato se había olvidado de aquel tema, sin duda el más importante de los que tenía entre manos. Por unos instantes estuvo tentado de olvidarse de todo, abandonar Pompeya sin enfrentarse a Aadi y sus criaturas y dejar la ciudad abandonada a su suerte. Al fin y al cabo, no les debía nada a los pompeyanos y su misión en aquella parte de Italia era la de recabar información sobre aquellos seres, no la de acabar con ellos. Aquella idea, sumada a la imagen de Periandro moribundo en su cama, en Roma, estuvieron a punto de triunfar en sus pensamientos. Sin embargo, Marco negó con la cabeza y apartó las dudas de su mente. Tenía que luchar contra Aadi y acabar con aquel grupo de estriges. No sabía por qué, pero había algo dentro de él que le empujaba a ello. Por un lado, Marco pensó que era el recuerdo de su madre, la certeza de lo que Neóbula habría hecho de estar en su lugar. Por otro, las palabras de Aadi retumbaron en su interior. Eres un *palaka*, y no puedes luchar contra tu propia esencia.

–En unos días estaremos listos– dijo.

Trasíbulo asintió y por primera vez sonrió con franqueza, más tranquilo.

–Si necesitas cualquier cosa envía a Quinto en mi busca– dijo, e hizo una señal a los diez hombres para que se pusieran en marcha–. No pienso salir de la posada en al menos dos días. Estoy agotado.

–¿Pasaremos por Miseno antes de ir a Roma?– preguntó Marco. Nunca había visto una flota de guerra lista para partir y tenía ganas de ver los barcos con los que Roma combatía a los piratas en Oriente.

–¿A Miseno?– preguntó Trasíbulo–. No, iremos directos al norte.

–¿Y esas cartas que tenías que entregar a los oficiales de la flota?

Trasíbulo volvió a sonreír y guiñó un ojo a Marco.

–Nos vemos en unos días, Lemurio.

# CAPÍTULO 20
## FUEGO Y AGUA

Céfiro cerró la puerta del apartamento y bajó las escaleras a toda velocidad, cruzándose en su camino con un joven que trató de detenerle para hacerle una pregunta.

–¿Sabes si se aloja aquí Marco Lemurio?

Céfiro ignoró las palabras de aquel individuo, que no era otro que un malhumorado Trasíbulo, y echó a correr por las calles de Pompeya. Acostumbrado como estaba a las grandes multitudes que abarrotaban incluso los barrios más humildes de Roma, como la Subura, Céfiro no tuvo dificultades para moverse por las calles atestadas de gente. En Roma los días de fiestas públicas y aquellos en los que se celebraban triunfos o los magistrados y candidatos ofrecían banquetes y juegos eran tan habituales que para él escurrirse entre las piernas de la gente, dar empujones, responder a insultos y esquivar carros era un modo natural de moverse por la ciudad. Sintió la tentación de recuperar su vieja y arraigada costumbre de aligerar a algún transeúnte del peso de su bolsa, pero se controló, pensando que lo que tenía que hacer aquel día era lo bastante delicado como para complicarse la vida con un malentendido por unas monedas más o menos.

De ese modo, Céfiro consiguió llegar hasta su destino: la plaza que se abría frente al templo de Isis. En otras circunstancias habría disfrutado de una jornada como aquella, con bufones, malabaristas y acróbatas que actuaban en pequeños escenarios de madera, puestos de comida y un ambiente general de alegría y despreocupación. Sin embargo, la visión de Sóstrato siendo devorado por las estriges la noche anterior impedía que esa alegría que latía en Pompeya llegara a su propio corazón. Mataría a aquellas estriges, y solo después se permitiría disfrutar del día festivo. Era posible incluso que llegara a tiempo para representar su papel en el teatro, aunque aquello era algo que no le preocupaba en exceso. De algún modo, su pasión por actuar se había ido mitigando a medida que conocía la realidad de la vida de los actores, muy lejos de ser la fascinante actividad llena de magia e ilusión que él había imaginado.

Al estar ligeramente apartada del recorrido que haría la procesión de los gladiadores, la plaza en la que se encontraba el templo de Isis se encontraba bastante vacía en comparación con otras zonas de la ciudad. Los dos teatros estaban muy cerca, pero las representaciones no tendrían lugar hasta la tarde, de modo que el público aún no había comenzando a dirigirse hacia aquel lugar. Sería más tarde, cuando la

procesión hubiera acabado y los mejores combates de gladiadores ya se hubieran celebrado, cuando los amantes del teatro comenzarían a desplazarse hasta aquella zona de la ciudad. Gracias a esto, Céfiro pudo ubicarse en un lugar discreto de las escalinatas de templo desde el que podía ver con claridad su objetivo.

La tienda de la mujer llamada Kuntí.

Desde que la noche anterior Marco le había descrito el lugar en el que se había producido su encuentro con el que parecía ser el maestro y amo de las estriges, Céfiro había tenido claro que esas termas abandonadas eran las mismas en las que él se había colado el día en que le habían enviado a comprar algo en aquella extraña tienda. La descripción de Marco, que había hablado de pinturas, mosaicos y grandes salas abovedadas, coincidía exactamente con lo que él había visto. Marco había hablado también de una mujer de piel oscura que había sido quien le había engañado para caer en la trampa de las estriges. Tal vez existían otras termas subterráneas abandonadas en Pompeya, pero la presencia de aquella mujer en el relato de Marco lo dejaba claro: eran el mismo lugar que él había visto.

Al parecer, Marco había entrado a aquellas ruinas desde otro lugar, pero Céfiro contaba con poder colarse en la tienda tal y como había hecho dos días antes. No podía arriesgarse a que aquella mujer le viera, así que tenía que pensar alguna estrategia para sacarla de allí antes de entrar él mismo. Y una vez dentro… bien, más le valía que fueran ciertas todas las historias que Marco le había contado acerca de las estriges dormidas y vulnerables mientras el sol estuviera alto en el cielo o esa noche sería él mismo el que tendría unas hermosas alas negras saliendo de su espalda y unos afilados colmillos en la boca.

Céfiro observó la entrada de la tienda desde las escalinatas del templo, sin ver movimiento alguno cerca de ella. La puerta no estaba cerrada, señal inequívoca de que la mujer estaba dentro, ya que ningún comerciante habría dejado su establecimiento abierto y sin vigilancia.

Y mucho menos cuando tu tienda es la entrada a la madriguera de tus amigos los monstruos, pensó Céfiro.

El niño contaba con que la mujer saliera en algún momento, tal vez a hacer algún recado o una compra en una tienda cercana. No era mucho el tiempo que necesitaba para colarse en el interior y bajar las escaleras que conducían al sótano donde estaban las termas. Sin embargo, la maldita mujer no aparecía por ninguna parte. El sol comenzaba a subir en el cielo y pronto llegaría el mediodía, la hora a la que él había decidido llevar a cabo su plan.

–Tú, pequeño ratero, largo de aquí. Este no es un lugar en el que andar haciendo el vago.

Céfiro se giró y se encontró con un hombre con la cabeza totalmente

rapada y el cuerpo cubierto por una larga túnica de un blanco inmaculado. Supuso que se trataba de uno de los sacerdotes de la diosa Isis que atendían aquel templo.

–¿Y si quiero entrar a hacer una ofrenda?– preguntó el niño desafiante.

–En este templo solo pueden entrar los iniciados, así que si quieres hacer una ofrenda más vale que te dirijas a uno de tus dioses. O mejor aun, vete a jugar con ese grupo de niños de ahí y no molestes más. La próxima vez que te vea por aquí, te echaré a palos.

Céfiro le hizo un gesto obsceno y el sacerdote hizo un amago de golpearlo. El niño se zafó de un salto y se alejó de las escalinatas. Aquel sacerdote tan poco amigable le había dado una idea sin pretenderlo. Céfiro observó al grupo de niños que jugaban en el suelo, acuclillados en círculo, lanzando por turnos unas tabas.

Tal vez no estaba en la Subura, pero eso no quería decir que en Pompeya no funcionaran los mismos planes que ideaba en su barrio de Roma.

Céfiro sonrió y se acercó al grupo de niños.

Kuntí estaba en el interior de su tienda, limpiando con cuidado los objetos que en ella se exponían y que, de hecho, ya estaban limpios. Tenía el corazón agitado y le temblaban las manos. La mujer trataba de respirar profundamente al tiempo que mantenía la mente enfocada en una imagen mental, la de una flor que se abría lentamente y desplegaba toda la belleza de sus pétalos. Aquella estrategia de la respiración como medio para anclarse en el presente y no dejarse llevar por el miedo al futuro o el dolor del pasado había sido una de las primeras lecciones que Aadi había tratado de inculcarle cuando ambos se habían conocido años antes. Por norma general, Kuntí había logrado dominar de aquel modo su rabia, su tristeza y su miedo. Pero aquella mañana estaba lejos de conseguirlo.

Lo que había vivido la noche anterior la había impactado profundamente, mucho más de lo que ella habría estado dispuesta a admitir antes de experimentarlo. Siguiendo las órdenes de su maestro, había hecho que ese Marco Lemurio cayera en la trampa y, cuando la noche se había cernido sobre Pompeya, le había conducido hasta Aadi. Se suponía que la estrige tenía que jugar con él, sacarle información, averiguar todo lo que aquel romano sabía, solo para matarlo después. Pero aquello no había ocurrido.

Lo que Kuntí había presenciado, oculta entre las sombras mientras espiaba la conversación entre su maestro y el maldito Marco Lemurio era cómo Aadi, lejos de la agresividad que ella esperaba, se mostraba amable y adulador, casi como si sintiera una extraña fascinación por aquel hombre mortal. Kuntí había contenido en silencio la indignación

que sentía al escuchar a su maestro tratar a ese Lemurio con respeto, incluso como a un igual. Cuando le había permitido usar su sangre para ver el futuro, la mujer había tenido que morderse la lengua con fuerza para evitar irrumpir en la sala. A ella nunca le había concedido ese privilegio.

Pero lo más duro de todo, aquello que la había dañado en lo más profundo de su alma, había llegado cuando Aadi, su maestro, su amado, su único horizonte, le había ofrecido a Marco Lemurio compartir con él el don de la inmortalidad. Al escuchar aquello, Kuntí casi se había quedado sin respiración. ¿Era posible algo así? ¿Estaba Aadi ofreciendo a aquel romano lo que durante años le había negado a ella con evasivas y falsas promesas? ¿Qué había visto en él que le hiciera merecedor del galardón más preciado que existía en el universo? ¿Qué había visto en él que no tuviera ella, que se había mostrado fiel a su maestro en todo momento, que se había desvivido para ser digna de él?

Kuntí había caído de rodillas y había comenzado a llorar, a sabiendas de que a aquellas alturas Aadi, que tenía un sentido del oído mucho más desarrollado que el de cualquier ser humano, ya sabía que ella estaba escuchando la conversación y la forma en la que había reaccionado. Pero la estrige, en lugar de acudir a su lado para consolarla, había seguido hablando con Marco Lemurio como si las lágrimas de Kuntí no tuviesen ninguna importancia para él.

Kuntí estaba segura de que el romano diría que sí, de que aceptaría la inmortalidad que Aadi le ofrecía. *Palaka* o no, era un hombre mortal, y escapar de la muerte era el mayor deseo de todos los seres humanos desde que los dioses los habían creado. La mujer sabía, pues así se lo había contado Aadi, que su maestro había tenido otros compañeros en el pasado a los que él mismo había concedido el don. Hombres y mujeres a los que la estrige había amado y deseado, y a los que había recompensado con la inmortalidad para que atravesaran junto a él la inmensidad de los tiempos infinitos. Kuntí no sabía qué había sido de ellos, pero estaba convencida de que ella sería la siguiente, la elegida, la que se convertiría en la compañera de Aadi hasta el que destino decidiera separarlos.

Ella, y no ese maldito romano vestido con harapos y con aliento que apestaba a vino barato. Ella, y no un hombre cualquiera que había aparecido en sus vidas sin previo aviso. Ella y nadie más.

Sin embargo, el romano había rechazado el don.

Por algún motivo, Marco Lemurio había dicho que no deseaba la inmortalidad. Y Aadi, evidentemente dolido ante aquella respuesta, había insistido varias veces. ¡Solo le había faltado suplicar! A él, al ser más poderoso y prodigioso de cuantos habían pisado cualquier tierra, solo le había faltado suplicar a aquel mortal que aceptara el regalo de

la sangre. Kuntí había creído enloquecer de dolor y rabia.

Finalmente, Aadi había dejado que Marco Lemurio se marchara tras dejarlo inconsciente con sus poderes. No lo había matado, no se había alimentado con su sangre ni lo había dejado allí para que el resto de estriges se alimentaran con él cuando se despertaran. Él mismo había llevado el cuerpo de Marco de vuelta a las calles y había regresado un tiempo después.

Para entonces, Kuntí ya había controlado en parte su rabia, y había podido pedirle explicaciones con relativa calma. Pero Aadi se había mostrado inflexible. Él parecía calmado, pero para ella era evidente que la negativa de aquel mortal había herido a su amado. La estrige le había prometido que darían muerte a Marco Lemurio cuando llegara el momento, pero se había negado a continuar con la conversación. Kuntí no había tenido más remedio que retirarse a descansar, sin poder conciliar el sueño en toda la noche.

Por la mañana, se había levantado y en lugar de acudir para comprobar que su amado estuviera descansando en paz, a salvo de los rayos del sol, se había dirigido directamente a la tienda que servía de tapadera en la ciudad de Pompeya. Una vez allí, solo había tenido energías para limpiar los objetos y tratar de controlar su rabia.

Kuntí cogió la estatuilla de la diosa Kali y pasó sobre su superficie un paño húmedo. Por enésima vez aquella mañana deseó tener la fuerza y el poder de su diosa para acabar con todos los que impedían que su sueño de estar eternamente junto a su amado se hiciera realidad.

En ese momento, algo impactó contra la fachada de la tienda y Kuntí no pudo evitar dar un respingo. Dejó la estatuilla en su lugar y salió al exterior. Si se trataba de ese Marco Lemurio estaba dispuesta a cortarle la cabeza y bailar sobre su cuerpo decapitado en un remedo de la sanguinaria imagen de Kali.

Sin embargo, no era Lemurio quien estaba en el exterior del establecimiento, sino un grupo de niños que, situados en línea y desde una distancia prudente, miraban la puerta con rostro burlón. Kuntí no estaba de humor para aguantar a aquellos pequeños mocosos que atestaban como ratas las calles de Pompeya.

–¿Qué andáis haciendo aquí?– dijo en un griego con fuerte acento–. Largaos si no queréis que os corte las orejas.

Uno de los niños alzó la mano y arrojó algo contra el muro, justo en el lugar donde estaba el dibujo de la diosa Kali que tanto había atemorizado a Céfiro la primera vez que lo había visto. Kuntí se giró y descubrió un pegote de color marrón oscuro que se había quedado adherido a la fachada.  Junto a él, tapando el rostro y parte del torso de la diosa, había otros dos muy semejantes. La mujer no tuvo que acercarse mucho para adivinar qué era lo que los niños estaban

lanzando contra su tienda. Se trataba de bolas de barro y estiércol que sin duda los niños habían robado de algunas cuadras cercanas.

–¡Volved a tirar otro trozo de mierda y me aseguraré de que un cocodrilo se coma vuestras entrañas de alimaña!– gritó Kuntí.

Los niños la señalaron y se echaron a reír. Uno de ellos repitió las palabras de la mujer, imitando su acento extranjero y su movimiento de caderas, y los demás reaccionaron partiéndose de risa.

Kuntí, que aquella mañana no necesitaba muchas excusas para estallar, entró en el interior de la tienda y sacó de detrás del mostrador una espada de hoja curva y larga. Creyó que la visión de aquel arma, muy semejante a la que la diosa Kali llevaba en sus representaciones, bastaría para amedrentar a aquellos mocosos y hacer que salieran corriendo.

Se equivocaba. Aunque los niños pobres de Pompeya no estaban tan endurecidos por la vida como los que nacían en las calles de la Subura en Roma, hacía falta mucho más que una simple espada en manos de una mujer delgada y menuda para que echaran a correr. Sobre todo cuando se estaban jugando el ganar unas cuantas monedas. El niño romano, mayor que ellos, les había prometido que si conseguían enfadar a aquella mujer hasta el punto de que saliera corriendo detrás de ellos y dejara su tienda sola al menos unos momentos, él les daría a cada uno dos monedas de bronce. Les entregó una en el momento en que aceptaron el trabajo; la otra llegaría si conseguían cumplir su misión. Para ellos, dos monedas de bronce suponían la diferencia entre pasar hambre o comer bien aquel día, por lo que no dudaron dos veces. Enfadar a los comerciantes era algo que hacían a menudo por simple diversión, sin necesidad de que nadie les pagara por ello. Si además se ganaban una pequeña recompensa, mejor que mejor.

–Tirad otra bola de mierda y yo misma os cortaré vuestras pequeñas pelotas.

Kuntí alzó la espada. Algún adulto que pasaba cerca observó la escena pero apretó el paso, no deseando entrometerse en los problemas de una mujer, que además era extranjera, con un grupo de rateros. Uno de los niños afinó la puntería y volvió a lanzar una bola de estiércol, consiguiendo impactar en aquella ocasión no contra el muro, sino contra el pecho de Kuntí.

La mujer bramó enfurecida y se lanzó contra los niños, perdido ya el control y dispuesta a hacer una escabechina si era necesario. Los niños, acostumbrados a aquellas reacciones y curtidos en cientos de peleas contra tenderos y otros ciudadanos respetables, echaron a correr y se dispersaron en todas las direcciones, obligando así a Kuntí a tener que elegir a cuál de todos ellos perseguir. La joven, dejándose guiar la la rabia, dirigió sus pasos hacia el niño que le había lanzado la bola de estiércol al pecho, con la mala fortuna de que ese pequeño

resultó ser precisamente el más veloz de todos y, en consecuencia, el más difícil de atrapar.

De este modo, Kuntí se alejó de la plaza del templo de Isis, dejando su tienda abierta y sin vigilancia.

Céfiro presenció la escena desde detrás de una esquina. Todavía le dolían en el alma las monedas que había tenido que pagar a aquellos niños para que provocaran a Kuntí hasta hacerla abandonar la tienda. Para consolarse, pensó que, después de hacer lo que tenía planeado, tal vez podría echar mano de la caja que sin duda la mujer escondía bajo el mostrador de la tienda y recuperar así el dinero que había invertido en convencer al grupo de niños. Podía ser incluso que consiguiera incluso más de lo que había gastado…

El niño alejó aquellos pensamientos de su cabeza. No era momento de pensar en dinero. Tenía algo que hacer y eso requería toda su atención.

Observó cómo los niños empezaban a lanzar bolas de estiércol y cómo Kuntí salía de la tienda portando una enorme espada curva. Cuando la mujer echó a correr tras ellos, Céfiro pensó que ni en sus mejores previsiones habría llegado a imaginar que su plan funcionaría tan bien. Aquellos niños pompeyanos podían ser unos cretinos, pero desde luego habían hecho bien su trabajo.

No había tiempo que perder. En el momento en que Kuntí desapareció detrás de una esquina, Céfiro corrió hacia la puerta de la tienda. Sabía que no tenía garantía ninguna de que en el interior de aquel local no hubiera más seres humanos vigilando o incluso que la entrada a las termas abandonadas no estuviera protegida por algún tipo de magia o criatura extraña. Pero tenía que arriesgarse. Aquellos seres debían pagar por lo que habían hecho con Sóstrato.

Céfiro trató de no mirar la pintura de la diosa armada con espadas, en aquel momento cubierta de pegotes de estiércol. Sabía que era algo absurdo, pero temía que aquella divinidad furiosa saltara del muro y se lanzara contra él como responsable que era de que los niños hubieran mancillado su figura con mierda de caballo.

Una vez dentro de la tienda, Céfiro miró a su alrededor, con la respiración agitada y el corazón desbocado. La tienda olía a incienso, a especias, al mundo exótico y lejano del que procedía su propietaria. La primera parte de su plan se había cumplido, pero tenía por delante la más compleja y arriesgada. La atención del niño no se detuvo en aquellos momentos en los objetos que Kuntí exhibía en las estanterías. Ni siquiera se acordó de echar un vistazo detrás del mostrador para ver si había allí una caja con monedas. Su mente estaba ya enfocada en lo que había ido a hacer a aquel lugar. Miró solo las lámparas que iluminaban la habitación, las diversas lucernas encendidas cuyas

mechas ardían, consumiendo aceite e impregnando la estancia con su peculiar aroma. Las observó una a una, valorando sus tamaños, tomándolas en sus manos para comprobar la cantidad de aceite que tenían en su interior. Céfiro sabía que no tenía mucho tiempo, así que trató de no alargar mucho su decisión. Finalmente cogió dos lucernas, una en cada mano. La primera era la más grande de todas, un recipiente de barro con un asa y un dibujo en su superficie que representaba lo que el niño interpretó como dos hombres desnudos peleando, con uno de ellos agarrando al otro por detrás mientras el primero se agachaba. La segunda lucerna era más pequeña, pero por su peso Céfiro dedujo que estaba llena hasta los topes de aceite. Justo lo que él necesitaba.

Con las dos lucernas encendidas en las manos, respiró hondo y se aventuró más allá de la cortina al fondo de la habitación. Bajó las escaleras con cuidado, tratando de hacer el menor ruido posible para no alertar a cualquier posible centinela que estuviera vigilando las ruinas, si es que había alguno. Con cada peldaño que descendía, Céfiro podía sentir y oler cómo la humedad aumentaba. Puso mucho cuidado en que ninguna de las lámparas se apagara. Necesitaba aquel fuego para cumplir su objetivo.

Una vez en la estancia inferior, Céfiro miró la enorme piscina que se abría ante él y tragó saliva. Recordó la primera vez que había estado en aquel lugar, el momento en el que había escuchado cómo algo se deslizaba hacia el agua y comenzaba a nadar hacia él. Kuntí le había dicho que seguramente se trataba de una rata… pero Céfiro no estaba seguro. En un mundo en el que había criaturas como la estrige a la que él mismo había tenido que enfrentarse cualquier cosa era posible. Incluyendo que allí abajo, en aquellas termas en ruinas, convivieran diferentes tipos de monstruos capaces de cualquier cosa con tal de probar la tierna carne de niño…

Céfiro apartó aquellos pensamientos de su cabeza y se dispuso a rodear la piscina por su lado izquierda, el que parecía tener el suelo mejor conservado y con menos proliferación de musgos y otras plantas que podían hacerle resbalar. Si las estriges se escondían allí abajo, era muy probable que lo hicieran en el lugar más profundo y recóndito de las ruinas. Con las lámparas mantuvo en todo momento iluminado el camino que había frente a él. De cuando en cuando, se giraba hacia la piscina con las luces, para asegurarse de que nada se movía en el agua. El niño alcanzó el otro lado de la enorme pileta y continuó caminando.

Cuando se había apartado unos pasos escuchó un chapoteo que le dejó clavado en el sitio. Se dio la vuelta para iluminar la piscina y descubrió que las aguas estaban moviéndose, como si algo se acabara de sumergir en ellas. Céfiro decidió no quedarse a averiguar qué era lo

que acababa de saltar al agua y echó a andar de nuevo, atento a otros ruidos a su espalda y frente a él.

Dejó atrás la piscina y atravesó un arco cuyas dovelas apenas se veían debido a que las raíces de alguna planta habían crecido hasta cubrirlas por completo. Más allá del arco había una amplia sala, con los techos incluso más altos que aquella en la que estaba la piscina, sostenidos por gruesas columnas cubiertas de vegetación. Céfiro caminó sobre baldosas rotas, saltó raíces con cuidado de que las lucernas no se le cayeran de las manos y sus llamas no se apagaran, y finalmente encontró lo que buscaba.

En el círculo de luz que arrojaban las lámparas aparecieron dos pies calzados con unos delicados zapatos de mujer. Céfiro se detuvo.

–Eh, monstruo–dijo en voz baja, confinado en poder salir corriendo hacia las escaleras si aquellos pies hacían algún movimiento. Se suponía que durante el día las estriges caían en un letargo mucho profundo que el sueño de los mortales, o al menos aquello era lo que Marco había leído en los papiros de su madre. El éxito del plan de Céfiro se basaba en aquella idea. Si era errónea… el niño contaba con que la velocidad de sus piernas le permitiera salir de aquellas ruinas antes de que aquellas cosas se despertaran del todo.

Los pies no se movieron. Céfiro decidió hacer un segundo intento.

–Vamos, tengo aquí sangre caliente para ti. Levántate y ven a beberla.

Sin reacción alguna.

Ya más confiado, caminó dos pasos para iluminar aquellas piernas. Pertenecían a una mujer madura, vestida y peinada como para ir a un elegante banquete. Céfiro acercó la luz más aun y comprobó que tenía los ojos cerrados y una sonrisa beatífica, tranquila y satisfecha, como si estuviera teniendo un maravilloso sueño. El niño miró a la estrige y frunció el ceño. Los labios de la mujer estaban rojos por la sangre que había bebido la noche anterior.

Céfiro alzó la vista y levantó las dos lucernas para ver mejor la habitación en la que estaba. La mujer no era el único ser que dormía en aquella estancia. Entre las columnas, situadas en hileras hasta donde el niño podía ver, había decenas de estriges tumbadas en la misma postura, boca arriba, con los brazos en paralelo al cuerpo y las piernas ligeramente separadas.

No había tiempo que perder. Céfiro no sabía si con lo que tenía pensado hacer mataría a todos aquellos seres, pero contaba con que al menos una gran cantidad no llegaran a ver la siguiente noche. Reducir el número de aquellos monstruos sin duda facilitaría la labor que Marco tenía entre manos encontrando la forma de derrotar a su líder.

Céfiro comenzó por la mujer con la que se había topado en primer lugar. Volcó ligeramente la lucerna grande, la que contenía más

aceite, y dejó que el líquido empapara las ropas de la estrige. La criatura no se inmutó y su sonrisa permaneció inalterable. La llama de la lucerna se apagó, pero a Céfiro no le importó. La otra lucerna tenía su llama muy viva, y con aquello bastaba. La acercó a las ropas mojadas de aceite y estas prendieron casi de inmediato.

Cuando el fuego se hubo extendido por todo su cuerpo, la estrige abrió los ojos, pero no hizo movimiento alguno, permaneció quieta, tumbada y mirando el techo como si no sintiera el calor de las llamas devorando su carne.

Céfiro no se quedó quieto para contemplar el espectáculo de ver a aquel monstruo arder. Repitió la misma operación con la siguiente estrige, y con una más, y con otra. Algunas ropas prendieron mejor, otras se resistieron debido a la humedad, pero acabaron también siendo pasto de las llamas. Cuando el fuego comenzaba a adueñarse de la habitación y el olor a carne quemada y el humo empezaban a hacerse insoportables, Céfiro decidió que había llegado el momento de escapar. Si se quedaba más tiempo allí abajo, el fuego podía tapar la salida y él se quedaría atrapado allí abajo y moriría junto a las estriges.

Con toda la fuerza de su brazo, arrojó la lucerna grande, casi vacía ya de aceite, contra el cuerpo de una de las estriges que ya ardía con fuerza. La cerámica de la lámpara se quebró y el aceite que quedaba en ella se extendió hacia los cuerpos cercanas, extendiendo y avivando las llamas. El niño hizo lo mismo con la lucerna mediana, la que todavía tenía la mecha encendida, arrojándola al otro extremo de la habitación y consiguiendo una potente llamarada que alcanzó varios cuerpos de estriges. Solo entonces, Céfiro se dio la vuelta y echó a correr, satisfecho.

La habitación empezaba a llenarse de un humo, con el olor característico del aceite quemado, que se iba acumulando en los techos. Aunque el niño ya no llevaba ninguna lámpara en la mano, la luz del incendio a sus espaldas bastaba para iluminar su camino.

Sin embargo, cuando cruzó el arco cubierto de raíces, descubrió que en la estancia en la que estaba la piscina, la luz del fuego apenas podía arrojaba claridad alguna, por lo que tuvo que dejar de correr y empezar a caminar con cuidado para no correr el riesgo de caerse al agua. El niño sintió algo entre sus pies y no pudo evitar dar un grito al pensar que una de las estriges había conseguido arrastrarse hasta él para agarrarlos los tobillos. Dio un salto a un lado, miró hacia abajo y descubrió a varias ratas huyendo en dirección a las escaleras, escapando del fuego. Ratas grandes como comadrejas. Céfiro, que había tenido experiencias muy desagradables con aquellos animales en las calles de la Subura, puso cara de asco, pero las siguió en dirección a la salida. A su espalda el aire estaba cada vez más caliente, fruto sin

duda del infierno que se había desatado en la habitación de las columnas. Cuando llegó al otro lado de la piscina, sintió un cierto alivio. Por algún motivo, aquel agua estancada y negra le producía un terror más irracional que las decenas de estriges a las que acaba de prender fuego.

Céfiro subió las escaleras corriendo y llegó a la tienda del piso superior. El niño respiró al ver que la mujer aún no había regresado. En ese momento volvió a sentir la tentación de fisgar detrás del mostrador en busca de la caja de monedas que todos los comerciantes solían ocultar en algún lugar, fuera de la vista de los clientes y de los potenciales rateros. Estuvo a punto de vencer las ganas de hacerlo, pero finalmente, al comprobar que su plan había salido tal y como lo había trazado, pensó que nada perdería por dedicar unos instantes a echar un vistazo.

El esclavo dio la vuelta al mostrador y encontró todo tipo de cajas, vasijas, sacos y recipientes. Si había allí algún lugar donde la mujer guardaba el dinero, Céfiro podría tardar un buen rato en dar con él. El riesgo era demasiado elevado. Con cara de frustración, el niño regresó al otro lado del mostrador, dispuesto a marcharse de aquel lugar y esperar en las inmediaciones para ver qué ocurría cuando la mujer regresara. Tal vez incluso le diera tiempo a llegar al teatro para participar en las funciones de aquella tarde.

Echó a correr en dirección a la salida.

Y en ese preciso instante una mano le agarró por el cuello de la túnica y lo arrastró hacia el interior de la tienda.

# CAPÍTULO 21
## LUCHAR CONTRA LA MUERTE

Marco se despidió a Trasíbulo y se dirigió al lugar hacia el que la extraña mujer le había conducido el día anterior para tenderle la trampa. El edificio en ruinas a través del cual había entrado a los sótanos en los que le habían encerrado durante horas estaba cerca del templo egipcio que Marco había visto varias veces en su deambular por la ciudad. En condiciones normales, no habría tardado mucho en llegar desde la casa de aquel miserable de Lucio Quirinio. Sin embargo, en aquella jornada de fiesta, con las avenidas principales cerradas por el paso de la procesión de los gladiadores y el resto llenas de gente, moverse por Pompeya requería el doble de tiempo del habitual. La ayuda de la escolta de Trasíbulo les había permitido desplazarse con algo más de facilidad, pero, una vez Marco se vio solo, comprendió que llegar hasta el templo de Isis y sus inmediaciones podía llevarle varias horas de empujones, insultos y desvíos. Y sin embargo no tenía otro remedio que hacerlo.

La carta de Antígona en la que la joven le informaba del mal estado de salud de su padre había sido lo último que Marco había necesitado para convencerse de que su tiempo en Pompeya había tocado a su fin. En el momento en que Trasíbulo pusiera rumbo al norte, Céfiro, Quinto y él partirían también. Marco confiaba en dejar el asunto de las estriges solucionado antes de que llegara ese momento, pero si no era así no aplazaría el viaje. Los pompeyanos tendrían que apañarse solos para no sucumbir ante la voracidad de aquellas criaturas.

Mientras se abría paso por las calles, Marco pensó que si se daba el caso podría incluso informar a Crises de lo que estaba ocurriendo en aquella ciudad. Si Antígona estaba en lo cierto y el anciano seguía rondando su casa en Roma, a Marco no le resultaría difícil dar con él. ¿No era acaso la misión de Crises acabar con todas las criaturas sobrenaturales del mundo? ¿No era él un representante de esos *palaka* de los que Aadi le había hablado la noche anterior? Que se encargara él de las estriges de Pompeya haciendo uso de sus poderes y su habilidad con las armas, mientras Marco regresaba a su vida y trataba de poner algo de orden en ella.

Estaba sumido en aquellas reflexiones cuando sus pasos le llevaron a una de las vías principales de la ciudad, aquella por la que transcurría la procesión de los gladiadores. Aunque trató de darse la vuelta para tomar otro camino, de alguna manera se vio arrastrado por la muchedumbre y acabó situado sin poder evitarlo detrás de un grupo

de chicas jóvenes de estatura más baja que la suya, lo que permitió que Marco pudiera ver en parte el espectáculo que en esos momentos tenía lugar. Los primeros hombres y carros que desfilaban en dirección al anfiteatro aparecieron por la calle para entusiasmo de los presentes, que rompieron a aplaudir. Justo en el instante en el que se disponía a darse la vuelta, pasó frente a Marco un carro decorado con formas doradas y tirado por dos soberbios caballos blancos. En la caja del vehículo, erguido y majestuoso, estaba Quinto, vestido con su armadura que refulgía bajo los rayos de sol y con la espada de plata alzada frente a él. Cuando el gladiador hizo acto de aparición, los aplausos y vítores se convirtieron en un estruendo atronador de voces que gritaban su nombre y trataban de llamar su atención para robarle una mirada o incluso una sonrisa.

Marco vio pasar a su amigo frente a él y sonrió al escuchar cómo la muchedumbre gritaba su nombre. Una de las jóvenes que estaba delante de él le susurró a una de sus amigas, en voz baja pero sin poder evitar que Marco lo escuchara, que si se imaginaba cómo debía de ser que un hombre tan grande como aquel la cogiera a una entre sus brazos. La amiga la miró con rostro escandalizado ante semejantes palabras en boca de una chica que debía mantener el recato, pero se echó a reír. Marco sabía que los gladiadores tenían un enorme éxito entre las mujeres, pero nunca había pensado que su amigo Quinto llegara a ser tan popular, y mucho menos entre chicas a las que sacaba veinte años.

Cuando el carro de Quinto se alejó en dirección al anfiteatro, Marco reanudó sus esfuerzos para alejarse del lugar. No tenía ningún interés en ver el resto de la procesión. Además, el tiempo apremiaba. Tenía que encontrar el escondite de las estriges antes de que se pusiera el sol, y para ello necesitaba llegar al lugar donde Kuntí le había tendido la trampa.

A medida que se alejó de la avenida por la que transcurría la procesión, el volumen de gente en las calles disminuyó y pudo apretar el paso. Pese a ello, cuando llegó al callejón en el que estaba la *insula* de aspecto abandonado, el sol estaba ya alto en el cielo, indicando que era más de mediodía.

Marco entró en el portal en ruinas y se encontró con que la entrada por la que había bajado al sótano en compañía de la mujer estaba cubierta por unas rocas enormes. Intentó moverlas, pero solo logró apartar las más pequeñas, descubriendo que debajo había más. Las piedras más grandes no se movieron ni una pulgada, a pesar de que Marco empleó todas sus fuerzas. Frustrado, golpeó una de ellas con la palma de la mano. Aquel montón de rocas no había sido llevado hasta allí por ninguna fuerza humana. Incluso con ayuda de una polea habrían hecho falta varios días para colocar un muro tan sólido como

aquel. Marco supuso que el propio Aadi o algunas de sus estriges habían dedicado las últimas horas de la noche a bloquear a aquella entrada para que él no pudiera acceder a su madriguera durante el día.

Marco, convencido de que ni siquiera con la ayuda de Quinto y teniendo varios días para ello podría mover aquellas piedras, salió del portal para buscar otra entrada. Las termas en ruinas en las que se había entrevistado con Aadi eran de tamaño suficiente como para ocupar los sótanos de toda aquella manzana de viviendas, por lo que tenía que haber alguna entrada a ellas en las casas y comercios de los alrededores.

Recorrió las calles aledañas, pero todas las tiendas estaban cerradas a cal y canto debido al día de fiesta. Las viviendas también tenían las puertas cerradas, con excepción de un pequeño portal en el que Marco intentó entrar y del que tuvo que salir corriendo para escapar de un enorme perro encadenado que se lanzó contra él en el momento en que puso un pie en el rellano.

En su recorrido, salió a la plaza en la que estaba el templo de Isis y se encontró frente a un muro en el que alguien había pintado a una mujer con la piel azulada y seis brazos en los que sostenía varias espadas curvadas y la cabeza arrancada de un hombre colgando de los cabellos. La figura femenina, cubierta en parte por unas manchas de lo que parecía barro, mostraba una lengua roja que le llegaba más abajo de la barbilla. Marco la miró sin poder reprimir un escalofrío y se preguntó qué tipo de comercio ponía una pintura así como reclamo. Se quedó con las ganas de saberlo ya que la puerta que había junto a la extraña figura estaba tan cerrada como el resto de las que había visto en las demás viviendas.

Finalmente, Marco se vio de nuevo ante el portal en ruinas en el que había comenzado su recorrido. No había acceso alguno a las termas abandonadas en las que se ocultaban las estriges. Y si lo había Marco no era capaz de encontrarlo.

Se apoyó contra el muro y trató de pensar una solución.

–¿Y qué hago ahora?– pensó, sintiéndose totalmente bloqueado.

Tras un rato de reflexionar sin llegar a ninguna conclusión, Marco pensó que necesitaba aclararse la mente y echó a andar en busca de una taberna.

Sin embargo, tras una buena comida y una jarra de vino, las respuestas no llegaron. El impacto de la carta de Antígona, la rabia contra el maldito Quirinio y la confusión que las visiones que había tenido la noche anterior le impedían pensar con claridad. Alzó la mano para llamar a una de las esclavas que atendían a los clientes y cuando esta se acercó pidió otra jarra de vino.

Cuando estaba llenando de nuevo su vaso, observó que un hombre alto y fornido, vestido a la forma de los gladiadores y cubierto con una capa, entraba en la taberna y se acercaba a la barra. La esclava que atendía en ese momento escuchó sus palabras y negó con la cabeza. El gladiador entonces se volvió hacia los clientes y preguntó en voz alta.

–¡Marco Lemurio! ¿Alguien ha visto a un romano llamado Marco Lemurio?

Marco se encogió en la silla para tratar de pasar desapercibido. Cuando alguien preguntaba por él en las tabernas solo podía tratarse de un cliente insatisfecho o de alguien a quien debía dinero. En Pompeya no creía tener ninguno de los dos, pero, después de tantos años, la reacción le nació de forma automática. Y más cuando el que preguntaba era un hombre enorme con unos brazos como columnas y aspecto de haber nacido con una espada en las manos.

–¿Nadie ha visto al romano llamado Marco Lemurio?– preguntó de nuevo el gladiador.

Marco le observó con disimulo. El rostro de aquel luchador le resultaba familiar. Tras mirarle con atención recordó dónde lo había conocido. En el *ludus* de Petronio, mientras celebraba junto a Quinto su participación en los juegos. Era el hombre que se había encarado con él tras descubrir que era un brujo. Aquel recuerdo hizo que Marco se encogiera aún más y ocultara su rostro detrás del vaso de vino. Lo último que necesitaba en aquel momento era a un gladiador enfadado con ganas de pagar contra él su odio contra las brujas y hechiceros.

El enorme luchador, resignado a no encontrar en aquella taberna al hombre al que buscaba, se volvió de nuevo hacia la esclava.

–Si ese Marco Lemurio viniera por aquí dile que se le necesita en el anfiteatro. Su amigo Quinto está malherido.

–¿Y cómo voy a saber yo quién ese ese tipo?– preguntó la esclava, molesta y deseando poder regresar a sus tareas.

Marco sintió que aquellas palabras le golpeaban como un puño en el estómago. Quinto malherido en el anfiteatro.

Recordó la figura del esclavo que había visto fugazmente en la procesión, montado en el carro con la espada de plata en alto, camino de unos juegos en los que, según sus propias palabras, era imposible que ninguno de sus rivales le causara una herida de gravedad. Marco maldijo a los dioses, maldijo a Petronio el lanista, maldijo a Quinto y se maldijo a sí mismo por haber sido tan estúpido.

El gladiador estaba alejándose ya de la barra cuando Marco se puso en pie.

–Espera– dijo–. Yo soy Marco Lemurio.

El gladiador condujo a Marco hasta el anfiteatro. Por el camino le contó todo lo que había ocurrido en la arena durante el combate, la forma en la que los organizadores habían amañado el resultado,

manipulando las armas y los escudos de Quinto y haciéndole enfrentarse contra dos rivales que habían sido previamente aleccionados para romper todas las normas de aquel tipo de espectáculos. A medida que escuchaba, Marco sintió que la cólera se adueñaba de su alma. La lágrima de Perséfone comenzó a arder en su pecho al sentir su estado de ánimo.

Alguien iba a pagar por aquello.

–¿Quién ha sido el responsable?– preguntó.

–No lo sabemos– respondió el gladiador, aunque en su voz, temblorosa y dubitativa, Marco notó que no estaba diciendo la verdad. Y una mentira como aquella viniendo de un esclavo solo podía tener una explicación: no quería confesar la verdad por temor a su amo.

Marco apretó los puños. Si Petronio resultaba estar detrás del complot que había acabado con Quinto al borde de la muerte, el lanista tendría tiempo de lamentarse por haber participado en aquel asunto. No haría falta que Varrón empleara su poder ante un hombre que había ordenado la muerte de uno de sus esclavos. El mismo Marco se encargaría de él.

Pero antes tenía que salvar la vida a Quinto.

–¿Está muy grave?

El gladiador asintió, pero no respondió con palabras. Marco notó que aquel hombre no se sentía a gusto en su compañía y dedujo que se había visto obligado a buscarle por la ciudad como un último recurso desesperado para tratar de evitar que Quinto muriera, pero sin estar muy convencido de aquello fuera lo más conveniente.

–Démonos prisa– dijo el gladiador.

En el cielo, el sol comenzaba a caer hacia el horizonte. La noche se acercaba.

Cuando llegaron al anfiteatro, se encontraron con que los disturbios aún no habían terminado. Los ciudadanos de Nuceria habían regresado con refuerzos y algunos grupos se enfrentaban en los alrededores, armados con palos, piedras y puñales. Marco, acostumbrado a las peleas entre bandas y miembros de diversos *collegia* en las calles de Roma, apenas prestó atención a lo que sucedía.

–¿Por dónde entramos?

–Sígueme– dijo el gladiador–. Iremos por una puerta trasera.

Esquivaron a los grupos que se increpaban y se enzarzaban en peleas y rodearon el enorme edificio del anfiteatro hasta encontrar una de las puertas de servicio que se empleaban para introducir las mercancías. Marco sentía el corazón acelerado y el estómago encogido. Mientras atravesaba el arco de la puerta, elevó una plegaria a los dioses celestes y a los infernales para que Quinto siguiera todavía con vida.

Llegaron hasta la sala que servía de enfermería y depósito de cadáveres y el gladiador señaló al fondo de la estancia. Marco vio a un hombre inclinado sobre el cuerpo de un hombre enorme, tumbado sobre una de las mesas. Junto a ellos estaba Titono, el *doctor* del *ludus* de Petronio, que observaba la escena con cara de cansancio y rostro de preocupación. Al escuchar que alguien se acercaba, el entrenador alzó la mirada.

–Lemurio…

Marco se acercó al grupo y se inclinó sobre el cuerpo de Quinto. El gladiador tenía los ojos cerrados y respiraba lentamente. Su piel estaba muy pálida.

–Sigue vivo– dijo Marco.

–¿Quién es este hombre?– preguntó el médico.

–Puedes marcharte– dijo Titono–. Él se encargará de todo.

El médico griego miró a Lemurio de arriba a abajo con abierta desconfianza.

–¿Estás seguro?

Lemurio le ignoró. Puso la mano en el pecho de Quinto para notar el latido de su corazón. Estaba débil, pero latía de forma regular. El gladiador tenía los ojos hundidos y la boca entreabierta, pero lo que más llamó la atención de Marco fue su piel, muy pálida. Palpó el cuerpo de su amigo hasta dar con la herida del vientre. Marco comprobó que el médico había hecho una sutura adecuada y que había conseguido frenar la hemorragia. Pese a ello, Quinto estaba ardiendo de fiebre.

Hizo un esfuerzo para apartar de su alma la ira que en aquellos momentos le consumía. Tenía que poner toda su atención y su energía en salvar la vida de su amigo. El tiempo de la venganza llegaría más tarde.

–Que se quede. Tal vez necesite su ayuda. Has hecho un buen trabajo– dijo.

El médico, al ver su labor reconocida, hizo a un lado su desconfianza y se colocó junto a Marco para observar el cuerpo de Quinto.

–He hecho lo que he podido. Tengo experiencia con los gladiadores, y este tipo de heridas son habituales. En apariencia no son muy graves, pero pueden ocultar lesiones internas irreparables. Creo que este es uno de esos casos. Le he dado de beber un potente somnífero para que no sufriera.

–¿Crees que…?– preguntó Marco.

El médico negó con la cabeza.

–No creo que llegue al amanecer. Ha perdido demasiada sangre.

Marco volvió a mirar la herida. Los bordes suturados estaban limpios, pero el vientre presentaba zonas de color morado y estaba

muy hinchado. Tocó con suavidad la zona inflamada y Quinto se removió en la mesa. El médico tenía razón. Había dejado de sangrar por la herida, pero la hemorragia interna no se había detenido. Era muy probable que algún órgano estuviera dañado.

Cerró los ojos y pensó en su madre Neóbula. Tal vez ella habría podido curar aquella herida con sus conocimientos. Pero Marco se sabía incapaz de hacer algo así. Ni estando en Roma, con todos sus papiros y objetos mágicos a su alcance habría logrado frenar aquella hemorragia interna y reparar los órganos dañados.

Era cuestión de horas. Quinto estaba condenado.

Marco acarició el rostro de su amigo, sintiendo que la rabia que había logrado controlar por unos instantes volvía a adueñase de él. Se volvió hacia Titono y le miró a los ojos. Sabía que aquel hombre que le superaba ampliamente en edad había sido un gladiador profesional antes de convertirse en entrenador, y que con toda probabilidad conservaba sus habilidades de combate intactas. Sin embargo, en aquellos momentos Marco se sentía capaz de despedazarlo con sus propias manos si confesaba que él había tenido algo que ver en lo ocurrido con Quinto.

–El gladiador que me encontró me contó lo que había ocurrido. Quiero saber quién es el responsable.

Titono le sostuvo la mirada.

–No lo sé. Puede haber sido cualquiera.

–Pero no ha sido cualquiera. Ha sido alguien que quería a Quinto muerto. Y tú sabes quién es.

Finalmente, el *doctor* bajó los ojos.

–¿Tu amo?– preguntó Marco.

El *doctor* cambió de tema.

–¿No puedes hacer nada? Pensé que los de… tu clase… tenían poderes…

–No soy un dios. No tengo poder sobre la muerte. Puedo curar determinadas heridas… pero esto… Puede que sea demasiado tarde.

–He visto morir a muchos gladiadores, pero Quinto no se merece acabar así. Si le hubieran derrotado con honor, sería muy diferente. Pero de esta manera… ningún gladiador debería morir así. Pensé que tú serías capaz de librarlo de este horrible destino. ¿No conoces a nadie que pueda conseguirlo?

Marco volvió a mirar a Quinto. El médico aplicaba en ese momento un paño frío en su frente para tratar de bajarle la fiebre. Se apartó unos pasos y observó que el suelo alrededor de la mesa estaba manchado con la sangre manada de la herida de Quinto. Marco se agachó y pasó el dedo por el líquido rojo, ya coagulado.

Sangre.

Se observó la yema del dedo con detenimiento y alzó la mirada

hacia Titono.

–Tal vez sí conozca a alguien.

Marco se puso en pie de nuevo y se acercó a Quinto. Volvió a acariciar su rostro y en ese momento recordó el día en que ambos se habían conocido, aquel verano, en la *domus* de Varrón en Roma. Marco había insultado a Quinto y le había amenazado con desatar sobre él todas las furias del Hades, pero el enorme esclavo se había limitado a reír, sin responder en ningún momento con violencia. Unas horas más tardes, cuando Marco había sido asaltado en plena calle por un grupo de matones contratados por uno de sus enemigos, Quinto había aparecido de la nada y le había salvado la vida.

Marco agachó la cabeza junto a la de Quinto.

–Esta vez soy yo quien va a librarte de la muerte, amigo– dijo–. Aunque con ello tenga que condenar a Roma a la destrucción.

Cuando se incorporó sintió que una mano se cerraba en torno a su muñeca.

Quinto había despertado.

–Quinto…– dijo Marco.

El gladiador abrió los ojos levemente, pero estaba demasiado débil y el somnífero que el médico le había suministrado le mantenía casi sedado por completo. Intentó susurrar algo, pero Marco no le entendió.

–No intentes hablar.

El gladiador, sin embargo, se removió inquieto y siguió profiriendo sonidos. Marco volvió a acercar su cabeza al rostro del esclavo.

–La espada. Llévate la espada– dijo, y volvió a quedarse dormido.

# CAPÍTULO 22
## SACRIFICIO

Cuando Marco salió a la calle, el sol casi se había puesto. En los alrededores del anfiteatro continuaban las peleas, pero él volvió a ignorarlo. En su pecho, la lágrima de Perséfone no había dejado de arder en ningún momento. Marco se preguntó si el ser que habitaba en la piedra había llegado a encariñarse con Quinto hasta el punto de sentir también él deseos de venganza. Era algo absurdo, por supuesto. Aquel objeto se limitaba a reaccionar a las emociones de Marco, canalizándolas de alguna manera hasta el punto de parecer un ente vivo.

Un grupo de cuatro hombres se acercaron a Marco y se encararon con él.

—¿Eres de Nuceria?— preguntó uno de ellos.

Marco no dudó un instante. Sacó su daga de la funda y apuntó con ella hacia el grupo.

Los cuatro hombres, deseosos de continuar con la gresca pero no hasta el punto de enfrentarse a un tipo con ojos enrojecidos, aspecto de loco y armado con un puñal, se dieron la vuelta y continuaron con su búsqueda de una nueva víctima.

Marco siguió caminando por las calles sin rumbo fijo. Al fin y al cabo, no se dirigía a ningún lugar. Solo se limitaba a hacer tiempo. Hasta que el sol se pusiera y la noche cayera sobre Pompeya.

El médico le había asegurado que Quinto estaba muy grave, pero que todo apuntaba a que aguantaría con vida al menos unas horas. Marco no necesitaba más. Sabía que en el momento en que la luz del sol desapareciera y la oscuridad se adueñara de la ciudad, el ser al que buscaba iría a su encuentro. Y si no lo hacía, Marco se encargaría de que fuera así.

Caminó por la ciudad, cruzándose con grupos de personas que regresaban a sus casas tras un emocionante día de diversiones. Algunos comentaban en voz alta lo ocurrido en el anfiteatro, hablaban entre risas e indignación lo que había pasado con el gladiador que había sido la gran estrella del día y que había caído víctima de una treta de sus rivales. Dos chicos jóvenes vestidos con ropas de buena calidad hablaban de lo decepcionante que habían resultado las obras de teatro en comparación con lo que se había visto en la arena. Actores mediocres y nerviosos, dijo uno, como si fueran simples aficionados que no habían tenido tiempo de ensayar sus papeles.

Al escuchar hablar del teatro, Marco pensó en Céfiro. Confiaba en

que el niño hubiera disfrutado de su día como actor y, ante todo, en que hubiera regresado a casa antes de la puesta de sol. Sin embargo, Marco no estaba especialmente preocupado por él. El pequeño esclavo había demostrado en numerosas ocasiones unas habilidades espectacularmente desarrolladas para sobrevivir en circunstancias adversas. No, Céfiro ya no era un niño desvalido, si es que alguna vez lo había sido.

Marco anduvo y anduvo, ignorando todo lo que sucedía a su alrededor. A diferencia de lo que solía ser su costumbre, caminó por las zonas más visibles de las calles, dejando que todo el mundo pudiera ver su rostro. Quería que se supiera que Marco Lemurio estaba en las calles, que no se escondía. Quería ser encontrado.

Cuando sus pasos le llevaron hasta el otro extremo de Pompeya y se encontró frente a la muralla, Marco se limitó a darse la vuelta y a seguir caminando en dirección contraria. Cuando tuvo hambre compró algo de comer en un puesto que estaba a punto de cerrar y, sin apenas saborear los bocados que iba dando, siguió andando.

Hasta que finalmente, cuando la noche había caído hacía ya varias horas y los pompeyanos habían regresado todos a sus casas, Marco encontró lo que estaba buscando.

Dos mujeres vestidas con ropas blancas salieron a su encuentro desde las sombras de un soportal, en una calle desierta. Una de ellas, con un cabello largo y oscuro y una piel pálida como la leche, sonrió a Marco y le hizo un gesto para que se acercara. Marco asintió y caminó hacia ella. La mujer acarició su rostro con dulzura, y con delicadeza hizo que Marco inclinara la cabeza, de forma que su cuello quedara al descubierto. Cuando abrió la boca, mostró dos colmillos afilados y puntiagudos, que no tuvo tiempo de clavar en el cuello de su víctima. Con discreción y sin que la estrige se diera cuenta, Marco sacó de su túnica la daga de plata y la clavó con fuerza en el costado de la criatura con aspecto de mujer. Ella aulló de dolor y rabia y trató de apartar a su agresor, pero Marco, a pesar de la fuerza de su rival, logró asestarle otras tres puñaladas antes de dar dos pasos atrás. La estrige se llevó las manos a la herida mientras rugía y caía de rodillas. El humo no tardó en empezar a surgir, y la herida causada por la plata comenzó a arder y a extenderse. La estrige intentó transformarse y adoptar su verdadero aspecto, pero antes de lograrlo se convirtió en una masa negra y humeante sobre los adoquines de la calle.

La otra mujer, que había dado un salto hasta ocultarse entre las columnas al ver a su compañera caer apuñalada, enseñó los dientes y siseó amenazante ante Marco.

–Llévame ante tu amo– dijo él.

–Antes me beberé tu sangre– dijo con voz gutural.

–Inténtalo y probarás esto.

Marco guardó la daga, se retiró la capa y mostró la vaina de una espada que colgaba de su cintura. Sin dudarlo, desenfundó el arma que Quinto le había entregado y su brillo plateado refulgió bajo la luna.

La estrige aulló al ver aquella arma de plata y comenzó a adoptar su forma monstruosa. Los ropajes cayeron al suelo y en lugar de una mujer hermosa pronto hubo entre las columnas una bestia alada de color negro y cuerpo musculoso.

–Vuela y di a tu amo que Marco Lemurio le busca. Dile que estoy dispuesto a aceptar su propuesta.

La criatura volvió a rugir y por un instante Marco pensó que se lanzaría sobre él. Sin embargo, desplegó sus alas y se perdió en el cielo nocturno.

Marco se apoyó en una columna y enfundó de nuevo la espada. Si la estrige hubiera optado por atacarle en su forma monstruosa, habría tenido dificultades para acabar con ella. Aquella espada era sin duda un arma temible en las manos adecuadas, pero él, poco acostumbrado a combatir con aquel tipo de armamento, no habría sabido utilizarla de la forma en la que lo habría hecho Quinto o cualquier otro gladiador experimentado.

Miró al cielo y a las escasas estrellas que se podían ver debido al brillo extraordinario de la luna aquella noche. Tras muchos días de lluvia, las nubes habían desaparecido por completo. Marco se arrebujó en la capa. Las tormentas ya no descargaban su furia sobre Pompeya, pero en cambio el frío parecía estar haciendo por fin su aparición en aquel otoño perezoso y rezagado.

Esperó un rato, sin moverse, a sabiendas de que de un modo u otro, el mensaje sería entregado a su destinatario. Al cabo de un rato, su espera tuvo resultado. La misma criatura que había alzado el vuelo ante él, apareció en el cielo y se posó con gran estruendo sobre el tejado del soportal, partiendo algunas tejas y haciendo que las columnas de piedra se tambalearan. La estrige, inclinada sobre sí misma y con las alas plegadas, miró a Marco con odio.

–¿Y bien?– preguntó.

La criatura emitió un sonido a medio camino entre la voz humana y el gruñido de una bestia. Marco entendió a la perfección lo que había querido decir.

Teatro.

Después de aquello, la estrige volvió a desplegar las alas y a alzar el vuelo, perdiéndose en la noche.

–Al teatro entonces.

Marco, que no sentía interés alguno por las artes de la escena, no tardó en descubrir lo que el mismo Céfiro había comprobado unos días

antes. Pompeya no tenía un teatro, sino dos. Cuando llegó a la plaza frente a los dos edificios, desierta a aquellas horas, se quedó mirando la mole del teatro grande, con su fachada de arcos y esculturas. ¿A cuál de los dos debía dirigirse? ¿En cuál de los dos teatros se ocultaba Aadi aquella noche?

No tuvo que darle muchas vueltas a aquella pregunta, ya que junto a una de las puertas del teatro grande descubrió a la misma mujer que se había convertido en estrige ante sus propios ojos un rato antes. La estrige con forma humana le hizo un gesto para que se acercara y desapareció en el interior del teatro antes de que Marco pudiera alcanzarla. Lemurio, desconfiado, desenvainó la espada de plata y cruzó el umbral.

La mujer le esperaba al otro lado, a una distancia prudencial para mantenerse a salvo del filo de la espada. Miró a Marco con odio y volvió a indicarle que la siguiera. Él obedeció. Si Aadi estaba realmente detrás de todo aquello, no creía que tuviera nada que temer. De quererlo muerto, le habría matado él mismo la noche anterior, sin necesidad de recurrir a una emboscada.

–El niño ha matado a casi todos mis hermanos– dijo la mujer.

–Bien por ese niño– respondió Marco, sin saber muy bien a lo que el monstruo se refería. La estrige gruñó como respuesta y continuó caminando. Condujo a Marco por un laberinto de pasillos hasta llegar a una puerta detrás de la cual se veía una luz.

–Mi amo te espera– dijo.

Por un instante, Marco estuvo tentado de ensartar a aquella criatura con la espada de plata. Sin duda así habría salvado la vida de muchas futuras víctimas que caerían bajo sus colmillos aquella noche y en noches posteriores. Pero no lo hizo. Si quería salvar la vida de Quinto, necesitaba de la colaboración de Aadi, y dudaba que matar a otra de sus criaturas le ayudara a convencerle. Además, era probable que el mismo Marco fuera una estrige sedienta de sangre antes de que la noche terminara.

Marco pasó junto a la mujer y atravesó la puerta, la misma que el pequeño Céfiro cruzara días antes en compañía del anciano Sóstrato. Ante él, apareció el teatro grande de Pompeya en toda su magnificencia, con las gradas vacías y el escenario, sin embargo, iluminado como en una noche de función con decenas de lucernas y antorchas. A diferencia de Céfiro, Marco no sintió ninguna emoción especial al ver el interior de aquel edificio. Eran otros los asuntos que le habían llevado hasta allí.

Caminó hasta el centro del escenario y observó a su alrededor. El lugar estaba desierto en apariencia, y sin embargo podía sentir la presencia de numerosas criaturas a su alrededor. La lágrima de Perséfone, que no se había vuelto a enfriar desde que Marco había

recibido la noticia del herida recibida por Quinto, se calentó aun más, muestra inequívoca de que había enemigos en los alrededores. Se llevó la mano al colgante y lo acarició. Tenia una promesa que cumplir al morador de la piedra… pero Marco no estaba seguro de poder cumplir su palabra en aquella ocasión.

Un movimiento en lo alto de las gradas llamó su atención. Sobre la estructura de piedra, justo bajo el mecanismo que desplegaba los toldos en los días de lluvia, una figura humana se irguió, haciéndose visible.

–Aadi– murmuró Marco.

La estrige abrió los brazos y flotó sobre las gradas como lo habría hecho una pluma mecida suavemente por el viento. La tela que colgaba de sus mangas flotaba con suavidad y los pliegues de su túnica rozaban las piedras de las escaleras y el graderío. Aadi voló hasta el escenario y se posó frente a Marco con gracilidad.

En ese momento, decenas de estriges comenzaron a aparecer por todos los rincones del teatro, todas ellas en su forma monstruosa y alada, descendiendo por las columnas, saltando por las gradas, trepando por los techos con sus garras afiladas o planeando con sus alas coriáceas.

–Has venido a mí, *palaka*– dijo la estrige–. Armado con una espada de plata.

Marco asintió y enfundó el arma.

–No he venido a luchar– dijo.

–¿Has venido a aceptar mi propuesta?

La estrige se acercó hasta Marco y comenzó a caminar a su alrededor en círculos.

–¿Deseas acompañarme en mi viaje infinito a través del tiempo?

–No lo deseo– dijo él–. Pero estoy dispuesto a convertirme en tu compañero. Si tú haces algo por mí.

Aadi enarcó las cejas, sorprendido.

–¿Quieres hacer un trato? Qué curioso… Es lo mismo que yo iba a proponerte.

La estrige hizo una señal con la mano y de una de las puertas de detrás del escenario apareció Kuntí, armada con la espada de hoja curva y empujando frente a ella a un niño con la cabeza cubierta por un saco y las manos atadas a la espalda. El niño estaba gritando todo tipo de insultos e improperios que habrían hecho enrojecer a un estibador del puerto de Ostia. La mujer entró al escenario y obligó al pequeño a que se pusiera de rodillas frente a ella. El niño obedeció a regañadientes, pero siguió insultando y amenazando a su captora.

Marco reconoció de inmediato la figura y la voz de Céfiro. Sin dudar un instante, se llevó la mano a la empuñadura de la espada para desenvainarla y atacar con ella a la mujer. Aadi le agarró el brazo con

su fuerza prodigiosa y le obligó a permanecer donde estaba.

–¡Suéltale!– gritó Marco, aún con la mano en la empuñadura de la espada.

–Eso dependerá de la decisión que tomes, Lemurio. Kuntí, quita a nuestro pequeño asesino esa cosa de la cabeza. Quiero que su amo vea su rostro. Tal vez por última vez.

–Si le hacéis algo…

–Sabes perfectamente que no puedes nada contra mí. Ni armado con tu bonita espada de plata podrías causarme daño alguno, así que ahórrate las amenazas. Tú has venido con una propuesta en mente. Tal vez yo te conceda tu petición… y tal vez incluso libere a tu esclavo. Pero no sin que antes hayamos hablado, *palaka*.

Kuntí quitó el saco de la cabeza de Céfiro y el niño se revolvió para tratar de morder su mano. La mujer no se pudo contener y le dio una bofetada con el dorso de la mano que hizo que el niño cayera al suelo.

–¡Hija de mil putas sin dientes, tendría que haberte quemado también a ti y tu tienda de mierda!

Kuntí le puso la punta de la espada en el cuello al esclavo, logrando así que este guardara silencio.

–No hay duda de que es un niño valiente– dijo Aadi–. Le has educado bien. Sé que no es sangre de tu sangre, pero le quieres como si lo fuera. ¿Me equivoco?

–¿Qué quieres de nosotros, Aadi?– preguntó Marco.

–No te negaré que lo que mi alma me pide en estos momentos es arrancarte a ti el corazón y entregar a tu pequeño bastardo a mis hijos para que lo devoren. Pero en el largo tiempo que ha durado mi vida he aprendido a controlar mis impulsos, a renunciar a los placeres inmediatos en favor de bienes más duraderos. Tu muerte sin duda me produciría una satisfacción inmediata… pero me pasaría eones preguntándome qué habría pasado si te hubiera perdonado y te hubiera concedido lo que los dos ansiamos. Confío en que aprecies el valor de mi perdón, *palaka*, ya que tu pequeño esclavo en el día de hoy ha dado muerte a decenas de mis hijos. ¿No sería justo que yo le matara a él en compensación?

Marco miró a Aadi sin comprender.

–¿Cómo…? ¿Céfiro…?

–En efecto. Sorprendente, ¿verdad? Hará grandes cosas en el futuro, si es que su estupidez y su osadía no le conducen a una muerte prematura. Se coló de algún modo en la madriguera en la que dormían mis hijos. Burló la vigilancia de mi amada Kuntí y prendió fuego a sus cuerpos. Ellos, indefensos como estaban durante el día, solo pudieron gritar mientras las llamas devoraban su carne y los convertían en cenizas. Criaturas recién nacidas entregadas al fuego por la mano de este niño sádico y cruel.

Marco miró a Céfiro que, todavía en el suelo, le devolvió la mirada y sonrió. ¿Era posible que aquel niño hubiera sido capaz de encontrar la entrada al cubil de los monstruos que a él mismo se le había resistido durante todo el día? ¿Había sido capaz de acabar con decenas de estriges él solo? Marco, aterrado como estaba por el peligro que ambos corrían, por la idea de que Quinto podía estar expirando en aquel mismo momento, no pudo evitar esbozar también él una sonrisa.

Qué formidable persona era aquel pequeño esclavo. Pensó en la visión que había tenido en las aguas, el futuro que el propio Aadi le había mostrado, y recordó al Céfiro adulto al que había podido ver en aquellas imágenes oníricas. La estrige tenía razón. Aquel niño llegaría a ser alguien muy grande.

–Libéralo y seré tuyo. Te acompañaré durante toda la eternidad. Seré tu esclavo si eso es lo que deseas.

Aadi negó con la cabeza.

–No. No es un esclavo lo que deseo. Quiero que te unas a mí. Pero como un igual. Como un compañero. Puede que incluso, con el paso del tiempo, como un amigo.

Marco pensó que ni aunque pasaran miles de años podría llegar a considerarse amigo de una criatura como aquella, pero se obligó a asentir. Si las vidas de Quinto y Céfiro dependían de que él se convirtiera en un monstruo, así sería. Iba a hablar cuando Kuntí se le adelantó.

–¿Qué estás diciendo?– gritó la mujer, sin dejar de apuntar a Céfiro con la espada–. ¡Dijiste que lo matarías! ¡Dijiste que los matarías a los dos!

Aadi soltó el brazo de Marco y miró a la mujer.

–Kuntí… No entiendes…

–¿Qué es lo que no entiendo?– dijo ella, dando un paso al frente y dejando solo a Céfiro–. ¿Qué es lo que no entiendo? ¿Qué puedo no entender después de haberlo dejado todo por ti? Después de haber abandonado a los míos, de haber dejado atrás mi tierra, mis dioses, mi fe y mis creencias, por ti, Aadi. Por amor a ti. Porque creía que algún día me considerarías digna de tu don, de formar parte de lo que tú eres.

–No sabes lo que dices.

–¡Eres tú el que no sabes nada! Llevas tanto tiempo siendo inmortal que has olvidado lo que es el deseo, el ansia de estar con la persona amada cada día, cada noche, por toda la eternidad. Te he ofrecido toda mi vida. Te he ofrecido renunciar a volver a ver el sol, a volver a saborear la comida, a disfrutar de un amanecer sobre el mar. Te he ofrecido todo lo que soy y tengo. Pero tú una y mil veces me has rechazado. Dices amarme pero no quieres que esté contigo más que

como una sirvienta que vela tu sueño.

–Sabes que te amo. Y sin embargo no puedes entender la dimensión de lo que eso significa.

Kuntí ignoró las palabras de la estrige y caminó hasta ella, con la espada en alto.

–Y de pronto aparece este romano. Este hombre con su aliento a vino, con sus manos que huelen a coño de puta barata… y te fascina con su estirpe y su palabrería. Pero él no es más que yo, ¿sabes, Aadi? ¡No es más que yo! ¡No puede darte nada que yo no pueda! Su sangre, su sangre es igual que la mía.

La mujer alzó la espada y lanzó una estocada contra el rostro de Marco. Este se apartó a tiempo de evitar una herida más grave, pero el filo del arma consiguió herirle de forma superficial y abrir una herida en su mejilla que de inmediato empezó a sangrar. Marco se llevó la mano a la herida y se manchó los dedos de sangre. Pensó en responder a aquel ataque, pero comprendió que no era lo bastante rápido como para poder hacer nada contra la mujer. Antes de que él mismo desenvainara una de sus armas, Aadi podría acabar con su vida con un solo golpe.

–Tómale si lo deseas. Bebe su sangre. Pero no le entregues la tuya. No le entregues lo que por derecho me pertenece a mí.

–He tomado una decisión, Kuntí. Será Marco quien reciba mi don. Ojalá algún día puedas entenderlo.

La mujer cerró los ojos, como si aquellas palabras se le hubieran clavado en lo más hondo de su corazón.

–Coge al niño y llévalo fuera. Libéralo. Y espérame en el lugar que hemos acordado. El alba se acerca. Hablaremos mañana por la noche.

Kuntí abrió los ojos y sonrió. En sus ojos había desaparecido cualquier rastro de cordura.

–No dejaré que mi cuerpo se marchite mientras tú permaneces joven eternamente. No quiero la vida si no es contigo.

Antes de que Aadi pudiera impedirlo, Kuntí se llevó el filo de la espada a la garganta y se hizo un profundo corte con ella. La sangre que manó de la herida manchó la túnica de Marco y salpicó las ropas de la estrige.

–¡No!– gritó Aadi, y se lanzó sobre el cuerpo de Kuntí, que caía sobre las tablas del escenario. Tomó a la mujer en sus brazos y con sus manos trató de taponar la herida, sin conseguirlo–. No, no, no. Kuntí… No, no tenía que acabar así, mi amor. No, no tenía que acabar así…

Marco aprovechó lo que estaba ocurriendo para acercarse a Céfiro y se agachó junto a él. El niño se había quedado sin habla al ver cómo Kuntí se cortaba la garganta con su propia espada.

–¿Estás bien?– preguntó Marco mientras tomaba el rostro del niño

en sus manos y le obligaba a mirarle.

–Eso creo– respondió Céfiro, haciendo fuerza con el cuello para seguir mirando la escena que se desarrollaba entre Kuntí y Aadi–. Esa loca se ha cortado el cuello.

–Quédate a mi lado– dijo Marco. A su alrededor, las estriges habían comenzado a moverse lentamente, acercándose a ellos desde todos los puntos del teatro. Marco contó hasta treinta de aquellas criaturas, situadas de forma que les cerraban todas las salidas posibles.

Mientras Marco evaluaba sus posibilidades de escapar, Aadi dejó el cuerpo de Kuntí en el suelo y se dejó caer sobre él. Sus mejillas estaban llenas de lágrimas de un color rojo intenso. Lágrimas de sangre.

–Mi amor– murmuraba–. Mi amor… esto no tenía que acabar así.

Marco se puso en pie. Era inútil intentar escapar. Las estriges habrían caído sobre ellos en el momento en que Aadi se lo hubiera ordenado. Solo saldrían de allí si aquel hombre inmortal lo consentía. Caminó hasta la estrige y se arrodilló junto a ella. Extendió la mano para tocar el cuello de Kuntí, temiendo que Aadi le detuviera, pero este no hizo nada.

–Aún le queda un hálito de vida– dijo–. Puedes salvarla si lo deseas. Tu sangre tiene ese poder. ¿Me equivoco?

Aadi, con el rostro arrasado por el dolor y los ojos cerrados, negó con la cabeza.

–Mi sangre puede curar algunas heridas, pero no una tan profunda. Solo hay un modo de que yo pueda salvarla de la muerte. Convertirla en uno de los míos.

–Eso es lo que ella deseaba– dijo Marco–. ¿No se lo concederás?

Aadi abrió los ojos y Marco observó que estaban completamente inundados de sangre.

–Se lo habría concedido hace tiempo si hubiera cedido a mi propio egoísmo. Tú no lo entenderás, como tampoco lo entendió ella. El amor no significa desear lo mejor para uno mismo, sino desear lo mejor para la persona amada. ¿Cómo condenarla al frío eterno? ¿Cómo condenarla a la nostalgia infinita de la luz del sol? A la sed perpetua, al ansia que jamás se acaba, que te devora por dentro, a los mil puñales que se clavan en tu alma a cada instante. ¿Sabes lo que significa ver tu mundo corromperse, ver los palacios y los templos reducidos a polvo, los cuerpos de tus seres queridos convertidos en montones de huesos? Mientras tú sigues vivo, todo muere. Y deseas estar muerto, pero al mismo tiempo no tienes el valor de dar ese paso… ¿Cómo condenar a mi pequeña Kuntí a una muerte en vida? No, no era ese el destino que tenía pensado para ti, mi niña, mi amada…

Aadi dejó caer su cabeza sobre el regazo de Kuntí. En ese preciso

momento, la mujer dejó exhalar su último aliento.

–Era el destino que tenías pensado para mí– dijo Marco.

–A ti no te amo, Marco Lemurio. Tal vez habría llegado a amarte, con el tiempo. Pero lo que sentía por ella… ni en mil vidas podrías llegar a entender lo Kuntí era para mí. Adiós, mi pequeña. Adiós.

Marco, al ver que las estriges comenzaban a moverse de nuevo y empezaban a acercarse a Céfiro, indefenso en el suelo y con las manos atadas a la espalda, se puso en pie, todavía con la espada de plata en la mano. Al ver el filo plateado, algunas de las criaturas dudaron y retrocedieron. Otras, sin embargo, siguieron deslizándose desde los techos, columnas y paredes, cada vez más cerca. Una desplegó sus alas, planeó hasta el escenario y empezó a avanzar a cuatro patas hasta donde estaba Céfiro. Marco corrió junto a él y alzó la espada.

–Quédate a mi lado– dijo.

La estrige se puso en pie, desplegó las alas y comenzó a rugir. Marco trazó un arco con la espada frente a él, tratando de mantenerla alejada. La estrige dio un salto hacia atrás, sin dejar de gruñir y enseñar los dientes.

–Marco, detrás de ti.

Marco se giró y descubrió que por las paredes del escenario otras estriges comenzaban a deslizarse usando sus garras para sostenerse en el muro.

–¿No conoces algún truco para matarlas a todas?–preguntó el niño.

–Si lo conociera ya lo habría hecho. ¿De verdad mataste a decenas de ellas en esas termas abandonadas?

–Supongo que no fueron bastantes– dijo Céfiro. El niño se puso en pie, y se situó espalda con espalda con su amo.

Las estriges comenzaron a caer sobre el suelo del escenario, a su alrededor, formando un círculo en torno a ellos. Una de las criaturas lanzó su garra contra Marco y este le lanzó una estocada con la espada de plata, logrando cortarle dos dedos con facilidad. La criatura se alejó aullando de dolor. La herida causada por la plata no tardó en extenderse y hacer que la estrige empezara a arder y muriera poco después. Los otros seres retrocedieron, pero tanto Marco como Céfiro sabía que era cuestión de tiempo que les derribaran con un ataque y le quitaran la espada antes de caer sobre ellos.

–Alto– dijo la voz de Aadi–. Dejad a estos dos para mí. Vosotras salid a la noche y alimentaos.

Las estriges dudaron unos instantes, pero acabaron por obedecer al que era su creador, su padre y su amo. Una tras una, desplegaron sus alas y echaron a volar hacia el cielo estrellado sobre el teatro. Cuando estuvieron solos, Marco bajó la espada. Sabía que contra Aadi no tenía nada que hacer, con arma o sin ella.

–Supongo que ha llegado el momento– dijo–. Deja al menos que el

niño se marche.

–Viniste aquí con una propuesta. Antes de saber que Kuntí había atrapado al niño, querías pedirme algo. Te escucho.

Marco se mantuvo firme, ocultando a Céfiro tras él. Pensó en si conservaría sus recuerdos una vez Aadi le hubiera transformado en una estrige. Si no era así, tendría que pedirle a Céfiro que se alejara de Pompeya cuanto antes y que no volviera a viaja jamás hacia el sur. La idea de convertirse él mismo en un monstruo que acabara por beberse la sangre de aquellos a quienes había amado en vida le resultaba insoportable.

–Un amigo mío está herido, al borde de la muerte. Quería pedirte que le salvaras la vida. La vida de mi amigo a cambio de la mía. Concédeme eso, libera además a mi esclavo, y seré tu compañero tanto tiempo como consideres oportuno.

–Marco– dijo Céfiro, sin entender muy bien de qué estaba hablando su amo–, ¿qué estás diciendo?

Aadi camino hasta ellos y miró al niño. Sus mejillas seguían mostrando dos regueros rojos por las lágrimas derramadas. Céfiro se ocultó detrás de la espalda de Marco.

–¿A qué esperas? Clávale la espada…

Tanto Marco como Aadi le ignoraron.

–Supongo que quieres que te dé mi sangre para poder curar esa herida.

Marco introdujo la mano en uno de los muchos bolsillos que ocultaba su túnica y sacó una pequeña redoma vacía en la que solía llevar los ingredientes para sus hechizos.

–Deja que el niño la lleve al anfiteatro para que mi amigo pueda vivir.

Aadi cogió el pequeño recipiente y, tras morder con sus colmillos su propia muñeca para abrir una herida, dejó que su sangre llenara el frasco. La herida se cerró casi de inmediato con una rapidez sobrenatural. Le tendió la redoma a Marco y este asintió y se agachó junto a Céfiro.

–Corre al anfiteatro y busca la sala donde llevan a los gladiadores heridos. Entrégasela al médico que atiende a Quinto y dile que derrame esta sangre en su herida. No sé si funcionará, pero confío en que bastará para curarle. Si llega a despertar, dile que lo siento. Nunca debí haber permitido que combatiera en la arena.

Céfiro cogió la redoma y aferró la túnica de Marco con su mano derecha.

–¿Qué estás diciendo, Marco? ¿Vas a quedarte aquí con este hombre? Saca la espada y lucha contra él. No puedes hacer tratos con estos monstruos. ¿Sabes lo que le hicieron a mi amigo Sóstrato en este mismo escenario? Ahí mismo, sí. Tenemos que matarlos a todos.

Tienes la espada de Quinto, puedes…

Marco calló al niño atrayéndole contra su pecho para fundirse con él en un abrazo. Céfiro no sabía qué era lo que estaba ocurriendo, pero se echó a llorar, desahogando por fin todo el miedo y la rabia que había experimentado en las últimas horas. Cuando se separaron, Marco le miró a los ojos.

–Vuelve a Roma con Quinto y con los hombres de Varrón. Dile a Antígona que lo siento y quédate con ella. Ella cuidará de ti, Céfiro. Márchate ahora. El tiempo apremia.

–Pero Marco…

–¡Márchate he dicho!–le gritó mirándole a los ojos fijamente. La salvación de Quinto podía depender de que Céfiro llevara a tiempo la sangre de la estrige para que el médico pudiera curar su herida.

–No hay necesidad de despedidas– dijo Aadi tras él–. Puedes llevar tú mismo esa sangre a tu amigo.

Marco se giró y se puso en pie.

–¿Qué estás diciendo? ¿Es uno de tus trucos?

La estrige sonrió con amargura.

–No creo haberte engañado en ningún momento, *palaka*. He sido sincero contigo. Ya no deseo que seas mi compañero. Ni tú… ni nadie. Sencillamente, ya no deseo seguir adelante.

–¿Me dejas libre? ¿Así, sin más?

La estrige caminó junto al cuerpo de Kuntí y se arrodilló junto a ella. Tomó la cabeza de la joven en sus manos y la dejó sobre sus rodillas.

–Estoy cansado, Marco Lemurio. Después de haber vivido miles de años, estoy cansado. Solo quiero cumplir uno de los sueños de Kuntí, ya que en todo lo demás la he decepcionado. Quiero ver un amanecer junto a ella, con su cuerpo entre mis brazos. Dicen que no hay mayor dicha que ver salir el sol con la persona amada reclinada en tu pecho. Disfrutaré de esa sensación, al menos una vez.

–¿Eso significa…?

–Márchate, Marco Lemurio. Déjanos a solas. Ve a cumplir tu destino, lo que quiera que hayas visto en las aguas. Y cuida de ese niño. Como te he dicho, está llamado a hacer grandes cosas.

Aadi cerró los ojos y agachó el rostro para besar la frente de Kuntí.

–Es el momento, Marco. Clávale la espada– dijo Céfiro.

–No. Vámonos de aquí. Tenemos que curar a Quinto.

Marco pensó en decir algo más a Aadi. Despedirse de él, darle las gracias, hacerle una última pregunta para aprovechar la sabiduría infinita de la estrige. Sin embargo, guardó silencio. Monstruo o no, aquel ser tenía derecho de disfrutar sus últimos momentos en el mundo de los vivos junto a la mujer a la que amaba. Si Marco había interpretado bien las palabras de la estrige, aquella era su última

noche. Le quitó a Céfiro la pequeña redoma llena de sangre y empujó al esclavo hasta la puerta del escenario por la que habían entrado.

Sobre sus cabezas, el cielo negro de la noche comenzaba a teñirse de un color azul oscuro. Se acercaba el amanecer.

# CAPÍTULO 23
## AMANECER

Marco y Céfiro salieron del teatro a toda prisa. El anfiteatro no estaba lejos, pero la idea de Quinto moribundo hizo que Marco estuviera tentado de mandar a Céfiro a casa para poder correr él mismo más rápido.

–Tenemos que llegar al anfiteatro cuanto antes. ¿Crees que podrás seguirme corriendo?

–¿Te apuestas algo?– dijo Céfiro sonriendo. El niño, que unos momentos antes había creído que iba a perder a su amo para siempre a manos de una estrige y que había llegado a estar convencido de que su propia muerte era inminente, veía en el amanecer que comenzaba a despuntar un motivo más que sobrado para sonreír y ser optimista. Había quemado a decenas de estriges, había conseguido escapar de aquella mujer loca y había vivido para ver un nuevo día. En esos momentos, Céfiro no solo se sentía capaz de correr hasta el anfiteatro, sino de volar hasta Roma si Marco se lo pedía.

–No te quedes atrás– dijo Marco, que no compartía el optimismo del esclavo–. Y estáte atento. Hasta que salga el sol del todo podría caer sobre nosotros una de esas cosas.

–El que llegue el último paga una moneda de plata– dijo el niño, y echó a correr.

Marco le siguió, y no tardó en empezar a notar el cansancio y la dificultad para respirar. Una fuerte punzada en el costado le obligó a parar. Céfiro, que corría frente a él, se detenía de cuando en cuando para comprobar que su amo le seguía. El niño le hacía señas para dar ánimos a Marco y conminarle a no pararse para recuperar aliento. Cuando llegaron a la explanada ante el anfiteatro, el esclavo apenas presentaba una respiración agitada mientras Marco casi no podía dar un paso.

–Sígueme– dijo Marco, casi sin resuello.

–Si vamos un poco más lejos te quedas por el camino– comentó el niño. Marco le ignoró.

La puerta por la que había entrado al anfiteatro junto al gladiador compañero de Quinto la tarde anterior seguía abierta, sin duda por petición de Titono, confiado en que Marco pudiera regresar en algún momento. Esclavo y amo recorrieron los pasillos y llegaron a la sala en la que estaba Quinto. El joven médico estaba sentado en el suelo, con la cabeza caída sobre el pecho, dormido. Titono, sin embargo, seguía en pie junto a la mesa en la que estaba el cuerpo de Quinto,

vigilando el estado del gladiador con fidelidad férrea. Pese a ello, su rostro denotaba el cansancio de todo un día y una noche de actividad extrema, con oscuras y marcadas ojeras. Al ver entrar a Marco se volvió hacia él, esperanzado.

–¿Y bien?

–¿Cómo está?– preguntó Marco, que ya había comenzado a recuperar la respiración–. Céfiro, búscame agua. O vino. Mejor vino.

–¿Y de dónde saco vino en este sitio?

El niño desobedeció las órdenes de su amo y se situó junto a él para ver cómo se encontraba Quinto.

–Todavía respira– dijo Titono–. Pero está cada vez más débil.

–Reza a tus dioses, *doctore*– dijo Marco–. Esperemos que esto sirva.

Con cuidado, aplicó los dedos a la herida, más inflamada que la última vez que la había revisado, y abrió los puntos de sutura. Del interior de la herida brotó una mezcla de sangre oscura y un pus amarillento. El gladiador se removió en la mesa, sin llegar a despertarse. Marco cogió un paño limpio que el médico había dejado cerca y lo aplicó sobre la herida. Una vez esta estuvo limpia, sacó la redoma llena de sangre de la estrige.

–¿Qué vas a hacer?– preguntó Titono, que por naturaleza seguía desconfiando de las habilidades de Marco.

–Lo único que nos queda. Magia.

Volcó la redoma sobre la herida y dejó que la sangre de Aadi se mezclara con los fluidos corporales de Quinto. El líquido vital de la estrige se introdujo en el cuerpo del gladiador, como si este estuviera sediento y la absorbiera de forma voluntaria. Una vez la redoma estuvo vacía, Marco aplicó el paño a la herida abierta y apretó con cuidado.

–Ahora hay que esperar.

Titono asintió.

–Céfiro– dijo Marco.

El niño, que acariciaba con cariño la cabeza de Quinto, alzó la mirada.

–¿Dónde está ese vino que te he pedido?

En el teatro grande de Pompeya, los pájaros que anidaban en los aleros del tejado, comenzaron a cantar. Tras una noche en la que habían estado escondidos en sus nidos, alertados por la presencia de extrañas criaturas, con la llegada de la luz las aves se atrevieron a salir y empezaron a entonar sus trinos, llenando las gradas y el escenario con su melodía.

Sobre las tablas del escenario, Aadi lloraba. El hombre que había vivido miles de años, que había visto alzarse y desaparecer reinos e imperios, que había amado y visto envejecer a decenas de hombres y

mujeres, algunos de los cuales habían muerto en sus propios brazos, lloraba sobre el cadáver de una joven de piel oscura y ojos negros. El rostro de Kuntí se mostraba sereno, con los ojos cerrados. Sus ropas estaban empapadas por una sangre que comenzaba a coagularse. La estrige lloraba sobre la que él consideraba el amor de su vida, el ser humano que mejor le había comprendido, al que más había amado y al que, en consecuencia, no había querido arrastrar a la vida monstruosa que él mismo vivía.

–Mi Kuntí. Mi niña. Incluso ahora, eres el ser más bello que existe en el mundo. Perdóname por haber entrado en tu vida. Ojalá nunca me hubieras conocido, pequeña.

Las lágrimas de sangre de Aadi caían sobre el rostro de la muchacha y se mezclaban con su propia sangre. La estrige besó su frente, su boca, ya fría, sus párpados cerrados.

Sobre ellos, el cielo ya estaba completamente azul. Al igual que durante la noche, no había ni una sola nube.

Aadi empezó a sentir la somnolencia que siempre se apoderaba de él cuando llegaba el amanecer. Las estriges más jóvenes debían retirarse a dormir en el momento en que la claridad comenzaba a iluminar el cielo; él, por el contrario, era capaz de resistir ese impulso y podía continuar despierto incluso cuando el sol ya había salido. Sin embargo, en ese momento sus poderes se debilitaban hasta casi desaparecer. La estrige se notaba débil, y todo su ser le pedia a gritos que echara a volar, que se ocultara en algún agujero bajo tierra, antes de que fuera demasiado tarde. Pero eso era precisamente lo que él buscaba. Que el sol acabara con todo.

–Adiós, mi amor. Pese a todos mis siglos de vida, desconozco si hay algo más allá de la muerte. Tal vez lo averigüemos. Juntos tú y yo.

Aadi agachó la cabeza una última vez y apoyó su frente sobre la frente de Kuntí. Ya no lloraba. Sentía una inmensa paz, tal vez fruto de la debilidad, tal vez fruto del convencimiento de que todo había terminado, de que ya no tenía que luchar más.

Los primeros rayos de sol cayeron sobre el escenario del teatro y alcanzaron el cuerpo de la estrige, que comenzó a arder casi de inmediato. Aadi resistió el dolor que las llamas le causaron. Hacía mucho tiempo que no sentía nada semejante. Poderoso como había llegado a ser, casi invencible, habían pasado siglos desde que alguna criatura había conseguido herir su cuerpo. Pero el sol era un adversario formidable, y Aadi no se resistió ni luchó contra él. Se dejó caer sobre el cuerpo de Kuntí, de forma que las llamas acabaron por prender también las ropas de la mujer muerta.

Con un último golpe de voluntad, la estrige moribunda pronunció unas palabras antes de convertirse en un montón de cenizas.

–Te quiero, amor mío.

En toda Pompeya y en las localidades cercanas, ocultas en sótanos, en desvanes, en las tumbas junto a los caminos, todas las estriges que habían sido engendradas por Aadi comenzaron a arder en llamas al tiempo que lo hacía su amo. La sangre que compartían les unía en un mismo destino, y el sol que devoró al maestro hizo que las estriges más jóvenes se convirtieran en ceniza sin que ninguna de ellas, dormidas y envueltas por la oscuridad, llegaran a ser conscientes de lo que estaba ocurriendo.

Titono y el médico, que finalmente se había despertado, ayudaron a Céfiro a conseguir algo de vino para Marco, que bebió con ansia para aplacar su sed. Los cuatro permanecieron en la habitación alrededor del cuerpo del gladiador. Cada cierto tiempo entraba alguno de los esclavos del anfiteatro para interesarse por la situación. En un momento dado apareció uno de los siervos del duunviro Cayo Quincio a pedir noticias acerca de la salud de Quinto. Titono contó a Marco que el magistrado había dado orden de que se le informara de todo y se le hiciera saber de inmediato si había algo que estuviera en su mano para salvar al moribundo. Al escuchar aquello, Marco supuso que Quincio no había tenido nada que ver en el asunto del intento de asesinato de su amigo.

Céfiro no tardó en quedarse dormido en el suelo, hecho un ovillo y con la cabeza apoyada en un cojín que el médico le proporcionó. Marco observó con alivio que la fiebre de Quinto comenzaba a remitir y que la respiración de su amigo se hacía más lenta y profunda. Cuando el gladiador comenzó a roncar, el médico afirmó que el peligro parecía haber pasado.

–No puedo dar un diagnóstico definitivo, pero parece que se esta recuperando. No sé qué habéis hecho mientras yo dormía. Sea lo que sea, ha dado resultado.

El médico, al ver que poco más podía hacer en aquel lugar, se excusó y salió de la habitación, dejando solos a Marco y a Titono.

–Creo que tenemos una conversación pendiente– dijo Marco–. Necesito saber quién ha estado detrás de todo esto. Sabes tan bien como yo que no ha sido un accidente.

El veterano gladiador dudó unos instantes antes de responder.

–Sabes soy un esclavo. No soy libre para hablar.

–Además de esclavo eres gladiador. O lo fuiste. Y si algo he aprendido de Quinto, eso tiene un significado.

–Lemurio…

–No hace falta que hables. Solo hay un motivo por el que un esclavo calla, y es el temor a despertar la cólera de tu amo. ¿Está Petronio detrás de esto? ¿Ha intentado tu amo matar a mi amigo?

Titono se dio la vuelta y se acercó de nuevo al cuerpo de Quinto.

–Soy un hombre viejo, y he visto muchas cosas, Lemurio. No creo que me queden muchos años de vida, y ya solo aspiro a ver a mis muchachos triunfar en la arena y alcanzar la gloria que yo mismo saboreé en mis tiempos. Y si la muerte me sorprende antes de tiempo… Bien, supongo que la saludaré con orgullo, igual que habría hecho si en lugar de aparecer en la vejez me hubiera tocado afrontarla en la arena, siendo más joven.

–No sé qué quieren decir tus palabras, anciano.

Titono se volvió hacia él.

–Quiero decir que si mi amo ha tenido algo que ver en el intento de asesinato de Quinto, yo mismo me encargaré de que pague por ello. Pero no es la mano de Petronio la única que se ha movido aquí. Ese amigo suyo, ese Sexto Peduceo, por algún motivo te odia, Lemurio. Algo hiciste para ganarte su enemistad. Fue él quien incitó a mi amo, quien puso el dinero para torcer su voluntad. Él es el responsable último de que Quinto esté sobre esta mesa, luchando entre la vida y la muerte. Pero yo no puedo hacer nada contra un hombre tan poderoso.

Marco asintió en silencio. Aquello tenía sentido. Sexto Peduceo le odiaba porque él se había mostrado dispuesto a declarar en un juicio a favor de su vecino, Lucio Septimio. De algún modo, Marco se había visto envuelto en un asunto de política interna que le era por completo ajeno. Y aquello había estado a punto de costarle la vida a uno de sus mejores amigos.

–Ocúpate tú de tu amo. Yo me encargaré de Peduceo.

Como si quisiera mostrar su acuerdo con las palabras de Marco, Quinto se movió ligeramente sobre la mesa y se tiró un largo y sonoro pedo. Marco no pudo evitar esbozar una sonrisa. Su amigo sobreviviría.

Cuando Lais entró en el escenario del teatro grande, el sol estaba ya alto el cielo. La veterana actriz había sido la primera en llegar, dispuesta a recoger todas sus pertenencias. La compañía de actores partiría al día siguiente, rumbo al norte, una vez que las celebraciones en Pompeya habían terminado y su trabajo allí podía darse por concluido. Lais suspiró al ver las gradas del teatro desiertas.

Los estrenos del día anterior habían resultado un completo desastre. La desaparición de Sóstrato había sumido al personal del teatro en el caos más absoluto. Solo en el momento en el que ya no habían contado con su firme dirección, habían sido conscientes todos ellos de cuánto habían llegado a depender del viejo actor retirado. Sin Sóstrato, nadie parecía saber dónde estaba nada, los esclavos no obedecían las órdenes de los actores, las lucernas no estaban encendidas a tiempo, las puertas que debían estar abiertas permanecían cerradas y hasta los versos que declamaban sobre las

tablas sonaban forzados y rimbombantes.

La desaparición del anciano había sido solo el primero de los problemas que habían surgido aquel día de estreno. Otros actores y actrices tampoco se habían presentado a la hora indicada, incluyendo al pequeño Céfiro que tan entusiasmado se había mostrado ante la posibilidad de interpretar a Orestes. Lais y otros actores veteranos habían intentado ponerse al mando de las diversas compañías que tenían que actuar aquel día, y habían logrado repartirse entre ellos los papeles de los actores desertores para tratar de salvar la situación. De aquel modo, cuando llegó la hora de abrir las puertas al público, todo estaba en apariencia listo para comenzar con las obras teatrales.

Sin embargo, pese a los enormes esfuerzos que todos hicieron, el resultado fue calamitoso. En las tragedias el público se reía, mientras en las comedias y las atelanas no esbozaban ni una leve sonrisa. Los asistentes, que no alcanzaron a llenar ni dos tercios de la capacidad del teatro pequeño, parecían más interesados en comentar lo que había ocurrido aquel mismo día en el anfiteatro que en lo que estaba ocurriendo en el escenario. Aquella actitud del público distrajo aun más a unos actores ya de por sí poco motivados. Unos olvidaban su texto, otros salían de escena antes de tiempo o entraban más de tarde de lo que debían. La propia Lais no pudo evitar echarse a llorar ante el que resultó ser el peor estreno que podía recordar en toda su carrera como actriz.

Tras muchos abucheos y con las gradas casi vacías debido a las personas que se habían levantado sin aguantar hasta el final, las obras terminaron y los actores se apresuraron a marcharse de aquel lugar para lamentarse en las tabernas y ahogar en vino su desgracia. Por fortuna para ellos, ningún representante de los duunviros se presentó aquel día para pedir cuentas a las compañías de actores, ya que los sucesos del anfiteatro y los altercados que en las calles enfrentaron hasta altas de la madrugada a los ciudadanos de Pompeya y los de Nuceria acapararon toda la atención de los políticos. Los actores decidieron pasar página y olvidarse cuanto antes de aquel estreno desastroso. En unos días estarían en otras ciudades, dispuestos a llevar su arte a un público diferente y deseoso de escuchar sus versos y sus canciones.

Lais entró al escenario con la intención de recoger los escasos bártulos de la compañía que no habían sido llevados al teatro pequeño en los días anteriores. Aunque era una mujer enérgica que no se rendía con facilidad ante las adversidades, aquel día se sentía especialmente cansada. Por primera vez se planteó seriamente la posibilidad de retirarse, de regresar a su ciudad natal y pedir a su hermana y su cuñado que la permitieran trabajar en su taberna. La desaparición de Paris y otros actores de la compañía la había afectado

mucho. Aunque era habitual en el mundo del teatro que los intérpretes desaparecieran sin dejar rastro, lo que había ocurrido aquellos días era muy sospechoso, y la propia Lais temía indagar qué era lo que había ocurrido realmente.

Recorrió las tablas del escenario, disfrutando de la soledad y el silencio, buscando un baúl en concreto que creía haber visto allí en la última ocasión en la que había estado en aquel teatro. Cuando se acercó al borde del escenario, descubrió un extraño bulto sospechoso y se agachó junto a él.

Lais se llevó la mano a la boca para ahogar un grito. Era el cuerpo de una joven esbelta, con la piel y el pelo negros. Sus ropas, los escasos restos que quedaban sobre su cuerpo, estaban quemadas y ennegrecidas. La propia piel de la mujer presentaba graves quemaduras. Sin embargo, no había sido el fuego la causa de su muerte. En su cuello había un profundo corte, causado tal vez por un cuchillo o una espada, por el que se le había escapado la sangre y la vida. A su alrededor y sobre el cuerpo de la mujer había una capa de ceniza negra, como si algo hubiera ardido en aquel lugar hasta no dejar ni rastro.

La actriz miró el rostro quemado de la mujer. Aunque sus rasgos eran irreconocibles debido a las quemaduras, pensó que sin duda había sido muy hermosa. Se preguntó qué había podido ocurrir en aquel lugar, cómo había llegado esa desdichada a morir sobre el escenario, qué había causado el fuego que había quemado su piel y sus ropas. Tal vez sea una víctima de los altercados que se habían desatado en la ciudad anoche, pensó.

Lais concluyó que, de cualquier modo, aquello no era asunto suyo. Tocó la frente de la joven con la yema de los dedos en señal de respeto y se puso en pie.

–Espero que alguien con más medios que yo te ofrezca una digna sepultura– dijo.

Sin molestarse en seguir buscando el baúl, Lais salió del escenario. Había tomado una decisión. La visión del cuerpo quemado de la mujer había acabado por convencerla. Su tiempo como actriz había terminado. Regresaría a casa aquel mismo día, a iniciar una nueva vida, lejos del teatro.

# CAPÍTULO 24
## CUENTAS PENDIENTES

Después de dejar que el niño descansara unas horas, Marco despertó a Céfiro y le envió a la posada en la que Trasíbulo le había indicado que se hospedaría durante su estancia en Pompeya. Dio instrucciones al esclavo para que pidiera al escriba de Varrón una litera en la que poder desplazar a Quinto hasta un lugar más cómodo. El gladiador seguía durmiendo sobre la mesa. La fiebre había desaparecido y la hinchazón en la zona de la herida se había reducido de forma evidente. Antes de abandonar la habitación a toda prisa, Céfiro depositó un beso en la cabeza del gladiador.

Al ver que Quinto estaba fuera de peligro, Titono también se despidió de Marco.

–Debo regresar al *ludus*. Sin duda mi amo se estará preguntando dónde estoy y no tardará en enviar a alguien a buscarme.

–Si sabe que sospechas de él podrías estar en peligro– dijo Marco, que no se había separado de Quinto en todo aquel tiempo.

–No te preocupes por mí– respondió el *doctor*. Y sin decir más, salió de la habitación.

Titono regresó caminando hasta el *ludus* de Petronio, donde fue recibido con una gran expectativa. Tanto los gladiadores como el resto de los esclavos querían tener noticias acerca del estado de Quinto. Por sus rostros, era palpable que la mayoría se esperaba lo peor.

–Vivirá– dijo Titono de forma escueta. Todos a su alrededor suspiraron aliviados y algunos incluso prorrumpieron en vítores para celebrar que su compañero se había salvado de lo que parecía una muerte segura. El *doctor* no se unió a las celebraciones. En su mente solo había espacio para una idea: averiguar si su amo había tenido algo que ver en la manipulación de las armas para que Quinto no solo perdiera el combate sino que fuera ejecutado tras ello. Miró a los ojos de algunos de sus hombres, aquellos más veteranos, los que llevaban más tiempo con él en el *ludus*, y comprendió de inmediato que también ellos compartían su sospecha. Todos sabían la forma en la que luchaba Quinto, y por su larga experiencia en la arena conocían a la perfección bajo qué condiciones se quebraban una espada o un escudo, condiciones que no se habían dado aquel día. Aquello sumado al hecho de que el gigante de Nuceria se hubiera negado a obedecer el mandato del editor de conceder el perdón al caído despertaba en ellos una profunda desconfianza.

–El amo quiere verte– dijo Borax tirando de la túnica de Titono para

llamar su atención. El pequeño etíope estaba muy serio, como si supiera algo que los demás ignoraban y aquel conocimiento le pesara en el alma.

Titono asintió y siguió al esclavo por los pasillos del *ludus* que comunicaban con la *domus* del amo.

–Tú sabes algo, Borax– dijo Titono, que había interpretado a la perfección el silencio taciturno del por lo habitual parlanchín siervo.

–Yo no sé casi nada– dijo el etíope–. Y lo poco que sé, me esmero en olvidarlo. Es lo mejor para un esclavo. Ver, oír y callar.

–Ver, oír y callar– repitió Titono. La actitud de Borax acabó de convencerlo de lo que hasta aquel momento solo había sido una sospecha.

Petronio aguardaba en el mismo salón en el que días antes había recibido a Marco Lemurio para homenajearle con una lujosa cena. Una vez Titono entró, Borax se marchó y cerró la puerta tras él. El amo estaba en un extremo de la terraza, apoyado en la baranda y mirando hacia el patio en el que los leones dormitaban bajo el sol de la mañana. Titono caminó hasta la terraza y aguardó a que su amo decidiera hablar con él, tal y como se le había enseñado desde que había llegado a aquella casa mucho años antes. Cuando finalmente Petronio se dio cuenta de que había alguien tras él, se dio la vuelta. Su ceño estaba fruncido y su rostro denotaba que no había podido pegar ojo en toda la noche. Tenía unas profundas ojeras y las arrugas de su rostro parecían haberse profundizado en las últimas horas.

–¿Dónde estabas? Di orden de que todos los hombres de este *ludus* regresaran aquí en cuanto los juegos hubieron terminado.

–Permanecí en el anfiteatro asegurándome de que uno de nuestros gladiadores heridos recibía la mejor atención médica.

–Quinto no es uno de nuestros gladiadores.

–Discúlpame entonces, *domine*. Por toda la ciudad se anunció la participación de Quinto en los juegos como el regreso de la gran estrella del *ludus* de Petronio. Tú mismo diste orden de que entrenáramos con él y lo tratáramos como a uno más. Consideré que, dado que en estos días ha vivido como uno de los nuestros, si moría debía hacerlo también como tal.

Petronio dio dos pasos hacia Titono. Se llevó una mano a la cabeza y se colocó los cabellos despeinados.

–No importa. Supongo que a estas horas ya estará muerto– dijo en voz muy baja.

–Lo cierto es que no. Los cuidados del médico y la intervención de ese tal Marco Lemurio han conseguido salvarlo. Los dioses no han querido que Quinto muera hoy. Es un milagro, *domine*.

El lanista abrió la boca y los ojos, como si aquella información le hubiera atravesado el vientre como una espada afilada.

–Vivo, dices… Pero eso no es posible. Ningún ser humano podría sobrevivir a una herida como esa. Tiene que ser cosa de brujería. Ese Marco Lemurio… tal vez lo que cuentan de él sea cierto.

–Lo desconozco, *domine*. No pude ver qué es lo que hizo. Solo sé que gracias a Lemurio uno de mis hombres sigue vivo.

–¡Te he dicho que Quinto no es uno de nuestros hombres!– gritó Petronio con todas sus fuerzas. El lanista arrojó al suelo de un manotazo el frutero y la jarra de vino que había sobre la mesa. Titono no se inmutó ante el grito y los golpes–. ¿Llegaste a hablar con Marco Lemurio?

–Sí. Hemos velado el sueño de Quinto juntos durante unas horas. Se comportó como un amigo fiel y no se separó del herido en ningún momento. Quinto tiene suerte de tener a alguien tan leal a su lado.

Petronio miró a los ojos de Titono con desconfianza.

–Nada que yo mismo no habría hecho por cualquiera de mis gladiadores– dijo el lanista al fin.

–Estoy seguro de que así es, *domine*. Todos nosotros tenemos la suerte de formar parte de este *ludus*. Un lugar en el que se nos enseña a respetar el honor de la arena por encima de todo. En el que todos los luchadores aprendemos que somos hermanos, unidos bajo la figura de un padre.

–Un padre que soy yo mismo…– concluyó Petronio, tratando de recuperar el control–. Como siempre digo, somos una gran familia.

Petronio se dio la vuelta y volvió a mirar a los leones. Titono sentía que la indignación crecía en su pecho, hasta que no pudo aguantar más.

–Y sin embargo… un padre no organiza la muerte de uno de sus miembros a cambio de una bolsa de dinero.

Cuando terminó de hablar, Titono sintió un nudo en la garganta. Aquella frase, que no había podido evitar pronunciar, constituía sin duda una sentencia de muerte para él. Ya no había vuelta atrás. Petronio no se arriesgaría a que aquella información, fuera verídica o no, se difundiera. Si el amo de Quinto llegaba a saber, o simplemente a sospechar, que Petronio había participado en un complot para tramar su muerte, el lanista caería en desgracia y toda su vida se vendría abajo.

–¿Qué acabas de decir?– dijo Petronio, volviéndose hacia el *doctor* con el rostro desencajado.

–Nada, *domine*. Solo era un pensamiento que he expresado en voz alta.

–Acércate– ordenó Petronio.

Titono no obedeció. Siguió en el mismo lugar, con las manos a la espalda, firme y mirando al frente.

–¡Acércate he dicho!– gritó Petronio.

Titono, finalmente, dio varios pasos hacia su amo.

El lanista intentó ser discreto y que no se notara lo que tenía intención de hacer. Se llevó la mano al interior de su túnica, donde llevaba una daga oculta, y la desenfundó lentamente. Titono le estaba mirando a los ojos, no tenía por qué darse cuenta de nada. E incluso aunque sospechara que su amo tenía un arma en la mano, ¿qué iba a hacer? Aquel hombre era un esclavo dócil y obediente que siempre le había mostrado una fidelidad férrea, sin cuestionar jamás sus órdenes fueran las que fueran. El *doctor* no era precisamente un Espartaco que él como amo debiera temer. Sin duda la muerte de aquel entrenador supondría una enorme pérdida para el *ludus*, pero Petronio pensó que no tenía otra opción. No podía arriesgarse a que el *doctor* compartiera con otros sus sospechas. Si Marco Terencio Varrón llegaba a enterarse… Solo de pensarlo sentía un escalofrío recorriendo su espalda.

–Observa lo que está ocurriendo en el patio– dijo Petronio. Por supuesto, no había nada que ver. Solo deseaba que Titono se acercara a la barandilla, confiado, y que tal vez se inclinara, dejando su espalda al descubierto. Petronio necesitaría solo un instante para clavarle la daga con un golpe certero.

No tuvo ese instante.

Titono era un hombre que casi había cumplido los sesenta años cuyas fuerzas físicas ya no eran las de antaño. Pero seguía siendo un gladiador. Estando en activo, había aprendido a leer en los movimientos y en la mirada de sus adversarios cuáles eran sus intenciones. El tiempo no había mermado en absoluto aquella capacidad para adelantarse a los ataques de un rival. Y a fingir que no lo sabía.

Titono pasó junto a su amo y puso una mano en la baranda. En ese momento, Petronio alzó el brazo con el puñal y el viejo gladiador se volvió con habilidad, agarrándole de la muñeca. El lanista trató de zafarse y de bajar el brazo, pero no consiguió liberarse.

–¿Osas levantar la mano contra tu amo?– gritó Petronio. Golpeó a Titono con el puño derecho, pero el esclavo ni se inmutó.

–¿Ordenaste la muerte de Quinto?– preguntó el esclavo– ¿Sabías que lo matarían en la arena?

–¡Suéltame de inmediato o mandaré que te claven en una cruz!– siguió gritando, enloquecido.

–¡Responde!–. Titono alzó la voz a su amo por primera y última vez en su vida.

El lanista comprendió entonces que aquel esclavo al que había considerado servil y dócil no iba a soltarle tan fácilmente.

–¡Borax! ¡Borax!– llamó con voz aguda–. ¡Este loco intenta matarme! ¡Borax, trae a mis hombres!

–Ni uno solo de esos gladiadores moverá un dedo para defenderte, sucia rata– dijo el esclavo.

–¿Cómo te atreves?

Titono, que hasta aquel momento no había tomado una decisión clara acerca de cómo terminar con aquel enfrentamiento, entendió que si permitía que Petronio saliera vivo de aquella terraza, la amenaza de colgarle en una cruz se quedaría corta frente a la realidad que le esperaba. Era probable que incluso aunque Petronio no lograra escapar para pedir ayuda, Titono acabara condenado de cualquier modo. Pero al menos lo haría con el alma en paz.

El *doctor* agarró a su amo por el pecho de la túnica y lo alzó con toda la fuerza de sus brazos. Abajo, en el corral de las fieras, los leones se habían despertado, alertados por los gritos, y se paseaban bajo la terraza, inquietos. Titono no lo dudó. Empujó a Petronio por encima de la baranda y este cayó mientras agitaba los brazos y gritaba. Su cuerpo impactó contra la arena, pero la altura no era lo suficientemente grande como para ser mortal. Petronio se incorporó y alzó la mano para señalar a Titono, arriba en la terraza, y proferir alguna amenaza.

Pero no llegó a pronunciar palabra alguna. Dos de los leones se lanzaron sobre él y lo despedazaron con sus garras y sus fauces en apenas unos instantes. El tercer animal, más pequeño y débil, se limitó a rugir impotente y a esperar que sus compañeros se saciaran con la carne del humano antes de poder disfrutar él mismo con las sobras.

Titono no se quedó a contemplar el espectáculo. Tenía que regresar junto a los gladiadores y contar a todos que el amo había resbalado y había caído en el corral de los leones. Ninguno de los luchadores, leales como eran a él, cuestionaría su versión, pero necesitaría tiempo para pensar una historia creíble de cara a su ama, la esposa de Petronio. Titono se disponía a salir de la terraza cuando descubrió a Borax agazapado detrás de uno de los *triclinia*, observándole con rostro de terror. Titono contuvo la respiración. No quería tener que matar a aquel esclavo al que había cogido un cierto afecto. Pero si reaccionaba echando a correr o gritando…

–El amo ha resbalado y ha caído al corral de los leones– dijo el etíope, como si hubiera leído la mente del *doctor*–. Qué desafortunado accidente.

–Desafortunado, sin duda– respondió Titono, y pasó junto a Borax sin mirarlo, convencido ya de que el pequeño esclavo no hablaría. Él mismo lo había dicho. Un esclavo inteligente se limitaba a ver, oír y callar.

Céfiro regresó a media mañana subido en un carro y acompañado por el propio Trasíbulo y su escolta de esclavos. El escriba de Varrón

recorrió a toda velocidad los pasillos del anfiteatro guiado por el niño hasta que ambos llegaron al lugar donde Quinto seguía descansado y recuperándose de sus heridas acompañado por Marco. Lemurio, agotado tras toda una noche en vela, había acabado por quedarse también él dormido en el momento en el que Titono le había dejado a solas con Quinto. Sentado en un taburete, con la cabeza apoyada en la dura mesa y aferrado a la mano del gladiador, Marco dormía profundamente.

–¿Qué ha pasado aquí?– preguntó Trasíbulo al descubrir la escena– ¿Quinto está…?

Marco se incorporó de golpe y, como siempre le ocurría cuando alguien le despertaba de aquella manera, se llevó la mano a la daga para defenderse de un posible atacante. Al ver a Trasíbulo y Céfiro y recordar dónde se encontraba, guardó el arma y se relajó. De inmediato, se volvió hacia el cuerpo de Quinto para comprobar su estado. El gladiador seguía dormido y sin duda estaba débil por la perdida de sangre. Pero al menos su respiración seguía siendo regular y la fiebre no había vuelto a subirle. La herida tenía un aspecto mucho mejor que el que Marco había observado antes de quedarse él mismo dormido. De algún modo, la sangre de la estrige había acelerado el proceso de cicatrización, y Marco confiaba en que lo que se podía observar a nivel superficial también se estuviera produciendo en los órganos internos, allí donde el daño había sido mayor.

–Está vivo– dijo Marco cuando Trasíbulo se situó junto a él–. Pero ha faltado poco.

Trasíbulo se llevó las manos a la cabeza y apretó los labios.

–¿Y cómo, por todos los dioses, ha ocurrido que un esclavo de mi amo estuviera combatiendo en unos juegos como si fuera el gladiador de un *ludus* al que ya no pertenece? Supongo que todo esto tendrá una buena explicación porque de lo contrario vamos a acabar todos colgando de una cruz, tú incluido, por muy ciudadano libre que seas y por mucho que…

Marco aferró a Trasíbulo por los hombros y lo obligó a calmarse.

–Relájate, Trasíbulo. Te lo explicaré todo. Tal vez tomé una mala decisión, pero todo tiene un porqué. Lo importante es que Quinto está vivo. ¿Podemos llevarle al lugar en el que te alojas? No creo que este sea un lugar seguro.

–¿A qué te refieres con que este no es un lugar seguro? ¿Dejan a los leones sueltos por los pasillos o algo así?

–No. Pero temo que los responsables de esto intenten acabar lo que han empezado.

–Sigo sin entender nada.

–No te preocupes. Tendremos tiempo de hablar. Por el momento di a tus escoltas que me ayuden a llevar a Quinto a un lugar en el que

pueda descansar y recuperarse.

Trasíbulo abrió la boca para decir algo, pero guardó silencio, comprendiendo que Marco no le daría más explicaciones hasta que hubieran trasladado el cuerpo de quinto. El escriba consiguió que los esclavos del anfiteatro les cedieran una camilla y los escoltas tumbaron al esclavo en ella con gran dificultad debido a su peso y a su tamaño.

–Con cuidado– dijo Marco, vigilando en todo momento que la herida del costado no se abriera de nuevo.

Dejaron el cuerpo de Quinto en la parte trasera del carro, que había sido acondicionada con mantas para que el traslado fuera lo más cómodo posible. El esclavo gruñó un par de veces e incluso llegó a maldecir entre dientes a las madres de quienes le estaban llevando en brazos, pero en ningún momento abrió los ojos. En el momento en el que estuvo instalado en la caja del carro, volvió a dormirse profundamente. Marco y Céfiro se instalaron junto a él.

–Espero que al menos tu informe sobre las estriges merezca la pena– comentó Trasíbulo antes de subirse en la parte delantera del vehículo.

–No te haces una idea– respondió Marco.

La noche sorprendió a Sexto Peduceo encerrado en su tablinum, lugar en el que llevaba desde aquel mediodía. Las noticias que le habían llegado a lo largo de aquella jornada eran muy preocupantes, y la prudencia le aconsejaba no dejarse ver por las calles de Pompeya en al menos un tiempo. Peduceo golpeó la mesa de su estudio y apretó los puños con desesperación. Todo había salido mal.

Todo a pesar de que el plan que Petronio y él habían urdido parecía no tener fisura alguna. Él mismo había gastado mucho dinero, tanto en convencer al propio Petronio como en ganarse la voluntad del esclavo responsable de los juegos y de los dos gladiadores de Nuceria que combatirían contra Quinto. Un desembolso enorme, y todo para dar una lección a ese petulante Marco Lemurio y mandarle un mensaje claro de lo que podría sucederle si se le ocurría declarar contra él en un tribunal. Si todo salía como estaba pensado, era posible que los duunviros sospecharan que algo raro había ocurrido, pero incluso en ese caso Peduceo tenía pensada una solución. Culparía a los dos gladiadores de Nuceria, que aparecían convenientemente muertos antes de que tuvieran tiempo para hablar. Por supuesto, habría que compensar también al propietario de esos dos hombres…. pero era un pequeño sacrificio si con ello lograba frenar el proceso judicial que su vecino, ese insoportable Septimio, estaba organizando en su contra.

Pero el gladiador que debía morir había sobrevivido de alguna manera. A pesar de que todo el público le había visto caer en la arena tras recibir una estocada mortal de necesidad, uno de sus hombres le

había informado aquella mañana de que el luchador seguía vivo y evolucionaba favorablemente. Todo apuntaba a que sobreviviría. Una enorme cantidad de dinero gastada para nada.

Por si aquello fuera poco, el secretario personal de Marco Terencio Varrón había llegado a Pompeya la noche anterior, y Peduceo estaba seguro de que no tardaría en pedir explicaciones acerca de lo ocurrido con su esclavo. Con suerte, sería Marco Lemurio el que pagara las consecuencias de haber permitido que Quinto luchara en los juegos sin permiso de su amo. Pero Peduceo no estaba tan seguro…

La peor noticia, sin embargo, había llegado por la tarde, cuando uno de sus esclavos regresó de la calle con información acerca de una terrible desgracia que había tenido lugar en casa de Petronio, el lanista. Al parecer el muy estúpido había resbalado y había caído en el patio de los leones, donde las fieras no habían dejado de él más que unos cuantos huesos bien rebañados. Varios esclavos afirmaron haber visto a su amo en estado de embriaguez, muy enfadado, caminando peligrosamente junto a la baranda de la terraza hasta que un traspiés había acabado con él entre las mandíbulas de aquellos animales. Aquella era la versión que los esclavos habían dado, y la viuda y los hijos de Petronio, sin duda más interesados en hacerse con la suculenta herencia que en aclarar aquel extraño suceso, lo habían admitido sin más.

Pero Sexto Peduceo no lo tenía tan claro.

Petronio y él habían conspirado contra los intereses de Marco Terencio Varrón, uno de los hombres más poderosos de Roma, y aquello conllevaba un riesgo enorme. No tenía muy claro cómo había podido el secretario de Varrón orquestar una venganza con tan poco tiempo de reacción, pero no albergaba duda alguna acerca de que la muerte de Petronio no había sido un accidente.

También cabía la posibilidad de que hubiera sido el propio Marco Lemurio quien se hubiera adelantado y se hubiera cobrado él mismo la venganza contra Petronio. En Pompeya se contaban todo tipo de historias acerca de él y de sus misteriosos poderes, y aunque Peduceo no había creído ni una sola palabra de aquellos delirios, no había duda de que ese Lemurio era peligroso como una serpiente. Era de esos tipos criados en las calles que tan pronto tan encandilaban con una sonrisa como te clavaban un puñal en las costillas.

Fuera como fuese, la muerte de Petronio era un aviso que debía tener en cuenta. Hacía unas horas que había dado orden a su mujer y a sus hijos de que abandonaran la *domus* de Pompeya y se marcharan a pasar unos días a una de sus propiedades en la campiña. Él mismo les seguiría al día siguiente, después de haber resuelto algunos asuntos y de haberse reunido con algunos de sus aliados para asegurar que su posición política en la ciudad no se veía comprometida. En el

momento en el que el secretario de Varrón regresara a Roma, seguramente acompañado de Marco Lemurio, él podría retomar su vida normal en Pompeya. Y ya se encargaría entonces de poner en su sitio a su vecino Septimio y a los que se habían posicionado junto a él.

Peduceo llevaba varias horas tratando de escribir una carta a uno de sus hombres de confianza en Tarento, pero no conseguía que las palabras que necesitaba fluyeran. Nunca había sido especialmente hábil en el arte de la escritura, y aquel día, con todo lo sucedido y con las mil preocupaciones que le atormentaban, las ideas parecían resistirse incluso más de lo habitual. Mojó el cálamo en el bote de tinta y se dispuso a escribir algo, cualquier cosa con tal de terminar la carta, cuando escuchó un ruido procedente del exterior. Unos gritos seguidos de una conversación, y unos pasos que se alejaban corriendo.

–¡Néstor!– llamó Peduceo a su atriense–. ¿Qué ocurre ahí fuera? ¡Te dije que necesitaba silencio!

El atriense y otros dos esclavos eran los únicos que se habían quedado en la *domus* aquel día. Los demás habían partido junto a su mujer y sus hijos para asegurarse de que estos llegaban a salvo a la casa de campo. Algunos regresarían al día siguiente para hacer de escolta al propio Peduceo, pero mientras tanto la *domus* de Pompeya se había quedado casi vacía.

–¡Néstor!– volvió a gritar al no obtener respuesta.

Presa de los nervios y deseoso de pagar su enfado con alguien, Peduceo se levantó y salió del tablinum hasta un jardín porticado. La noche ya había caído sobre Pompeya, y el jardín estaba iluminado por varias antorchas que ardían en las esquinas, sujetas en cuatro gruesas columnas de piedra.

–¡Néstor! Por los dioses que si no vienes de inmediato…

Sexto Peduceo se quedó parado en la puerta del tablinum al descubrir que no era su esclavo quien estaba frente a él.

Situado en el centro del jardín, mirando al dueño de la *domus* con rostro inexpresivo, estaba Marco Lemurio.

–¡Tú!– gritó– ¡Néstor! ¡Trae a los hombres! ¡Un extraño se ha colado en la casa!

Marco Lemurio dio dos pasos al frente.

–No vendrá nadie. Todos se han ido. Te han dejado solo.

Sexto Peduceo retrocedió mientras seguía chillando, con una voz más aguda cada vez. Cuando su espalda tocó la pared, comenzó a buscar entre sus ropas algo con lo que defenderse, sin encontrar nada. Miró a Marco Lemurio y observó que no tenía nada en las manos. Él tampoco iba armado. Peduceo respiró aliviado. Tal vez aquel individuo no había ido a su casa con intención de hacerle daño, sino solo con afán de buscar información.

–¿Qué es lo que quieres?– dijo con voz temblorosa.

–Ordenaste la muerte de mi amigo– respondió Marco. Su tono dejó claro que no era una pregunta.

–No sé a lo que te refieres.

–Yo creo que sí lo sabes. Creíste que matando a mi amigo en la arena conseguirías atemorizarme para que no declarara en ese juicio.

–¡Eso es absurdo! ¿Cómo podría yo manipular lo que sucede en la arena? ¡Es un delirio! Si tu amigo estuvo a punto de morir fue solo culpa de su torpeza.

–Y no tuvo nada que ver con que sus armas estuvieras rotas, ¿verdad? O con que esos dos gladiadores no respetaran las reglas de los juegos y decidieran ejecutarlo incluso contra la orden de los magistrados. Supongo que no tuviste nada que ver con eso.

–¡Ya te he dicho que no! ¡Néstor! ¡Néstor!

Marco no estaba preocupado por la posibilidad de que los esclavos de Peduceo aparecieran de pronto. Había bastado un simple truco de sonidos y sombras para que los pocos siervos que quedaban en aquella *domus* huyeran despavoridos. Las habladurías acerca de las estriges que se habían extendido por Pompeya en los últimos tiempos ayudaron a que el terror se adueñara de las almas de los esclavos y estos prefirieran arriesgarse a un castigo a morir a manos de una de aquellas criaturas.

–Grita cuanto quieras. Nadie vendrá a ayudarte. Estás solo.

Marco dio otro paso al frente. En ese momento, por primera vez, Peduceo se dio cuenta de que del cuello de Lemurio pendía un extraño colgante. Una piedra negra con forma de lágrima que, de algún modo, parecía vibrar ligeramente.

–¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero? ¿Es eso lo que buscas? Puedo darte dinero. Te pagaré lo que me pidas y te marcharás de aquí, ¿de acuerdo? Olvídate de testificar en ese juicio y te convertiré en un hombre muy rico.

–Entonces sí era todo por ese juicio– dijo Marco, y dio otro paso adelante, quedándose a solo dos palmos de Sexto Peduceo.

–Sí. Quiero decir… no. ¿Acaso importa? Coge el dinero y vete.

–No quiero tu dinero.

–¿Y qué quieres entonces? ¿Matarme? ¿Es eso lo que has venido a hacer?

Lo prometiste, dijo una voz en la cabeza de Marco. Cumple tu promesa.

Marco cerró los ojos por un instante. Lo que estaba a punto de hacer le repugnaba y le aterraba a partes iguales. Su madre se lo había advertido muchas veces antes de morir. No se debía jugar con poderes que uno no entendía.

Lo prometiste, repitió la voz.

Marco sabía perfectamente de dónde procedía. Era la piedra, el ser

que habitaba en ella, quien le hablaba directamente a su cabeza. La criatura había aceptado salvarle del grupo de estriges y él le había prometido algo a cambio. Sangre humana.

Libérame, susurró la piedra.

–Solo esta vez– dijo Marco.

Peduceo, creyendo que Marco hablaba con él, abrió mucho los ojos, sorprendido, sin entender nada.

Marco se llevó la mano derecha a la piedra, cerró los ojos y se abandonó al poder de la lágrima de Perséfone.

Casi de inmediato, el tono de su piel se tornó de un blanco imposible para un ser vivo. Su cabello, castaño, pasó a ser de un negro azabache profundo. Cuando abrió los ojos, sus pupilas se habían oscurecido también y habían crecido hasta ocupar la totalidad del globo ocular. La criatura, que ya no era Marco Lemurio, sonrió con crueldad y deseo.

Sexto Peduceo empezó a gritar.

Trasíbulo estaba muy enfadado. Con un gesto de la mano, rechazó la copa de vino que una esclava le ofrecía. Marco, sentado a su lado, sonrió y aceptó la bebida. Aunque habían pasado varias horas desde su encuentro con Sexto Peduceo, aún no había sido capaz de quitarse el sabor metálico de la sangre en su boca. Como siempre que dejaba que el poder de la lágrima de Perséfone se apoderara de él, Marco recordaba lo ocurrido vagamente, como si lo hubiera vivido desde un segundo plano, entre una neblina onírica. En aquel caso además, la escena había sido lo bastante desagradable como para querer olvidarla cuanto antes. Bebió con deleite el vino que la esclava le acaba de servir y se llevó también a la boca dos uvas de la bandeja de fruta que había en la mesa. Trasíbulo le miró con desaprobación.

Frente a ellos, sentado detrás de un gran escritorio, estaba Cayo Quincio Valgo, con su rostro amable tratando de aparentar serenidad pero sin poder evitar que se le notaran los nervios que sentía en realidad. Valgo era uno de los hombres más ricos y poderosos de Pompeya. Sin embargo, sabía que aquellos dos hombres que estaban sentados frente a él, un esclavo y un estafador salido de uno de los barrios más pobres de Roma, podían arruinarle gracias a su cercanía a Marco Terencio Varrón y, por extensión, a Cneo Pompeyo. Aquel era el motivo por el que el duunviro les había invitado a su casa aquella mañana, con el objetivo de ganarse su voluntad y evitar males mayores.

–Un vino excelente– comentó Marco. Él por su parte estaba convencido de que Marco Quincio Valgo no había tenido nada que ver con el intento de asesinato de Quinto. Había hablado con Titono y con varios de los gladiadores del *ludus* del difunto Petronio, y todos ellos

coincidían en que el magistrado había hecho todo lo posible para que el desenlace del combate fuera muy diferente. Sin duda el complot que habían tramado Sexto Peduceo y el lanista se había hecho a escondidas de aquel hombre al que poco o nada podían reprocharle.

–Lo mejor de mi bodega– dijo Valgo–. Es una pena que no quieras probarlo.

–Me mantengo alejado del vino cuando represento los intereses de mi amo– respondió Trasíbulo tras lanzar otra mirada de reproche a Marco.

–Marco Terencio Varrón tiene suerte de contar con un hombre así al cargo de sus asuntos– dijo el duunviro–. Iremos directos al grano entonces.

–Te lo agradezco, duunviro– dijo el esclavo, que no había logrado controlar su enfado desde el momento en el que Marco le había revelado todo lo que había sucedido en Pompeya en los últimos días. Un cliente de Varrón que había ignorado las órdenes directas de su patrón era algo grave. Pero que Marco Lemurio se hubiera aliado con los magistrados de aquella ciudad para que Quinto volviera a ser un gladiador y se jugara la vida en la arena… aquello era algo que no sabía cómo explicar a Varrón sin despertar su cólera. Lemurio le había dado un consejo que desde el punto de vista del hechicero era muy sensato pero que a Trasíbulo le horrorizaba solo de escucharlo: no decirle nada a Varrón. La decisión que tomara dependería de aquella reunión con el duunviro.

Cayo Quincio Valgo narró entonces ante Trasíbulo toda la cadena de acontecimientos que habían llevado hasta el punto en el que se encontraban. La construcción del anfiteatro, la necesidad de celebrar una inauguración por todo lo alto, las lluvias que habían caído sobre Pompeya durante días y días, obligando a aplazar el evento, la desaparición de Eumelo, el que iba a ser la principal atracción de los combates, y el oportuno regreso de Quinto.

–Quinto no fue enviado a Pompeya para combatir en la arena– dijo Trasíbulo muy serio, haciendo uso de la proverbial frialdad que le había granjeado el respeto de Varrón y le había valido su ascenso hasta convertirse en su secretario personal.

–Lo sé, lo sé. Marco Lemurio me planteó la situación. Y sin embargo llegamos a un acuerdo…

–Acuerdo que él no estaba en disposición legal de firmar– sentenció el esclavo.

–Vamos, Trasíbulo, fue todo culpa mía– intervino Marco–. Cuando lleguemos a Roma mándame azotar si quieres. El magistrado hizo todo lo que estuvo en su mano para que el asunto fuera legal.

–Pero no lo fue– insistió el escriba.

Marco hizo un gesto con la mano que enfureció a Trasíbulo todavía

más. El secretario de Varrón estuvo a punto de lanzarse contra Lemurio para estrangularlo, pero Cayo Quincio volvió a hablar.

–Tengo que discrepar. Marco Lemurio presentó una resistencia obstinada ante mis propuestas. Pero fui yo quien acabó por lograr que cediera. Y por ese motivo asumo todas las culpas. El contrato que firmamos ya va camino de Roma. Pero yo mismo escribiré una carta de disculpas a Marco Terencio Varrón y me pondré a su entera disposición para compensar cualquier perjuicio causado. ¿Crees que bastará con eso?

–No– dijo Trasíbulo.

–Sí– dijo Marco al mismo tiempo.

Los dos se miraron hasta que Marco Lemurio alzó las manos, cansado de la inflexibilidad del esclavo.

–Por Hércules, Trasíbulo, Quinto está vivo, Varrón meando al mar desde la borda de un barco a mil millas de distancia y nosotros aquí deseando acabar con este asunto. ¿Crees que tu amo no tiene nada mejor que hacer que preocuparse de esto? Que el magistrado escriba esa carta y sea el propio Varrón el que decida…

Trasíbulo perdió la paciencia.

–¡Tú no eres nadie para hablar en nombre de mi amo! Solo por el hecho de que le hayas caído en gracia por tus historias de fantasmas no tienes derecho a…

–De modo que mis historias de fantasmas, eh, jodido escriba presuntuoso. Al menos hago algo más que escribir en un papiro con tu estúpida letra de…

Cayo Quincio dejó que sus dos invitados discutieran unos instantes antes de ponerse en pie.

–No discutamos, por favor. Creo que he encontrado una solución. Tengo algo que estoy seguro de que compensará a Marco Terencio Varrón por todas las molestias causadas. Iba a enviarlo yo mismo a Roma como regalo, pero en vista de que el secretario personal de Marco Terencio ha demostrado ser tan estricto en el cumplimiento de sus funciones, creo que lo mejor será que se lo lleves tú mismo.

–¿Un regalo?– preguntó Trasíbulo con tono escéptico. Conocía muy bien a su amo, y sabía que había pocas cosas materiales en el mundo que le complacieran. En primer lugar porque era un hombre de gustos sencillos que no disfrutaba de grandes lujos. Y en segundo lugar porque él mismo era tan rico que podía comprar cualquier cosa que deseara.

El duunviro se puo en pie y se dirigió a una estantería. Cogió un estuche blanco con forma cilíndrica y se lo tendió a Trasíbulo. Él no conocía a Marco Terencio Varrón más que de algún fugaz encuentro en las contadas ocasiones en las que ambos habían coincidido en Roma o Pompeya. Pero se había informado bien de cuáles eran los

gustos y debilidades del noble romano.

–¿Qué es?– preguntó el esclavo.

–Un pequeño tesoro que conseguí en uno de mis viajes por Oriente. Este en concreto lo compré en Alejandría. Estoy seguro de que tu amo lo valorará en su justa medida.

El esclavo, que estaba acostumbrado a trabajar con aquel tipo de recipientes para guardar y transportar los rollos de papiro, lo abrió con extremo cuidado y sacó de su interior dos volúmenes compactos y bien conservados. Se trataba de dos rollos de papiro antiguo, pero de mucha calidad y cuidado en excelentes condiciones. Trasíbulo tomó el primer rollo y lo abrió con cuidado para leer las primeras líneas, escritas en griego, en una cuidada caligrafía que había pasado de moda unos siglos antes. Le bastó con unos instantes para reconocer la obra que tenía entre manos.

–¿Es…?

–La historia de Alejandro el Grande escrita por Ptolomeo hijo de Lagos, amigo personal del rey y él mismo faraón de Egipto y fundador de la dinastía que todavía hoy…

–Sé quién es Ptolomeo, gracias– respondió Trasíbulo, que todavía estaba impactado por el valor de la obra que tenía entre manos. Eran muchas las historias de Alejandro el Grande que circulaban por Italia, pero los ejemplares de aquella obra en concreto, escrita por uno de los hombres que mejor habían conocido al rey de Macedonia, eran escasos y muy difíciles de conseguir. Él mismo, desde el momento en el que había empezado a leer, estaba deseando continuar disfrutando con el contenido de aquellos documentos. Sin duda su amo Varrón, que amaba los libros por encima de todo, tendría una reacción muy parecida cuando supiera de aquel regalo.

–Sin duda mi amo apreciará el valor de este regalo– dijo Trasíbulo, ya completamente desarmado.

–Todo aclarado entonces– dijo Marco, dándose un golpe en las rodillas–. Duunviro, os agradecemos vuestra hospitalidad.

Trasíbulo y Marco se levantaron al dar por concluida aquella conversación. Quincio Valgo se puso también en pie.

–¿Partiréis de inmediato a Roma?– preguntó.

–Mañana, al alba– dijo el escriba.

–En ese caso me gustaría intercambiar unas palabras a solas con Marco Lemurio. Si nos disculpas…

Trasíbulo, que al fin y al cabo era un esclavo en casa de un magistrado, asintió y tras hacer un gesto de respetuosa despedida al dueño de la *domus*, se retiró, abrazado al estuche que contenía los valiosos papiros. Cuando estuvieron solos de nuevo, Marco y Cayo Quincio volvieron a sentarse.

–Todo un carácter este Trasíbulo– dijo el duunviro.

–Es insoportablemente perfeccionista. Pero no es mal muchacho.

Cayo Quincio sonrió con indulgencia. Un momento después, cuando el motivo de la charla que quería tener con Marco regresó a su mente, la sonrisa se borró de su rostro.

–Supongo que has escuchado los últimos rumores que corren por la ciudad– dijo.

–He estado junto al lecho de Quinto día y noche. No he tenido tiempo de escuchar rumores. ¿Se sigue hablando de las estriges?

–No, ese tema parece haber desaparecido de forma tan misteriosa como surgió. De lo que se habla ahora es de la muerte de dos hombres muy poderosos. Dos hombres a los que tú y yo conocemos y con los que compartimos una cena no hace muchos días.

–De ese tema también he escuchado algo, sí– dijo Marco encogiéndose de hombros, como si el asunto no le interesara en absoluto.

–Petronio devorado por los leones. Y Sexto Peduceo… parecer ser que un grupo de bandidos asaltaron su casa y le dieron muerte tras ponerse de acuerdo con sus esclavos. Se ensañaron bien con él, si hay que creer a lo que se cuenta.

Marco no respondió, pero volvió a notar sin quererlo el sabor de la sangre en la boca.

–Algunos comentan que hay una relación entre lo que ocurrió en el anfiteatro y la muerte de esos dos hombres. Algo que, por supuesto, me preocupa, ya que yo mismo podría verme implicado de algún modo.

–Lo que ocurrió en el anfiteatro fue una desgracia. Dos gladiadores ambiciosos y celosos de la gloria de Quinto. Podría haberle ocurrido a cualquiera.

Cayo Quincio miró a Marco Lemurio y supo de inmediato que estaba mintiendo, que sus palabras y sus pensamientos no eran los mismos. Le sostuvo la mirada unos instantes y finalmente volvió a hablar.

–Sea como sea, mi colega Marco Porcio y yo estamos de acuerdo en que lo mejor es dejar pasar el asunto. La familia de Petronio está convencida de que la muerte del lanista fue un accidente. Y la mujer de Peduceo está tan asustada que tardará una buena temporada en regresar a Pompeya. Esa desgraciada muerte incluso ha hecho que Septimio, su vecino, retire la demanda contra él, lo cual nos ha ahorrado un molesto y farragoso proceso judicial. En fin, confiemos en que no haya que lamentar más desgracias. Tenemos por delante un largo invierno que sin duda nos traerá nuevos problemas. Sobre todo ahora que ese liberto ha regresado…

Marco se incorporó en la silla.

–¿Qué liberto?

–Por los dioses, Lemurio, que has estado concentrado en la curación de tu amigo y no te has enterado de nada de lo ocurrido en estos días. Hablo de Crisógono, por supuesto. El viejo ha vuelto a su casa de Pompeya. Y, por lo que dicen, parece que no le queda mucho tiempo de vida.

# EPÍLOGO

Marco se aseguró de que Quinto estuviera cómodo en el carro, con la cabeza apoyada sobre un almohadón y el cuerpo bien asentado sobre varias mantas, de forma que no acusara los baches del camino. Hizo un intento de revisar de nuevo los vendajes que cubrían su herida, pero el esclavo le apartó la mano con firme suavidad.

–Marco, mi herida está perfectamente. Deja de preocuparte– dijo.

Quinto había recuperado la conciencia dos días antes. Los dolores seguían siendo bastante fuertes, pero el esclavo afirmó que había estado en situaciones peores y los aguantó con estoicismo, negándose a tomar ninguna de las pociones analgésicas que Marco le ofreció. Aunque sospechaba que su amigo había recurrido a algún tipo de brujería para curarle de una herida que él mismo antes de desmayarse había podido ver que era mortal, no llegó a preguntarle nada a Marco. Prefería mantenerse en la ignorancia antes que asumir que seguía vivo gracias a unas artes mágicas que le aterraban y le despertaban una profunda desconfianza. La misma actitud había asumido al enterarse de la muerte de Petronio, su antiguo amo. Había sido Titono quien, en una visita, le había contado lo sucedido. El viejo *doctor* había tratado de confesar algo a Quinto, pero este le había parado en seco. No quería saber nada más. En lo que a Quinto respectaba, la versión de que Petronio había resbalado y había sido devorado por los leones era más que suficiente.

Al escucharlo, Quinto sintió un punzada de pena ante la muerte de su antiguo amo, un hombre que, a pesar de algunos desencuentros, había sido el responsable de que el gladiador viviera los mejores años de su vida. Tenía la sospecha de que Petronio había tenido algo que ver con lo que le había ocurrido en la arena, pero Quinto prefería no pensar en ello. El lanista ya no estaba vivo, y no tenía sentido guardar rencor a un muerto. Lo único que lamentaba era que Petronio, al haber muerto al día siguiente de los juegos, no había podido cumplir la promesa que le había hecho. Calisto seguiría siendo una esclava, y los dos seguirían condenados a vivir separados.

–Avísame si sientes algún dolor– dijo Marco, dándole una palmada en el brazo.

–Lo haré.

Marco saltó del carro.

–Marco– dijo Quinto.

Lemurio se volvió hacia él.

–Gracias por salvarme la vida.

Marco sonrió.

–Hace falta mucho más que una espada para mandarte al reino de Plutón– dijo.

Quinto asintió.

–Además, ya sabes que si mueres antes que yo, te haré volver del Hades y te convertiré en un muerto viviente a mis órdenes.

Quinto hizo un gesto para alejar el mal de ojo y comentó algo acerca de los ancestros de Marco y sus costumbres sexuales. Lemurio, riendo, se dirigió a la parte delantera del carro, donde Céfiro ya estaba instalado junto al conductor. Trasíbulo viajaría en otro vehículo y todos ellos irían escoltados por un grupo de hombres a pie mientras dos jinetes a caballo abrían y cerraban la comitiva.

Correteando entre las patas de los caballos que tirarían del carro estaba el perro Ulises. El animal ladró, feliz y despreocupado, a los jamelgos, que se limitaron a ignorarle. Ulises se había adaptado a la perfección a la vida en Pompeya gracias a sus instintos perrunos, pero la perspectiva del viaje parecía despertar en él una súbita energía.

–Os alcanzaré antes del ocaso– dijo Marco al niño.

Céfiro asintió. Tras su aventura con las estriges, el niño había intentado convencer a Marco de que permanecieran un tiempo más en Pompeya, alegando todo tipo de excusas. Su amo comprendió que había algo en Roma que Céfiro temía, pero por más que intentó sonsacárselo, el niño no dijo nada. Marco seguía sospechando que aquellas reticencias a regresar tenían algo que ver con su relación con el gremio de los carniceros que tantos quebraderos de cabeza les habían causado al final de aquel verano, pero tampoco dijo nada. Tendrían tiempo de abordar ese problema cuando regresaran a Roma.

Él por su parte, tenía un asunto importante que atender antes de marcharse de Pompeya. Probablemente, el más importante que había tenido en toda su vida. Sin decir nada más, Marco se alejó, caminando por las calles de Pompeya.

Una vez Marco se hubo alejado, Trasíbulo, que a pesar de ser un esclavo era la persona que ostentaba el mando en aquella comitiva, dio la orden de partir. Los jinetes se subieron a los caballos y los conductores azuzaron a los animales de tiro para que enfilaran el camino hacia la muralla de Pompeya. Los carros comenzaron a rodar, perezosos y lentos.

Cuando llegaron a la puerta norte de la ciudad, una mujer, cubierta con una gruesa capa que la protegía del frío y con un niño de la mano, se aproximó al grupo y preguntó algo al conductor del carro en el que viajaba Quinto tumbado. El hombre señaló la caja de su propio carro y se encogió de hombros.

–Lo siento, no puedo parar a menos que me lo ordenen– dijo. Céfiro,

que iba sentado a su lado, escuchó la conversación.

–¿Conoces a Quinto?– preguntó el niño.

–Tengo que hablar con él antes de que os marchéis. Es muy importante.

El carro continuaba avanzando en dirección a la puerta de la muralla, pero Céfiro, suponiendo que podía tratarse de algo importante para su amigo, y pensando que cualquier excusa que sirviera para retrasar la llegada a Roma le vendría bien a él mismo, saltó del pescante y corrió hasta el vehículo en el que viajaba Trasíbulo. El escriba de Varrón se negó en un primer momento a dar la orden de parar, pero tras la amenaza de Céfiro de arrojarse a los pies de los caballos si no lo hacía, acabó por ceder.

–Está bien, está bien… Eres tan molesto como tu amo.

Trasíbulo dio la orden de traspasar las murallas y, una vez fuera, detener carros y monturas a un lado del camino para que aquella mujer pudiera hablar con Quinto. Céfiro regresó corriendo a informar a la mujer y esta se lo agradeció al esclavo con un abrazo que casi lo dejó sin respiración.

Cuando los carros se detuvieron, la mujer se acercó al carro en el que viajaba Quinto y retiró la lona para poder ver el interior.

–Quinto–llamó.

El gladiador, herido y adormilado, se incorporó con dificultad. Al ver el rostro de Calisto trató de levantarse, pero la esclava le indicó que siguiera tumbado y subió ella misma al carro.

–No te muevas, por favor. Me contaron todo lo que sucedió en el anfiteatro. Que estuviste a punto de morir… Recé a los dioses para que te salvaran la vida y aquí estás.

–No fueron los dioses los que me salvaron– dijo Quinto–. Fue mi amigo Marco.

–Supliqué a mi amo que me permitiera ir a verte, pero se negó en redondo al saber que Petronio había muerto. Solo hoy he conseguido escaparme. Tenía que verte antes de que regresaras a Roma.

Quinto tomó el rostro de Calisto entre sus manos.

–Siento que no se haya cumplido todo lo que te prometí.

–No es culpa tuya. No me pidas perdón.

En el exterior, Trasíbulo empezó a protestar por la pérdida de tiempo y Céfiro intentó convencerle de que les dejara un poco más de margen.

–He traído a alguien. Quiero que te conozca.

–¿Quién…?– comenzó a decir Quinto, pero no pudo terminar de hablar. A una señal de Calisto, el niño que la había acompañado subió al carro también. El pequeño Arcas observó con timidez al hombre fornido y de aspecto rudo que había tumbado en el carro y buscó refugio tras el cuerpo de su madre.

–Arcas, te presento a Quinto– dijo ella– Quinto es…

–Un buen amigo– dijo el gladiador sonriendo.

–No. Es más que eso. Arcas, Quinto es tu padre.

El niño recibió aquella noticia sin cambiar la expresión de su rostro. Había vivido desde que tenía uso de razón en el convencimiento de que lo más parecido que tenía a un padre era su abuelo, y la visión de un tipo herido sobre un carro no le resultó especialmente conmovedora.

Quinto miró a Calisto y sonrió con expresión agradecida.

–Volveré pronto a veros– dijo–. Pediré permiso a mi amo.

Ella asintió, aunque era evidente que no confiaba en que algo así fuera a ocurrir.

–Cuídate mucho– dijo Calisto, y dio un beso en los labios del que había sido el gran amor de su vida.

Quinto buscó en su cabeza alguna frase para despedirse. Algo que sonara hermoso y también lapidario, lírico pero contundente. Sin embargo, no encontró términos con lo que expresar lo que sentía en aquellos momentos, así que se limitó a asentir mientras se maldecía a sí mismo por ser tan tonto.

Calisto y Arcas se bajaron del carro y dijeron adiós a Quinto con la mano hasta que alguien desde el exterior volvió a echar la lona. Unos instantes después, los animales volvieron a moverse y regresaron al camino. El esclavo volvió a tumbarse y suspiró. Junto a él, guardada en una vaina, estaba la espada de plata que nadie en la casa de Petronio se había acordado de reclamar. Un objeto que valía una pequeña fortuna con la que un esclavo bien podría comprar su libertad. Tocó con la yema de los dedos la empuñadura y pensó que, pese a todo lo sucedido, era un hombre afortunado.

El liberto que había tenido en sus manos el destino de miles de ciudadanos romanos se estaba muriendo. Sentía cómo cada latido de su corazón era más débil que el anterior, cómo cada bocanada de aire que llevaba hasta sus pulmones le costaba más esfuerzo, y cómo sus miembros, tanto sus brazos como sus piernas, cada vez le resultaban más ajenos, como si pertenecieran a un cuerpo que ya no era el suyo.

Crisógono suspiró y cerró los ojos. En su momento, había sido un joven muy bello, uno de los esclavos más hermosos que había en toda Roma. Su pelo rubio y rizado, sus músculos firmes, sus ojos verdes, habían hecho perder la razón a más de un amo. Desde niño, Crisógono había aprendido que la belleza era la forma más sutil e irresistible de poder, ya que ante ella se rendían todos, los ricos y los pobres, las mujeres y los hombres. Todos le habían deseado por igual, y Crisógono se había acostumbrado a aquella sensación de tener influencia, de ejercer ese poder sobre los demás, hasta el punto de que

había llegado a hacerse adicto a ella. Por ese motivo, cuando sus pasos se cruzaron con los de Lucio Cornelio Sila, por entonces un prometedor aristócrata que ascendía en el cursus honorum a la sombra de hombres más grandes pero mucho menos ambiciosos y hábiles, el esclavo había comprendido que junto a él podría alcanzar las más altas cotas de poder que un esclavo podía llegar a conocer. Sila le había incluido rápidamente en su círculo más íntimo, primero como amante, uno de tantos, después como amigo y consejero, y finalmente, cuando el joven aristócrata se había convertido ya en un viejo dictador que había sometido a Roma con su puño de hierro, le había concedido la libertad y le había pedido que gestionara por él muchos de los asuntos del gobierno de Roma. De este modo, mientras Sila creaba su ambicioso programa legislativo y lidiaba con los senadores y caballeros, Crisógono se había encargado de la tarea de reprimir a sus opositores por medio de las proscripciones.

El anciano en su lecho de muerte sonrió, mostrando una boca en la que faltaban varias piezas dentales. No sentía ningún remordimiento por todo lo que había hecho en aquellos años. No lo había sentido nunca y no lo sentiría en aquellos últimos momentos, cuando se sabía tan cerca del final. Ante él habían llegado listas con miles de nombres, de hombres y de mujeres, acusados de haberse opuesto a Sila y los suyos, de haber sido aliados de Mario, o simplemente de haber hablado de más o de haber acogido a un fugitivo. Unos eran culpables, otros no. Aquella distinción nunca le había preocupado. Crisógono se había limitado a dejar que los odios y las venganzas personales que los romanos habían acumulado durante décadas siguieran su curso natural. Que se mataran unos a otros, a él no le importaba en absoluto. Siempre y cuando pudiera obtener algún beneficio a cambio.

El viejo liberto sabía que tras aquellas proscripciones que habían costado la vida a miles de ciudadanos, él se había convertido en el hombre más odiado de toda Roma e Italia. Más incluso que el propio Sila. Por supuesto, mientras la sombra del dictador siguió cerniéndose sobre la Urbe, nadie se atrevió a alzar la mano contra Crisógono. Pero en el momento en el que Sila renunció a su cargo y se retiró a vivir en el campo, todo había comenzado a desmoronarse.

Primero habían sido comentarios, gritos al amparo de la multitud al paso de la litera de Crisógono. Después, inscripciones en los muros de su casa. Finalmente, se habían atrevido incluso a lanzarle una fruta podrida cuando atravesaba el Foro acompañado de una nutrida escolta. Sus hombres no habían encontrado al culpable, pero aun así habían matado a tres personas que pasaban por allí, solo para dejar claro que Crisógono seguía siendo alguien temible.

Sin embargo, su pérdida de poder continuó, imparable. Algunos senadores se atrevieron incluso a hablar en su contra, tanto en la

Curia como en las asambleas, sin que Sila, que estaba ya entregado a sus vicios más depravados y no se preocupaba en absoluto de lo que ocurría en Roma, hiciera nada para remediarlo.

Cuando el dictador murió, Crisógono comprendió que había llegado el momento de alejarse de Roma. Sus muchos enemigos no tardarían en caer sobre él, ya fuera con acusaciones en los tribunales o incluso con intentos para acabar con su vida con las armas. Crisógono había acumulado un patrimonio que no tenía nada que envidiar al de las grandes casas nobles, y con aquella fortuna podría vivir rodeado de todo tipo de lujos hasta que la muerte lo alcanzara.

Y así había sido. Hasta que, de hecho, la muerte estaba a punto de alcanzarlo.

Crisógono sabía que no le quedaba mucho tiempo. Días, podrían ser incluso horas. Había tenido una vida envidiable, especialmente para un niño griego que había nacido de padres esclavos que no le habían dejado más herencia que el hambre y la servidumbre. Y sin embargo, habría dado cualquier cosa por alargarlo todo un poco más. Sentía que no estaba preparado para marcharse, que aún le quedaban muchas cosas de las que disfrutar, muchos placeres que experimentar.

El anciano, tumbado en su lecho y tapado por varias mantas, cerró los ojos y los puños con las escasas fuerzas que le quedaban. No, por la puta Proserpina, no quería morirse todavía.

En ese momento, entró en el dormitorio uno de sus esclavos. Era un joven de nariz prominente al que todos en aquella casa parecían apreciar. Crisógono no recordaba su nombre, si es que alguna vez lo había sabido.

–*Domine*, está aquí el médico enviado por el duunviro Cayo Quincio.

–Hazlo pasar– dijo el anciano con apenas un hilo de voz.

El esclavo asintió y se apartó para franquear el paso a un hombre encapuchado que caminó hasta el centro de la estancia.

–Puedes dejarnos solos– dijo.

El siervo dudó unos instantes. Miró a su amo, que hizo un gesto afirmativo. ¿Qué podía pasarle? ¿Que aquel hombre lo matara? Era un anciano moribundo que estaba más allá de cualquier amenaza. Además, él mismo conocía a aquel personaje encapuchado. Había bebido con él en numerosas ocasiones. Incluso le había ofrecido un remedio para sus problemas sexuales que había resultado bastante efectivo. El esclavo tocó disimuladamente el brazalete que le había regalado, pensando en las noches de placer que había logrado obtener gracias a los poderes de aquel objeto. Si tanto él mismo como nada menos que el duunviro Cayo Quincio Valgo daban fe de las habilidades de aquel personaje, ¿qué problema podía surgir? Jacinto asintió y se retiró del dormitorio con discreción, dejando a su amo a solas con el encapuchado.

Crisógono se incorporó sobre los almohadones para analizar al recién llegado. Tenía el rostro oculto bajo la capucha y sus ropajes, propios de quien está a punto de emprender un viaje, eran humildes y estaban sucios y deshilachados. Aun así, en los últimos tiempos había tratado con médicos y curanderos de aspecto mucho peor que el de aquel hombre. En su desesperación por sanar y alargar su vida un poco más, el anciano había permitido que analizaran su cuerpo y le suministraran todo tipo de pociones y sustancias hombres y mujeres llegados de los cuatro rincones del mundo, algunos con rostros tan repugnantes y ropajes tan extraños que el mismo Crisógono había dudado si merecía la pena permitir que se acercaran a él.

–Quítate la capucha– ordenó, con la autoridad de quien está acostumbrado a que sus palabras sean obedecidas al instante.

El extraño se echó la capucha hacia atrás, dejando salir a la luz el rostro de un hombre de treinta años, atractivo, con una ligera sombra de barba y y un pelo espeso y castaño. Crisógono respiró profundamente.

–¿Cómo te llamas?– preguntó–. El duunviro me aseguró que tienes amplios conocimientos de las artes de la curación.

–Me llamo Marco Lemurio– dijo el extraño con la voz temblorosa.

–¿Tienes miedo?– preguntó Crisógono, acostumbrado a que su presencia tuviera aquel efecto en los hombres que se presentaban ante él. Había existido un tiempo en el que algunos llegaban incluso a orinarse en sus túnicas cuando eran arrastrados y arrojados a sus pies.

Marco no contestó. Pero la respuesta era sí. Tenía miedo. Miedo del hombre al que había aprendido a temer y odiar desde que la vieja Cardixa le había señalado como el responsable de la muerte de su madre. Miedo al hombre que había dado la orden de que aquello ocurriera. Miedo al hombre que le había convertido en un huérfano, que le había arrojado a las calles de Roma sin medios para sobrevivir. Había pasado más de quince años de su vida soñando con ese momento, con tener frente a él al culpable de la muerte de Neóbula. Había pensado todo tipo de venganzas, de torturas salvajes y refinadas. Aquellos pensamientos habían ocupado muchos de sus días, e incluso habían llegado a poblar sus sueños.

Y sin embargo, llegado el momento, Marco no fue capaz de articular palabra ni de moverse de su sitio. Solo pudo mirar a los ojos de aquel cadáver al que solo un delicado hilo de energía mantenía unido a la vida. Aquel hombre casi sin cabellos, tan delgado que era apenas un saco de huesos y piel, al que podría haber quebrado la espalda con sus propias manos… ¿Era aquel ser el monstruo al que había aprendido a temer durante años? ¿Era aquella decrépita criatura quien había causado la muerte de su madre?

Marco sentía la mente en blanco. No sabía qué hacer ni qué decir.

Incluso la lágrima de Perséfone en su pecho permanecía fría, inerte.

–Empiezo a sospechar que no eres médico– dijo Crisógono–. ¿Qué has venido a buscar aquí? ¿Venganza? ¿O solo querías ver al hombre al que todos odian? ¿Es eso?

–Neóbula– dijo Marco en voz muy baja. Tenía la boca tan seca que casi no podía hablar.

–Escucha– continuó Crisógono–, en unos instantes mis hombres entrarán aquí. Y a una orden mía te cortarán un brazo. Después el otro. La lengua, tal vez. Créeme que he dado órdenes peores.

–¿Como la muerte de mi madre?– dijo, en voz más alta. Marco sintió que la parálisis que le dominaba empezaba a quebrarse–. ¿Igual que ordenaste su muerte?

Crisógono esbozó una sonrisa y se acomodó en los cojines, gimiendo de dolor al moverse.

–Bien, bien. La verdad empieza a salir a la luz. De modo que ordené la muerte de tu madre… Y ahora te cuelas aquí después de engañar nada menos que a uno de los duunviros de Pompeya, saben los dioses cómo, y pretendes… ¿Qué? ¿Matarme? ¿Exigirme una disculpa? ¿Qué es lo que has venido a buscar, Marco Lemurio?

Marco no respondió. No sabía la respuesta. Llevaba tanto tiempo soñando con ese momento que nunca se había preguntado exactamente qué era lo que buscaba con ello. Siempre había pensado que ver expirar bajo sus manos al responsable de la muerte de Neóbula le habría hecho sentirse bien, encontrar la paz de algún modo. Que después de haberse cobrado aquella venganza, todo estaría bien.

Pero en aquel momento, de pie ante el lecho de Crisógono, Marco supo que no, que aquello no cambiaría nada. La muerte de aquel anciano decrépito no le devolvería a su madre.

–¿No tienes nada que decir? Llamaré a mis hombres entonces…

–¿Por qué?– preguntó Marco sin pensarlo–. ¿Por qué ordenaste su muerte?

Crisógono se quedó en silencio unos instantes antes de echarse a reír. Una risa cruel y seca, carente de toda alegría, que acabó por convertirse en un ataque de tos. Cuando por fin logró controlarse, el anciano volvió a mirar a Marco.

–¿Sabes cuántas condenas a muerte firmé en aquellos años? ¿Crees que la de tu madre fue especial? Es probable que no recuerde ni su nombre.

–Neóbula. Se llamaba Neóbula.

Crisógono volvió a guardar silencio. El viejo liberto respiraba con dificultad y comenzaba a sentirse mareado. Aquel nombre, sin embargo… Neóbula. ¿Era posible que sí recordara el caso de aquella mujer?

–Neóbula… ¿A qué se dedicaba tu madre?

–Era… curandera. Igual que yo.

–No, no era curandera. Igual que tú tampoco lo eres. Era una bruja, ¿verdad? Una bruja griega. Es curioso, pero sí recuerdo su caso.

–Entonces dime por qué ordenaste su muerte.

–No fue nada personal, te lo aseguro. Como tantos otros nombres que en aquel momento aparecían en las listas de proscritos. Yo ni siquiera llegué a conocerla. Pero sí recuerdo al hombre que la denunció. El que puso su nombre en la lista. ¿Cómo olvidarlo?

Marco avanzó hasta el lecho del anciano y sacó la daga de debajo de sus ropas.

–¿Quién fue?

–Nunca supe su nombre. Pero jamás he podido olvidarlo a él. Vino a mí una noche, y de alguna manera convenció a mis hombres de que le dejaran pasar hasta mi estudio. Igual que tú lo has conseguido esta noche. E igual que tú llegó a mí con la cabeza cubierta por una capucha. No llegué a ver bien su rostro, pero lo que vi… Era como si una de las Parcas se hubiera presentado aquel día en mi casa. Pálido, con unas manos delgadas, esqueléticas. Pronunció el nombre de tu madre, Neóbula, y nos dio indicaciones de cómo encontrarla. Pagó bien, ya lo creo. El resto… supongo que ya lo sabes.

Marco alzó la daga, esperando ver un brillo de miedo en los ojos del anciano, pero este ni siquiera desvió la mirada hacia el arma.

–¿Cómo se llamaba ese hombre?

–¿Por qué habría de decírtelo?– preguntó Crisógono–. Estoy cansado. Si no puedes curar mis dolencias, márchate.

El viejo liberto se dejó caer a un lado y cerró los ojos. Marco apoyó la punta de la daga en el cuello de Crisógono, pero este no reaccionó.

–Dime su nombre– dijo.

–Mátame si eso es lo que quieres. O márchate. Pero déjame descansar. Ya no me importa nada.

Marco aferró el pecho de anciano con una mano y le obligó a darse la vuelta para que le mirara a la cara.

–Hay cosas peores que la muerte, viejo. Cosas que te harían suplicar que alguien te quitara la vida.

Crisógono miró a Marco con los ojos muy abiertos, y supo que aquel hombre era muy capaz de cumplir sus amenazas.

–Eso es lo mismo que me dijo aquel hombre, el que puso el nombre de tu madre en la lista. No sé cómo se llamaba. Pero el hombrecillo que lo acompañaba, un tipo enano y jorobado, lo llamó maestro. Es todo cuanto puedo decirte.

–Maestro…– murmuró Marco, y soltó a Crisógono para que cayera de nuevo sobre los cojines. Un hombrecillo, enano y jorobado, le había llamado maestro. En ese momento, Marco recordó al extraño

personaje al que se había enfrentado en Roma a finales de aquel verano. Un pequeño hechicero de cuerpo contrahecho y habla peculiar que había intentado llevarle ante alguien a quien llamaba su maestro. Un mago ante el que incluso Crises había estado a punto de caer derrotado ¿Era el mismo que había causado la muerte de su madre? ¿Se trataba del mismo maestro? Solo había una forma de averiguarlo. Tenía que regresar a Roma.

Pero antes, acabaría el asunto que tenía entre manos.

Miró a Crisógono, tirado en la cama, insignificante entre las mantas y los almohadones. El viejo, a pesar de las amenazas de Marco y de que este tuviera una daga en la mano, había cerrado los ojos y respiraba con dificultad. No quedaba nada en él del poderoso hombre que había causado la muerte a miles de personas. Hiciera lo que hiciera Marco, aquel anciano no tardaría en exhalar su último aliento.

Podía matarlo con sus propias manos. Podía incluso causarle un dolor superior al que cualquier mortal sería capaz de soportar, solo para reanimarlo después y seguir torturándolo hasta que su corazón se detuviera por completo. E incluso haciendo eso, Marco sabía que no llegaría a devolver a Crisógono ni una pequeña porción del dolor que él mismo había causado a innumerables romanos y romanas en toda su vida. ¿Pero qué sentido tenía?

Marco se inclinó sobre el anciano y le susurró al oído.

–Confío en que el Tártaro tenga un lugar especial para los hijos de puta como tú.

Salió de la estancia y se encontró con tres esclavos, que aguardaban junto a la puerta.

–La enfermedad que aflige a vuestro amo está más allá de mis conocimientos. No hay nada que hacer. Es cuestión de tiempo.

Y sin esperar respuesta, Marco echó a andar y salió de la *domus* de Crisógono. Tenía un largo viaje por delante.

# NOTA DEL AUTOR

*Alas negras sobre Pompeya* es la cuarta novela de la saga de Marco Lemurio, una historia que debe leerse después de *Oscura Roma, La sangre de Baco y Ojos de Venus*. Han pasado ya cinco años desde que Marco Lemurio y Céfiro dieron el salto a las páginas de un libro y a las pantallas de los dispositivos electrónicos. Cuatro años en los que he vivido con estos personajes presentaciones, firmas de libros, cambios de editorial, alegrías y frustraciones. Cuatro años en los que mi propia vida ha cambiado de arriba a abajo, pero en los que Marco y sus amigos han sido una constante que me ha mantenido clavado delante de un ordenador, convencido de que su historia merece ser contada pase lo que pase.

Sin duda, lo mejor de haber hecho realidad estas novelas han sido los muchísimos mensajes de apoyo que he recibido por parte de los lectores. Aunque también ha habido alguna crítica malintencionada, el balance es eminentemente positivo. Habéis sido muchos los que en este último año me habéis escrito, tanto por mail como por redes sociales, para preguntarme por la nueva aventura de Marco. Por eso, por haber estado ahí durante todo este tiempo, por vuestra paciencia, por vuestra comprensión ante mis errores (y ante errores editoriales), no puedo más que expresaros un agradecimiento infinito. Sin vosotros, lectores, este viaje no tendría sentido.

*Alas negras sobre Pompeya* continúa la gran trama de Marco Lemurio iniciada en *Oscura Roma*. Sin embargo, tiene una historia propia y autoconclusiva que tiene a las estriges como elemento principal. Aunque para reconstruir a estas criaturas e incluirlas en el universo de Marco Lemurio me he basado en las fuentes antiguas que hablan de ellas, me he tomado la libertad de hacer algunos cambios para adaptarlas a los gustos del lector moderno y, por supuesto, a los míos. El vampiro es un personaje que me ha fascinado desde que, en la más temprana adolescencia, cayeran en mis manos las novelas de Anne Rice, y no he podido evitar convertir el ser monstruoso que tanto temían griegos y romanos en una criatura heredera de estos modelos modernos nacidos en la estela del Drácula de Stoker. Confío en que los lectores más puristas me perdonen por las licencias que me he tomado en este aspecto.

Algo semejante ha ocurrido con la reconstrucción literaria de la ciudad de Pompeya. La visión que solemos tener de esta urbe es la de la ciudad que quedó arrasada por el Vesubio en época imperial, dos siglos más tarde del momento en el que Marco vivió su aventura con

las estriges. La Pompeya que conoce Marco es, por tanto, muy diferente de la que los arqueólogos han sacado a la luz, y eso ha supuesto un esfuerzo por mi parte para tratar de desentrañar cómo era esta ciudad en época republicana. Aunque algunos de los edificios que quedaron después anegados por las cenizas del Vesubio ya existían en el otoño del 67 a.C., como los teatros, el templo de Isis o el anfiteatro, otros muchos se construyeron en época posterior, de modo que el lector no los encontrará en esta novela. La inauguración del anfiteatro y el teatro pequeño, que tuvo lugar en los años setenta del siglo I a.C., la he atrasado de forma voluntaria y consciente para que coincidiera con la estancia de Marco en Pompeya, respetando, eso sí, el nombre de los dos magistrados que financiaron su construcción, Cayo Quincio Valgo y Marco Porcio, cuyos nombres han quedado inmortalizados por la epigrafía. Una vez más pido perdón a los lectores más estrictos por tomarme estas libertades.

Más allá de estas licencias, he intentado ser fiel a lo que sabemos de la Pompeya republicana. Por ejemplo, la situación social en la ciudad sin duda estaba marcada por la reciente conquista romana y la imposición de colonos por parte de Sila, dos acontecimientos que tuvieron que generar una notable tensión entre los recién llegados y los viejos pompeyanos. Aunque los habitantes de Pompeya eran ya ciudadanos romanos a todos los efectos, es muy probable que, al igual que ocurría en otros puntos de Italia, muchos de ellos guardaran todavía rencor hacia la Urbe que los había derrotado y humillado, y sobre todo hacia los soldados veteranos que se habían quedado con sus tierras. Es este ambiente de tensión y enfrentamiento el que se encuentra Marco cuando llega a la ciudad.

Aunque he disfrutado mucho recorriendo esta Pompeya republicana, a lo largo de esta aventura he echado mucho de menos las calles de Roma, los *collegia* del Aventino, el Foro, las tabernas, las mansiones de los senadores, el Campo de Marte, las orillas del Tíber y, sobre todo, el callejón de Marco y su *insula*. La siguiente aventura de Marco tendrá lugar, por tanto, en la propia Roma. Toca volver a casa.

Mi intención original fue que la saga de Marco Lemurio estuviera compuesta por siete novelas, y aún me aferro a ella más allá de decisiones editoriales y de otros asuntos que poco pueden interesar al lector. Quedan por tanto, tres novelas por delante, además de muchos otros proyectos (¿No creéis que Neóbula se merece su propia novela?) que llegarán a su debido tiempo. Ojalá los que habéis llegado hasta aquí me acompañéis hasta el final. Un final del que hemos podido tener un atisbo en *Alas negras sobre Pompeya* gracias a la sangre de Aadi. ¿O tal vez no haya sido más que una visión de Marco? El tiempo lo dirá.

Gracias una vez más por acompañarme en este viaje. Si queréis

contarme algo podéis hacerlo a través de la sección de contacto de mi web www.luismalopez.com o en mis redes sociales. Cualquier comentario, crítica o sugerencia será siempre bien recibida.

Luisma López.

# ACERCA DEL AUTOR

Luis Manuel López Román nació en Madrid en 1982. De niño descubrió en la lectura una de sus grandes pasiones, y se enamoró de la fantasía épica, de las novelas de terror, de la poesía, de la ciencia ficción... Más tarde llegarían García Márquez, Homero, Galdós y Steinbeck. Al llegar a la adolescencia comenzó a escribir sus propias historias y a soñar con ser escritor. Acumuló toneladas de folios escritos, de novelas sin terminar, de poemas y relatos. Con la madurez entendió que la escritura tenía tanto de arte como de oficio, y comenzó a plantearse en serio la posibilidad de ser escritor. Mientras tanto, estudió Historia y Filología Clásica, y ha ejercido y ejerce como profesor de diversas materias de Humanidades: latín, griego, historia, lengua y literatura.

*Alas negras sobre Pompeya* es su quinta novela hasta la fecha, y la cuarta de la saga de Marco Lemurio (*Oscura Roma, La sangre de Baco, Ojos de Venus*), en la que combina el rigor propio de la novela histórica con elementos sobrenaturales, de misterio y terror. Ha publicado además, la novela de terror y misterio *Almas sin luz*, exclusiva de Amazon.

Puedes saber más del autor y de los proyectos en los que está trabajando en su web www.luismalopez.com y en sus redes sociales.